

Corazones Perdidos

Cuentas Completas
de fantasmas

montague rhodes james

PREFACIO

Siguiendo la costumbre que se ha puesto de moda últimamente, publico mis cuatro libros de relatos de fantasmas en un solo volumen, con la adición de algún escrito de la misma naturaleza.

Me dicen que han gustado a un sector de mis lectores; si es así, he alcanzado plenamente la meta que me propuse al escribirlos y no hay necesidad de hacerlos preceder de ninguna disquisición sobre cómo los escribí. Sin embargo, puesto que los editores me reclaman un prefacio, lo dedicaré a contestar a algunas preguntas que me han hecho.

La primera es si estos relatos están basados en experiencias personales mías. La respuesta es no, salvo en un caso que indico en el texto mismo, en el que la idea me la proporcionó un sueño. O si son versiones de experiencias de otros. Tampoco. ¿Y sugeridos por mis lecturas? A eso es más difícil contestar de manera concisa. Hay otros que han escrito relatos en los que hablan de arañas horribles —por ejemplo Erckmann-Chatrian en un cuento admirable titulado *Laraignée-Crabe*— y de cuadros que cobran vida; los Juicios Nacionales proporcionan el lenguaje del juez Jeffreys y de los tribunales de fines del siglo XVII, y así sucesivamente. Los lugares son de inspiración diversa: si alguien siente curiosidad por mis escenarios locales que tome nota de que St. Bertrand de Comminges y Viborg son localidades reales; en «¡Silba y acudiré!» tenía en el pensamiento el pueblo de Felistowe; en «Una historia escolar», Temple Grove, East Sheen; en «El tratado Middoth», la biblioteca de la Universidad de Cambridge; en «El cercado de Martin», Sampford Courtenay, Devon; que las catedrales de Barchester y de Southminster son una mezcla de Canterbury, Salisbury y Hereford; que Herefordshire es el escenario imaginado de «Panorama desde una colina», y el Seaburg de «Un aviso a los curiosos» es Aldeburgh, Suffolk.

Que yo sepa, no tengo ninguna deuda con la literatura o las leyendas locales, orales o escritas, salvo la de haber tratado de que mis fantasmas se comporten de acuerdo con las reglas del folclore. En cuanto a los fragmentos de aparente erudición que hay diseminados en estas páginas, casi ninguno es invención pura; por supuesto, jamás ha existido el libro que cito en «El tesoro del abad Thomas».

Otros me han preguntado si tengo alguna teoría sobre el modo de escribir relatos de fantasmas: no tengo ninguna que merezca ese nombre, o repetir aquí. En el prefacio a *Ghosts and Marvels* [*The World's Classics*, Oxford, 1924] pueden encontrarse algunas ideas al respecto. No existe una receta más eficaz que otras para triunfar en este género de ficción. Como dice el doctor Johnson, el juez último es el público: si le gusta, está bien; si no le gusta, no sirve de nada explicarle por qué debería gustarle.

Una pregunta complementaria: ¿creo yo en los fantasmas? Aquí contesto que estoy dispuesto a tomar en consideración cualquier testimonio, y a aceptarlo si lo encuentro convincente. Y la última: ¿Voy a escribir más relatos de fantasmas? A esta pregunta me temo que debo contestar que probablemente no.

Como hoy en día sin acompañamiento bibliográfico eres un cero a la izquierda,

añado unos cuantos datos sobre las distintas colecciones y sus contenidos.

Ghost Stories of an Antiquary la publicaron (como las demás) los Sres. Arnold en 1904. La primera edición incluía cuatro ilustraciones de James McBryde. De ese volumen, «El álbum del canónigo Alberico» lo escribí en 1894 y lo publiqué poco después en la *National Review*. «Corazones perdidos» apareció en la *Pall Mall Magazine*. De los cinco siguientes relatos, la mayoría de los cuales los leí a los amigos en Navidades en el King's College de Cambridge, sólo recuerdo que «La habitación número 13» lo escribí en 1890 y que «El tesoro del abad Thomas» lo compuse en 1904.

El segundo volumen, *More Ghost Stories*, apareció en 1911. De los siete relatos que contiene, los seis primeros son producción navideña; el primero de ellos («Una historia escolar») lo escribí especialmente para la escuela de coro del King's College. «Los sitios de la catedral de Barchester» se publicó en la *Contemporary Review*. «El señor Humpreys y su herencia» lo escribí para completar el volumen.

La tercera colección, titulada *A Thin Ghost and Others* y formada por cinco relatos, apareció en 1919. De ella, «Un episodio de la historia de una catedral» e «Historia de una desaparición y una aparición» fueron colaboraciones para la *Cambridge Review*.

De los seis relatos que contiene *A Warning to the Curious*, publicada en 1925, el primero, «La casa de muñecas embrujada» lo escribí para la biblioteca de la Casa de Muñecas de su Majestad la Reina, y posteriormente apareció en la *Empire Review*. «El Libro insólito de Oraciones» vio la luz en la *Atlantic Monthly*; el relato que da título al libro, en el *London Mercury*; y otro, creo que «Los mojones de una propiedad vecina», en una publicación efímera llamada *The Eton Chronic*. Parecidas publicaciones efímeras se encargaron de publicar el resto de los textos (excepto uno), de los que no todos son estrictamente relatos. Uno de ellos, «Ratas», escrito para *At Random*, fue incluido por lady Cynthia en una antología que llevaba por título *Shudders*. La excepción, «El pozo de las lamentaciones», lo escribí para el grupo de Boy Scouts del Eton College y se leyó en una reunión junto al fuego de campamento en Worbarrow Bay, en agosto de 1927. Después lo imprimió solo, en una edición limitada, Robert Gathorne Hardy y Kyrle Leng en Mill House Press, Stanford Dingley.

En los últimos años han aparecido cuatro o cinco de estos relatos en antologías de este género, y en 1919 se publicó una versión noruega de cuatro del primer volumen, realizada por Ragnhild Undset, con el título de *Aander og Trolddom*.

M. R. JAMES

EL ÁLBUM DEL CANÓNIGO ALBERICO

Saint Bertrand de Comminges es un pueblo ruinoso de las estribaciones de los Pirineos, no muy distante de Toulouse y próximo a Bagnères-de-Luchon. Fue sede episcopal hasta la Revolución, y posee una catedral que es visitada por cierto número de turistas. En la primavera de 1883 llegó un inglés a este antiguo lugar, que no puedo dignificar con el nombre de ciudad porque apenas si cuenta con un millar de habitantes. Se trataba de un licenciado de Cambridge, que había venido expresamente de Toulouse para visitar la iglesia de Saint Bertrand y había dejado en un hotel de dicha ciudad a dos amigos suyos —arqueólogos menos entusiastas que él—, con la promesa de que se reunirían con él a la mañana siguiente. A ellos les parecía que media hora era suficiente para visitar la iglesia y proseguir a continuación el viaje a Auch, pero nuestro inglés se había venido muy temprano ese día con el propósito de llenar todo un cuaderno de anotaciones y gastar varias docenas de clichés, describiendo y fotografiando cada rincón de la maravillosa iglesia que domina la pequeña colina de Comminges. Para llevar a cabo satisfactoriamente dicho propósito, era necesario acaparar para todo el día al portero de la iglesia. Así que el portero, o sacristán (prefiero llamarle de esta otra manera, aunque sea inexacta), fue mandado llamar por la dama, de modales algo bruscos, que regentaba el hotel del Chapeu Rouge; y cuando llegó, nuestro inglés encontró en él un objeto de estudio especialmente interesante. Su interés no residía en su aspecto personal de viejo encogido, seco y agostado, porque en eso era exactamente igual que docenas de otros guardianes de iglesia franceses, sino en su extraña actitud furtiva, o más bien de persona acosada y perseguida. Se volvía constantemente hacia atrás y miraba de soslayo; los músculos de su espalda y de sus hombros parecían encogerse en continua contracción nerviosa, como si a cada momento temiera encontrarse entre las garras del enemigo. El inglés no sabía si considerarle una persona obsesionada por una idea fija u oprimida por una conciencia intranquila, o tomarle por un marido dominado por una mujer insoportable. Bien pensado, las probabilidades se inclinaban del lado de esta última posibilidad; no obstante, daba la impresión de que su perseguidor debía de ser aún más temible que una mujer de agrio carácter.

Pero el inglés (llamémosle Dennistoun) no tardó en encontrarse demasiado absorto en sus anotaciones y demasiado ocupado con su cámara fotográfica para fijarse en el sacristán, si no era de manera puramente casual. Siempre que reparaba en él, lo encontraba cerca, con la espalda pegada contra la pared, o encogido en uno de los suntuosos sitios. Transcurrido cierto tiempo, Dennistoun acabó por preocuparse. Comenzaron a asaltarle diversas sospechas: creía estar impidiendo que el anciano disfrutase de su *déjeuner*, y a la vez pensó que el hombre desconfiaba de él, creyéndole capaz de llevarse el báculo de San Beltrán o el cocodrilo disecado y polvoriento que colgaba encima de la pila bautismal.

—¿Por qué no se va a casa? —le dijo por fin—. Puedo terminar mis notas yo solo perfectamente; si quiere, puede dejarme encerrado. Tardaré lo menos dos horas en terminar y usted va a coger un resfriado aquí, ¿no le parece?

—¡Santo Dios! —exclamó el vejete, a quien tal proposición pareció provocarle un inexplicable terror—. ¿Cómo se le ocurre una cosa así? ¿Dejar a monsieur solo en la iglesia? No, no; a mí me da lo mismo dos horas que tres. Ya he desayunado y no tengo nada de frío; se lo agradezco mucho, monsieur.

«Muy bien, abuelo —dijo Densitoun para sus adentros—, se lo he advertido; ahora aténgase a las consecuencias».

Antes de que transcurrieran las dos horas, los sitiales, el enorme órgano desvencijado, la celosía del coro del obispo Juan de Mauléon, las vidrieras y tapicerías que quedaban, los objetos de la cámara del tesoro, todo en fin, había sido detenida y puntualmente examinado; el sacristán seguía pegado a la sombra de Dennistoun, y de cuando en cuando, como si le pincharan, daba una presurosa carrerita y se pegaba a él, cada vez que llegaba a su oído alguno de los extraños ruidos que turbaban el inmenso vacío del edificio. Verdaderamente, eran muy extraños los ruidos aquéllos.

—Una de las veces —me contaba Dennistoun—, hubiera jurado que oí una risa metálica en lo alto de la torre. Le lancé una mirada interrogante al sacristán. Se le habían puesto blancos hasta los labios. «Es él..., él y nadie más que él; la puerta está cerrada». Eso fue todo lo que me dijo; y nos estuvimos mirando el uno al otro durante un minuto largo.

Hubo otro incidente que dejó no poco perplejo a Dennistoun. Examinaba un gran cuadro oscuro que había colgado detrás del altar, uno de la serie que ilustraba los milagros de San Beltrán. La composición del cuadro era casi indescifrable, pero tenía una leyenda en la parte de abajo que rezaba así:

«*Qualiter S. Bertrandus liberavit hominem quem diabolus diu volebat strangulare* (Cómo San Beltrán libró a un hombre a quien el Demonio hacía tiempo quería estrangular).

Dennistoun se volvió sonriente hacia el sacristán, con un comentario jocoso a punto de escapársele de los labios, pero se quedó confundido al ver al viejo de rodillas, contemplando el cuadro con los ojos de un suplicante en la agonía, las manos fuertemente apretadas y las mejillas bañadas en lágrimas. Dennistoun fingió no darse cuenta de nada, pero no pudo por menos de preguntarse: «¿Cómo puede afectarle tanto a una persona un cuadro tan malo?» Le pareció entonces descubrir en esa actitud una especie de clave del extraño comportamiento que tan desconcertado le había tenido durante todo el día: ese hombre debía de ser un maniático; pero ¿cuál era su manía?

Eran cerca de las cinco; estaba oscureciendo, y la iglesia empezaba a poblarse de sombras, en tanto que los curiosos ruidos —los pasos apagados y los murmullos de voces que durante todo el día se habían estado oyendo— parecían hacerse más frecuentes e insistentes, sin duda a causa de la luz evanescente y del consiguiente aumento de la sensibilidad del oído.

Por primera vez empezaba el sacristán a dar muestras de impaciencia y de prisa. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que por fin Dennistoun cerraba y guardaba la cámara y el cuaderno, e hizo una seña hacia la puerta oeste de la iglesia, que se hallaba situada debajo de la torre. Era la hora del Angelus. Dio unos cuantos tirones a la dificultosa cuerda, y la gran campana Beltrana empezó a cantar arriba en la torre, esparciendo su voz entre los pinos y los valles de rumorosos riachuelos, exhortando a los habitantes de los montes solitarios a que se acordaran y repitieran la

salutación del Ángel a aquélla a quien llamó Bendita entre todas las mujeres. Con el Angelus, pareció descender una inmensa paz sobre el pueblecito, y Dennistoun y el sacristán salieron de la iglesia.

Ya en el umbral, iniciaron una conversación.

—Parece que a monsieur le interesaban los salterios de la sacristía.

—Efectivamente. Iba a preguntarle si hay biblioteca en el pueblo.

—No, monsieur, creo que hubo una que dependía del cabildo, pero ahora el pueblo es insignificante... —aquí hizo una extraña pausa, como de indecisión; luego, con una especie de precipitada determinación, prosiguió—: Pero si monsieur es *amateur des vieux livres*, tengo en casa algo que podría interesarle. No está ni a cien metros de aquí.

Todos los sueños dorados de Dennistoun de llegar a descubrir manuscritos inestimables en los rincones inexplorados de Francia se agolparon de pronto en su imaginación, para disiparse después. Sin duda, se trataba de algún insignificante misal impreso por Plantin, alrededor de 1580. Seguramente. ¿Qué posibilidades había de que un lugar tan próximo a Toulouse no hubiera sido saqueado tiempo atrás por coleccionistas? Sin embargo, sería una tontería decirle que no. Si rehusaba se lo reprocharía a sí mismo durante el resto de su vida. Así que se dirigieron allá. Por el camino, Dennistoun volvió a pensar en la extraña vacilación y la repentina determinación del sacristán, y se preguntó con cierto sonrojo si no le habría tomado por un inglés adinerado y le estaría atrayendo hacia algún lugar apartado para robarle. De modo que buscó la manera de iniciar una conversación con su guía para darle a entender, como de pasada, que había quedado con dos amigos, los cuales vendrían a reunirse con él al día siguiente por la mañana. Para sorpresa suya, esta revelación pareció aliviar inmediatamente al sacristán de parte de la ansiedad que le oprimía.

—Eso está bien —dijo animado—, eso está pero que muy bien. Monsieur viajará en compañía de sus amigos, les tendrá siempre a su lado. Es buena cosa eso de viajar en compañía... a veces.

Pareció añadir esto último como movido por una reflexión ulterior, la cual sumió de nuevo al pobre hombrecillo en honda melancolía.

No tardaron en llegar a la casa, que era una de las más grandes del contorno, construida en piedra, con un escudo labrado encima de la puerta: el escudo de armas de Alberico de Mauléon, descendiente colateral del obispo Juan de Mauléon, según me había contado Dennistoun. Este Alberico había sido canónigo de Comminges de 1680 a 1701. Las ventanas superiores de la mansión estaban condenadas y el edificio entero presentaba, como el resto de Comminges, un aspecto desolador.

Al llegar al umbral, el sacristán se detuvo un momento.

—A lo mejor —dijo—, a lo mejor, monsieur no tiene tiempo.

—Ya lo creo..., el tiempo que quiera, no tengo nada que hacer hasta mañana.

Veamos qué es lo que tiene.

En ese momento se abrió la puerta y apareció un rostro, un rostro mucho más joven que el del sacristán, aunque tenía en cierto modo la misma expresión de angustia, pero más que temor a un peligro personal parecía reflejar una especie de inquietud por la seguridad del otro. Era, evidentemente, la hija del sacristán, y salvo esa expresión que

acabo de describir, la muchacha tenía un rostro bastante agraciado. Se animó visiblemente al ver que su padre venía acompañado de un corpulento extranjero. Padre e hija intercambiaron unas palabras, de las que Dennistoun sólo captó lo siguiente, dicho por el sacristán: «Se ha estado riendo en la iglesia». Al oírlo, la muchacha se limitó a lanzarle una mirada llena de terror.

Pero un minuto después se encontraba en el cuarto de estar de la casa, una pequeña habitación de techo alto, suelo de baldosas de piedra, y poblada de sombras vacilantes proyectadas por el fuego de leña que ardía en una gran chimenea. Un crucifijo que llegaba casi hasta el techo, a uno de los lados, le daba cierto aire de oratorio, la figura de Cristo estaba pintada de color carne, y la cruz era negra. Debajo había un sólido arcón de cierta antigüedad. Después de traer la lámpara y acercar unas sillas, el sacristán se dirigió al arcón y, con creciente excitación y nerviosismo, según le pareció a Dennistoun, sacó un gran libro, envuelto en un paño blanco, que mostraba una cruz toscamente bordada en hilo rojo. Aun antes de quitarle la envoltura de tela, Dennistoun se sintió interesado por el tamaño y la forma del volumen. «Demasiado grande para ser un misal —pensó—, pero tampoco creo que se trate de un antifonal; puede que, en definitiva, haya dado con algo interesante». Un instante después, el libro estaba abierto, y Dennistoun tuvo la corazonada de que por fin había encontrado un gran libro en folio, encuadernado quizá a finales del siglo XVII, con el escudo del canónigo Alberico de Mauléon estampado en oro sobre ambas tapas. Tendría unas ciento cincuenta hojas, y en casi todas ellas había una página ilustrada de manuscrito. Jamás había soñado Dennistoun con una colección de tal categoría, ni aun en los momentos de más febril exaltación. En esta colección encontró diez hojas de una copia del Génesis, ilustrada con láminas que debían de ser anteriores al año 700 d. J.C. A continuación venía una serie completa de estampas de un salterio de factura inglesa, que eran de lo más fino que había producido el siglo XII; pero quizá lo más valioso de todo fueran las veinte hojas de escritura uncial, en latín, que, a juzgar por las pocas frases que leyó aquí y allá, debieron pertenecer a algún antiguo tratado patrístico desconocido. ¿Sería un fragmento del libro de Papías Sobre las Palabras de Nuestro Señor, del que se sabía que había existido una copia en Nimes hasta el siglo XII? En cualquier caso, había tomado una decisión: tenía que llevarse este libro a Cambridge, aunque para ello se viese obligado a retirar todos sus fondos del Banco y le tocara quedarse en Saint Bertrand hasta que le llegara el dinero. Miró al sacristán, tratando de averiguar por su semblante si el libro estaba en venta. El sacristán estaba pálido y le temblaban los labios.

—Si monsieur quiere examinar las últimas páginas... —dijo.

Monsieur fue pasando hojas para descubrir nuevos tesoros según avanzaba; y al final del libro tropezó con dos folios, mucho más recientes de lo que había visto hasta el momento, cosa que le dejó bastante perplejo. Consideró que datarían del tiempo del desaprensivo canónigo Alberico, quien indudablemente debió de saquear la biblioteca capitular de Saint Bertrand para componer esta inestimable colección. En la primera hoja de papel había un plano minuciosamente detallado, en el que cualquier persona entendida en la materia podía reconocer inmediatamente la nave sur y los claustros de la iglesia de Saint Bertrand. Tenía unos signos extraños que parecían símbolos

planetarios, y unas cuantas palabras en hebreo en los ángulos; en la parte noroeste del claustro había pintada una cruz color oro. Debajo del plano había unas líneas en latín que decían así:

Responsa 12mi Dec. 1694. Interrogatum est: Inveniamne? Responsum est: Invenies. Fiamne dives? Fies Vivamne invidendus? Vives. Moriarne in lecto meo? Ita.

(Respuestas del 12 de diciembre de 1694. Se lo preguntó: ¿Lo encontraré? Respuesta: Lo encontrarás. ¿Seré rico? Lo serás. ¿Viviré envidiado? Vivirás. ¿Moriré en mi lecho? Así será).

—Buen ejemplo de anotación de un buscador de tesoros... Me recuerda muchísimo la del canónigo menor de la catedral vieja de San Pablo, monseñor Quatremain — comentó Dennistoun, y pasó la hoja.

Lo que vio a continuación, según me ha confesado él mismo más de una vez, le impresionó más de lo que nunca hubiera imaginado que podría impresionarle cualquier dibujo o cuadro. Y aunque el que contempló ya no existe, se conserva una copia fotográfica de él (la cual obra en mi poder) que corrobora plenamente esta declaración. La lámina en cuestión era un grabado en sepia de finales del siglo XVII, y a primera vista se diría que ilustraba una escena de la Biblia, a juzgar por la arquitectura (la lámina representaba un interior) y los personajes, con ese sabor semiclásico que los artistas de hace doscientos años consideraban apropiado para las ilustraciones bíblicas. A la derecha había un rey en su trono, y el trono se alzaba sobre doce peldaños, y tenía un dosel encima y un león a cada lado. Evidentemente, se trataba del rey Salomón. Estaba inclinado hacia adelante, extendiendo el cetro con gesto autoritario; su semblante reflejaba repugnancia y horror, aunque también denotaba firmeza de voluntad y seguridad en su poder. La mitad izquierda de la lámina era, sin embargo, lo más extraño de todo. El interés se centraba decididamente ahí. En el pavimento, delante del trono, había cuatro soldados rodeando a una figura encogida que luego describiré. Un quinto soldado yacía en el suelo sin vida, con el cuello retorcido y los ojos como a punto de saltarle de las órbitas. Los cuatro soldados miraban al rey. Sus rostros reflejaban un intenso horror; de hecho, parecía que lo único que les impedía salir corriendo era la absoluta confianza en su señor. Todo este terror lo suscitaba, evidentemente, la criatura encogida del centro. Desisto por completo a expresar con palabras la impresión que produce esta figura en el que la contempla. Recuerdo que una vez le enseñé la fotografía del grabado a un profesor de morfología, persona extraordinariamente sensata y carente de imaginación. Se negó rotundamente a pasar a solas el resto de esa noche; días más tarde me contó que aún estuvo muchas noches sin atreverse a apagar la luz al irse a dormir. No obstante, puedo dar al menos una idea de los rasgos más sobresalientes. A primera vista sólo se ve una masa de pelo negro, tosco y desgredado. Luego, uno descubre que bajo ese pelo se esconde un cuerpo de espantosa y casi esquelética delgadez, con los músculos pronunciados como cuerdas de guitarra. Las manos son de una palidez sucia, y están cubiertas, como el cuerpo, de largos pelos encrespados, y tienen forma de horribles garras. Los ojos, de un amarillo llameante y negrísimas pupilas, están clavados en el rey con una especie de odio bestial. Imaginad una de esas horribles arañas cazadoras de pájaros de Sudamérica en forma de

hombre, dotada de una inteligencia casi humana, y podréis haceros idea del terror que inspira esa espantosa figura. El comentario de todos aquellos a quienes he enseñado la estampa ha sido invariablemente el mismo: «Parece sacado de la realidad».

En cuanto se le pasó la primera impresión de horror, Dennistoun dirigió una furtiva mirada a sus anfitriones. El sacristán se había tapado los ojos apretándoselos con ambas manos; su hija, con la mirada fija en el crucifijo del muro, rezaba fervorosamente el rosario.

Por fin, vino la pregunta:

—¿Está en venta este libro?

Se repitió la misma vacilación, la misma repentina determinación que había notado antes, y llegó la respuesta deseada:

—Como guste, monsieur.

—¿Cuánto pide por él?

—Doscientos cincuenta francos.

No tenía sentido. A veces, hasta la conciencia de los coleccionistas es capaz de conmoverse, y la de Dennistoun era más sensible que la de un coleccionista normal.

—¡Pero, hombre de Dios! —dijo una y otra vez—, su libro vale muchísimo más de doscientos cincuenta francos, se lo aseguro..., muchísimo más.

Pero la respuesta fue invariable:

—Doscientos cincuenta francos; ni uno más.

Verdaderamente, no era cuestión de despreciar la ocasión. Pagó el dinero, firmó el recibo, sellaron la transacción con un vaso de vino, y entonces el sacristán pareció transfigurarse. Se le vio más animado, dejó de mirar furtivamente de soslayo, y hasta reía o trataba de reír. Dennistoun se levantó para marcharse.

—¿Me concede el honor de acompañarle hasta el hotel, monsieur? —preguntó el sacristán.

—¡Ah, no, gracias! No está ni a un centenar de pasos. Conozco el camino perfectamente. Y hay luna.

El sacristán repitió su ofrecimiento dos o tres veces, y le fue rechazado otras tantas.

—Entonces, llámeme si..., si viene al caso. Vaya siempre por el centro de la calzada, las aceras están muy mal.

—Desde luego, desde luego —dijo Dennistoun, que ardía en deseos de examinar su tesoro a solas; y salió al pasillo con el libro bajo el brazo.

Aquí le salió la hija al encuentro; al parecer, quería sacarle también un poco de dinero por su cuenta. Tal vez, como Gehazi, quería «sacarle algo» al extranjero, a quien su padre había respetado.

—Es una cruz de plata con una cadena para llevarla al cuello; ¿sería tan amable de aceptarla, monsieur?

Bueno, en realidad Dennistoun no tenía el menor interés por este tipo de cosas. ¿Cuánto pedía por ella?

—Nada..., absolutamente nada. Acéptela como un regalo.

El tono en que dijo esto y lo demás era sincero, así que Dennistoun se vio obligado a dar repetidas gracias, y se resignó a que le pusiera la cadena alrededor del cuello.

Realmente, parecía como si hubiera prestado algún servicio al padre y a la hija y no supieran cómo agradecerse. Cuando se puso en camino con su libro, se quedaron en la puerta para verle marchar, y aún seguían allí cuando les hizo un último gesto de adiós con la mano, desde la escalinata del Chapeau Rouge.

Terminada la cena, Dennistoun se encerró solo en su cuarto con su adquisición. La patrona se había mostrado particularmente interesada cuando le contó que había estado en casa del sacristán y que le había comprado un libro viejo. Le dio la impresión, también, de haber oído más tarde una especie de cuchicheo entre ella y el propio sacristán en la entrada de la *salle à manger*, las palabras finales de la conversación fueron algo así como que «Pedro y Beltrán dormirán en la casa».

Durante todo este tiempo notó como una creciente sensación de inquietud que se iba apoderando de él..., tal vez debida a una reacción nerviosa, tras la dicha de haber descubierto semejante tesoro. Fuera lo que fuese, el caso es que se concretaba en una especie de convicción de que había alguien detrás de él y se sentía más tranquilo con la espalda pegada a la pared. Todo esto, naturalmente, carecía de importancia frente al manifiesto valor de la colección que había adquirido. Y ahora, como he dicho, estaba solo en su dormitorio, haciendo el recuento de los valiosos documentos del canónigo Alberico, entre los que a cada momento descubría nuevas cosas fascinantes.

—¡Bendito canónigo Alberico! —dijo Dennistoun, que tenía la inveterada costumbre de hablar consigo mismo—. Me pregunto dónde estará ahora. ¡Válgame Dios! Cómo me gustaría que la patrona aprendiese a reír de una manera más alegre; esa risa le hace a uno el efecto de que proviene de ultratumba. Media pipa nada más, ¿eh? Convenido. ¿De cuándo será el crucifijo que la muchacha se ha empeñado en regalarme? Supongo que del siglo pasado. Sí, seguramente. Es un poco incómodo llevar algo alrededor del cuello..., no me siento a gusto. Lo más seguro es que su padre la ha llevado puesta durante años. Creo que será mejor que la limpie antes de guardarla.

Se había quitado el crucifijo y lo había dejado sobre la mesa, cuando le llamó la atención una cosa que vio sobre el tapete rojo, muy cerca de su codo izquierdo. Dos o tres ideas acerca de qué podría ser aquello le cruzaron por la mente a incalculable velocidad.

—¿Un cepillo limpiaplumas? No, seguro que no hay un objeto de ese tipo en toda la casa. ¿Una rata? No, demasiado negra. ¿Una araña? Confío en la bondad divina de que no..., que no lo sea. ¡Dios! ¡Dios! ¡Una mano como la del grabado!

Fue cuestión de un instante lo que tardó en reconocerla. Tenía una piel pálida y macilenta que no recubría sino los huesos, y unos tendones espantosamente tensos; unos pelos largos y espesos como jamás había visto en la de un ser humano; las uñas sobresalían de los extremos de los dedos y se curvaban hacia dentro, afiladas, grises, duras, rugosas.

Dennistoun saltó de la silla; un indecible terror mortal le paralizó el corazón. El ser aquel, cuya mano izquierda descansaba sobre la mesa, se estaba incorporando por detrás del respaldo de su silla, y su mano derecha se curvó por encima de su cuero cabelludo. Estaba envuelto en unos trapos negros y andrajosos; un vello espeso le cubría igual que en la ilustración. Su mandíbula inferior era estrecha, ¿cómo diría yo?, hundida como la de una bestia; los dientes le asomaban detrás de los negros labios, y no

tenía nariz; sus ojos, de un amarillo llameante, sobre el que destacaban unas pupilas negras e intensas, expresaban odio exultante y sed de destrucción: éstos eran los rasgos más horribles de dicha visión. Y manifestaba una especie de inteligencia..., una inteligencia superior a la de la bestia, pero inferior a la del hombre.

Las emociones que este horror suscitó en Dennistoun fueron el más intenso terror físico y la más profunda abominación mental. ¿Y qué hizo él?

¿Qué podía hacer? Nunca ha llegado a saber con seguridad las palabras que dijo, pero recuerda que habló, que agarró ciegamente el crucifijo, que el demonio hizo un movimiento de abalanzársele, y que entonces exhaló un grito con la voz de un animal fulminado por el dolor.

Pierre y Bertrand, los dos sirvientes que habían entrado precipitadamente, no vieron nada, pero se sintieron empujados a un lado por algo que cruzó por en medio de los dos, y encontraron a Dennistoun desmayado. Pasaron la noche sentados haciéndole compañía, y a eso de las nueve de la mañana del día siguiente llegaron sus dos amigos. Él, aunque trastornado y con los nervios deshechos, se había recuperado casi del todo. Y dieron crédito a la historia que contó, pero no antes de haber visto el grabado y haber hablado con el sacristán.

Poco antes de amanecer, el viejecillo había ido a la posada con no se sabe qué pretexto, y escuchó con profundo interés lo que le contó la patrona. No se mostró sorprendido.

—¡Es él..., es él! Lo he visto con mis propios ojos —fue su único comentario, y a todas las preguntas que le hicieron, respondía siempre con lo mismo—: *Deux fois je l'ai vu; mille fois je l'ai senti*.

No quiso decir nada acerca de la procedencia del libro, ni quiso referir detalle alguno sobre sus experiencias.

—Pronto llegará mi hora y descansaré en paz. ¿Por qué se empeñan en molestarme? —decía.

Nunca sabremos lo que él y el canónigo Alberico de Mauléon sufrieron. Detrás del grabado fatídico había unas líneas escritas a mano que pueden arrojar alguna luz sobre el caso:

Contradictio Salomonis cum demonio nocturno.

Albericus de Mauleone delineavit.

V. Deus in adiutorium. Ps. Qui habitat.

*Sancte Bertrande, demoniorum effugator, intercede pro me
miserrimo.*

*Primum uidi nocte 12mi Dec. 1694: uidebo mox
ultimum. Peccaui et passus sum, plura adhuc
passurus. Dec. 29, 1701*

Nunca he llegado a saber exactamente qué es lo que pensaba Dennistoun de todos estos acontecimientos que acabo de referir. Una vez me citó una frase del Eclesiástico: «Hay espíritus que han sido creados para la venganza, y su furia ocasiona desastres». En otra ocasión me dijo: «Isaías fue un hombre muy sensato; ¿no dijo algo acerca de los monstruos de la noche que viven en las ruinas de Babilonia? Hoy en día estas cosas se

hallan fuera de nuestro alcance».

Hay otra confidencia suya que me impresionó y que no me atrevo a censurar. Fuimos a Comminges el año pasado a visitar la tumba del canónigo Alberico. Se trata de un gran túmulo de mármol con la efigie del canónigo con peluca y sotana, y una frase de elogio a su sabiduría esculpida debajo. Dennistoun se detuvo a hablar un rato con el vicario de Saint Bertrand, y cuando íbamos de regreso, me dijo:

—Espero que no esté mal lo que he hecho: ya sabes que soy presbiteriano... pero... pero he pagado una misa con responso por el eterno descanso de Alberico de Mauléon.

Luego añadió con ligero acento escocés:

—No sabía que fueran tan caras.

El libro se conserva en la colección Wenworth de Cambridge. El grabado lo fotografió Dennistoun y lo quemó inmediatamente después, el mismo día que salió de Comminges, en su primera visita a ese lugar.

CORAZONES PERDIDOS

Fue en septiembre de 1811, según he comprobado, cuando se detuvo un coche de alquiler en la puerta de Aswarby Hall, en el corazón de Lincolnshire. Un niño, que era el único pasajero, saltó abajo en cuanto paró y se puso a mirar en torno suyo con viva curiosidad durante el breve intervalo que transcurrió desde que sonó la campanilla hasta que se abrió la puerta. Vio una casa alta, cuadrada, de ladrillo rojo, de los tiempos de la reina Ana; se le había añadido una portalada con pilares de piedra del más puro estilo clásico de 1790; sus ventanas eran numerosas, altas, estrechas, con cristales pequeños y gruesa carpintería blanca. Un frontón perforado por una ventana redonda coronaba la fachada. Dos alas, a derecha e izquierda, comunicaban con el cuerpo central mediante curiosas galerías acristaladas sostenidas por columnatas. En estas alas se hallaban claramente las cuadras y los servicios de la casa. Cada una tenía una cúpula ornamental rematada por una veleta dorada.

La luz del ocaso daba en el edificio haciendo brillar los cristales como si estuviesen en llamas. Frente a la mansión se extendía un parque llano salpicado de robles y bordeado de abetos que se recortaban contra el cielo. El reloj de la torre de la iglesia — oculta tras la franja de árboles, y cuya veleta dorada era lo único de ella que recibía la luz — estaba dando las seis, y sus tañidos llegaban blandamente arrastrados por el viento. Todo contribuía a transmitir al espíritu del niño una impresión agradable, aunque teñida de esa especie de melancolía propia de un atardecer de principios de otoño, mientras esperaba a que le abriesen.

El coche le traía de Warwickshire, donde unos seis meses antes se había quedado huérfano. Gracias al generoso ofrecimiento de su viejo pariente el señor Abney llegaba ahora a Aswarby para quedarse. Fue un ofrecimiento inesperado, porque los que conocían algo al señor Abney le consideraban una especie de austero recluso para el que la llegada de un niño supondría un elemento nuevo y previsiblemente incompatible con la rutina de la casa. La verdad es que se sabía muy poco de las actividades y el carácter del señor Abney. Habían oído decir al profesor de Griego de Cambridge que el hombre que más sabía sobre creencias religiosas de los últimos paganos era el dueño de Aswarby. Desde luego, su biblioteca contenía todo lo publicado hasta entonces sobre los Misterios, los poemas órficos, el culto a Mitra y los neoplatónicos. En el vestíbulo enlosado de mármol se alzaba un hermoso grupo de Mitra matando al toro, importado de levante a un coste considerable por el dueño. Éste había publicado una descripción de dicho grupo en la *Gentleman's Magazine*, y había escrito una notable serie de artículos en la revista *Critical Museum* sobre supersticiones de los romanos durante el Bajo Imperio. En resumen, se le tenía por una persona sumergida en los libros; por lo que causó una sorpresa enorme entre sus vecinos que se hubiese enterado siquiera de la existencia de Stephen Elliott, su pariente huérfano, y más aún que se hubiera ofrecido a acogerle en Aswarby Hall.

Pensara lo que pensase la vecindad, lo cierto es que el señor Abney —el alto, flaco y austero señor Abney— parecía dispuesto a brindar a su jovencísimo primo una cálida

acogida. En el instante en que abrían la puerta de la entrada salió él precipitadamente de su despacho frotándose las manos de satisfacción.

—¿Qué tal, muchacho, cómo estás? —dijo—. ¿Cuántos años tienes...? Quiero decir, espero que no estés demasiado cansado del viaje como para no cenar, ¿verdad?

—No; gracias, señor —dijo el señorito Elliott—. Estoy bien.

—Buen chico —dijo el señor Abney—. ¿Y cuántos años tienes?

Parecía un poco raro que le hiciera dos veces la misma pregunta en los primeros dos minutos de conocerse.

—Voy para los doce, señor —dijo Stephen.

—¿Y cuándo los cumplirás, pequeño? El doce de septiembre, ¿eh? Eso está bien; eso está muy bien. Dentro de un año, casi, ¿no? Me gusta... ¡je, je!... me gusta anotar estas cosas en mi libro. ¿Seguro que el doce? ¿Seguro?

—Sí; completamente seguro, señor.

—¡Bien, bien! Parkes, llévele a la habitación de la señora Bunch y que tome su té, cena o lo que sea.

—Sí, señor —contestó el circunspecto señor Parkes; y condujo a Stephen a las regiones inferiores.

La señora Bunch era la persona más amable y humana de cuantas Stephen había tenido ocasión de conocer hasta ahora en Aswarby. Le hizo sentirse completamente a gusto; al cuarto de hora habían hecho ya gran amistad; amistad que siguieron conservando. La señora Bunch había nacido cerca de la residencia unos cincuenta años antes de la llegada de Stephen, y llevaba veinte viviendo en ella. Así que si alguien estaba al corriente de cuanto ocurría en la casa y en el contorno era ella; y no le desagradaba ni mucho menos hacerse eco de cualquier novedad.

Naturalmente, había multitud de cosas en la residencia y en sus jardines que Stephen, que era de inclinación aventurera y curiosa, estaba deseoso de que le explicasen. «¿Quién construyó el templo del final del paseo de laureles? ¿Quién es el anciano del cuadro de la escalera, sentado junto a una mesa con una calavera debajo de la mano?» Éstas y otras preguntas por el estilo le quedaron aclaradas gracias a la poderosa fuente de información que era la señora Bunch. Había otras, en cambio, cuya explicación encontró menos satisfactoria.

Un atardecer de noviembre, Stephen se hallaba sentado ante la chimenea del cuarto del ama de llaves pensando en todo lo que le rodeaba.

—¿Es bueno el señor Abney, e irá al cielo? —preguntó de repente, con esa confianza tan típica de los niños en la capacidad de los mayores para resolver estas cuestiones, cuya decisión se considera reservada a otros tribunales.

—¿Bueno? ¡Dios le bendiga! —dijo la señora Bunch—. ¡El señor es la persona más bondadosa que he conocido en mi vida! ¿No te he hablado nunca del niño que recogió, puede decirse que de la calle, hará siete años? ¿O de la niña, a los dos años de entrar yo a trabajar?

—No. ¡Ande, cuéntemelo, señora Bunch!... ¡Cuéntemelo ahora!

—Bueno —dijo la señora Bunch—; de la niña no me acuerdo muy bien. Sé que el señor la trajo un día al volver de su paseo, y dio orden a la señora Ellis, que era el ama de llaves entonces, de que la atendiese en todo. La pobre criatura no tenía a nadie (ella

misma me lo dijo), y vivió aquí con nosotros como unas tres semanas. Después, sea porque tenía algo de sangre gitana o por lo que fuera, saltó de la cama una madrugada antes de que los demás hubiéramos abierto los ojos, y desde entonces no hemos vuelto a saber de ella. El señor movilizó a toda la comarca y mandó dragar todas las charcas; pero yo estoy convencida de que se fue con los gitanos. Porque la noche en que desapareció estuvieron cantando alrededor de la casa lo menos una hora; y Parkes asegura que les oyó dar voces toda esa tarde en el bosque. ¡Pobrecilla!, era una niña rarísima, y muy reservada; aunque yo me entendía con ella a las mil maravillas, porque era muy casera. Curioso, ¿verdad?

—¿Y qué pasó con el niño? —dijo Stephen.

—¡Ah, pobre chico! —suspiró la señora Bunch—. Era extranjero; se llamaba Jevanny, y apareció por el camino tocando su zanfoña un día de invierno. El señor le hizo entrar en seguida, le preguntó de dónde venía, cuántos años tenía, cómo había llegado, y dónde estaban sus parientes, todo con una amabilidad que no podía pedirse más. Pero pasó lo mismo. Me parece que esos extranjeros son gente ingobernable; y una madrugada cogió y se fue, igual que la niña. Estuvimos preguntándonos lo menos un año por qué lo haría, y qué haría; porque no se llevó la zanfoña, que aún sigue en ese anaquel.

Stephen se pasó el resto de la velada haciéndole preguntas a la señora Bunch y tratando de sacarle unas notas a la zanfoña.

Esa noche tuvo un sueño extraño. Al final del pasillo de arriba, donde estaba su dormitorio, había un cuarto de baño que no se utilizaba. Estaba cerrado con llave; pero la mitad superior de la puerta era de cristal, y dado que había desaparecido hacía tiempo la cortina de muselina que lo había ocultado del pasillo, podía verse desde fuera la bañera de plomo pegada a la pared de la derecha, de cara a la ventana.

La noche a la que me refiero, Stephen Elliott se descubrió a sí mismo mirando a través del cristal de esa puerta. La luna entraba por la ventana, y Stephen observaba fijamente una figura que había en la bañera.

Su descripción de lo que vio me recuerda lo que vi una vez en la famosa cripta de la iglesia de St. Michan, en Dublín, que tiene la horrible propiedad de preservar los cadáveres de la descomposición durante siglos. Era una figura indeciblemente delgada y conmovedora, de un color ceniciento, envuelta en una prenda parecida a un sudario, con sus finos labios contraídos en una leve y horrible sonrisa, y las manos fuertemente apretadas en la región del corazón.

Y mientras la miraba, pareció brotar de ella un gemido lejano, casi inaudible, y empezó a mover los brazos. El terror de la escena hizo retroceder a Stephen, y despertar al hecho de que, efectivamente, se hallaba de pie en el frío entarimado del corredor, a plena luz de la luna. Con un valor que no creó que sea corriente en los chicos de su edad, se acercó a la puerta del cuarto de baño a comprobar si estaba allí realmente la figura del sueño. No estaba; así que regresó a la cama.

A la señora Bunch le causó honda impresión, a la mañana siguiente, lo que le contó Stephen; al extremo de que volvió a poner una cortina en la puerta de cristal del cuarto de baño. El señor Abney, por su parte, al que contó también su experiencia en el desayunó, se mostró enormemente interesado, y tomó notas al respecto en lo que

llamaba «su libró».

Se aproximaba el equinoccio de primavera, y el señor Abney se lo recordaba a menudo a su joven pariente, añadiendo que los antiguos lo consideraron siempre una época difícil para los jóvenes, que haría bien en cuidarse, cerrando la ventana durante la noche, y que Censorinus hacía estimables comentarios sobre el particular.

Dos incidentes ocurrieron por entonces que impresionaron a Stephen.

El primero fue después de pasar una noche con sensación de opresión y desasosiego... aunque no consiguió recordar qué había soñado. Ya por la tarde, la señora Bunch estaba ocupada en coser el camisón de Stephen.

—¡Válgame Dios, señorito Stephen! —exclamó de repente con cierta irritación—, ¿qué ha hecho para dejar el camisón como unos zorros? ¡Mire el trabajó que da a las pobres criadas que tienen que zurcir y remendar!

Efectivamente, la prenda tenía una serie de desgarrones de lo más deplorables cuyo zurcido requería una aguja hábil. Estaban todos en el lado izquierdo del pecho: unos surcos largos, paralelos, de unas seis pulgadas; algunos no llegaban a rasgar el tejido. Stephen sólo pudo manifestar que ignoraba por completo su origen; estaba seguro de el camisón no los tenía la noche anterior.

—Pero, señora Bunch —dijo—, son iguales que los arañazos que tiene por fuera la puerta de mi cuarto; y le aseguré que no los he hecho yo.

La señora Bunch le miró boquiabierta; acto seguido cogió una vela, salió apresuradamente de la habitación, y la oyó subir. Unos minutos después bajó.

—No sé, señorito Stephen —dijo—; es muy extraño cómo han podido aparecer esos arañazos ahí: están demasiado altos para ser de un perro ó de un gato, y menos aún de una rata. Parecen hechos por las uñas de un chino, como nos contaba un tío mío que estuvo en el negocio del té cuando éramos chicas. Yo que usted no le diría nada al señor; pero cierre la puerta con llave cuando se vaya a acostar.

—Siempre lo hago, señora Bunch, después de rezar.

—¡Ah, buen chico! No se olvide nunca de rezar, y no le ocurrirá nada malo.

Dicho esto la señora Bunch se aplicó en coser los desgarrones del camisón, quedándose pensativa de cuando en cuando, hasta que se hizo hora de acostarse. Esto ocurrió un viernes por la noche, en marzo de 1812.

Durante la velada siguiente, el dúo habitual formado por Stephen y la señora Bunch se vio aumentado con la llegada repentina del mayordomo, el señor Parkes, que por regla general no salía de sus dominios. No se dio cuenta de que estaba Stephen; además, entró más nervioso y menos circunspecto que de costumbre.

—Si el señor quiere vino por la noche que vaya él a buscarlo —fue su primer comentario—. O lo subo de día, ó no lo subo, señora Bunch. No sé qué puede ser: lo más probable es que sean las ratas ó el viento que se cuele en las bodegas; pero yo ya tengo muchos años, y ya no lo soporto como cuando era joven.

—Vaya, señor Parkes; sería muy raro que hubiera ratas en esta casa, y usted lo sabe.

—No lo voy a negar, señora Bunch; y aunque he oído contar muchas veces a los hombres del astillero lo de la rata que hablaba, jamás me lo he creído; pero esta noche, si llegó a pegar la oreja a la puerta de la cueva del fondo, seguro que me habría

enterado de lo que decían.

—¡Vamos, señor Parkes, no consiento que diga esas fantasías! ¡Ratas hablando en la bodega! ¿Habrás visto?

—Bueno, señora Bunch, no quiero discutir con usted; lo único que digo es que si va a la cueva del fondo y pega la oreja a la puerta, puede comprobar ahora mismo lo que digo.

—¡Señor Parkes, está diciendo tonterías... que no está bien que oiga un niño! Va a asustar al señorito Stephen.

—¡Cómo! ¿El señorito Stephen? —dijo Parkes reparando en la presencia del niño —. El señorito Stephen, señora Bunch, comprende que le estoy gastando una broma.

La verdad es que el señorito Stephen comprendía demasiado para suponer que el señor Parkes quisiera gastar ninguna broma. Mostró interés —un interés no del todo grato— por el caso. Pero ninguna de sus preguntas consiguió sacarle al mayordomo más detalles sobre su experiencia en la bodega.

Llegamos ahora al 24 de marzo de 1812. Fue un día de experiencias singulares para Stephen; un día de viento y ruidos que llenaron la casa y el parque de un vago desasosiego. Estando en la valla del jardín contemplando el parque, sintió como si desfilara ante él un cortejo interminable de seres invisibles arrastrados por el viento, irresistiblemente, sin objeto, mientras pugnaban en vano por detenerse, por sujetarse a lo que fuera para poner fin a su vuelo y volver a entrar en contacto con el mundo de los vivos del que habían formado parte.

Ese día, después de comer, dijo el señor Abney:

—Stephen, muchacho, ¿te importaría venir esta noche a mi despacho, a eso de las once?; hasta esa hora estaré ocupado. Quiero enseñarte algo que tiene que ver con tu vida futura, y es de suma importancia que conozcas. No se lo digas a la señora Bunch ni a nadie de la casa; y es mejor que subas a tu habitación a la hora de siempre.

He aquí una nueva emoción que añadir a la vida. Stephen aprovechó con avidez la ocasión que se le brindaba de permanecer levantado hasta las once. Esa noche, al subir, se asomó a la puerta de la biblioteca y observó que el brasero que había visto a menudo en un rincón de la estancia estaba delante de la chimenea; sobre la mesa había una antigua copa plateada llena de vino tinto, y al lado unas hojas escritas. En el momento de pasar Stephen el señor Abney estaba cogiendo pellizcos de incienso de una cajita redonda y espolvoreándolo en el brasero; pero no oyó sus pasos.

El viento había cesado. La noche era tranquila y había luna llena. Hacia las diez, Stephen estaba de pie junto a la ventana abierta de su dormitorio contemplando el campo. Pese a la quietud general, aún no se habían acallado los misteriosos habitantes del bosque lejano bajo la luna. De cuando en cuando le llegaban del otro lado del estanque gritos extraños como de seres errantes, perdidos, desesperados. Quizá eran chillidos de lechuzas o gaviotas, aunque no sonaban exactamente igual que el graznido de estas aves. ¿No se estaban acercando? Unos momentos después provenían de la orilla más próxima. Y ahora parecían flotar en la zona de los arbustos. Cesaron a continuación. Pero justo cuando Stephen se disponía a cerrar la ventana y volver a su lectura de Robinson Crusoe advirtió dos figuras detenidas en el paseo de grava que se extendía junto a la residencia: las figuras de un niño y una niña, parecían; estaban el

uno al lado del otro y miraban hacia las ventanas. La de la niña le recordaba de manera irresistible a la de la bañera que había visto en sueños. El chico le inspiraba un miedo más intenso.

Mientras la niña permanecía inmóvil, medió sonriendo, con las manos apretadas sobre el corazón, el chico, de figura delgadísima, cabello negro y ropa andrajosa, alzó los brazos como en un gesto de amenaza y hambre y ansia insaciable. La luna iluminó sus manos traslúcidas, y Stephen vio que tenía las uñas terriblemente largas y que las atravesaba la luz. Y al alzar los brazos reveló un detalle espantoso: en el costado izquierdo del pecho tenía abierto un negro, agujero. Y entonces le llegó a Stephen — más al cerebro que al oído — uno de esos gritos hambrientos y desolados que habían estado resonando en el bosque de Aswarby. Acto seguido la horrible pareja se desplazó veloz y silenciosa por la grava, y dejó de verla.

Aunque indeciblemente asustado, decidió coger una vela y bajar al despacho del señor Abney, porque casi era la hora a la que le había citado. El despacho ó biblioteca daba a un lado del vestíbulo; y Stephen, acuciado por sus terrores, llegó en un abrir y cerrar de ojos. No le fue tan fácil entrar. La puerta no estaba cerrada con llave, desde luego, ya que la llave estaba puesta por fuera como de costumbre. Sus repetidas llamadas no obtuvieron respuesta. El señor Abney estaba ocupado: le oía hablar. ¿Qué ocurría? ¿Por qué trataba de gritar? ¿Y por qué se le ahogaba un grito en la garganta? ¿Había visto también a los misteriosos niños? Pero ahora quedó todo en silencio, y la puerta cedió al forcejeo aterrado y frenético de Stephen.

Sobre la mesa de escritorio del señor Abney se descubrieron ciertos papeles que explicaron a Stephen Elliott lo ocurrido cuando tuvo edad suficiente para entenderlos. He aquí los pasajes más relevantes:

«Era creencia firme y general entre los antiguos (de cuyo saber en esta materia he tenido experiencias que me inducen a fiar en sus afirmaciones) que merced a determinados procesos que para nosotros los modernos tienen algo de bárbaros, el hombre puede alcanzar una muy notable expansión de las facultades espirituales; que, por ejemplo, absorbiendo la personalidad de cierto número de individuos, se puede lograr un total dominio sobre esos órdenes de seres espirituales que controlan las fuerzas elementales de nuestro universo.

»Hay constancia de que Simón el Mago podía desplazarse por el aire, hacerse invisible o adoptar las formas que quisiera en virtud del alma de un niño al que — para utilizar el término calumnioso que emplea el autor de *Clementine Recognitions* — había "asesinado". Además, en los escritos de Hermes Trimegisto encuentro consignado con considerable detalle que pueden obtenerse idénticos resultados absorbiendo los corazones de al menos tres seres humanos menores de veintiún años. A comprobar la veracidad de esta fórmula he dedicado la mayor parte de los últimos veinte años, escogiendo como *corpora vilia* de mi experimento a sujetos a los que podía suprimir oportunamente sin que ocasionasen vacío alguno en la sociedad. La primera fase la llevé a efecto eliminando a una tal Phoebe Stanley, niña de extracción gitana, el 24 de marzo de 1792. La segunda, mediante la supresión de un italiano vagabundo llamado Giovanni Paoli, la noche del 23 de marzo de 1805. La "víctima final" (por emplear un término que repugna sobremanera a mi sensibilidad) va a ser mi primo Stephen Elliott.

Su día será este 24 de marzo de 1812.

»La mejor manera de lograr la requerida absorción es extraer el corazón in vivo, reducirlo a cenizas, y mezclarlas con medio litro de vino tinto, preferentemente oporto. Conviene guardar ocultos al menos los restos de los dos primeros sujetos; un cuarto de baño en desuso o una bodega sirven perfectamente a este propósito. Puede que el componente psíquico de los sujetos —que la terminología popular dignifica con el nombre de espectros— ocasione alguna molestia. Pero un hombre de talante filosófico —el único para el que es apropiado el experimento— concederá muy poca importancia a los débiles esfuerzos de esas naturalezas por descargar su venganza sobre él. Pienso con la más viva satisfacción en la existencia prolongada e independiente que el experimento me conferirá si tiene éxito, no sólo poniéndome fuera del alcance de la pretendida justicia humana, sino eliminando prácticamente la perspectiva misma de la muerte».

El señor Abney fue encontrado en su silla, con la cabeza hacia atrás, el rostro contraído en una expresión de rabia, miedo y dolor insoportable. En el costado izquierdo tenía abierta una herida terrible que le dejaba el corazón al descubierto. No tenía sangre en las manos, y el largo cuchillo que había sobre la mesa estaba intacto. Seguramente le infligió esa herida un gato montés: la ventana del despacho estaba abierta, y el dictamen del forense fue que el señor Abney había muerto víctima de alguna alimaña. Pero la lectura de los papeles que acabo de citar llevaron a Stephen Elliott a muy otra conclusión.

EL GRABADO

Hace algún tiempo tuve el placer de referirles la historia de una aventura que le aconteció a un amigo mío llamado Dennistoun cuando andaba buscando objetos de arte para el museo de Cambridge.

A su regreso a Inglaterra, no quiso divulgar lo que le había ocurrido, pero no dejó de llegar a oídos de muchos de sus amigos, y entre otros, a los de un señor que por entonces dirigía un museo de arte en otra universidad. Era de esperar que el suceso causara honda impresión en el espíritu de un hombre que tenía la misma vocación que Dennistoun, y que este hombre quisiera aferrarse fervientemente a cualquier explicación del caso que pusiera de manifiesto las pocas probabilidades que había de que se viera en la necesidad de enfrentarse él con tan inquietante contingencia. En efecto, era un alivio para él pensar que no tenía que adquirir manuscritos antiguos para su institución, y que ese asunto le incumbiera exclusivamente a la Biblioteca Shelburnian. Que registraran las autoridades de esta entidad, si querían, los oscuros rincones del continente en busca de tales materias. Por el momento, él se contentaba con ampliar la ya excelente colección de dibujos y grabados topográficos que poseía su museo. No obstante, como se vio más adelante, incluso un departamento tan entrañable y familiar como éste podía tener también sus rincones sombríos, y el señor Williams se vio metido en uno de ellos inesperadamente.

Los que hayan sentido algún interés, por pequeño que sea, por adquirir estampas topográficas, saben que existe un marchante londinense cuya ayuda es indispensable para sus búsquedas. El señor J. W. Britnell publica periódicamente catálogos verdaderamente admirables de extensos y continuamente renovados surtidos de grabados, planos y viejos proyectos de mansiones, iglesias y pueblos de Inglaterra y de Gales. Para el señor Williams, estos catálogos son, como es natural, el abc de su trabajo; pero como su museo contiene ya una enorme cantidad de estampas topográficas, sus compras no son ya abundantes, sino más bien moderadas, y acude al señor Britnell más para llenar algún vacío en su colección que para que le proporcione rarezas.

Ahora bien, en febrero del año pasado apareció en el museo, sobre la mesa del despacho del señor Williams, un catálogo de las existencias del señor Britnell, acompañado de una nota mecanografiada del propio vendedor.

Dicha nota rezaba así:

Muy señor nuestro:

Nos permitimos sugerirle examine el núm. 978 de nuestro catálogo adjunto. De interesarle, tendremos mucho gusto en enviárselo para su aprobación. Suyo affmo.,

J. W BRITNELL

Fijarse en el núm. 978 del catálogo era para el señor Williams (como se dijo él) cuestión de un momento, y en el lugar indicado encontró la siguiente referencia:

978.- *Anónimo. Interesante grabado. Vista de una casa solariega de principios de siglo. 15*

x 10 pulgadas; marco negro. 2 libras, 2 chelines.

No tenía nada de excepcional, y el precio parecía elevado. Sin embargo, como el señor Britnell —que conocía su negocio tan bien como a su cliente— parecía darle importancia, el señor Williams le escribió una tarjeta rogándole que le enviara dicho artículo para examinarlo, junto con otros grabados y dibujos consignados en el mismo catálogo. Así que, sin el menor sentimiento de impaciencia, pasó a ocuparse de las tareas corrientes de la jornada.

Todos los paquetes suelen llegar un día más tarde de lo que se espera, y el que mandó el señor Britnell no fue, como suele decirse, la excepción a la regla. Llegó al museo, junto con el correo del sábado por la tarde, cuando el señor Williams ya había terminado su trabajo, y el conserje se lo llevó a sus habitaciones en la residencia de la universidad; así no tendría que dejar para después del domingo el examen y devolución de lo que no tuviera intención de adquirir. Conque, cuando subió a tomar el té con un amigo, se encontró con el encargo.

El único artículo al que quiero referirme es al grabado, de tamaño algo grande y enmarcado en negro, del que ya ha dado la breve descripción el catálogo del señor Britnell. Añadiré algunos detalles más, aunque me temo que no voy a poder ofrecer una imagen tan clara como la que tengo yo ante mis ojos. Hoy en día aún se ven láminas muy parecidas en los viejos salones de muchísimos hoteles y en los pasillos de las mansiones de provincias. Era un grabado corriente, y un grabado corriente es, quizá, la peor clase de obra gráfica que cabe imaginar. Representaba la fachada de una casa solariega, no demasiado grande, del siglo pasado, con tres filas de ventanas de guillotina y molduras biseladas alrededor, una balaustrada con bolas o ánforas en los ángulos, y un pequeño pórtico en el centro. A uno y otro lado había árboles, y frente a ella se extendía un gran espacio de césped. En el estrecho margen tenía grabado lo siguiente: «A. W E sculpsit», nada más. En conjunto, daba la impresión de que era obra de un aficionado. Qué diablos pretendía el señor Britnell poniéndole el precio de 2 libras y 2 chelines, era algo que no le alcanzaba al señor Williams. Le dio la vuelta con el mayor desprecio; en la parte de atrás tenía pegada una etiqueta, de la que habían arrancado la mitad de la izquierda. Todo lo que quedaba era el final de dos líneas escritas: de la primera sólo las letras ...ngley Hall de la segunda, ...ssex.

Tal vez valiera la pena identificar el edificio que representaba, cosa que podía hacer fácilmente con la ayuda del Diccionario Catastral, antes de devolvérselo al señor Britnell, con algunas reconvenções sobre su criterio.

Encendió las velas, pues ya era de noche, preparó el té, le sirvió al amigo con el que había estado jugando al golf (tengo entendido que las autoridades universitarias a las que me refiero se dedican a este deporte por distracción), y tomaron el té, amenizado con una discusión que a los aficionados al golf les será fácil imaginar y que el escrupuloso escritor no tiene derecho a encajarles a quienes no lo son.

La conclusión a la que llegaron era que ciertas jugadas podrían haber salido mucho mejor, y que en determinados momentos críticos, ninguno de los dos había tenido la suerte que toda persona tiene derecho a esperar. Fue entonces cuando el amigo —llamémosle profesor Binks— cogió el grabado y dijo:

—¿Qué edificio es éste, Williams?

—Eso es precisamente lo que voy a averiguar —dijo Williams, dirigiéndose a la estantería para coger el Diccionario Catastral—. Mira la parte de atrás. No sé qué-ngley Hall, de Sussex o Essex. La mitad del nombre ha desaparecido. ¿No lo conocerás tú, por casualidad?

—Te lo envía ese tal Britnell, ¿no? —dijo Binks—. ¿Es para el museo?

—Bueno, creo que lo compraría si me pidiera por él unos cinco chelines —comentó Williams—, pero por alguna inexplicable razón, me pide dos guineas. No comprendo por qué. Es un grabado malísimo, y ni siquiera tiene figuras que le den vida.

—A mí también me parece que no vale las dos guineas —dijo Binks—, pero no lo veo tan malo. Para mi gusto la luz de la luna está conseguida, y yo diría que hay figuras, al menos una, en el borde de abajo, frente a la casa.

—¿A ver? —dijo Williams—. Bueno, desde luego, la luz está lograda. ¿Dónde está la figura que dices? ¡Ah, sí! Justo delante, en el mismo centro del cuadro.

Efectivamente, vio que había —poco más que un borrón negro en el borde del grabado— una cabeza de hombre o de mujer, muy embozada, con la espalda vuelta hacia el espectador, y mirando hacia la casa.

Williams no había reparado en ella anteriormente.

—De todos modos —dijo—, aunque es mejor de lo que me había parecido, no puedo gastar dos guineas del fondo del museo en el cuadro de un lugar que no conozco.

El profesor Binks tenía cosas que hacer y no tardó en marcharse. Williams se entregó, casi hasta la hora de la cena, al vano intento de identificar el edificio del cuadro. «Si al menos hubiese quedado la vocal que va delante de ng, habría sido relativamente fácil —pensó—, pero así, puede ser cualquier nombre, desde Guestingley a Langley, y hay muchos más nombres con esta terminación de los que yo me figuraba; además, este dichoso libro no trae un índice de terminaciones».

La cena en el comedor de la residencia se servía a las siete. No hace falta que me extienda en ella, y menos teniendo en cuenta que se sentó con unos colegas que habían estado jugando al golf durante la tarde, y que estuvieron charlando de cuestiones que no tienen el menor interés para nosotros..., charlando de golf, quiero decir.

Digamos que estuvieron una hora o más reunidos en lo que suele llamarse la sala de tertulia. Posteriormente se retiraron unos cuantos a las habitaciones del señor Williams, y estoy casi seguro de que jugaron al whist y que fumaron también. Durante un respiro, en medio de estas ocupaciones, cogió Williams el grabado de la mesa sin mirarlo, y se lo tendió a una persona algo interesada en arte, al tiempo que le contaba de dónde lo había sacado, además de otros detalles que ya conocemos.

El caballero lo cogió con indiferencia, lo miró, y dijo después con tono interesado:

—Es una obra francamente buena, tiene todo el sabor del período romántico. La luz está admirablemente conseguida, a mi juicio, y la figura, aunque un poco demasiado grotesca, es tremendamente impresionante.

—Sí, ¿verdad? —dijo Williams, que en ese momento estaba ocupado sirviendo Whisky con soda a otros invitados y no podía ir a ver el cuadro otra vez.

Se había hecho tarde, y las visitas se despidieron. Cuando se hubo ido todo el mundo, Williams escribió una o dos cartas y terminó un trabajo pendiente. Por último, pasadas ya las doce, se dispuso a acostarse y, tras encender la palmatoria del dormitorio, apagó la lámpara. El grabado estaba boca arriba encima de la mesa, donde lo había dejado el último que lo estuvo mirando, y al ir a apagar la lámpara le llamó la atención. Al verlo, casi estuvo a punto de dejar caer al suelo la palmatoria, y aún hoy confiesa que, de haberse quedado a oscuras en ese momento, le habría dado un ataque. Pero no fue así, de manera que pudo dejar la palmatoria sobre la mesa y examinar el cuadro. No cabía la menor duda; por imposible que pareciera, era absolutamente cierto. En el centro del césped, delante de la desconocida casa, donde a las cinco de la tarde no vio nada, había una figura embozada en un extraño ropaje negro con una cruz blanca en la espalda, que avanzaba a gatas hacia el edificio.

No sé qué actitud hay que adoptar ante una situación de ese género. Yo me limito a contarles lo que hizo el señor Williams en esa ocasión. Cogió el cuadro por uno de los extremos, cruzó el pasillo, y lo llevó a las habitaciones de enfrente, que eran suyas también. Una vez allí, lo metió en un cajón y lo cerró con llave, atrancó las puertas de ambos lados del pasillo y se acostó; antes, sin embargo, redactó y firmó una descripción del extraordinario cambio que había experimentado el cuadro desde que había llegado a sus manos.

El sueño tardó en acudir a él, pero era consolador pensar que el comportamiento del cuadro no dependía de su propio pensamiento particular. Evidentemente, la persona que lo había contemplado la noche anterior había visto algo por el estilo; de no haber sido así, se habría sentido tentado de pensar que algo no le funcionaba bien, ya fuera la vista o el juicio. Descartada felizmente esta doble posibilidad, le aguardaban dos tareas a la mañana siguiente. Examinar el cuadro detalladamente en presencia de un testigo, y tratar de averiguar qué edificio era el que representaba. Para ello pediría a su vecino Nisbet que desayunara con él, luego dedicarían los dos la mañana a buscarlo en el Diccionario Catastral.

Nisbet no tenía ningún compromiso esa mañana, y llegó hacia las nueve y media. Su anfitrión, siento tener que decirlo, aún no se había vestido, con lo tarde que era. Durante el desayuno, Williams no mencionó el grabado para nada, limitándose a decir que tenía un cuadro y deseaba que Nisbet le diera su opinión. Pero quienes están familiarizados con la vida universitaria pueden hacerse idea de la inmensa y deliciosa cantidad de temas sobre los que pueden versar la conversación de dos profesores del Canterbury College un domingo por la mañana, mientras desayunan. No dejaron un solo tema por discutir, desde el golf hasta el tenis. No obstante, debo confesar que Williams se hallaba un tanto ofuscado, ya que su interés lo acaparaba naturalmente aquel extrañísimo cuadro que descansaba, boca abajo, en un cajón de la habitación de enfrente.

Finalmente, encendió su primera pipa, y llegó el momento que había estado esperando. Con grande, casi temblorosa excitación, corrió al otro lado, abrió el cajón y, cogiendo el cuadro sin volverlo hacia arriba, regresó y lo puso en manos de Nisbet.

—Vamos a ver, Nisbet —dijo—, quiero que me digas exactamente lo que ves en este cuadro. Descríbelo con todo detalle si no te importa. Después te diré por qué.

—Bien —dijo Nisbet—. Yo veo aquí la vista de una casa de campo, me parece que inglesa, a la luz de la luna.

—¿A la luz de la luna? ¿Estás completamente seguro?

—Claro, la luna aparece en cuarto menguante, para más detalle, y hay nubes en el cielo.

—De acuerdo. Sigue. Yo habría jurado —comentó Williams— que no había luna cuando lo vi por primera vez.

—Bueno, no hay mucho más que añadir —prosiguió Nisbet—. La casa tiene una, dos, tres filas de ventanas, cinco ventanas en cada fila, salvo en la parte de abajo, que tiene la entrada donde corresponde la ventana del centro, y...

—Pero, ¿hay alguna figura? —preguntó Williams con marcado interés.

—No, ninguna —dijo Nisbet—; en cambio...

—¿Cómo? ¿No hay una figura en el césped de delante?

—No.

—¿Serías capaz de jurarlo?

—Claro que sí. En cambio, hay otra cosa.

—¡Qué!

—Bueno, una de las ventanas de la planta baja, a la izquierda de la entrada, está abierta.

—¿De veras? ¡Válgame Dios! Debe de haberse introducido en la casa —dijo Williams, presa de una enorme excitación; se acercó apresuradamente por detrás del sofá en el que estaba sentado Nisbet y, quitándole el cuadro de las manos, comprobó el detalle por sí mismo.

Era absolutamente cierto. Había desaparecido la figura, y la ventana estaba abierta. Tras un momento de perplejidad, se sentó Williams a su mesa y se dedicó a escribir durante un rato. Luego le pasó las hojas escritas a Nisbet, le pidió que firmara primero una de ellas —era su propia descripción del cuadro, tal como ustedes la acaban de escuchar—, y luego le dijo que leyera las otras, que contenían la descripción que Williams había redactado la noche anterior.

—¿Qué significará todo esto? —dijo Nisbet.

—Ésa es la cuestión —dijo Williams—. Bueno, voy a hacer una cosa..., o tres, mejor dicho. Voy a preguntarle a Garwood —se refería a su último invitado— qué es lo que vio; luego, voy a fotografiar el cuadro antes de que cambie otra vez, y después averiguaré de qué edificio se trata.

—Yo mismo puedo hacer la fotografía, si quieres —dijo Nisbet—. Pero, oye, parece como si estuviésemos asistiendo a la representación de una tragedia. La cuestión ahora es si ha ocurrido ya o va a ocurrir. Tienes que averiguar qué sitio representa. Sí —dijo, contemplando el cuadro de nuevo—, creo que tienes razón: se ha introducido en la casa. Y si no me equivoco, está ocurriendo algo en una de las habitaciones de arriba.

—Te diré lo que voy a hacer —dijo Williams—: voy a llevarle el cuadro al viejo Green (era el decano del College, y había sido durante muchos años el tesorero). Es casi seguro que la conoce. El College tiene propiedades en Essex y en Sussex, y él debe de haber estado por esos condados infinidad de veces, en sus tiempos.

—Seguro —dijo Nisbet—, pero deja que primero le haga la fotografía. Y ahora que

caigo, creo que Green no está hoy aquí. Anoche no se presentó a cenar. Me parece que le oí decir que iba a pasar fuera el domingo.

—Es cierto, yo también se lo oí decir —dijo Williams—. Se ha marchado a Brighton. Bueno, si lo vas a fotografiar ahora, iré mientras a pedirle a Garwood su declaración; no lo pierdas de vista. Estoy empezando a pensar que dos guineas no es un precio tan exorbitante.

Al poco tiempo volvió, trayéndose a Garwood consigo. La declaración de Garwood se refería al hecho de que, cuando él vio la figura, estaba en el borde de la lámina, pero no muy dentro de la escena. Recordaba que tenía una marca blanca en la espalda, sobre el ropaje, pero no estaba seguro de que fuera una cruz. Así que procedieron a redactar y firmar el documento, y Nisbet se dispuso a fotografiar el cuadro.

—¿Qué piensas hacer ahora? —dijo—. ¿Vas a sentarte a vigilarlo todo el día?

—No, me parece que no —dijo Williams—. Creo que ya hemos visto todo lo que teníamos que ver. Mira, en el tiempo transcurrido desde el momento en que lo vi la noche pasada y esta noche, ha habido ocasión de sobra para que sucedan montones de cosas, pero lo único que ha hecho esa criatura ha sido meterse en la casa. Puede que haya llevado a cabo lo que se proponía y se haya marchado otra vez, pero el hecho de que la ventana esté abierta, creo, debe significar que todavía está dentro. Así que me parece que podemos dejarlo por ahora con toda tranquilidad. Además, tengo la impresión de que no cambiará mucho durante el día, si es que cambia algo. Esta tarde saldremos a dar una vuelta, y regresaremos a la hora del té o cuando ya empiece a oscurecer. Lo dejaré ahí, encima de la mesa, y cerraré la puerta. Aquí puede entrar mi criado, pero nadie más.

Los tres convinieron en que era un buen plan, y además, si pasaban la tarde juntos, sería poco probable que comentaran el asunto con otras personas, porque si trascendía cualquier rumor podía llegar a oídos de la Sociedad Fantasmológica.

—Lo dejaremos en paz hasta las cinco.

A esa hora más o menos, subieron los tres a las habitaciones de Williams. Al principio se sintieron algo contrariados al ver que la puerta estaba abierta, pero luego recordaron que los domingos entraba la criada a aviar las habitaciones una hora o dos antes que los días de entre semana. Sin embargo, les aguardaba una sorpresa. Lo primero que vieron fue el cuadro apoyado contra una pila de libros que había sobre la mesa, tal como lo habían dejado, y al criado de Williams sentado en una butaca enfrente, contemplándolo con evidente horror. ¿Cómo era eso? Filcher (el nombre no es invención mía) era un criado de excelente reputación, cuyas normas de etiqueta servían de modelo a toda la servidumbre del Collage y aun a la de la vecindad, y nada había más de contrario a sus hábitos que el sentarse en la butaca de su señor, o mostrar algún interés particular por los muebles o cuadros de éste. Desde luego, parece que se dio cuenta. Se llevó un sobresalto cuando vio entrar a los tres hombres en la habitación, y se puso de pie con gran esfuerzo. Luego dijo:

—Le ruego que me perdone, señor, por haberme tomado la libertad de sentarme.

—No faltaba más, Robert —interrumpió el señor Williams—. Precisamente me proponía preguntarle qué piensa usted del cuadro.

—Bueno, señor, naturalmente, no puedo oponer mi opinión a la de usted, pero no es la clase de cuadro que yo colgaría en un lugar donde mi niña pudiera verlo.

—¿No, Robert? ¿Y por qué?

—No, señor. Porque me acuerdo de una vez en que la pobrecita vio una Biblia con unas ilustraciones que no eran ni la mitad de raras que ésta, y tuvimos después que hacerle compañía tres o cuatro noches seguidas, se lo aseguro; así que si llega a ver el esqueleto ese de ahí o lo que sea llevándose al pobre niño, le daría un ataque. Ya sabe lo que pasa con los críos, lo nerviosos que se ponen ellos por cualquier tontería. Lo que quiero decir es que este cuadro no es cosa que se pueda dejar por ahí, señor, donde cualquier persona predispuesta a los sobresaltos pueda tropezarse con él. ¿Va a necesitar me para algo esta tarde, señor? Muchas gracias, señor.

Con estas palabras, el buen hombre salió a continuar su trabajo, y pueden ustedes estar seguros de que los caballeros a quienes dejó en la habitación no perdieron un instante en apiñarse en torno al grabado. La casa estaba como antes, bajo el cuarto menguante de la luna, y las nubes transitorias. La ventana, que había estado abierta, se veía ahora cerrada, y la figura se encontraba de nuevo en el césped, pero esta vez no se arrastraba cautamente con las rodillas y las manos. Ahora estaba de pie y corría a grandes zancadas, en dirección al centro de la lámina. La luna brillaba por detrás, y su negro ropaje le cubría el rostro, del que sólo se descubría una parte; sin embargo, lo poco que los espectadores lograban distinguir, bastó para que agradecieran profundamente que no se viera más que una blancuzca frente abombada y algunos mechones dispersos. Tenía la cabeza inclinada y sus brazos rodeaban tenazmente un bulto confuso que podía ser un niño, aunque era imposible distinguir si estaba vivo o no. Lo único que se veía con claridad eran las piernas de la aparición, horriblemente delgadas.

Desde las cinco hasta las siete, los tres compañeros estuvieron sentados vigilando el cuadro por turno. Pero no cambió. Finalmente, decidieron dejarlo y volver después de cenar, y esperar a que se desarrollaran nuevos acontecimientos.

Cuando subieron de nuevo, que fue tan pronto como pudieron, el grabado estaba allí, pero la figura había desaparecido y la casa descansaba tranquila bajo la luz de la luna. Ya no se podía hacer otra cosa que pasar la velada revisando los diccionarios y las guías catastrales. Williams fue quien finalmente la encontró; tal vez merecía esta suerte. Eran las once y media de la noche cuando descubrió en la Guía de Essex, de Murray, las siguientes líneas:

«Anningley, 16,50 millas. La iglesia era un interesante edificio del período normando, pero fue reformada considerablemente con elementos clasicistas durante el siglo pasado. Contiene las tumbas de la familia Francis, cuya mansión, Anningley Hall, sólido edificio de la época de la reina Ana, se alza inmediatamente a continuación del cementerio, en un enorme parque de 80 acres. Actualmente, la familia está extinguida, ya que el último miembro desapareció misteriosamente en su infancia, en el año 1802. El padre, Arthur Francis, era conocido en la localidad como un grabador de talento. Después de la desaparición de su hijo, vivió en completo aislamiento en su residencia, y fue encontrado muerto en su despacho, cuando acababa de poner fin a un grabado de la casa, del que se conservan muy pocas láminas impresas».

Al parecer era eso lo que buscaban, y en efecto, al regresar el señor Green identificó inmediatamente el edificio como Anningley Hall.

—¿Le encuentra usted alguna explicación a la figura, Green? —fue la pregunta obligada de Williams.

—No sé qué decir, Williams, se lo aseguro. Lo que se decía en esa localidad cuando la visité yo por primera vez, que fue antes de venir aquí, era concretamente esto: que el viejo Francis tenía declarada la guerra a los cazadores furtivos, y en cuanto se le brindaba una ocasión, expulsaba de la comarca al que se le hacía sospechoso, y que poco a poco consiguió librarse de todos menos de uno. En aquel entonces los señores podían hacer cosas que hoy en día ni se les pasa por la cabeza. Pues bien, el que quedaba era algo que suele abundar por esta región: el último vástago de una antiquísima familia. Creo que en tiempos fueron los señores del feudo. Recuerdo que lo mismo ocurrió en mi propia parroquia.

—Qué, ¿igual que el individuo de Tess of the D'Urbervilles? —preguntó Williams.

—Casi me atrevería a decir que sí, aunque es un libro que aún no he leído. Pero este sujeto podría presumir de tener en la iglesia una fila de tumbas pertenecientes a sus antepasados, cosa que le amargaba un poco; pero, por lo visto, Francis no podía echarle el guante, porque siempre procuraba estar dentro de la ley; hasta que una noche los guardas le dieron el alto en un bosque que bordea la propiedad. Yo mismo podría enseñarles el lugar; linda con un terreno que pertenecía a un tío mío. Y pueden figurarse la que se armó. El tal Gawdy (así se llamaba: Gawdy; sabía que me acordaría..., Gawdy), ¡pobre diablo!, tuvo la mala suerte de matar a uno de los guardas de un tiro. Bueno, eso era lo que Francis había estado esperando; le instruyeron una causa, ya saben lo que eran entonces los juicios, y al pobre Gawdy le colgaron en menos que canta un gallo; una vez me enseñaron el sitio donde fue enterrado, en el lado norte de la iglesia... Ya saben ustedes la costumbre que tienen en esa parte del país: a todo el que muere ahorcado o se quita la vida le entierran en ese lugar. Y corría el rumor de que algún amigo de Gawdy (no podía ser pariente, puesto que no tenía ninguno el pobre desdichado, era el único descendiente de su familia, algo así como *las pes ultima gentis*) debió de tramar una venganza, apoderándose del hijo de Francis y terminando así con su estirpe. No sé; resulta difícil de concebir en un cazador furtivo de Essex, pero lo digo como lo siento: es como si el viejo Gawdy en persona hubiera vuelto de su tumba para hacer justicia. ¡Uf! ¡No lo quiero ni pensar! ¡Póngame un whisky, Williams!

Williams contó todos estos sucesos a Dennistoun, y éste los contó a su vez a un grupo de personas, entre las que nos encontrábamos yo y un profesor saduceo de Ofiología. Y siento decir que, al preguntársele a éste qué pensaba de todo el asunto, se limitó a decir:

—¡Bueno, las gentes de Bridgeford cuentan cada cosa!... —comentario que tuvo la acogida que merecía.

Sólo añadiré que el cuadro está actualmente en el Museo Ashleian, que ha sido sometido a distintas pruebas para averiguar si se han empleado tintas simpáticas, aunque con resultado negativo; que el señor Britnell no sabía nada del asunto, salvo que estaba convencido de que se trataba de un cuadro extraño, y que, aunque ha sido

vigilado muy atentamente, no se ha vuelto a observar en él cambio alguno.

EL FRESNO

Todo el que ha viajado por el este de Inglaterra conoce las casa residenciales menores que la salpican: pequeños edificios húmedos, de estilo italiano por lo general, rodeados de parques de unos ochenta a cien acres. Siempre me han atraído profundamente: con su empalizada gris hecha de estacas de roble, árboles nobles, un lago con su cañaveral, y la raya lejana de bosque. Después, me encanta su pórtico con columnas... quizá pegado al edificio de ladrillo, estilo reina Ana enlucido de estuco para adaptarlo al gusto «griego» de finales del siglo XVIII; dentro, el vestíbulo llega hasta la techumbre; vestíbulo que debe contar siempre con una galería y un pequeño órgano. Me encanta también la biblioteca, donde uno puede encontrar de todo, desde un salterio del siglo XIII a una edición en cuarto de Shakespeare. Por supuesto, me gustan los cuadros; y, quizá por encima de todo, me gusta imaginar cómo era la vida en una casa así al principio de ser construida, en los tiempos prósperos de sus dueños, y aún ahora, cuando, si bien el dinero no es tan abundante, el gusto es más variado y la vida sigue siendo igual de interesante. Ojalá tuviera yo una casa de éstas, y dinero suficiente para mantenerla y obsequiar modestamente en ella a mis amigos.

Pero esto es una digresión. Lo que tengo que contaros es una extraña serie de sucesos que ocurrieron en una de estas casas que he intentado describir. Se trata de Castringham Hall, en Suffolk. Creo que le han hecho bastantes reformas desde los tiempos de mi historia, pero aún conserva los elementos esenciales que acabo de esbozar: el pórtico italiano, el cuerpo cuadrado de la casa, su color blanco, su mayor antigüedad por dentro que por fuera, el parque bordeado de árboles, y el lago. El único rasgo que la distinguía de docenas de otras ha desaparecido: vista desde el parque tenía a la derecha, a media docena de yardas del muro, un fresno añoso y corpulento que casi tocaba el edificio con sus ramas. Supongo que estaba allí desde que Castringham dejó de ser plaza fuerte, cegaron el foso y construyeron el edificio isabelino; en todo caso, en el año 1690 casi había alcanzado sus proporciones definitivas.

Ese año, el término donde se halla esta residencia fue escenario de varios Procesos por brujería. Creo que tardaremos mucho tiempo en evaluar en su justa medida la consistencia de las razones —si es que las había— en que se fundaba el miedo universal a las brujas en el pasado. En mi opinión, aún no han recibido respuesta satisfactoria cuestiones tales como si las personas acusadas de este delito se imaginaban efectivamente dotadas de poderes excepcionales de algún tipo; o si tenían, si no poder, sí al menos voluntad de causar daño a sus vecinos, o si sus confesiones, de las que han quedado tantas, les fueron arrancadas por los cazadores de brujas a fuerza de crueldad. Y el presente relato me hace vacilar. Yo no me decido a despacharlo como mera invención: el lector deberá juzgar por sí mismo.

Castringham aportó una víctima a los autos de fe: se llamaba señora Mothersole, y se diferenciaba de las típicas brujas de pueblo sólo en que era persona acomodada y gozaba de una posición más influyente. Varios agricultores conocidos del municipio trataron de salvarla. Prestaron el mejor testimonio que pudieron sobre su reputación, y

mostraron gran compunción cuando el jurado pronunció su veredicto.

Pero lo que resultó fatal para la mujer fue la declaración del entonces dueño de Castraingham Hall, sir Matthew Fell: afirmó que en tres ocasiones la había visto desde la ventana cogiendo ramos «del fresno que hay junto a mi casa» durante la luna llena. Se había subido al árbol, en camisa, y cortaba ramitas con un curioso cuchillo curvo mientras hablaba consigo misma. Las tres veces había intentado sir Matthew apresar a la mujer, pero las tres la había alertado algún ruido fortuito, y lo único que vio cuando bajó al jardín fue una liebre que cruzaba veloz el parque en dirección al pueblo.

La tercera noche había procurado seguirla corriendo con todas sus fuerzas y fue directamente a casa de la señora Mothersole; pero estuvo un cuarto de hora aporreando la puerta hasta que salió ella muy enfadada y aparentemente soñolienta, como recién sacada de la cama; y sir Matthew no pudo dar una explicación plausible de su visita.

A causa de esta declaración, aunque hubo otras muchas no tan insólitas y sorprendentes de diversos vecinos, la señora Mothersole fue hallada culpable y condenada a muerte. La ahorcaron una semana después del juicio, junto con cinco o seis desventurados más, en Bury St. Edmunds.

Sir Matthew Fell, entonces vicepresidente del tribunal de justicia del condado, estuvo presente en la ejecución: una mañana húmeda del mes de marzo subió la carreta, bajo la llovizna, el cerro herboso y áspero de las afueras de Northgate donde se alzaba el cadalso. Las otras víctimas iban sumidas en la apatía o la aflicción; pero la señora Mothersole se mostró, ante la muerte como ante la vida, de temperamento muy distinto. Su «rabia venenosa —según cuenta un cronista de la época— produjo tal efecto en los curiosos (y hasta en el verdugo) que fue unánime la afirmación de los que presenciaron su ejecución de que era la viva estampa de un Demonio furioso. Sin embargo, no ofreció ninguna resistencia a los oficiales de la ley; sólo lanzó a los que le pusieron las manos encima una mirada tan terrible que (como uno de ellos me aseguró) seis meses después aún les llenaba de desasosiego».

Lo único que consta que dijo fueron las siguientes palabras, aparentemente sin sentido: «Habrá huéspedes en la residencia». Palabras que repitió más de una vez en voz baja.

No dejó indiferente a sir Matthew Fell la actitud de la mujer. Habló del asunto con el vicario de la parroquia, cuando regresaban una vez acabada la ejecución: no había prestado declaración de muy buen grado; no estaba especialmente infectado de la manía de perseguir brujas, pero tanto entonces como después sostuvo que no podía dar otra versión del asunto que la que había dado ya, y que no había posibilidad de que se hubiera equivocado en cuanto a lo que vio. El proceso le había resultado desagradable porque era hombre al que le gustaba estar en buenos términos con los que le rodeaban; pero había un deber que cumplir en este caso, y lo había cumplido. Tales parecían ser en esencia sus sentimientos, y el vicario los aplaudió como habría hecho cualquier hombre razonable.

Unas semanas más tarde, cuando la luna de mayo alcanzó su plenitud, volvieron a encontrarse el vicario y el señor en el parque y se dirigieron juntos a la residencia. Lady Fell se había ido a pasar unos días con su madre, que se encontraba gravemente enferma, y sir Matthew estaba solo en la casa; de modo que no le costó convencer al

vicario, el señor Crome, de que se quedase a cenar.

Sir Matthew no fue muy buen interlocutor esa noche. La conversación recayó en su mayor parte sobre asuntos familiares y de la parroquia; pero quiso la suerte que a sir Matthew se le ocurriera tomar notas de determinados deseos o proyectos respecto a sus posesiones, que más tarde se revelaron sumamente útiles.

Cuando el señor Crome juzgó llegado el momento de irse —eran alrededor de las nueve y media—, dieron una vuelta previa por el paseo de grava de detrás de la casa. Y hubo un detalle que sorprendió al señor Crome: tenían a la vista el fresno que, como he dicho, crecía junto a las ventanas del edificio, cuando se detuvo sir Matthew y dijo:

—¿Qué es eso que sube y baja corriendo por el tronco del fresno? No puede ser una ardilla. A estas horas deben de estar todas en sus madrigueras.

Miró el vicario y vio a la afanosa bestezuela; pero no consiguió distinguir su color a la luz de la luna. Se le quedó grabada su marcada silueta, aunque la vio un instante; y habría asegurado, dijo —aunque comprendía que era una insensatez—, que ardilla o no, tenía más de cuatro patas.

No dieron mayor importancia a esta visión fugaz, y se despidieron. Quizá volvieron a verse, pero aún habría de pasar una veintena de años.

Al día siguiente sir Matthew Fell no bajó a las seis de la mañana como era su costumbre, ni a las siete, ni tampoco a las ocho. En vista de lo cual subieron los criados y llamaron a la puerta de su cámara. No hace falta que me alargue describiendo la ansiedad de que fueron presa mientras escuchaban y renovaban los golpes en la puerta. Finalmente abrieron, y descubrieron al señor ennegrecido y muerto, como seguro que habréis adivinado. A primera vista no se veía señal alguna de violencia; pero la ventana estaba abierta.

Uno de los criados fue a buscar al sacerdote y a continuación, por encargo de éste, a dar parte a la autoridad. El señor Crome acudió lo más deprisa que pudo a la residencia, y al llegar le condujeron al aposento donde estaba el muerto. Ha dejado algunas notas entre sus documentos que revelan el sincero respeto que había sentido por sir Matthew, y su pesar. En ellas hay un pasaje que transcribo por la luz que arroja sobre estos sucesos, y también sobre las creencias corrientes de la época:

«No había el menor indicio de que hubiesen forzado la puerta de la cámara; pero la ventana estaba abierta como mi desventurado amigo la tenía siempre en esta época del año. Antes de acostarse solía tomar cerveza ligera en un vaso de plata como de una pinta de capacidad, y esa noche no se la había terminado. Así, pues, fue analizada la bebida por el médico de Bury, un tal señor Hodgkins, quien, como declaró después bajo juramento en la encuesta judicial, no descubrió en ella ninguna sustancia de tipo venenoso. Porque naturalmente, dado lo hinchado y negro que estaba el cadáver, corría el rumor entre los vecinos de que había sido envenenado. Lo habían encontrado en la cama, en una postura contorsionada, al extremo de hacer más que probable la hipótesis de que mi estimado amigo y protector había expirado con gran agonía y sufrimiento. Y a lo que hasta ahora no se ha encontrado explicación, y demuestra para mí una maquinación tenebrosa y atroz por parte de los autores de este bárbaro asesinato, es lo siguiente: que las mujeres a las que se encomendó lavar y amortajar el cadáver, personas dolientes y muy respetadas en su fúnebre profesión, vinieron con gran

congoja y tribulación de alma y cuerpo a decirme (cosa que se confirmaba a primera vista) que no bien tocaron el pecho del cadáver sintieron dolor en las palmas, y un escozor intenso y anormal en las manos, las cuales, igual que los antebrazos, se les hincharon en poco tiempo de manera tan descomedida, persistiendo el dolor, que, como quedó patente más tarde, se vieron obligadas a suspender la práctica de su trabajo durante varias semanas; aunque sin señal alguna visible en la piel.

»Al oír esto, mandé llamar al médico, que aún no había abandonado la casa, y examinamos lo más atentamente que pudimos, con ayuda de una pequeña lente de aumento, el estado de la piel de la referida parte del cuerpo; pero no logramos descubrir nada de importancia con dicho instrumento, salvo dos pequeñas picaduras o punturas, que concluimos entonces serían los sitios por donde pudo ser inoculado el veneno, recordando esa sortija del papa Borgia, con otros conocidos ejemplos del horrendo arte de los envenenadores italianos de la pasada época.

»Es todo lo que se puede decir de los síntomas observados en el cadáver. Lo que ahora voy a añadir es mera experiencia personal mía, y corresponde a la posteridad juzgar si tiene algún valor. Había encima de la mesita de noche una biblia de tamaño pequeño, de la que mi amigo —puntual tanto en los asuntos de peso como en los de escasa trascendencia— solía leer al acostarse, y al levantarse por la mañana, un trozo escogido. Y al cogerla yo (no sin dedicar una lágrima al hombre que del estudio de este pobre bosquejo había pasado a la contemplación del gran Original) me vino la idea, como en esos momentos de impotencia en que tratamos de atrapar el más pequeño destello que promete ser luz, de probar esa antigua y para muchos supersticiosa práctica llamada las sortes, cuyo principal ejemplo, en el caso de su difunta majestad el santo mártir rey Carlos y milord Falkland es hoy muy comentado. Debo confesar que mi prueba no me procuró mucha ayuda; no obstante, dado que es posible que alguien pueda proponerse en el futuro averiguar la causa y origen de estos horribles sucesos, consigno los resultados por si señalan la verdadera dirección a una inteligencia más penetrante que la mía.

»Hice pues, tres intentos, abriendo el libro y poniendo el dedo en determinadas palabras. La primera vez obtuve la frase de Lucas 13, 7: Córdalo. La segunda, la de Isaías 13,20: No será jamás habitada; y la tercera, la de Job 39, 30: Sus polluelos sorbetean la sangre».

No hace falta citar nada más de los papeles del señor Crome. Colocaron a sir Matthew Fell en su ataúd y le dieron debida sepultura. El sermón fúnebre que el señor Crome pronunció al domingo siguiente se publicó con el título: «El camino inescrutable, o el peligro de Inglaterra y las malvadas intrigas del Anticristo», siendo la opinión del vicario, y la más generalmente sostenida por la vecindad, que el terrateniente había sido víctima de un recrudecimiento de las maquinaciones papistas.

Su hijo, sir Matthew segundo, heredó el título y las propiedades, y de este modo concluye el primer acto de la tragedia de Castringham. Hay que decir —aunque el hecho no tiene nada de extraño— que el nuevo baronet no ocupó el aposento en el que había muerto su padre, ni durmió prácticamente nadie en él, quitando alguna visita ocasional, mientras él vivió. Murió en 1735, y no encuentro nada digno de reseñar en la etapa de su vida, salvo una extraña y persistente mortandad de su ganado en general,

con una ligera tendencia a aumentar con el paso del tiempo.

Los interesados en este fenómeno encontrarán información estadística en una carta publicada por la *Gentleman's Magazine* en 1772, la cual saca los datos de los papeles del propio baronet. Éste acabó definitivamente con dichas pérdidas gracias a la sencilla medida de guardar el ganado en el establo por las noches, y no dejar una sola oveja en los pastos. Porque había observado que nunca les ocurría nada a las que pasaban la noche encerradas. A partir de entonces el problema afectó a las aves salvajes y a la caza. Pero dado que no disponemos de una buena descripción de los síntomas, y la vigilancia nocturna era de todo punto inútil, no voy a extenderme en lo que los campesinos de Suffolk dieron en llamar «el mal de Castringham».

El segundo sir Matthew murió en 1735, como he dicho, y le sucedió puntualmente su hijo, sir Richard. Fue en tiempos de éste cuando se construyó en la iglesia parroquial, en el lado norte, el gran banco familiar. El proyecto de este baronet era tan grandioso que hubo que quitar varias sepulturas de ese lado profano del edificio. Entre ellas estaba la de la señora Mothersole, cuyo lugar exacto se conocía bien gracias a una anotación en un plano de la iglesia y el cementerio anexo, ambas cosas debidas a la mano del señor Crome.

Hubo cierto revuelo en el pueblo cuando se supo que iban exhumar a la famosa bruja a la que aún recordaban algunos, y no fue pequeño el estupor, incluso la inquietud, cuando se descubrió que, aunque el ataúd salió entero y sin daño, no encontraron en él vestigio alguno de cuerpo, huesos o polvo. Era un fenómeno de lo más singular; porque en los tiempos en que fue enterrada no existían ladrones de cadáveres, y es difícil imaginar un motivo para robar un cadáver que no sea el de abastecer las salas de disección.

El incidente resucitó temporalmente las historias, aletargadas desde hacía cuarenta años, sobre hazañas de las brujas y procesos por brujería. Sir Richard entonces dio orden de quemar el ataúd; y aunque a muchos les parecía una temeridad, la cumplieron sin ninguna objeción.

Verdaderamente, sir Richard era un innovador recalcitrante. Antes de él, la residencia había sido un hermoso edificio de ladrillo de un suave color rojo. Pero en sus viajes por Italia sir Richard se había contagiado del gusto italiano; y dado que tenía más dinero que sus predecesores, decidió dejar un palacio italiano donde había encontrado una casa inglesa. Así que taparon el ladrillo con estuco y sillares, instalaron mármoles de gusto regular en el vestíbulo y en el jardín, erigieron una reproducción del templo de la sibila de Tívoli en la orilla opuesta del lago, y Castringham adquirió un aspecto totalmente nuevo y, hay que decirlo también, menos atractivo. Pero causó gran admiración, y sirvió de modelo en años posteriores a muchos miembros de la pequeña aristocracia de la vecindad.

Una mañana (fue en 1754), sir Richard se despertó tras una noche de molestias. Por culpa del viento, la chimenea no había parado de hacer humo; pero hacía tanto frío que no había tenido más remedio que mantenerla encendida. Algo había estado golpeteando en la ventana, también, al extremo de que nadie había tenido un momento de tranquilidad. Además, esperaba la llegada de varios invitados importantes en el

transcurso del día, sin duda dispuestos a participar en algún tipo de cacería, si bien los estragos (que seguían produciéndose en la fauna de su parque) habían sido últimamente tan graves que temía por la reputación de su reserva de caza. Pero casi lo que más alterado le tenía era la noche en blanco que había pasado. Desde luego, no volvería a dormir en esa habitación.

Eso fue lo que le tuvo ensimismado durante el desayuno; así que al terminar emprendió una inspección sistemática de las habitaciones para ver cuál le convenía más. Tardó en encontrarla: ésta tenía la ventana hacia el oriente y aquella hacia el norte; en ésta los criados estaban pasando constantemente por delante de la puerta, y en aquella no le gustaba la cama. No; necesitaba una habitación que diera a poniente, de manera que el sol no le despertase temprano, y que estuviese alejada del ajetreo de la casa. Al ama de llaves se le agotaron las sugerencias.

—Bueno, sir Richard —dijo—, sólo hay una habitación así en la casa.

—¿Cuál? —dijo sir Richard.

—La de sir Matthew; la cámara de poniente.

—Bien, pues instáleme en ella; porque esta noche voy a dormir allí —dijo su señor—. ¿Hacia dónde es? Hacia allí claro —y se alejó a toda prisa.

—¡Pero, sir Richard, hace cuarenta años que no duerme nadie allí! Apenas se ha renovado el aire desde que murió sir Matthew —iba diciendo mientras corría tras él.

—Vamos, abra la puerta, señora Chiddock. Quiero echarle una ojeada al menos.

Conque la abrió la señora Chiddock y, efectivamente, notaron en ella un olor terroso y a cerrado. Sir Richard fue a la ventana, y con su acostumbrada impaciencia retiró los postigos y abrió la ventana de par en par. Porque este extremo de la casa apenas había sufrido alteraciones, y estaba como cubierto por el gran fresno, que lo ocultaba de la vista.

—Deje que se airee todo el día, señora Chiddock, y mande que trasladen aquí mi cama y mis muebles esta tarde. Y acomode al obispo de Kilmore en mi habitación.

—Disculpe, sir Richard —dijo una voz, interrumpiendo este diálogo—, ¿podría concederme un momento?

Sir Richard se dio la vuelta y vio a un hombre de negro en el umbral que inclinó la cabeza.

—Le ruego que perdone esta intromisión. Seguramente no me conoce. Me llamo William Crome, y mi abuelo fue vicario aquí en tiempos de su abuelo.

—Por supuesto, señor —dijo sir Richard—; el nombre de Crome es siempre un salvoconducto en Castringham. Me alegra renovar una amistad que viene de dos generaciones. ¿En qué puedo ayudarle? Porque esta hora de venir... Y si no me equivoco, su aspecto revela que ha hecho el camino con cierta premura.

—Eso es muy cierto, señor. Vengo de Norwick y me dirijo a Bury St Edmunds todo lo deprisa que puedo. Me he detenido para entregarle unos papeles que han aparecido al revisar los que dejó mi abuelo a su muerte. He pensado que puede haber en ellos cuestiones familiares de interés para usted,

—Es usted muy amable, señor Crome, si tiene la bondad de acompañarme al salón, a tomar una copa de vino, les podemos echar una ojeada juntos. Entretanto, señora Chiddock, ocúpese de airear esta cámara como le he dicho... Sí, aquí es donde

murió mi abuelo... Sí, puede que el árbol la haga un poco húmeda. Bueno, no quiero oír nada más. No ponga más dificultades, se lo ruego. Ya tiene mis instrucciones, así que adelante. ¿Quiere acompañarme, señor?

Se dirigieron al salón. El sobre que traía el señor Crome —hacía poco se había convertido en miembro del consejo del Clare Hall de Cambridge, debo aclarar, y acababa de publicar una estimable edición de Polieno— contenía entre otras cosas las notas que el viejo vicario había tomado con motivo de la muerte de sir Matthew Fell. Y por primera vez, sir Richard se enfrentó con las enigmáticas *sortes Biblicae* a que me he referido. Las encontró divertidas.

—Bueno —dijo—; al menos la biblia le dio un buen consejo a mi abuelo: Córdalo. Si se refiere al fresno puede descansar tranquilo, porque me voy a ocupar de ello. En mi vida he visto una sementera igual de fiebres y resfriados.

Los libros de la casa, que no eran demasiados, estaban en el salón pendientes de que llegase una nueva remesa que había adquirido sir Richard en Italia, y de habilitar una estancia apropiada para acogerlos.

Sir Richard alzó los ojos del documento y miró hacia la estantería.

—Me pregunto —dijo— si estará ahí aún el viejo profeta. Creo que lo he visto.

Cruzó la habitación, sacó una biblia gruesa que, efectivamente, llevaba en la guarda la siguiente inscripción: «Para Matthew Fell, de su madrina que le quiere, Anne Aldous. 2 de septiembre de 1659».

—No estaría mal que lo pusiéramos a prueba otra vez. ¿Qué opina, señor Crome? Apuesto a que las Crónicas nos darán un par de nombres. Vamos a ver. ¿Qué tenemos aquí?: «Me buscarás por la mañana, y no estaré.» ¡Vaya, vaya! Su abuelo habría visto aquí una buena profecía, ¿a que sí? Bueno, dejémonos de profetas. Son puro cuento. Señor Crome, le agradezco infinitamente que me haya traído el sobre éste. Me temo que estará impaciente por seguir su viaje. Permítame ofrecerle... otra copa.

Y se despidieron, con sinceros ofrecimientos de hospitalidad por parte de sir Richard (porque el talante y los modales del joven le habían causado buena impresión).

Por la tarde llegaron los invitados: el obispo de Kilmore, lady Mary Hervey, sir William Kentifield, etc. La comida fue a las cinco; después hubo vino, una partida de cartas, la cena y se retiraron a dormir.

A la mañana siguiente, sir Richard no se siente con ánimo para coger la escopeta como los demás. Habla con el obispo de Kilmore. Este prelado, a diferencia de la mayoría de los obispos irlandeses de aquel entonces, había visitado su sede; incluso había residido en ella bastante tiempo. Esta mañana, mientras paseaban los dos por la terraza comentando los cambios y mejoras de la casa, dijo el obispo, señalando la ventana de la habitación de poniente:

—Jamás conseguiría usted que uno de mis feligreses irlandeses ocupara esa habitación, sir Richard.

—¿Y eso por qué, señor? La verdad es que es la mía.

—Bueno, se ha dicho siempre entre nuestros campesinos que da mala suerte dormir junto a un fresno, y ése tan hermoso que tiene ahí está a menos de dos yardas de la ventana de su aposento. Puede que le haya hecho sentir ya su influjo —prosiguió el obispo con una sonrisa—; porque, si me permite decirlo, no parece todo lo fresco que

sus amigos quisieran verle, pese a que acaba de levantarse.

—Es verdad; ese árbol, o lo que sea, me ha tenido desvelado desde las doce hasta las cuatro. Pero lo van a cortar mañana, de manera que no dará más guerra.

—Aplaudo su decisión. No puede ser muy sano respirar el aire filtrado, como si dijéramos, por todo ese follaje.

—Creo que tiene razón su ilustrísima. Pero anoche no dejé la ventana abierta; era más bien un ruido constante, como un restregar de ramas en los cristales, lo que no me dejaba dormir.

—Eso me parece poco probable, sir Richard. Mire, puede comprobarlo desde aquí: ninguna de las ramas alcanza a rozar siquiera la ventana, a menos que se levante un vendaval; y anoche no hubo viento de ninguna clase. Les falta un palmo para llegar hasta los cristales.

—Es verdad. Entonces no sé qué era lo que arañaba y se agitaba de esa manera... y ha llenado de rayas y señales el polvo del alféizar.

Finalmente coincidieron en que debió de subir alguna rata por la hiedra. Fue la explicación que se le ocurrió al obispo, y sir Richard la aceptó sin más.

Y transcurrió plácidamente el día, llegó la noche, y cada cual se retiró a su aposento, deseando a sir Richard una noche más descansada.

Y ahora nos encontramos en su dormitorio, con la luz apagada y él metido en la cama. La habitación está encima de la cocina. La noche, fuera, es cálida y apacible, así que ha dejado abierta la ventana.

Llega poquísima claridad a donde está la cama, pero hay en ella un extraño movimiento; como si sir Richard agitase la cabeza a uno y otro lado con levísimo ruido. Podría creerse incluso —tan engañosa es la semioscuridad— que tiene varias cabezas, cabezas redondas y marrones que mueve adelante y atrás, bajándolas incluso hasta el pecho. Es una ilusión horrible. ¿No hay nada más? ¡Mirad! Algo cae de la cama con blando ruido, del tamaño de un gatito, y sale como una centella por la ventana; otro... cuatro... Después todo vuelve a quedar inmóvil.

Me buscarás por la mañana, y no estaré.

Como a sir Matthew, así le ocurrió sir Richard: ¡le encontraron ennegrecido y muerto en la cama!

Un grupo pálido y silencioso de huéspedes y criados se congregó al pie de la ventana al saberse la noticia. Envenenadores italianos, sicarios del papa, el aire inficionado... estas y otras muchas conjeturas se barajaron. El obispo de Kilmore alzó los ojos hacia el árbol y vio en la horquilla de sus ramas más bajas un gato blanco que miraba encogido hacia una oquedad que los años habían excavado en el tronco. Observaba con gran atención algo que había en el interior del árbol.

De repente, se levantó y alargó la zarpa hacia el agujero. En ese instante cedió el trozo de corteza en el que se apoyaba y cayó dentro. Todos alzaron los ojos ante el ruido que hizo.

Es sabido que los gatos tienen buena voz; pero pocos hemos oído, espero, un alarido como el que brotó del tronco del gran fresno. Sonaron dos o tres maullidos —los

testigos no están seguros—, y a continuación se oyó un ruido ahogado de forcejeo o agitación. Lady Mary Hervey se desmayó de la impresión, el ama de llaves se tapó los oídos, echó a correr y tropezó y se cayó en la terraza.

El obispo de Kilmore y sir William Kenfield no hicieron un solo movimiento. Estaban asustados también, aunque sólo era el maullido de un gato. Sir William tragó saliva un par de veces antes de decir:

—En ese árbol hay algo, ilustrísima. Opino que debemos inspeccionarlo ahora mismo.

El prelado se mostró de acuerdo. Trajeron una escala y subió uno de los jardineros. Se asomó al hueco, pero sólo pudo notar que se movía algo. Trajeron un farol para bajarlo al interior con una cuerda.

—Hay que llegar al fondo de esto. A fe, ilustrísima, que se esconde ahí el misterio de esas muertes terribles.

Subió el jardinero otra vez con el farol, y lo fue bajando cautelosamente por el agujero. Todos veían desde abajo su rostro inclinado, iluminado por la luz amarilla. Y vieron su expresión de incrédulo terror y aversión antes de proferir un espantoso alarido y precipitarse al suelo —donde por fortuna lo recibieron dos hombres—, dejando caer el farol dentro del árbol.

Estaba mortalmente asustado, y tardó un rato en recobrar la palabra.

Cuando lo hizo, otra cosa atraía la atención de los demás: debió de romperse el farol en el fondo y prender la llama en las hojas secas y broza del interior, porque unos minutos después empezó a salir un humo espeso, a continuación llamas y finalmente ardió el árbol entero.

Los presentes se apartaron en círculo a unas yardas de distancia; y sir William y el obispo mandaron a los criados que trajesen las armas y herramientas que pudiesen. Porque, evidentemente, el fuego obligaría a salir a la alimaña que estaba utilizando el árbol como madriguera.

Así fue. Primero vieron aparecer en la horquilla, envuelto en llamas, un bulto redondo como del tamaño de una cabeza humana; acto seguido se tambaleó y cayó en el agujero. La escena se repitió cinco o seis veces; luego, saltó al aire un bulto parecido y cayó en la hierba, donde un momento después quedó inmóvil. El obispo se atrevió a acercarse unos pasos, y vio... ¡los restos de una araña enorme, nervuda, y abrasada! Y cuando el fuego llegó abajo, empezaron a brotar del tronco cuerpos más horribles aún, completamente cubiertos de pelo gris.

Todo el día estuvo ardiendo el fresno. Los hombres siguieron allí hasta que cayó a trozos, matando de cuando en cuando los bichos que salían. Finalmente, transcurrido un buen rato sin que saliesen más, se acercaron precavidamente y examinaron las raíces.

—Debajo en la tierra —dice el obispo de Kilmore—, descubrieron una cavidad redonda con dos o tres bichos de esos muertos, evidentemente asfixiados por el humo. Y lo que es más extraño para mí: al lado de esta cueva, junto a la pared, encontraron acucillada la anatomía o esqueleto de un ser humano, con la piel seca sobre los huesos, con restos de cabello negro, y que correspondía sin ninguna duda, según declararon los

que lo examinaron, a una mujer, evidentemente muerta hacía unos cincuenta años.

LA HABITACIÓN NÚMERO 13

Entre las ciudades de Jutlandia, Viborg ocupa con toda justicia un lugar destacado. Es sede episcopal; tiene una hermosa catedral aunque casi enteramente nueva, un parque encantador, un lago de gran belleza, y multitud de cigüeñas. Cerca se encuentra Hald, una de las cosas más bellas de Dinamarca, y poco más allá Finderup, donde Marsk Stig asesinó al rey Erik Glipping el día de santa Cecilia, en el año 1286. Cincuenta y seis golpes infligidos con una maza de hierro de cabeza cuadrada se contabilizaron en el cráneo de Erik cuando abrieron su tumba en el siglo XVII. Pero no pretendo escribir una guía turística.

Hay buenos hoteles en Viborg: el «Preisler» y el «Fénix» son todo lo buenos que se puede desear. Pero mi primo, al que le ocurrió lo que voy a contaros, se dirigió al "León de Oro" la primera vez que visitó Viborg. No ha vuelto a poner los pies en él desde entonces, y las páginas que siguen explicarán sin duda el motivo.

El «León de Oro» es una de las poquísimas casas de la ciudad que quedaron en pie después del gran incendio de 1726 que prácticamente destruyó la catedral, la Sognekirke, la Raadhaus, y tantos otros edificios antiguos e interesantes. Es una construcción de ladrillo rojo... o sea, es de ladrillo la fachada, con hastiales escalonados y una leyenda encima de la puerta; pero el patio en el que entran los carruajes es de tipo jaula, con el blanco y negro de las vigas y el yeso.

Cuando mi primo llegó a la puerta el sol declinaba en el cielo y daba de lleno en la imponente fachada. Le encantó el aire antiguo del lugar, y se prometió una estancia satisfactoria y entretenida en una posada tan típica de la vieja Jutlandia.

No eran negocios en el sentido corriente del término lo que llevaba al señor Anderson a Viborg. Tenía entre manos cierta investigación sobre la historia de la Iglesia de Dinamarca, y había llegado a su conocimiento que en el Rigsarkiv de Viborg había documentos, salvados del incendio, relacionados con los últimos días del catolicismo romano en el país. Así que había decidido dedicar un tiempo —dos o tres semanas tal vez— a examinarlos y copiarlos, y esperaba encontrar en el «León de Oro» una habitación lo bastante amplia como para que le sirviese de dormitorio y cuarto de trabajo. Explicó su deseo al dueño, y éste, tras pensar unos momentos, dijo que quizá fuera mejor que el señor viese las o dos o tres habitaciones más amplias que tenía y eligiese. Parecía buena idea.

Las de la última planta las rechazó de entrada porque suponían tener que subir demasiados escalones después de un día de trabajo. En la segunda no había ninguna lo bastante espaciosa. Pero en la primera podía escoger entre dos o tres que se ajustaban puntualmente a sus deseos.

El hotelero se pronunció vivamente a favor de la número 17, pero el señor Anderson le hizo notar que la única vista que tenía desde sus ventanas era la pared lisa de la casa de al lado y que sería muy oscura por la tarde. Eran mejores la 12 y la 14, ya que las dos daban a la calle, y la luz de la tarde y la hermosa vista le compensarían más que de sobra del ruido del tráfico.

Finalmente eligió la número 12. Igual que las habitaciones contiguas, tenía tres ventanas, todas a un mismo lado. Era de techo alto, y exageradamente larga. Por supuesto, no tenía chimenea, pero contaba con una estufa voluminosa y bastante antigua: un armatoste de hierro colado con una representación de Abraham sacrificando a Isaac en uno de los lados, y sobre ella la inscripción «1 Bog Mose, Cap. 22». No había nada más en la habitación digno de destacar; el único cuadro de cierto interés era una vieja lámina en color de la ciudad, de 1820.

Se acercaba la hora de la cena, aunque cuando Anderson bajó, refrescado por las normales abluciones, aún faltaban unos minutos para que sonara la campanilla. Los dedicó a examinar la lista de huéspedes. Como es costumbre en Dinamarca, sus nombres estaban expuestos en una gran pizarra dividida en columnas y renglones, al principio de cada cual figuraba pintado el número de la habitación correspondiente. La lista no tenía nada de particular. Había un abogado, o Sagforer, un alemán y unos cuantos viajeros de Copenhague. Lo único que le proporcionó materia de reflexión fue la ausencia del número 13 en la relación de habitaciones; pero incluso éste era un detalle que Anderson había observado media docena de veces en diversos hoteles de Dinamarca. No pudo por menos de preguntarse si la prevención a dicho número, tan corriente, era tan firme y general como para que hubiera dificultades en adjudicar una habitación con ese número, y decidió preguntar al hotelero si él y sus colegas habían tropezado con muchos clientes que se negaran a ocupar la habitación decimotercera.

Durante la cena no pasó nada que mi primo juzgara digno de mención (estoy refiriendo el episodio según lo oí de sus labios); en cuanto al resto de la jornada, que dedicó a deshacer el equipaje y ordenar ropas, libros y papeles, no fue más memorable. Hacia las once decidió acostarse. Pero como le sucede a mucha gente hoy en día, antes de apagar la luz consideraba casi obligatorio leer unas páginas de letra impresa, y ahora se acordó de que el libro que había venido leyendo en el tren, que era el que le apetecía, lo tenía en el bolsillo del abrigo que había dejado colgado en la percha de la entrada al comedor.

Bajar a cogerlo fue cuestión de un momento; y como los pasillos no estaban totalmente a oscuras, no le fue difícil encontrar su puerta. Eso creyó al menos, porque al intentar hacer girar el pomo, la puerta se negó rotundamente a dejarse abrir; entonces oyó dentro un ruido presuroso de alguien que se acercaba. Evidentemente se había equivocado de puerta. ¿Dónde quedaba la suya, a la derecha o a la izquierda? Miró el número: era la 13. De modo que su habitación quedaba a la izquierda... y así era. Y no hacía mucho que se había metido en la cama, había leído sus acostumbradas tres o cuatro páginas, había apagado la vela y se había dado la vuelta para disponerse a dormir, cuando cayó en la cuenta de que, aunque en la pizarra de abajo no figuraba el 13, era evidente que el hotel tenía una habitación con ese número. Sintió no haberla escogido. Quizá de haberla ocupado le habría hecho un pequeño favor al propietario, porque le habría brindado la posibilidad de decir que todo un caballero inglés había dormido en ella tres semanas y se había ido encantadísimo. Pero tal vez la utilizaban como cuarto de servicio o algo parecido. En todo caso, seguro que no era tan cómoda y espaciosa como la suya. Y paseó una soñolienta mirada por la habitación, bastante visible gracias a la media luz que entraba del farol de la calle. Es curioso, pensó:

normalmente una habitación suele parecer más grande medio a oscuras que cuando está bien iluminada; en cambio ésta parece ahora menos larga, y más alta en proporción. Pero bueno, dormir era más importante que todas estas divagaciones, así que se dispuso a dormir.

Al día siguiente de su llegada, Anderson emprendió el asalto al Rigsarkiv de Viborg. Como era de esperar en Dinamarca, se le acogió con toda amabilidad, y le fue facilitado el acceso, hasta donde era posible a cuanto quiso consultar. El material que le pusieron delante resultó ser mucho más abundante e interesante de lo que había esperado. Además de documentos oficiales, había un buen mazo de correspondencia relacionada con el obispo Jörgen Friis, el último católico romano que ocupó la sede, de la que sacó infinidad de detalles divertidos —de esos que suelen llamarse «íntimos»— sobre su carácter y su vida privada. Había abundantes referencias a una casa que este obispo poseía en la ciudad, aunque no era él quien la ocupaba. Al parecer, su inquilino constituía un escándalo y un escollo para el partido reformista. Decían que era una vergüenza para la ciudad, que practicaba artes secretas e impías y que había vendido su alma al enemigo. El hecho de que el obispo protegiese y amparase a semejante víbora y sanguijuela, a semejante Trolldmand, era la prueba de cómo la Iglesia babilónica participaba de la superstición y la corrupción. El obispo se defendía con valentía de estas acusaciones: proclamaba su execración de tales prácticas y exhortaba a sus adversarios a que llevasen el asunto ante el tribunal apropiado —el eclesiástico naturalmente— para que se investigase hasta el fondo. Nadie estaba más dispuesto que él a condenar al Mago Nicolas Francken si se le encontraba culpable de alguno de los crímenes que se le atribuían.

Anderson sólo tuvo tiempo de leer por encima la carta siguiente del líder protestante Rasmus Nielsen antes de que cerraran el archivo, aunque captó su tenor general, en el sentido de que los cristianos no estaban ya sometidos a las decisiones de los obispos de Roma, y que el tribunal eclesiástico no era ni podía ser apto ni competente para juzgar una causa tan grave y de tanto peso;

Al abandonar el edificio, lo hizo en compañía del viejo señor que estaba a su cargo; y mientras caminaban, su conversación se encauzó con toda naturalidad hacia los papeles a los que acabo de aludir.

Herr Scavenius, archivero de Viborg, aunque conocía bien el contenido general de los documentos bajo su custodia, no estaba especializado en los relativos al periodo de la Reforma; así que escuchó con interés lo que Anderson le contó sobre ellos. Esperaba con gran placer, dijo, ver la publicación en la que el señor Anderson se proponía incluirlos. «En cuanto a esa casa del obispo Friis —añadió—, es un enigma para mí dónde pudo estar. He examinado cuidadosamente la topografía de la antigua Viborg, pero es una pena: del viejo catálogo de propiedades del obispo que se elaboró en 1560, del que la mayor parte se encuentra en nuestro Arkiv, falta precisamente la parte que contenía la lista de propiedades de la ciudad. Pero no importa. Puede que algún día consiga encontrarlo.

Tras un poco de ejercicio —no recuerdo exactamente el cómo y el dónde—, Anderson regresó al "León de Oro", a su cena, a su solitario y a su cama. Camino de la habitación cayó en la cuenta de pronto de que había olvidado preguntarle al dueño

sobre la omisión del número 13, y también de que él mismo podía comprobar si efectivamente existía sin necesidad de preguntar a nadie.

No fue una decisión difícil. Allí estaba la puerta con su número bien visible; y era evidente que había alguien dentro, porque al acercarse pudo oír pasos y voces; o al menos una voz. Durante los pocos segundos que se detuvo a mirar el número cesaron los pasos, muy cerca de la puerta al parecer, y se sobresaltó al oír una respiración jadeante, como de una persona presa de gran excitación. Siguió andando, se metió en su habitación, y nuevamente le chocó lo mucho más pequeña que parecía ahora que cuando la había elegido. Era un poco decepcionante; aunque sólo un poco: si de verdad no la encontraba suficientemente amplia podía cambiarse a otra. A todo esto necesitó algo —creo recordar que un pañuelo de bolsillo— de la maleta que el botones había dejado muy poco a mano, en un caballete o taburete junto a la pared del fondo. Aquí pasaba algo extraño: no veía la maleta. La habrían retirado las oficiosas camareras; seguramente habían guardado las cosas en el armario. Pero no, en el armario no había nada de lo que había traído en ella. Empezaba a ser un fastidio. Desechó totalmente la idea de que se la hubiesen robado. Esas cosas suceden rarísima vez en Dinamarca. Pero desde luego habían cometido alguna estupidez (lo que no era tan raro). Hablaría muy seriamente con la stuepige. Necesitara lo que necesitase, no era tan imprescindible para su comodidad que no pudiese esperar hasta mañana, así que decidió no tocar la campanilla y molestar al servicio. Fue a la ventana —a la de la derecha— y se asomó a la calle tranquila. Enfrente había un edificio alto, con grandes espacios de fachada sin vanos. No transitaba nadie; era una noche oscura y no se veía nada digno de atención.

Tenía la luz detrás y podía ver su propia sombra claramente recortada en la pared de enfrente. También la sombra de un hombre con barba y en mangas de camisa, de la habitación número 11, a la izquierda, que pasó una o dos veces por delante de su ventana; primero cepillándose el pelo y después en camión. Vio también la sombra del ocupante de la número 13, a la derecha. Quizá éste le despertó más curiosidad: estaba, como él, asomado a la calle, con los codos apoyados en el alféizar. Parecía un hombre alto y delgado; ¿o era una mujer? Desde luego se cubría la cabeza con algo para acostarse; y, pensó, debía de tener una lámpara con pantalla roja cuya llama parpadeaba bastante. En la pared de enfrente se veía claramente fluctuar una luz rojiza y melancólica. Asomó la cabeza para intentar ver algo más de su figura, pero aparte de un pliegue de tela de color claro, quizá blanco, sobre el alféizar, no consiguió ver nada.

Ahora oyó pasos distantes en la calle; se acercaban. Y al parecer esto hizo pensar al del número 13 que se hallaba demasiado visible, porque de repente se retiró de la ventana y apagó la luz. Anderson, que había estado fumando, dejó la colilla en el alféizar y se fue a la cama.

A la mañana siguiente le despertó la stuepige con el agua caliente, etc. Se despabiló; y tras ordenar una frase en correcto danés, dijo lo más claramente que pudo:

—No ha debido cambiar de sitio mi maleta, ¿dónde está?

Como no es infrecuente, la doncella se echó a reír, y se marchó sin darle una respuesta clara.

Anderson, irritado, se incorporó en la cama con intención de hacerla volver; pero se quedó incorporado, mirando directamente ante sí: la maleta estaba allí, sobre el

taburete, exactamente donde había visto dejarla al botones a su llegada. Fue un duro golpe para un hombre que presumía de observador. No intentó razonar cómo era posible que no la hubiera visto por la noche; el caso era que ahora estaba allí.

La luz del día reveló algo más que la maleta: le permitió comprobar las verdaderas dimensiones de la habitación con sus tres ventanas, y le confirmó que no había sido mala su elección. Casi vestido del todo, se acercó a la ventana del centro para ver qué tiempo hacía. Le aguardaba otra sorpresa: muy poco observador había estado la noche anterior. Habría podido jurar cien veces que estuvo fumando en la ventana de la derecha antes de acostarse; sin embargo, aquí estaba la colilla, en el alféizar de la ventana del centro.

Salió para bajar a desayunar. Iba con bastante retraso; aunque el de la número 13 iba más retrasado aún: sus botas estaban todavía delante de la puerta... Botas de hombre: así que se trataba de un hombre y no de una mujer. Y justo entonces advirtió el número de encima de la puerta. Era el 14. Pensó que había pasado ante el número 13 sin darse cuenta. Tres equivocaciones estúpidas en doce horas eran demasiadas para un hombre escrupuloso y metódico en todo; de modo que dio la vuelta para cerciorarse. El número contiguo al 14 era el 12, su propia habitación. No había número 13.

Tras dedicar unos minutos a repasar mentalmente qué había comido y bebido en las últimas veinticuatro horas, decidió dejar de darle vueltas al asunto. Si era cosa de la vista o del cerebro, tendría infinidad de ocasiones para comprobarlo; si no, era evidente que estaba ante una interesantísima experiencia. En uno y otro caso valía la pena seguir con atención lo que estaba ocurriendo.

Durante el día siguió revisando la correspondencia episcopal que ya he resumido. Para su decepción, estaba incompleta. Sólo encontró una carta más referente al asunto del mago Nicolas Francken. Era del obispo Jorgen Friise iba dirigida a Rasmus Nielsen. Decía:

«Aunque no nos sentimos en modo alguno inclinados a compartir su opinión sobre nuestro tribunal, y estamos dispuestos a enfrentarnos a usted en ese capítulo si es preciso, sin embargo, puesto que nuestro fiel y bienamado mag. Nicolas Francken (contra el que se atreve a lanzar falsas y maliciosas acusaciones) ha desaparecido súbitamente de entre nosotros, es evidente que la cuestión queda postergada por esta vez. Pero en lo que afirma más adelante, sobra que el apóstol y evangelista san Juan, en su divino Apocalipsis describe la Santa Iglesia romana con la apariencia y símbolo de la Mujer Escarlata, debe saber que...», etc.

Por mucho que buscó Anderson, no logró encontrar la continuación de esta carta, ni pista alguna sobre la causa o naturaleza de la «desaparición» del *casus belli*. Sólo se le ocurrió que Francken había muerto de repente; y como sólo mediaban dos días entre la última carta de Nielsen —escrita cuando evidentemente Francken aún estaba con vida— y la del obispo, la muerte tuvo que sobrevenirle de manera totalmente inesperada.

Por la tarde efectuó una breve visita al Hald y tomó el té en Baekkelund. Pero aunque estaba algo nervioso, no notó que le pasara nada en la vista o en el cerebro como sus experiencias de la mañana le habían hecho temer.

En la cena se encontró con que le tocaba sentarse junto al hotelero.

—¿Cuál es la razón —le preguntó tras un poco de conversación intrascendente—

de que la mayoría de los hoteles que uno visita en este país hayan suprimido el número trece de su lista de habitaciones? He observado que aquí no lo tienen.

El propietario pareció divertido.

—¡Caramba, en lo que se ha ido a fijar! Yo también he pensado en eso más de una vez, si le digo la verdad. Un hombre instruido, como yo digo, no hace caso de esas supersticiones. Yo estudié aquí en la escuela de Viborg, y nuestro profesor fue una persona que combatió siempre todas esas cosas. Hace ya mucho que murió: era un hombre recto, y tan capaz con las manos como con la cabeza. Recuerdo que un día en que estaba nevando...

Aquí se abismó en sus recuerdos.

—Entonces, ¿cree usted que no hay ningún motivo especial para no tener una habitación con el número 13? —dijo Anderson.

—¡Desde luego! Bueno, verás: a mí me inició en el negocio mi padre, que en paz descanse. Al principio, llevaba un hotel en Aarhuus; después, al nacer nosotros, se vino aquí a Viborg, su ciudad natal, donde llevó el "Fénix" hasta que murió. Eso ocurrió en 1876. Entonces empecé yo a trabajar en el ramo en Silkeborg, y hace dos años me mudé a esta casa.

Seguidamente se puso a dar detalles sobre el estado del edificio y del negocio al principio de hacerse cargo.

—¿Y había una habitación número 13 cuando vino aquí?

—No, no. De eso iba a hablarle. Verás: en una ciudad como ésta, la clase comerciante —los viajeros— es la que nos mantiene por lo general. ¿Acomodarles a ellos en la número 13? Vamos, preferirían mil veces dormir en la calle. A mí personalmente me importaría un bledo el número que tuviera mi habitación y así se lo he dicho a ellos a menudo; pero insisten en que les trae mala suerte. Cuentan infinidad de casos de hombres que después de dormir en la Número 13 no han vuelto a ser los mismos, o han perdido a sus mejores clientes, o...qué sé yo —exclamó después de buscar una expresión más gráfica.

—Entonces ¿qué uso le da a su habitación número 13? —dijo Anderson, a la vez que experimentaba una extraña ansiedad, totalmente desproporcionada

Para la escasa importancia de la pregunta.

—¿Mi habitación número 13? Pero ¿no le digo que no la hay en esta casa? Creía que se había dado cuenta. Si la hubiera, estaría al lado de la de usted.

—Bueno, sí; sólo que me ha parecido... es decir, anoche me dio la impresión de que había una puerta con el número trece en ese pasillo. Y en realidad, estoy casi seguro de no haberme equivocado, porque anteanoche la vi también.

Como es natural, Herr Kristensen se rió de tal idea como Anderson esperaba, y recalcó con mucha insistencia que en este hotel no había ninguna Número 13, ni la había habido antes de hacerse cargo él.

Esta vehemencia tranquilizó en cierto modo a Anderson; aunque seguía perplejo, empezó a pensar que la mejor manera de comprobar si había sido víctima de una ilusión o no era invitar al dueño a fumar un cigarro en su habitación cuando fuera de noche. Unas cuantas fotografías de ciudades inglesas que se había traído le proporcionaron suficiente pretexto.

Esta invitación halagó a Herr Kristensen, que la aceptó con mucho gusto. Subiría hacia las diez; Anderson tenía que escribir unas cartas, así que se retiró antes para cumplir con esta obligación. Casi se ruborizó al confesarlo, pero no podía por menos de reconocer que la cuestión de la existencia o no de la habitación número 13 le estaba alterando los nervios; a tal punto que se dirigió a la suya por el lado de la número 11, para no pasar por delante de esa puerta, o del sitio donde debía estar. Echó una ojeada fugaz y recelosa a su habitación al entrar, pero no vio nada que justificase ningún recelo, aparte de la impresión indefinible de que era más pequeña de lo habitual. Esta noche ya no tenía el problema de si estaba o no estaba la maleta: él mismo la había vaciado y la había puesto junto a la cama. Con algún esfuerzo, apartó del pensamiento la Número 13 y se sentó a escribir.

Sus vecinos eran personas bastante tranquilas: si acaso oía abrir una puerta del pasillo y caer un par de botas, o pasar tarareando algún representante; y en la calle, de cuando en cuando el estrépito de un carro sobre el atroz empedrado, o pasos presurosos en las baldosas.

Anderson terminó sus cartas; pidió que le trajesen un whisky con soda, y se acercó a la ventana. Estudió la pared lisa de enfrente y las sombras proyectadas en ella.

Según recordaba, la habitación número 14 la ocupaba el abogado, un hombre serio que hablaba poco en las comidas y se dedicaba por lo general a examinar un puñado de papeles que colocaba junto a su plato. Por lo que se veía, no obstante, tenía costumbre de dar rienda suelta a su exuberancia vital cuando estaba solo. ¿Por qué, si no, se ponía a bailar? La sombra de la habitación contigua revelaba a las claras que estaba bailando. Una y otra vez, su delgada figura cruzaba ante la ventana, extendía los brazos, y levantaba una flaca pierna con sorprendente agilidad. Al parecer andaba descalzo, y el suelo debía de ser bastante sólido, porque ningún ruido acompañaba a sus movimientos. El sagfórer Herr Anders Jensen bailando a las diez de la noche en un dormitorio de hotel parecía un tema apropiado para un cuadro histórico de gran estilo; y los pensamientos de Anderson, como los de Emily en *Los Misterios de Udolfo*, empezaron a «ordenarse en los siguientes versos»:

*«Cuando llego a mi portal
A las diez de la noche
Creen los criados que vengo mal.
A mí me importa bien poco:
Saco el calzado a la puerta
Cierro con llave y cerrojo
Y me dedico a bailar.
Y si el vecino protesta,
Sigo haciéndome el sordo
Porque conozco las leyes,
Me río yo de sus quejas
Por mucho que él reniegue».*

Si no llega a llamar en ese momento el posadero a la puerta, es probable que el

lector tuviera ahora ante sí un poema bastante más largo. A juzgar por la expresión que le afloró a Herr Kristensen cuando estuvo dentro de la habitación, debió de notar algún detalle asombroso que no esperaba. Pero no hizo ningún comentario. Se mostró interesado por las fotografías, que le dieron pie a muchos discursos autobiográficos. No se sabe cómo habría podido Anderson desviar la conversación hacia el deseado asunto de la número 13 de no haberse puesto a cantar de repente el abogado, y a hacerlo de una manera que no dejaba dudas a nadie de que o estaba completamente borracho, o rematadamente loco. Era una voz débil y aguda, la que oían, y sonaba seca, como a causa de un prolongado desuso. Era imposible distinguir la letra y la melodía. Subía a unos niveles sorprendentes y bajaba hasta convertirse en un lamento desesperado, como de un viento invernal en el hueco de la chimenea, o de un órgano al que le falla el aire de repente. Sonaba verdaderamente horrible, y Anderson pensó que si hubiese estado solo habría salido a buscar refugio y compañía en el cuarto de algún vecino.

El hotelero se quedó boquiabierto.

—No comprendo —dijo por fin, enjugándose la frente—. Es horrible. Ya lo había oído antes, pero estaba convencido de que era un gato.

—¿Estará loco? —dijo Anderson.

—Seguro. ¡Qué lástima! Con lo buen cliente que es, lo bien que le van los negocios según tengo entendido, y con hijos pequeños que criar.

Justo en ese instante sonaron unos golpes impacientes en la puerta, y entró el que llamaba sin esperar a ser invitado. Era el abogado, en bata, con el pelo revuelto y una mirada furibunda.

—Perdone usted —dijo—, pero le estaría muy agradecido si tuviera la amabilidad de dejar de...

Aquí se detuvo, porque era evidente que ninguna de las personas que tenía delante era la causante del alboroto; tras una pausa momentánea, la voz cantante volvió a elevarse más desaforadamente que nunca.

—Pero en nombre de Dios, ¿qué significa esto? —estalló el abogado—. ¿Dónde es? ¿Quién es? ¿Es que me estoy volviendo loco?

—Desde luego viene de la habitación contigua a la suya, Herr Jensen. ¿No habrá un gato o lo que sea atrapado en la chimenea?

Fue lo primero que se le ocurrió a Anderson; y en seguida se dio cuenta de que no tenía sentido; pero era preferible decir cualquier cosa, antes que permanecer callados escuchando aquella horrible voz y observando la cara ancha y pálida del hotelero que, todo tembloroso y cubierto de sudor, se agarraba con fuerza a los brazos del sillón.

—Imposible —dijo el abogado—, imposible. No hay chimenea. He entrado aquí porque creía que el escándalo venía de aquí. Estaba seguro de que provenía de la habitación contigua a la mía.

—¿No hay una puerta entre la suya y la mía? —dijo Anderson con ansiedad.

—No, señor —dijo Herr Jensen con cierta aspereza—. Al menos, no la había esta mañana.

—¡Ah! —dijo Anderson—. ¿Y esta noche?

—No estoy seguro —dijo el abogado con vacilación.

De repente, la voz que cantaba o gritaba en la habitación contigua se extinguió, y

oyeron que reía para sí con acento canturreante. Después se hizo el silencio.

—Bueno —dijo el abogado—, ¿qué dice de todo esto, Herr Kristensen? ¿Qué significa?

—¡Dios mío! —dijo Kristensen—. ¿Qué puedo decir? Sé tanto como ustedes, señores. Hago votos por que no vuelva a oír eso nunca más.

—Y yo —dijo Herr Jensen; y añadió algo por lo bajo. A Anderson le pareció que eran las últimas palabras del Salterio, *omnis spiritus laudet Dominum*, pero no estuvo seguro.

—Pero debemos hacer algo —dijo Anderson—; me refiero a los tres. ¿Vamos a inspeccionar la habitación de al lado?

—Pero si es la de Herr Jensen —gimió el posadero—. No tiene sentido: acaba de venir él de allí.

—No estoy tan seguro —dijo Jensen—. Creo que este caballero tiene razón: vayamos a ver.

Las únicas armas defensivas que pudieron reunir en donde estaban fueron un bastón y un paraguas. Salió la expedición al pasillo, no sin recelo. Fuera había un silencio mortal, pero por debajo de la puerta vecina salía luz. Anderson y Jensen se acercaron. Éste último hizo girar el pomo, y empujó con un impulso vigoroso y repentino. Fue inútil; la puerta siguió cerrada.

—Herr Kristensen —dijo Jensen—, ¿podría traer al camarero más robusto que tenga a su servicio? Hay que entrar ahí a averiguar qué pasa.

El dueño asintió y se fue a toda prisa, contento de alejarse del teatro de acción. Jensen y Anderson se quedaron mirando la puerta.

—Como puede comprobar, es la número 13 —dijo este último.

—Sí; y ahí está su puerta, y allí la mía —dijo Jensen.

—Mi habitación tiene tres ventanas durante el día —dijo Anderson, reprimiendo a duras penas una risa nerviosa.

—¡Caramba, la mía también! —dijo el abogado volviéndose a mirar a Anderson. Ahora estaba de espaldas a la puerta. Y en ese instante se abrió y surgió un brazo que se extendió para agarrarle por, el hombro; un brazo envuelto en un andrajo amarillento; la piel, donde era visible, estaba cubierta de largos pelos grises.

Anderson tuvo el tiempo justo de apartar a Jensen de un empujón, con un grito de repugnancia y horror, mientras la puerta volvía a cerrarse y sonaba dentro una risa sofocada.

Jensen no había visto nada, pero al explicarle Anderson atropelladamente el peligro que había corrido le acometió una visible agitación, y sugirió abandonar la empresa y encerrarse ambos en la habitación del uno o del otro.

Sin embargo, mientras deliberaban, llegó el dueño con dos fornidos camareros, los tres muy serios y alarmados. Jensen los recibió con un torrente de explicaciones que no les animó precisamente al combate.

Los camareros dejaron las palancas que traían y dijeron claramente que no estaban dispuestos a arriesgar el cuello en esa madriguera del demonio. El dueño estaba angustiadamente nervioso e indeciso, consciente de que si no afrontaba el peligro se arruinaría su hotel, y muy poco dispuesto a ser él quien pusiera el pecho. Por fortuna,

Anderson dio con el medio de reanimar a la desmoralizada fuerza.

—¿Es éste —dijo— el valor danés del que tanto he oído hablar? No es un alemán lo que hay ahí dentro; y aunque lo fuera, somos cinco contra uno.

Estas palabras picaron el amor propio de los dos camareros y de Jensen, que arremetieron contra la puerta.

—¡Alto! —dijo Anderson—. No hay que perder la cabeza. Usted, señor, quédese ahí con la luz. Entretanto, que uno de ustedes rompa la puerta, pero sin entrar cuando se abra.

Los camareros asintieron; se adelantó el más joven, levantó la palanqueta y descargó un golpe tremendo sobre el tablero superior. El resultado no fue ni mucho menos el que esperaban. No sonó ningún crujido ni hubo destrozo de madera: sólo un ruido sordo, como si hubiera golpeado la pared. El camarero soltó la herramienta con un grito, y se puso a frotarse el codo. El grito hizo que los demás se volvieran instantáneamente hacia él. A continuación Anderson miró hacia la puerta otra vez. Había desaparecido; ante sí tenía la pared de yeso del pasillo, con una muesca profunda donde había golpeado la palanqueta. La número 13 se había desvanecido.

Durante un breve espacio permanecieron petrificados mirando la pared lisa. Se oyó cantar un gallo madrugador en el patio de abajo; y al volverse Anderson en esa dirección, vio a través de la ventana del fondo del largo pasillo que el cielo estaba palideciendo con la primera claridad.

—¿Quizá —dijo el dueño dubitativo— desearían otra habitación para esta noche... una doble?

Ni a Jensen ni a Anderson les pareció mala idea. Preferían estar juntos después de la reciente experiencia. Creyeron prudente, al entrar cada uno en su habitación a recoger lo necesario para la noche, que el otro le acompañase y sostuviese la vela. Observaron que tanto la número 12 como la número 14 tenía tres ventanas.

A la mañana siguiente volvieron a reunirse los mismos en la número 12. El dueño, evidentemente, quería evitar la intervención de extraños, aunque era indispensable esclarecer el misterio que encerraba esta parte de la casa. Así que convenció a los dos camareros para que hiciesen de carpinteros. Retiraron los muebles, y, a costa de estropear de manera irrecuperable un montón de tablas, levantaron el piso contiguo a la número 14.

Como es natural, habréis supuesto que descubrieron un esqueleto —por ejemplo el del mago Nicolas Francken—. Nada de eso. Lo que encontraron entre las vigas sobre las que iba el entarimado fue una cajita de cobre. En ella había un pergamino cuidadosamente doblado, con unas veinte líneas escritas. Anderson y Jensen (que demostró tener conocimientos de paleografía) se excitaron ante tal hallazgo, que prometía proporcionar la clave de estos fenómenos singulares.

Poseo un ejemplar de una obra de astrología que nunca he leído. En ella, a manera de frontispicio, hay una xilografía de Hans Sebald Beham que representa a varios sabios sentados alrededor de una mesa. Quizá este detalle permita saber a los entendidos a qué libro me refiero, porque no recuerdo su título, y no lo tengo a mano en este momento. Pero las guardas están cubiertas de texto, y en los diez años que hace que lo

tengo no he logrado determinar en qué sentido hay que leerlo, y mucho menos en qué lengua está. Algo parecido es lo que les ocurrió a Anderson y a Jensen tras el examen prolongado a que sometieron el documento en cuestión.

Después de estudiarlo dos días, Jensen, que era el más decidido de los dos, aventuró de posibilidad de que estuviera en latín o en danés antiguo.

Anderson prefirió no hacer suposiciones, y entregó de muy buen grado el estuche y el pergamino ala Sociedad de Historia de Viborg para que los incorporase a su museo.

Yo le escuché a él toda la historia unos meses más tarde, estando sentados en un bosque cerca de Uppsala, tras una visita a la biblioteca de esa ciudad, donde nos habíamos reído —o más bien me había reído yo— del contrato por el que Daniel Salthenius (profesor de hebreo de Königsberg durante la última etapa de su vida) vendía su alma a Satanás. La verdad es que Anderson no lo encontró gracioso.

—¡Estúpido muchacho! —dijo, refiriéndose a Salthenius, que era sólo un estudiante cuando cometió esta imprudencia—. ¿Es que no sabía qué clase de compañía se estaba propiciando?

Y al hacer yo las normales reflexiones se limitó a soltar un gruñido. Esa misma tarde me contó lo que acabáis de leer. Pero no quiso sacar ninguna conclusión ni asentir a las que yo le propuse.

EL CONDE MAGNUS

De qué manera llegaron a mis manos los papeles que me han servido para hilvanar una historia coherente es algo que el lector averiguará al final de las páginas que siguen. Sin embargo, es preciso que estos extractos vayan precedidos de una aclaración sobre la forma en que obran en mi poder.

En parte consisten en una serie de textos compilados para un libro de viajes, literatura que se puso tan de moda en el siglo XIX, durante los años cuarenta y cincuenta. Un buen ejemplo es el Diario de una estancia en Jutlandia y las islas danesas, de Horace Marryat. Por lo general estos libros hablaban de alguna región poco conocida del Continente; iban ilustrados con aguafuertes o xilografías, daban información sobre alojamientos y medios de comunicación exactamente como esperamos encontrar hoy en cualquier guía turística bien documentada, y consistían mayormente en entrevistas con hombres cultos, posaderos ocurrentes y campesinos parlanchines; gente abierta en una palabra.

Empezados estos papeles con idea de recoger material para un libro así, conforme avanzan se van configurando como la relación de una única experiencia personal; relación que se extiende casi hasta la víspera misma de su desenlace.

Su autor es un tal señor Wraxall. Lo que sé de él procede enteramente de los datos que aportan sus escritos, de los que infiero que era un hombre de mediana edad, posición algo acomodada, y solo en el mundo. Por lo visto carecía de residencia fija en Inglaterra y era asiduo de hoteles y posadas. Es probable que abrigara la idea de establecerse en un futuro que jamás llegó para él; y creo también que muy posiblemente el incendio del Panthecon de principios de los setenta destruyó gran cantidad de material que habría arrojado abundante luz sobre sus antecedentes, porque alude una o dos veces a las pertenencias que guardaba almacenadas en ese establecimiento.

Parece ser, además, que el señor Wraxall había publicado un libro a propósito de unas vacaciones que había pasado una vez en Bretaña. Salvo eso, no sé nada más de tal libro, porque después de buscarlo activamente en las bibliografías he llegado al convencimiento de que debió de sacarlo a la luz de manera anónima o bajo seudónimo.

En cuanto a su carácter, no es difícil formarse una opinión somera. Debió de ser un hombre inteligente y culto. Parece que estuvo a punto de entrar en el consejo de gobierno de su Colegio de Oxford, el de Brasenose, según deduzco del calendario. Su principal defecto fue claramente su excesiva curiosidad; un defecto quizá positivo en un viajero, pero que éste en concreto pagó bastante caro al final.

Estaba elaborando el esquema de otro libro sobre la que resultó ser su última expedición. Escandinavia, una región no tan conocida por los ingleses hace cuarenta años, le había parecido un campo interesante. Debió de topar con unos cuantos libros antiguos de historia o memorias de Suecia, y se le ocurrió que había materia para una descripción del viaje por Suecia, entremezclado con episodios de la historia de alguna gran familia sueca. Así que se proveyó de cartas de presentación para personas de calidad en Suecia, y hacia allá partió a principios del verano de 1863.

No hace falta que hable de sus viajes por el norte ni de su estancia de unas semanas en Estocolmo. Sí debo decir que cierto savant residente le puso tras la pista de una importante colección de documentos familiares pertenecientes a los propietarios de una antigua mansión de Vestergothland y le consiguió un permiso para examinarlos.

Llamaremos a dicha mansión, oherrárd, Råbäck (pronunciado algo así como Roebeck), aunque no es ése su nombre. De los edificios de su género, es uno de los mejores de toda la comarca, y el grabado de 1694 que lo reproduce en Suecia antigua et moderna, de Dahlenberg, lo muestra prácticamente tal como el turista puede verlo hoy. Se construyó poco después de 1600, y en términos generales es muy semejante a las casas inglesas de ese período en lo que respecta a materiales —ladrillo rojo con aditamentos de piedra— y estilo. El hombre que mandó construir esta mansión era vástago de la gran casa de De la Gardie, y sus descendientes aún son dueños de ella. De la Gardie es el apellido con que les voy a designar cuando tenga que hablar de ellos.

Acogieron al señor Wraxall con gran amabilidad y cortesía, y le insistieron en que se alojara en la casa el tiempo que durasen sus investigaciones. Pero prefiriendo la independencia, y desconfiando de su capacidad para conversar en sueco, se instaló en la posada del pueblo, que resultó ser bastante cómoda, al menos en verano. Este arreglo suponía hacer andando todos los días, contando la ida y la vuelta, algo menos de una milla hasta la mansión, que se alzaba en un parque y la rodeaban —diríamos que ocultaban— unos cuantos árboles añosos y corpulentos. Cerca de ella encontrabas el jardín vallado, y a continuación entrabas en una apretada arboleda que bordea uno de esos pequeños lagos de que está salpicado el país. Después venía el muro que cerraba la propiedad, y ascendías a un empinado montecillo —una prominencia de roca ligeramente cubierta de tierra—, y en la cima tenías la iglesia cercada de árboles altos y oscuros: era un edificio singular para unos ojos ingleses. La nave central y las laterales eran bajas, y estaban ocupadas con bancos y galerías. En la galería oeste se alzaba un órgano antiguo y elegante, pintado con colores alegres, y con los tubos plateados. El techo era plano, y había sido decorado por un artista del siglo XVII con un extraño y horrendo juicio Final lleno de llamas pálidas, ciudades que se derrumbaban, barcos ardiendo, almas llorando y demonios marrones y sonrientes. Del techo colgaban hermosas coronas de latón; el púlpito era como una casa de muñecas, y estaba cubierto de pequeños querubines y santos en madera policromada; adosado al atril del predicador había un estante con tres ampolletas. Cosas así pueden verse hoy en muchas iglesias suecas, pero lo que distinguía a ésta era un añadido al edificio original. Adosado al extremo este de la nave norte, el dueño de la mansión había erigido un mausoleo para él y su familia. Consistía en un edificio octogonal alargado, iluminada por una serie de ventanas ovaladas, y con el techo en cúpula, coronado por una especie de calabaza que se prolongaba hacia arriba en espiral, forma que les gustaba enormemente a los arquitectos suecos. La cubierta era de cobre y estaba pintada de negro, mientras que los muros, en consonancia con los de la iglesia, eran llamativamente blancos. Este mausoleo carecía de acceso desde la iglesia; tenía su pórtico y escalinata en la fachada norte.

Pasado el cementerio que rodea la iglesia arranca el camino del pueblo, y en sólo tres o cuatro minutos se llega a la puerta de la posada.

El primer día de estancia en Rábäck, el señor Wraxall encontró la iglesia abierta, y tomó esas notas del interior que acabo de resumir. No pudo entrar en el mausoleo. Observó, mirando por el ojo de la cerradura, que tenía bellas imágenes de mármol, sarcófagos de cobre y abundantes ornamentos heráldicos, cosa que le puso muy ansioso en pasar un buen rato inspeccionando.

Los papeles que examinó en la mansión resultaron ser precisamente del tipo que quería incluir en su libro. Había correspondencia familiar, diarios y libros de contabilidad de los primeros dueños, todo muy cuidadosamente guardado y escrito con letra clara, lleno de detalles curiosos y pintorescos. El primer De la Gardie aparecía en ellos como un hombre fuerte e inteligente. Poco después de construida la mansión había habido un período de agitación en la comarca, los campesinos se habían levantado y habían atacado varios castillos causando algún estrago. El dueño de Rábäck tuvo un papel destacado en la represión de la revuelta, y se hacía referencia a la ejecución de los cabecillas y a diversos castigos infligidos con mano implacable.

El retrato de este tal Magnus de la Gardie era de los mejores que había en la casa, y el señor Wraxall lo estudió con no poco interés al acabar el trabajo del día. No da una descripción detallada de él, pero colijo que el rostro debió de causarle más impresión por su fuerza que por su belleza o bondad; de hecho, dice que el conde Magnus era un hombre fenomenalmente feo.

Ese día el señor Wraxall cenó con la familia y regresó andando ya tarde, aunque aún no era de noche.

«Recordar preguntarle al sacristán —escribe— si puede dejarme entrar en el mausoleo junto a la iglesia. Está claro que él sí puede porque le he visto esta noche delante de la puerta, abriendo o cerrando, me ha parecido».

Encuentro que al día siguiente, por la mañana temprano, el señor Wraxall tuvo una conversación con el posadero. Al principio me sorprendió que la consignara con detalle, pero en seguida me di cuenta de que los papeles que tenía ante mí eran, inicialmente al menos, material para el libro que pensaba escribir, y que iba a ser de esas obras semiperiodísticas que admiten la inclusión de entrevistas.

Su propósito, dice, era averiguar si subsistía alguna noticia oral del conde Magnus de la Gardie en el escenario donde desplegó sus actividades, y si gozaba o no de la estima popular. Averiguó que el conde no era querido. Si sus colonos llegaban tarde al trabajo (eran tiempos en que se debían al amo como dueño del señorío), se les ataba al potro, o eran azotados y marcados en el patio de la mansión. Hubo uno o dos casos de dueños de tierra que adentraron su linde en los dominios del señor, y cuyas casas habían ardido de manera misteriosa una noche de invierno con toda la familia dentro. Pero lo que parecía tener más impresionado al posadero —porque volvió sobre ello más de una vez— era que había tomado parte en la Peregrinación Negra, de la que se había traído algo o a alguien.

Naturalmente, me preguntaréis —como hizo el señor Wraxall— qué es eso de la Peregrinación Negra; pero vuestra curiosidad tendrá que quedar insatisfecha, como quedó la del señor Wraxall. El posadero eludió claramente darle ninguna explicación, o responderle siquiera sobre el particular; y al requerirse su presencia en otra parte, se apresuró a marcharse con evidente alivio, asomando la cabeza por la puerta unos

minutos después para decir que tenía que salir para Skara y que no estaría de vuelta hasta la noche.

Así que el señor Wraxall tuvo que acudir un poco frustrado a su trabajo diario en la mansión. Los papeles que tenía entre manos en ese momento dieron muy pronto otro curso a sus pensamientos, ya que se trataba de la correspondencia entre Sophia Albertina, de Estocolmo, y su prima casada Ulrica Leonora, de Råbäck, durante los años 1705-1710. Las cartas eran de excepcional interés, dada la luz que arrojaban sobre la cultura de ese período en Suecia, como puede confirmar cualquiera que las haya leído en el Boletín de Manuscritos Históricos de Suecia, donde se publicaron en su totalidad.

Por la tarde había terminado con ellas, y tras devolver las cajas donde se guardaban a su sitio en la estantería, muy naturalmente, procedió a bajar algunos de los volúmenes que venían a continuación para decidir a cuál se dedicaría con preferencia al día siguiente. El anaquel con el que había dado estaba ocupado en su mayor parte por una colección de libros de contabilidad, con la letra del primer conde Magnus. Uno de ellos, empero, no era de cuentas, sino de alquimia y otros opúsculos, escrito con otra letra del siglo XVI. Como no está familiarizado con la jerga alquímica, el señor Wraxall dedica un tiempo que habría podido ahorrarse a desentrañar los títulos y preámbulos de diversos tratados: el libro del Fénix, el libro de las Treinta Palabras, el libro del Sapo, el libro de Miriam, el *Turba philosophorum* y otros; y seguidamente expresa con gran entusiasmo su alegría al descubrir hacia la mitad del libro, en una hoja originalmente en blanco, cierto escrito del propio conde Magnus titulado. «*Liber nigrae peregrinationis*». Es cierto que eran sólo unas líneas, pero bastaban para demostrar que el posadero se había referido esa mañana a una creencia al menos tan antigua como el propio conde Magnus, y que probablemente éste compartía. He aquí la traducción del escrito:

«Si alguien quiere obtener una vida larga, si quiere asegurarse un mensajero fiel y ver la sangre de sus enemigos, debe ir primero a la ciudad de Chorazin, y rendir allí homenaje al príncipe...» aquí había raspada una palabra, no del todo bien, de manera que el señor Wraxall tuvo el casi total convencimiento de que ponía aëris («del aire»). Pero no había más texto: sólo una línea en latín: *Qui ere reliqua hujus materie inter secretiora* («ver el resto de esta materia entre las cosas más secretas»).

Es innegable que esto arrojaba una luz siniestra sobre los gustos y creencias del conde; pero para el señor Wraxall —al que le separaba de este personaje un espacio de casi tres siglos— la idea de que a su poder general hubiera podido añadir la alquimia, y a la alquimia algo así como la magia, no contribuyó sino a hacérselo más pintoresco; y cuando, tras contemplar largamente su retrato en el vestíbulo, emprendió el regreso a la posada, lo hizo absorto en el conde Magnus. No tenía ojos para ver a su alrededor, ni percibía las fragancias vespertinas del bosque, ni la luz del crepúsculo en el lago; y cuando de repente volvió en sí, se quedó asombrado al descubrir que se hallaba ya ante la verja del cementerio, y a pocos minutos de la cena. Su mirada se detuvo en el mausoleo.

—¡Ah, estás ahí, conde Magnus! —dijo—. ¡Cómo me gustaría verte!

«Como les ocurre a muchos hombres solitarios —escribe—, tengo el hábito de hablar en voz alta conmigo mismo; y a diferencia de las partículas griegas y latinas, no espero respuesta. Desde luego, y quizá por fortuna en este caso, no hubo ninguna voz

ni nada digno de tener en cuenta: lo único que pasó fue que a la mujer que limpiaba la iglesia se le cayó al suelo algo metálico, supongo, y el ruido me sobresaltó. El conde Magnus, me parece, duerme profundamente».

Esa misma noche el posadero, que había oído decir al señor Wraxall que quería ver al sacristán ó diácono (como suelen llamarlo en Suecia) de la parroquia, le presentó a dicho personaje en el bar de la posada. Al punto quedó acordada para el día siguiente una visita al panteón de De la Gardie, y siguió una pequeña charla general.

Al señor Wraxall —acordándose de que una de las funciones de los diáconos escandinavos es instruir a los que van a recibir la confirmación— se le ocurrió refrescar su propia memoria sobre una cuestión bíblica.

—¿Podría decirme algo —dijo— sobre Chorazin?

El diácono pareció sobresaltarse, pero le explicó de buen grado cómo ese pueblo fue denunciado una vez.

—Seguramente —dijo el señor Wraxall—, hoy no quedarán de él más que ruinas.

—Eso esperó —replicó el diácono—. Tengo entendido que algunos de nuestros viejos sacerdotes dicen que el Anticristo nacerá allí; y hay rumores...

—¿Sí... y qué cuentan esos rumores? —preguntó el señor Wraxall.

—Rumores, iba a decir, que he olvidado —dijo el diácono, y poco después se despidió.

El posadero se quedó ahora solo y a merced del señor Wraxall; y este inquiridor no estaba dispuesto a dejarle escapar.

—Herr Nielsen —dijo—: he averiguado algo sobre la Peregrinación Negra, así que puede contarme lo que sepa. ¿Qué trajo consigo el conde a su regreso?

Puede que los suecos sean lentos en contestar, o puede que el posadero fuera una excepción, no sé; pero el señor Wraxall anota que se le quedó mirando lo menos un minuto antes de abrir la boca. Luego se acercó a su huésped y, tras un esfuerzo considerable, dijo:

—Señor Wraxall, voy a contarle esa historia, pero nada más: ninguna más. Así que no me pregunte nada cuando termine: en tiempos de mi abuelo (o sea, hace noventa y dos años), dijeron dos hombres: «El conde ha muerto; se acabaron las preocupaciones. Esta noche cazaremos a placer en su bosque»; el gran bosque que cubre el monte, que ha visto usted detrás de Rabäck. Bien, pues los que les oyeron les dijeron: «No vayáis; seguro que si vais os encontraréis con alguien que no debería andar; con alguien que debería reposar, no andar». —Pero los dos hombres se echaron a reír. No había guardabosques que vigilasen, porque nadie quería cazar allí, y la familia no estaba en la casa, de modo que podían hacer lo que quisieran.

»Conque fueron al bosque esa noche. Mi abuelo estaba sentado aquí, en esta sala. Era verano, y una noche clara. Con la ventana abierta podía ver el bosque, y oírlo.

»Estaba con dos ó tres parroquianos, escuchando. Al principio todos estaban en silencio; después oyeron a alguien (ya sabe la distancia que hay) gritar como si le arrancaran el alma. Los que estaban aquí se cogieron fuertemente unos a otros, y permanecieron así lo menos tres cuartos de hora. Después oyeron a alguien a sólo unas trescientas anas: le oyeron reír a carcajadas; no era ninguno de los que habían ido a cazar, y lo cierto es que nadie de los presentes aquí se atrevió a decir que fuera una risa

humana. Poco después oyeron cerrarse una enorme puerta.

»Esa madrugada, cuando salió el sol, fueron todos al cura, y le dijeron:

»—Padre, póngase el sobrepelliz y la lechuguilla, y venga a enterrar a Anders Bjórnsen y Hans Thorbjorn.

»Como comprenderá, estaban seguros de que habían muerto. Así que fueron al bosque... Mi abuelo jamás lo olvidó; contaba que iban muertos de miedo. El cura, también, estaba blanco como el papel. Después de escucharles comentó:

»—He oído un alarido en mitad de la noche, y después he oído una risa. Si no consigo olvidar eso, no podré volver a dormir.

»Fueron, pues, al bosque, y encontraron a esos hombres en la linde. Hans Thórbjorn estaba de pie, con la espalda contra un árbol, y no paraba de empujar con las manos... el vacío que tenía delante. Así que no había muerto. Le cogieron y le llevaron a Nykjoping; pero murió antes del invierno; estuvo empujando con las manos hasta el final. También encontraron a Anders Bjórnsen; pero estaba muerto. De él le puedo decir esto: había sido un hombre guapo, pero ahora no tenía cara; le habían sorbido la carne dejándole los huesos. ¿Usted entiende eso? Mi abuelo no lo olvidó. Cargaron a Anders Bjórnsen en las parihuelas que habían traído, le echaron un trapo sobre la cabeza, abrió la marcha el cura, y se pusieron a cantar el salmo de difuntos lo mejor que sabían. Y cuando iban por el final del primer versículo, tropezó uno de ellos, el que llevaba la cabeza de las parihuelas, por lo que los otros se volvieron, vieron que había resbalado el trapo, y que los ojos de Anders Bjórnsen miraban fijamente porque no tenían párpados que los cerrasen. No podían soportarlo. Así que el cura volvió a echarle el lienzo encima, mandó traer una azada, y allí mismo le enterraron.

El señor Wraxall consigna al día siguiente que poco después de desayunar pasó el diácono a recogerle, y le llevó a la iglesia y al mausoleo. Observó que la llave del mausoleo colgaba de un clavó junto al púlpito, y se le ocurrió que, como al parecer no cerraban la puerta de la iglesia, no le sería difícil efectuar una segunda y más reservada visita a los monumentos si descubría más motivos de interés de los que podía asimilar en la primera. No dejó de encontrar imponente el edificio al entrar. Los monumentos, en su mayoría erigidos en los siglos XVII y XVIII, eran dignos aunque recargados, y abundaban los epitafios y los blasones. El espacio central de la estancia lo ocupaban tres sarcófagos de cobre cubiertos de ornamentos finamente labrados. Dos de ellos tenían, como es frecuente en Suecia y en Dinamarca, una gran cruz metálica en la tapa. El tercero, del conde Magnus al parecer, en vez de cruz tenía grabada una efigie de tamaño natural, y alrededor varias franjas de parecido ornamento que representaban diversas escenas. Una era una batalla, con un cañón escupiendo humo, plazas amuralladas y tropas de piqueros. Otra representaba una ejecución. En una tercera, entre árboles, había un hombre corriendo con todas sus fuerzas, el pelo flotante y los brazos extendidos. Tras él iba una figura extraña; era difícil determinar si el artista había pretendido representar a un hombre y no había sabido darle la semejanza necesaria, ó si la había hecho intencionada mente todo lo monstruosa que parecía. Dada la destreza con que estaba trazado el restó de la escena, el señor Wraxall se inclinaba por esta segunda posibilidad. Era una figura grotescamente achaparrada, envuelta casi toda en un ropaje con caperuza que arrastraba por el suelo. La extremidad de la figura

que asomaba de ese embozó no tenía forma de brazo y manó; el señor Wraxall la compara al tentáculo de un pulpo. Y añade: «Al ver esto me dije: "Evidentemente se trata de alguna representación alegórica; un demonio persiguiendo a un alma acosada. Quizá sea el origen de la historia del conde Magnus y su misterioso compañero. Veamos cómo está representado el montero: sin duda será un demonio tocando el cuerno"». Pero, como descubrió a continuación, faltaba tan sensacional figura; sólo descubrió la de un hombre envuelto en una capa en lo alto de un cerró, como apoyado en un bastón, observando la persecución con un interés que el grabador había tratado de expresar en la actitud.

El señor Wraxall observó los sólidos candados de acero primorosamente trabajado —tres exactamente— que cerraban el sarcófago. Uno de ellos, vio, se había desprendido y estaba en el suelo. Acto seguido, no queriendo entretener más al diácono ni quitar más tiempo a su propio trabajo, continuó su camino hacia la mansión.

«Es curioso cómo —anota—, cuando uno hace un trayecto que le es familiar se abisma en sus pensamientos al extremo de perder la noción de lo que le rodea. Esta noche es la segunda vez que no me he dado cuenta de adónde me dirigía (es verdad que había planeado hacer una visita secreta al mausoleo para copiar los epitafios), cuando de repente he vuelto en mí, por así decir, y me he sorprendido a mí mismo (como antes) abriendo la verja del cementerio y, creo tarareando ó murmurando algo así cómo: "¿Estás despierto, conde Magnus? ¿Duermes, conde Magnus?; y algo más que no recuerdo. Creó que llevaba un rato comportándome de esta manera insensata».

Encontró la llave del mausoleo dónde esperaba, y copió la mayor parte de lo que quería; de hecho, estuvo allí hasta que empezó a quedarse sin luz.

«Creó que me equivoqué —escribe— al decir que había uno de los candados del sarcófago del conde en el suelo; esta noche he visto que hay dos. Los he recogido y los he puesto en el alféizar de la ventana después de intentar cerrarlos en vano. El tercero sigue firme, y aunque supongo que es de resorte, no sé cómo se abre. De haberlo sabido creó que habría cometido la osadía de abrir el sarcófago. Es extraño el interés que se me ha despertado por la personalidad de este antiguo noble, me temo que algo feroz y siniestro».

El día siguiente resultó ser el último en que el señor Wraxall iba a visitar Rábäck. Recibió cartas que le informaban de ciertas inversiones y que hacían aconsejable su regreso a Inglaterra; había terminado prácticamente su trabajo con los documentos, y el viaje era lento. Así que decidió despedirse, añadir unos toques finales a las notas, y partir.

Estos toques finales y despedidas le ocuparon más de lo que había calculado. La hospitalaria familia insistió en que se quedase a comer —comían a las tres—, y eran cerca de las seis y media cuando traspuso la verja de hierro de Rábäck. Se fue demorando a cada pasó en su caminó juntó al lago, dispuesto —ahora que lo recorría por última vez— a saturarse de impresiones de la hora y el lugar. Y al llegar al cementerio, en lo alto del montecillo, se detuvo unos minutos a contemplar la ilimitada perspectiva de bosque, desde sus pies a la lejanía, totalmente oscuro bajó un cielo verde líquido. Cuando se volvió finalmente para reanudar la marcha, se le ocurrió que debía despedirse del conde Magnus cómo había hecho del restó de la familia de De la Gardie.

La iglesia estaba a sólo veinte yardas, y sabía en dónde colgaba la llave del mausoleo. Un momento después estaba ante el gran ataúd de cobre, y como de costumbre, hablando consigo mismo en voz alta: «Quizá fuiste algo bribón en tus tiempos, Magnus —decía—; de todos modos, me habría gustado conocerte; ó mejor dicho...»

«En ese instante —cuenta—, sentí un golpe en el pie. Lo retiré instintivamente, y algo pesado cayó sonoramente en el pavimento. Era el tercero y último de los candados que mantenía cerrado el sarcófago. Me incliné a recogerlo, y —el Cielo es testigo de que digo la verdad— antes de incorporarme sonó un chirrido de bisagras metálicas, y vi con absoluta claridad que se levantaba la tapa. Quizá tuve una reacción cobarde, pero por nada del mundo habría permanecido allí un segundo más. Salí del terrible edificio en menos de lo que tardo en escribir estas palabras... casi con la misma celeridad con que hubiera podido decirlas; y lo que aún me asusta más: no pude echar la llave a la cerradura. Sentado aquí en mi habitación, mientras consigno estos hechos (aún no hace veinte minutos de todo esto), me pregunto si continuó el chirrido metálico. Sólo sé que hubo algo más que me alarmó aparte de lo que he dicho, aunque no consigo precisar si se trataba de un ruido o de una visión. ¿Qué he hecho yo?»

¡Pobre señor Wraxall! Al día siguiente emprendió el regreso como había planeado y llegó a Inglaterra sin novedad. Sin embargo, como deduzco del cambio de letra y sus anotaciones incoherentes, era un hombre psíquicamente destrozado. Uno de los varios cuadernos que me han llegado con anotaciones suyas proporciona, no una clave, pero sí una especie de indicio sobre su estado. Gran parte del viaje lo hizo en trasbordador, y encuentro no menos de seis penosos esfuerzos por enumerar y describir a sus compañeros de viaje. Son del siguiente tenor:

24. Sacerdote del pueblo de Skáne. Usual chaqueta negra y sombrero flexible negro.

25. Viajante de comercio que viene de Estocolmo y se dirige a Trollhátan.

26. Individuo con capa negra, sombrero de ala ancha, muy anticuado.

Esta última anotación está subrayada; y añade el siguiente comentario: «Tal vez sea idéntico al número trece. Aún no le he visto la cara». Respecto al número trece he averiguado que es un sacerdote romano con sotana.

El resultado de la cuenta es siempre el mismo: de los veintiocho pasajeros que cita, uno es siempre un hombre con una capa larga y sombrero ancho y otro una «figura baja con capucha oscura». Por otro lado, comenta que a las comidas sólo asisten veintiséis; falta siempre el hombre de la capa, y desde luego nunca está allí el individuo bajo.

Al llegar a Inglaterra parece que el señor Wraxall desembarcó en Harwich, y que decidió ponerse fuera del alcance de cierta persona o personas que no especifica, pero que evidentemente había llegado a creer que le seguían. Así que tomó un vehículo —un coche cerrado—, ya que no se fiaba del ferrocarril, y se dirigió a campo abierto al pueblo de Belchamp St. Paul. Eran alrededor de las nueve de una noche de luna de agosto cuando llegó. Iba mirando por la ventanilla cómo desfilaban veloces los campos y los arbolados. De repente llegaron a una encrucijada, en una de las esquinas había dos

figuras de pie, inmóviles; las dos embozadas en ropas oscuras; la más alta llevaba sombrero, la más baja una caperuza. No le dio tiempo a verles la cara, ni los personajes hicieron gesto alguno que él pudiese reconocer. Sin embargo, el caballo se espantó y emprendió el galope, mientras el señor Wraxall se echaba hacia atrás en su asiento presa del pánico. Los había visto anteriormente.

Llegado a Belchamp St Paul, fue lo bastante afortunado para encontrar un alojamiento amueblado y decoroso, y las siguientes veinticuatro horas las vivió, relativamente hablando, en paz. Sus últimas notas las escribió ese día. Son demasiado inconexas y exclamatorias para incluirlas aquí; pero su sustancia es bastante clara. Espera la visita de sus perseguidores —no sabe cuándo ni cómo—, y su grito constante es: «¿Qué he hecho yo?», y «¿Acaso no hay esperanza?» Sabe que los médicos le declararían loco, que la policía se reiría de él. El sacerdote está ausente del pueblo. ¿Qué puede hacer, sino cerrar la puerta con llave —y encomendarse a Dios?

La gente de Belchamp St Paul aún recordaba el año pasado cómo un señor desconocido llegó un atardecer de agosto, hace años, y le encontraron muerto al segundo día por la mañana, y hubo una investigación; los miembros del jurado —siete en concreto— que vieron el cuerpo se marearon al ver el cadáver, y ninguno quiso contar qué había visto; y el veredicto fue designio divino, y cómo las personas que vivían en la casa la dejaron esa misma semana y se fueron del lugar. Pero creo que ignoran que se haya arrojado nunca —ni se pudiera arrojar— ninguna luz sobre ese misterio. Y ocurre que el año pasado, esa casita vino a parar a mis manos como parte de un legado. Llevaba desocupada desde 1863, y no parecía haber esperanza alguna de alquilarla; de modo que la mandé derribar. Entonces aparecieron los papeles que acabo de resumir en una alacena olvidada bajo la ventana del mejor dormitorio.

¡SILBA Y ACUDIRÉ!

—Supongo que te marcharás pronto, ahora que se han terminado las clases —decía una persona que no interviene en la historia al profesor de Ontografía poco después de sentarse juntos en una comida que se celebraba en el hospitalario comedor del St. James College.

Era el profesor un hombre joven, pulcro y preciso en sus palabras.

—Mis amigos han hecho que me aficione al golf este curso —dijo—, y quiero ir a la costa del este, concretamente a Burnstow (apostarí a que lo conoces), a pasar una semana o diez días perfeccionando mi juego. Espero marcharme mañana.

—Hombre, Parkins —dijo el que estaba sentado al otro lado—, si vas a Burnstow me gustaría que echaras una mirada a lo que fue el convento de templarios y me dijeras si merece la pena hacer excavaciones allí este verano.

Como podéis suponer, el que acababa de hablar era una persona interesada en la arqueología, pero, puesto que sólo aparece en este preámbulo, no hace falta que enumere sus títulos.

—Desde luego —dijo el profesor Parkins—: descríbeme los alrededores del lugar y haré todo lo posible por darte una idea del estado del terreno cuando vuelva; o te escribo, si me dices dónde vas a pasar estos días.

—Gracias, no te molestes. Pienso llevar a mi familia hacia esta parte del Long y se me ha ocurrido que, como se han sacado muy pocos planos de los conventos templarios ingleses, podría aprovechar la ocasión y ocuparme en algo útil los días que no tenga nada que hacer.

El profesor dio un respingo al oír que sacar el plano de un convento podía considerarse algo útil. Su vecino prosiguió:

—El emplazamiento (dudo que las ruinas sobresalgan del suelo) debe de estar actualmente muy cerca de la costa. Como sabes, el mar ha penetrado enormemente a lo largo de toda esa parte del litoral. A juzgar por el mapa, diría que está a unos tres cuartos de milla del Hotel el Globo, al norte del pueblo. ¿Dónde te vas a hospedar?

—Pues en el Hotel el Globo precisamente —dijo Parkins—; tengo ya reservada una habitación allí. Me ha sido imposible conseguir habitación en otro sitio. La mayoría de los hoteles están cerrados en invierno, al parecer, y aun así, me dijeron que la única habitación que tenían disponible es doble, y que no tienen ningún rincón donde guardar la otra cama y demás. De todos modos, necesito una habitación grande porque quiero llevarme algunos libros y trabajar algo; aunque no me hace mucha gracia tener una cama (por no decir las dos) desocupada en lo que va a ser mi despacho, tendré que aguantarme y conformarme por el poco tiempo que voy a estar allí.

—¿Dices que te molesta tener una cama de más en tu habitación, Parkins? —dijo un individuo campechano que estaba sentado enfrente—. Oye, si quieres, puedo irme contigo y ocuparla por unos días; así te hago compañía.

El profesor se estremeció, pero se sobrepuso y sonrió con afabilidad.

—Naturalmente, Rogers, me gustaría muchísimo. Pero creo que te resultaría

aburridísimo. A ti no te gusta el golf, ¿verdad?

—¡No, a Dios gracias! —dijo el impertinente señor Rogers.

—Bueno, pues te advierto que cuando no esté trabajando, lo más seguro es que esté en el campo de golf, por eso creo que te iba a resultar aburrido.

—¡No sé! Conozco a varias personas en ese pueblo; pero naturalmente, si no quieres que vaya, dímelo, Parkins; no me voy a ofender por eso. La verdad, como siempre nos dices, no ofende.

Efectivamente, Parkins era escrupulosamente cortés, y sincero a ultranza. No es de extrañar que a veces el señor Rogers, conociéndole como le conocía, se aprovechara de estas dos virtudes. En el pecho de Parkins se entabló una lucha que, durante un momento o dos, le impidió contestar. Transcurrido este intervalo, dijo:

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, Rogers, estaba pensando si la habitación será lo bastante amplia para estar cómodamente los dos, y también (pero te advierto que no te habría dicho esto de no haberme presionado tú) si tu presencia no representara un obstáculo para mi trabajo.

Rogers soltó una sonora carcajada.

—¡Muy bien, Parkins! —dijo—. Eso está bien. Prometo no interferir en tu trabajo, no te preocupes por eso. Si no quieres que vaya, no voy; pero creo que sería conveniente que fuera para mantener alejados a los fantasmas —aquí habría podido verse el guiño y el codazo que le dio a su vecino de mesa, a la vez que Parkins se ponía colorado—. Perdóname, Parkins —prosiguió Rogers—, no he debido decir eso. No me acordaba de que te disgusta hablar de estas cuestiones a la ligera.

—Bueno —dijo Parkins—, puesto que has sacado tú eso a relucir, te diré con franqueza que no me gusta hablar de lo que tú llamas fantasmas. Considero que un hombre de mi posición —prosiguió, elevando un poco la voz— no puede dar la impresión de que cree en todo eso. De sobra sabes, Rogers, o deberías saber, porque nunca he ocultado mi manera de pensar...

—No, desde luego —comentó Rogers *sotto voce*, que la más leve sospecha, la más ligera sombra de concesión a la creencia de que tales cosas puedan existir equivaldría a renunciar a todo lo que considero más sagrado. Pero me parece que no he logrado atraer tu atención.

—Tu indivisa atención, como dijo el doctor Blimber —interrumpió Rogers, que parecía hacer verdaderos esfuerzos por expresarse con corrección—. Pero te ruego que me perdones, Parkins; te he interrumpido.

—No, de ningún modo —dijo Parkins—. No sé quién es ese Blimber, puede que no sea de mi época. Pero no tengo nada más que añadir. Estoy seguro de que comprendes lo que quiero decir.

—Sí, sí —se apresuró a decir Rogers—, desde luego. Seguiremos hablando de esto en Burnstow o donde sea.

Si reproduzco el diálogo que antecede es con la intención de mostrar la impresión que me dio a mí de que Parkins tenía el carácter de una vieja: era quisquilloso en sus cosas y carecía por completo de sentido del humor; pero era valiente y sincero en sus convicciones, y digno del mayor respeto. Tanto si el lector ha sacado esta misma conclusión como si no, el carácter de Parkins era ése.

Al día siguiente, Parkins, como era su deseo, había dejado lejos el College y llegaba a Burnstow. Le dieron la bienvenida en el Hotel el Globo, se instaló en la habitación doble, de la que ya hemos hablado, y aún tuvo tiempo, antes de acostarse, de arreglar su material de trabajo en perfecto orden sobre la amplia mesa que había en la parte de la habitación que formaba mirador, flanqueada en sus tres lados por tres ventanas que daban al mar; es decir, la ventana del centro estaba orientada directamente al mar, y las de la derecha e izquierda dominaban la costa en dirección Norte y Sur respectivamente. Hacia el Sur se veía el pueblo de Burnstow. Hacia el Norte no se veían casas, sino la playa únicamente, y los bajos acantilados que la cercaban. Justo enfrente había un espacio, no muy grande, cubierto de hierba, donde había anclas viejas, cabestrantes y demás; más allá estaba el ancho camino, y después, la orilla del mar. Fuera cual fuese la distancia que hubo al principio del Hotel el Globo al mar, actualmente no había más de sesenta yardas.

Los demás huéspedes del hotel, como es natural, eran también aficionados al golf, y entre ellos había algunos elementos dignos de especial atención. El personaje más llamativo era, quizá, un *ancien militaire*, secretario de un club londinense, el cual poseía una voz increíblemente poderosa y unas opiniones marcadamente protestantes. Y encontró el momento de manifestar lo uno y lo otro con ocasión de unos oficios que celebró el vicario, persona respetable, aunque con cierta tendencia a hacer pintorescas las ceremonias religiosas, cosa contra la que luchaba el militar denodadamente por considerar que se alejaba de la dignidad de la tradición anglicana.

El profesor Parkins, una de cuyas cualidades era el valor, pasó la mayor parte del día siguiente a su llegada en lo que él llamaba mejorar su juego, en compañía del coronel Wilson; por la tarde —y aunque no sé si debido precisamente a sus esfuerzos por mejorar— el humor del coronel se fue volviendo tan agrio que incluso Parkins tembló ante la idea de regresar al hotel en su compañía. Tras una furtiva mirada a aquel bigote hirsuto y aquel semblante congestionado, decidió que lo más prudente era dejar que el té y el tabaco hicieran su efecto sobre el coronel, antes del inevitable encuentro en la cena.

«Esta tarde regresaré dando un paseo por la playa —se dijo—; sí, así podré ver las ruinas de las que me habló Sidney: todavía queda luz. No sé exactamente por dónde caen, desde luego, pero difícil será que no tropiece con ellas».

Debo decir que así sucedió en el sentido más literal de la palabra, porque al tomar el camino que va del campo de golf a la playa de grava, metió el pie entre unas raíces de aulaga y una enorme piedra, y fue a dar en el suelo. Al levantarse y mirar en torno suyo, vio que se hallaba en un terreno algo accidentado, con pequeñas depresiones y montículos. Al detenerse a examinar esos montículos, descubrió que eran simples bloques formados de piedra y mortero, totalmente cubiertos de hierba. Visto lo cual, dedujo acertadamente que debía de ser éste el emplazamiento del convento que había prometido inspeccionar. La pala del excavador vería compensados sus esfuerzos; sin duda quedaban bastantes cimientos, no demasiado profundos, que arrojarían mucha luz a la hora de confeccionar el plano general. Recordó vagamente que los templarios, a los que había pertenecido este lugar, solían construir sus iglesias redondas, y le pareció

que la serie de montículos del alrededor estaban distribuidos en forma circular. Poca gente es capaz de resistir la tentación de excavar un poco en plan aficionado cuando visita una provincia alejada de la suya, aunque sólo sea por la satisfacción de ver el éxito que habría tenido de haberse dedicado a ello en serio. Nuestro profesor, sin embargo, si bien sintió ese deseo, lo que de veras quería era cumplir con el señor Sidney. Así que contó con todo cuidado los pasos que tenía el diámetro del recinto, y anotó las dimensiones en su cuaderno de notas. Luego pasó a inspeccionar una prominencia oblonga situada al Este respecto del centro del círculo, detalle que le hizo pensar que podría tratarse de la base de una plataforma o altar. En uno de los extremos, en el que daba al Norte, faltaba la hierba, que algún niño u otra criatura *ferae naturae* debía de haber arrancado. No estará de más, pensó, quitar un poco de tierra y ver si aparecen restos de albañilería; así que sacó la navaja y empezó a rascar. Y entonces hizo otro pequeño descubrimiento: al rascar, una porción de barro seco se hundió hacia dentro, dejando al descubierto una pequeña cavidad. Encendió dos cerillas, una tras otra, para ver el agujero, pero el viento se las apagó. Golpeando y rascando con la navaja pudo averiguar, sin embargo, que se trataba de un agujero artificial y estaba hecho de albañilería. Tenía forma rectangular, y las paredes laterales, así como la superior y la inferior, si no estaban revocadas de yeso, al menos eran lisas y regulares. Naturalmente, estaba vacío... ¡No! Al sacar la navaja, sonó un ruido metálico en el fondo. Como es natural, cogió el objeto y, al exponerlo a la luz del día, que se estaba desvaneciendo rápidamente, pudo comprobar que era algo artificial también: en sus manos tenía un tubo de unas cuatro pulgadas de largo, y evidentemente databa de muchísimos años.

Parkins se cercioró de que no había nada más en este extraño receptáculo; pero se había hecho demasiado tarde y demasiado oscuro para pensar en seguir investigando. El hallazgo era tan inesperadamente interesante que decidió sacrificar a la arqueología un poco más de tiempo al día siguiente, antes de que anocheciera. Estaba seguro de que el objeto que se había guardado en el bolsillo tenía cierto valor.

Lúgubre y solemne era el paisaje cuando echó una última mirada, antes de regresar. Una desmayada claridad amarillenta permitía ver aún el campo de golf, en el que se divisaban algunas figuras que se encaminaban al edificio del club, así como la achaparrada torre circular, las luces del pueblo de Aldsey, la pálida franja arenosa, cortada de trecho en trecho por los muros de contención de ennegrecida madera y escasa altura, y el mar oscuro y rumoroso. El viento crudo soplaba del Norte, pero luego lo notó a su espalda, cuando iba de camino al Hotel El Globo. Aligeró el paso al cruzar por la crujiente grava, y llegó a la arena, desde donde el paseo, pese a los bajos muros de contención que tenía que ir saltando de cuando en cuando, se hizo agradable y tranquilo. Al mirar hacia atrás una última vez para calcular la distancia que había recorrido desde las ruinas del convento de templarios, vio venir a alguien más en su misma dirección: era una figura más bien confusa, la cual parecía hacer grandes esfuerzos por alcanzarle, aunque avanzaba muy poco, si es que avanzaba en realidad. Quiero decir que parecía que corría, a juzgar por sus movimientos, pero la distancia que la separaba de Parkins era siempre la misma. Al menos eso fue lo que le pareció a él, y convencido como estaba de que no le conocía, consideró que no tenía sentido esperar a

que le alcanzara. Con todo, empezaba a pensar que no habría sido mala idea ir acompañado por esta playa solitaria, de haber podido uno elegir compañía. De niño había leído casos de encuentros en parajes como éste, en los que ni aun ahora podía pensar con serenidad. No obstante, no logró apartarlos de su imaginación hasta que llegó a la posada; había uno, sobre todo, que suele impresionar a la mayoría de las personas en determinada etapa de su niñez: «Entonces soñé que Christian, al echar a andar, vio que un demonio repugnante cruzaba el campo y se dirigía a su encuentro». «¿Qué haría yo ahora —pensó— si al volverme divisara una figura negra recortándose contra el cielo amarillo, y descubriera que tenía alas y cuernos? Me pregunto si me quedaría donde estoy o echaría a correr. Afortunadamente, el señor que viene allá detrás no es nada de eso, y además parece que está igual de; lejos que antes. A este paso no cenará al mismo tiempo que yo. ¡Válgame Dios!, pero si sólo falta un cuarto de hora. ¡Tendré que darme prisa!»

Efectivamente, Parkins tuvo el tiempo justo de cambiarse. Cuando se reunió con el coronel en el comedor, la paz —o cuanto de ella logró recobrar este buen señor— reinaba de nuevo en el pecho del militar. Permaneció en su ánimo también durante la partida de bridge que se organizó después de la cena, ya que Parkins era un jugador más que regular. Así que, al retirarse, hacia las doce, iba con la sensación de haber pasado una velada muy amena y que, aun cuando se quedara un par de semanas o tres, la vida en El Globo resultaría relativamente agradable si transcurría siempre así. «Sobre todo —pensó—, si sigo mejorando mi juego».

En el pasillo se encontró con el criado del hotel, que se detuvo para decirle:

—Perdone el señor; al cepillar su chaqueta, hace un momento, ha caído algo de un bolsillo. Lo he puesto encima de la cómoda de su habitación; es un trozo de tubo o algo parecido. Muchas gracias, señor. Encima de la cómoda lo tiene; sí, señor. Buenas noches, señor.

El discurso le recordó a Parkins el pequeño descubrimiento que había hecho esa tarde. Lo cogió con gran curiosidad y se acercó a examinarlo junto a la luz de las velas. Era de bronce, según veía ahora, y tenía la misma forma de los modernos silbatos para perros; de hecho era efectivamente ni más ni menos que un silbato. Se lo llevó a la boca, pero estaba completamente obstruido por un pegote de arena fina o de tierra; no consiguió soltarla con unos golpes y tuvo que quitarla con la navaja. Como era muy pulcro, recogió la tierra con un trozo de papel y la tiró por la ventana. Al asomarse, vio que hacía una noche clara y estrellada, y se entretuvo un instante contemplando el mar. Reparó en un paseante retrasado que se había detenido junto a la orilla, enfrente mismo del hotel. Cerró la ventana, extrañado de lo tarde que se retiraba la gente de Burnstow, cogió el silbato y volvió a examinarlo a la luz. Vaya, pero si tenía signos grabados, ¡y no sólo signos, sino letras también! Lo frotó ligeramente y apareció, perfectamente legible, lo que tenía escrito; aunque el profesor tuvo que confesarse a sí mismo, tras un serio esfuerzo por descifrarlo, que su significado le resultaba tan oscuro como las palabras que se le aparecieron al rey Baltasar en el muro. Había una inscripción en la parte de arriba del silbato, y otra en la de abajo. La primera era así:

FUR FLA
PLE BIS

y la otra:

❖ QUIS EST ISTE QUI UENIT ❖

«Debería saber qué significa —pensó—, pero tengo el latín demasiado oxidado. Pensándolo bien, me parece que ni siquiera sé cómo se dice silbato. La frase larga parece bastante fácil. Significa: "¿Quién es éste que viene?" Bueno, la mejor manera de averiguarlo es silbarle».

Silbó a manera de prueba y se detuvo de repente, sobresaltado y complacido a la vez, por la nota que había sacado. Daba la sensación de una lejanía infinita y, a pesar de su suavidad, comprendió que debía de haberse oído a varias millas de distancia. Fue un sonido, además, que parecía poseer (como poseen también muchos olores) el don de suscitar imágenes en el cerebro. Por un momento vio con absoluta claridad la escena de un paraje inmenso en la oscuridad de la noche, barrido por un viento frío, en cuyo centro aparecía una figura solitaria; no pudo distinguir qué hacía. Tal vez habría conseguido ver algo más de no haberle disipado la visión una repentina ráfaga de viento que azotó los cristales de las ventanas; el hecho fue tan inesperado que le hizo levantar la vista, a tiempo de ver la blancura fugaz de un ala de gaviota batir junto a los cristales.

El sonido del silbato le había dejado fascinado de tal modo que probó otra vez, pero con más firmeza. La nota sonó ligeramente más fuerte, si es que lo fue en realidad, que la vez anterior, pero además le defraudó: no le suscitó visión alguna, como casi había esperado. «Pero ¿qué es esto? ¡Dios mío!, ¡con qué fuerza se ha levantado el viento en pocos minutos! ¡Qué ráfaga más tremenda! ¡Ah!, me lo temía..., me ha apagado las velas. Me va a revolver toda la habitación».

Lo primero era cerrar la ventana. Un segundo después se encontraba Parkins luchando por cerrarla, y tanta era la fuerza del viento que parecía como si luchara con un individuo corpulento que pretendiera entrar. De pronto disminuyó, la ventana dio un golpe, y el pestillo se cerró por sí solo. Ahora lo principal era encender nuevamente las velas y comprobar si había causado algún desaguisado. No, no se veía ningún estropicio, ni había roto ningún cristal de la ventana. Pero el ruido había despertado por lo menos a otro miembro de la casa: se oía andar al coronel de un lado para otro en calcetines, en la habitación de arriba, soltando gruñidos.

Aunque este viento se había levantado súbitamente, no amainó de repente: siguió soplando, gimiendo, arremetiendo contra el edificio; de cuando en cuando dejaba oír lamentos tan lastimeros, como decía Parkins con su usual objetividad, que muy bien pudo llenar de temores a las personas demasiado imaginativas; y aun las que carecían por completo de imaginación, pensó un cuarto de hora después, se habrían sentido más a gusto sin él.

Parkins no sabía seguro si era el viento o la excitación del golf, o sus investigaciones en el convento de templarios lo que le tenía despierto. De todos modos, estuvo con los ojos abiertos lo bastante como para creer (como me ha á, sucedido a mí muchas veces en situaciones parecidas) que sufría toda clase de trastornos fatales: se dedicó a contar los latidos de su corazón, convencido de que se le iba a parar de un momento a otro, y a concebir las más graves sospechas en torno a sus pulmones, a su cerebro, a su hígado, etc..., sospechas que se disiparían, estaba seguro, con la llegada del nuevo día, pero que entretanto se negaban a dejarle tranquilo. Encontraba cierto consuelo en saber que había alguien más en la misma situación. Alguien que ocupaba una habitación vecina, sin duda (no era fácil decir de qué lado, dada la oscuridad), porque se movía y hacía crujir la cama también.

Luego Parkins cerró los ojos y trató de dormir. Entonces su sobreexcitación adoptó una nueva forma: comenzaron a representársele escenas en la imaginación. Experto *crede*, las escenas acuden a uno cuando mantiene los ojos cerrados intentando dormir, y a veces son tan desagradables que se ve obligado a abrirlas para disiparlas.

Sin embargo, la experiencia de Parkins a este respecto fue tremendamente desalentadora. La escena representada se repetía con insistencia. Al abrir los ojos, como es natural, desaparecía, pero cuando los cerraba volvía nuevamente a desarrollarse igual que antes, ni más deprisa ni más despacio. Y era la siguiente:

Una gran extensión de playa, una franja arenosa bordeada de grava y cruzada por una serie de negros muros de contención dispuestos perpendicularmente con respecto al agua... La escena era muy parecida, de hecho, a la del paseo de esa misma tarde, pero como no encontraba en ella detalle particular, no le era posible identificarla. Reinaba una luz tenebrosa, y daba la impresión a la vez de tormenta, de noche de finales de invierno, y de fría llovizna. Al principio no se veía a nadie en ese paisaje desolado. Luego, a lo lejos, aparecía algo; un momento después ese algo se concretaba en la figura de un hombre corriendo, saltando, brincando por encima de los muros de contención y volviéndose de cuando en cuando hacia atrás para mirar con inquietud. Cuanto más se acercaba, más parecía que estaba, no ya inquieto, sino terriblemente asustado, aun cuando no se le distinguía la cara. Estaba, además, casi a punto de caer sin fuerzas. Seguía corriendo; cada obstáculo que se le cruzaba parecía salvarlo con más dificultad que el anterior. «¿Podrá saltar el siguiente?», pensó Parkins. «Parece más alto que los otros». Sí, medio trepando, medio arrojándose después desde arriba, subió y cayó como un fardo al otro lado (más cercano del espectador). Allí, junto al muro de contención, como si fuese imposible levantarse otra vez, se quedó, a cuatro patas, mirando con un gesto de angustiosa ansiedad.

Hasta aquí no se veía causa alguna que provocara el miedo del que corría, pero luego empezaba a divisarse a lo lejos, en la playa, el corretear de un bultito fosforescente que se movía con gran agilidad y de manera irregular. A medida que se hacía más grande, se iba perfilando como una figura borrosa, vestida de flotantes ropajes. Tenía algo su manera de moverse que le quitaba a Parkins todo deseo de verla de cerca. Se detenía, alzaba los brazos, se inclinaba sobre la arena, corría después completamente encorvada por la playa, hasta llegar al borde del agua; entonces, se enderezaba y reemprendía su persecución a pasmosa velocidad. Por fin, llegaba el

momento en que el perseguidor empezaba a merodear de derecha a izquierda unas cuantas yardas más allá del muro de contención donde yacía oculto el hombre. Tras dos o tres vueltas infructuosas, se detenía, se enderezaba con los brazos en alto, y luego se arrojaba hacia la parte delantera del muro de contención.

Al llegar a este punto, Parkins fracasaba siempre en su decisión de mantener los ojos cerrados. Lleno de dudas sobre si sería su cerebro fatigado por el exceso de trabajo, o el humo excesivo y cosas así, lo que le impedía llegar a completar la visión, el caso es que al final se resignó a encender la palmatoria, abrir el libro y pasar la noche despierto, cosa que prefería mil veces a verse atormentado por aquel persistente paisaje que, según le parecía a él, sólo podía deberse a una morbosa reflexión del paseo y los pensamientos de ese mismo día.

Al rascar la cerilla y encenderla de pronto, debió asustar a las criaturas de la noche —ratas o lo que fuera—, porque las oyó echar a correr ruidosamente del lado de su cama. «¡Vaya por Dios! ¡Se me ha apagado la cerilla! ¡Qué contrariedad!» Pero la segunda no se apagó; así que encendió la vela, abrió el libro y se concentró en él hasta que, al cabo de muy poco tiempo, cayó vencido por un, sueño sano y reparador. Y así fue como, por primera vez en su ordenada y prudente vida, olvidó apagar la vela, y cuando le llamaron a las ocho de la mañana, aún vacilaba una llamita en el hueco de la palmatoria, y sobre la mesita de noche se habían formado lamentables grumos de cera derramada.

Después de desayunar, se encontraba en su habitación terminando de preparar sus cosas de golf —la fortuna le había asignado nuevamente al coronel; como compañero—, cuando la camarera llamó otra vez.

—Por favor —dijo—, ¿sería tan amable de decirme si necesita más mantas en su cama, señor?

—¡Ah!, muchas gracias —dijo Parkins—. Sí, tráigame una. Parece que el tiempo ha enfriado bastante.

Un momento después, la camarera estaba de vuelta con la manta.

—¿En qué cama la pongo, señor? —preguntó.

—¿Cómo? Pues en ésta..., en la que dormí anoche —dijo él señalándola.

—¡Ah, sí! Perdone el señor, pero es que nos pareció que se había acostado en las dos; al menos, hemos tenido que hacer las dos esta mañana.

—¿De veras? ¡Pero eso es absurdo! —exclamó Parkins—. Ni siquiera he tocado esa otra, si no fue para dejar algunas cosas encima. ¿Dice usted que parecía como si alguien hubiese dormido en ella?

—¡Sí, señor! —dijo la criada—. Estaba toda deshecha, con las sábanas revueltas como si alguien hubiera pasado una mala noche, y usted perdone.

—¡Válgame Dios! —dijo Parkins—. Bueno. A lo mejor la he desordenado más de lo que creía al deshacer las maletas. Siento mucho haberlas obligado a trabajar el doble, se lo aseguro. A propósito, dentro de poco llegará un amigo mío, un señor de Cambridge, que la ocupará por una noche o dos. Supongo que no habrá ningún inconveniente, ¿verdad?

—Claro que no, señor. Muchas gracias. No pase cuidado, que no lo habrá —dijo la camarera, y se fue corriendo a contárselo a sus compañeras para reírse un rato.

Parkins salió con la firme determinación de mejorar su juego.

Me alegro de poder decir que lo logró hasta tal punto que el coronel, que al principio parecía sentirse algo descontento ante la perspectiva de jugar por segundo día consecutivo en su compañía, se fue volviendo muy comunicativo a medida que avanzaba la mañana, y su voz resonaba por el campo, como hubiera dicho también uno de nuestros poetas de segunda fila, «como la campana mayor de la torre de un monasterio».

—Qué ventarrón tuvimos anoche —dijo—. En mi tierra dirían que alguien estuvo silbando para llamarlo.

—¿De verdad? —exclamó Parkins—. ¿Existen aún supersticiones de ese tipo en su tierra?

—Nada de supersticiones —dijo el coronel—. Esa creencia la tienen en Dinamarca y en Noruega, y también en la costa de Yorkshire, y yo considero que, por lo general, hay siempre un fondo de verdad en lo que son y han sido durante generaciones las creencias de un pueblo. Le toca a usted —algo así fue lo que añadió.

El lector aficionado al golf puede imaginar las digresiones que considere más apropiadas, e intercalarlas en los momentos más adecuados.

Cuando reanudaron la conversación, Parkins dijo con cierta vacilación:

—A propósito de lo que me decía usted hace un momento, coronel, debo manifestarle que mis convicciones al respecto son bastante firmes. De hecho, soy un escéptico convencido en lo que se refiere a eso que llaman lo «sobrenatural».

—¡Cómo! —exclamó el coronel—, ¿pretende decir que no cree en los presagios, las apariciones y cosas de esta naturaleza?

—En nada de todo eso —replicó Parkins con firmeza.

—Bueno —dijo el coronel—; pero entonces me parece a mí que, en ese sentido, es usted algo así como un saduceo.

Parkins estuvo a punto de contestarle que, en su opinión, los saduceos fueron las personas más razonables del Antiguo Testamento, pero como no sabía si se les citaba mucho o nada en dicha obra, prefirió reírse ante esta acusación.

—Puede que lo sea —dijo—, pero... ¡A ver, muchacho, dame mi palo!... Perdona un momento, coronel —hubo una corta pausa—. Mire, sobre eso de llamar al viento silbando, permítame que le diga mi teoría. Las leyes que rigen los vientos no son perfectamente conocidas en realidad..., y menos por los pescadores y demás. Vamos a suponer que, en determinadas circunstancias, se ve repetidamente a un hombre o a una mujer de costumbres extravagantes, o a un extranjero, junto a la orilla, a una hora desusada, y se le oye silbar. Poco después se levanta un fortísimo viento; cualquier entendido que sepa observar el cielo o que tenga un barómetro, habría podido predecirlo. Pero las gentes sencillas de un pueblecito pesquero no poseen barómetros y sólo saben cuatro cosas sobre el tiempo. ¿Qué más natural que considerar al personaje extravagante que yo he supuesto como causante del viento, o que él o ella se aferre ávidamente a la fama de poder hacer tal cosa? Bueno, y ahora tomemos el caso del viento de anoche: resulta que yo mismo estuve silbando. Toqué un silbato por dos veces, y el viento pareció levantarse exactamente como si respondiera a mi llamada. Si alguien me hubiese visto...

Su interlocutor empezaba a impacientarse con este discurso, pues me temo que Parkins había adoptado un tono de conferenciante; pero al oír la frase final, el coronel se detuvo.

—¿Silbando dice que estuvo? —exclamó—. ¿Y qué clase de silbato gasta usted? Tire primero.

Hubo una pausa.

—Me estaba preguntando usted por el silbato, coronel. Es muy curioso. Lo llevo aquí..., no, ahora recuerdo que lo he dejado en mi habitación. La verdad., es que me lo encontré ayer.

Y entonces Parkins le contó cómo llegó a descubrir el silbato; y al oírlo el coronel, soltó un gruñido y dijo que él, en su lugar, tendría mucho cuidado en utilizar un objeto que había pertenecido a una partida de papistas de quienes no se podía saber con seguridad de qué fueron capaces. De este tema, pasó alas exageraciones del vicario, el cual había notificado el domingo anterior que el viernes sería la festividad de Santo Tomás Apóstol, y que habría un servicio a las once en la iglesia. Éste y otros detalles por el estilo constituían, a juicio del coronel, un serio fundamento para pensar que el vicario era un papista disfrazado, si es que no era jesuita; y Parkins, que no era capaz de seguir al coronel en este tema, no se mostró en desacuerdo con él. De hecho, pasaron la mañana tan a gusto juntos que ninguno de los dos habló de separarse después de comer.

Por la tarde siguieron jugando bien, o al menos lo bastante bien como para olvidarse de todo, hasta que empezó a oscurecer. Hasta ese momento no se acordó Parkins de su propósito de inspeccionar un poco más el convento; pera, tampoco tenía mucha importancia, pensó. Lo mismo daba un día que otro, así que regresaría en compañía del coronel.

Al dar la vuelta a la esquina de la casa, el coronel estuvo a punto de ser derribado por un muchacho que venía a toda velocidad; chocó, pero luego, en vez de reanudar la carrera, se quedó agarrado a él sin aliento. Las primeras palabras que acudieron a la boca del militar fueron de mal humor y reconvención, pero inmediatamente se dio cuenta de que el muchacho casi no podía hablar de lo asustado que estaba. Al principio le fue imposible contestar a las preguntas que le hicieron. Cuando recobró el aliento empezó a llorar, agarrado todavía a las piernas del coronel. Finalmente lograron soltarle, pero siguió lloriqueando.

—¿Qué diablos te ocurre? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué has visto? —dijeron los dos hombres.

—¡Ay, lo he visto hacerme señas desde la ventana —gimió el chiquillo—, y me ha asustado!

—¿Qué ventana? —preguntó furioso el coronel—. Vamos, serénate, muchacho.

—La ventana del hotel —dijo el niño.

Parkins se mostró entonces partidario de mandar al niño a su casa, pero el coronel se negó; quería saber exactamente qué había pasado, dijo; era extremadamente peligroso darle un susto de esa naturaleza a un niño, y si lograba averiguar quien era el que andaba gastando esas bromas, le iba a dar su merecido. Y tras una serie de preguntas consiguió poner en claro lo siguiente: el niño había estado jugando en el

césped de la entrada de El Globo con otros niños; luego, éstos se habían marchado a sus casas a merendar, e iba él a marcharse también, cuando se le ocurrió mirar hacia la ventana que tenía delante y vio entonces cómo le hacía señas. Aquello parecía una especie de figura vestida de blanco..., pero no pudo verle la cara, le hacía señas, y tenía un aspecto muy raro..., no parecía una persona normal. ¿Había luz en la habitación? No, no se le ocurrió fijarse en eso, aunque creía que no. ¿Qué ventana era? ¿Era en el ático o en el segundo? Era en el segundo..., la del mirador, ésa que tenía dos ventanas más pequeñas a los lados.

—Muy bien, muchacho —dijo el coronel, tras unas cuantas preguntas más—. Ahora vete corriendo a tu casa. Seguramente es alguien que ha querido darte un susto. Otra vez, como inglés valiente que eres, le das una pedrada..., bueno, no, una pedrada no, vas y se lo dices al camarero, o al señor Simpson; y eso sí, le dices que te lo he dicho yo.

El semblante del niño reflejaba las dudas que abrigaba acerca de la atención que se dignaría prestar el señor Simpson a sus quejas; pero el coronel no pareció darse cuenta, y prosiguió:

—Aquí tienes una moneda de seis peniques; digo no, un chelín, y ahora vete a tu casa y no pienses más en eso.

El niño echó a correr, tras darle las gracias lleno de zozobra, y el coronel y Parkins dieron media vuelta y se dirigieron a la parte delantera del hotel con objeto de hacer un reconocimiento de la fachada. Sólo había una ventana que respondía a la descripción que les acababan de dar.

—Bueno, esto es muy extraño —dijo Parkins—; evidentemente, es a mi ventana a la que se refería. ¿Quiere subir un momento conmigo, coronel Wilson? Vamos a ver quién se ha tomado la libertad de entrar en mi habitación.

No tardaron en llegar al pasillo, y Parkins hizo ademán de abrir la puerta. Luego se detuvo y se registró los bolsillos.

—Esto es más serio de lo que creía —observó—. Ahora recuerdo que al salir esta mañana dejé cerrado con llave, y la llave la tengo aquí —dijo, mostrándola en alto—. Así que —prosiguió—, si la servidumbre tiene la costumbre de entrar en las habitaciones de los clientes en ausencia de éstos, sólo me cabe decir que..., bueno, que no me parece correcto, ni mucho menos.

Y sintiéndose un tanto encogido de ánimo, puso toda su atención en abrir la puerta —que, efectivamente, estaba cerrada con llave— y en encender las velas.

—Pues no —dijo—, parece que está todo en su sitio.

—Todo menos su cama —observó el coronel.

—Perdone, pero ésa no es la mía —dijo Parkins—. Ésa no la utilizo. Pero parece como si alguien hubiera querido gastarme una broma deshaciéndola.

Efectivamente, las sábanas y las mantas estaban revueltas y en la más completa confusión. Parkins reflexionó.

—Ya sé lo que ha debido pasar —dijo finalmente—: la desordené yo anoche al abrir mis maletas, y no la he vuelto a hacer desde entonces. Seguramente entraron a arreglarla, y el niño ha visto a las camareras por la ventana. Luego las han debido llamar y han cerrado con llave al marcharse. Sí, seguro que ha sido eso.

—Bueno, llame al timbre y pregúnteles —dijo el coronel, y esta sugerencia le pareció muy practica a Parkins.

Se presentó la camarera y, resumiendo, declaró que ella había hecho la cama por la mañana estando el señor en la habitación, y desde entonces no había vuelto a entrar. El señor Simpson guardaba las llaves, él era quien podía decirle al señor si había estado alguien.

Era un misterio. Tras una inspección, comprobaron que no faltaba nada de valor, y Parkins reconoció que todos los objetos que tenía sobre la mesa estaban en su sitio, por lo que podía asegurar que nadie los había tocado. Además ni el señor ni la señora Simpson habían dado el duplicado de la llave a nadie en todo el día. Por otra parte, Parkins, pese a su sagacidad, no logró descubrir en la conducta del patrón, de la patrona ni de la criada, gesto alguno que delatara el menor indicio de culpabilidad. Más bien se inclinaba a creer que el niño había engañado al coronel.

Este último estuvo desusadamente silencioso y pensativo durante la cena y el resto de la noche. Cuando se despidió de Parkins para irse a dormir, murmuró de mal humor:

—Si me necesita esta noche, ya sabe dónde me tiene.

—¡Ah, sí!, muchas gracias, coronel, pero no creo que tenga que molestarle. A propósito, —añadió— ¿le he enseñado el silbato del que le hablé? Me parece que no. Mire, es éste.

El coronel se acercó a examinarlo a la luz de la vela.

—¿Ha leído la inscripción? —preguntó Parkins cuando lo tuvo de nuevo en sus manos.

—No, con esta luz no puedo. ¿Qué piensa hacer con él?

—No sé, cuando regrese a Cambridge se lo enseñaré a algún arqueólogo de allí para ver qué piensa, y si considera que tiene valor, lo donaré a algún museo.

—¡Muuu!... —exclamó el coronel—. Bueno, puede que tenga razón. Pero le aseguro que si fuera mío lo tiraría inmediatamente al mar. Ya sé que no sirve de nada discutir; supongo que usted es de los que sólo creen en lo que ven. Bien, espero que tenga buenas noches.

Dio media vuelta, dejando a Parkins con la palabra en la boca, y poco después cada uno estaba en su habitación.

Por alguna desdichada razón, las ventanas de la habitación del profesor no tenían ni cortinas ni persianas. La noche anterior no le había dado importancia, pero esta noche era muy probable que la luna, que estaba saliendo, diera más adelante de lleno en su cama y le despertara. Al darse cuenta de este detalle, se sintió enormemente contrariado, pero con ingenio digno de envidia consiguió, valiéndose del riel de la cortina, unos cuantos imperdibles, un bastón de golf y un paraguas, armar una pantalla, la cual, si lograba sostenerse, protegería su cama de la luz de la luna. Poco después se hallaba metido confortablemente en la cama. Y después de leer un buen trozo de cierta obra de envergadura, suficiente para provocar serios deseos de dormir, echó una mirada soñolienta en torno a la habitación, apagó la vela y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Llevaría durmiendo una hora o más, cuando un estrépito repentino le despertó

sobresaltado. Inmediatamente comprendió lo que había ocurrido: se había venido abajo la pantalla que tan cuidadosamente había montado, y una luna fría y brillante le daba plenamente en el rostro. Era una verdadera contrariedad. ¿Se sentía capaz de levantarse a reconstruir la pantalla, o podría seguir durmiendo sin tenerse que levantar?

Durante unos minutos permaneció echado, reflexionando sobre qué partido tomar; luego se volvió bruscamente y, con los ojos completamente abiertos, prestó atención con la respiración contenida. Estaba seguro de haber percibido un movimiento en la cama vacía del otro lado de la habitación. Mañana mandaría quitarla de ahí, porque había ratas o algo parecido que se movían en ella. Ahora estaba todo tranquilo. ¡No! Otra vez empezaba la agitación. Se oían crujidos y sacudidas, pero, evidentemente, eran más fuertes de lo que podía producir cualquier rata.

Me imagino la perplejidad y el horror que debió experimentar el profesor, Porque hace unos treinta años tuve yo un sueño en el que pasaba lo mismo; pero tal vez le resulte difícil al lector imaginar lo espantoso que debió de ser descubrir una figura sentada en la cama que él había creído vacía. Abandonó la suya de un salto y echó a correr hacia la ventana donde tenía su única arma: el Palo de golf con el que había confeccionado la pantalla. Pero entonces comprendió que era lo peor que se le había podido ocurrir, porque el personaje de la cama vacía, con un movimiento suave y repentino, se incorporó y se puso en guardia con los brazos extendidos entre las dos camas, delante de la puerta, Parkins se le quedó mirando con aterrada perplejidad. De algún modo, la idea de cruzar por donde estaba la figura y huir por la puerta le pareció irrealizable. No habría sido capaz de rozarla, no sabía por qué; así que, si pretendía acercársele, estaba dispuesto a arrojarse por la ventana. Durante un momento permaneció en una zona de oscuridad, por lo que Parkins no pudo verle la cara.

Luego empezó a avanzar, inclinándose hacia adelante, y Parkins comprendida, en seguida, con horror y alivio a la vez, que estaba ciega, ya que tanteaba el camino extendiendo al azar sus brazos entrapajados. Al dar un paso, descubrió de súbito la cama que Parkins había ocupado, y se lanzó sobre las almohadas con una furia tal que Parkins sintió el escalofrío más intenso de su vida. En escasos segundos comprobó que la cama estaba vacía; entonces se dirigió hacia la ventana, por lo que entró en la zona iluminada, revelando así qué clase de criatura era.

A Parkins le disgusta enormemente que le pregunten sobre este particular; sin embargo, una vez refirió esta escena estando yo presente, y comentó que lo que recuerda sobre todo es su horrible, su intensamente horrible rostro de trapo arrugado. No pudo o no quiso contar la expresión que reflejaba el rostro ese; lo cierto es que el miedo que sintió estuvo a punto de hacerle perder la razón.

Pero no tuvo tiempo de observarlo con detalle. Increíblemente veloz, la figura se deslizó hasta el centro de la habitación y, al tantear el aire con los brazos, un pico de sus ropas rozó el rostro de Parkins. No pudo —pese a lo peligroso que sabía que era hacer ruido—, reprimir un grito de repugnancia, lo que dio instantáneamente una pista a su perseguidor. Saltó sobre Parkins, y éste; retrocedió, gritando con todas sus fuerzas, hasta sacar la espalda por la ventana, y entonces el rostro de trapo se abalanzó sobre el suyo. En este instante supremo, como habrán adivinado ya, le llegó la salvación: el coronel irrumpió bruscamente en la habitación a tiempo de ver la horrible escena en la

ventana. Al acercarse adonde ellos estaban, sólo quedaba una figura, la de Parkins, que yacía sin conocimiento en el suelo de la habitación; junto a él había un montón informe de sábanas arrugadas.

El coronel Wilson no preguntó nada, pero no dejó entrar a nadie, y trasladó a Parkins nuevamente a su cama; luego se envolvió en una manta y se echó a descansar él también en la otra. Rogers llegó a primera hora de la mañana siguiente, y fue acogido con más entusiasmo de lo que habría sido de haber llegado el día anterior; seguidamente, estuvieron deliberando durante largo rato en la habitación del profesor. Al final salió el coronel del hotel llevando un pequeño objeto entre los dedos índice y pulgar, y lo arrojó en el mar todo lo lejos que le permitió su brazo. Más tarde se vio ascender el humo de una hoguera que habían encendido en la parte de atrás del edificio.

Debo confesar que no recuerdo qué clase de historia contaron a la servidumbre y a los clientes. El profesor se salvó milagrosamente de la sospecha de haber sufrido un *delirium tremens*, y el hotel de la fama de escandaloso.

No es difícil presumir qué le habría ocurrido a Parkins de no haber intervenido a tiempo el coronel. O se habría caído desde la ventana o habría perdido el juicio. Pero lo que no está tan claro es si la criatura que acudió a la llamada del silbato habría hecho algo más que asustar. Parece que no se trataba de un ser material, aparte de las sábanas retorcidas que daban forma a su cuerpo. El coronel, que recordaba un suceso parecido ocurrido en la India, estaba convencido de que si Parkins se hubiera enfrentado a ese ser habría comprobado que no tenía más poder que el de asustar. En definitiva, dijo, el incidente no hacía sino corroborar la opinión que tenía él de la Iglesia de Roma.

Y no hay nada más que añadir, en realidad; pero, como pueden imaginar, las opiniones del profesor sobre determinadas cuestiones no son ya todo lo firmes que solían ser. Sus nervios también están destrozados: aún se estremece cuando ve un sobrepelliz colgando de una puerta, y la visión de un espantapájaros en el campo, algunos atardeceres de finales de invierno, le ha costado más de una noche de insomnio.

EL TESORO DEL ABAD THOMAS

«*Verum usque in praesentem diem multa garriunt inter se Canonici de abscondito quodam istius abbatis Thoma thesauro, quem saepe, quanquam adhuc incassum, quaesiverunt Steinfeldenses. Ipsum enim Thomam adhuc florida in existentem ingentem auri massam circa monasterium defodisse perhibent; de quo multoties interrogatus ubi esset, cum risu respondere solitus erat: "Job, Johannes, et Zacharias vel vobis posteris indicabunt"; idemque aliquando adicere se inventuris minime invisurum. Inter alia huius abbatis opera, hoc memoria praecipue dignum iudico quod fenestram magnam in orientalis parte ala australis in ecclesia sua imaginibus optime in vitro depictis impleverit: id quod et ipsius effigies et insignia ibidem posita demonstrant. Domum quoque abbatialem fere totam restauravit; puteo in atrio ipsius effosso et lapidibus marmoreis pulchre caelatis exornato. Decessit autem, morte aliquantulum subitanea percussus, aetatis sua anno LXXII, incarnationis vero Dominica MDXXIX*»

I

«Creo que tendré que traducirlo —se dijo el anticuario al terminar de copiar las líneas anteriores de ese libro raro y difuso por demás titulado *Sertum Steinfeldense Norbertinum*—. Bueno, lo mismo da hacerlo al principio que al final». Y en un instante concluyó la siguiente traducción:

«Se ha hablado mucho entre los canónigos, hasta el día de hoy, de cierto tesoro oculto de este abad Thomas, que los habitantes de Steinfeld han buscado a menudo, aunque por ahora sin resultado. Dice ese rumor que Thomas, estando aún en la plenitud de su vida, ocultó gran cantidad de oro en algún lugar del monasterio. Muchas veces le preguntaban dónde estaba, y él siempre respondía riendo: "Job, Juan y Zacarías os lo dirán. A vosotros, o a los que os sucedan". A veces añadía que no guardaría ningún rencor al que lo descubriese. Entre las obras que llevó a cabo este abad hay que citar de manera especial la de haber llenado el ventanal del fondo de la nave sur de la iglesia de figuras admirablemente ejecutadas sobre el vidrio, como atestiguan su retrato y su escudo, que figuran en él. También restauró casi por entero la residencia del abad, en cuyo patio mandó excavar un pozo que adornó con hermosos relieves en mármol. Murió, algo repentinamente, en el año septuagésimo segundo de su vida, y 1529 del Señor».

La meta que el anticuario tenía en este momento ante sí era averiguar el paradero de las vidrieras de la iglesia abacial de Steinfeld. Poco después de la Revolución, gran cantidad de vidrieras salieron de las disueltas abadías de Alemania y Bélgica en dirección a este país, y hoy se las puede ver adornando nuestras iglesias parroquiales, catedrales y capillas particulares. Entre las abadías que más contribuyeron a aumentar nuestros bienes artísticos (como dice el algo soporífero preámbulo del libro que escribió este anticuario) se encuentra la de Steinfeld, y la mayoría de las vidrieras de dicho establecimiento pueden identificarse sin mucha dificultad, bien con ayuda de las

numerosas inscripciones en las que se cita la ciudad, bien de las escenas representadas, en las que aparecían varios ciclos o relatos muy concretos.

El párrafo con que empiezo este relato había puesto al anticuario sobre la pista de otra identificación: había visto en una capilla particular —no importa dónde— tres grandes figuras, cada una de las cuales ocupaba un vano entero, las tres obras evidentemente del mismo artista. Su estilo indicaba que se trataba de un alemán del siglo XVI; aunque hasta ahora no se había conseguido clasificarlas de manera más precisa. Representaban —¿lo adivináis?— al PATRIARCA JOB, al EVANGELISTA JOHANNES, al PROPHETA ZACCHARIAS, cada uno de ellos con un libro, o rollo, con una leyenda sacada de sus escritos. Como no podía ser de otro modo, el anticuario había reparado en ellas, y le había sorprendido una curiosa particularidad que las hacía diferentes de todos los textos de la Vulgata que había tenido ocasión de estudiar: en el rollo de Job que tenía en la mano ponía: «*Auro est locus in quo absconditur* (en vez de "conflatur"); el de Juan decía: «*Habent in vestimentis suis scripturam quam nemo novit*» (en vez de «in vestimento scriptum», tomando de otro versículo las palabras que sustituían a las originales); y en el de Zacarías: «*Super lapidem unum septem oculi sunt*» (el único de los tres textos no alterado).

A nuestro investigador le había causado una perpleja frustración pensar por qué habrían reunido en un mismo ventanal a estos tres personajes. No había ninguna relación entre ellos: ni histórica, ni simbólica, ni doctrinal; y sólo cabía suponer que debieron de formar parte de una larguísima serie de profetas y apóstoles que podía haber adornado, digamos, los ventanales del triforio de una catedral. Pero el pasaje del *Sertum* había modificado el punto de vista al revelarle que los nombres de los personajes efectivamente representados en la vidriera ahora instalada en la capilla de lord D- habían estado constantemente en boca del abad Thomas von Eschenhausen de Steinfeld, y que este abad había mandado colocar una vidriera ilustrada, probablemente hacia el año 1520, en la nave sur de la iglesia de su abadía. No era muy disparatado suponer que las tres figuras formaban parte de la donación del abad Thomas; por lo demás, era una suposición que podía confirmarse o descartarse mediante otro examen minucioso de la vidriera. Y como el señor Somerton era dueño de su tiempo, emprendió sin más demora una peregrinación a la capilla particular. Vio confirmada su suposición en todos sus términos: no sólo encajaban perfectamente el estilo y la técnica de la vidriera con la época y el lugar requeridos, sino que en otro ventanal de la capilla descubrió una vidriera al parecer comprada a la vez que las figuras que contenía el escudo del abad Thomas von Eschenhausen.

De cuando en cuando, en el curso de sus indagaciones, al señor Somerton le venía a la memoria el rumor sobre el tesoro escondido, y cada vez que lo pensaba veía más claro que si el abad quería dar a entender algo con su enigmática respuesta a los que le preguntaban, era que había que buscar la clave en alguna parte del ventanal que había mandado colocar en la iglesia de la abadía. Era evidente, además, que el primero de los textos escogidos que aparecían en los rollos de las figuras podía entenderse como una alusión al tesoro.

De modo que tomó escrupulosamente nota de cada signo y detalle susceptible de contribuir al esclarecimiento del enigma que, estaba seguro, el abad había planteado a

la posteridad y, de vuelta a su mansión de Merckshire, consumió muchas pintas de aceite lucubrando sobre sus dibujos y esbozos. Y un buen día, al cabo de dos o tres semanas, el señor Somerton ordenó a su criado que preparase el equipaje de ambos para una corta estancia en el extranjero; aunque de momento no vamos a seguirles.

II

Hacía una agradable mañana otoñal, y el señor Gregory, rector de Parsbury, había salido antes de desayunar hasta la verja del camino de entrada a fin de esperar al cartero y respirar el aire fresco. No quedó defraudado en ningún propósito: antes de que le diera tiempo a contestar más de diez u once de las multivarias preguntas con que animadamente le asediaba la joven progenie que le acompañaba, vio venir al cartero; y entre la correspondencia de esa mañana le llegó una carta con el matasellos y el sello extranjeros (que en seguida se convirtió en objeto de ansiosa competición entre los pequeños Gregory, y las señas escritas en una letra no cultivada, aunque claramente inglesa.

La abrió el rector, miró la firma, y vio que era del criado personal de su amigo y señor, el señor Somerton. Rezaba así:

Reberendo señor:

Como siento mucha ansia por mi señor le escribo a petición suya para rogarle tenga la bondad de venir si pudiera ser. El señor ha sufrido una impresión muy grande y está en cama. Yo nunca lo abía bisto así aunque no me estraña y nada le puede ayudar sino usted señor. El señor dise que le diga que el camino más corto hasta aquí es ir a Coblinsa y tomar un coche. Aunque muy nerbioso porla ansiedad y la noche en bela, espero averlo explicado todo bien. Perdone el atrebimiento pero señor, será una alegría ber una onesta cara británica entre tantas estrangeras.

Se despide este umilde serbidor que b. s. m.

WILLIAM BROWN

PD. -El pueblo no siudad se llama Stinfeld

Dejo al lector que imagine con detalle la sorpresa, la confusión y los atropellados preparativos en que debió de sumir semejante carta a una plácida rectoría en el año de gracia de 1859. Baste decir por mi parte que ese mismo día el señor Gregory cogió el tren, consiguió un pasaje en el barco de Amberes y una plaza en el tren de Coblenza. Tampoco le fue difícil trasladarse de esa ciudad a Steinfeld.

Como narrador de esta historia, me encuentro con el grave inconveniente de que jamás he visitado Steinfeld, y ninguno de los que protagonizaron el episodio (que son mi fuente de información) ha sido capaz de facilitarme más que una idea vaga y bastante lúgubre de su aspecto. Infiero que es una pequeña población, con una enorme iglesia despojada de sus antiguos tesoros; la rodean varios edificios grandes en estado ruinoso, casi todos del siglos XVII; porque la abadía, como la mayoría de las del Continente, fue reconstruida de manera suntuosa por sus moradores de esa época. No me ha parecido que mereciera la pena gastar dinero en efectuar una visita al lugar,

porque, aunque probablemente es bastante más atractivo de lo que el señor Somerton y el señor Gregory pensaban, hay evidentemente poco —si es que hay algo— de especial interés que visitar... Salvo una cosa, quizá, que desde luego prefiero no ver.

La posada en la que el caballero inglés y su criado se alojaron es, o era, la única «aceptable» del pueblo. El cochero llevó directamente a ella al señor Gregory, quien encontró al señor Brown esperándole en la puerta. El señor Brown, en su Berkshire natal, de esa raza impasible y patilluda conocida prototipo como ayudas de cámara confidenciales, estaba ahora totalmente fuera de su elemento, con un traje de *tweed* claro, desasosegado, casi irritable, y todo menos dueño de la situación. Su alivio ante la aparición de la «onesta cara británica» de su rector fue inmenso; aunque no encontró palabras para expresarlo. Sólo pudo decir:

—Vaya, me alegro de verle, señor, se lo aseguro. Y le aseguro que también mi señor se alegrará.

—¿Cómo se encuentra, Brown? —preguntó anhelante el señor Gregory.

—Creo que mejor; gracias, señor. Pero lo ha pasado fatal. Espero que duerma un poco ahora, pero...

—¿Qué le ha pasado? Su carta no lo aclaraba. ¿Ha sufrido algún accidente?

—Bueno, señor, no sé si está bien que hable yo del asunto. El señor ha insistido mucho en que debe ser él quien le ponga al corriente. Pero no tiene roto ningún hueso... Eso, desde luego, es algo por lo que debemos dar gracias...

—¿Qué dice el médico? —preguntó el señor Gregory.

Habían llegado a la puerta del dormitorio del señor Somerton y hablaban en voz baja. El señor Gregory, que iba delante, pasaba los dedos por los entrepaños buscando la manivela. Antes de que Brown pudiera contestar sonó una terrible exclamación dentro del aposento.

—¿Quién es, en nombre de Dios? —fueron las primeras palabras que oyeron—. ¡Brown! ¿Es usted?

—Sí, señor... soy yo, señor; y el señor Gregory —se apresuró a responder Brown; y hubo un audible gemido de alivio en respuesta.

Entraron en la habitación, que estaba con las cortinas echadas para evitar el sol de la tarde. Y el señor Gregory vio, con una oleada de compasión, cuán cansada, cuán bañada en lágrimas de terror estaba la cara habitualmente serena de su amigo, el cual, incorporado en la cama encortinada, extendía una mano temblorosa para darle la bienvenida.

—Mejor al verle, mi querido Gregory —contestó a la primera pregunta del rector, lo que era palpablemente cierto.

Tras cinco minutos de conversación el señor Somerton era más él mismo, comentó Brown después, que en los últimos días. Fue capaz de comer de manera más que pasable en la cena, y habló convencido de que en veinticuatro horas estaría en condiciones de afrontar un viaje a Coblenza.

—Pero hay una cosa que quiero pedirle que haga por mí, mi querido Gregory —dijo, volviéndole el desasosiego de una forma que alarmó al señor Gregory—. No me pregunte —prosiguió, posando la mano sobre la de Gregory para anticiparse a cualquier interrupción—; no me pregunte qué es, ni por qué quiero que lo haga. Aún no

me siento con fuerzas para explicárselo; me haría recaer, anularía todo el bien que me ha hecho su llegada. Lo único que puedo decirle es que no correrá ninguna clase de peligro, y que Brown puede explicarle, y lo hará mañana, en qué consiste. Se trata sólo de devolver... de guardar... No; aún no puedo hablar de eso. ¿Quiere llamar a Brown, por favor?

—Bueno, Somerton —dijo el señor Gregory al tiempo que cruzaba la habitación y abría la puerta—; no le pediré explicaciones hasta que se sienta con fuerzas para darlas. Y si el asunto es tan fácil como dice, lo primero que voy a hacer mañana a primera hora es ocuparme de él con mucho gusto.

—¡Ah!, estaba seguro de que diría que sí, mi querido Gregory; estaba seguro de que podía confiar en usted. No tengo palabras para decirle cuánto se lo agradezco. Bueno, aquí está Brown. Brown, hay algo que quiero decirle.

—¿Salgo? —preguntó el señor Gregory.

—De ningún modo; no faltaría más. Brown, mañana por la mañana (sé que le gusta madrugar, Gregory), lo primero que va a hacer es llevar al señor rector a... *allí*, ya sabe —Brown, que parecía serio y ansioso, asintió con la cabeza—. Y lo devuelven entre los dos. No tiene por qué alarmarse; no hay *ningún* peligro durante el día. Ya sabe a qué me refiero. Está en el escalón, donde... donde lo dejamos —Brown tragó dos ó tres veces con la garganta seca y, no pudiendo hablar, volvió a asentir con la cabeza—. Y... bueno, eso es todo. Sólo una cosa más, mi querido Gregory: si *puede* abstenerse de hacer preguntas a Brown sobre esto, le estaré aún más agradecido. Mañana por la noche a lo más, si todo va bien, creó que podré contárselo de principio a fin. Y ahora le deseó un buen 3 descansó. Brown se quedará conmigo; duerma aquí. Y si yo fuera usted, pasaría el cerrojo de la habitación. Sí; no deje de hacerlo. A ellos... a la gente de aquí, les gusta hacerlo, y es mejor. Buenas noches, buenas noches.

Después de esto se separaron; y si el señor Gregory se despertó una ó dos veces en las primeras horas de la madrugada y le pareció oír una especie de manoteo en la parte inferior de su puerta, no fue, quizá, sino lo que lógicamente podía esperar un hombre pacífico, súbitamente sumergido en una cama extraña, y en el corazón de un misterio. Desde luego siempre tuvo el convencimiento, hasta el fin de sus días, de que oyó ese ruido dos ó tres veces entre la media noche y el amanecer.

Se levantó con el sol, y poco después salió acompañado de Brown. Aunque bastante singular, el favor que el señor Somerton le había pedido no fue difícil ni alarmante, y media hora después de abandonar la posada lo había cumplido. En qué consistió es cosa que aún no voy a revelar.

Pocas horas más tarde el señor Somerton, ahora casi recuperado, fue capaz de abandonar Steinfeld; y esa misma noche, no estoy seguro de si en Coblenza o en alguna etapa intermedia, decidió dar la prometida explicación. Brown estuvo presente, aunque no dijo cuánto de este asunto veía claro su entendimiento, y yo no soy capaz de adivinarlo.

III

Esto es lo que contó el señor Somerton:

—Como saben los dos, emprendí esta expedición con objeto de averiguar algo relacionado con unas vidrieras antiguas de la capilla particular de lord D-. Bien, pues el punto de partida de todo el asunto está en el siguiente pasaje de un viejo libró impreso; le ruego que preste atención.

Y dicho esto el señor Somerton entró en un asunto que ya nos es familiar.

—En la segunda visita a la capilla —prosiguió— mi propósito era tomar nota de las figuras, inscripciones, rayas hechas con el diamante e incluso cualquier marca aparentemente accidental que tuviera el vidrio. Empecé por la inscripción de los rollos. No me cabía duda de que la primera, la de Job: «Hay un lugar para el oro dónde está escondido», con su alteración intencionada, debía referirse al tesoro; así que me dediqué con cierta confianza a la segunda, de san Juan: «Tienen en sus vestidos un escrito que nadie conoce». Como es natural, se le ocurrirá la pregunta: ¿Había alguna inscripción en el ropaje de las figuras? No vi ninguna; las tres tenían en el manto una cenefa ancha de color negro, lo que constituía un detalle llamativo y bastante feo de la vidriera. Estaba perplejo, debo confesar, y si no llega a ser por una extraña casualidad, creó que habría dejado la búsqueda donde la dejaron los canónigos de Steinfeld antes que yo. Pero ocurrió que había bastante polvo en la superficie del vidrio; y lord D-, que había entrado a echar una ojeada, me vio con las manos manchadas e insistió amablemente en mandar traer un plumero para limpiar el ventanal. Supongo que el plumero debía de tener algo que raspaba; el caso es que al pasarlo por el borde de uno de los mantos observé que dejaba una raya larga, y que debajo asomaba un color amarillo. Pedí al criado que parase un momento, y me subí a la escala a examinar la raya. Efectivamente, allí estaba la mancha amarilla; y lo que se desprendía era una gruesa capa de pigmento negro, evidentemente aplicada con pincel después de pasado el vidrio por el fuego, por lo que podía rasparse fácilmente sin daño ninguno. Conque rasqué, y no se lo va a creer... pero soy injusto con usted, lo ha adivinado ya: debajo del pigmento negro descubrí dos ó tres letras mayúsculas claramente trazadas en color amarillo sobre fondo claro. Como es natural, apenas pude contener mi alegría.

»Le dije a lord D- que había descubierto una inscripción que creía que podía ser interesante, y le rogué que me permitiese descubrirla entera. No puso ninguna objeción; me dijo que hiciese lo que creyese oportuno. Seguidamente, como tenía una cita, se vio obligado a dejarme —para alivio mío debo decir—. Al punto me puse manos a la obra, y encontré la tarea bastante fácil. Desintegrado por el tiempo, el pigmento se desprendía casi al tocarlo, y creo que en total no tardé ni dos horas en eliminar las franjas negras de las tres luces. Cada figura tenía, como decía la inscripción "un escrito en sus vestiduras que nadie conoce".

»Como es evidente, este descubrimiento me confirmó de manera absoluta que estaba en el buen camino. Y ahora, ¿cuál era la inscripción? Mientras limpiaba el vidrio casi me costaba trabajo no leerla, dejando semejante regalo para cuando estuviera limpio todo. Y al *terminar*, mi querido Gregory, le aseguro que estuve casi a punto de echarme a llorar de desencanto. Lo que encontré no era sino el revoltijo de letras más incongruente que se haya podido mezclar jamás en un sombrero. Era éste:

<i>Job.</i>	DREVICIOPEDMOOMSMVIVLISLCAVI BASBATAOVT
<i>San Juan.</i>	RDIIIEAMRLESIPVSPODSEEIRSETTAA ESGIAVNNR
<i>Zacarías.</i>	FTEEAILNQDPVAIVMTLEEATTOHIOO NVMCAAT.H.Q.E.

»Aunque me sentí perplejo y debí de poner cara de eso durante unos minutos, el desencanto no me duró mucho. Casi en seguida comprendí que tenía ante mí un texto en clave o criptograma; y pensé que era muy probable que fuera sencillo, dado lo temprano de su fecha. Así que copié las letras con cuidadosa avidez. Entretanto, debo añadir, salió a la luz otro pequeño detalle que confirmaba mi creencia de que se trataba de un texto en clave. Después de copiar las letras del vestido de Job las conté para comprobar que no faltaba ninguna. Había treinta y ocho; y justo al acabar de contarlas reparé en unas rayitas hechas con una punta afilada en el borde de la cenefa. Era sencillamente el número romano XXXVIII. Para abreviar: en las otras dos luces había una anotación parecida (si la puedo llamar así); lo cual me aclaraba que el pintor de la vidriera había recibido órdenes precisas del abad Thomas sobre la inscripción, y se había tomado todo el interés en ejecutarlas correctamente.

»Bueno, después de ese descubrimiento, puede imaginar lo minuciosamente que examiné la superficie del vidrio en busca de más pistas. Como es natural, no olvidé la inscripción del rollo de Zacarías: "Sobre una piedra hay siete ojos"; pero en seguida llegué a la conclusión de que debía de referirse a alguna marca en una piedra que sólo podría descubrir *in situ*, donde estuviera escondido el tesoro. Resumiendo, hice todas las anotaciones, bocetos y calcos posibles y volví a Parsbury para dedicarme a descifrar el mensaje con sosiego. ¡Ah, lo que me hizo sufrir! Al principio me creí muy ingenioso, porque daba por seguro que encontraría la clave en alguno de los libros antiguos sobre escritura secreta. La *Steganographia* de Joachim Trithemius, coetáneo del abad Thomas, parecía especialmente prometedora, así que me hice con ella, igual que con la *Cryptographia* de Selenius, el *De Augmentis Scientiarum* de Bacon y algunos libros más. Pero no saqué nada en limpio. Luego recurrí al principio de "la letra más frecuente", tomando como base el latín, y después el alemán. Tampoco ahí encontré ayuda; no sé si hubiera podido servirme. Y entonces volví al ventanal y repasé mis notas, esperando, casi contra toda esperanza, que el abad hubiese dejado en algún sitio la clave que yo necesitaba. No pude sacar nada del color y el dibujo de los vestidos. No había ningún fondo de paisaje con elementos secundarios; ni había nada en los doseles. El único recurso posible parecía estar en la actitud de las figuras. Leí: "Job: rollo en la mano izquierda, índice de mano derecha apuntando hacia arriba. Juan: sostiene el libro con la izquierda; la mano derecha bendice con dos dedos. Zacarías: rollo en mano izquierda; mano derecha extendida hacia arriba, como Job, pero con tres dedos levantados". En otras palabras, pensé: Job *un* dedo extendido, Juan *dos* y Zacarías *tres*. ¿No encerrará eso una clave numérica? Mi querido Gregory —dijo el señor Somerton posando una mano en la rodilla de su amigo—, ésa era la clave. Al principio no di con ella; pero tras dos o tres intentos comprendí qué significaba. Después de la primera letra de la inscripción

hay que saltar *una*, después de la siguiente hay que saltar *dos*, y después *tres*. Ahora mire el resultado conseguido. He subrayado las letras que componen palabras:

DREVICIOPEDMOOMSMVIVLISLCAVIBASBATAOVT

RDIIEAMRLESIPVSPODSEEIRSETTAESGIAVNNR

FTEEAILNQDPVAIVMTLEEATTOHIOONVMCAAT.H.Q.E.

»¿Lo ve?: *Decem millia auri reposita sunt in puteo in at...* (diez mil [piezas] de oro hay guardadas en un pozo en...), seguido de una palabra incompleta que empieza por *at*. Hasta ahí todo bien. Probé el mismo método con las letras: restantes, pero sin éxito, y pensé que quizá los puntos colocados detrás de las tres últimas indicaban un cambio de método. Entonces me dije: "¿No se aludía a un pozo en la noticia sobre el abad Thomas de ese libro titulado *Sertum*? Sí, así era: había mandado construir un *puteus in atrio* (un pozo en el patio). Ahí estaba efectivamente la palabra: *atrio*. El paso siguiente era copiar las letras restantes de la inscripción omitiendo las que ya había utilizado. Eso dio como resultado lo que ve en esta ficha:

»RVIIOPDOOSMVVISCAVBSBTAOTDIEAMLSIVSPDEERSETA
EGIANRFEEALQDVAIMLEATTHOOVMCA.H.Q.E.

»Ahora bien, yo sabía cuáles eran las tres primeras letras que me faltaban (o sea, *rio*) para completar la palabra *atrio*, que como ve se hallan todas entre las cinco primeras. Al principio me confundió un poco que hubiera dos íes, pero en seguida comprendí que cada letra saltada debía entrar en el resto de la inscripción. Puede resolverlo usted mismo. El resultado, siguiendo donde se quedó la primera "tanda", es éste:

»"*rio domus abbatialis de Steinfeld a me, Thoma, qui posui custodem super ea. Gare à qui la touche*"

»De modo que el enigma estaba claro:

»"Diez mil piezas de oro hay guardadas en el pozo del patio de la casa del l abad de Steinfeld por mí, Thomas, a las que he puesto guardián. *Gare a qui la touche*.

»Las últimas palabras, debo decir, son un lema que el abad Thomas había adoptado. Lo encontré en su escudo, en otra vidriera de la capilla de lord D- y la incluyó entera en su mensaje en clave, aunque no encaja desde el punto de vista gramatical.

»Bueno, ¿qué habría estado tentado de hacer cualquier ser humano, mi querido Gregory, en mi lugar? ¿Podría haberse resistido a salir para Steinfeld, como hice yo, y seguir la pista del secreto literalmente hasta su fuente? No lo creo. Yo desde luego no pude; y, de más está decirlo, me planté en Steinfeld todo lo rápidamente que los avances de la civilización podían llevarme, y me instalé en la posada que ya conoce. Tengo que confesarle que no me sentía libre de presentimientos ni mucho menos: por un lado de desencanto, por otro de peligros. Siempre estaba la eventualidad de que

hubiesen cegado el pozo del abad, o de que alguien, sin tener en cuenta los criptogramas, y guiado sólo por la suerte, hubiese dado ya con el tesoro. Además — aquí hubo un temblor perceptible en su voz —, no me importa reconocer que no me sentía del todo tranquilo en cuanto al significado de las palabras sobre un guardián del tesoro. Pero si me permite, no diré nada más de esto hasta... hasta su momento.

»En cuanto tuvimos ocasión empezamos Brown y yo a explorar el lugar. Naturalmente, yo me había presentado como persona interesada en las ruinas de la abadía, y no tuvimos más remedio que efectuar una visita a la iglesia, impaciente como estaba por encontrarme en otra parte. No obstante, sentía curiosidad por ver los ventanales donde habían estado las vidrieras, y en especial el del extremo este de la nave sur. En las luces de la tracería de ésta me sorprendió descubrir algunos fragmentos y restos de escudos de armas. Allí estaba el del abad Thomas, y una pequeña figura con un rollo en el que se leía: *"Oculos habent, et non videbunt"* ("tienen ojos y no ven"), lo que en mi opinión era una pulla que el abad había dirigido a los canónigos.

»Pero, naturalmente, lo importante era descubrir la casa del abad. No hay normas para designar su emplazamiento e planos prever, como ocurre con la sala capitular, que estará en el lado este del claustro; o como con el dormitorio, que comunicará con el transepto de la iglesia. Me daba cuenta de que si hacía preguntas podía despertar recuerdos aletargados sobre el tesoro, así que pensé que era mejor intentar primero descubrirla por mí mismo. No fue una búsqueda larga ni difícil. Ese patio triangular del sudeste de la iglesia rodeado de ruinas desiertas y pavimento invadido de maleza que ha visto usted esta mañana era el lugar. Y no fue poca mi alegría al ver que estaba abandonado, y que ni estaba lejos de nuestra posada ni a la vista de ningún edificio habitado; sólo había huertos y cercados en las laderas al este de la iglesia. Le puedo decir que esa hermosa fábrica brillaba espléndidamente con el amarillo pálido del ocaso que tuvimos ese martes por la tarde.

»Y ahora, ¿dónde estaba el pozo? No podía haber mucha duda al respecto, como usted mismo puede confirmar. Es una obra realmente notable. Ese brocal es mármol italiano, creo, y el trabajo de cincel me parece que también. Sin duda recordará que tiene relieves, de Eleazar y Rebeca, y Jacob abriendo el pozo para Raquel, y escenas parecidas; pero, supongo que para no alertar, el abad se había abstenido escrupulosamente de dejar ninguna de sus cínicas y alusivas inscripciones.

»Por supuesto, inspeccioné su estructura entera con el mayor interés: de boca cuadrada, con abertura a un lado, un arco encima, y una roldana para la cuerda, en muy buen estado aún, dado que la habían usado hasta hacía unos sesenta o tal vez menos años, aunque no muy recientemente. Después estaba la cuestión de la profundidad y el acceso a su interior. Debía de tener de unos sesenta a setenta pies de hondo; en cuanto al otro asunto, era como si el abad hubiese querido conducir a los que quisieran buscar hasta la puerta misma de su cámara del tesoro; porque, como usted mismo ha podido comprobar, tiene grandes sillares de piedra salientes en la albañilería que descienden regularmente en forma de escalera hacia el interior del pozo.

»Parecía demasiado bueno para ser cierto. Me pregunté si habría alguna trampa, si no estarían esos sillares preparados para ceder en cuanto recibiesen algún peso; pero probé varios con el pie y con el bastón, y todos me pareciera (y desde luego estaban)

muy firmes. Naturalmente, decidí que haríamos un intento esa misma noche, Brown y yo.

»Iba bien pertrechado. Consciente de la clase de sitio que tenía que explorar había traído cuerda suficiente y de buena calidad, así como correas para ceñirme el cuerpo, barras para sujetarme, así como farol, velas y palanquetas, todo ello metido en una bolsa de viaje para no levantar sospechas. Compré que la cuerda tenía el largo suficiente, y que la roldana del pozo estaba en condiciones, y seguidamente regresamos a cenar.

»Tuve una breve y discreta conversación con el posadero, y le dije que no se sorprendiese demasiado si me veía salir a dar un paseo con mi criado hacia las nueve, ya que me proponía (¡Que Dios me perdone!) realizar unos apuntes la abadía a la luz de la luna. No hice ninguna pregunta sobre el pozo, y no es probable que la haga ahora. Imagino que sé tanto sobre él como cualquiera Steinfeld; al menos —añadió con un estremecimiento— no quiero saber más.

»Ahora llegamos al momento crucial; y, aunque me desagradaba sobremanera volver sobre ello, estoy seguro, Gregory, de que será mejor para mí en todos los sentidos recordarlo tal como ocurrió. Emprendimos la marcha Brown y yo hacia las nueve con nuestra bolsa, sin llamar la atención, porque nos las arreglamos para salir calladamente por el patio trasero de la posada a un callejón que nos llevó directamente al final del pueblo. Cinco minutos después estábamos junto al pozo. Permanecimos sentados unos momentos en el brocal para cerciorarnos de que no había mirones. Lo único que oímos, sin verlos, fue unos caballos pastando en la ladera de enfrente, más lejos. Nadie nos veía, y teníamos bastante claridad debido a la luna llena, de modo que pudimos pasar la cuerda por la roldana con facilidad. Seguidamente me pasé la correa por debajo de los brazos. Atamos el extremo de la cuerda a una argolla de la piedra. Brown cogió el farol encendido y me siguió; yo llevaba una barra. Y empezamos a descender precavidamente, tanteando cada peldaño antes de ponerle el pie, e inspeccionando la pared en busca de alguna piedra marcada.

»Yo iba contando medio en voz alta los peldaños conforme bajábamos; no noté nada irregular en la superficie de la mampostería hasta el treinta y ocho. Pero tampoco aquí había señal ninguna, y empecé a sentirme perplejo y a preguntarme si no sería el criptograma una broma rebuscada del abad. Al peldaño cuarenta y nueve terminó la escalera. Empecé la vuelta con desilusión; y al llegar al treinta y ocho (Brown me precedía con el farol un peldaño o dos más arriba), escruté la pequeña irregularidad de la pared con toda atención; pero no había el menor vestigio de marcas.

»Entonces me di cuenta de que la irregularidad consistía en que la superficie parecía algo menos tosca que el resto, o diferente de algún modo. Quizá era de mortero en vez de piedra. Le di un golpe fuerte con la palanqueta. Sonó claramente a hueco, aunque podía deberse a que estábamos en un pozo. Pero hubo más. Un gran desconchón de mortero cayó a mis pies, y en la piedra que había quedado al descubierto vi que había marcas. Mí querido Gregory: había encontrado la pista del abad. Incluso ahora pienso en la hazaña con cierto orgullo. Tuve que dar unos golpecitos más para hacer saltar todo el mortero, y apareció una losa de unos dos pies cuadrados, sobre la que había grabada una cruz. Fue un nuevo desencanto, aunque sólo

momentáneo. Fue usted, Brown, el que me devolvió la tranquilidad con un comentario casual. Si no recuerdo mal, dijo:

»—Es una cruz muy rara; parece un montón de ojos.

»Le quité el farol de las manos y vi con indecible alegría que la cruz estaba formada por siete ojos, cuatro en la línea vertical y tres en la horizontal. El último rollo de la ventana quedaba explicado de la manera que yo había previsto. Aquí estaba mi "piedra con los siete ojos". Hasta ahora los datos del abad habían sido exactos. Y al pensarlo, me volvió con fuerza redoblada la inquietud respecto al "guardián". Pero no iba a echarme atrás ahora.

»Sin pararme a pensar, quité el cemento alrededor de la losa marcada, y a continuación hice palanca en el borde de la derecha. Cedió en seguida, y vi que era una losa delgada y ligera (yo mismo pude retirarla fácilmente) y que tapaba la entrada de una cavidad. La quité y la puse en el peldaño, ya que quizá fuera importante para nosotros poder colocarla otra vez. A continuación esperé unos minutos en el peldaño de arriba no sé por qué, aunque creo que para ver si salía de allí algún ser espantoso. No ocurrió nada. Así que encendí una vela, y muy precavidamente la introduje en la cavidad con objeto de comprobar si el aire era letal, y echar una ojeada al interior. *Había algo* de aire estancado; casi apagó la llama, pero inmediatamente ardió con firmeza. La oquedad se internaba en línea recta, y también a derecha e izquierda de la abertura; distinguí en el fondo unos bultos redondeados de color claro que podían ser bolsas. No tenía sentido esperar. Me coloqué delante y miré hacia dentro. No había nada frente a la abertura. Alargué brazo y tanteé a la derecha, muy cautelosamente...

»Sírvenme una copa de coñac, Brown. En seguida continúo, Gregory...

»Bueno, me puse a tantear a la derecha, y mis dedos tocaron un objeto curvo, de un tacto como... como de cuero más o menos; estaba ligeramente húmedo, y formaba parte de algo denso y voluminoso. No tenía nada de alarmante, debo decir. Me animé; y agarrándolo con ambas manos lo mejor que pude, tiré de él hacia mí. Era pesado, pero se desplazó con más facilidad de la que había esperado. Al arrastrarlo hacia la entrada, golpeé la vela con el codo izquierdo y se apagó. Tenía el fardo ya junto a la abertura, así que empecé a sacarlo. Y justo entonces Brown profirió una tremenda exclamación y huyó hacia arriba con el farol. Que después le cuente él por qué. Sobresaltado, F quedé mirándole; le vi detenerse arriba un instante, y retirarse unas yardas a continuación. Entonces le oí que decía suavemente: "Sin novedad, señor. Seguí tirando del fardo en medio de la oscuridad más completa, éste osciló instante en el borde de la abertura, basculó hacia mi pecho *y me rodeó el cuello con sus brazos*."

»Mi querido Gregory, le estoy contando la verdad pura y simple. Creo que ahora conozco las extremidades de la repugnancia y el terror que un hombre puede soportar sin perder la razón. Sólo soy capaz de contarle ahora lo elemental de la experiencia. Noté un horrible olor a moho, una especie de rostro frío pegado contra el mío que se movía lentamente, y varias (no sé cuántas) piernas brazos o tentáculos o lo que fuera que se agarraban a mi cuerpo. Solté un alarido, dice Brown, como un animal, y caí hacia atrás, apartándome del peldaño en el que estaba, y el ser se deslizó, supongo, hasta ese mismo escalón. Providencialmente, aguantó la correa que me sujetaba. Brown no perdió la serenidad, y fue lo bastante fuerte para izarme hasta arriba y desplazarme al borde

con presteza. No sé exactamente cómo lo hizo, y creo que a él le sería difícil explicárselo. Parece que se las arregló para esconder nuestras herramientas en el vecino edificio abandonado, y con gran trabajo consiguió llevarme a la posada. Yo no estaba en condiciones de decir nada, y Brown no sabe alemán pero por la mañana conté a la gente el cuento (supongo que se lo creyeron) del que había sufrido una caída en las ruinas de la abadía. Y ahora, antes de continuar, me gustaría que oyera cuáles fueron las experiencias de Brown durante esos pocos minutos. Brown, cuénteles al rector lo que me ha contado a mí.

—Pues verás, señor —dijo Brown, hablando con voz baja y nerviosa—, fue así: el señor estaba debajo ocupado delante del agujero y yo sosteniendo el farol y mirando, cuando oí caer algo al agua desde arriba, según me pareció. Así que levanté la vista, y vi que había alguien asomado, mirándonos. Creo que dije *algo*; y con el farol en alto, eché escalera arriba, y entonces la luz le alumbró la cara. ¡Era la cara más malvada que he visto en mi vida, señor! Como de viejo, con las mejillas chupadas; y se estaba riendo, me pareció. Subí en menos de lo que lo cuento, pero cuando llegué arriba no había ni rastro. Nadie podía haber tenido tiempo de desaparecer, y menos aun un viejo; miré por allí cerca, pero no se había escondido junto al pozo ni nada. Y entonces oí al señor dar un grito horrible. Me asomé, y lo único que vi fue a él colgando de la cuerda; y como dice el señor, aunque lo subí, no sé cómo lo hice.

—¿Qué le parece, Gregory? —dijo el señor Somerton—. ¿Se le ocurre alguna explicación?

—Todo eso es tan horrendo y anormal que confieso que me desconcierta; pero se me ocurre que posiblemente la... bueno, la persona que puso la trampa se asomó a ver si su plan había dado resultado.

—Exacto, Gregory, exacto. Digamos que es lo más verosímil; si es que ese término tiene cabida en alguna parte de esta historia. Para mí que debió de ser el abad... Bueno, no queda mucho más que contar. Pasé una noche fatal; Brown la pasó en vela junto a mí. Por la mañana no me sentía mejor; no pude levantarme de la cama. No encontramos ningún médico; de haber tenido alguno a mano, dudo que hubiera podido hacer mucho por mí. Pedí a Brown que le escribiera, y pasé una segunda noche horrorosa. Y, Gregory, de esto estoy seguro, y creo que me ha afectado más que el primer sobresalto, porque me dura más: alguien o algo estuvo vigilando toda la noche delante de la puerta de mi habitación. Casi tengo la impresión de que eran dos. Y no eran sólo los ruidos apagados que oía de cuando en cuando durante las horas de oscuridad; además estaba el olor... un repugnante olor a moho. Me había quitado la ropa que había llevado puesta la primera noche y había mandado a Brown que se deshiciera de ella. Creo que la metió toda en la estufa de su habitación; sin embargo, el olor seguía siendo tan intenso como en el pozo. Y lo que es más: venía de fuera de la habitación. Pero se disipó con las primeras claridades del amanecer, y también cesaron los ruidos; y eso me convenció de que el ser o seres eran criaturas de las tinieblas que no soportan la luz, y tuve el convencimiento de que si alguien conseguía poner otra vez la losa, anularía a esas criaturas... hasta que alguien vuelva a quitarla. He tenido que esperar a que viniese usted para hacer ese trabajo. Naturalmente, no podía enviar a Brown a hacerlo solo, y menos aún encargárselo a nadie de aquí.

»Bien, pues ésa es la historia. Si no lo cree, nada puedo hacer; aunque estoy seguro de que sí me cree.

—Verdaderamente —dijo el señor Gregory—, no tengo otra opción. ¡No tengo más remedio que creerle! He visto el pozo y la losa, y he vislumbrado, creo, las bolsas o lo que sean en la oquedad. Y, para serle sincero, Somerton, he tenido la sensación de que había alguien vigilando mi puerta.

—Seguramente, Gregory; pero gracias a Dios, eso ha terminado. A propósito, ¿tiene algo que contar sobre su visita a ese horrible lugar?

—Muy poco —fue la respuesta—. Entre Brown y yo pudimos colocar la losa en su sitio sin dificultad, y él la fijó con los hierros y cuñas que usted mandó que llevara; después cubrimos con barro la superficie, de manera que ha quedado igual que el resto de la pared. Una cosa observé en los relieves del brocal que creo que a usted se le ha escapado. Se trata de una figura horrenda, grotesca... quizá más parecida a un sapo que a ninguna otra criatura, con dos palabras: "*Depositum custodi*".

UNA HISTORIA ESCOLAR

En un salón de fumar, dos hombres charlaban de sus tiempos escolares.

—En *nuestro* colegio —decía A.—, teníamos la huella del pie de un fantasma en la escalera. ¿Que cómo era? Pues muy poco convincente. Tenía forma de zapato, con la punta cuadrada, si no recuerdo mal. La escalera era de piedra. Pero nunca oí contar cómo apareció. Cosa extraña, si te paras a pensarlo. Me pregunto cómo es que no se le ocurrió a nadie inventar una historia sobre el particular.

—Con los niños, nunca se sabe. Ellos tienen su propia mitología. Ése es un tema muy apropiado para ti: «Tradición y costumbres en los colegios privados».

—Sí, pero el material es más bien escaso. Me imagino que si nos pusiéramos a estudiar el ciclo de historias de fantasmas, por ejemplo, que los chiquillos de los colegios se cuentan unos a otros, comprobaríamos que no son más que versiones abreviadas de relatos extraídos de los libros.

—Hoy los sacarían casi todos del *Strand*, el *Pearson's* y otras publicaciones de ese tipo.

—Desde luego, en *mis* tiempos no existía nada parecido. Vamos a ver. Me pregunto si sería capaz de acordarme de las historias que circulaban por entonces. En primer lugar, estaba la de la casa que tenía una habitación en la que una serie de individuos se empeñaban en pasar la noche, y por las mañanas les encontraron de rodillas en un rincón, y sólo pudieron balbucear «lo he visto», antes de caer muertos.

—¿No era ésa la casa de Berkeley Square?

—Creo que sí. Luego estaba el hombre que oyó por la noche un ruido en el pasillo, abrió la puerta, y vio que alguien avanzaba hacia él a cuatro patas con un ojo colgándole sobre la mejilla. Había otra, vamos a ver..., ¡sí!, la de la habitación donde encontraron a un hombre muerto con la huella de una coz en la frente, y el suelo de debajo de su cama cubierto de huellas de herradura, no se sabe cómo. Y la historia de aquella mujer que, al encerrarse en su dormitorio, en una casa extraña, oyó una voz tenue entre los cortinajes que le susurraba: «Ahora vamos a pasar la noche tú y yo, aquí encerrados». No se llegó a encontrar explicación a ninguna de esas historias, ni se supo qué pasó después. Me pregunto si aún las seguirán contando por ahí.

—Es muy posible..., con los aditamentos que suelen añadir las revistas como digo. ¿A que nunca has oído decir que existiera un fantasma de verdad en un colegio? Yo tampoco lo hubiera creído, ni nadie, que yo sepa.

—Por la manera de decirlo, parece que *tú* sí.

—En realidad, no lo sé; pero me estaba acordando de algo. Sucedió en mi colegio hará unos treinta años y pico, y nunca llegué a encontrarle explicación.

»El colegio a que me refiero se hallaba cerca de Londres. El establecimiento era un caserón enorme, extraordinariamente viejo: se trataba de un edificio blanco rodeado de terrenos muy cuidados; tenía unos cedros inmensos en el jardín, como los hay en tantos jardines antiguos del valle del Támesis, y añosos olmos en los tres o cuatro prados donde nosotros solíamos jugar. Probablemente era un lugar atractivo; pero los chicos

jamás están dispuestos a admitir que sus colegios tienen algo agradable.

»Entré en el colegio en el mes de septiembre de 1870, y entre los escolares que llegaron ese mismo día había uno al que le tomé bastante afecto: era un chico escocés que se llamaba McLeod. No hace falta que me entretenga en describirle, lo que importa es que llegué a conocerle bastante bien. No tenía nada de excepcional: no era muy bueno en los estudios ni en los juegos, pero me era simpático.

»El colegio era grande: tenía de 120 a 130 alumnos lo menos, por lo que su claustro de profesores era considerablemente numeroso, aunque solía haber en él frecuentes cambios.

»Un curso, creo que estaba yo en tercero o en cuarto, hizo su aparición un nuevo profesor. Se llamaba Sampson. Era un hombre más bien alto, fuerte, pálido y de barba negra. Creo que nos caía bien: había viajado muchísimo, y nos contaba historias muy divertidas durante nuestros paseos, de manera que había una especie de pugna entre nosotros para colocarnos junto a él. Recuerdo, también (¡válgame Dios, no había vuelto a pensar en ello desde entonces!) que tenía un amuleto en la cadena de su reloj que me llamó la atención un día, y me dejó examinarlo. Era, supongo yo ahora, una moneda de oro bizantina; en una de las caras tenía la efigie de uno de esos emperadores de antes; la otra estaba completamente desgastada y tenía grabadas (un tanto rudimentariamente) sus propias iniciales: G. W S., y una fecha: 24 de julio, 1865. Sí, ahora recuerdo; me contó que la había traído de Constantinopla, era del tamaño de un florín, quizá algo más pequeña.

»Bueno, la primera cosa extraña que sucedió fue la siguiente: Sampson nos enseñaba latín, y uno de sus métodos favoritos (seguramente era bueno en definitiva) consistía en hacernos construir frases que ilustraran las reglas que quería hacernos aprender. Naturalmente, eso es algo que da pie a que salga algún tonto con una impertinencia: hay infinidad de historias escolares en las que ocurre eso..., vamos, me imagino que las habrá. Pero Sampson era un profesor riguroso en cuanto a la disciplina, y no era probable que intentara nadie una cosa así en su clase. Pues verás, en aquella ocasión nos estaba explicando el empleo del verbo "recordar" en latín, y nos mandó construir una frase con *memini*, "yo recuerdo". Casi todos escribimos una frase corriente, como "yo recuerdo a mi padre", o "él recuerda su libro" o alguna trivialidad por el estilo, y supongo que la mayoría puso *Memino librum meum* y cosas así; pero el chico al que me refiero, McLeod, pensaba evidentemente en algo más complicado. Los demás queríamos presentar nuestra frase y pasar a otra cosa, así que alguien le dio una patada por debajo del banco, y yo, que me sentaba a su lado, le di con el codo y le susurré que avivara. Pero él no pareció enterarse. Miré su hoja y vi que la tenía en blanco. Conque le di otra vez, más fuerte que antes, y le reproché que nos estaba haciendo esperar. Eso fue lo que por lo visto tuvo efecto. Dio un respingo y volvió en sí, y acto seguido garabateó a toda prisa un par de líneas en su hoja y la entregó junto con los demás. Fue el último en entregar, y como Sampson se entretuvo en explicar un montón de cosas a los que habíamos escrito *meminiscimus patri meo* y demás, entre unas cosas y otras el reloj dio las doce antes de que le llegara la vez a McLeod, y McLeod se tuvo que quedar a que le corrigieran la frase. Como no se había organizado ningún juego afuera, me quedé esperándole. Al salir observé que caminaba despacio, y supuse que le había ocurrido

algo.

»—Bueno —dije—, ¿qué te ha pasado?

»—No lo sé —dijo McLeod—; nada particular, pero creo que Sampson se ha disgustado conmigo.

»—¿Por qué, le has puesto alguna tontería?

»—De ningún modo —dijo—. Que yo sepa, estaba bien; le he puesto lo siguiente: *Memento* (que expresa correctamente el verbo recordar y rige genitivo), *memento putei inter quatuor taxos*.

»—¡Qué bárbaro! —dije—. ¿Y cómo se te ha ocurrido eso? ¿Qué quiere decir?

»—Eso es lo extraño del caso —dijo McLeod—, que no estoy seguro de qué significa. Lo único que sé es que se me ha ocurrido de repente y lo he puesto. *Creo* que sé lo que significa porque un momento antes de escribirlo he tenido una especie de visión mental; me parece que es esto: "Recuerda el pozo que está entre los cuatro"... ¿cómo se llaman esos árboles oscuros que dan unas bayas rojas?

»—Supongo que te refieres al serbal.

»—Ese árbol no lo he oído en mi vida —dijo McLeod—. No; ya me acuerdo cómo se llama: tejo.

»—Bueno, ¿y qué ha dicho Sampson?

»—Nada, se ha puesto la mar de raro por ese motivo. Después de leerlo se ha levantado, se ha apoyado en la repisa de la chimenea, y se ha quedado pensando un buen rato de espaldas a mí, sin decir palabra. Luego, sin volverse, con voz muy serena, dice: "¿Qué supone usted que ha puesto ahí?" Le he contestado lo que yo creía que significaba, sólo que no he conseguido acordar del nombre de ese dichoso árbol. Luego ha querido saber por qué lo he escrito y le he tenido que dar la primera explicación que se me ha ocurrido. Después ha dejado de hablar de eso y me ha preguntado cuánto tiempo hace que estoy en el colegio, dónde vive mi familia y cosas por el estilo; después me he venido pero parecía que no se encontraba ni pizca de bien.

»No recuerdo ya lo que dijimos los dos sobre esto. Al día siguiente, McLeod tuvo que quedarse en cama por un resfriado o algo parecido, y tardó semana o más en incorporarse de nuevo a las clases. Y pasó lo menos un M, sin que sucediera nada que valga la pena destacar. Si el señor Sampson estaba no realmente asustado, como pretendía McLeod, no se le notó. Ahora estoy casi seguro de que había algo muy extraño en su pasado, pero naturalmente los niños no éramos lo bastante perspicaces como para adivinar una cosa así.

»Y hubo otro incidente del mismo género que te acabo de contar. Después el aquello, se presentaron varias ocasiones en clase en las que tuvimos que escribo) ejemplos que ilustraban diversas reglas, pero no volvió a surgir ningún caso que diera pie a una reprimenda, aparte de cuando nos equivocábamos. Por último llegó el día en que tuvimos que pasar a esas fatídicas oraciones que suelen llamarse condicionales, y nos mandó que construyéramos una oración en la que figurara la condición en futuro. Las hicimos, mal que bien; le presentamos ni e tras hojas de ejercicio, y Sampson empezó a revisarlas. De repente se levantó dejó escapar un extraño ruido gutural y salió precipitadamente por la puerta que había junto a su mesa. Nosotros continuamos sentados durante un minuto o dos; después (supongo que cometimos una incorrección)

nos levantamos, y yo y uno o dos más nos acercamos a mirar los papeles que había sobre la mesa. Naturalmente, pensé que alguien le había puesto alguna tontería y que Sampson había ido a dar parte. Sin embargo, había visto que al salir no llevaba ninguna hoja. Bueno, pues el ejercicio de encima estaba escrito con tinta roja —ninguno de nosotros gastaba tinta roja—, y nadie lo había puesto allí. Pasó por las manos de todos (incluso por las de McLeod), y juramos que ninguno lo habíamos puesto allí. Entonces se me ocurrió contar las hojas. Y de una cosa estoy completamente seguro: que había diecisiete ejercicios sobre la mesa, y éramos dieciséis chicos en el curso. Bueno, doblé la hoja esa, me la guardé, y creo que todavía la tengo. Supongo que querrás saber lo que ponía. Parecía una frase inocente:

Si tu non veneris ad me, ego veniam ad te,

lo que significa: "Si tú no vienes a mí, yo iré a ti".

—¿Me podrías enseñar esa hoja? —interrumpió el que escuchaba.

—Sí, claro, pero ocurrió otra cosa extraña con ella. Esa misma tarde la saqué de mi cajón (estoy seguro de que era la misma porque la había marcado con mi propia huella dactilar), y vi que no tenía ya el menor rastro de escritura. Me la guardé, como digo, y la sometí más tarde a diversos experimentos para ver si habían empleado tinta simpática, pero sin resultado.

»Eso por un lado. Después, al cabo de media hora, volvió a aparecer Sampson, dijo que se había sentido repentinamente mal, y nos comunicó que podíamos marcharnos. Se acercó recelosamente a su mesa, echó una mirada furtiva a la hoja de encima, y supongo que debió de creer que lo había soñado: de todos modos, no hizo ninguna pregunta.

»Ese día tuvimos media jornada de clases, pero al siguiente, Sampson dio su clase como siempre, y por la noche tuvo lugar el tercer y último incidente de esta historia.

»McLeod y yo dormíamos en un dormitorio que hacía ángulo recto con el edificio principal, y Sampson dormía en el principal, en el primer piso. Había una brillante luna llena. A una hora que no me es posible precisar, pero que oscilaría entre la una y las dos, me desperté al notar que me sacudían. Era McLeod; parecía encontrarse en un estado de extrema excitación.

»—¡Vamos —dijo—, vamos! Hay un ladrón a punto de entrar por la ventana de Sampson.

»Tan pronto como me fue posible hablar, dije:

»—Bueno, ¿y por qué no gritas y despiertas a todo el mundo?

—No, no —dijo—; no estoy seguro de quién pueda ser: no armes ruido, ven a ver.

»Naturalmente, me asomé, y naturalmente también, no vi a nadie. La cosa me molestó bastante, y ganas me dieron de llamarle de todo; pero no sé por qué, me parecía que pasaba *algo* raro..., algo por lo que sentía un gran alivio de no encontrarme solo. Estábamos todavía asomados a la ventana y, en cuanto me fue posible, le pregunté qué es lo que había visto u oído.

»—No he *oído* nada en absoluto —dijo—, sino que unos cinco minutos antes de despertarme me he encontrado de pronto con que estaba asomado a la ventana

mirando a un hombre sentado o de rodillas en el alféizar de la ventana de Sampson, y parecía que escudriñaba el interior.

—¿Cómo era ese hombre?

»McLeod se estremeció:

»—No lo sé —dijo—, sólo puedo decirte una cosa: estaba horriblemente flaco y parecía empapado, y —dijo, mirando en torno suyo y bajando la voz como si se asustara de oír sus propias palabras— yo diría que estaba vivo.

»Seguirnos hablando en voz baja un poco más, y finalmente nos metimos en la cama de nuevo. Nadie más se había despertado ni había dado señales de vida durante todo ese tiempo en el dormitorio. Creo que nos dormimos poco después. Pero por la mañana nos sentimos muy mal.

»Al día siguiente, el señor Sampson había desaparecido: no lo encontraron por ninguna parte, creo que no se volvió a saber de él. Pensándolo bien, una de las cosas más extrañas de todo esto, me parece, es el hecho de que ni McLeod - ni yo contáramos a nadie lo que habíamos visto. Naturalmente, no se nos preguntó nada sobre el particular, aunque de haber sido así, me inclino a creer que no habríamos podido dar ninguna respuesta: nos era imposible hablar de este asunto.

»Y ésa es la historia —dijo el narrador—. La única historia de fantasmas que conozco que tiene relación con la vida escolar; pero que la tiene, y mucho.

Puede que se considere convencional el epílogo de esta historia, pero tiene uno, y hay que darlo a conocer. El relato había tenido otro oyente, el cual, a finales de ese mismo año, o al siguiente, había estado viviendo en una casa de campo irlandesa.

Una noche, el patrón de dicha casa estaba haciendo limpieza en un cajón de la sala de estar. De repente, tropezó con una caja de pequeñas dimensiones.

—A ver, usted que entiende de cosas antiguas —dijo—, dígame qué es esto.

Mi amigo abrió la cajita y vio que contenía una cadena de oro prendida a un objeto. Miró dicho objeto, y luego se puso las gafas para examinarlo con más detalle.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó.

—Pues es una historia bastante extraña —fue la respuesta—. Usted conoce el grupo de tejos que hay en los arbustos, ¿verdad?, pues bien, hace un año o dos, estábamos limpiando un pozo viejo que hay en medio del claro, y ¿qué diría usted que encontramos?

—No me irá a decir que encontraron un cadáver —dijo el huésped con una rara sensación de nerviosismo.

—Pues sí; y lo que es más, para ser completamente exactos, encontramos dos.

—¡Válgame Dios! ¿Dos? ¿Y había señales de cómo habían caído allí? ¿Encontraron esto con ellos?

—Sí. Entre los jirones de ropas que envolvían uno de los cuerpos. Un mal asunto, sea lo que fuere lo que haya pasado. Uno de ellos tenía agarrado al otro fuertemente entre sus brazos. Debía hacer unos treinta años o más que estaban allí..., mucho antes de que nos viniéramos nosotros a vivir a este lugar. ¿Tiene usted idea de lo que significa eso que hay grabado en esa moneda?

—Creo que sí —dijo mi amigo, colocándola a la luz (aunque lo podía leer sin

ninguna dificultad)—: parece que pone G. W S., 24 de julio, 1865.

LA ROSALEDA

Los señores Anstruther se hallaban desayunando en un cuarto de estar de su residencia de Westfield, en el condado de Essex, y hacían planes para el día.

—George —dijo la señora Anstruther—, será mejor que cojas el coche y te acerques a Maldon a ver si puedes traerme esos paños de punto de que te hablé para nuestra venta benéfica.

—Bueno, iré si ése es tu deseo, aunque ya había medio quedado con Geoffrey Williamson para un partido esta mañana. Además, la venta benéfica no comienza hasta la semana que viene, ¿no?

—Eso no tiene nada que ver. Comprende que si no me traes de Maldon lo que necesito, me toca pedirlo por carta a las tiendas del pueblo: y desde luego, son capaces de mandarme lo que menos me conviene en precio o calidad. Si has quedado fijo con Williamson, entonces nada; pero debías habérmelo dicho.

—Bueno, no, no he quedado en firme. Comprendo lo que quieres decir. Iré. Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Nada; en cuanto acabemos de arreglar la casa, quiero ir a ver el sitio donde voy a plantar mi nueva rosaleda. A propósito, antes de ir a Maldon, quiero que llesves a Collins a que eche una mirada al lugar que he elegido. Ya sabes dónde es, por supuesto.

—Bueno, no estoy muy seguro, Mary. ¿Es al final de la parte de arriba, hacia el pueblo?

—¡Válgame Dios, George!, yo creía que había quedado completamente claro. No, es en ese pequeño calvero que queda a un lado del sendero que atraviesa la arboleda, camino de la iglesia.

—¡Ah, sí!, donde parece que hubo en tiempos un cenador; ese lugar donde hay un banco y algunos postes. ¿Tú crees que dará bastante el sol allí?

—Queridísimo George, concédeme *algo* de sentido común y no me honres con tus ideas sobre cenadores. Sí, dará muchísimo el sol cuando quitemos unos cuantos arbustos de boj. Sé lo que vas a decir, y tengo tan pocas ganas como tú de dismantelar el sitio ése. Todo lo que quiero es que vaya Collins y quite los bancos viejos y los postes y demás, para dentro de una hora que iré yo. Procura que lo haga pronto; después de la merienda pienso seguir con mi boceto de la iglesia; tú, si te apetece, puedes ir al campo de golf, o...

—¡Buena idea..., pero que muy buena! Sí, señor; mientras tú terminas ese, boceto, yo jugaré un partido.

—Iba a decir que puedes, también, hacerle una visita al señor obispo, perol supongo que es inútil que te haga sugerencias. Ahora date prisa, o se nos irá a mitad de la mañana.

El rostro del señor Anstruther, que había empezado a mostrar síntomas de alargarse, se contrajo de nuevo, salió apresuradamente de la habitación y se oyó dar órdenes inmediatamente en el pasillo. La señora Anstruther, imponente dama de unas

cincuenta primaveras, tras leer por segunda vez la correspondencia matinal, se dispuso a proseguir sus tareas domésticas.

A los cinco minutos, el señor Anstruther había descubierto a Collins en invernadero, y se encaminaron hacia el lugar elegido para la rosaleda. No es al tanto de las condiciones más idóneas para un vivero de este tipo, pero inclino a creer que la señora Anstruther, aunque tenía la costumbre de calificarse a sí misma de buena jardinera, no estaba muy enterada sobre cuáles eran los lugares adecuados. Y el que había elegido era un claro pequeño y húmedo que flanqueaba un sendero por un lado, y espesos macizos de boj, laureles otros arbustos de hoja perenne por otro. El suelo estaba casi desnudo de hierba y tenía un aspecto negruzco. Los restos de unos bancos rústicos, y un viejo y rugoso poste de roble situado más o menos en el centro del claro era lo que había sugerido al señor Anstruther la idea de que allí había habido un cenad

Evidentemente, Collins no estaba al corriente de los proyectos de la señora sobre este lugar, y cuando el señor Anstruther se los comunicó, no mostró el menor entusiasmo.

—Naturalmente, podría quitar los bancos en un momento —dijo—. No s ningún adorno para este lugar, señor Anstruther, y además están podridos. Mire usted —y rompió un pedazo—, completamente podridos. Sí, quitarlos, claro que podemos.

—Y el poste —dijo el señor Anstruther—, el poste también. Y Collins se acercó al poste y lo sacudió con ambas manos, luego se rascó la barbilla.

—El poste este, en cambio, parece muy firme —dijo—. Y está así desde hace un montón de años, señor Anstruther. No creo que sea tan fácil como los bancos.

—Pues la señora desea muy especialmente que se quite todo esto en una hora —dijo el señor Anstruther. Collins sonrió, e hizo un signo negativo con la cabeza.

—Perdone usted, señor, pero compruébelo usted mismo. No señor, nadie puede hacer una cosa que es imposible, ¿no es verdad, señor? Yo podría tenerla quitado allá para las cinco de la tarde, pero a base de cavar y cavar. Para hacer lo que el señor me pide hay que quitar toda la tierra que tiene el poste alrededor, y eso nos llevará al chico y a mí algún tiempo. Ahora, que estos bancos —dijo Collins, apropiándose de esta parte del proyecto como si se debiera a su propia capacidad de recursos—, vaya, puedo coger y quitarlos de en medio, digamos, en menos de un cuarto de hora, si el señor me lo permite. Sólo que...

—¿Sólo que qué, Collins?

—Bueno, yo no soy quién para oponerme a esas órdenes, como tampoco lo es usted..., ni nadie —se apresuró a añadir—, pero con perdón del señor, éste no es el sitio que yo escogería para plantar una rosaleda. Vea, todo este boj y esos durillos tapan la luz de...

—¡Ah, sí!, pero quitaremos algunos, naturalmente.

—¡Claro, claro, quitaremos algunos! Por supuesto, pero..., le ruego que me perdone, señor Anstruther...

—Lo siento, Collins, pero tengo que irme. Oigo el coche delante de la puerta. La señora le explicará exactamente lo que desea. Le diré que tratará usted de quitar los bancos en seguida, y que dejará el poste para la tarde. Buenos días.

Collins se quedó frotándose la barbilla. La señora Anstruther recibió el parte con

cierto disgusto, pero no insistió en introducir cambio alguno en estos planes.

Hacia las cuatro de la tarde había mandado a su marido al campo de golf, se había ocupado puntualmente de Collins y de otros asuntos cotidianos y, tras ordenar que le colocaran su silla de tijera y su parasol en el lugar adecuado, reanudó el boceto de la iglesia, tomada desde los árboles; fue entonces cuando llegó apresuradamente una criada y le comunicó que la señorita Wilkins había llegado.

La señorita Wilkins era uno de los pocos miembros que quedaban de la familia a la que los Anstruther habían comprado la propiedad de Westfield unos años atrás. Se había quedado a vivir en la vecindad, y esta visita era probablemente de despedida.

—Dígale a la señorita Wilkins si es tan amable de venir hasta aquí —dijo la señora Anstruther, y un momento después se acercaba la señorita Wilkins, que era persona de edad ya madura.

—Sí, me voy a Ashes mañana; ya le contaré a mi hermano las mejoras que han hecho ustedes en la propiedad. Como es natural, él echa de menos la vieja casa, lo mismo que yo, pero el jardín ahora es una delicia.

—Cuánto me alegro de oírle decir eso. Pero no crea que hemos terminado los arreglos. Permítame que le enseñe dónde quiero plantar una rosaleda. Es muy cerca de aquí.

Expuso los detalles del proyecto a la señorita Wilkins con cierta minuciosidad, pero el pensamiento de ésta estaba puesto, evidentemente, en otra parte.

—Sí, una delicia —dijo finalmente con aire absorto—. Perdóneme, señora Anstruther, pero me temo que estaba pensando en los viejos tiempos. Me alegro *muchísimo* de haber visto este sitio antes de que usted lo modifique. Frank y yo hemos vivido una verdadera aventura en este paraje.

—¿De veras? —dijo la señora Anstruther sonriente—; cuénteme cómo fue. Estoy segura de que debió de ser algo fantástico y encantador.

—Muy encantador no fue, pero siempre me ha parecido extraño. Ninguno de los dos habríamos sido capaces de venir aquí a solas cuando éramos niños, y aun ahora no sé si me atrevería, en determinados momentos. Es una de esas cosas que resultan imposibles de explicar con palabras, a mí por lo menos, y que suenan a absurdo cuando no se saben contar como es debido. Todo lo que puedo decir, desde luego, es que este lugar nos causaba..., bueno, casi horror, cuando estábamos solos. La cosa ocurrió hacia el anochecer de un día realmente caluroso de otoño. Frank había desaparecido misteriosamente en el parque, yo le buscaba para llevarle el te y bajaba por ese sendero, cuando lo vide repente, no escondido entre los arbustos como casi me esperaba, sino en el banco del antiguo cenador (porque aquí hubo antes un cenador de madera); dormido en una esquina, pero con una expresión tan espantosa en su rostro que pensé que debía de estar enfermó o incluso muerto. Corrí a él y le sacudí, y le dije que despertara; y desde luego que se despertó, pero dando un grito. Le aseguré que el pobre parecía casi enajenado de terror. Me llevó corriendo a casa, y pasó esa noche en un estado de nervios horrible, sin pegar ojo. Necesito taba tener a alguien sentado a su lado, creó recordar. Luego mejoró, pero tardé días en conseguir que me contara por qué le había encontrado en semejante estado. Al final resultó que se había dormido y había tenido una especie de sueño absurdo. No llegó a ver claramente lo que había a su alrededor,

pero *sintió* las escenas vívidamente. Primero se dio cuenta de que se hallaba de pie en una gran habitación dónde había muchísima gente, y tenía a alguien «muy poderoso» enfrente que le hacía preguntas sumamente importantes, al parecer, y cada vez que contestaba, alguien (la persona que tenía enfrente u otra de las que estaban presentes) se confabulaba, como él decía, contra él. Todas las voces sonaban muy distantes, pero recordaba frases sueltas de lo que decían: —«¿Dónde estabas el 19 de octubre?», «¿es ésa tu letra?», y cosas así. Ahora comprendo, naturalmente, que debió de soñar acerca de algún juicio, pero no nos dejaban nunca leer el periódico, por eso resultaba extraño que un niño de ocho años pudiera tener una idea tan precisa de lo que sucedía en un tribunal. Decía que durante todo el procesó experimentó una ansiedad, una opresión y una desesperación insoportables (aunque no creó que lo dijera con esas mismas palabras). Luego, después de eso, hubo un intervalo durante el cual recordaba haberse sentido horriblemente inquieto y desdichado, y luego vino otra especie de escena en la que, tras cruzar el umbral, había salido a una madrugada cruda y gris, con el suelo cubierto de nieve. Se hallaba en una calle, en todo casó entre edificios, y tenía la vaga conciencia de que había cientos de personas también, y de que le hacían subir unos cuantos peldaños de madera que crujían bajo sus pies, hasta que se detuvo en una especie de plataforma, pero lo único que pudo ver realmente fue una pequeña fogata que había encendida no lejos de dónde estaba. Alguien que le había estado sujetando por el brazo izquierdo lo cogió *y* lo llevó junto a esa fogata, *y* luego me contó que el horror que llegó a experimentar en esa parte de su sueño fue la peor de todas, y que de no haberse despertado, no sabía lo que habría podido sucederle. Fue un sueño muy extraño para un niño, ¿verdad? Bueno, de momento eso fue todo. Pero a finales de ese mismo año, me parece, Frank *y* yo volvimos por aquí, *y* yo estuve sentada hasta la caída de la tarde. Al darme cuenta de que se estaba poniendo el sol, le dije a Frank que fuera corriendo a ver si habían preparado el té, mientras yo terminaba un capítulo del libro que tenía entre manos. Frank tardaba en volver más de lo que yo había pensado, y la luz se estaba yendo tan rápidamente que cerré el libro dispuesta a marcharme. En ese instante mismo me di cuenta de que alguien me estaba susurrando algo en el cenador. Las únicas palabras que logré entender ó que me pareció entender fueron algo así como: «Tira, tira. Yo empujaré; tú tira».

»Me levanté de un saltó francamente asustada. La voz (que era poco más que un susurro) sonaba áspera *y* furiosa, *y* no obstante parecía provenir de muy, muy lejos..., igual que en el sueño de Frank. Pero aunque estaba asustada, tuve valor suficiente para mirar a mí alrededor y tratar de averiguar de dónde provenía la voz. Y (le parecerá una estupidez, pero es la pura verdad) comprobé que se oía más fuerte cuando pegaba el oído al viejo poste que había plantado junto a un extremo del banco. Tan segura estaba de que era así que hice unas señales en el poste, lo más profundas que pude, con las tijeras de mi cesta de labor. No sé por qué las hice. A propósito, me preguntó si no será éste el mismo poste... Vaya, pues sí, puede que sea éste; aquí tiene las señales y rayas, pero no estoy segura. De todos modos, era un poste igual que este que tienen ustedes aquí. Mi padre llegó a enterarse del miedo que habíamos pasado los dos en el cenador, *y* vino en persona una noche después de cenar, *y* en un santiamén derribó el cenador. Recuerdo haber oído a mi padre referirle el caso a un anciano que solía hacer trabajos

ocasionales para nosotros, y que el viejo comentó: "No se inquiete, señor; ése está bastante seguro ahí, a menos que venga alguien y le deje salir". Pero cuando les pregunté de quién nos hablaban no me dieron una respuesta satisfactoria. Probablemente, mi padre o mi madre nos habrían contado algo más sobre el particular, cuando ya fuéramos mayores, pero como usted sabe, los dos murieron siendo nosotros niños todavía. Debo decir que aquel incidente me ha parecido siempre muy extraño, y he preguntado a menudo a los más ancianos del lugar si sabían alguna cosa extraña que hubiera sucedido por aquí, pero una de dos: o no sabían nada, o nunca me lo quisieron decir.

» ¡Pero, válgame Dios, querida, cómo la estoy aburriendo con los recuerdos de mi infancia! Aunque, desde luego, ese cenador acaparó nuestros pensamientos durante mucho tiempo. Puede usted figurarse la clase de historias que nos inventábamos. Bueno, señora Anstruther, ahora debo dejarla. Espero que nos veamos en el pueblo este invierno, ¿verdad? —etc., etc.

Esa misma tarde quitaron los bancos y arrancaron el poste. Los finales de verano son proverbialmente traicioneros y, durante la cena, la mujer de Collins envió a pedir un poco de coñac porque su marido había cogido un horrible resfriado y se temía que probablemente no podría trabajar al día siguiente.

Las reflexiones que por la mañana se hizo la señora Anstruther no eran del todo tranquilizadoras. Estaba segura de que habían entrado unos truhanes en la finca durante la noche.

—Y otra cosa, George, en cuanto Collins se levante, le vas a decir que haga; algo por ahuyentar a los búhos. En mi vida había oído nada parecido; estoy segura de que hasta se posó uno precisamente en nuestra ventana. Si llega a entrar me da algo. Debía de ser un avechucho enorme, a juzgar por la voz que tenía. ¿No lo oíste tú? No, claro; tú estabas como un tronco como de costumbre. Sin embargo, George, me parece que no tienes cara de haber descansado mucho esta noche.

—Querida, creo que otra noche como la que he pasado acabaría conmigo. No te puedes figurar los sueños que he tenido. Al despertarme no me he atrevido a contártelos, y si esta habitación no estuviera tan soleada y tan iluminada, no me atrevería a pensar en ellos ni aun ahora.

—Bueno, George, desde luego, ¡reconozco que eso no es muy corriente en ti! Debes de haber... No, ayer tomaste lo mismo que yo..., a no ser que tomaras té en ese dichoso club, ¿eh?

—No, no; no tomé más que una taza de té y un poco de pan con mantequilla. Lo que de veras me gustaría saber es cómo he llegado a soñar todo eso; por que supongo que uno forja sus sueños a base de cosas intrascendentes que ha estado viendo o leyendo. Pues verás, Mary, era lo siguiente..., ¿o te estoy aburriendo?...

—Quiero oír lo que has soñado, George. Ya te avisaré cuando empiece a aburrirme

—De acuerdo. Confieso que, en cierto modo, no es una pesadilla como las demás, porque a decir verdad no *veía* a nadie hablándome o tocándome, pero me ha impresionado tremendamente por su realismo. Al principio yo estaba sentado, no, andaba de un lado a otro en una especie de habitación anticuada de paredes con entrepaños. Recuerdo que había una chimenea en la que ardían cantidades de papeles,

y yo me encontraba en un estado de gran ansiedad por alguna razón. Había alguien más..., un criado, supongo, porque recuerdo que le dije: «Prepara los caballos lo más pronto que puedas», y luego aguardé un momento; a continuación oí que subían varias personas y un ruido como de espuelas en el entarimado del suelo; luego se abrió la puerta y, fuera lo que fuese lo que yo esperaba, sucedió.

—Sí, pero ¿qué era?

—Pues verás, no te sabría decir, era esa clase de impresión que te deja trastornado en sueños. O te despiertas, o se queda todo en tinieblas. Y eso es lo que me pasó a mí. Después me encontraba en una gran habitación de paredes oscuras, con entrepaños, me parece, igual que la otra; había muchísima gente, y yo asistía evidentemente...

—A tu propio juicio, supongo.

—¡Dios mío!, sí, Mary, así es, ¿es que has soñado lo mismo tú también? ¡Qué cosa más extraña!

—No, no; yo no he dormido lo bastante para eso. Sigue, George, después te contaré.

—Sí, bueno; me *estaban* juzgando, de eso no me cabe la menor duda, según el estado en que me encontraba. No tenía a nadie que hablara por mí, y había un individuo pavoroso en el tribunal; yo tenía que defenderme, y retorció cada uno de mis argumentos y me hacía las preguntas más abominables.

—¿Sobre qué?

—Pues sobre determinadas fechas en las que estuve en determinados sitios y sobre cartas que se suponían escritas por mí y sobre la razón por la cual había destruido ciertos documentos, y recuerdo que a cada respuesta mía se reía de un modo que me encogía el corazón. Te parecerá una estupidez, pero te aseguro, Mary, que al llegar a ese momento la situación se hizo verdaderamente aterradora. Estoy seguro de que ese hombre ha existido de verdad y ha debido de ser terriblemente malvado. Decía cada cosa...

—Por favor, no tengo ganas de oírlas. Para eso, no tengo más que ir al campo de golf cuando me apetezca. ¿Cómo terminó?

—Me declaró culpable, que es lo que él se proponía. Me gustaría poderte dar una idea de la tensión que experimenté a continuación; me parece que tendrán que pasar muchos días para que se me pase; aguardaba y aguardaba, y a veces escribía cosas que consideraba de vital importancia para mí, y esperaba respuestas que no llegaban nunca; después, salí...

—¡Ah!

—¿Qué es lo que te sorprende? ¿Es que no sabes lo que vi?

—¿Era un día frío y gris, con las calles nevadas y una lumbre encendida no lejos de donde estabas tú?

—¡Por Cristo, eso es! ¡Has tenido la misma pesadilla! ¿De verdad que no? ¡Vaya, eso sí que es extraordinario! Pues sí, estaba seguro de que me iban a ejecutar por un delito de alta traición. Sé que me arrojaron sobre la paja y me transportaron en un carro que traqueteaba bárbaramente; luego me hicieron subir unos cuantos peldaños, alguien me sujetaba del brazo; recuerdo que vi parte de una escala de mano y oí murmullo de muchedumbre. Te aseguro que no sería capaz de soportar meterme ahora entre una

multitud y oír el rumor que hacen al hablar. Pero, gracias a Dios, la cosa no llegó hasta el final. El sueño se disipó con una especie de estallido dentro de mi cabeza. Pero, Mary...

—Sé lo que vas a preguntarme. Supongo que ha debido de ser un caso de transmisión de pensamiento. La señorita Wilkins estuvo aquí ayer y me contó un sueño que tuvo su hermano de pequeño, cuando vivían aquí; seguramente hubo algo anoche que me hizo pensar en ese sueño mientras oía a los horribles búhos y a esos individuos que hablaban y reían en el plantío (a propósito, quiero que vayas a ver si han hecho algún destrozo y que des parte a la policía), así que estoy segura de que, mientras dormías, debió de pasar de mi cerebro al tuyo. Es extraño, desde luego, y siento que te diera una mala noche. Convendrá que tomes hoy todo el aire que puedas.

—No, si ahora me encuentro perfectamente, pero creo que iré al club, a ver si juego un partido con alguien. ¿Y tú?

—Yo tengo bastante que hacer esta mañana; y esta tarde, si no me interrumpen, quiero seguir mi dibujo.

—De acuerdo, tengo ganas de que lo termines.

No descubrió ningún destrozo en el plantío. El señor Anstruther inspeccionó superficialmente el lugar elegido para la rosaleda; allí estaba el poste y el hoyo sin tapar donde había estado clavado. Fue a preguntar por Collins; al parecer se sentía mejor, aunque no podía reintegrarse aún a su trabajo. Por lo demás manifestó por boca de su mujer que esperaba no haber cometido ningún error al quitar todas esas cosas. La señora Collins añadió que en Westfield un montón de personas se habían puesto a contar cosas, y que los viejos eran los peores; les extrañaba que se hubiesen quedado en la parroquia tanto tiempo cuando los demás duraban tan poco. Pero no le fue posible averiguar qué estuvieron contando; fuera lo que fuese, aquellas bobadas habían inquietado mucho a Collins.

Repuesta tras el almuerzo y una ligera siesta, la señora Anstruther se instaló cómodamente en su silla plegable junto al sendero que, cruzando la arboleda, conducía a la entrada lateral del cementerio. Entre sus temas preferidos se contaban los edificios y los árboles, y aquí tenía un buen lugar donde ejercitarse en ambos. Trabajó de firme, y cuando las boscosas montañas de poniente ocultaron el sol, el dibujo empezaba ya a resultar una cosa francamente agradable de ver. Aún habría seguido trabajando algo más, pero la luz cambiaba de prisa, por lo que comprendió que debía dejar los últimos toques para el día siguiente. Se levantó y regresó a la casa, deteniéndose un momento para recrearse en la limpia transparencia verde del ocaso. Cruzó después los arbustos de boj y, poco antes de salir al espacio de césped que rodeaba la casa, se detuvo una vez más a contemplar el sereno espectáculo del crepúsculo, diciéndose para sus adentros que sin duda era la torre de una de las iglesias de Roothing la que se veía recortada en el horizonte. Luego, un pájaro, quizá, susurró a su izquierda, entre los arbustos de boj; y al volverse, se llevó un susto mortal al descubrir lo que al principio parecía una máscara atisbando entre las ramas. La miró con más atención.

No era una máscara. Era un rostro ancho, liso y sonrosado. Aún recuerda las menudas gotas de sudor que le perlaban la frente, así como las mejillas afeitadas y los

ojos cerrados. Recuerda también, y con una precisión tal que su pensamiento se hace intolerable, que tenía la boca abierta y que le asomaba un diente solitario bajo el labio superior. En el preciso momento en que vio el rostro, éste retrocedió, ocultándose en la oscuridad de los arbustos. Entonces ella echó a correr y logró llegar a la casa justo antes de caer desvanecida.

Llevaban el señor y la señora Anstruther una semana o más descansando en Brighton, cuando recibieron una circular de la Sociedad Arqueológica de Essex en la que se les preguntaba si poseían retratos históricos y, en caso afirmativo, si deseaban incluirlos en la obra sobre Retratos de Essex que iban a publicar bajo los auspicios de dicha entidad. La circular iba acompañada de una carta del secretario, en la que figuraba el párrafo siguiente:

«Estamos especialmente interesados en saber si poseen el original de un grabado del que adjuntamos fotografía. Corresponde a Sir, Presidente del Tribunal Supremo bajo el reinado de Carlos II, quien, como indudablemente saben Vds., se retiró después de su deshonra a Westfield, y se cree que murió allí víctima de sus propios remordimientos. Puede que les interese saber que hemos descubierto recientemente una referencia en los archivos, no de Westfield, sino de Prior Roothing, en el sentido de que la parroquia se vio afectada por tantas calamidades a su muerte que el rector de Westfield requirió a todos los clérigos de Roothing para que fuesen a enterrarlo, cosa que hicieron. La referencia termina diciendo: "El poste está en un prado vecino al cementerio de Westfield, al lado oeste". Tal vez puedan ustedes decirnos si en esa localidad circula alguna historia al respecto».

Los incidentes que la «adjunta fotografía» le recordaron a la señora Anstruther le ocasionaron una seria crisis. Por lo que quedó decidido que pasara el invierno fuera.

Cuando el señor Anstruther bajó a Westfield para llevar a cabo las gestiones necesarias, se lo contó con toda naturalidad al rector (un anciano ya), el cual se mostró muy poco sorprendido.

—Desde luego, he logrado averiguar lo que debió ocurrir, valiéndome, por un lado, de las habladurías de los viejos del lugar, y por otro, de lo que he visto en las tierras de usted. Naturalmente, nosotros lo hemos sufrido también, hasta cierto punto. Sí, fue desagradable al principio; parecían búhos, como usted dice, y gentes charlando, a veces. Unas noches era en este jardín, y otras en el de algunas casas de campo. Pero últimamente no se ha oído nada; yo diría que han dejado de oírse estas cosas. En nuestros libros no se registra nada,= salvo la anotación de un entierro, y lo que durante mucho tiempo se ha tomado por el lema familiar; pero la última vez que lo he visto he observada que ha sido añadida posteriormente, y que tenía las iniciales de uno de los rectores de finales del siglo XVII: A. C., Augustinus Crompton. Aquí está, mire *quieta non movere*. Supongo..., Bueno, me resulta difícil decir exactamente lo que supongo.

EL TRATADO MIDDOTH

Hacia el final de una tarde de otoño, un señor mayor de cara flaca y grises patillas Piccadilly empujó la puerta de vaivén que daba acceso al vestíbulo de cierta famosa biblioteca y, dirigiéndose a un empleado, le manifestó que creía tener derecho a utilizar la biblioteca, y le preguntó si podía sacar un libro. Sí, si estaba en la lista de los que gozaban de ese privilegio. Mostró su tarjeta: Sr. John Eldred. Y consultado el registro, la respuesta que recibió fue afirmativa. «Ahora otra cosa —dijo—: hace bastante tiempo que no vengo por aquí y no me acuerdo del edificio; además, es casi hora de cerrar y me es imposible andar subiendo y bajando a toda prisa. Aquí está el título del libro que necesito: ¿hay alguien disponible que me lo pueda buscar?» Tras pensar un momento, el empleado del mostrador hizo una seña a un joven que pasaba. «Señor Garrett —dijo—: ¿tiene un minuto para atender a este señor?» «Con mucho gusto —fue la respuesta del señor Garrett; y cogió la ficha con el título—. Creo que lo encontraré en seguida; casualmente está en la sección que he inspeccionado hace una cuarto de hora; pero voy a mirar en el catálogo para asegurarme. Supongo que desea esta edición concreta, ¿verdad, señor?» «Sí, si no le importa; ésa exactamente —dijo el señor Eldred—. Se lo agradezco muchísimo». «No faltaba más, señor», dijo el señor Garrett, y se fue corriendo.

—Lo sabía —dijo para sí cuando su dedo, tras recorrer las páginas del catálogo, se detuvieron en determinada referencia—: *Talmud. Tratado Middoth; con comentarios de Nachmanides*. Amsterdam, 1707. 11.3.34. Sección de Hebreo, naturalmente. No va a ser difícil.

El señor Eldred, acomodado en una butaca del vestíbulo, esperó ansioso el regreso de su mensajero... Pero su desencanto al ver bajar a un señor Garrett con las manos vacías fue de lo más evidente.

—Siento decepcionarle, señor —dijo el joven—; pero el libro está servido.

—¡Vaya por Dios! —dijo el señor Eldred—. ¿Seguro? ¿No se habrá equivocado?

—No hay mucha posibilidad, señor. Aunque, si no le importa esperar un minuto, podría hablar con el señor que lo tiene. No tardará en abandonar la biblioteca, *y creo* que le he visto coger el libro de la estantería.

—¿Sí? ¿Y le reconocería? ¿Es profesor o estudiante?

—Creo que no. Desde luego, no es profesor. Lo conocería; aunque no hay buena luz en esa parte de la biblioteca a esta hora del día y no le he visto la cara. Me ha parecido más bien un señor viejo y bajo, clérigo quizá, con capa. Si espera un momento, puedo preguntarle si necesita el libro de manera especial.

—No, no —dijo el señor Eldred—, no quiero... No puedo esperar ahora, gracias... Tengo que marcharme. Pero volveré mañana si puedo, y tal vez haya averiguado usted quién lo tiene.

—Por supuesto, señor; y le tendré preparado el libro si... —pero el señor Eldred se había ido ya, más deprisa de lo que se juzgaría prudente para sus años.

Garrett, que tenía un momento disponible, se dijo: «Iré otra vez a esa estantería a

ver si encuentro al anciano. Es muy probable que pueda renunciar al libro por unos días. Quizá el otro señor no necesite tenerlo mucho tiempo». Así que se dirigió a la Sección de Hebreo. Pero al llegar estaba desierta, y el libro, con la signatura 11.3.34, se hallaba en su sitio. Era vejatorio para su propia autoestima haber defraudado a un consultante con tan poco fundamento; y de no haber ido contra las normas de la biblioteca, le habría gustado bajar el libro al vestíbulo en este momento, a fin de tenerlo allí cuando llegase el señor Eldred. Pero estaría pendiente, por la mañana, de la llegada del señor Eldred, y pidió al empleado del mostrador que le mandase recado en cuanto se presentase. Pero el hecho es que él mismo se encontraba en el vestíbulo cuando llegó J, el señor Eldred, poco después de que abriesen la biblioteca, y cuando no había casi nadie en el edificio aparte del personal.

—Lo siento mucho —dijo—; no suelo tener a menudo despistes estúpidos de esta clase, pero estaba convencido de que el anciano que vi cogía ese libro y lo retenía sin abrirlo, como suele hacer la gente cuando piensa sacarlo en préstamo y no consultarlo aquí mismo. Se lo bajo en un segundo.

Y aquí hubo una pausa. El señor Eldred midió los pasos del vestíbulo, leyó los anuncios, consultó su reloj, se sentó a vigilar la escalera e hizo todo lo que hace un hombre devorado por la impaciencia, hasta que transcurrieron unos veinte minutos. Por último fue al mostrador y preguntó si estaba muy lejos esa, parte de la biblioteca a la que había ido el señor Garrett.

—Precisamente estaba pensando que es muy raro, señor: es un joven bastante vivo por lo general; pero puede que el bibliotecario le haya mandado a algún recado; aunque de todos modos podía haberle dicho que estaba usted esperando. Le llamaré por el tubo a ver —y le llamó por el tubo.

Mientras escuchaba la respuesta a su pregunta, le iba cambiando la expresión; seguidamente hizo una o dos preguntas complementarias que fueron contestadas brevemente. Después se acercó al mostrador y dijo en tono bajo:

—Siento decirle que ha habido un pequeño contratiempo al parecer. Por lo visto al señor Garrett le ha ocurrido algo, y el bibliotecario lo ha mandado a su casa en un coche por la otra salida. Ha sido víctima de un ataque, por lo que me han dicho.

—¿Cómo! ¿De veras? ¿Quiere decir que le han herido?

—No, señor; nada de violencia, sino que, por lo que he entendido, le ha atacado un ataque, podríamos decir, de enfermedad. No es de constitución fuerte el señor Garrett. En cuanto a su libro, señor, quizá pueda buscarlo usted mismo. Sería una contrariedad que por este percance se quedara sin él otra vez...

—Sí... bueno; siento mucho que el señor Garrett se haya puesto enfermo de modo mientras me estaba atendiendo. Creo que es mejor que me olvide del libro de momento y vaya a verle. Supongo que puede darme su dirección —el empleado se la dio; al parecer el señor Garrett vivía no lejos del trabajo—. Y otra pregunta: ¿observó ayer si un señor anciano, clérigo quizá, con una... sí, con una capa negra, abandonó la biblioteca después que yo? Creo que puede ser un... o sea, creo que puede estar viviendo... o mejor dicho, puede que le conozca.

—¿Con una capa negra? No, señor. Sólo quedaban dos señores cuando usted se fue, señor; y los dos bastante jóvenes. Eran el señor Carter, que sacó un libro de música,

y un profesor que se llevó un par de novelas. No vi a nadie más, señor; después me fui a cenar, y muy contento de hacerlo. Gracias, señor, muchas gracias.

El señor Eldred, todavía dominado por la ansiedad, paró un coche de alquiler y se dirigió al domicilio del señor Garrett; pero el joven aún no estaba en condiciones de recibir visitas. Se encontraba mejor, pero su patrona opinaba que había debido de sufrir una conmoción. Por lo que había dicho el médico, creía que podría verle mañana. El señor Eldred regresó a su hotel al anochecer y me temo que pasó la velada en un estado de ánimo bastante sombrío.

Al día siguiente pudo ver al señor Garrett. Cuando se encontraba bien, el señor Garrett era un joven alegre y de aspecto agradable. Ahora en cambio era un ser pálido y tembloroso, derrumbado en una butaca junto a la chimenea, que se estremecía por nada y no paraba de mirar hacia la puerta. Pero si había visitas que no estaba dispuesto a recibir, el señor Eldred no era una de ellas.

—En realidad soy yo el que debe pedirle disculpas; y ya había perdido toda esperanza de poderlo hacer, porque no sabía sus señas. Pero me alegro de que haya venido. Siento mucho causarle todo este trastorno; aunque comprenderá que no podía prever este... este ataque que he sufrido.

—Pues claro que no; pero veamos, yo soy algo médico. Perdone que le haga unas preguntas; aunque por supuesto, le han atendido debidamente. ¿Es una caída lo que sufrió?

—No. Me caí al suelo, pero no desde ninguna altura. En realidad, fue una impresión.

—¿Quiere decir que le sobresaltó algo? ¿Fue algo que creyó ver?

—No fue cuestión de *creer*, me temo. Sí: fue algo que vi. ¿Recuerda la primera vez que acudió usted a la biblioteca?

—Sí, claro. Pero ahora, permítame rogarle que no trate de describirlo: no le hará ningún bien recordarlo, se lo aseguro.

—Pero sería un alivio para mí contárselo a alguien como usted: quizá usted me lo podría explicar. Fue justo cuando iba a entrar en la sección donde está su libro...

—De veras se lo ruego, señor Garrett; además, el reloj me indica que dispongo de muy poco tiempo para recoger mis cosas y tomar el tren. No, no insista; podría resultarle más penoso de lo que imagina. Pero hay una cosa que sí quiero que me diga. Me siento indirectamente responsable de su indisposición, y creo que debo costear los gastos que... ¿eh?

Pero este ofrecimiento le fue rechazado de plano. El señor Eldred se marchó casi en seguida sin repetirlo, aunque no sin que el señor Garrett le pidiese antes que tomase nota de la signatura del Tratado Middoth, a fin de que, como dijo, pudiese ir a cogerlo él mismo. Pero el señor Eldred no volvió a aparecer por la biblioteca.

Ese día William Garrett tuvo otra visita en la persona de un joven compañero suyo de la biblioteca, un tal George Earle. Earle era uno de los que había encontrado a Garrett en el suelo, inconsciente, en la «sección» o cubículo (que se abría al corredor central de una espaciosa galería) donde se hallaban los libros de hebreo, y naturalmente había estado muy preocupado por su amigo. En cuanto concluyó el horario de trabajo se

presentó en la pensión.

—Bueno —dijo después de hablar de otras cosas—, no sé qué te pasó, pero me da la impresión de que hay algo insano en el ambiente de la biblioteca. Yo lo que sé es que justo antes de que te encontráramos iba con Davis por la galería, y le dije: «¿Habías notado antes el olor a moho que hay aquí? No puede ser saludable». Porque si uno pasa mucho tiempo expuesto a olores de esa clase (te aseguro que era lo más repugnante que he oído en mi vida), seguro que le penetra en el organismo y le acaba afectando de alguna manera, ¿no crees?

Garrett negó con la cabeza.

—Todo eso me parece muy bien; pero ese olor no está desde siempre, aunque lo llevo notando hace un día o dos: es una especie de intenso olor a polvo, pero no es eso lo que me afectó. Fue algo que *vi*. Y te lo quiero contar: entré en la Sección de Hebreo a coger un libro para un señor que había preguntado por él abajo. Ahora bien, el día antes había tenido un despiste con ese mismo libro: había ido por él para servírselo al mismo señor, y estoy seguro de que vi a un cura viejo con capa que lo acababa de coger. Le dije al señor que lo solicitaba que lo tenían ocupado y se marchó diciendo que volvería por la mañana. Subí otra vez a ver si el cura podía prescindir de él, pero ya no había ningún cura y el libro estaba en su sitio. Bueno, pues ayer, como digo, volví a ir. Imagínate: eran las diez de la mañana, la hora en que hay más luz en esas secciones; y allí estaba otra vez el cura, de espaldas a mí, mirando los libros de la estantería a la que iba yo. Había dejado el sombrero en la mesa, y vi que era calvo. Me detuve un segundo o dos a observarle un poco con atención. Te aseguro que tenía la calva más repugnante que he visto. Parecía reseca, cubierta de polvo, y las hebras que la recorrían parecían más telarañas que cabellos. Bueno, hice ruido a propósito, tosí y di unos pasos. Entonces se volvió y pude verle la cara... una cara que yo no había visto nunca. Te lo repito: no estoy equivocado. Aunque por alguna razón no se la pude ver entera, sí le vi la parte de arriba; y la tenía completamente seca, con los ojos muy hundidos; y sobre los ojos, desde las cejas a los pómulos, tenía *telarañas*... unas telarañas espesas. Eso me dejó fuera de combate como suele decirse; y no sé más.

No vale la pena que nos detengamos en las explicaciones que se le ocurrieron a Earle de este fenómeno; el hecho es que no convencieron a Garrett de que no había visto lo que había visto.

El bibliotecario insistió a William Garrett que se tomase una semana de descanso y cambiara de aires antes de reintegrarse al trabajo. Así que pocos días después se hallaba en la estación con su maleta, y buscando un compartimiento de fumadores en el que hacer el viaje a Burnstow-on-Sea, pueblo que no había visitado nunca. Al parecer sólo había un único compartimiento así. Pero al acercarse vio delante de la puerta una figura tan parecida a la relacionada con su reciente experiencia que, con una aprensión insuperable, y casi sin saber lo que hacía, abrió impulsivamente la puerta del compartimiento que tenía al lado y se metió en él como si el diablo le pisara los talones. El tren se puso en marcha. Garrett debió de desmayarse; porque lo primero de lo que tuvo conciencia a continuación fue de un frasco de sales que le ponían debajo de la nariz. Su médico era una señora mayor de aspecto agradable que, con su hija, era la

única pasajera que había en el vagón.

Si no llega a ser por este incidente, no es probable que hubiera trabado conversación con sus compañeras de viaje. En cambio así, los agradecimientos y las preguntas y la conversación general surgieron de manera inevitable; y antes de terminar el viaje Garrett se encontró provisto no sólo de médico, sino también de patrona; porque la señora Simpson alquilaba habitaciones en Burnstow, lo que pareció providencial en todos los respectos. El pueblo estaba vacío en esta época del año, de manera que Garrett no tuvo más remedio que incorporarse a la sociedad de la madre y la hija. En ellas encontró una compañía sumamente agradable. A la tercera noche de su estancia, su trato con ellas era ya tal que le invitaron a pasar la velada en el cuarto de estar privado de ambas.

En sus charlas salió a relucir que Garrett trabajaba en una biblioteca.

—¡Ah, las bibliotecas son un lugar admirable! —dijo la señora Simpson; dejando la labor con un suspiro—; aunque los libros me han jugado una mala pasada; o mejor dicho me la ha jugado *uno*.

—A mí, señora Simpson, los libros me dan de comer, y lamentaría tener nada contra ellos; no me agrada la noticia de que le han causado un perjuicio.

—Tal vez el señor Garrett pueda ayudarnos a resolver nuestro enigma, madre —dijo la señorita Simpson.

—No quiero que el señor Garrett se meta en una búsqueda que podría durar una vida entera, cariño; ni molestarle con nuestros asuntos personales.

—Pero si piensa que hay alguna posibilidad de que pueda serle útil, señora Simpson, por remota que sea, le pido por favor que me cuente cuál es ese enigma. Si se trata de averiguar algo sobre un libro, estoy en bastante buena situación de poder hacerlo, como ve.

—Sí, me doy perfecta cuenta; pero lo peor es que no sé el título del libro.

—¿Tampoco de qué trata?

—Tampoco.

—Salvo que creemos que no está en inglés, madre. Aunque eso es prácticas mente como si nada.

—Está bien, señor Garrett —dijo la señora Simpson, que aún no había vuelto a su labor y miraba el fuego pensativa—, le voy a contar la historia. Me hará el favor de no contársela a nadie, ¿verdad? Gracias. Pues veré, es la siguiente: yo tenía un anciano tío, un tal doctor Rant. Puede que haya oído hablar de él. No porque fuera un hombre notable, sino porque eligió una extraña manera de que le enterraran.

—Me parece que he leído su nombre en alguna guía turística.

—Es posible —dijo la señorita Simpson—. Dejó instrucciones (¡era un hombre horrible!) para que le pusieran sentado a una mesa, con su ropa habitual, en una cámara de ladrillo que había mandado construir bajo tierra en un campo cercano a su casa. Naturalmente, los vecinos del lugar dicen que suele vérselo por allí con su vieja capa negra.

—Bueno, cariño, yo de eso no sé mucho —prosiguió la señora Simpson—; lo que sé es que murió hace veinte años o más. Era clérigo, aunque le aseguro que no imagino cómo lo consiguió; de todos modos no ejerció en la última etapa de su vida, lo que creo

que estuvo bien, y vivió de sus propiedades, una hermosa finca que cae no lejos de aquí. No tenía mujer ni familia; sólo una sobrina, o sea yo, y un sobrino. Pero no nos tenía especial cariño a ninguno de los dos; ni a nadie en realidad. Si acaso quería más a mi primo que a mí, porque John se parecía mucho más a él en el carácter y, me temo que debo añadir, en su mezquina manera de ser. Otra cosa hubiera sido si no me llego a casar; pero me casé, y no me lo perdonó. Pues bien: aquí le tenía usted con su tierra y un montón de dinero, como se supo después, totalmente a su disposición; y se daba por supuesto que a su muerte le heredaríamos mi primo y yo a partes iguales. Un invierno, hará más de veinte años como he dicho, cayó enfermo, y me mandó llamar para que le cuidase. Por entonces aún vivía mi marido; pero el viejo no quiso ni oír hablar de que me acompañase. Al llegar vi a mi primo John que se marchaba en un cabriolé y, por lo que pude ver, de muy buen humor. Subí y atendí a mi tío en lo que era buenamente posible, pero en seguida comprendí que iba a ser su última enfermedad, y que él se daba cuenta también. El día antes de morir me tuvo todo el tiempo sentada junto a él, y noté que quería decirme algo (probablemente algo desagradable), y que lo estaba dejando hasta donde le permitiesen sus fuerzas... me temo que para tenerme en vilo. Finalmente lo soltó. «Escucha, Mary —dijo—: he hecho el testamento a favor de John; lo va a heredar todo». Naturalmente, la noticia me cayó como un mazazo, porque nosotros, mi marido y yo, no éramos personas ricas. De haber vivido con un poco de desahogo, creo que mi marido habría vivido unos años más. Pero le dije poco a mi tío; nada, salvo que tenía derecho a hacer lo que quisiera: en parte porque no se me ocurría nada que decir, y en parte porque estaba segura de que aún había más; como así era. «Pero, Mary —dijo—, no le tengo especial cariño a John, y he hecho otro testamento a *tu* favor. Tienes una *posibilidad* de quedarte con todo. Sólo necesitas dar con ese testamento, ¿entiendes?; porque yo no pienso decirte dónde está». Y rió por lo bajo. Esperé, porque estaba segura de que no había terminado. «Buena chica —dijo al cabo de un rato—; un poco de calma, y te diré lo mismo que le he dicho a John. Pero deja que te recuerde que no puedes ir al juzgado con lo que te acabo de decir, porque no podrías *presentar* ninguna prueba para avalar tus palabras, y John es un hombre que puede poner las cosas difíciles, declarando bajo juramento si es menester. Así que eso queda claro. Bien, pues se me ha ocurrido no escribir el documento en cuestión de una manera convencional, sino hacerlo en un libro. En un libro impreso, Mary. Y hay varios miles de libros en esta casa. Pero escucha, no te molestes buscando en ellos porque no está en ninguno de los que hay aquí. Se encuentra guardado en otra parte: en un sitio al que John puede ir a buscarlo cualquier día si se entera, y tú no puedes. Es un testamento en toda regla: puntualmente firmado por mí y los testigos; pero no creo que encuentres fácilmente a los testigos».

»Yo seguía sin decir nada: de haberme movido, habría sido para agarrar al viejo miserable y zarandearlo. Él se reía para sus adentros; y dijo finalmente:

»—Bien, bien; te lo has tomado con mucha calma; y como quiero que empecéis los dos en igualdad de condiciones, y John tiene la pequeña ventaja de poder ir a donde está el libro, a ti te voy a dar dos pistas que no le he dicho a él. El testamento está en inglés, pero no te darás cuenta si alguna vez lo tiene delante. Ésa es una de las pistas; la otra es que cuando yo haya muerto encontrarás un sobre en mi escritorio dirigido a ti, y

dentro algo que te ayudará a encontrarlo si tienes cabeza.

»Unas horas después había expirado; y aunque quise hacer entrar en razón a John Eldred sobre el particular...

—¿John Eldred? Perdone, señora Simpson... creo que he conocido a un tal John Eldred. ¿Qué aspecto tiene?

—Hace lo menos diez años que no le he visto: ahora será un hombre mayor; delgado y, a no ser que se las haya quitado, lleva esa clase de patillas que solían llamar Piccadilly o no-sé-qué.

—Piccadilly. Sí, ése es.

—Dónde le ha conocido, señor Garrett?

—No recuerdo bien —dijo Garrett con mendacidad—; en algún lugar público. Pero no ha terminado usted.

—En realidad no queda mucho que añadir; sólo que John Eldred, como es natural, no hizo ningún caso de las cartas que le mandé y ha disfrutado de la propiedad desde entonces, mientras que mi hija y yo hemos tenido que alquilar habitaciones, cosa que, debo decir, no ha resultado ni mucho menos tan desagradable como yo temía al principio.

—Pero, ¿y el sobre?

—¡Es verdad! Bueno, pues ahí está el enigma. Enséñale al señor Garrett el papel que hay en mi mesa.

Era una cartulina en la que no había más que cinco cifras sin puntos ni comas: 11334.

El señor Garrett se quedó pensando, aunque tenía una lucecita en los ojos. De repente hizo una mueca y preguntó:

—¿Cree que el señor Eldred puede tener alguna pista más de las que tiene usted respecto al título del libro?

—A veces pienso que sí —dijo la señora Simpson—, y por un motivo: mi tío debió de hacer el testamento no mucho antes de morir (creo que él mismo lo dijo), y se deshizo del libro a continuación. Pero todos sus libros estaban meticulosamente catalogados; y John posee ese catálogo; puso especial empeño en que no se vendiese ningún libro de la casa. Y me han dicho que está visitando constantemente las librerías y las bibliotecas, por lo que imagino que debe de haber averiguado qué libros de los registrados en el catálogo faltan de la biblioteca de mi tío, y sin duda anda buscándolos.

—Exacto, exacto —dijo el señor Garrett; y se quedó pensativo.

Al día siguiente recibió una carta que, como dijo a la señora Simpson con pesar, hacía absolutamente necesario dar por finalizada su estancia en Burnstow.

Aunque sentía dejarlas (ellas lo sintieron igual, al menos, al verle marchar), había empezado a pensar que muy posiblemente estaba a punto de acontecer algo trascendental para la señora (¿y para la señorita, debo añadir?) Simpson.

En el tren, Garrett iba excitado y nervioso. Se devanaba los sesos tratando de averiguar si la signatura del libro que el señor Eldred había estado buscando coincidía con los números de la cartulina de la señora Simpson. Pero, para su desaliento, se daba cuenta de que el desvanecimiento que había sufrido la semana anterior le había

afectado de modo que no recordaba ni el título, ni la naturaleza del libro, ni la sección a la que había ido a buscarlo. Sin embargo, las demás regiones topográficas de la biblioteca y el trabajo las tenía tan claras y presentes como siempre.

Y una cosa más —dio una patada de enfado al pensarlo—: al principio había vacilado y después había olvidado preguntar a la señora Simpson dónde vivía Eldred. Aunque podía preguntárselo por carta.

Al menos tenía una pista en las cifras de la cartulina. Si eran una signatura de su biblioteca, el número de combinaciones sería reducido. Podían distribuirse en 1.13.34, 11.33.4 o 11.3.34. Comprobar las tres posibilidades sería cuestión de unos minutos; y si faltaba alguno de esos tres libros, contaba con todos los medios para localizarlo. Se puso rápidamente en marcha, aunque antes tuvo que entretenerse unos momentos en explicar su regreso repentino a la patrona y después a sus compañeros. El 1.13.34 estaba en su sitio y no contenía escritos extraños de ningún género. Cuando se acercaba a la sección 11 de la misma galería le vino el recuerdo de su experiencia como un escalofrío. Pero *debía* seguir. Tras una rápida ojeada al 11.33.4 (el primero que le saltó a la vista: *un* libro completamente nuevo), paseó la mirada por la fila de los en cuarto que llena la sección 11.3: allí estaba el hueco que temía: faltaba el 34. Se detuvo un momento a comprobar que no estaba mal colocado, y bajó al vestíbulo.

—¿Se han llevado el 11.3.34? ¿Recuerda haber anotado ese número?

—¿Recordar el número, señor Garrett? ¿Por quién me toma? Tenga, hojeo usted mismo las papeletas, si es que tiene el día libre.

—Está bien, ¿ha vuelto a venir por aquí ese tal señor Eldred, el señor mayor que vino el día en que me desmayé? ¡Vamos! De él sí se acordará.

—¿Qué se ha creído? Pues claro que me acuerdo. No, no ha vuelto desde que usted se fue de vacaciones. Aunque me parece... Espere. Seguro que Roberto lo sabe. Roberts, ¿recuerda el apellido Heldred?

—Desde luego —dijo Roberts—. Es el que mandó un chelín de más parad franqueo del paquete; ojalá hicieran todos igual.

—¿Quiere decir que ha mandando libros al señor Eldred? ¡Hable! ¿Es *eso*?

—Vamos a ver, señor Garrett, si un lector manda el formulario con los datos correctos y el secretario da su aprobación, y adjunta la etiqueta preparada con las señas para el envío, y dinero suficiente para pagar el franqueo, ¿qué habría hecho usted, si me permite la libertad de hacerle la pregunta? ¿Se habría tomado la molestia de satisfacer esa solicitud, o la habría echado al cajón del mostrador y...?

—Ha obrado usted perfectamente, Hodgson... perfectamente. Pero ¿haría el favor de enseñarme el formulario que ha mandado el señor Eldred para ver su dirección?

—Por supuesto, señor Garrett; siempre que después no vengan a llamarme la atención y a decirme que no sé mis obligaciones, estaré encantado de *ayudarle* en todo lo que esté en mi mano. Aquí tiene la papeleta: J. Eldred 11.3.34. Título de la obra: T-a-1-m... bueno, léalo usted mismo; no es una novela, me atrevería a decir. Y aquí está la nota del señor Eldred solicitando el libro en cuestión, que según veo dice que es un tratado.

—Gracias, gracias; pero ¿y la dirección? La nota no trae ninguna.

—Ah, bien; sí... Un momento, señor Garrett; aquí la tengo. La nota vena dentro de la caja, que traía las señas cuidadosamente puestas para ahorra molestias, y preparada para mandarla de vuelta con el libro dentro. Y si ha cometido algún error en todo este asunto, es el de haber olvidado registrar las señas en el cuaderno que llevo aquí. Aunque me atrevo a decir que había buenos motivos para no hacerlo. Pero vaya, no tengo tiempo, ni creo que usted tampoco, para andar buscándolas en este momento. Y... no, señor Garrett; las tengo en la memoria; si no, de qué serviría llevar este cuaderno, un cuaderno normal y corriente como ve, la mar de práctico para anotar nombres y direcciones cuando considero oportuno.

—Admirable precaución, desde luego, pero... En fin, gracias. ¿Y cuándo se envió el libro?

—Esta mañana a las diez y media.

—Ah, bien; y es la una en punto.

Garrett subió sumido en pensamientos. ¿Cómo podría conseguir la dirección? Poniendo un telegrama a la señora Simpson; pero perdería un tren mientras esperaba la respuesta. Sí; había otra salida. La señora Simpson le había dicho que Eldred vivía en la propiedad de su tío. Si era así, podría averiguar el lugar consultando el registro de donaciones a la biblioteca, cosa que podía hacer rápidamente, ahora que sabía el título del libro. No tardó en tener el registro ante sí; y sabedor de que hacía más de veinte años que el anciano había muerto, se saltó un buen espacio de tiempo, hasta 1870. Sólo había una anotación que podía ser: «14 de agosto de 1875.-*Talmud. Tractatus Middoth cum comm. R. Nachmanide*. Amstelod. 1707. Donado por J. Rant, Doc. en Teol., de Bretfield Manor».

Un nomenclátor le aclaró que Bretfield estaba a tres millas de un apeadero de la línea principal. Ahora sólo era cuestión de preguntar al empleado del mostrador si recordaba si el nombre del paquete era algo así como Bretfield.

—No, ni hablar. Era, ahora que me lo pregunta, Bredfield o Britfield; pero nada parecido al nombre que usted dice.

De momento todo iba bien. Ahora a ver: el horario de trenes. Podía coger uno que salía dentro veinte minutos e invertir dos horas en el viaje. Era la única posibilidad, y no debía desaprovecharla. Así que tomó ese tren.

Si el viaje anterior lo había hecho en un estado de gran nerviosismo, en éste iba casi al borde del desquiciamiento. ¿Qué iba a decirle a Eldred si le encontraba? ¿Que se había descubierto que el libro era una rareza y venía a recogerlo? Una mentira demasiado evidente. ¿Que creían que contenía importantes anotaciones manuscritas? Como es natural, Eldred le enseñaría el libro, del que ya habría arrancado la hoja. Quizá encontrara indicios de la hoja arrancada —el borde de una guarda probablemente—; pero ¿quién podía rebatir lo que sin duda diría Eldred: que él también había observado y lamentado la mutilación? Total, que esta persecución tenía muy pocas perspectivas de éxito. La única posibilidad estaba en que el libro había salido de la biblioteca a las diez treinta, de modo que no podían haberlo enviado en el primer tren de la mañana, que salía alas diez y veinte. Admitido esto, entonces podía tener la suerte de llegar a la vez que él, e inventar algún cuento para hacer que Eldred se lo diera.

Caía ya la tarde cuando bajó al andén de la estación; y como la mayoría de las

estaciones rurales, ésta estaba casi desierta. Esperó hasta que un pasajero o dos que habían bajado con él se hubieron ido, y entonces preguntó al jefe de estación si vivía cerca el señor Eldred.

—Sí, muy cerca. Creo que pasará por aquí a recoger un paquete que espera. Ya ha venido hoy una vez a ver si había llegado; ¿verdad, Bob?

—Sí, señor, así es. Y por lo visto pensaba que tenía yo la culpa de que no hubiera llegado en el de las dos. Bueno, pero ya lo tengo aquí —y el mozo agitó un paquete cuadrado, que una ojeada confirmó a Garrett que contenía lo único que le importaba en ese momento.

—¿Bretfield, señor? Sí, está a unas tres millas. Atajando por esos tres prados reduce el camino a media milla. Mire: ahí viene el coche del señor Eldred.

Se acercaba un coche de dos ruedas con dos hombres, de los que Garrett, al cruzar el carruaje el pequeño rellano junto a la estación, reconoció fácilmente a uno. El hecho de que fuera Eldred el que conducía jugaba a su favor, porque lo más probable era que no abriese el paquete en presencia de su criado. Pero por otro lado, llegaría a casa rápidamente; y a menos que Garrett estuviera allí unos minutos antes, todo estaría perdido. Tenía que darse prisa, y se la dio. El atajo le llevó por un lado del triángulo, mientras que el vehículo tenía que recorrer dos; además, éste se entretuvo un poco en la estación, de manera que Garrett andaba por el tercer prado cuando oyó el traqueteo de las ruedas relativamente cerca. Había ido todo lo deprisa que podía, pero la celeridad a la que marchaba el carruaje le hizo desesperar. A ese paso llegaría a la casa diez minutos antes que él; y diez minutos eran más que suficientes para que el señor Eldred cumpliera su propósito.

En ese momento cambió la suerte de Garrett. El atardecer era tranquilo, y le llegaban claramente los ruidos. Rara vez ha producido ninguno un alivio tan grande como el que ahora oyó: el del coche al detenerse. Sus ocupantes intercambiaron unas palabras, y volvió a ponerse en movimiento. Garrett se detuvo, presa de indecible nerviosismo, y pudo verlo cruzar el paso de la cerca junto al cual estaba Garrett ahora, y que en él sólo iba el criado; a continuación descubrió que Eldred seguía a pie. Desde detrás del alto seto observó la figura tiesa y delgada con el paquete bajo brazo; iba registrándose los bolsillos. Justo al cruzar el paso del seto se le cayó algo del bolsillo que fue a parar a la hierba, haciendo tan poco ruido que Eldred no se dio cuenta. Un segundo después Garrett pudo cruzar el paso sin peligro, llegar al camino y recogerlo: era una caja de cerillas. Eldred seguía andando. Y sin detenerse, se puso a hacer con los brazos una serie de rápidos movimientos difíciles de interpretar debido a las sombras de los árboles que oscurecían el camino. Pero mientras le seguía precavidamente fue encontrando restos de objetos que los explicaban —un trozo de bramante, la envoltura del paquete—, que Eldred había pretendido arrojar por encima del seto, pero que se habían quedado prendidos en él.

Ahora Eldred caminaba más despacio. Era evidente que había abierto el libro y pasaba hojas. Se detuvo, no veía bien porque la luz era cada vez más débil. Garrett se metió por una abertura del seto, pero siguió observando Eldred, tras echar una ojeada a su alrededor, se sentó en un tronco que había junto al camino y se acercó el libro a los ojos. De repente lo dejó abierto: sobre sus rodillas y se palpó los bolsillos: claramente en

vano, y claramente para gran enojo suyo. «¡Cómo te gustaría tener unas cerillas ahora!», pensó Garrett. Seguidamente cogió una hoja; y había empezado a arrancarla con cuidado, cuando ocurrieron dos cosas. Primero cayó algo negro sobre la hoja blanca y se escurrió por ella. La otra fue que al sobresaltarse Eldred y volverse a mirar hacia atrás pareció surgir de la sombra de detrás del tronco una forma pequeña y oscura, y de ella dos brazos rodeando una masa negra que se abatió sobre Eldred y le cubrió la cabeza y el cuello. Eldred comenzó a agitar desesperadamente los brazos y las piernas, aunque sin proferir un solo grito. Un momento después cesaron sus sacudidas. Estaba solo, caído de espaldas en la hierba, detrás del tronco. El libro había ido a parar al camino. Garrett, disipados de momento su enojo y su recelo al ver el espantoso forcejeo, acudió corriendo al tiempo que gritaba «¡Socorro!»; y para inmenso alivio suyo, lo mismo hizo un campesino que acababa de surgir del prado de enfrente. Se inclinaron los dos e incorporaron a Eldred, aunque en vano. Comprobaron que estaba muerto.

—¡Pobre señor! —dijo Garrett al campesino una vez que lo depositaron en el suelo—. ¿Qué cree que puede haberle ocurrido?

—No estaba ni a doscientas yardas —dijo el hombre—, cuando he visto al señor Eldred sentarse a leer el libro. Para mí que le ha dado un ataque de esos... me ha parecido que se le ponía la cara toda negra.

—Exactamente —dijo Garrett—. ¿Ha visto a alguien junto a él? ¿No habrá sido una agresión?

—No es posible; nadie podría haber echado a correr sin que le viéramos usted y yo.

—Eso creo. Bueno, tenemos que pedir ayuda, y avisar al médico y a la policía; y quizá sea mejor que les entregue este libro.

Era evidente que el caso daría lugar a una investigación, y era evidente también que Garrett tendría que quedarse en Bretfield para prestar declaración. El examen médico reveló que, aunque se había encontrado un polvo negro en la cara y la boca del cadáver, la causa de la muerte había sido una emoción demasiado fuerte para su corazón débil y no la asfixia. Salió a relucir el libro fatídico, un venerable volumen en cuarto impreso totalmente en hebreo, cuyo aspecto no es probable que atrajese siquiera al espíritu más sensible.

—¿Dice usted, señor Garrett, que le pareció que un momento antes del ataque el fallecido intentaba arrancar una hoja de este libro?

—Sí; creo que una guarda.

—Hay una guarda parcialmente arrancada. Tiene algo escrito en hebreo. ¿Quiere examinarlo, por favor?

—Hay tres nombres en inglés también, señor, y una fecha. Pero siento decir que no sé hebreo.

—Gracias. Los nombres tienen aspecto de ser firmas. Son John Rant, Walter Gibson y James Frost, y la fecha es 20 de julio de 1875. ¿Conoce alguien de aquí alguno de estos nombres?

El rector, que estaba presente, se ofreció a declarar; y explicó que el tío del fallecido, del que era heredero, se llamaba Rant.

Al facilitársele el libro, meneó la cabeza con escepticismo.

—Esto no se parece al hebreo que yo he aprendido.

—Pero ¿seguro que es hebreo?

—¿Eh? Sí... supongo... No, señor; tiene mucha razón; es decir, su pregunta ha dado en el clavo. Naturalmente... no es hebreo en absoluto. Es inglés, y es un testamento.

No tardaron muchos minutos en poner en claro que, efectivamente, se trataba de un testamento del doctor John Rant, por el que legaba todas las propiedades que había retenido John Eldred a la señora Mary Simpson. Como es evidente, la aparición de semejante documento justificaba de sobra la agitación del señor Eldred. En cuanto a la hoja medio arrancada, el juez de instrucción señaló que no conducía a ninguna parte meterse en especulaciones cuya exactitud jamás podría establecerse.

Como es natural, el juez de instrucción se hizo cargo del Tratado Middoth para posteriores investigaciones, y el señor Garrett le explicó en privado su historia, y los sucesos tal como él los había conocido o deducido.

Al día siguiente emprendió el retorno a su trabajo, y de camino a la estación pasó por el escenario de la tragedia del señor Eldred. Casi no habría podido irse sin echar otra mirada, aunque el recordar lo que había visto allí le produjo un estremecimiento, incluso en esta espléndida mañana. No sin cierta aprensión, dio la vuelta alrededor del tronco caído. Detrás había aún algo oscuro, que le hizo echarse atrás con un sobresalto; pero no se movía. Lo miró más de cerca, y vio que era una masa espesa de negras telarañas. Al removerlas con el bastón, salieron despavoridas varias arañas enormes y se n ron entre la hierba.

No es difícil imaginar cuáles han sido los pasos por los que William G; ha llegado de auxiliar de una gran biblioteca a su actual posición de dueño de la mansión de Bretfield, hoy ocupada por su suegra la señora Simpson.

EL MALEFICIO DE LAS RUNAS

15 de abril de 190...

Muy Sr... mío:

De acuerdo con las instrucciones de la Junta Directiva de esta Asociación..., me veo en la obligación de devolverle el texto de su comunicación sobre *La verdad de la alquimia* que ha tenido la gentileza de remitirnos para que fuese leído en nuestro próximo congreso, e informarle de que la junta no ve posibilidad de incluirlo en el programa.

Sin otro particular, queda de Vd. suyo affmo.,

—*Secretario*

18 de abril

Muy Sr. mío:

Siento informarle que mis compromisos no me permiten concederle una entrevista a propósito del asunto que aborda en el documento que nos ofrece. Asimismo, nuestros estatutos hacen inviable que Vd. pueda debatir el asunto, como sugiere, con una comisión de nuestra Junta Directiva. Permítame asegurarle que el texto que nos remitió ha sido estudiado con atención, y que no se ha rechazado sin haberlo sometido al juicio de una autoridad sumamente competente. Casi está de más añadir que ningún motivo personal ha influido lo más mínimo en la decisión de nuestra junta.

Le ruego me considere...(ut supra)

20 de abril

El secretario de la Asociación... informa con el debido respeto al señor Karswell de que le es de todo punto imposible facilitarle el nombre de la persona o personas a las que ha sido sometido el texto del documento del que es autor el señor Karswell, y le notifica que no puede mantener correspondencia ninguna al respecto.

—¿Y quién es ese señor Karswell? —preguntó al secretario su señora. Había ido a verle a su despacho, y (quizá indebidamente) había cogido la última de estas tres cartas que la mecanógrafa acababa de dejar.

—Pues verás, cariño: en estos momentos el señor Karswell es un hombre muy enfadado. Aparte de eso, lo único que sé de él es que tiene dinero, vive en Lufford Abbey, Warwickshire, es alquimista al parecer, quiere hablarnos de todo eso, y nada más... salvo que yo no quiero verle en una semana o dos. Bien; vámonos, si estás preparada.

—¿Qué has hecho para ponerle furioso? —preguntó la señora del secretario.

—Lo normal, cariño, lo normal: nos ha enviado un documento que quería leer en el próximo congreso, se lo hemos pasado a Edward Dunning, casi el único en Inglaterra que es experto en esos temas, y ha dicho que es un desastre; así que lo hemos rechazado. Y desde entonces Karswell no para de mandarme cartas. La última para pedirme el nombre de la persona a la que sometimos sus disparates. Ya has leído mi respuesta. Pero no comentes esto con nadie, por lo que más quieras.

—Claro que no, no pases cuidado. ¿He hecho yo alguna vez una cosa así? Pero espero que no se entere de que ha sido el pobre señor Dunning.

—¿El pobre señor Dunning? No sé por qué pobre; el tal Dunning es el más feliz de los mortales: tiene montones de aficiones, una casa confortable, y todo el tiempo para él.

—Lo que quiero decir es que lo sentiría por él, si ese hombre averiguara su nombre y empezara a darle la lata.

—¡Ah sí, desde luego! Pobre de él entonces.

El secretario y su esposa iban a comer fuera. Los amigos que les habían invitado vivían en Warwickshire, y ella tenía ya decidido en su fuero interno preguntarles discretamente sobre el señor Karswell. Pero se ahorró el trabajo de encauzar la conversación hacia dicho asunto, porque la anfitriona dijo a su marido cuando aún no habían pasado muchos minutos:

—Esta mañana he visto al abad de Lufford.

El marido emitió un silbido.

—¿De veras? ¿Qué diablos le habrá traído a la capital?

—Sabe Dios; salía del Museo Británico cuando pasaba yo por allí.

No tuvo nada de extraño que la esposa del secretario preguntase si efectivamente era abad la persona de la que hablaban.

—¡Ah, no!, querida. Se trata sólo de un vecino nuestro que compró la abadía de Lufford hace unos años. En realidad se llama Karswell.

—¿Es amigo vuestro? —preguntó el secretario haciendo un guiño disimulado a su esposa.

La pregunta desató un torrente de explicaciones. En realidad no se podía decir nada del señor Karswell. Nadie sabía qué hacía, y su servidumbre era gente horrible; se había inventado una nueva religión, y practicaba no se sabía qué ritos espantosos; se ofendía con facilidad y jamás perdonaba a nadie; tenía una cara horrorosa (así lo recalcó la dama, el marido vaciló un poco); jamás tenía un detalle amable, y si ejercía alguna influencia era indefectiblemente perniciosa.

—Sé justa con el pobre, cariño —interrumpió el marido—. Olvidas la comida que ofreció a los niños de la escuela.

—¡Es verdad, se me olvidaba! Pero me alegro de que la menciones, porque eso da idea de quién es ese hombre. Escucha esto, Florence: el primer invierno que pasó en Lufford este encantador vecino escribió al pastor de su parroquia (no es de la nuestra, pero es muy amigo nuestro) brindándose a ponerles a los niños de la escuela unas transparencias con la linterna mágica. Dijo que tenía unas nuevas que creía que les iban a gustar. Bueno, el pastor se sorprendió porque el señor Karswell se había mostrado muy antipático con los niños: se quejaba de que invadían su propiedad y cosas por el estilo. Pero naturalmente aceptó; acordaron la tarde, y nuestro amigo fue a ocuparse de que todo funcionara bien. Después dijo que nunca agradecería nada tanto como que sus hijos no hubieran podido asistir: esa misma tarde tenían una fiesta en casa. Porque lo cierto es que el tal señor Karswell quería hacer enloquecer de miedo a los pobres críos. Estoy segura de que si le hubiesen dejado seguir, a estas horas ya lo habría conseguido. Empezó con cosas relativamente inocentes: una de ellas fue Caperucita Roja; pero dice

el señor Farrer que el lobo era tan terrible que hubo que sacar de la sala a varios de los niños más pequeños. Y cuenta que empezó el cuento profiriendo un alarido como de un lobo aullando a lo lejos, que fue de lo más horripilante que había oído en su vida. Todas las transparencias que proyectó, cuenta el señor Farrer, estaban muy bien, eran absolutamente realistas, y no podía imaginar cómo las había hecho. Bueno, continuó la sesión, y los cuentos se fueron volviendo un poco más aterradores cada vez, mientras los niños los seguían hipnotizados en completo silencio. Finalmente sacó una serie en la que aparecía un niño que cruzaba su propio parque (Lufford, quiero decir) al atardecer. Todos los niños de la sala pudieron reconocer el lugar. Bien, pues el pobre niño era seguido, y finalmente perseguido y atrapado, y despedazado o muerto de algún modo, por un ser horrible, de blanco, que andaba a saltos. Al principio se le veía avanzar escondiéndose detrás de los árboles, después se le iba viendo cada vez más claramente. El señor Farrer dice que le produjo una de las peores pesadillas que recuerda, y no quiero ni imaginar lo que debió de suponer para los niños. Naturalmente, esto fue demasiado, así que se encaró con el señor Karswell y le dijo que no siguiese. Él se limitó a replicar: «¡Ah!, ¿le parece que es hora de terminar la función y mandar a los niños a la cama? ¡Muy bien!» Y acto seguido, imagínate, metió otra transparencia que mostraba una enorme masa de serpientes, ciempiés, y bichos repugnantes con alas y, no se sabe cómo, hizo que pareciese como que salían de la proyección y se metían entre los asistentes. Y todo esto acompañado de una especie de ruidos susurrantes que asustaron horriblemente a los niños, que huyeron en desbandada. Muchos se hicieron daño al salir, y no creo que ninguno de ellos cerrara los ojos esa noche. Esto causó una gran conmoción en el pueblo. Naturalmente, las madres echaron casi toda la culpa al pobre señor Farrer, y si los padres hubiesen podido cruzar la verja, creo que habría entrado a romperle al señor Karswell los ventanales de la abadía. En fin, ése era el señor Karswell. Ése es el abad de Lufford, querida; conque imagínate lo que nos puede apetecer su trato.

—Sí, creo que Karswell tiene todas las características de un consumado criminal —dijo el anfitrión—. Sentiría que nadie se dejara influir por sus libros perniciosos.

—¿Es el mismo el hombre, o le confundo con otro? —preguntó el secretario, que desde hacía unos minutos tenía el ceño del que trata de recordar algo—. ¿Es el que publicó una *Historia de la brujería* hace algún tiempo... unos diez años, más o menos?

—El mismo; ¿recuerdas las críticas que salieron?

—Desde luego; y otra cosa igual de importante: conocí al autor de la más incisiva de todas. Y tú también: seguro que te acuerdas de John Harrington; estudió en el John's en el mismo tiempo que nosotros.

—¡Ah, me acuerdo muy bien, sí! Aunque no volví a saber de él desde que dejé la universidad hasta el día en que leí la noticia sobre la investigación de su caso.

—¿Investigación? —dijo una de las damas—. ¿Qué le pasó?

—Bueno, lo que ocurrió fue que se cayó de un árbol y se rompió el cuello: Pero nadie se explica qué pudo inducirle a subirse allí. Fue un caso misterioso; hay que decir: el hecho es que este hombre (que no era de tipo atlético ni se le conocía inclinación alguna a cometer excentricidades) volvía una noche a su casa por un camino rural (no había vagabundos de ninguna clase por allí; además, era muy conocido y querido en el

lugar), cuando de pronto empieza a correr como un loco, pierde el sombrero y el bastón, y finalmente se sube a un árbol, a un árbol difícil que crece en el seto: cede una rama seca, se cae con ella y se parte el cuello. Y a la mañana siguiente lo encuentran allí, con la cara más espantosa que cabe imaginar. Es evidente que había estado huyendo de algo; la gente habló de perros asilvestrados, de fieras escapadas de algún zoológico, aunque no se llegó a nada en concreto. Eso ocurrió en el 89; y creo que su hermano Henry (del que me acuerdo también de Cambridge; *tú* probablemente no), ha estado tratando de esclarecer lo ocurrido. Insiste en que hubo intencionalidad en su muerte; pero no sé. Es difícil ver cómo pudo llevarse a cabo.

Poco después la conversación derivó hacia la *Historia de la brujería*.

—¿Le has echado una ojeada? —preguntó el dueño de la casa.

—Sí —dijo el secretario—. Incluso la he leído.

—¿Es tan malo el libro como lo ponían?

—Bueno, en lo que se refiere al estilo y la forma, completamente penoso. Se merece la granizada que le llovió. Pero además, es un libro perverso. Nuestro hombre creía cada palabra que decía y, o mucho me equivoco, o ha experimentado la mayoría de sus fórmulas.

—Yo sólo recuerdo la crítica que le hizo Harrington; y te confieso que si llego a ser yo el autor habría mandado al diablo para siempre mis ambiciones literarias. No habría vuelto a levantar cabeza.

—En su caso no ha tenido ese efecto. En fin, ya son las tres y media; tengo que irme.

De regreso a casa comentó la esposa del secretario:

—Espero que ese hombre horrible no averigüe nunca que el señor Dunning ha tenido algo que ver con el rechazo de su comunicación.

—No hay mucha posibilidad de que eso ocurra —dijo el secretario—. Dunning no lo va a comentar porque esas cosas son confidenciales, y ninguno de nosotros lo hará por la misma razón. Karswell no sabrá su nombre, porque Dunning no ha publicado nada hasta ahora sobre esta materia. El único peligro está en que Karswell lo averigüe preguntando al personal del Museo Británico quiénes son los que suelen consultar manuscritos alquímicos: yo no puedo ir a decirles que no den el nombre de Dunning, ¿no crees? Se pondrían a hablar en seguida. Esperemos que no se le ocurra.

Sin embargo, el señor Karwell era un hombre astuto.

Todo esto es a modo de prólogo. Y una noche, a finales de la misma semana, el señor Edward Dunning regresaba del Museo Británico —donde había estado trabajando en el departamento de Investigadores— a la confortable casa de las afueras donde vivía solo, atendido por dos excelentes mujeres que hacía tiempo que estaban con él. No hay ninguna descripción suya que añadir a lo que ya se ha dicho. Sigámosle en su plácido regreso a casa.

El tren le llevó hasta una milla o dos de su residencia, y un tranvía eléctrico le acercó un trecho más. El trayecto terminaba en una parada que estaba a unas trescientas yardas de su portal. Estaba cansado de leer cuando subió al tranvía, y a decir verdad la luz no era como para que uno pudiera hacer otra cosa que mirar los anuncios de encima

de las ventanillas que había enfrente de su asiento. Como es natural, los anuncios de esta línea eran objeto de frecuente contemplación por su parte, y con la posible excepción del brillante y convincente diálogo entre el señor Lamplough y un eminente K. C. sobre las Sales Antipéritas, ninguno de ellos ofrecía mucho campo a su imaginación. Mejor dicho: había uno en el rincón del otro extremo del coche que no le era familiar. Estaba en letras azules sobre fondo amarillo, y todo lo que podía leer era un nombre, John Harrington,, y algo así como una fecha. Para él carecía de interés averiguar más. A pesar de todo, al vaciarse el coche, sintió la suficiente curiosidad como para cambiar asiento a fin de poder leerlo bien. En cierto modo consideró recompensada esta molestia: el anuncio *no* era del tipo habitual. Decía así: «A la memoria de Job Harrington, Miembro de la Sociedad de Anticuarios de *The Laurels*, Ashbrooke Fallecido el 18 de septiembre de 1889. Le fueron concedidos tres meses».

El tranvía se detuvo. El señor Dunning, que seguía absorto en las letras azules sobre fondo amarillo, necesitó el estímulo de unas palabras del cobrador para levantarse.

—Disculpe —dijo—, estaba mirando ese anuncio. Es muy raro, ¿no? El cobrador lo leyó despacio.

—Caramba —dijo—. Éste no lo había visto yo. ¿Qué es, un remedio? Parece una broma de alguien —sacó un trapo, frotó el cristal, no sin saliva, y después hizo lo mismo por fuera—. No se va —dijo al regresar—; es como si estuviera el cristal en la materia, podríamos decir. ¿No le parece a usted, señor?

El señor Dunning lo examinó, lo frotó con su guante, y dijo que sí.

—¿Quién se ocupa de estos anuncios y autoriza su colocación? Quisiera que lo averiguara. Voy a tomar nota de lo que pone.

En ese instante dio una voz el conductor:

—¡Aviva, George, que es la hora!

—Bueno, bueno; aquí en este rincón hay algo raro. Ven a ver este cristal.

—¿Qué le pasa al cristal? —dijo el conductor acercándose—. Bueno, ¿y quién es Harrington? ¿Qué significa?

—Precisamente estaba preguntando yo quién es el encargado de ponerlos anuncios en los coches y diciendo que habría que preguntar por éste.

—Verá, señor; eso se hace en las oficinas de la Compañía; y me parece que el encargado es el señor Timms. Se lo podemos preguntar esta noche al salir del servicio, y a lo mejor le puedo decir algo mañana si viene por aquí.

Eso fue todo lo que ocurrió esa noche. El señor Dunning se tomó la molestia de indagar dónde estaba Ashbrooke, y descubrió que en Warwickshire.

Al día siguiente volvió a la capital. El tranvía (el mismo) iba demasiado lleno por las mañanas para conversar con el cobrador; sólo pudo comprobar que habían retirado el extraño anuncio. El final del día aportó un nuevo elemento de misterio al asunto. Había perdido el tranvía o había preferido regresar andando; pero estaba trabajando en su despacho a una hora avanzada, cuando una de las criadas entró a decirle que dos empleados del tranvía insistían en verle. Esto le recordó el anuncio, que casi se le había olvidado según cuenta. Hizo pasar a los hombres —eran el cobrador y el conductor—, y una vez que se les hubo servido algo de beber preguntó qué había dicho el señor Timms

sobre el anuncio.

—Verá, señor: nos tomamos la libertad de ir a preguntarle —dijo el cobrador—. Y eso hizo que el señor Timms pusiera verde aquí al amigo Williams: según él nadie había encargado, pagado, puesto ni nada parecido ningún anuncio de esa clase, y le estábamos haciendo perder el tiempo. «Bueno, bueno —le digo—; si es así, lo único que le pido es que venga a verlo usted mismo. Naturalmente, si no hay nada —digo—, puede llamarme lo que quiera». «Está bien —dice él—; andando»; y fuimos. Y vamos, señor, dígame usted si no estaba allí el pasquín, como nosotros los llamamos, con el Harrington tan claro como el día, en letras azules sobre el cristal amarillo, y no dije yo entonces, usted es testigo, que estaba como metido *en* el cristal, porque se acordará que lo estuve intentando quitar con el trapo.

—Claro que me acuerdo... ¿Y bien?

—Eso de bien lo dirá usted. Yo no. Subió al coche el señor Timms con una luz... no, le dijo a William que sostuviera la luz por fuera. «Vamos a ver —dice—, ¿dónde está el dichoso pasquín?» «Aquí, señor Timms», digo yo, y puse la mano en él.

El cobrador hizo una pausa.

—Bueno —dijo el señor Dunning—; no estaba, supongo. ¿Lo habían roto?

—¿Roto? De eso nada... Créame que quedaba menos de esas letras (letras azules eran) en el cristal, que... Bueno, más vale que me calle. En mi vida he visto cosa igual. Pero que le diga William si... En fin, como yo digo, ¿para qué seguir dándole vueltas?

—¿Y qué dijo el señor Timms?

—Pues dijo lo que yo le di pie para que dijera. Nos llamó de todo, y no se lo reprocho. Pero lo que hemos pensado, William y yo, es que le hemos visto a usted copiar... bueno, lo que ponía en ese letrero...

—Efectivamente, lo copié; y lo tengo ahí. ¿Quieren que hable yo con el señor Timms y se lo enseñe? ¿Han venido por eso?

—¿Ves, no te lo había dicho? —dijo William—. Mi lema es tratar con caballeros siempre que se pueda. Reconocerás ahora, William, que no me equivocaba al hacerte venir aquí esta noche.

—Está bien, William, está bien; no hace falta que hables como si me hubieras traído a la fuerza. Yo estaba conforme, ¿no? De todas maneras, no quisiéramos quitarle tiempo, señor; pero si por casualidad tuviera un rato para pasar por la oficina de la Compañía por la mañana, y decirle al señor Timms lo que ha visto, le quedaríamos muy agradecidos. No es que le llamen a uno esto o lo otro lo que nos importa, sino que les dé por pensar en la oficina que vemos cosas. Ya sabe: una idea puede llevar a otra, y podría ser que a la vuelta de un año... Bueno, usted ya me entiende lo que quiero decir.

Sin parar de dar explicaciones, George, guiado por William, abandonó la habitación.

La actitud del señor Timms —que conocía de vista al señor Dunning— cambió radicalmente al día siguiente ante lo que éste le contó y le enseñó; y no permitió que quedara ninguna observación desfavorable junto a los nombres de William y George en el libro de la Compañía; aunque no dio explicación ninguna.

Un incidente ocurrido a la tarde siguiente mantuvo despierto el interés del señor Dunning en este asunto. Había abandonado su club y se dirigía a la estación cuando

vio, a cierta distancia, a un hombre con un puñado de folletos como los que suelen distribuir a los transeúntes los repartidores de publicidad de algunas empresas avisgadas. No había escogido una calle muy concurrida para su trabajo este repartidor de propaganda; de hecho, el señor Dunning no le vio dar un solo folleto antes de llegar a su altura. Al pasar, el repartidor le dio uno; la mano con que se lo dio rozó la suya, lo que le produjo una sensación repulsiva. La notó anormalmente caliente y áspera. Miró al repartidor al pasar, pero la impresión que sacó fue tan confusa que por mucho que trató de analizarla después no consiguió recordar ningún detalle. Iba deprisa; y mientras caminaba, echó una ojeada al papel. Era azul. El nombre de Harrington escrito en grandes letras mayúsculas atrajo su atención. Se detuvo sobresaltado, y echó mano a los lentes. En ese instante pasó un individuo a toda prisa, le arrancó la hoja de la mano y siguió su marcha. Retrocedió unos pasos... Pero ¿dónde estaba el transeúnte? ¿Y el repartidor de propaganda?

Un poco meditabundo, el señor Dunning acudió al día siguiente a la Sala de Manuscritos del Museo Británico y rellenoó unas papeletas para solicitar Harley 3586 y algún libro más. Pocos minutos después se los trajeron. Y estaba abriendo sobre el pupitre el que quería consultar primero, cuando le pareció que susurraban su nombre detrás de él. Se volvió vivamente; y con el impulso tiró al suelo su pequeña carpeta de hojas sueltas. No vio a nadie conocido más que al encargado de la sala; le saludó con la cabeza, y procedió a recoger los papeles. Pensó que los tenía todos, e iba a ponerse a trabajar, cuando el señor corpulento del pupitre de atrás, que se había levantado para irse y recogía sus cosas, le tocó en el hombro, y le dijo:

—¿Me permite darle esto? Debe de ser suyo —y le tendió unas hojas que le faltaban.

—Sí, es mío, gracias —dijo el señor Dunning.

Un instante después el desconocido había abandonado la sala. Al terminar su trabajo de la tarde, el señor Dunning intercambió unas palabras con el auxiliar, y aprovechó para preguntarle quién era el señor corpulento.

—Ah, se llama Karswell —dijo el auxiliar—; la semana pasada me preguntó quiénes eran las grandes autoridades en alquimia; naturalmente le dije que la única autoridad en el país era usted. Intentaré alcanzarle: estoy seguro de que se alegraría de conocerle.

—¡Por favor, ni se le ocurra! —dijo el señor Dunning—. Tengo especial interés en evitarle.

—¡Ah, bueno! Está bien —dijo el auxiliar—; no viene a menudo: será difícil que se tropiece con él.

Más de una vez durante el regreso, ese día, el señor Dunning se confesó a sí mismo que no miraba con la habitual delectación las horas solitarias que le esperaban hasta el momento de acostarse. Le parecía que algo impalpable e indefinido se había interpuesto entre él y sus semejantes; o se había apoderado de él, por así decir. Subió al tren y al tranvía con idea de sentarse cerca de los demás viajeros, pero el azar quiso que las dos veces el coche estuviera casi vacío. George, el cobrador, iba ensimismado, quizá concentrado en sus cálculos sobre el número de pasajeros. Al llegar encontró al doctor Watson, su médico, en el umbral.

—Siento decirle que he tenido que trastornar la marcha de su casa, Dunning. Sus dos criadas se encuentran *hors de combat*. De hecho, he tenido que mandarlas al hospital.

—¡Válgame Dios! ¿Qué ha pasado?

—Parece una intoxicación de ptomaína. Veo que usted no lo ha sufrido; de lo contrario no andaría por ahí. Se recuperarán.

—¡Dios mío! ¿Y tiene idea de cómo ha sido?

—Bueno, dicen que le habían comprado mariscos para la cena a un pescadero ambulante. Es extraño. He estado preguntando, pero parece que no ha pasado ningún pescadero por los demás portales de su calle. No he podido avisarle; las dos tardarán un poco en volver a casa. Véngase a cenar conmigo esta noche, y decidiremos lo que más convenga. A las ocho. No se atribule.

De esta forma se le evitó al señor Dunning una velada a solas, aunque a costa de cierta preocupación y alguna pequeña molestia. Pasó unas horas agradables con el doctor (que residía en la vecindad desde hacía poco), y volvió a su casa sobre las once y media. La noche que pasó no es de las que se recuerden con placer: estaba en la cama con la luz apagada, preguntándose si por la mañana llegaría la asistenta lo bastante temprano para prepararle el agua caliente, cuando oyó inequívocamente abrirse la puerta del despacho. No oyó pasos en el pasillo, pero ese ruido no auguraba nada bueno, puesto que recordaba haber cerrado dicha puerta después de guardar sus papeles en el escritorio. La vergüenza, más que el valor, le impulsó a salir al pasillo e inclinarse sobre la barandilla, en camión, a escuchar. No se veía ninguna luz; no sonó ningún ruido más: sólo notó una ráfaga de aire tibio, o incluso caliente, que le rozó un instante los tobillos. Regresó a su alcoba y decidió encerrarse con llave. Pero tuvo más experiencias desagradables. O bien la economizadora compañía suburbana había decidido que no hacía falta luz durante las primeras horas de la madrugada y había cortado el suministro, o se había averiado el contador; el caso era que no había corriente. La solución evidente era buscar una cerilla y consultar el reloj: así averiguaría cuántas horas de incomodidad le aguardaban.

Metió, pues, la mano en el hueco familiar de debajo de la almohada. Pero sus dedos no llegaron al fondo. Lo que tocó, según cuenta, fue una boca dentada rodeada de pelos; una boca no humana, asegura. No creo que valga la pena elucubrar sobre sus aspavientos y gritos; el hecho es que, antes de darse cuenta siquiera, se encontró en el cuarto de invitados con el cerrojo echado y la oreja pegada a la puerta. Y allí pasó el resto de esa noche desdichada, esperando oír arañar la puerta de un momento a otro. Sin embargo, no ocurrió nada.

Por la mañana, la aventura de volver a su habitación estuvo acompañada de multitud de alarmas y sobresaltos. Por fortuna, la puerta estaba abierta y las persianas levantadas —las criadas habían abandonado la casa antes de la hora de bajarlas—. En resumen, no había el menor rastro de criatura alguna. El reloj también, se hallaba donde siempre. Nada había fuera de su lugar; sólo la puerta del armario estaba completamente abierta siguiendo su tendencia natural. Un timbrazo en la puerta de atrás anunció ahora a la asistenta —que había sido avisada la víspera—; y animó al señor Dunning, después de abrirle, a continuar su inspección en otras partes de la casa. Pero fue igualmente infructuosa.

Empezó, pues, el día de manera bastante lúgubre. No se atrevió a ir al museo: a pesar de lo que le había dicho el auxiliar, cabía la posibilidad de que se presentara Karswell; y Dunning se daba cuenta de que no estaba de humor para enfrentarse con un desconocido seguramente hostil. Ni siquiera soportaba su propia casa; y lamentaba tener que depender del médico. Pasó un rato en el hospital, donde le animaron un poco las noticias optimistas sobre el ama de llaves y la doncella. Hacia la hora de comer se dirigió a su club, permitiéndose de nuevo un atisbo de satisfacción al ver al secretario de la Asociación. Durante la comida, Dunning contó a su amigo lo esencial de sus tribulaciones; aunque no se atrevió a hablar de las que más le pesaban en el ánimo.

—¡Mi pobre muchacho —dijo el secretario—, qué contrariedad! Bueno, escucha: nosotros estamos solos, absolutamente solos. Así que vas a venirte a casa. ¡Sí! Sin excusas: manda tus cosas esta tarde.

Dunning fue incapaz de resistirse; la verdad era que se estaba poniendo cada vez más nervioso, a medida que pasaban las horas, en cuanto a lo que podía aguardarle esa noche. Casi se sentía contento mientras regresaba a casa a hacer el equipaje.

Cuando el matrimonio tuvo ocasión de fijarse en él, se quedó asombrado ante su aspecto hundido, e hizo lo posible por animarle. No fue del todo inútil; pero al quedarse los dos hombres solos fumando, Dunning volvió a caer en su anterior estado. De repente dijo:

—Gayton, creo que ese alquimista sabe que he sido yo el que ha rechazado su comunicación.

Gayton emitió un silbido.

—¿En qué te fundas? —dijo.

Duning le contó su conversación con el auxiliar del museo, y Gayton no pudo por menos de convenir en que era muy posible.

—No es que me preocupe gran cosa —prosiguió Dunning—; lo que pasa es que puede resultar violento encontrarme con él. Debe de ser un tipo con mal genio.

La conversación volvió a decaer. A Gayton le tenía cada vez más impresionado la desolación que reflejaba el rostro y la actitud de Dunning. Finalmente —aunque con un esfuerzo considerable—, le preguntó a bocajarro si no había algo que le preocupaba. Dunning dejó escapar una exclamación de alivio.

—No podía más de ganas de soltarlo —dijo—. ¿Has oído hablar de un hombre llamado John Harrington?

Gayton se sobresaltó, y de momento sólo fue capaz de preguntar por qué. Entonces salió toda la historia de las experiencias de Dunning: lo ocurrido en el tranvía, en su propia casa, y en la calle, el desasosiego que le entró y que aún le dominaba, y terminó con la pregunta con que había empezado. Gayton dudó en contestar; quizá no fuera desacertado contarle la muerte de Harrington; sólo que Dunning se hallaba muy agitado, la historia era horrible, y no podía evitar preguntarse si no tendrían ambos casos un vínculo en la persona de Karswell. Era una concesión difícil para un científico, pero podía aligerarla con la expresión «sugestión hipnótica». Al final decidió guardarse la respuesta por esta noche; hablaría de la situación con su esposa. Así que dijo que había conocido a Harrington en Cambridge, y que creía que había muerto de repente en 1889, añadiendo algún detalle sobre la persona y su obra publicada. Habló del asunto

efectivamente con la señora Gayton y, como era de prever, en seguida sacó ésta la conclusión que a él le había estado rondando por la cabeza; fue ella la que le recordó que aún vivía el hermano de John Harrington, Henry Harrington, y la que sugirió que podía enterarse de dónde vivía a través de los invitados que habían tenido el día anterior.

—Seguramente está chiflado —objetó Gayton.

—Eso lo podemos averiguar por los Bennett, que le conocen —replicó la señora Gayton; y prometió ir a verles al día siguiente.

No hace falta detallar más el recorrido por el que Henry Harrington y Dunning entraron en contacto.

La siguiente escena que merece consignarse es una conversación que sostuvieron estos dos hombres. Dunning le había contado a Harrington el extraño modo en que había aparecido ante él el nombre de su difunto hermano, y había añadido, además, algo sobre las experiencias que él mismo había tenido después. A continuación había preguntado a Harrington, a cambio de estas confidencias, si no le importaba contarle alguna circunstancia relacionada con la muerte de su hermano. Podemos imaginar la sorpresa de Harrington al oírle; pero respondió de buen grado.

—John —dijo—, unas semanas antes de la catástrofe, aunque no inmediatamente antes, se ponía muy raro a veces. Hubo varias cosas; la principal era que creía que le seguían. Es verdad que era un hombre impresionable, pero nunca había caído en fantasías de ese género. No se me quita de la cabeza que todo ello fue fruto de una maquinación, y la experiencia que cuenta de usted me recuerda mucho la de mi hermano. ¿Cree que puede haber alguna relación?

—Hay una que ha ido cobrando consistencia vagamente en mi cerebro. Me han dicho que poco antes de morir su hermano publicó una crítica muy severa de un libro; por otra parte, hace unos días me crucé casualmente en el camino de la persona que escribió ese libro de un modo que no ha debido de sentarle nada bien.

—No me diga que esa persona se llama Karswell.

—¡Cómo no! Él es, exactamente.

Henry Harrington se echó hacia atrás.

—Pues eso es definitivo para mí. Le diré algo más. Por un comentario que hizo mi hermano, estoy seguro de que John empezaba a creer (muy a pesar suyo) que detrás de todo lo que le estaba pasando se encontraba Karswell. Voy a contarle un incidente que creo que tiene que ver con todo esto: John era un gran aficionado a la música y solía asistir a los conciertos de la capital. Tres meses antes de su muerte volvió de uno de ellos, y me dio el programa para que le echase una ojeada: era un programa muy detallado; él siempre los guardaba. «Casi me quedo sin él —dijo—. Supongo que se me cayó el mío; el caso es que lo estaba buscando debajo de la butaca después de registrarme los bolsillos, cuando mi vecino de asiento me ofreció el suyo diciendo que podía quedármelo, que él no solía guardarlos. No le conocía: era un hombre de cara afeitada, corpulento. Me habría sabido mal no tenerlo; naturalmente, habría podido comprar otro, pero éste no me ha costado nada». A continuación me confesó que camino del hotel y durante el resto de esa noche se había sentido muy desasosegado.

Ahora, al pensarlo, ato cabos. Poco tiempo después, al repasar esos programas y ordenarlos para mandarlos encuadernar, descubrió en ése (que yo apenas había mirado por encima), casi al principio, una esquila con una escritura muy rara en rojo y negro, hecha con toda pulcritud: me parecieron letras rúnicas más que otra cosa. «Vaya —dijo John—: debe de ser del señor grueso que tenía sentado a mi lado. Quizá tendría que devolvérselo; puede ser una copia de algo; evidentemente, alguien se ha tomado bastante trabajo. ¿Cómo podría enterarme de dónde vive?» Le dimos vueltas a la idea, y convinimos en que no merecía la pena poner un anuncio, sino que él buscaría a este hombre en el siguiente concierto, que iba a ser dentro de poco. El papel había quedado sobre el libro; y nosotros estábamos sentados junto a la chimenea encendida, ya que era una noche fría y ventosa de verano. Supongo que el viento abrió la puerta sin que yo lo notase; el caso es que de repente sopló una ráfaga (una ráfaga caliente) entre nosotros haciendo volar el papel, el cual fue a parar al fuego; era un papel delgado y liviano, de manera que se inflamó y ascendió por la chimenea como una película de ceniza. «Bueno —dije—, ahora ya no lo puedes devolver». Él se quedó un momento sin decir nada; después comentó de bastante malhumor: «No, no puedo; pero no tienes por qué repetírmelo». Le dije que sólo lo había dicho una vez. «Más de cuatro querrás decir», remachó. Me acuerdo de esto con toda claridad, ignoro por qué. Y ahora viene lo importante: no sé si ha hojeado ese libro de Karswell del que publicó una crítica mi infortunado hermano; probablemente no. Yo sí lo he leído, antes y después de su muerte. La primera vez nos hizo reír de lo lindo a John y a mí. Su redacción era desastrosa; martirizaba los verbos y cometía atropellos que clamaban al cielo. Además, no había nada en lo que no creyera: mezclaba los mitos clásicos y los relatos de la *Leyenda Dorada* con noticias sobre costumbres de los salvajes actuales... todo perfectamente factible si se sabe hacer, claro está; lo que no era su caso: parecía poner al mismo nivel la *Leyenda Dorada* y la *Rama dorada*, y atribuir la misma veracidad a la una que a la otra; en resumen, un ridículo lamentable. Bueno, después de morir John volví a echar un vistazo al libro. No me mereció mejor juicio que antes, pero la impresión que me dejó esta vez fue diferente. Sospechaba (como le he dicho) que Karswell había tenido rencor a mi hermano, incluso que, de alguna manera, era responsable de lo que le había ocurrido; y ahora su libro me pareció verdaderamente siniestro. Un capítulo en concreto me llamó la atención: el que hablaba de «pasarle las runas» a alguien, bien para ganar su afecto o bien para quitarle de en medio... quizá más especialmente para lo segundo. Hablaba de esto de una manera que me daba la impresión de que lo hacía con conocimiento de causa. No es momento de entrar en detalles, pero estoy seguro, por la información que tengo, de que el hombre amable del concierto era Karswell. Sospecho (y más que sospecho) que la esquila tenía especial importancia; y estoy convencido de que si mi hermano hubiese podido devolverla ahora estaría vivo. Así que le quiero preguntar si tiene algo que añadir en esa línea a lo que acabo de contarle.

A manera de respuesta, Dunning tuvo que relatarle el incidente de la sala de manuscritos del Museo Británico.

—Así que le dio unos papeles; ¿los ha examinado? ¿No? Entonces, si no le parece mal, debemos estudiarlos inmediatamente, y con muchísima atención.

Fueron a la casa todavía desierta... desierta porque aún no se habían

reincorporado al trabajo las dos criadas. La carpeta de notas y escritos de Dunning estaba encima de la mesa acumulando polvo. En ella tenía Dunning algunos cuadernos que utilizaba para sus transcripciones. Y de uno de éstos, al cogerlo, se deslizó una hojita delgada que revoloteó por el despacho con misteriosa celeridad. La ventana estaba abierta; pero Harrington la cerró de golpe justo a tiempo de impedir que saliera el papel, y lo cogió.

—Me lo imaginaba —dijo—; parece exactamente igual que la que le pasó a irá hermano. Tenga cuidado, Dunning; puede que esto contenga algo de grave significado para usted.

Deliberaron largamente. Estudiaron el papel con suma atención. Como había dicho Harrington, parecían más caracteres rúnicos que otra cosa; pero ninguno de los dos fue capaz de descifrarlos, y no se decidieron a copiarlos, según confesaron, por miedo a perpetuar el malvado propósito que pudieran encerrar. Así que —si se me permite anticipar este dato— no ha sido posible saber qué decía este curioso mensaje o despacho. Tanto Dunning como Harrington están convencidos de que tenía la virtud de proporcionar a su poseedor una compañía muy poco deseable. Convinieron en que debían devolvérselo a aquél de quien procedía, y además, que el único medio seguro e infalible era hacerlo personalmente. Y aquí se hizo necesario discurrir alguna estratagema, puesto que Karswell conocía de vista a Dunning. En primer lugar, éste debía cambiar de aspecto afeitándose la barba. Pero ¿no sobrevendría antes el golpe? Harrington creía que podían calcular cuándo podía ser. Sabía la fecha del concierto en el que le habían pasado la «mota negra» a su hermano: el dieciocho de junio. Su muerte había ocurrido el dieciocho de septiembre. Dunning le recordó que en el anuncio del tranvía se hacía alusión a tres meses.

—Puede que mi cuenta sea a tres meses vista también —añadió, riendo sin alegría—. Creo que puedo calcularlo por mi diario. Sí, el día que pasó lo del museo fue el veintitrés de abril; eso nos da como fecha el 23 de julio. Y ahora, como comprenderá, es muy importante para mí saber todo lo que pueda contarme sobre la evolución del trastorno mental de su hermano, si no le resulta demasiado doloroso hablar de eso.

—No faltaría más. Verá: lo más angustioso para él era la impresión de que le vigilaban cuando estaba solo. Al cabo de un tiempo tuve que pasarme a dormir a su habitación, y eso le tranquilizó. De todos modos, hablaba bastante en sueños. ¿Sobre qué? ¿Cree usted prudente que nos detengamos en eso, al menos antes de que todo se haya solucionado? Porque yo no; aunque le puedo decir lo siguiente: en esas semanas le llegaron dos cosas por correo, las dos con el matasellos de Londres y las señas escritas en una letra comercial. Una era una xilografía de Bewick toscamente arrancada de una página; mostraba un camino iluminado por la luna por el que caminaba un hombre, seguido de un ser demoníaco y horrendo. Al pie tenía los versos del *Viejo Marinero* (de los que supongo que el grabado era ilustración) sobre alguien que, después de mirar a su alrededor,

Sigue andando

Y no vuelve ya la cabeza,

Porque sabe que un ser espantoso

Le va pisando las huellas,

»La otra era un calendario como los que suelen regalar los comerciantes. Mi hermano no le hizo caso; pero yo lo miré después de su muerte, y descubrí que tenía arrancadas todas las hojas a partir del 18 de septiembre. Quizá le sorprenda que se le ocurriera salir solo la noche en que murió, pero la verdad es que durante los diez últimos días más o menos de su vida había dejado de tener la pesadilla de que le vigilaban y le seguían.

El final de la deliberación fue el siguiente: Harrington, que conocía a uno que vivía cerca de casa de Karswell, pensó que desde allí podría vigilar sus movimientos. A Dunning le tocaría estar preparado para salirle al paso en cualquier momento, con el papel bien seguro y a mano.

Se separaron. Las semanas siguientes fueron evidentemente de enorme tensión nerviosa para Dunning: la barrera intangible que parecía haberse alzado a su alrededor el día en que recibió la esquila se iba convirtiendo poco a poco en una tenebrosa negrura que le impedía ver los medios de huida que uno habría juzgado asequibles. No tenía cerca a nadie que se los sugiriera, y él parecía privado de toda iniciativa. Esperó con indecible ansiedad, mientras pasaban mayo, junio y los primeros días de julio, una orden de Harrington. Pero durante este tiempo Karswell no se movió de Lufford.

Por fin, cuando faltaba menos de una semana para la fecha que él había acabado por pensar que sería el término de sus afanes en este mundo, le llegó un telegrama: «Sale de Victoria tren enlace ferry jueves noche. No le pierda. Le veo esta noche. Harrington».

Se reunió con él, efectivamente, y trazaron un plan: el tren salía de la estación Victoria a las nueve y su última parada antes de Dover era Croydon West. Harrington localizaría a Karswell en la estación Victoria, y buscaría a Dunning en Croydon, llamándole, en caso necesario, por un nombre convenido. Dunning, lo más disfrazado posible, llevaría equipaje de mano sin etiquetas ni iniciales, y sobre todo tendría la esquila preparada.

No hace falta que describa el estado de Dunning mientras esperaba en el andén de Croydon. Su sensación de peligro durante los últimos días no había hecho sino agudizarse por el hecho de haberse vuelto más tenue la nube que le envolvía. Este alivio era un síntoma presagioso; y si Karswell le eludía ahora —y era muy probable que lo hiciera—, se desvanecería toda esperanza. La noticia misma de su viaje podía ser una estratagema. Los veinte minutos que estuvo dando vueltas por los andenes preguntando a todos los mozos sobre la llegada del tren fueron los más angustiosos de su vida. Pero llegó; Harrington iba asomado a la ventanilla. Naturalmente, era importante no hacer gesto alguno de reconocimiento; así que Dunning subió en el extremo más alejado del vagón, y sólo poco a poco fue avanzando hasta el compartimiento donde viajaban Harrington y Karswell. En general, se alegró de ver que el tren no iba lleno ni mucho menos.

Karswell estaba alerta, pero no le reconoció. Dunning no se sentó frente a él; trató, en vano al principio, después con más dominio de sí, calcular las posibilidades de llevar a cabo la deseada transferencia. Karswell había puesto sus abrigo en el asiento que

tenía enfrente, al lado de Dunning. No valdría de nada introducir disimuladamente la esquila en uno de los bolsillos: no estaría a salvo, o no se sentiría así, a menos que se lo ofreciera y el otro lo aceptara. Había una cartera de mano abierta con algunos papeles. ¿Podría conseguir esconderla (de manera que Karswell abandonase el vagón sin ella), y luego hacer como que la encontraba, y ofrecérsela? Ésta era la posibilidad que se le presentaba. ¡Ojalá hubiera podido madurarla con Harrington! Pero eso era impensable. Transcurrían los minutos. Karswell se levantó y salió al pasillo más de una vez. La segunda, Dunning estuvo a punto de empujar la cartera para cayese del asiento, pero captó la mirada de Harrington y leyó en ella una advertencia. Karswell, desde el pasillo, vigilaba probablemente para ver si los dos hombres del compartimiento daban muestras de reconocerse. Volvió, pero estaba visiblemente desasosegado; y cuando se levantó por tercera vez, se encendió una lucecita de esperanza: algo resbaló de su asiento y cayó al suelo sin ruido apenas. Salió Karswell, y dejó de vérselo a través del cristal del compartimiento que daba al pasillo. Dunning recogió lo que se le había caído, y se dio cuenta de que tenía en sus manos la clave en forma de una carterita con los billetes de viaje de la compañía «Cook». Estas carteritas tienen dentro una solapa; así que en poquísimos segundos pasó allí la consabida esquila. Para que la operación fuese más segura, Harrington se situó en la puerta del compartimiento y se puso a toquetear la persiana. Dunning había ejecutado la operación justo a tiempo, porque el tren estaba reduciendo la marcha para entrar en Dover.

Un momento después entró Karswell en el compartimiento. Entonces Dunning, reprimiendo no sabe cómo un temblor en la voz, le tendió la carterita, y le dijo:

—Perdone, señor; creo que esto es suyo.

Tras una breve mirada al billete de su interior, Karswell pronunció la respuesta esperada:

—Sí, es mío; muchas gracias, señor —y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Incluso en los pocos momentos que faltaban —momentos de tensa ansiedad, porque no sabían qué consecuencias podía tener si Karswell descubría la esquila antes de tiempo—, los dos hombres notaron que el coche se oscurecía alrededor de ellos y que empezaba a hacer calor; que Karswell se volvía atribulado y nervioso, que cogía los abrigo que tenía cerca y los arrojaba otra vez sobre el asiento como si le repugnaran; y que se quedaba encarado mirándoles ansiosamente a uno y a otro. Entretanto ellos, con una angustia indecible, procedieron a recoger sus pertenencias. Los dos pensaron que Karswell estaba a punto de decir algo cuando el tren entró en Dover. Era natural que en el corto espacio entre la ciudad y el muelle estuviesen en el pasillo.

Una vez en el muelle bajaron; pero el tren iba tan vacío que se vieron obligados a entretenerse en el andén hasta que vieron pasar a Karswell con el mozo de cuerda camino del barco; sólo entonces intercambiaron un apretón de manos y unas palabras de mutua congratulación. Dunning casi se desvaneció. Harrington le hizo recostarse en la pared mientras él se alejaba unos pasos para observar la pasarela del barco, a la que ahora llegaba Karswell. El empleado que estaba al pie examinó el pasaje, y Karswell, cargado con los abrigo, subió a bordo. De repente le llamó el oficial.

—Perdone, señor: ¿ha enseñado el otro caballero su pasaje?

—¿A qué demonio se refiere? —contestó Karswell desde la cubierta con voz gruñona.

El hombre se inclinó para mirar.

—¿A qué demonio? Bueno, eso sí que no lo sé, desde luego —oyó Harrington que decía para sí mismo; y a continuación, en voz alta—: Me he equivocado, señor; ¡han debido de ser su manta de viaje y su gabán! Disculpe —y comentó al subordinado que tenía al lado—: ¿Lleva un perro con él o qué? Qué extraño; habría jurado que no iba solo. Bueno, sea lo que sea, ya se verá a bordo. Zarpamos. Dentro de una semana tendremos aquí a los que empiezan las vacaciones.

Cinco minutos después sólo quedaban las luces cada vez más lejanas del barco, la larga raya de farolas de Dover, la brisa de la noche, y la luna.

Harrington y Dunning llevaban tiempo y tiempo sentados en su habitación del «Lord Warden». Pese a haber desaparecido su principal motivo de ansiedad, sentían la opresión de una duda nada pequeña. ¿Estaba bien mandar a un hombre a la muerte, como pensaban que habían hecho? ¿No debían haberle advertido al menos?

—No —dijo Harrington—. Si es el asesino que creo que es, no hemos hecho sino lo justo. De todos modos, si está arrepentido... Pero ¿cómo y adónde podríamos mandarle aviso?

—Iba sólo a Abbeville —dijo Dunning—. He visto sus billetes. Si mandáramos un telegrama a los hoteles de esa localidad que vienen en la Guía Joanne, diciendo: «Examine la carterita de los billetes. Dunning», me sentiría mejor. Estamos a veintiuno; le queda un día. Aunque me temo que le ha envuelto ya la oscuridad.

Así, pues, le dejaron telegramas en la recepción de los hoteles.

No está claro si llegó alguno a su destino; y si fue así, si llegó a comprenderlo su destinatario. Lo único que se sabe es que la tarde del veintitrés un turista británico sufrió un accidente mortal cuando contemplaba la iglesia de san Wolframio de Abbeville, que estaba en restauración; del andamio que rodeaba la torre noroeste cayó una piedra que le golpeó en la cabeza y le mató en el acto, aunque después se comprobó que en esos momentos no había nadie arriba trabajando. Los documentos personales del turista le identificaron como el señor Karswell.

Sólo queda añadir un detalle: en la venta de los bienes de Karswell salió a subasta una edición de grabados de Bewick, sin garantía de autenticidad, que fue adquirida por Harrington —como era de presumir, había sido arrancado el grabado del viajero y el demonio—. Y también que, pasado un tiempo prudencial, Harrington quiso contarle a Dunning lo que le había oído decir en sueños a su hermano; pero Dunning se lo impidió nada más empezar.

LOS SITIALES DE LA CATEDRAL DE BARCHESTER

Por lo que a mí respecta, este caso empezó cuando leí una noticia en la sección necrológica del *Gentleman's Magazine* de principios del siglo XIX.

«El 26 de febrero, en su residencia de la catedral de Barchester, ha fallecido el venerable John Benwell Haynes, Dr. en Teol., arcediano de Sowerbridge, rector de Pickhill y Candley, a los 57 años de edad. Perteneció al College... de Cambridge, donde, por su talento y constancia, se granjeó la estima de sus superiores; cuando, a su debido tiempo, obtuvo la licenciatura, su nombre figuró entre los primeros de la lista de *honor*. Estos méritos académicos le valieron inmediatamente una beca para seguir los estudios. En el año 1783 recibió las sagradas órdenes, y fue propuesto para la vicaría de Ranxton-sub-Ashe por su amigo y protector, el difunto y venerable obispo de Lichfield... Sus rápidos ascensos, a canónigo primero, y luego a la dignidad de chantre de la catedral de Barchester, constituyen un testimonio elocuente del respeto con que fue considerado y de sus méritos académicos. Alcanzó el arcedianato con motivo del súbito fallecimiento del arcediano Pulteney, en 1810. Sus sermones, ajustados siempre a los principios de la religión y de la Iglesia que él honraba con su persona, pusieron de manifiesto en grado eminente, y sin el menor asomo de vanidad, el refinamiento del erudito y las virtudes del cristiano. Exento de toda virulencia fanática, e inspirado en el espíritu de la más auténtica caridad, sus palabras perdurarán mucho tiempo en la memoria de sus oyentes. (Aquí hay otra supresión). Entre las producciones de su pluma se cuentan una hábil defensa del episcopado, en la cual, tras haberla leído y releído atentamente, el autor de este homenaje a su memoria no encuentra sino un ejemplo más de la falta de liberalidad y valentía de los editores de nuestra generación, rasgo que es ya común entre ellos. Sus obras publicadas se limitan, en realidad, a una valiosa y elegante traducción de la *Argonáutica*, de Valerius Flaccus; un volumen de *Discursos sobre hechos diversos de la vida de Josué*, pronunciados en su catedral, y un cierto número de exhortaciones pronunciadas con motivo de las visitas que hizo al clero de su arcedianato. Éstas se distinguen por su... etc., etc. La cortesía y el cálido interés de quien nos ha inspirado estas líneas no las olvidarán fácilmente los que disfrutaron de su amistad. Su celo por el venerable e impresionante edificio bajo cuya blanca bóveda ofició y participó con tanta puntualidad, en el aspecto musical de sus ritos sobre todo, podría calificarse de filial, y contrastó de manera sorprendente y hasta chocante con esa correcta indiferencia que exhiben tantísimas dignidades eclesiásticas de nuestra catedral en los tiempos presentes».

El párrafo final, tras informarnos de que el doctor Haynes había fallecido soltero, decía:

«Todo hacía suponer que una existencia tan sosegada y beatífica alcanzaría su fin a una edad avanzada, extinguiéndose de manera igualmente tranquila y apacible. ¡Pero

cuán insondables son los designios de la Providencia! El pacífico y solitario retiro en que la oscura vida del Dr. Haynes discurría hacia su fin estaba destinado a verse turbado y aun arruinado por una tragedia tan espantosa como inesperada. En la mañana del 26 de febrero...»

Pero quizá sea mejor que deje el resto del relato hasta que haya contado las circunstancias que condujeron a él. Éstas, en lo que ahora tienen de accesibles, me han llegado por otros cauces.

Yo había leído la nota necrológica que acabo de citar por pura casualidad, junto con otras muchas de la misma fecha. Desde luego, había despertado un poco mi curiosidad, pero como no se me pasó por la cabeza que iba a tener ocasión de examinar los archivos locales de dicho período, y que tendría que esforzarme en recordar lo que había leído sobre el doctor Haynes, no presté la menor atención a su caso.

Recientemente estuve catalogando los manuscritos de la biblioteca del College al que había pertenecido. Terminé con los volúmenes clasificados de las estanterías y pregunté al bibliotecario si había más libros que, a juicio suyo, debía incluir en mi descripción.

—Creo que no —dijo—, pero será mejor que echemos una mirada a la sección de manuscritos para cerciorarnos. ¿Tiene usted tiempo ahora?

Sí tenía tiempo. Fuimos a la biblioteca, revisamos los manuscritos y, al terminar, llegamos a un estante que yo no había visto. Casi todo lo que había eran sermones, resmas de trabajos incompletos, ejercicios de estudiantes, el *Cyrus* (un poema épico en varios cantos, producto del ocio de un cura rural), unos apuntes de matemáticas confeccionados por un profesor ya fallecido, y un montón de material del mismo género con el que estoy más que familiarizado. Tomé breve nota de todo. Finalmente, había una caja de hojalata; la saqué y le limpié el polvo. Su etiqueta, muy borrosa, decía así: «Papeles del Ven. Arcediano Haynes. Donados en 1834 por su hermana, la Srta. Leticia Haynes».

Inmediatamente me di cuenta de que ese nombre lo había leído yo en alguna parte, y no tardé en recordarlo.

—Seguramente se trata del arcediano Haynes, que tuvo un final tan extraño en Barchester. He leído su nota necrológica en *Gentleman's Magazine*. ¿Puedo llevarme esta caja a casa? ¿Sabe si hay algo de interés en estos papeles?

El bibliotecario accedió de muy buen grado a que me llevara la caja para examinarla detenidamente.

—Todavía no la he revisado —dijo—, a pesar de que siempre he pensado hacerlo. Estoy casi seguro que ésta es la caja de la que nuestro antiguo decano dijo una vez que el colegio no debía haberla aceptado jamás. Se lo dijo a Martin hace años, y dijo también que mientras él mandara en la biblioteca no la abriría nadie. Martin fue quien me lo contó a mí, y me dijo que tenía unas ganas tremendas de saber lo que contenía, pero que el decano era el bibliotecario y que la tenía siempre guardada en sus habitaciones; así que durante todo este tiempo no ha tenido nadie acceso a los documentos. Cuando falleció se los llevaron equivocadamente sus herederos, y los devolvieron hace unos años, nada más. Todavía no sé por qué no los he examinado; pero, puesto que esta tarde

tengo que marcharme de Cambridge, será mejor que se los lleve usted y los examine primero. Confío en que no publicará nada impropio de nuestros archivos.

Me llevé la caja a casa y examiné su contenido; posteriormente he hablado con el bibliotecario sobre la posibilidad de publicar estos papeles y, ya que está dispuesto a acceder con tal que se oculte la identidad de las personas a las que hacen alusión, voy a intentar llevarla a efecto.

Los materiales de que dispongo son, naturalmente, diarios y cartas en su mayor parte. Los pasajes que cito textualmente y los que incluyo de manera abreviada dependerán del espacio de que disponga. Para comprender con exactitud la situación, he tenido que realizar algunas investigaciones —no muy embarazosas—, para las que me han sido de gran ayuda las excelentes ilustraciones y textos del volumen que tiene dedicado a Barchester la obra *Cathedral Series*, de Bell.

Para entrar en el coro de la catedral de Barchester hay que cruzar una reja entre mármoles de color diseñada por sir Gilbert Scott; entonces se llega a un lugar pelado y detestablemente amueblado se puede decir. Los sitiales son modernos y carecen de dosel. Los sitios de las dignidades y los nombres de cada miembro, por fortuna, han sido respetados y están grabados en pequeñas placas de bronce clavadas en cada sitial. El órgano está en el triforio, y la parte visible de la caja es de estilo gótico. El retablo y demás son semejantes a los de cualquier catedral.

Los minuciosos grabados de hace un centenar de años muestran una catedral bien distinta. En uno de ellos, el órgano está encima de la maciza reja clásica. Los sitiales son también sólidos y clásicos. Sobre el altar hay un baldaquino de madera con hornacinas en los extremos. A la derecha hay una recia mampara de trazado clásico, con un tímpano en el que se ve un triángulo del que parten algunos rayos, y unas letras hebreas en oro en su interior. Un grupo de querubines contempla el triángulo. En el extremo oriental del coro, la parte más próxima al altar, hay un púlpito con un gran tornavoz, mientras que el suelo está pavimentado con losas de mármol blanco y negro. Dos damas y un caballero admiran el efecto general. Por otros medios he podido averiguar que el sitial del arcediano estaba entonces, como lo está ahora, junto al trono del obispo, en el lado sudeste del coro. Su casa, casi enfrente de la iglesia, es un precioso edificio de ladrillo rojo de la época de Guillermo III.

Aquí trasladaron su residencia el doctor Haynes y su hermana en el año 1810. Esta dignidad había sido durante mucho tiempo la meta de sus deseos, pero su predecesor se había negado a marcharse, aun cuando había alcanzado la edad de noventa y dos años. Y hacía aproximadamente una semana que este anciano había celebrado el nonagésimo segundo aniversario de su nacimiento con una pequeña fiesta cuando, una mañana de finales de año, al bajar el doctor Haynes alegremente a desayunar, frotándose las manos y tarareando una cancioncilla, se encontró con una escena que le cortó su desbordante euforia: su hermana estaba sentada en su sitio de siempre, por supuesto, pero se hallaba inclinada hacia delante y sollozaba desconsoladamente sobre su pañuelo.

—¿Qué..., qué ocurre? ¿Alguna mala noticia? —preguntó.

—Ay, Johnny, ¿es que no te has enterado? ¡El pobre arcediano!

—¿El arcediano? ¿Qué le pasa, está enfermo?

—No, no; lo han encontrado esta mañana en la escalera. ¡Qué espantoso!

—¿Es posible? ¡Válgame Dios, pobre Pulteney! ¿Había sufrido algún ataque?

—Dicen que no, y dicen que eso es lo peor. Parece que toda la culpa es de esa estúpida criada que tienen, Jane.

El doctor Haynes guardó silencio.

—No entiendo, Leticia. ¿Por qué ha de tener la culpa la criada?

—Bueno, por lo que he oído decir, faltaba una varilla de esas que sujetan la alfombra de la escalera, y ella no dijo nada, y el pobre arcediano puso el pie en el mismo borde del peldaño (ya sabes lo resbaladiza que es la madera de roble), y al parecer, ha debido caer rodando casi todo el tramo de la escalera y se ha desnucado. Qué desgracia para la señorita Pulteney. Naturalmente, despedirán a esa muchacha inmediatamente. A mí nunca me ha gustado.

Volvió a empezar el llanto de la señorita Haynes con renovada fuerza, pero finalmente cedió lo bastante como para permitirle desayunar algo. No le sucedió así a su hermano, quien, después de permanecer en silencio ante la ventana unos minutos, abandonó la habitación y no se dejó ver en toda la mañana.

Me limitaré a decir que la descuidada sirvienta fue despedida en el acto, y que encontraron la varilla de sujetar la alfombra debajo de ésta, lo cual fue una prueba más, si es que se necesitaba alguna, de su supina estupidez y negligencia.

Desde hacía muchos años había sido designado el doctor Haynes por su talento — que debía de ser verdaderamente considerable— como el más probable sucesor del arcediano Pulteney, y sus esperanzas no se vieron defraudadas. Tomó posesión del cargo y pasó a desempeñar celosamente las funciones propias de la persona que ostenta tal dignidad. Una buena parte de sus diarios está llena de expresiones de asombro ante el estado de confusión en que el arcediano Pulteney había dejado los asuntos de su oficina y los documentos de su competencia. Las contribuciones procedentes de Wringham y Barnswood habían dejado de recibirse durante doce años por lo menos, y ahora eran prácticamente irre recuperables, no se había realizado ni una sola visita en siete años, y había cuatro presbiterios que era ya casi prácticamente imposible reparar. El personal elegido por el arcediano había sido casi tan incompetente como él. Casi era de agradecer que no siguiera este estado de cosas; una carta de un amigo suyo lo corrobora: «ó katékhon —dice (aludiendo cruelmente a la Segunda Epístola a los Tesalonicenses)— ha caído al fin. ¡Pobre amigo mío! ¡En qué maremágnum te vas a meter! Te doy mi palabra de que la última vez que crucé el umbral de su despacho no tenía un solo papel a mano, ni fue capaz de escuchar una palabra de lo que dije, ni pudo recordar dato alguno que hiciera referencia al asunto que me traía. Pero ahora, gracias a una sirvienta negligente y a una alfombra floja, será posible solventar los asuntos de importancia sin tener que perder la paciencia y la voz». Esta carta estaba guardada en la solapa de la cubierta de uno de sus diarios.

No puede ponerse en duda el celo y el entusiasmo del nuevo arcediano. «Dadme tiempo para poner algo de orden en los innumerables yerros y desaguisados con que me enfrento, y me uniré al viejo israelita, gozosa y sinceramente, en el cántico que tantas gentes entonan, aunque me temo que de labios para afuera». Estas consideraciones las he encontrado, no en su diario, sino en una carta; parece que los amigos del doctor

devolvieron sus cartas a su hermana tras la muerte de aquél. Sin embargo, no se limita a hacer consideraciones. Sus indagaciones sobre los derechos y deberes de su ministerio son bastante precisas y prácticas, y en uno de los papeles hay un cálculo del tiempo que necesitaba para poner al día los asuntos del arcedianato. Esta estimación ha sido exacta, al parecer. Durante tres años se dedicó a las reformas, pero en vano he buscado, al final de ese período, el prometido *Nunc dimittis*. Después encontró una nueva área de actividad. Hasta aquí, sus ocupaciones le habían impedido más de una vez asistir a los oficios de la catedral. Después empieza a interesarse por el edificio y la música. No voy a entretenerme en contar sus disputas con el organista, un señor anciano que había venido ocupando este puesto desde 1786; no consiguió sacar nada en limpio. En cambio, tiene más importancia para el caso su repentino entusiasmo por la catedral propiamente dicha y su mobiliario. Se conserva el borrador de una carta dirigida a Sylvanus Urban (la cual me parece que no llegó a enviar), en la que describe la sillería de fecha relativamente reciente; de 1700, más o menos.

«El sitio del arcediano, situado en el extremo sudeste, a la izquierda del trono episcopal (tan dignamente ocupado en la actualidad por el muy excelente prelado que honra la sede de Barchester), se distingue por su singular ornamentación. Además de las armas del deán West, merced a cuyos esfuerzos se terminó de amueblar la parte interior del coro, el atril de dicho sitio termina, a la derecha, con tres pequeñas tallas de aspecto grotesco y singular. Una es la figura exquisitamente ejecutada de un gato, cuya postura encogida expresa admirablemente la agilidad, vigilancia y astucia de este temible adversario de la especie *mus*. Al otro extremo hay un personaje sentado en su trono e investido con los atributos de la realeza, pero no es un monarca de este mundo lo que el escultor ha pretendido retratar. Sus pies están estudiadamente ocultos por el largo manto que lo envuelve, pero ni la corona ni el gorro que lleva sobre la cabeza consiguen ocultar sus puntiagudas orejas y sus curvados cuernos que delatan su origen tártaro, y la mano que descansa sobre su rodilla está armada de unas uñas espantosamente largas y afiladas. Entre estas dos figuras hay un personaje de pie, embozado en una capa. A primera vista podría tomarse por un monje o "fraile franciscano", porque va encapuchado y tiene una cuerda ceñida a su cintura. Pero si lo examinamos con más atención, nuestra conclusión será bien distinta; enseguida descubrimos que esa cuerda es en realidad un dogal que sujeta con una mano oculta entre sus ropajes, en tanto que sus rasgos hundidos y, me resulta espantoso describirlo, su carne agrietada y pegada sobre sus pómulos le identifican como el rey del terror. Estas figuras son, evidentemente, obra de una gubia verdaderamente hábil; si por casualidad conoce usted a alguien que pueda aportar alguna luz sobre su origen y significado, mi agradecimiento hacia su inestimable atención por todo será infinito».

Hay en este borrador algo más sobre dicha descripción que tiene gran interés, puesto que esa obra en madera ha desaparecido. Es un párrafo del final que merece la pena citarse:

«Recientes investigaciones sobre las cuentas del cabildo me han revelado que la talla de los sitios no fue, como se ha dicho a menudo, obra de artistas holandeses, sino que fue ejecutada por un vecino de esta ciudad o distrito llamado Agustín. La madera la

sacaron de un robledal vecino, propiedad del deán y del cabildo, conocido con el nombre de Holywood. Con motivo de una visita que he hecho a la parroquia en cuyas proximidades se halla situado, me he enterado por el viejo y respetable párroco de que aún subsisten tradiciones que hacen referencia a las enormes dimensiones y lo añosos que eran los robles que se utilizaron en la magnífica obra descrita (aunque imperfectamente) más arriba. En particular, se recuerda uno de los árboles, el que se alzaba en el centro del robledal, al que llamaban el roble del ahorcado. Dicho nombre le convenía cabalmente, como lo confirma el hecho de haberse encontrado huesos enterrados entre sus raíces, y porque hubo un tiempo en que los que querían asegurarse el éxito, ya fuera en el amor o en los negocios, solían ir a colgar de sus ramas monigotes toscamente hechos de paja, de ramas u otras materias igualmente rudimentarias».

Pero dejemos las investigaciones arqueológicas del arcediano para volver a su carrera propiamente dicha, según se desprende de sus diarios. Esos tres primeros años de trabajo intenso y meticulado nos lo muestran animoso en todo momento, y es indudable que era bien merecida la fama de hospitalidad y cortesía mencionada en la nota necrológica. Después, con el paso del tiempo, veo cernerse una sombra sobre él — más adelante se convertirá en la más absoluta negrura—, y no puedo por menos de pensar que debió de reflejarse en su actitud ante los demás. Gran cantidad de temores los confía a su diario: no podía desahogarse de otro modo. Era soltero, y su hermana no estaba siempre con él. Pero me equivocaría completamente si dijera que cuenta en su diario todo lo que podía habernos contado. Entresacaré unos cuantos trozos:

30 ag. 1816—Los días empiezan a acortar más sensiblemente que nunca. Ahora que los papeles del arcedianato están en orden debo buscar otra ocupación para las noches de otoño o de invierno. Es un gran contratiempo que la salud de Leticia no le permita estar aquí todos estos meses. ¿Por qué no sigo con mi *Defensa del Episcopado*? Puede que eso me ayude.

15 de sept.—Leticia se ha marchado a Brighton.

11 de oct.—Se han encendido las velas del coro por primera vez en las oraciones vespertinas. Me he llevado una especie de sobresalto; le tengo verdadero pavor a esta época del año en que oscurece temprano.

17 de nov.—Estoy francamente impresionado por el tipo de tallas de mi pupitre. Creo que no las había examinado detenidamente hasta ahora. Me he fijado en ellas por pura casualidad. Durante el *Magnificat* me sentía, lamenta tenerlo que decir, casi vencido de sueño. Mi mano descansaba en el lomo de la figura de gato, que es la más próxima de las tres que hay en el sitial. No me había dado cuenta porque no estaba mirando en esa dirección, hasta que llevé un sobresalto al notar algo así como una cosa blanda, una sensación da pelo blando y áspero, y un súbito movimiento, como si el animal hubiera vuelto la cabeza repentinamente para morderme. Me he despabilado inmediatamente, y tengo la impresión de haber dejado escapar un grito de sorpresa porque el señor tesorero volvió la cabeza vivamente para mirarme. La desagradable impresión que he sufrido ha sido tan fuerte que, sin darme cuenta, me he frotado la mano en mi sobrepelliz. Este incidente me ha llevado a examinar las figuras, al terminar

las oraciones, más detenidamente de lo que había hecho hasta ahora, y me he dado cuenta por primera vez de lo perfectas que son.

6 de dic.—Verdaderamente, echo de menos la compañía de Leticia. Noches después de trabajar todo el tiempo que me es posible en la *Defensa*, me hacen interminablemente penosas. La casa es demasiado grande para hombre solo, y las visitas que recibo son demasiado escasas. Cuando subo a habitación tengo la impresión de que *hay* alguien a mi lado. El hecho es digo yo) que oigo voces. Sé muy bien que esto es un síntoma muy corriente de la progresiva debilitación del cerebro... y creo que me sentiría menos inquieto si tuviera una prueba sólida de que es así. Pero no tengo ninguna..., ninguna ni existe en mi familia precedente alguno que aducir en favor de esta hipótesis a Trabajar, trabajar duro, y atender con puntualidad los deberes que recaigan sobre mí, ése es mi mejor remedio, y tengo la completa seguridad de que el resultado.

1 de enero.—Debo confesar que mi inquietud va en aumento. Anoche, volver al deanato, pasadas ya las doce, encendí la palmatoria para subir a habitación. Estaba llegando a lo alto de la escalera, cuando oí que me susurraban: «Permítame desearle un feliz Año Nuevo». No cabía ningún error, era una voz clara y con un énfasis peculiar. Se me cayó la vela de la mano, ni más menos, y tiemblo de pensar en las consecuencias que eso habría podido acarrear. De todos modos, me las arreglé para terminar de subir la escalera, encerré con llave en mi habitación, y no volví a ser molestado.

15 de enero.—Anoche tuve que bajar al despacho a coger el reloj queme había dejado olvidado al irme a acostar. Creo que tenía yo el pie en el último escalón, cuando de pronto: «Tenga cuidado». Me agarré al pasamanos, y, naturalmente, eché una mirada a mí alrededor. Como era de esperar, no vi nada. Seguí mi camino —porque no merecía la pena dar media vuelta por eso—, pero estuve a punto de caerme: un gato (un gato enorme, según noté por el roce) se me cruzó entre las piernas, pero luego, por supuesto, no vi nada. *Puede* que fuera el gato de la cocina, aunque creo que no lo era.

27 de febr.—Esta noche me ha sucedido algo que me gustaría olvidar. Puede que el escribirlo aquí me ayude a contemplarlo en sus verdaderas dimensiones. Estuve trabajando en la biblioteca de nueve a diez aproximadamente. La escalera y el recibimiento parecían estar desusadamente llenos de lo que sólo me es posible calificar de movimiento sin ruido; quiero decir con esto que parecía haber un continuo ir y venir, y cada vez que dejaba de escribir y prestaba atención, o me asomaba al recibimiento, la quietud era absoluta. Y al retirarme a mi habitación a una hora más temprana de lo habitual —serían alrededor de las diez y media—, no logré percibir nada que pudiera decirse que fuera ruido. Y sucedió que yo le había dicho a John que pasara por mi habitación a recoger la carta para el señor obispo, porque tenía interés en que se entregara por la mañana temprano en el palacio. Por tanto, él estaría levantado para pasar a recogerla cuando me oyera que me retiraba. A mí se me había olvidado ya, aunque me había acordado de llevármela a mi cuarto. Pero luego, cuando le estaba dando cuerda al reloj, oí una leve llamada a la puerta y una voz baja me dijo: «¿Puedo pasar?» (Estoy absolutamente seguro de que fue eso lo que oí). Me acordé de pronto, tomé la carta del tocador y dije: «Claro, pase». Nadie respondió a mi invitación; fue entonces cuando, presa de un súbito recelo, cometí un error, abrí la puerta y tendí la

carta. Es seguro que no había nadie en el pasillo en ese momento; y en el preciso instante en que me encontraba yo en la entrada de mi cuarto, se abrió la puerta del otro extremo del pasillo y apareció John con una vela. Le pregunté si había llamado antes, pero siento tener que decir que no. No me gusta la situación, pero aunque mis sentidos estuvieron completamente alerta, y aunque transcurrió algún tiempo antes de que pudiera conciliar el sueño, debo añadir que no noté nada inquietante.

Con el retorno de la primavera, época en que su hermana se vino a pasar con él unos meses, las anotaciones del doctor Haynes se hacen más animadas y, desde luego, no se discierne en ellas el menor síntoma de depresión; hasta primeros de septiembre, en que vuelve a quedarse solo. En efecto, a partir de entonces vuelve a sentirse molestado, y esta vez de manera más apremiante. Luego volveré sobre esta cuestión; primero quiero transcribir un documento que, mucho o poco, me parece que tiene relación con el hilo de la historia.

En los libros de cuentas del doctor Haynes, conservados junto con los demás papeles suyos, aparece, fechado muy pocos días después de su toma de posesión como arcediano, un pago trimestral de 25 libras a J. L. Esto no habría tenido importancia ninguna de no haber sido más que eso. Pero yo lo relaciono con cierta carta mugrienta y muy mal escrita que, como otra que he citado antes, estaba en la solapa de un diario. No tiene ni rastro de fecha o matasellos, y no me ha sido fácil averiguar lo que pone. Dice así:

Muy señor mío:

E estado esperando carta suya esta última semana, y como no escribe, supongo que no a resibido la mía en la que le comunicaba que mi marido y yo estábamos atravesando una mala racha esta temporada, que parece que todo nos viene en contra en el campo y no vemos la manera de pagar la renta que tenemos que pagar, si usted no tiene la inmensa (liberalidad, parece que pone, aunque me es imposible descifrar esa palabra) de mandarnos cuarenta libras, de lo contrario tendríamos que acer lo que no nos gusta. Como usted fue la causa de que yo perdiera mi puesto en casa del Dr. Pulteney, creo es justo lo que le pido y usted sabe mejor que nadie lo que sé si viniera el caso, pero yo no deseo acer una cosa desagradable porque soy de las que les gusta tener cosas agradables a mi alrededor.

Su humilde servidora, JANE L

Alrededor de la fecha en que supongo que fue escrita esta carta hay, efectivamente, un pago de 40 libras a J. L.

Pero volvamos al diario.

22 de oct. — En las oraciones vespertinas, durante los Salmos, he vuelto a sufrir la misma experiencia del año pasado. Tenía la mano posada sobre una de las figuras como la vez anterior (desde entonces he tomado la costumbre de evitar tocar la del gato) y... experimentó un cambio, iba a decir, pero parece que le estoy concediendo demasiada importancia a lo que probablemente se deba, después de todo, a alguna anomalía de mi propia sensibilidad; en cualquier caso me pareció que la madera se ponía fría y blanda

como si fuera ropa mojada. Sería capaz de precisar en qué momento tuve esa sensación. El coro estaba cantando el pasaje que dice (*Deja al impío el gobierno de sí mismo y) permite que Satanás se ponga a su derecha.*

Los susurros en casa se han hecho más persistentes esta noche. Ni siquiera en mi habitación me he visto libre de ellos. No los había advertido hasta ahora. Una persona nerviosa, y yo me considero tal, se habría sentido incómoda, si no alarmada, con este tipo de fenómenos. El gato ha estado en lo alto de la escalera esta noche. Pero en la cocina *no hay* gatos.

15 de nov.—Debo consignar otra vez una cuestión que no entiendo. He tenido unos sueños que me han inquietado sobremanera. No era nada concreto, pero me he sentido acosado por la viva impresión de unos labios húmedos que me susurraban al oído una serie de cosas con énfasis y precipitación. Después de eso, me parece que me quedé dormido, pero me desperté sobresaltado con la sensación de que una mano se me había posado sobre el hombro. Entonces, para asombro mío, me he dado cuenta al despertarme de que estaba de pie en el descansillo del primer tramo de escaleras. La luna brillaba intensamente a través del ventanal, lo que me permitió ver el enorme gato que había en el segundo o tercer peldaño. No me es posible hacer ningún comentario. Me metí en la cama otra vez. No sé cómo. Sí, el peso de mi carga es pesado (luego sigue una línea o dos que han sido raspadas. Me parece que pone algo así como «obré con la mejor intención»).

Poco después, descubro con toda claridad cómo la firmeza del arcediano comienza a resentirse bajo la presión de estos fenómenos. Omito, por innecesariamente dolorosas y afligidas, las exclamaciones y las oraciones que empiezan a aparecer en los meses de diciembre y enero, y se van haciendo progresivamente más frecuentes. Durante todo este tiempo, no obstante, se empeña en aferrarse a su trabajo. No entiendo por qué no pretextó cualquier enfermedad y se refugió en Bath o en Brighton; mi impresión es que no le habría servido de nada; era de esa clase de hombres que, de reconocer su derrota frente a todas estas molestias, habría sucumbido inmediatamente, cosa de la que se daba perfecta cuenta. Trató de paliar la situación invitando a sus amistades a su casa. Y consiguió el resultado obtenido de la siguiente manera:

7 de enero.—He convencido a mi primo Allen de que pase conmigo unos días; ocupará la habitación contigua a la mía.

8 de enero.—Una noche tranquila. Allen ha dormido bien, aunque se ha quejado del viento. Sigo teniendo las mismas experiencias de antes: susurros y más susurros. ¿Qué será lo que quieren decir?

9 de enero.—Hemos estado Allen y yo en la biblioteca hasta las once. Me ha dejado dos veces para ir a ver qué hacían las sirvientas en el recibimiento; al volver la segunda vez me ha dicho que ha visto a una de ellas cruzar la puerta del final del pasillo, y ha comentado que si estuviera aquí su mujer las haría andar más derechas. Le he preguntado de qué color era el vestido que llevaba la criada, y me ha dicho que gris o blanco. Me lo suponía.

11 de enero.—Allen se ha marchado hoy. Debo ser firme.

Estas palabras, *Debo ser firme*, se repiten una y otra vez en los días siguientes; a veces constituyen la única anotación. En estos casos están escritas con letras muy

grandes, apretando la pluma sobre el papel de una manera tal que hubiera podido romperla.

Al parecer, los amigos del arcediano no notaron ningún cambio en su comportamiento, lo que da idea de su valor y determinación. El diario no nos cuenta nada más de los últimos días de su vida, aparte de lo que ya he dicho; Como final, puede servir el cariñoso comentario de la nota necrológica:

«La mañana del 26 de febrero fue fría y tempestuosa. La servidumbre entró muy temprano en el recibimiento de la residencia que ocupaba la llorada persona motivo de estas líneas. Y cuál no fue el horror al descubrir la figura de su querido y respetado señor tendida en el rellano de la escalera principal, en una postura que inspiraba el más intenso terror. Inmediatamente intentaron prestarle asistencia, pero la consternación fue general al comprobar que había sido objeto de un ataque brutal y homicida. Le habían fracturado la columna vertebral por más de un sitio. Esto habría podido atribuirse a una caída; la alfombra de la escalera estaba suelta en uno de los escalones. Pero, además de esto, presentaba heridas en los ojos, la nariz y la boca (resultaría espantoso describirlas) que le hacían irreconocible. Huelga añadir que no le quedaba el menor soplo de vida y que, según el respetable testimonio de las autoridades médicas, llevaba así varias horas. El autor o autores de este crimen continúan ocultos en el misterio y hasta ahora han fracasado los más empeñados esfuerzos por esclarecer el deplorable enigma que ha planteado tan luctuoso suceso».

El escritor prosigue con una serie de conjeturas acerca de la probabilidad de que los escritos de Shelley, Lord Byron y Voltaire hubieran contribuido a desencadenar este desastre, y concluye con la esperanza, un tanto vaga, de que tal suceso pueda «servir de ejemplo a la nueva generación»; pero no vale la pena transcribir textualmente estas últimas observaciones.

Yo me había informado de la opinión de que el doctor Haynes era el responsable de la muerte del doctor Pulteney. Pero el incidente relacionado con la figura de la muerte tallada en el sitio del arcediano le daba un cariz francamente desconcertante. La posibilidad de que hubiera sido labrada con la madera del roble del ahorcado no era remota, pero esto no parecía justificar nada. No obstante, fui a visitar Barchester, en parte con la idea de averiguar si quedaba algo del trabajo en madera del que tanto había oído hablar. Uno de los canónigos me presentó al director del museo local, que era, según me habían dicho, la persona que probablemente estaría en mejores condiciones de facilitarme información al respecto. Le hablé a este señor de la descripción que había leído sobre ciertas Figuras y armas que antiguamente adornaban los sitios, y le pregunté si quedaba alguna aún. Me enseñó las armas del deán West y algunos fragmentos más de la obra. Estos fragmentos, dijo, habían pertenecido a un viejo de la localidad, al cual había pertenecido igualmente una figura..., seguramente una de aquellas por las que yo preguntaba. Ocurrió algo muy extraño con esta figura, dijo: «El viejo que la tenía me contó que la había recogido de un taller de ebanistería, en donde estuvo también el resto de las piezas existentes, y se la llevó a su casa para que sus hijos jugaran con ella. De camino a su casa comenzó a manosearla, hasta que se le abrió en

dos trozos entre las manos y de su interior cayó un papel. Lo recogió y, al ver que estaba escrito, se lo metió en el bolsillo; una vez en casa, lo guardó en un jarrón que tenía encima de la repisa. Yo estuve en su casa no hace mucho, y sucedió que, al coger el jarrón para verle la marca, el papel vino a caerme justamente en las manos. Cuando se lo entregué, el anciano me contó lo que le acabo de referir, y me dijo que podía quedarme con él. Estaba algo arrugado, así que lo pegué sobre una cartulina, y así es como lo conservo aquí ahora. Si es usted capaz de decirme su significado, le estaré muy reconocido, y puedo decir que muy sorprendido también».

Me dio la cartulina. El papel, completamente legible, estaba escrito en un tipo de letra antiguo, y ponía lo siguiente:

«Cuando vivía en el bosque

Me regaban con sangre. Ahora estoy en la iglesia

Y a quien me toca con su mano, Si la tiene manchada de sangre Le aconsejo ser precavido
No reciba algún golpe, Sea de día o de noche.

Y sobre todo cuando sopla el viento En las noches de febrero.

Esto soñé. 26 de febrero. Ao. 1699. John Austin.»

—Supongo que será algún hechizo o conjuro, ¿no lo llamaría usted así? —dijo el director.

—Sí —dije—. Supongo que sí. ¿Qué fue de la figura donde estaba guardado?

—¡Ah, se me había olvidado! —dijo—. El anciano me dijo que era tan horripilante y desagradable, y asustaba tanto a sus niños, que la tiró al fuego.

EL CERCADO DE MARTIN

Hace unos años estuve viviendo unos días con el rector de una parroquia del oeste donde la Sociedad a la que pertenezco tiene una propiedad. Había ido a ver parte de esa propiedad; y la primera mañana de mi visita, poco después de desayunar, se nos anunció la llegada del carpintero y factótum general de la alquería, John Hill, dispuesto a acompañarnos. El rector preguntó qué parte de la tierra íbamos a visitar primero. Sacamos el plano; y al enseñarle nuestro itinerario, puso el dedo en determinado punto.

—Al llegar aquí no olvide preguntarle a John Hill sobre el cercado de Martin —dijo—. Me gustaría saber qué le cuenta.

—¿Qué debe contarnos? —dije.

—No tengo ni idea —dijo el rector—; o si no es del todo verdad, se lo diré durante la comida —y aquí le reclamaron en otra parte.

Nos pusimos en camino; John Hill no es hombre que se guarde para sí lo que sabe, sea de la naturaleza que sea, de manera que es una fuente inagotable de curiosidades sobre la gente del lugar y de su habla. Una palabra poco corriente, o que él considera que puede resultarle poco corriente a su interlocutor, la deletrea por lo general: para «jaco» dice «j-a-c-o», y cosas así. Pero no interesa a mi propósito consignar aquí su conversación antes del momento en que llegamos al cercado de Martin. Este trocito de tierra se distingue porque es uno de los cercados más pequeños con que uno se puede tropezar: unas cuantas yardas cuadradas rodeadas de seto vivo por los cuatro lados, sin entrada ni abertura por la que se pueda acceder. Podría tomarse por un huertecillo largo tiempo abandonado, aunque se encuentra apartado del pueblo, y no hay en él el más ligero indicio de cultivo. No está muy lejos del camino, y forma parte de lo que allí llaman el páramo, o sea un terreno inculto y elevado, dividido en campos alargados.

—¿Por qué han cerrado así esta parcela? —pregunté. Y John Hill (cuya respuesta me es imposible reflejar con la fidelidad que yo quisiera) no desaprovechó la ocasión.

—Esto es lo que llamamos aquí el cercado de Martin, señor; un cantillo de tierra muy particular, señor, que, como digo, llamamos el Cercado de Martin: M-a-r-t-i-n; o sea Martin. Perdone el señor, pero ¿a que le ha dicho el señor que me pregunte al respeto?

—Sí; así es.

—¡Ya me lo parecía a mí, señor! Precisamente le hablé de esto la otra semana, y estuvo muy interesado. Pues a lo que se ve, señor, hay ahí enterrado un homicida llamado Martin. El viejo Samuel Saunders, que vivía en el que llamamos Tawton Sur, señor, contaba y no paraba sobre el caso, señor: un horrible homicidio; pobre muchacha, señor. Le cortó el cuello y la tiró a aquel aguazal de allá.

—¿Le ahorcaron por eso?

—Sí, señor. Justo allí, en lo alto del camino lo mandó colgar, el Día de los Inosentes tengo entendido, hace muchos años, un juez al que llamaban sangrinario; un juez terrible y duro como el pedernal, según decían.

—¿No se llamaba Jeffreys?

—Puede ser: Jeffreys, J-e-f... Jeffreys. Sí, creo que sí; y muchas veces he oído contar al señor Saunders cómo al muchacho aquel, George Martin, le atormentaba el alma en pena de la muchacha.

—¿Qué era lo que pasaba? ¿Lo sabe?

—No, señor; esatamente no; pero tengo entendido que le atormentaba bastante; y con toda justicia. El viejo Saunders contaba algo sobre un almario de la Posada Nueva. Decía que el alma de la muchacha salía de ese almario; pero no me acuerdo ya qué pasaba.

Ésta fue toda la información que le sacamos a John Hill. Proseguimos el recorrido, y llegado el momento se lo conté al rector. Y él pudo enseñarme, en el libro de contabilidad de la parroquia, el pago en 1684 de una horca, y de una sepultura al año siguiente, ambas cosas a beneficio de George Martin pero no pudo indicarme a nadie de la parroquia —toda vez que Saunders había muerto— capaz de aportar más información sobre este suceso.

Naturalmente, al regresar a la vecindad de las bibliotecas investigué en las fuentes más lógicas. Al parecer, no registraron el juicio en ningún sitio. Un periódico de la época y una o dos hojas informativas, no obstante, contenían breves reseñas, por las que me enteré de que, debido a la prevención existente en la localidad contra el acusado (se le describía como un joven di buena familia), la causa se trasladó de Exeter a Londres; que el juez del caso había sido Jeffreys y la sentencia pena de muerte, y que había habido «pasajes singulares» en la declaración de los testigos. Hasta septiembre de este año no logré averiguar nada más. Un amigo que sabía que yo estaba interesado en Jeffreys me mandó entonces una hoja arrancada del catálogo de un librero de segunda mano con la referencia: JEFFREYS, JUEZ: *Interesante manuscrito antiguo sobre un proceso por asesinato, y otras por el estilo*. Comprendí con gran alegría que por unos chelines podía entrar en posesión de lo que parecía ser una relación literal y taquigráfica del juicio de Martin. Telegrafíé pidiendo el manuscrito y me lo mandaron. Era un volumen con una encuadernación delgada, provisto de un título escrito por alguien del siglo XVIII, que había añadido también la siguiente nota: «Mi padre, que tomó nota de esto en el juicio, me contó que los amigos del acusado trasladaron al juez Jeffreys su interés por que no se hiciese público ningún informe; mi padre tenía intención de publicarlo cuando fuesen tiempos mejores, y lo mostró al Rev. Sr. Glanvill, que le animó a ello; pero la muerte sorprendió a ambos antes de haber cumplido dicho propósito». Añade las iniciales W G. Se me advierte que puede que el relator original sea T. Gurney, quien aparece bajo esa condición en más de una causa criminal.

Eso es lo único que pude leer por mi cuenta. No mucho tiempo después me enteré de alguien que era capaz de descifrar la taquigrafía del siglo XVII, y hace poco me han hecho llegar la copia mecanografiada del manuscrito entero. Los trozos que incluyo aquí ayudarán a completar la noción imperfecta que conserva John Hill y, supongo, algún otro vecino del lugar donde ocurrieron los hechos.

El informe empieza con una especie de prefacio en el que se explica que no se trata del texto propiamente redactado durante el juicio, pero que refleja fielmente lo dicho allí; si bien el escribano añade ciertos «incidentes extraordinarios» que acontecieron durante la sesión, y acomete esta copia puntual con el propósito de publicarla cuando

sea sazón; pero no lo hace en una escritura normal por temor a que caiga en manos de personas no autorizadas, y él o su familia se vean privados del derecho a los beneficios de su publicación.

A continuación empieza:

Fue visto el presente caso entre nuestro Soberano Señor el *Rey* y el señor George Martin, de (me tomo la libertad de omitir algunos topónimos), el miércoles 19 de noviembre, en una sesión del Tribunal de lo Criminal de Old Bailey, adonde el acusado, prisionero en Newgate, fue conducido.

Secretario del Tribunal—George Martin, levante la mano.

(Obedece).

Seguidamente se le leyó la acusación, en la que se exponía que el acusado «sin temor ninguno ante los ojos de Dios, sino movido y seducido por el demonio, el día 15 de mayo del año trigésimo sexto de Nuestro Soberano Señor el Rey Carlos Segundo, en la dicha parroquia, armado y con violencia, cometió delito en la persona de Ann Clark, soltera, natural de la misma localidad, entonces en la paz de Dios y de Nuestro Soberano Señor el Rey, atacando a la dicha Ann Clark con felonía y alevosía, y cortándole el cuello con un cuchillo, valorado en un penique, de cuya herida la dicha Ann Clark murió allí mismo, arrojando el cuerpo de la dicha Ann Clark a cierta charca de agua, sita en la misma parroquia (con otras cosas que no hacen a nuestro caso), todo ello contra la paz de Nuestro Soberano Señor el Rey, su Corona y su Dignidad»,

Aquí el acusado rogó que se le facilitase una copia de la acusación.

Pres. del Trib. (sir George Jeffreys).—¿Qué es esto? ¿Acaso no sabe que jamás se concede tal cosa? Además, ésta es la acusación más claramente inculpatoria que he oído en mi vida. No le cabe hacer otra cosa que declararse culpable o inocente.

Ac.—Señoría, entiendo que la acusación puede dar lugar a una cuestión de derecho, y humildemente suplico al tribunal que me asigne un abogado para estudiarla. Además, señoría, creo que ha habido otro caso en que fue facilitada una copia de la acusación.

Pres. del Trib.—¿Qué caso es ése?

Ac.—La verdad, señoría, es que me han tenido encerrado desde que me trajeron del castillo de Exeter, y no se me han permitido ni visitas ni entrevistas A, con persona alguna ala que pedir consejo.

Pres. del Trib.—Pero repito: ¿qué caso es el que aduce?

Ac.—Señoría, no sabría decir con precisión a su señoría el nombre del caso; pero recuerdo que lo hay, y humildemente desearía...

Pres. del Trib.—Todo eso no sirve de nada. Diga el caso, y entonces le diremos si tiene algo en que apoyarse. ¡Quiera Dios que disponga usted de todo cuanto pueda concedérsele conforme a la ley! En cuanto a eso, va contra toda disposición y debemos atenernos al procedimiento de los tribunales.

Fiscal Gen.(sir Robert Sawyer).—Señoría, rogamos en nombre del Rey que se le requiera para que diga si se declara culpable o inocente.

Secr.— ¿Se declara culpable o inocente del homicidio del que es acusado?

Ac.—Señoría, con toda humildad quiero preguntar al tribunal lo siguiente, si me

pronuncio ahora, ¿tendré ocasión después de impugnar la acusación?

Pres. del Trib.—Sí sí; eso viene después del veredicto. Ese derecho lo tiene: su disposición; y también el de asistencia letrada. Ahora lo que tiene que hacer es declararse culpable o inocente.

Y tras parlamentar brevemente con el tribunal (lo que parecía sorprendente en una acusación tan clara), el acusado se declaró *Inocente*.

Secr.—Acusado: ¿Cómo quieres ser juzgado?

Ac.—Por Dios y por mi país.

Secr.—Que Dios te conceda un veredicto justo.

Pres. del Trib.—Pero bueno, ¿qué es esto? Aquí ha habido muchos cabildeos para que no le juzgaran en Exeter los de su tierra, sino aquí en Londres, y ahora pide usted ser juzgado por su país. ¿Debemos enviarle a Exeter otra vez?

Ac.—Señoría, creía que era la fórmula.

Pres. del Trib.—Y lo es. Era sólo un poco hablar por hablar. Bien, sigamos, y que se tome juramento al jurado.

Se le tomó juramento. Omito los nombres. No hubo ninguna objeción por parte del acusado porque, como dijo, no conocía a ninguna de las personas designadas. Seguidamente el acusado preguntó si podía utilizar pluma, tinta y papel, a lo que el *Pres. del Trib.* respondió: «¡Sí, sí; que se lo traigan, en nombre de Dios!» Entonces se hizo al jurado exposición del cargo como es habitual, y el fiscal auxiliar, señor Dolben, inició la causa.

A continuación se levantó el Fiscal General:

—Con permiso de su señoría y de los señores del jurado, estoy aquí en representación de la Corona contra el acusado que en este momento comparece ante este tribunal. Como acaban de oír, está acusado de homicidio, cometido en la persona de una joven. Quizá piensen que no son raros los crímenes de este género; y en efecto, siento decir que en estos tiempos apenas hay fechoría, por bárbara y monstruosa que sea, de la que no tengamos ejemplos casi a diario. Pero debo añadir que el asesinato del que es acusado el compareciente reviste aspectos que lo distinguen de una manera que espero que se haya dado pocas veces, si es que se ha dado alguna, en suelo inglés. Porque como vamos a mostrar, la persona asesinada era una pobre campesina (mientras que el acusado es un caballero de buena posición). Pero además, era alguien a quien la Providencia no había concedido plenamente las normales luces intelectuales, sino que era lo que solemos llamar una inocente, o simple: una muchacha, por tanto, a la que se supone que un caballero de la calidad del acusado no habría hecho caso, y de haberse fijado en ella, su condición desventurada le habría movido a compasión, antes que a levantar la mano contra ella de manera bárbara y horrenda como vamos a demostrar.

»Empezaremos por el principio, y expondremos el caso ordenadamente: En las Navidades del año pasado, o sea de 1683, algunos vecinos de este caballero, el señor Martin, deseosos de agasajarle, porque acababa de regresar de la universidad de Cambridge a su tierra natal, con toda la cortesía de que eran capaces (su familia goza de muy grande estima en el contorno), le invitaron a sus fiestas navideñas, de suerte que estuvo yendo sin parar de un lado a otro, y de una casa a otra. A veces (cuando la casa que le reclamaba estaba lejos, o por algún otro motivo, como la inseguridad de los

caminos) se veía obligado a Pasar la noche en una posada. Y ocurrió que un día o dos después de Navidad llegó al pueblo donde vivía la joven con sus padres, y se hospedó en la posada que llaman Posada Nueva, casa de muy buena reputación según me han informado. Aquí la gente del lugar celebraba un baile, al que había llevado a Ann Clark una hermana mayor para que lo viera; aunque siendo corta de entendimiento, y persona poco atractiva, no era probable que participase en la diversión. Sea como fuere, la joven se quedó de pie en un rincón. El acusado aquí presente, al verla, podemos suponer que a manera de broma, le pidió que bailase con él. Y pese a lo que su hermana y otros pudieron decirle para disuadirla e impedirlo...

Pres. del Trib.—Vamos, señor Fiscal; no estamos aquí para escuchar historias de fiestas navideñas en tabernas. No es mi deseo interrumpirle, pero estoy seguro de que tiene cuestiones de más peso que exponer. A este paso nos va a decir hasta la música que tocaban.

Fisc.—Señoría, no quiero entretener a este tribunal con detalles que no son pertinentes; pero consideramos que es esencial mostrar cómo empezó esta insólita relación. Y en cuanto a la música que tocaban, creo que, efectivamente, las pruebas de que disponemos demostrarán que tiene que ver con el caso.

Pres. del Trib.—Adelante, adelante, en nombre de Dios; pero ahórrenos lo que no tenga relación.

Fisc.—Por supuesto, señoría; me ceñiré a lo esencial. Pero, señores, dado que les he hablado suficientemente, creo, de este primer encuentro entre la víctima y el acusado, abreviaré mi intervención diciendo que a partir de ese momento se vieron muchas veces; porque la joven se sentía muy ilusionada por haber encontrado (como ella imaginaba) un pretendiente tan bien parecido; y como una vez a la semana al menos él solía pasar por la calle donde ella vivía, estaba siempre al acecho esperándole. Y parece que tenían una señal convenida: él silbaba la tonada que habían tocado en la taberna. Es una tonada, me han informado, muy conocida en esta región, y tiene un estribillo que dice: *¿Quiere, señora, pasear, hablar conmigo?*»

Pres. del Trib.—Sí, la recuerdo. En mi tierra, Shropshire, se cantaba también. ¿Verdad que la música era así? —aquí su señoría silbó un trozo de canción, lo que resultó muy chusco, e impropio de la dignidad del tribunal. Y parece ser que se dio cuenta, porque dijo—: Pero no es éste el lugar, y no sé si no será la primera vez que suenan canciones bailables en esta sala. La mayoría de los bailes a los que hemos asistido se celebraban en Tyburn —mirando al acusado, que parecía enormemente turbado—. Ha dicho usted que la canción era pertinente al caso, señor Fiscal, y a fe que creo que el señor Martin coincide con usted. ¿Qué le ocurre, hombre, que mira como si viera fantasmas?

Ac.—Señoría, estoy abrumado de oír las trivialidades y estupideces que se aducen contra mí.

Pres. del Trib.—Bueno, bueno; es al señor Fiscal a quien corresponde demostrar si son trivialidades o no. Aunque debo decir que como no aporte algo más sustancioso que lo expuesto hasta ahora, no tiene gran motivo para abrumarse. ¿No tiene nada más grave, señor Fiscal? Pero continúe, por favor.

Fís.—Señoría, señores, es muy comprensible que juzguen trivial cuanto he dicho

hasta aquí. Y desde luego, si la cosa hubiese quedado sólo en hacer concebir ilusiones a una pobre muchacha de pocas luces por parte de un joven de calidad, no habría tenido mayor importancia. Pero sigamos. Debemos hacer notar que tres o cuatro semanas después el acusado dio palabra de matrimonio a una dama de esa región, de una esfera social muy acorde con la suya; decisión que le prometía una vida holgada, respetada y feliz. Pero poco después parece que la joven dama, al enterarse de la burla infligida por el acusado a Ann Clark, pensó que no sólo era un comportamiento indigno por parte de su prometido, sino también un menosprecio a ella, al consentir que su nombre fuese comidilla entre gente de taberna; de modo que sin otro expediente, y con el consentimiento de sus padres, hizo saber al acusado que quedaba roto el compromiso entre ellos. Les demostraremos que al recibir tal anuncio el acusado se enfureció con Ann Clark, a la que consideró culpable de su mala fortuna (aunque evidentemente el único culpable era él), empleó muchas expresiones ofensivas y amenazadoras contra ella y posteriormente, en una entrevista con ella, la ultrajó y la golpeó con su látigo; aunque no logró persuadir a la infeliz de que dejase de quererle, sino que a menudo corría tras él manifestándole con gestos y palabras entrecortadas el afecto que le tenía... hasta que se convirtió, según él mismo dijo, en la pesadilla de su vida. Sin embargo, como los asuntos en los que ahora estaba ocupado le obligaban a pasar por donde ella vivía, no podía evitar (como quiero creer que habría evitado en caso contrario) encontrarse con ella de cuando en cuando. Más tarde demostraremos que así estaba la situación, hasta el día 15 de mayo del presente año. Ese día el acusado cruzaba el pueblo a caballo, como de costumbre, cuando se encontró con la joven. Pero en lugar de seguir, como había hecho hasta ahora, se detuvo y le dirigió unas palabras que parecieron alegrarla inmensamente, y a continuación la dejó. Y después de ese día no la volvieron a ver, a pesar de la minuciosa batida que se llevó a cabo en su busca. La siguiente vez que el acusado pasó por el lugar, los familiares de la joven le preguntaron si sabía algo de ella; pero él negó rotundamente que supiera nada. Le expresaron sus temores de que se le hubiese trastornado su debilitado cerebro a causa de las atenciones que él le había dispensado, y que pudiera haber atentado contra su propia vida, recordándole cuántas veces le habían suplicado que dejase de hacerla objeto de sus atenciones, por temor a que acabara en algún daño para ella. Pero el señor Martin se rió de esto también. Sin embargo, pese a esta frívola reacción, se observó que su actitud y compostura habían cambiado, y se dijo que parecía que andaba mal de los nervios. Y llego aquí a un episodio para el que no me atrevería a reclamar la atención de todos si no me pareciese fundado en la verdad y no estuviera sustentado por testimonios que merecen todo crédito. Y, señores, en mi opinión proporciona un buen ejemplo de cómo Dios persigue al asesino, y le reclamará la sangre del inocente.

[Aquí el señor Fiscal hizo una pausa y se puso a rebuscar en sus papeles, cosa que a mí y a los demás nos pareció sorprendente, porque no era hombre que se embarullase con facilidad].

Pres. del Trib. — Y bien, señor Fiscal, ¿cuáles son sus pruebas?

Fisc. — Señoría, son muy extrañas; y la verdad es que, de todos los casos en los que he intervenido, no recuerdo otro igual. Pero para abreviar, señores, vamos a traer ante ustedes el testimonio de que Ann Clark fue vista después del 15 de mayo, y que es

imposible que en ese momento fuese una persona viva:

[Aquí hubo risas y exclamaciones de sorpresa, y el tribunal mandó silencio; y cuando se hubo restablecido]:

Pres. del Trib.—Señor Fiscal, puede guardarse esa historia para dentro de una semana; entonces será Navidad y podrá asustar con ella a sus cocineras —al oír esto la gente se echó a reír otra vez; y por lo visto también el acusado—, Hombre, por Dios, ¿qué monsergas son éstas? Fantasmas, jigas navideñas y gentes de taberna... ¡mientras tenemos aquí en juego la vida de un hombre! Y a usted, señor —al acusado—, quiero recordarle que no es momento para regocijos. No le han traído aquí para eso; y si conozco bien al señor Fiscal, tiene muy cosas en la carpeta de las que ha enseñado hasta aquí. Prosiga, señor Fiscal Quizá no debía haber hablado tan severamente, pero tendrá que reconocer que su discurso es bastante singular.

Fisc.—Nadie lo sabe mejor que yo, señoría; pero terminaré sin más dilación Caballeros, les voy a demostrar que el cuerpo de Ann Clark fue encontrado c mes de junio en una charca de agua con el cuello cortado; que en esa misma agua fue encontrado un cuchillo propiedad del acusado; que éste trató de recuperar del agua dicho cuchillo; que la investigación del juez instructor concluyó en un veredicto contra el acusado que hoy ocupa el banquillo, y que por tanto tendría que haber sido juzgado en Exeter, pero que, por haberse alegado que no era posible encontrar en su propia comarca un jurado imparcial que le juzgase, goza del excepcional privilegio de ser juzgado aquí en Londres. Y ahora procedamos a llamar a nuestro testigo.

A continuación se probó la efectiva relación entre el prisionero y Ann Clarck, así como la investigación del juez de instrucción. Omito esta parte del juicio, dado que carece de especial interés.

Seguidamente fue llamada Sarah Arscott, y se le tomó juramento.

Fisc.—¿Cuál es su ocupación?

S.—Llevo la Posada Nueva de....

Fisc.—¿Conoce al acusado que ocupa el banquillo?

S.—Sí; frecuentaba nuestra casa desde que vino la primera vez, en Navidades del año pasado.

Fisc.—¿Conocía usted a Ann Clark?

S.—Sí, mucho.

Fisc.—Por favor, describanos qué aspecto tenía.

S.—Era baja y gruesa; no sé qué más quiere que diga.

Fisc.—¿Era agraciada?

S.—No, ni mucho menos; era bastante fea, ¡pobre criatura! Tenía la cara grande y con papada, y de muy mal color; como de escuerzo.

Pres. del Trib.—¿Cómo, señora? ¿Cómo dice que era?

S.—Con perdón de su señoría; le oí decir al señor Martin que tenía cara de escuerzo; y así era.

Pres. del Trib.—¿Eso dijo? ¿Puede traducírmelo, señor Fiscal?

Fisc.—Señoría, tengo entendido que así es como llama a los sapos la gente del campo.

Pres. del Trib.—¡Ah, de sapo! Bien, siga.

Fisc. — ¿Quiere contar al jurado lo que pasó entre usted y el acusado del banquillo a finales de mayo?

S. — Lo que pasó, señor, fue esto: eran alrededor de las nueve de la noche, sin que Ann hubiera vuelto a casa, y estaba yo ocupada en mis tareas; el único cliente que había era Thomas Snell, y hacía un tiempo horrible. Entonces entró el señor Martin y pidió de beber. Y yo, en broma, le dije: «¿Busca a su amiga, señor?» A oír lo cual empezó a gritarme como una furia, de manera que me arrepentí de haber dicho lo que dije. Me dejó cortada, porque estábamos acostumbrados a gastar bromas a propósito de ella.

Pres. del Trib. — ¿Quién es ella?

S. — Ann Clark, señoría. Pero no sabíamos la noticia de que se había prometido con una joven dama de otro lugar. Si no, por supuesto que me habría guardado de decirle algo así. Conque no le repliqué; pero como estaba un poco molesta, para pincharle, me puse a canturrear para mí misma, por así decir, la canción que bailaron cuando se conocieron. Era la misma que solía tararear él cuando pasaba por la calle; se la he oído a menudo: «¿Quiere, señora, bailar, hablar conmigo?» Y ocurrió que necesité una cosa de la cocina. Entré a cogerla, sin dejar de canturrear, algo más alto y con algo más de atrevimiento; y mientras estaba dentro, me pareció oír de repente que alguien contestaba desde fuera de la casa; aunque no estoy segura, porque hacía mucho viento. Entonces dejé de cantar, y oí decir con toda claridad: «Sí, señor; sí quiero pasear y hablar con usted»; y reconocí la voz de Ann Clark.

Fisc. — ¿Cómo sabe que era su voz?

S. — Era imposible equivocarse. Tenía una voz horrorosa; una voz chillona, sobre todo si intentaba cantar. Y no había nadie en el pueblo que pudiese imitarla; aunque lo intentaban a menudo. Así que al oírla me alegré, porque todos estábamos ansiosos por saber qué le había pasado. Porque aunque era de pocas luces, tenía buen natural y era muy dócil. Y digo para mí misma: «¡Vaya, criatura, conque has vuelto!» Y salí, y le dije al señor Martin al pasar: «Señor, ahí está su amiga, que ha vuelto. ¿Le digo que entre?», y fui a abrir la puerta. Pero el señor Martin me sujetó; y me pareció que estaba trastornado, o casi. «¡Detente, mujer —dice—, en nombre de Dios!», y no sé qué más; estaba temblando todo él. Entonces me enfadé, y le dije: «¡Vaya! ¿No se alegra de que haya aparecido esa pobre niña?»; y me volví a Thomas Snell y le dije: «Ya que el señor no quiere soltarme, abre tú la puerta y hazla entrar». Conque fue Thomas Snell y abrió la puerta, con lo que se coló el viento y apagó las dos velas que eran toda la luz que teníamos. Y el señor Martin dejó de sujetarme. Creo que se cayó; pero estábamos completamente a oscuras, y pasó un minuto o dos hasta que conseguí encender otra vez. Y mientras buscaba a tientas la caja de cerillas, no estoy segura pero me parece que oí unos pasos que cruzaban el local, y desde luego se abrieron y cerraron las puertas del gran armario que tenemos allí. Y a continuación, una vez que tuve las luces nuevamente encendidas, descubro al señor Martin sentado en el banco, blanco y sudado como si se hubiese desmayado, con los brazos colgando; fui a ayudarlo. Pero en ese instante vi que asomaba del armario, pillado por las puertas, como un trozo de vestido, y entonces caí en que había oído cerrarse esas puertas. Así que pensé que alguien se había metido en el armario al apagarse la luz, y seguía allí escondido. Conque me acerqué a ver: era un trozo de capa: negra, y debajo de ella un trozo de vestido de color pardo, los dos

pillados por las puertas, en la parte de abajo, como si la persona que los llevaba se hubiese acurrucado dentro.

Fisc. — ¿Qué pensó que eran?

S. — Me pareció que eran de mujer.

Fisc. — ¿Tiene usted alguna idea sobre a quién pertenecían? ¿Conocía» alguien que llevara esa clase de ropa?

S. — Era una tela corriente, según pude ver. He visto a muchas mujeres con un vestido de ese género en nuestra parroquia.

Fisc. — ¿Era como la del vestido de Ann Clark?

S. — Solía llevar un vestido así; pero no podría jurar que fuera el suyo.

Fisc. — ¿Observó algo más en él?

S. — Noté que estaba empapado; pero hacía muy mal tiempo fuera.

Pres. del Trib. — ¿Llegó a tocarlo, señora?

S. — No, señoría; me daba aprensión tocarlo.

Prs. Del Trib. — ¿Aprensión? ¿Por qué? ¿Es usted tan remilgada que le repele el tacto de un vestido mojado?

S. — La verdad, señoría, es que no sé muy bien por qué; sólo que tenía una pinta repugnante.

Pres. del Trib. — Bien, siga.

S. — Entonces llamé otra vez a Thomas Snell, y le pedí que se preparase para coger a cualquiera que saliese del armario al abrirlo; «porque aquí, dije, hay alguien escondido y quiero saber qué quiere». Y entonces el señor Martin soltó una especie de grito o exclamación y salió corriendo, al tiempo que sentí que la puerta del armario, que estaba sujetando, parecía querer abrirse contra mí; y Thomas Snell me ayudó. Pero aunque empujábamos todo lo que podíamos, su fuerza nos rechazó, y caímos al suelo.

Pres. del Trib. — Y dígame: ¿qué salió... un ratón?

S. — No, señoría: era más grande que un ratón; aunque no lo pude ver bien; cruzó el local como una exhalación y salió por la puerta.

Pres. del Trib. — Pero vamos a ver: ¿a qué se parecía? ¿Era una persona?

S. — Señoría, no sé qué era, pero corría como arrastrándose, y era de color oscuro. Nos dio un buen susto a Thomas Snell y a mí. De todos modos corrimos a asomarnos a la puerta, que se había quedado abierta. Pero estaba oscuro y no pudimos ver nada.

Pres. del Trib. — ¿No dejó algún rastro en el piso? ¿Qué clase de piso tienen allí?

S. — Enlosado y enarenado, señoría. Y ¡había como un rastro mojado! Pero ni Thomas Snell ni yo sacamos nada en claro. Y además, como digo, era una noche muy desapacible.

Pres. del Trib. — Bueno; lo que es yo (aunque desde luego es una historia bien extraña la que cuenta), no veo que se puede sacar nada en limpio de esta declaración.

Fisc. — Señoría, la aportamos para demostrar el sospechoso comportamiento del acusado inmediatamente después de la desaparición de la persona asesinada, y pedimos al jurado que la tome en consideración. Y también lo de la voz que se ovó fuera de la casa.

Aquí el acusado hizo unas preguntas no muy pertinentes, y seguidamente fue llamado Thomas Snell, el cual prestó declaración en el mismo sentido que la señora

Arscott; y añadió lo siguiente:

Fisc. — ¿Hablaron usted y el acusado durante el rato que la señora Arscott estuvo en la cocina?

Th. — Yo tenía un pedazo de pastilla en el bolsillo.

Fisc. — ¿Pastilla de qué?

Th. — De tabaco, señor; y me vino la idea de echar una pipa. Así que fui a la chimenea y cogí una. Y como era tabaco de pastilla, y me había dejado olvidado el cuchillo en casa, y no tengo muchos dientes para arrancar un trozo, como su señoría y cualquiera pueden ver con sus propios ojos...

Pres. del Trib. — Pero ¿qué está diciendo este hombre? ¡Vaya al grano, señor! ¿Cree que estamos aquí para mirarle los dientes?

Th. — No, señoría; ni yo quiero que me los mire nadie; ¡Dios me libre! Sé que sus señorías tienen mejor ocupación... y mejor dentadura, no me cabe duda.

Pres. del Trib. — ¡Válgame Dios, qué hombre! Por supuesto; tengo mejor dentadura, y como no se ciña al asunto lo va a comprobar.

Th. — Le pido humildemente perdón, señoría, pero fue así. Conque, corazón de buen alma, se me ocurrió pedirle al señor Martin que me prestase el suyo para cortarme una punta de tabaco. Se metió la mano en un bolsillo, luego en otro, pero no lo tenía. Y digo yo: «¡Vaya! ¿Ha perdido el cuchillo; señor?» Y va y se levanta, se registra otra vez, se vuelve a sentar, y suelta un gemido: «¡Dios mío! — dice —, debo de habérmelo dejado allí». «Pero señor — digo yo —, a lo que parece, *no lo tiene*. Si se lo apreciara — digo yo —, lo habría echado de menos». Pero se quedó sentado con la cabeza entre las manos sin que pareciese enterarse de lo que le decía. Y entonces salió otra vez la señora Arscott de la cocina.

Preguntado si oyó la voz que cantaba fuera de la taberna, dijo: «No»; aunque la puerta que daba a la cocina estaba cerrada y hacía bastante viento; pero dijo que la voz de Ann Clark era inconfundible.

Después llamaron a William Reddaway, un niño de trece años, y por cómo respondió a las preguntas habituales del Presidente del Tribunal quedó claro que sabía el carácter de un juramento; y se le tomó juramento. Su declaración se refería a una semana más tarde.

Fisc. — Bueno, hijo, no tengas miedo; aquí nadie te va a hacer daño porque

Pres. del Trib. — Recuerda: si dices la verdad. Pero ten en cuenta, criatura, que estás en presencia del Dios de los cielos y la tierra, que tiene las llaves del infierno, y en presencia nuestra, que somos oficiales del rey y tenemos las llaves de Newgate; y recuerda, además, que está en juego la vida de un hombre; y que si dices una mentira, y por ese medio tiene un mal fin, serás igual que un asesino. Así que di la verdad.

Fisc. — Cuéntale al jurado lo que sabes, y habla alto. ¿Dónde estabas la noche del 23 del pasado mes de mayo?

Pres. del Trib. — ¡Vaya! ¿Qué puede saber de fechas un niño de esta edad? ¿Sabes determinar el día, niño?

W — Sí, señoría; fue la víspera de nuestra fiesta, donde tenía yo seis peniques para gastar, y eso es un mes antes del día de San Juan.

Un miembro del Jurado. — Señoría, no oímos qué dice.

Pres. del Trib.—Dice que recuerda el día porque era víspera de la fiesta que celebran allí, y que tenía seis peniques para gastarse. Súbanlo a esa mesa. Está bien, pequeño; ¿y dónde estabas tú entonces?

W.—Cuidando vacas en el páramo, señoría.

Pero como el habla del chico era rústica, su señoría no le entendía bien; así que preguntó si había alguien que pudiera hacer de intérprete; se le indicó que estaba presente el pastor de la parroquia. Prestó juramento, y prosiguió la declaración. Dijo el niño:

—Estaba en el páramo a eso de las seis, sentado detrás de una mata de aulaga cerca de una gran charca, cuando el prisionero se acercó con cautela y mirando a su alrededor, con una especie de vara larga en la mano, se quedó quieto un buen rato como escuchando, y después empezó a tantear el agua con la vara; y como yo estaba muy cerca del agua (a no más de seis yardas), oí como si la vara golpease contra algo que produjo un como cabeceo; entonces el acusado soltó la vara, cayó al suelo y rodó de manera muy extraña, tapándose los oídos con las manos; y al cabo de un rato se levantó y se alejó a gatas.

Preguntado si había hablado alguna vez con el acusado, dijo: «Sí; un día o dos antes, el acusado, al saber que yo solía andar por el páramo, me preguntó si había encontrado por allí un cuchillo, y dijo que me daría seis peniques si lo encontraba. Yo le dije que no había visto ningún cuchillo, pero que preguntaría. Entonces dijo que me daría seis peniques para que no dijese nada, y me los dio.

Pres. del Trib.—¿Y eran ésos los seis peniques que tenías para gastar en la fiesta?

W.—Sí, con permiso de su señoría.

Preguntado si había observado algo en particular en la charca de agua, dijo:

«No, salvo que empezaba a oler muy mal y las vacas no querían beber de ella desde hacía unos días».

Al preguntársele si había visto al acusado y a Ann Clark juntos, rompió a llorar a lágrima viva; y tardaron un buen rato en hacer que hablase de manera inteligible. Finalmente el pastor, señor Matthews, logró calmarle; y al volvérselo a hacer la pregunta, dijo que había visto, a cierta distancia, a Ann Clark esperando al acusado en el páramo; y que la había visto varias veces desde las últimas Navidades.

Fisc.—¿La viste lo bastante cerca? ¿Estás seguro de que era ella?

W.—Sí, completamente seguro.

Pres. del Trib.—¿Por qué completamente seguro, hijo?

W.—Porque estaba de pie y daba saltos y agitaba los brazos como un ganso —el chico dijo otro nombre, pero el pastor explicó que quería decir ganso—. Y además, la figura de Anne Clark era tal que no podía ser de nadie más.

Fisc.—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Entonces el testigo empezó a llorar otra vez, y se abrazó con fuerza al señor Matthews, el cual le dijo que no tuviese miedo. Finalmente contó lo siguiente: que la víspera de la fiesta (la misma tarde a la que se había referido ya), después de marcharse el acusado, como se estaba yendo la luz y estaba deseando volver a casa, aunque temía moverse no fuera que le descubriese el acusado, se quedó unos minutos detrás de la mata mirando la charca, y vio salir del agua, por el lado opuesto, un bulto oscuro. Y

cuando llegó a lo alto de la pendiente, donde el niño pudo verlo claramente recortado contra el cielo, se enderezó, agitó los brazos arriba y abajo, y después se alejó veloz en la misma dirección que el acusado; y al preguntársele estrictamente quién le había parecido que era, dijo bajo juramento que no podía ser nadie más que Ann Clark.

A continuación fue llamado su amo, quien declaró que ese día el niño había regresado muy tarde, motivo por el que le había regañado; y que parecía alelado, aunque no pudo dar explicación de por qué.

Fisc. —Señoría, hemos terminado la presentación de los testigos de la Corona.

Seguidamente el Presidente del Tribunal instó al acusado a que procediese a su defensa; cosa que hizo, aunque sin alargarse mucho y de manera vacilante, diciendo que esperaba que el jurado no fuera a condenarle a muerte por lo que decía un puñado de palurdos capaces de creerse todos los infundios, y que este juicio le había hecho mucho daño. Aquí el Pres. del Trib. le interrumpió para recordarle que se le había hecho un favor excepcional al remover el juicio de Exeter, cosa que el acusado reconoció, diciendo que se refería a que, si bien le habían traído a Londres, no se había tomado ninguna medida para ahorrarle acosos y molestias. Al oír lo cual el Pres. del Trib. mandó llamar al oficial de justicia, y le preguntó sobre la custodia del acusado. Pero no logró averiguar nada, salvo el comentario que hizo el oficial en el sentido de que el carcelero le había informado de que habían visto a una persona en la puerta o subiendo hasta ella, aunque no había posibilidad de que esa persona hubiese podido trasponerla. Y al preguntársele quién podía ser esa persona, el oficial dijo que sólo podía contar lo que había oído, pero no se le permitió. Y al serle preguntado al prisionero si era a eso a lo que se refería, dijo que no, que de eso no sabía nada, pero que era una crueldad que no se dejase en paz a un hombre cuya vida estaba en juego. Pero se observó lo precipitado que había sido en su negativa. Después no dijo nada más, y no se llamó a más testigos. Tras lo cual el Fiscal se dirigió al jurado [hay una relación completa de lo que dijo y, si hay tiempo, entresacaré la parte en que se extiende en la supuesta aparición de la persona asesinada; cita algunas autoridades de la antigüedad, como el *De cura pro mortuis gerenda* de san Agustín (libro de referencia predilecto de los antiguos tratadistas de lo sobrenatural); asimismo cita casos que pueden encontrarse en las obras de Glavill, y más cómodamente en las del señor Lang. (No obstante, no nos dice de tales casos más de lo que ya hay publicado)].

El Presidente del Tribunal hizo entonces un resumen de lo declarado para el jurado. Su discurso tampoco contiene nada que valga la pena transcribir; pero desde luego estaba impresionado por el carácter singular de las declaraciones, y dijo que nunca, en toda su vida profesional, había escuchado cosas de esta naturaleza; pero que nada escapaba a la ley, y que correspondía al jurado decidir si creer o no tales testimonios.

Y tras brevísima deliberación, el jurado declaró al acusado «culpable».

Se le preguntó si tenía algo que decir que impidiese el cumplimiento de la sentencia, y éste alegó que se había escrito mal su nombre en el veredicto; que habían puesto Martin con M, cuando debía escribirse con Y; pero esta alegación fue rechazada por carecer de importancia, añadiendo el Fiscal, además, que podía aportar pruebas de que el acusado lo escribía a veces tal como se había hecho en el veredicto. Y dado que el

acusado no tuvo nada más que alegar, se le leyó la sentencia: que debía ser colgado con cadenas de una horca cerca del lugar donde había cometido el crimen, y que dicha ejecución debía tener lugar el 28 del siguiente mes de diciembre, día de los Santos Inocentes.

Tras lo cual el acusado, en estado de desesperación al parecer, cambió de tono para pedir al Pres. del Trib. que se permitiese visitarle a sus parientes durante el breve espacio que le quedaba de vida.

Pres. del Trib.—Sí, por supuesto, siempre que sea en presencia del carcelero. Por mí, como si quiere que le visite Ann Clark también.

A lo que el acusado prorrumpió en exclamaciones, implorando a su señoría que no le diese ese trato. Y su señoría, enormemente irritado, le dijo que no merecían ningún miramiento las manos de un cobarde asesino que no tenía valor para cargar con las consecuencias de su fechoría: «Y pido a Dios —dijo—, que esté ella contigo día y noche, hasta el instante en que se ponga fin a tu vida». Y dicho esto se llevaron al acusado — que por lo que pude ver, iba desvanecido—, y se levantó la sesión.

No puedo dejar de añadir que el acusado, durante el tiempo que duró el juicio, parecía más desasosegado de lo que suele ser normal incluso en los casos de pena capital; que, por ejemplo, miraba fijamente hacia los asistentes y a menudo se volvía impulsivamente, como si alguien se le acercara al oído. Fue también asombroso el silencio que la gente observó en este juicio, y (aunque quizá esto no era sino consecuencia natural de la época del año), la sombra y oscuridad que reinó en la sala, motivo por el que tuvieron que llevar luces poco después de las dos de la tarde, aunque no había nada de niebla en la ciudad.

Como curiosidad, diré que recientemente oí comentar a unos jóvenes que habían estado dando un concierto en el pueblo al que me acabo de referir, que había tenido muy fría acogida la canción mencionada en este relato: *Señora, ¿quiere pasear...?* A la mañana siguiente, hablando con un vecino de dicho pueblo, se enteraron de que esta canción les producía una repugnancia invencible. No como en Tawton Norte, dijeron; en cambio aquí pensaban que traía mala suerte. Pero nadie tenía la menor idea de cuál era la razón.

EL SEÑOR HUMPHREYS Y SU HERENCIA

Hace unos quince años, un día de últimos de agosto o primeros de septiembre llegaba el tren a Wilsthorpe, estación rural del este de Inglaterra. Junto con otros viajeros descendió un joven más bien alto y de aspecto agradable, con una bolsa de mano y unos cuantos documentos atados en un paquete. Por la manera de mirar en torno suyo se diría que esperaba encontrar a alguien a su llegada, y en efecto, le esperaban. El jefe de estación inició uno o dos pasos presurosos hacia él, pero luego, como cambiando de parecer, dio media vuelta y le hizo señas a un señor gordo y pomposo de barba redonda que escudriñaba el tren con cierto aturullamiento.

—Señor Cooper —gritó—, señor Cooper, creo que ése es el joven que usted espera —y a continuación, dirigiéndose al viajero que se había apeado, preguntó—: ¿Es usted el señor Humphreys, por favor? Espero que haya hecho bien el viaje. Un coche de la residencia recogerá su equipaje; aquí está el señor Cooper, a quien seguramente conoce.

El señor Cooper se acercó presuroso, luego se quitó el sombrero y le estrechó la mano.

—Me alegro muchísimo —dijo— de poder hacerme eco de las amables palabras del señor Palmer. Habría sido el primero en expresarle mi satisfacción, pero su cara no me era familiar, señor Humphreys. Quede su llegada a nuestro pueblo marcada como un día en rojo sobre el calendario.

—Muchas gracias, señor Cooper, por sus amables deseos —dijo Humphreys—, y a usted también, señor Palmer. Confío en que este cambio de..., esto..., de propietario (cosa que les había debido de afectar mucho, estoy seguro) no supondrá ningún detrimento para aquellos con quienes voy a tener que relacionarme.

Creyendo que sus palabras no iban por buen camino, se detuvo, e intervino el señor Cooper:

—En ese sentido puede usted quedar tranquilo, señor Humphreys. Le puedo asegurar, por mi parte, que será bien recibido en todas partes. Y en cuanto a eso de que pueda perjudicar a la vecindad el cambio de propietario, bueno, su tío...

Aquí el señor Cooper se interrumpió también, puede que obedeciendo a una voz interior, o porque el señor Palmer, tras carraspear ruidosamente, le pidió al señor Humphreys su billete. Salieron los dos hombres de la estación y, a sugerencia del señor Humphreys, se dirigieron a pie a casa del señor Cooper, donde les esperaba una ligera colación.

La relación que existía entre uno y otro personaje puede resumirse en pocas líneas. Humphreys había heredado —de la manera más inesperada— la propiedad de su tío; pero ni a su tío ni a la finca los había visto en su vida. Estaba solo en el mundo; era hombre de buena disposición y de carácter amable, y su empleo en una oficina del Estado durante los últimos cuatro o cinco años no le había servido de mucho para emprender una vida de rico hacendado. Era estudioso y algo retraído, y había pocas cosas que le sacaran de casa, si no era el golf y la jardinería. Hoy venía por primera vez a Wilsthorpe a visitar al señor Cooper, el administrador, y a hablar con él de ciertos

asuntos que requerían inmediata atención. Podría preguntarse uno cómo es que era ésta su primera visita. ¿Acaso no debía haber asistido por decoro al entierro de su tío? La respuesta no es difícil de averiguar; en el momento en que ocurrió la muerte estaba fuera de la ciudad, y no fue posible dar inmediatamente con su paradero. Así que aplazó su viaje a Wilsthorpe hasta que le tuvieran dispuestas todas las cosas. Y aquí le tenemos ahora en casa del señor Cooper, sentado frente a él, tras haber estrechado la mano de las sonrientes señora y señorita Cooper.

Durante los minutos que precedieron al anuncio de que la merienda estaba servida, estuvieron reunidos en el salón, acomodados en sendos sillones primorosos; Humphreys, por su parte, se limitaba a sudar con paciencia, consciente de que estaba siendo objeto de un inventario.

—Como le decía, señor Humphreys —dijo el señor Cooper—, espero y confío en que su llegada a este pueblo quede señalada en rojo sobre el calendario.

—Pues claro que sí, de eso estoy segura —dijo la señora Cooper con animación—; y muchos, muchos días más.

La señorita Cooper murmuró unas cuantas palabras en el mismo sentido, y Humphreys sugirió bromeando que, puestos a eso, podrían pintar de rojo todos los días del calendario; broma que, a pesar de reírsele estrepitosamente no la entendieron del todo. Acto seguido se dispusieron a merendar.

—¿Conoce usted esta región, señor Humphreys? —preguntó la señora Cooper, tras un corto silencio. Era la mejor manera de empezar.

—No, siento tener que confesar que *no* —dijo Humphreys—; parece muy agradable, a juzgar por lo que he podido observar cuando venía en tren.

—Es una parte muy agradable. A decir verdad, no conozco ninguna provincia que la supere en cuanto al campo; y en cuanto a la gente, tampoco. Siempre están ideando cosas. Y es una lástima que haya llegado tarde para asistir a alguna de nuestras mejores fiestas, señor Humphreys.

—Me temo que sí. ¡Es una lástima! —dijo Humphreys con un suspiro de alivio; luego, comprendiendo que era mejor disipar definitivamente ese tema, añadió:— de todos modos, señora Cooper, aunque hubiese llegado a tiempo, me habría sido imposible asistir, ¿no cree? La muerte de mi pobre tío...

—¡Válgame Dios, señor Humphreys, por supuesto que sí! ¡Qué estúpida soy! —el señor y la señorita Cooper secundaron sus palabras con gestos de asentimiento—. Cuánto lo siento, le ruego que me perdone. ¿Qué habrá pensado usted?

—Nada en absoluto, señora Cooper, se lo aseguro. Hablando sinceramente, no puedo decir que la muerte de mi tío me haya afectado hondamente, porque no lo había visto nunca. Lo que quiero decir es que no se espera de mí que tome parte en esa clase de festejos, al menos durante unos días.

—Bueno, verdaderamente, es muy amable de su parte tomarlo de esa manera, señor Humphreys, ¿verdad, George? ¿Me perdona? ¡Vaya por Dios, conque no llegó a conocer al pobre anciano señor Wilson!

—No le llegué a ver en mi vida, ni he recibido nunca carta suya. A propósito, ustedes sí que tienen que perdonarme a mí. Todavía no les he dado las gracias, salvo por carta, por la molestia que se han tomado en buscarme servidumbre para la casa.

—No tiene ninguna importancia, señor Humphreys, se lo aseguro. Creo que quedará satisfecho con ella. Conocemos desde hace años a la pareja que hemos contratado para mayordomo y ama de llaves; son un honrado matrimonio. Y estoy segura de que mi marido puede responder por los criados que atienden los establos y jardines.

—Sí, señor Humphreys, son buena gente. El jefe jardinero es el único que queda del tiempo del señor Wilson. A la mayoría de los empleados, como sin duda sabrá ya por el testamento, les ha legado algo su antiguo señor, de manera que han dejado sus puestos, y lo que dice mi mujer: el ama de llaves y el mayordomo son personas capaces de prestarle toda clase de servicios.

—Así que todo está dispuesto para que pase usted a ocupar la casa hoy mismo, señor Humphreys, de acuerdo con lo que a mí me pareció entender que eran sus deseos —dijo la señora Cooper—. Todo, salvo la compañía, pero eso no se puede remediar. Nosotros hemos pensado que su intención era instalarse inmediatamente en ella. De lo contrario, estoy segura de que comprenderá el placer que nos habría producido tenerle aquí con nosotros.

—Estoy convencido de ello, señora Cooper, y se lo agradezco mucho. Pero confieso que es mejor que me haga cargo inmediatamente. Estoy acostumbrado a vivir solo, y tengo asuntos de sobra en que ocupar las tardes (revisar documentos y libros y demás) durante algún tiempo. He pensado que si pudiera usted, señor Cooper, acompañarme a inspeccionar la casa y los terrenos esta misma tarde...

—Por supuesto, por supuesto, señor Humphreys. Mi tiempo es suyo hasta la hora que sea.

—Hasta la hora de la cena querrás decir, papá —dijo la señorita Cooper—. No olvides que tienes que ir a casa de los Brasnetts. ¿Tienes todas las llaves del jardín?

—¿Es usted experta en jardinería, señorita Cooper? —preguntó Humphreys—. Me gustaría que me dijera qué tal está el de la casa.

—Bueno, yo no entiendo de alta jardinería, señor Humphreys, me gustan las flores... El jardín de la casa podría ser maravilloso, lo he dicho muchas veces. Pero resulta muy anticuado tal como está, y tiene demasiado matorral. Además, tiene un viejo templo y un laberinto.

—¿De veras? ¿Y lo ha explorado alguna vez?

—¡No! —dijo la señorita Cooper, metiendo los labios para adentro y moviendo la cabeza negativamente—. Siempre he soñado hacerlo, pero el viejo señor Wilson lo tenía cerrado con llave. No le habría permitido entrar ni a lady Wardrop (una señora que vive cerca de aquí, en Bentley, y que es experta en alta jardinería, por si le interesa). Por eso le preguntaba a mi padre si tiene todas las llaves.

—Comprendo. Bueno, evidentemente, tendré que ocuparme de eso; yo se lo enseñaré, una vez que haya aprendido el camino.

—¡Oh, muchas gracias, señor Humphreys! Entonces me podré reír de la señorita Foster, la hija de nuestro párroco; es una chica muy simpática; ahora está fuera de vacaciones. Siempre hemos estado apostando ella y yo a ver quién era la primera en entrar en el laberinto.

—Creo que las llaves del jardín están en la casa —dijo el señor Cooper, que había

estado revisando un gran manojo—. En la biblioteca hay unas cuantas. Bueno, señor Humphreys, si está dispuesto, podemos despedirnos de las mujeres y emprender nuestra pequeña inspección.

Al salir de la casa del señor Cooper, Humphreys tuvo que hacer frente no a una manifestación organizada, aunque sí a una infinidad de saludos —sombrero en mano— y miradas curiosas de los hombres y mujeres que se habían congregado en número sorprendentemente crecido. Más adelante, tuvo que cambiar unas palabras con la mujer del guarda al cruzar la entrada del parque, y con el guarda propiamente dicho, a quien encontraron por la alameda del parque. No puedo, sin embargo, entretenerme en consignar los detalles del trayecto. Mientras atravesaban la media milla que había entre la casa del guarda y el edificio principal, Humphreys tuvo ocasión de hacerle a su acompañante unas cuantas preguntas, las cuales encauzaron la conversación hacia su difunto tío, y poco después el señor Cooper se embarcó en una disertación.

—No deja de ser chocante pensar, como decía mi mujer hace un momento, que no haya llegado a conocer a nuestro antiguo señor. De todos modos, confío en que no interpretará mal mis palabras, señor Humphreys, si le digo que no habría congeniado mucho con él. No pretendo decir una sola palabra de crítica..., ni una sola. Lo único que quiero es informarle de cómo era —dijo el señor Cooper, deteniéndose súbitamente y clavando los ojos en Humphreys—. Y se lo puedo resumir en dos palabras, como se suele decir. Era un hombre enfermizo y aprensivo. Eso lo describe cabalmente. Eso es lo que era: un hipocondríaco. Nunca tomó parte en lo que hacían los demás. Ya me tomé la libertad de enviarle, creo, el recorte de un artículo de nuestro periódico local, que publiqué con ocasión de su muerte. Si no recuerdo mal, ésa es la imagen que todos tenían de él. Pero, por favor, señor Humphreys —prosiguió Cooper, dándole expresivas palmaditas en el pecho—, no vaya usted a creer que hablo por hablar; lo que digo es la verdad, la *pura* verdad, sobre lo que le ocurría a su respetado tío y antiguo señor mío. Era honrado a carta cabal, señor Humphreys..., y claro como la luz del día, y liberal en todos los aspectos. Tenía el corazón sensible y la mano abierta. Pero mire usted, tenía un *handicap*; su desventurada salud, o para ser más exactos, su falta de salud.

—Sí, pobre hombre. ¿Sufría alguna dolencia antes de su última enfermedad..., que, por lo que veo, no fue otra cosa que la edad?

—Eso nada más, señor Humphreys..., eso, y nada más. Es la llama vacilante que va extinguiéndose lentamente —dijo Cooper, haciendo un gesto que a él le pareció muy apropiado—, la fuente de oro que deja gradualmente de vibrar. En cuanto a su segunda pregunta, debo darle una respuesta negativa. ¿Era una falta general de vitalidad?, sí; ¿sufría alguna dolencia en especial?, no, a menos que tengamos en cuenta la horrible tos que le daba. Mire, ya estamos. Una hermosa mansión, ¿no le parece?

En general, merecía tal epíteto, pero tenía unas proporciones extrañas; era un edificio alto, de ladrillo rojo, rematado por arriba con un antepecho que ocultaba casi enteramente el tejado. Hacía el efecto de un edificio urbano en medio del campo; tenía basamento y un imponente tramo de escaleras que subían hasta la entrada principal. A juzgar por su altura, parecía pedir sendas alas a cada lado, pero no las tenía. Los establos y demás dependencias estaban ocultas entre los árboles. Humphreys calculó

que databa de 1770, más o menos.

El maduro matrimonio que había contratado para mayordomo y cocinera ama de llaves, respectivamente, aguardaba en la entrada principal, y al llegar el nuevo amo abrieron las puertas. Humphreys sabía ya cómo se llamaban, eran los Calton. De los pocos minutos de conversación que sostuvo con ellos sacó una impresión favorable en cuanto a aspecto y modales. Se puso de acuerdo con Calton para revisar juntos la vajilla y visitar la bodega, y con su mujer para tratar de la ropa blanca, sábanas y demás, lo que había y lo que hacía falta. Luego, él y Cooper dejaron a los Calton un momento y empezaron a pasar revista a la casa. Su topografía no tiene interés alguno para esta historia. Encontró a su gusto las amplias habitaciones de la planta baja, especialmente la biblioteca, que era casi tan espaciosa como el comedor y tenía tres altas ventanas de cara al Este. El dormitorio que le habían destinado a Humphreys estaba situado justamente encima de la biblioteca. Había muchos cuadros antiguos, algunos francamente buenos. No había un solo mueble que fuera nuevo, y apenas encontró libros publicados después de los setenta. Tras escuchar y verlos pocos cambios que su tío había introducido en la casa, y después de contemplar el gran retrato suyo que adornaba el salón, Humphreys se vio obligado a coincidir con Cooper en que no habría simpatizado mucho con su predecesor. Le entristecía el hecho de no sentir dolor —*dolebat se dolere non posse*— por la muerte del hombre que, con o sin afecto hacia su desconocido sobrino, había contribuido tanto a su bienestar, porque presentía que Whilsthorne era un lugar donde podría vivir feliz, y hasta muy feliz, quizá, con su biblioteca.

Y ya era hora de ir a echar una mirada al jardín; los establos vacíos podían aguardar, lo mismo que el lavadero. Así que se dirigieron al jardín, donde no tardó en comprobar que la señorita Cooper estaba en lo cierto al decir que tenía posibilidades. Y también que el señor Cooper había hecho bien en conservar al jardinero. Puede que no, que el difunto señor Wilson no estuviera al tanto de las últimas ideas sobre jardinería; pero, evidentemente, todo lo que habían hecho se realizó bajo la dirección de un hombre que sabía lo que hacía; y tanto el conjunto como la variedad eran excelentes. Cooper disfrutaba viendo lo complacido que se mostraba Humphreys y las sugerencias que de cuando en cuando manifestaba.

—Veo que ha encontrado aquí su elemento, señor Humphreys; usted convertirá este lugar en un señorío antes de que pasen por nosotros muchos años. Cómo me gustaría que estuviera aquí Clutterham, el jardinero; desde luego, lo estaría, si no fuera porque, como ya le he dicho, tiene a su hijo con fiebre; ¡pobre muchacho! Quisiera que le oyese cantar las alabanzas de la finca.

—Sí, ya me ha dicho usted que no podría estar aquí hoy, y siento que sea por esa causa, pero ya tendremos tiempo de sobra por la mañana. ¿Qué es aquel edificio blanco que se ve allá arriba, al final de la cuesta del paseo de césped? ¿Es el templo del que hablaba su hija?

—El mismo, señor Humphreys, el «templo de la amistad». Está construido con mármol traído expresamente de Italia por el abuelo de su difunto tío. ¿Quiere que demos un paseo hasta allá? Desde aquel sitio se domina una maravillosa perspectiva del parque.

En conjunto, recordaba bastante el «templo de la sibila», de Tívoli, con el

aditamento de una cúpula, aunque era bastante pequeño. En el muro había adosados antiguos relieves sepulcrales; todo, en fin, tenía el agradable sabor de los rincones de Europa. Cooper sacó la llave y abrió la pesada puerta, no sin cierta dificultad. El interior tenía un techo elegante, pero escaso mobiliario. Casi todo el suelo estaba ocupado por una serie de bloques de piedra de forma circular, cada una de las cuales tenía profundamente grabada una letra en su cara superior, ligeramente convexa.

—¿Qué significado tienen? —preguntó Humphreys.

—¿Significado? Bueno, según tenemos nosotros entendido, cada cosa tiene su finalidad, señor Humphreys; así que supongo que estos bloques tendrán la suya también, sea la que sea. Pero cuál es o era esa finalidad —aquí adoptó Cooper un aire doctoral—, es cosa que no sabría explicarle. Todo lo que sé puedo resumírselo en dos palabras, y es lo siguiente: que estaban en el laberinto, y su tío las trasladó aquí en una época en que yo aún no había entrado a su servicio. Eso es, señor Humphreys, lo que...

—¡Ah, el laberinto! —exclamó Humphreys—. Se me había olvidado. ¿Dónde está?

Cooper le llevó a la puerta del templo, señaló con el bastón y dijo (un poco a la manera del anciano segundo de la *Susanna* de Händel: *Dirige tus ojos cansados al lejano poniente Donde la gran encina al cielo se eleva*).

—Mire hacia allá. Siga con la vista la dirección de mi bastón, recto hacia el otro extremo de donde estamos nosotros ahora, y verá usted el arco de la entrada. Lo tiene justo al otro extremo del paseo que viene hasta este mismo edificio. ¿Piensa ir allá ahora mismo? Porque si es así, tengo que ir a la casa por la llave. Vaya usted andando, que yo le alcanzaré en unos minutos.

Conque echó a andar Humphreys por el paseo del templo, cruzó por delante de la casa, y comenzó a subir por el paseo de césped que conducía al arco que Cooper había señalado. Le sorprendió descubrir que el laberinto estaba completamente cercado por una elevada tapia, y que hubiera en el arco de la entrada una cancela de hierro cerrada con candado; pero luego recordó que la señorita Cooper había hablado de la oposición de su tío a permitir la entrada a esta parte del jardín. Había llegado, pues, a la entrada, y Cooper aún no venía. Se entretuvo unos minutos en leer la sentencia labrada sobre el dintel: *Secretum meum mihi et filiis domus meae*, y en tratar de recordar de dónde la habían sacado. Luego empezó a impacientarse y a considerar la posibilidad de escalar la tapia. Pero, evidentemente, no merecía la pena; de haber llevado un traje más viejo, tal vez. Pero ¿podría forzar el candado, dado que era tan viejo? No, evidentemente, no; finalmente, irritado, le dio una patada a la cancela, cedió la cadena, y el candado cayó a sus pies. Empujó la cancela, obstruida por las ortigas, y pasó al interior.

Era un laberinto de forma circular, y los setos de tejo, sin recortar desde hacía muchísimo tiempo, habían crecido lateral y verticalmente de la manera más anárquica. Los paseos, también eran casi impracticables. Sólo haciendo caso omiso de los arañosos, picaduras de ortiga y charcos, pudo Humphreys abrirse paso; no obstante, reflexionó, estas mismas dificultades facilitarían su camino de regreso, porque el rastro que dejaba era bien visible. Por lo que él recordaba, era la primera vez que estaba en un laberinto, aunque hasta ahora no le parecía que se había perdido gran cosa. La humedad y la oscuridad, el olor a presera y a ortiga, eran todo menos encantadores. Sin embargo, no parecía un laberinto demasiado intrincado. Se hallaba ya (a propósito, ¿había llegado

por fin Cooper?, ¡no!) muy cerca del corazón sin poner demasiada atención en el camino que seguía. ¡Ah!, aquí estaba el centro, al que había llegado sin gran esfuerzo. Y encontró algo que compensaba su hazaña. Su primera impresión fue que el ornamento del centro consistía en un reloj de sol, pero apartó la maraña de zarzas y enredaderas que lo cubrían, y vio que se trataba de un adorno poco corriente: consistía en una columna de piedra de unos cuatro pies de alto, con una esfera metálica —de cobre, a juzgar por la pátina que la cubría— en la parte superior, la cual tenía grabadas, además, algunas figuras y letras. Eso fue lo que vio Humphreys, y tras examinar brevemente las figuras, comprendió que se trataba de una de esas cosas misteriosas llamadas esferas celestes de las que, como uno se siente inclinado a pensar, jamás ha sacado nadie información alguna sobre el cielo. No obstante, estaba demasiado oscuro —al menos en el laberinto— para poder examinar detenidamente esta rareza, y además oía los gritos de Cooper, que sonaban como los de un elefante en la selva. Humphreys le gritó que entrara siguiendo el rastro que había ido dejando él, y no tardó Cooper en aparecer, jadeante, en el círculo central. Se deshizo en excusas por su tardanza; por fin no había podido encontrar la llave.

—Pero vaya —dijo—, después de todo ha logrado entrar solo y sin quebrarse la cabeza hasta el corazón del misterio, como se suele decir. ¡Bien! Creo que desde hace unos treinta o cuarenta años es la primera vez que unos pies humanos pisan el suelo de este recinto. Lo que sí puedo asegurar es que yo no había entrado jamás. ¡Bien, bien! ¿Qué dice el viejo proverbio sobre lugares en donde los ángeles temen entrar? En este caso, ha demostrado ser cierto una vez más.

La familiaridad de Humphreys con Cooper, aunque reciente, era suficiente como para comprender que, con toda seguridad, no había intención alguna en esta alusión, así que la pasó por alto y se limitó a sugerir que ya era hora de regresar a la casa a tomar una última taza de té y dejar libre a Cooper para que atendiera al compromiso que tenía esa noche. Así que salieron del laberinto, y al hacerlo casi experimentaron los dos el mismo alivio en regresar.

—¿Tiene usted alguna idea —preguntó Humphreys, camino de la casa— de por qué mantenía tan escrupulosamente cerrado este sitio?

Cooper se detuvo, y Humphreys presintió que se hallaba al borde de una revelación.

—Le mentiría, señor Humphreys, y además inútilmente, si me arrogara la pretensión de poseer cualquier información al respecto. Cuando entré yo aquí por primera vez a ejercer mis funciones, hará unos dieciocho años, el laberinto este estaba a punto tal como lo ve usted ahora, y la única ocasión en que salió a relucir este asunto fue la que ha oído mencionar a mi hija. Lady Wardrop —contra la que no tengo una sola palabra que decir— escribió solicitando que se le permitiera visitar el laberinto. Su tío me la enseñó; se trataba de una nota muy cortés, como era de esperar de una vecina de tal categoría. Entonces me dijo su tío: «Cooper, quiero que conteste en mi nombre a esa nota». «Desde luego, señor Wilson —dije yo; pues ya estaba acostumbrado a hacer de secretario suyo—; ¿qué le debo contestar?» «Bien —dijo—, transmítale a lady Wardrop mis respetos, y dígame que si alguna vez limpiamos esa parte del parque, tendré sumo placer en brindarle la oportunidad, antes que a nadie, de visitarlo, pero

que lleva cerrado bastantes años, y le estaría muy agradecido si no me insistiera en ello». Ésa fue, señor Humphreys, la última palabra de su bondadoso tío sobre el asunto; creo que no puedo añadir nada más. A no ser —prosiguió Cooper tras una pausa— que ocurriera una cosa: que, y esto es sólo una opinión mía, tuviera aversión (como suele sucederle a la gente por una u otra razón) a la memoria de su abuelo, quien, como ya le he dicho, fue el que mandó construir el laberinto. Era un hombre de extrañas manías, señor Humphreys, y muy aficionado a viajar. Ya tendrá ocasión el domingo que viene de ver la lápida, en el cementerio de nuestra pequeña iglesia parroquial; la pusieron algún tiempo después de su muerte.

—¡Vaya! Casi me esperaba que un hombre de sus gustos hubiera diseñado un mausoleo para sí mismo.

—Bueno, yo no he observado jamás nada de lo que usted dice, y de hecho, pensándolo bien, no estoy seguro ni mucho menos de que su tumba esté aquí; no estoy muy convencido de que sus restos descansen en la cripta de la iglesia; ¡Es curioso que no me encuentre yo en condiciones de informarle sobre ese particular! Pero, al fin y al cabo, no creo que el sitio donde hayan sido depositados sus pobres restos sea una cuestión de capital importancia, ¿no le parece?

Entraron en ese momento en la casa, y las consideraciones de Cooper se vieron interrumpidas.

El té fue servido en la biblioteca, donde el señor Cooper abordó temas que estaban en consonancia con el decorado.

—¡Preciosa colección de libros! Una de las mejores, según he oído decir a los entendidos de esta parte del país; algunas de las obras están ilustradas con espléndidos grabados también. Recuerdo que su tío me enseñó uno que tenía vistas de ciudades extranjeras..., era de lo más fascinante, con un estilo fuera de serie. Tenía otro, hecho completamente a mano, cuya tinta estaba fresca como si lo acabaran de escribir, y sin embargo, según me dijo él, lo había escrito un antiguo monje que vivió hace cientos de años. Yo siempre he tenido afición a la literatura. No hay nada que pueda compararse a una buena hora de lectura después de toda una jornada de trabajo; eso es infinitamente mejor que perder la tarde entera en casa de un amigo..., y eso me recuerda una cosa. ¡Tendré un disgusto con mi mujer si no regreso a casa y me arreglo para ir a desperdiciar la tarde justamente de esa manera! Conque debo marcharme, señor Humphreys

—Y eso me recuerda a *mí* —dijo Humphreys— que si quiero enseñarle mañana el laberinto a su hija, habrá que limpiarlo un poco. ¿Podría decirle usted a quien corresponda que se encargue de ello?

—Naturalmente. Irán un par de hombres con guadañas por la mañana, despejarán el camino. Dejaré el recado al pasar por la casa del guarda, y les diré de parte suya, si no tiene inconveniente, que coloquen una cinta para indio el camino a medida que se vayan adentrando.

—¡Muy buena idea! Sí, hágalo; esperaré a su mujer y a su hija por la tarde; a usted le espero mañana a las diez y media.

—Será un placer, tanto para ellas como para mí, señor Humphreys. ¡Buenas tardes!

Humphreys cenó a las ocho. De no haber sido su primera noche, y si Calton no hubiera tenido tanta afición a la charla, habría terminado la novela que compró para el viaje. Pero así, tuvo que escuchar los comentarios de Calton sobre el vecindario y la estación del año, y contestar de cuando en cuando; la época era buena, al parecer; en cuanto a los vecinos, habían cambiado bastan; —y no siempre para bien— desde la niñez de Calton, que había transcurrido, aquí. La tienda del pueblo, concretamente, había mejorado una barbaridad desde 1870. Ahora era posible encontrar allí casi todo lo que a uno le hacía falta, lo cual era una ventaja, porque supóngase que de repente necesita cualquier cosa (como a veces ocurre), él (Calton) puede acercarse en un momento (contando con que la tienda esté abierta todavía) y comprarlo, y no tiene que ir a pedirlo a la rectoría, mientras que antes habría sido inútil darse el paseo hasta allá, ya que no tenían más que velas, jabón, tortas de miel y cuadernos de dibujo para niños, y nueve veces de cada diez lo que necesitabas era una botella de whisky o algo parecido, o por lo menos... Total, que Humphreys decidió, en lo sucesivo, escudarse en un libro.

Como es natural, la biblioteca fue el lugar de las horas de sobremesa. Con la vela en la mano y la pipa en la boca, pasaba el tiempo dando vueltas por la habitación revisando los títulos de los libros. Le gustaban las viejas bibliotecas, y aquí se le brindaba la oportunidad de conocer una a fondo, pues Cooper le había informado que no había fichero, y que sólo existía un catálogo muy superficial, confeccionado con motivo del testamento. La tarea de elaborar un *Catalogue raisonné* sería una deliciosa ocupación para el invierno. Seguramente encontraría tesoros bibliográficos, incluso manuscritos, si había que hacer caso de lo que Cooper decía.

Mientras proseguía su inspección, le invadió la sensación (como suele ocurrirnos a todos en lugares parecidos) de que era incapaz de leer una buena parte de la colección. «Las ediciones de los clásicos y de la patrística, y las *Ceremonias religiosas*, de Picart, y la *Miscelánea harleyana*, son todas obras interesantes, pero ¿quién es capaz de ponerse a leer al Tostatus Abulensis, o el *Job* de Pineda, y demás libros por el estilo?»

Sacó un volumen en cuarto, medio desencuadernado, cuyo tejuelo se había desprendido, y al ver que le habían servido el café, regresó a su butaca con él. Por fin abrió el libro. Hay que constatar que su poco favorable opinión sobre lo que tenía en sus manos se fundaba en factores puramente externos. Puede incluso que fuera una colección de piezas únicas, pero, innegablemente, el exterior del libro estaba descolorido y era ilegible. De hecho, se trataba de una colección de sermones o meditaciones, mutilada además, puesto que le faltaba la primera página. Parecía que databa de finales del siglo XVII. Empezó a pasar hojas, hasta que sus ojos descubrieron una nota al margen: *Una parábola de esta desventurada situación*; así que quiso ver de qué aptitudes hacía gala el autor en un tema imaginario. «He oído o leído —decía el pasaje—, no sé si en forma de *parábola* o de *relato* verídico —dejo en esto que decida el lector—, el caso de un hombre que, como el *Teseo* de la *mitología ática*, se aventuró a adentrarse en un *laberinto*, y dicho laberinto no estaba trazado siguiendo el estilo ornamental con que recortan nuestros artistas los arbustos, sino en inmensa área circular, en la que además, menudeaban disimuladas trampas y pozos de lobo, amén de fermentados habitantes

que, según el decir de las gentes, acechaban en la sombra, y sólo poniendo en peligro la propia vida podía uno enfrentarse con ellos.

Estad seguros, empero, de que no faltaron en estos casos las disuasiones de los amigos. "Considera lo que aconteció a fulano —le dice el hermano—, cómo emprendió el camino que tú quieres emprender ahora, y no le volvieron a ver más". "O a zutano —dice la madre—, que sé arriesgó a entrar un poco nada más, y a tal punto extraviósele el juicio, que ni pudo decir después lo que había visto, ni volvió a encontrar sosiego una sola noche". "¿Y no has oído hablar —exclama un vecino— de los rostros que han visto asomarse por sobre las *palizadas* y entre las rejas de la entrada?" Pero todo fue inútil, determinado como estaba el hombre a llevar a cabo su propósitos pues en aquel país se hablaba a menudo, en las charlas junto al fuego, de una joya que en el corazón y centro del *laberinto* había, la cual era tan preciosa y singular, que haría inmensamente rico a quien la descubriera, y él lo sería cabalmente si lograba llegar hasta allí. ¿Y qué pasó? ¿*Quid multa*? El osado cruzó las puertas, y en el espacio de todo un día estuvieron sus amigos sin saber nada de él, sino que oyeron gritos confusos en la lejanía durante la noche, cosa que les hacía removerse inquietos en sus lechos, y el miedo les cubría de sudor y tenían por cierto que el hijo y el hermano habían pasado a aumentar el número de los desdichados que habían fracasado en ese viaje.

Así pues, acudieron al día siguiente con lágrimas en los ojos al sacristán de la parroquias pedirle que hiciera doblar a muerto la campana. Y emprendieron atribulados el camino de la entrada del *laberinto*, y al punto habrían dejado el lugar, tal era el horror que éste inspiraba en ellos, de no detenerles la súbita visión del cuerpo de un hombre que yacía en la misma calzada, y llegándose hasta él (con la curiosidad que fácilmente se puede uno figurar) descubrieron que era aquel a quien ya creían perdido, y no le hallaron muerto, sino preso de un desmayad tal que muerte parecía.

Así pues, los que habían ido con el corazón de luto regresaron jubilosos, y se entregaron con todas sus fuerzas a hacer revivir al pródigo pariente. El cual, habiendo vuelto en sí, y tras oír los cuidados y las diligencias que los suyos hicieron esa mañana, dijo: "Sí, terminen ya vuestras tribulaciones, porque he logrado coger la joya (y la mostró a ellos, y era efectivamente rara pieza), aunque con ella he traído algo que me robará el descanso de la noche y la alegría del día". Al oír lo cual le instaron a que al punto aclarase el significado de sus palabras, y explicase dónde estaba la compañía que así lo revolvía las entrañas: "¡Ah! —dice—, aquí la tengo, en el pecho, y no consigo librarme de ella. Aunque hago lo que puedo". Así, no hubo necesidad de hechicero para saber que era el recuerdo de la visión que había tenido lo que tan prodigiosamente le turbaba. Y durante mucho tiempo no le vieron vivir sino en constante susto y sobresalto. Finalmente, tras mucho tiempo, se las arreglaron para averiguar lo siguiente: que al principio, mientras lucía el sol, anduvo alegremente y sin dificultad, llegó al corazón del *laberinto* y cogió la joya, tras lo cual emprendió contento el camino de regreso, pero al caer la noche, en la que *bullen todas las bestias del bosque*, comenzó a experimentar la sensación de que alguna criatura caminaba con él y, según le parecía, le *miraba y escudriñaba* desde el otro callejón vecino al suyo, y que cuando se detenía, su acompañante dejaba de andar también, cosa ésta que producía en su espíritu cierta desazón.

Y en efecto, a medida que aumentaba la oscuridad, se le iba antojando que era más de uno quien le acompañaba, y más aún, que se trataba de una banda entera de seguidores, al menos eso dedujo de los roces y crujidos que producían todos en la maleza; y que hubo además un murmullo de voces que parecía deberse a alguna deliberación entre ellos. Pero en punto a quiénes eran o qué forma tenían, no estaba decidido él a manifestar lo que pensaba. A las preguntas de sus oyentes sobre qué gritos fueron los que se habían oído durante la noche (de los que se habla más arriba), dio la siguiente respuesta: que sobre las doce de la noche (según pudo calcular) oyó que le llamaban por su nombre y que habría sido capaz de jurar que era la voz de su hermano quien le llamaba. Así pues, se detuvo y llamó a voz en cuello, y supuso que el *eco* o sonido de su grito ahogó de momento los ruidos más débiles, porque, cuando volvió la quietud, pudo discernir las pisadas de unos pies presurosos que corrían muy cerca de él, por lo que se sintió atemorizado a tal extremo que él mismo echó a correr, y no paró hasta que vio despuntar el alba.

A veces, cuando se quedaba sin aliento, se arrojaba de cara a tierra con la esperanza de que sus perseguidores le pasaran por encima en la oscuridad, pero cada vez que esto ocurría, hacían ellos una pausa, y aún podía oírles resollar y jadear como si se tratara de una persecución a ciegas, lo cual despertó en su espíritu tan extremado horror que se vio obligado a huir de nuevo, dando vueltas y desandando lo andado y buscando la manera de disimular su rastro. Y por si este supremo esfuerzo no fuera lo bastante terrible, tenía ante sí la amenaza constante de caer en algún pozo o trampa de las que había oído hablar, y de las que efectivamente había visto varias con sus propios ojos, ya en los rincones, *ya en* el centro de los callejones. Así pues, según dijo finalmente, noche tan espantosa jamás pasó criatura mortal alguna como la soportada por él en ese *laberinto*. Y ni la joya que llevaba en el zurrón, ni la más grande riqueza jamás traída de las *Indias*, habrían sido recompensa suficiente por los sufrimientos que había tenido que padecer.

»Me ahorraré consignar aquí la relación de las tribulaciones que sufrió dicho hombre, por cuanto confío en que el juicio del lector atinará a ver el paralelo que yo pretendo establecer. Pues ¿no es acaso esta joya justamente el símbolo de la satisfacción que el hombre busca alcanzar corriendo en pos de los placeres de este mundo? ¿Y no sirve igualmente el laberinto de representación del mundo mismo en el que tal tesoro (si debemos dar algún crédito a la voz popular) se halla enterrado)?»

Al llegar a este punto Humphreys consideró que quizá convenía un poco de paciencia, y que era mejor dejar «las enseñanzas» que el autor extraía de su parábola. Colocó el libro en su sitio primitivo, preguntándose si no habría leído su tío por casualidad este pasaje, y de ser así, si no le habría estado dando vueltas en su imaginación, al extremo de sentir aversión a los laberintos, y decidirse a cerrar el que tenía en el parque. Poco después se fue a la cama.

Al día siguiente tuvo una mañana de mucho trabajo con el señor Cooper, quien, si bien era de lenguaje exuberante, tenía también los asuntos de la propiedad completamente al día. Se encontraba muy jovial esa mañana el señor Cooper; no había olvidado ordenar que limpiaran el laberinto, y en este momento se encontraban

realizando dicho trabajo; y por lo que se refiere a su hija, estaba muerta de curiosidad. También esperaba él que Humphreys hubiera dormido como un justo, y que disfrutemos del tiempo tan grato que estamos teniendo. Durante la comida se explayó en consideraciones sobre los cuadros del comedor y le enseñó el retrato del arquitecto que había dirigido la construcción del templo y del laberinto. Humphreys lo examinó con interés. Era obra de un italiano y databa de la época en que el viejo señor Wilson, siendo joven, visitó Roma (efectivamente, se veía una perspectiva del Coliseo en el fondo). Su rostro pálido y delgado y sus grandes ojos eran los rasgos más sobresalientes. En la mano sostenía un rollo de papel parcialmente desenrollado, en el que se podía distinguir el plano de un edificio circular, el del templo probablemente, así como un trozo del laberinto. Humphreys se subió a una silla para examinarlo, pero no estaba trazado con la suficiente claridad como para que valiera la pena copiarlo. Esto, sin embargo, le sugirió la idea de hacer un plano del laberinto del parque y colgarlo en el recibimiento para uso de los visitantes.

Esa misma tarde vio confirmada la necesidad de esta decisión, porque cuando llegaron la señora y la señorita Cooper, deseosas de visitar el laberinto, le fue imposible guiarlas hasta el centro. Los jardineros habían quitado todas las señales que se habían empleado, e incluso al propio Clutterham, cuando fue requerida su presencia, le fue tan imposible como a los demás.

—La cosa está, señor Wilson..., digo, señor Humphreys, en que estos laberintos los hacen expresamente para eso, para confundir. De todas maneras, si quieren seguirme, yo les llevaré derecho. Pondré mi sombrero aquí para señalar el punto de partida.

Echaron a andar, y a los cinco minutos se encontró con que había guiado al grupo adonde estaba su sombrero.

—Vaya, esto sí que tiene gracia —dijo con una sonrisita de circunstancias—. Estaba seguro de haberlo dejado exactamente sobre una zarza, pero como pueden comprobar ustedes mismos, en este paseo no hay zarzas de ninguna clase. Si usted me permite, señor Humphreys (así es como se llama, ¿verdad, señor?), llamaré a uno de mis hombres para que entre y ponga una señal.

Tras repetidos gritos, llegó William Crack. Le fue un poco difícil llegar adonde estaba el grupo. Primero lo vieron u oyeron en un callejón interior; luego, casi al mismo tiempo, en uno exterior. No obstante, consiguió por fin reunirse con ellos; en primer lugar le interrogaron, aunque no sacaron nada en limpio, y en segundo lugar le ordenaron que se quedase junto al sombrero, el cual consideró Clutterham que debía seguir en el suelo. A pesar de esta estrategia, emplearon casi tres cuartos de hora en infructuosos vagabundeos, hasta que finalmente Humphreys se vio obligado, viendo lo cansada que estaba la señora Cooper, a sugerir que era mejor regresar a tomar el té, deshaciéndose en disculpas con la señorita Cooper.

—En todo caso, le ha ganado la apuesta a la señorita Foster —dijo—, puesto que ha estado en el laberinto. Además, le prometo que lo primero que voy a hacer es trazar un plano exacto y marcar con una línea el camino para que lo pueda seguir.

—Eso es lo que hacía falta, señor —dijo Clutterham—, que venga alguien y dibuje el plano y lo podamos manejar todos. Sería peligroso que entrara alguien, le pillara un chaparrón, y no pudiera encontrar la salida; es posible que tardara horas y horas en

salir, a no ser que me deje hacer una pequeña abertura por en medio; mi idea es cortar un par de árboles de cada seto en línea recta, de manera que pueda uno tener en todo momento una perspectiva clara. Naturalmente, eso echaría a perder el laberinto, pero no se me ocurre nada mejor.

—No, no haremos nada de eso de momento: trazaré un plano primero y le daré a usted una copia. Más adelante pensaré eso que dice.

Humphreys se sintió contrariado y hasta avergonzado por el fiasco, y decidió que no se quedaría satisfecho si no hacía otro intento esa misma tarde. Su irritación aumentó considerablemente cuando consiguió llegar al centro sin haber dado un solo paso en falso. Le daban ganas de empezar a dibujar el plano inmediatamente, pero estaba empezando a oscurecer y comprendió que, aun cuando hubiera traído consigo todo lo necesario, le habría sido imposible realizar este trabajo.

Conque, a la mañana siguiente, cargó con un tablero de dibujo, lápices, compases, cartulina y unas cuantas cosas más (algunas se las pidió prestadas a Cooper y otras las encontró en los armarios de la biblioteca), llegó al centro del laberinto (otra vez sin una vacilación) y lo dispuso todo para empezar. Sin embargo, no se puso en seguida manos a la obra. Habían quitado las zarzas y matorrales que ocultaban la columna y la esfera, y ahora se veía por primera vez lo que eran. La columna carecía de adornos, parecía uno de esos pies sobre los que suelen colocarse los relojes de sol. No ocurría lo mismo con la esfera. Ya he dicho que estaba primorosamente grabada con figuras e inscripciones, y que Humphreys había creído al principio que era una esfera celeste, pero no tardó en darse cuenta de que no se trataba de tal cosa. Tenía un detalle que le resultaba familiar, era una serpiente alada —*Draco*— que rodeaba el globo por el sitio que correspondía al ecuador, pero por otro lado, una buena parte del hemisferio superior estaba cubierto por las alas extendidas de una gran figura cuya cabeza se ocultaba bajo el anillo situado en el polo superior o cima del monumento. Alrededor del lugar correspondiente a la cabeza, se podían leer las siguientes palabras: *Princeps tenebrarum*. En el hemisferio inferior había un espacio cubierto enteramente por un conjunto de líneas entrecruzadas, y se designaba con el nombre de *umbra mortis*. Al lado había una fila de montañas, y entre ellas, un valle del que brotaban llamas. Este valle estaba marcado con el nombre de (¿a que se van a sorprender?) *vallis filiorum Hinnom*. Por encima y por debajo del *Draco* se perfilaban diversas figuras que se asemejaban a las constelaciones ordinarias, aunque no eran las mismas. Así, había un hombre desnudo con una clava levantada cuyo nombre era, no el de *Hércules*, sino el de *Caín*. Otro, medio sumergido en la tierra y con los brazos extendidos con gesto desesperado, era *Chore* y no *Ophiuclus*, y un tercero, que colgaba por el pelo de un árbol retorcido, era *Absalón*. Junto a este último había otro con grandes ropajes y gorro alto, de pie en el centro de un círculo y en actitud de dirigirse a los demonios peludos que rondaban el exterior, al cual le asignaban el nombre *Hostanes magus* (desconocido para Humphreys). Desde luego, el conjunto parecía seguir el plan de un cortejo de patriarcas del mal, tal vez influido por la obra de Dante. Humphreys lo consideró como una muestra del gusto de su bisabuelo, pero, a su juicio, debió de traérselo de Italia sin tomarse la molestia de examinarlo detenidamente, porque de haberlo tenido en gran estima, no lo habría expuesto al viento y a las inclemencias del tiempo. Le dio unas palmadas al metal —parecía hueco y de poco

espesor — y, dando media vuelta, se dispuso a emprender su tarea. Al cabo de media hora de trabajo se dio cuenta de que le era imposible continuar sin utilizar una guía, así que le pidió un rollo de cuerda a Clutterham y fue soltándola a lo largo de los callejones desde la entrada hasta el centro, atando el extremo en el anillo de la parte superior del globo. Este recurso le sirvió para trazar un plano rudimentario antes de la hora de comer, y por la tarde lo dibujó con más limpieza. A la hora del té, el señor Cooper se reunió con él, mostrándose muy interesado por su tarea.

—Bueno, esto... —dijo el señor Cooper, poniendo la mano sobre el globo, y retirándola luego repentinamente—. ¡Caramba! ¡Cómo conserva el calor! ¿Ha visto usted, señor Humphreys? Supongo que es debido a que este metal (es cobre, ¿no?) debe de ser aislador o conductor o como se diga.

—El sol ha calentado bastante esta tarde —dijo Humphreys, soslayando el aspecto científico—. Pero no me había dado cuenta de que se había calentado tanto. No..., a mí no me parece que esté tan caliente —añadió.

—¡Qué extraño! —dijo el señor Cooper—. En cambio, yo no puedo ni ponerle la mano encima. Supongo que se deberá a una diferencia de temperatura entre nosotros dos. A lo mejor es usted una persona de naturaleza fría y yo no, y en eso es donde está la diferencia. Todo este verano he estado durmiendo casi *in statu quo*, créame, y tomaba mis baños matinales lo más fríos que podía. Todas las mañanas... Déjeme que le ayude con la cuerda.

—Sí, muchas gracias; aunque si me recoge los lápices y las cosas que hay por el suelo se lo agradeceré mucho más. Creo que ya está todo; podemos regresar a casa.

Salieron del laberinto, y Humphreys fue enrollando la cuerda mientras caminaban.

Lo más lamentable de todo, según se dieron cuenta después —tanto si tuvo Cooper la culpa como si no—, es que lo único que se dejaron olvidado fue el plano. Y como era de esperar, la lluvia lo echó a perder. No cabía hacer otra cosa que empezarlo de nuevo. Pero no costaría tanto trabajo esta vez. Así que colocó la guía en su sitio y emprendió otra vez la tarea. Pero no llevaba mucho tiempo Humphreys trabajando, cuando se vio interrumpido por la llegada de Calton, portador de un telegrama. Su antiguo jefe de Londres deseaba consultarle algo. Sería una entrevista breve, aunque le pedía que fuese cuanto antes. Era una molestia, pero no representaba ningún trastorno; había un tren que salía dentro de media hora y, a menos que se complicasen las cosas, podía estar de regreso alrededor de las cinco, y si no, con toda seguridad, a eso de las ocho. Le dio el plano a Calton para que lo llevara a la casa, pero pensó que no valía la pena quitar la guía.

Todo salió como había previsto. Después, pasó la tarde entretenido en la biblioteca, ya que había descubierto por casualidad un armario donde se guardaba cierto número de libros raros. Cuando se fue a dormir, vio con alegría que la criada se había acordado de dejarle las cortinas descorridas y las ventanas abiertas. Apagó la luz y se asomó a la ventana que dominaba una amplia perspectiva del jardín y el parque. La luna brillaba intensamente esta noche. Dentro de unas semanas, los vientos silbadores de otoño romperían esta calma. Pero ahora los bosques distantes se hallaban sumidos en profunda quietud, las laderas cubiertas de césped brillaban con el rocío, casi podía

adivinar el color de algunas flores. La luz de la luna daba de lleno sobre la cornisa del templo y la curva plomiza de la cúpula, y Humphreys tuvo que reconocer que, vistas así, estas vanidades de antaño poseían una belleza innegable. En resumen, la luz, el perfume del bosque y la absoluta quietud que reinaba, despertaron en su espíritu sentimientos de tal naturaleza que siguió meditando durante mucho, mucho tiempo. Al retirarse de la ventana, tuvo la sensación de no haber visto jamás nada tan perfecto. El único detalle que le chocaba por su incongruencia era un pequeño tejo irlandés, delgado y oscuro, plantado como una avanzadilla de la arboleda a través de la cual se llegaba al laberinto. Podían haberlo plantado más lejos, pensó; era extraño que alguien hubiera juzgado que hacía bonito en ese lugar.

Sin embargo, a la mañana siguiente, con la prisa por contestar a algunas cartas y revisar los libros con el señor Cooper, se olvidó completamente del tejo irlandés. A propósito, ese día llegó una carta a la que debo hacer alusión. Era de Lady Wardrop, de quien había oído hablar a la señorita Cooper; en ella renovaba la petición que hacía tiempo le había hecho al señor Wilson. Explicaba primero que iba a publicar un «Libro de laberintos», y que deseaba seriamente incluir el plano del de Wilsthorpe, por lo que estaría inmensamente agradecida al señor Humphreys si le permitía visitarlo (caso de que esto fuera posible) en fecha próxima, ya que pensaba ausentarse durante los meses de invierno. Su casa de Bentley no quedaba muy lejos, así que Humphreys le envió una nota para entregarla en propia mano, invitándola a visitarlo el día próximo o el siguiente; puede añadirse que el mensajero regresó con las más efusivas gracias, y comunicó que el día que mejor le venía a ella era mañana.

Otro acontecimiento digno de destacar ese día es que, por fin, logró Humphreys terminar el plano del laberinto.

Esta noche fue también hermosa y brillante y serena, y Humphreys se asomó un rato a la ventana. Cuando estaba a punto de correr las cortinas, le vino de nuevo al pensamiento el tejo irlandés. Pero una de dos, o le había engañado una sombra la noche anterior, o el arbolito no molestaba tanto como le había parecido. El caso es que ahora no le parecía que estorbaba. En cambio, lo que tenía que mandar quitar era un macizo de arbustos que ocupaba un espacio enorme junto a la pared de la casa y amenazaba con tapar la luz de una de las ventanas de la planta baja. No parecía que valiera la pena conservarlo; no lo veía bien desde donde estaba, pero le daba la impresión de que hacía más insano y húmedo el rincón.

Al día siguiente —era viernes, él había llegado a Wilsthorpe el lunes—, Lady Wardrop llegó en su coche después de comer. Era una mujer de edad madura, gruesa, muy parlanchina y deseosa de hacerse agradable a los ojos de Humphreys, a quien agradeció enormemente que accediera con tanta prontitud a su petición. Hicieron una exploración completa del lugar los dos juntos, y la opinión que se había formado Lady Wardrop de su anfitrión se elevó hasta las nubes cuando descubrió que entendía de jardinería. Tomó parte, entusiasmada, en sus planes de mejora, pero consideró que sería un acto de vandalismo mutilar las características del parque que rodeaba la casa. Le encantaba el templo, y dijo: «Mire usted, señor Humphreys, creo que su administrador tiene razón sobre esos bloques de piedra con letras grabadas. Uno de mis laberintos —

siento tener que decir que por culpa de unas personas estúpidas ha sido destruido— tenía señalado el camino verdadero de ese modo. Eran losas lo que tenía, pero con letras grabadas exactamente igual que sus bloques, y dichas letras, correctamente ordenadas, formaban una frase (no recuerdo cuál) sobre Teseo y Ariadna. Tengo copiada la frase, igual que el plano del laberinto en cuestión. ¡Por qué hará la gente cosas así! Si llegara a destruir alguna vez su laberinto, no se lo perdonaría jamás. ¿Sabe que cada vez son más raros? Casi todos los años oigo decir que han quitado alguno. Bueno, vamos para allá; si está usted demasiado ocupado, yo conozco perfectamente el camino y no tengo miedo de perderme. Aunque recuerdo que una vez, no hace mucho, me quedé sin comer porque me extravié en el de Bursbury. Pero, naturalmente, si puede usted venir conmigo, lo prefiero».

Tras este confiado preludio, parece que lo adecuado habría sido que Lady Wardrop se encontrara desesperadamente desorientada en el laberinto de Wilsthorpe, pero nada de eso sucedió. No obstante, no se sabe si llegó a disfrutar en ese nuevo ejemplar todo lo que ella había esperado. Se interesó mucho, muchísimo, desde luego, y llamó la atención de Humphreys hacia una serie de pequeñas depresiones que descubrió en el suelo, las cuales, a juicio suyo, marcaban los antiguos emplazamientos de los bloques aquellos que tenían marcada una letra.

Habló también de otros laberintos que se parecían a éste por la distribución, y explicó cómo era posible calcular, con un margen de unos veinte años más o menos, la fecha de un laberinto. Éste debía datar de 1780, y los detalles que presentaba eran exactamente los que cabía esperar. Por lo demás, el globo atrajo completamente su interés. Era un caso único en su experiencia, y lo examinó con toda minuciosidad durante un buen rato.

—Me gustaría que lo limpiaran —dijo—, si es posible, claro. Y estoy segura de que usted estaría dispuesto a complacerme, señor Humphreys; pero no vale la pena que se ponga a hacerlo sólo por darme gusto a mí; no quisiera tomarme ninguna libertad aquí. Tengo la impresión de que podría ser contraproducente. Porque, reconózcalo —prosiguió, volviéndose para mirar de frente a Humphreys—, ¿no le da a usted la sensación, desde que hemos entrado, de que nos están vigilando y de que si nos propasamos en algún sentido podríamos ser objeto de alguna..., bueno, de alguna emboscada? ¿No? Pues yo sí, así que prefiero que salgamos de aquí cuanto antes.

—Después de todo —prosiguió, cuando ya iban de regreso hacia la casa—, puede que haya sido sólo este calor agobiante, que me ha producido un exceso de presión en el cerebro. Pero le repito lo que le he dicho. No le perdonaré si la próxima primavera me entero de que ha quitado el laberinto.

—Haga lo que haga, le prometo que tendrá su plano, Lady Wardrop. He dibujado uno, y esta misma tarde le doy mi palabra de que le saco una copia.

—Magnífico; todo lo que necesito es que me dibuje a lápiz una raya indicando el camino; eso, y que me ponga a qué escala está. Con eso ya puedo incluirlo entre mis ilustraciones. Muchísimas gracias.

—De acuerdo; mañana lo tendrá. Quisiera que me aconsejara sobre cómo solucionar el rompecabezas de las piedras.

—¿El qué? ¿Las piedras del cenador? Conque es un rompecabezas. ¿Y no tienen

orden alguno? Claro, claro. Pero los hombres que las pusieron ahí seguirían una dirección..., quizá encuentre usted alguna indicación sobre este particular entre los papeles de su tío. Si no, lo mejor es que llame a alguien que sea experto en claves.

—Aconséjeme usted en otra cosa, por favor —dijo Humphreys—. Se trata del macizo de arbustos que hay al pie de la ventana de la biblioteca, ¿lo quitaría usted de ahí?

—¿Cuál? ¿Ése? Bueno, creo que no —dijo Lady Wardrop—. No lo distingo bien desde aquí, pero no me parece que sea desagradable a la vista.

—Puede que tenga razón; es que, desde la ventana de mi habitación, que es la que está justamente arriba, me pareció anoche que era demasiado grande. Pero desde aquí desde luego no lo parece. Bien, pues de momento no lo tocaré.

A continuación tomaron el té, y poco después se despedía Lady Wardrop; pero cuando ya se alejaba, mandó detener el coche y le hizo una seña a Humphreys, que aún se encontraba en la escalinata de la entrada. Corrió éste a ver qué quería, y le dijo lo siguiente:

—Se me ocurre que no estaría de más mirar la parte de abajo de las piedras. A lo mejor están numeradas, ¿no cree? Adiós y buenas tardes. A casa, por favor.

De todos modos, tenía decidida su principal tarea de esa noche: confeccionarle un plano a Lady Wardrop y cotejarlo con el original sería cuestión de un par de horas de trabajo, por lo menos. Así que, poco después de las nueve, Humphreys trasladó todos los materiales a la biblioteca y se puso manos a la obra.

La noche era quieta y sofocante; tuvo que abrir las ventanas, con lo que los murciélagos le ocasionaron más de un sobresalto. Estos incidentes turbadores le obligaron a estar constantemente mirando de reojo la ventana. Una o dos veces se preguntó si lo que pretendía hacerle compañía se trataba, no de un murciélago, sino de algo más voluminoso. ¡Qué desagradable sería que alguien se hubiera deslizado sigilosamente por el antepecho de la ventana y se arrastrara por el suelo hacia él!

Por fin terminó el diseño del plano; faltaba entonces confrontarlo con el original y ver si había dejado algún callejón abierto o cerrado equivocadamente. Con un dedo en cada dibujo, fue trazando el camino que se debía seguir desde la entrada. Encontró dos ligeras equivocaciones; pero aquí, ya cerca del centro, había una tremenda confusión, debido seguramente a la irrupción del segundo o tercer murciélago; antes de corregir la copia siguió minuciosamente las últimas vueltas del camino en el original. Al menos éstas estaban bien, conducían al centro del lugar sin un solo tropiezo. Aquí encontró un detalle que no hacía falta repetir en la copia: una mancha fea y negra del tamaño de un chelín. ¿Era de tinta? No. Parecía un agujero; pero ¿cómo es que había un agujero aquí? Lo examinó con ojos cansados; el trazado del dibujo había sido muy laborioso, y se sentía soñoliento y abrumado... Pero, evidentemente, este agujero era muy extraño. Parecía que traspasaba no sólo el papel, sino la mesa sobre la que estaba. Sí, y atravesaba también el suelo, por debajo de la mesa, y penetraba más y más, hasta unas profundidades infinitas. Alargó el cuello para mirar, tremendamente asustado. Lo mismo que cuando éramos niños nos concentrábamos mirando una pulgada de la colcha hasta que se nos convertía en un paisaje de montes cubiertos de bosque con

iglesias y casas y todo, y perdíamos la noción de sus dimensiones y las nuestras, del mismo modo le pareció a Humphreys en ese momento que el agujero era lo único que existía en el mundo. Por alguna razón, le resultó detestable desde el principio, pero lo contempló fijamente durante unos momentos, antes de que le dominara una cierta inquietud; luego, con más y más intensidad cada vez, sintiendo pánico de pensar que pudiera salir algo de ahí, se afirmaba en su interior la angustiosa convicción de que a través de ese agujero se abría paso algo espantoso de cuya presencia le era imposible escapar. ¡Sí!, allá, muy, muy en el fondo, percibía un movimiento..., un movimiento de algo que subía y subía hacia la superficie. Cada vez estaba más cerca, y era de color gris negruzco con cavidades oscuras. Poco a poco fue adquiriendo forma de rostro..., de rostro humano..., de un rostro humano *abrasado*, y con las abominables contorsiones de la avispa que se abre paso para salir de una manzana podrida, trepaba la aparición agitando sus negros brazos, prestos a atrapar la cabeza del que se asomaba. Presa de un desesperado escalofrío, Humphreys se echó atrás, se golpeó la cabeza contra una lámpara y perdió el conocimiento.

Sufrió una conmoción cerebral y una crisis nerviosa, por lo que tuvo que permanecer largo tiempo postrado en la cama. El médico se quedó completamente perplejo, no por los síntomas, sino por la petición que le hizo Humphreys tan pronto como fue capaz de hablar:

—Quiero que abra la esfera del laberinto.

—Poco hueco tendrá, me parece a mí —fue la única respuesta que se le ocurrió ante esta petición—; pero eso es más cosa suya que mía; a mí hace tiempo que se me acabaron los días de chifladuras.

A lo cual Humphreys replicó con unas palabras confusas y se sumió en profundo sueño, y el doctor anunció a las enfermeras que el paciente aún no estaba fuera de peligro. Cuando se sintió en mejores condiciones de expresar su deseo, Humphreys lo explicó claramente, obteniendo la promesa de que se llevaría a cabo inmediatamente. A la mañana siguiente estaba tan ansioso de saber los resultados, que el doctor, que se encontraba algo pensativo, comprendió que sería más perjudicial que beneficioso el ocultárselos.

—Bueno —dijo—, me temo que nos hemos cargado la bola; el metal debía de estar muy gastado, supongo. El caso es que saltó en pedazos al primer golpe de cincel.

—¿Y bien? ¡Cuente, por favor! —dijo Humphreys impaciente.

—Ah, quiere saber qué tenía dentro, comprendo. Bueno, pues la encontramos medio llena de algo así como cenizas.

—¿Cenizas? ¿Y qué ha hecho con ellas?

—Aún no las he examinado con detenimiento; no he tenido tiempo. Cooper está convencido, diría que por un comentario que he hecho yo, de que se trata de una incineración... Pero por favor, tranquilícese y no se excite, señor; sí, debo confesar que, a mi juicio, tiene razón.

El laberinto ya no existe, y Lady Wardrop ha perdonado a Humphreys; de hecho, creo que éste se casó con una sobrina suya. Por cierto, que tenía razón también al pensar que las piedras del templo estaban numeradas. Cada una tenía un número pintado en la

parte de abajo. Algunos de los números se habían borrado, pero los que quedaban fueron suficientes para que Humphreys pudiera reconstruir la inscripción, que rezaba así:

PENETRANS AD INTERIORA MORTIS

A pesar de que Humphreys se sentía agradecido a la memoria de su tío, no podía perdonarle el haber quemado los diarios y cartas del tal James Wilson que le había legado Wilsthorpe con el laberinto y el templo. En cuanto a las circunstancias de la muerte y entierro de este antepasado, no quedaba la menor referencia; su testamento, no obstante, que fue el único documento a que tuvo acceso, asignaba una donación sorprendentemente generosa a un criado de nombre italiano.

La opinión de Cooper es que, humanamente hablando, toda esta serie de graves acontecimientos tiene su significado, si nuestro entendimiento es capaz de desentrañarlo; mientras que Calton se ha limitado a evocar el recuerdo de una tía, fallecida ya, que por el año 1866 estuvo vagando extraviada, durante más de hora y media, por el laberinto de Covent Gardens o el de Hampton Court, quizá.

Una de las cosas más extrañas en toda esta serie de sucesos excepcionales es que el libro que contenía la Parábola ha desaparecido por completo. Humphreys no ha vuelto a encontrarlo desde que transcribió el pasaje para enviárselo a Lady Wardrop.

LA RESIDENCIA DE WHITMINSTER

El doctor Ashton —Tomas Ashton, doctor en Teología— estaba sentado en su despacho, envuelto en su bata, con el solideo de seda encasquetado en su afeitada cabeza, y la peluca —que de momento se había aquietado— colocada sobre su horma a un lado de la mesa. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de constitución fuerte, sanguíneo, de ojos coléricos y un labio superior largo. En el momento en que lo describo, su rostro y sus ojos estaban iluminados por los rayos sesgados de un sol crepuscular que entraban por el resquicio de una alta ventana que daba a poniente. La luminosa habitación era de techo igualmente alto, y estaba revestida de estantes repletos de libros, con entrepaños allí donde la pared se hacía visible entre las librerías. Sobre la mesa, junto al codo del doctor, había un paño verde con lo que él habría denominado el recado de escribir —una bandeja con tinteros—, plumas de oca, uno o dos libros encuadernados en piel, algunos papeles, una pipa y una tabaquera de bronce, un frasco metido en una funda de paja y una copa de licor. Era el mes de diciembre de 1730, y eran las tres y unos minutos de la tarde.

He trazado en estas líneas, más o menos, lo que habría visto un observador superficial que se hubiera asomado a la habitación. ¿Y qué es lo que vio el doctor Ashton al alzar los ojos y mirar al exterior, desde la silla de cuero donde estaba sentado? Aparte de las puntas de los arbustos y árboles frutales del jardín, nada sino la tapia de ladrillo que iba casi de extremo a extremo, en la parte de poniente. Ahora bien, en su centro había una entrada, una verja de dos puertas, de complicadas barras de hierro forjado, retorcidas en espiral, a través de la cual se divisaba el paisaje del exterior. En efecto, más allá de la verja se veía un trecho de terreno que descendía inmediatamente hacia una vaguada por la que discurría un riachuelo; desde aquí, y arrancando de la otra orilla, el terreno se elevaba casi verticalmente hasta un prado poblado de robles que, como es natural, estaban sin hojas. No se hallaban muy juntos unos de otros, de manera que entre sus troncos se podía divisar parcialmente el cielo y el horizonte. El cielo, a la sazón, había adquirido una tonalidad dorada, y el horizonte —un horizonte de bosques lejanos— se había vuelto de color púrpura.

Pero todo lo que sede ocurrió decir al doctor Ashton, tras contemplar esta perspectiva largo rato, fue:

—¡Abominable!

El testigo que hubiera presenciado esta escena habría percibido acto seguido el rumor de unos pasos presurosos que se acercaban a este despacho y, por la resonancia, habría adivinado que atravesaban una estancia mucho más espaciosa. El doctor Ashton se volvió en su silla al abrirse la puerta, y se quedó expectante. La persona que llegó era una dama, una dama de aspecto robusto y vestida a la usanza de la época. Aunque he tratado de dar una idea de cómo se hallaba vestido el doctor, no pretendo hacer lo mismo con su mujer..., porque era la señora Ashton quien acababa de entrar. Traía una expresión anhelante, incluso dolorosamente atribulada. Y con voz alterada, casi susurró al doctor Ashton, inclinando su cabeza junto a la de él:

—Está muy mal, cariño; me temo que ha empeorado.

—¿De..., de verdad? —se echó hacia atrás y la miró a la cara.

Ella asintió. Dos solemnes campanas, allá arriba, no muy lejos, dieron la media en ese momento. La señora Ashton tuvo un sobresalto.

—Oh, ¿no puedes ordenar que paren las campanas del reloj de la iglesia por esta noche? Están justo encima de su habitación y no le van a dejar dormir; y desde luego, la única posibilidad que tiene es dormir.

—Bueno, por supuesto que si es necesario, verdaderamente necesario, lo haré; pero no puedo ordenar una cosa así a la primera eventualidad. ¿Estás segura de que la recuperación de Frank depende de eso? —dijo el doctor Ashton; su voz era fuerte, más bien seca.

—Estoy convencida de que sí —dijo su mujer.

—Bueno, si es así, dile a Molly que vaya a ver a Simpkins y le diga de mi parte que debe cesar los repiques a partir de la puesta de sol, y..., sí, que *vaya* después y le diga a lord Saúl que deseo hablar al punto con él en esta misma habitación.

La señora Ashton salió apresuradamente del despachó.

Pero antes de que entre otro visitante, será mejor explicar la situación.

El doctor Ashton disfrutaba, entre otros privilegios, de una prebenda de la rica colegiata de Whitminster, fundación que, pese a no ser catedral, había sobrevivido a la Disolución y a la Reforma, conservando su constitución y su asignación hasta un centenar de años después de la fecha a que me refiero. La gran iglesia, las residencias del deán y los prebendados, el coro, sus dependencias, todo, en fin, estaba en perfectas condiciones y funcionaba normalmente. Poco después del año 1500 hubo un deán que había mandado construir un espacioso edificio de ladrillo rojo, contiguo a la iglesia, para que sirviese de residencia a quienes desempeñaban funciones en ella. Algunas de estas personas ya no eran necesarias, y sus cargos se habían quedado en meros títulos que ahora ostentaban clérigos o letrados del pueblo de la vecindad; por ello, el edificio, que se había construido con idea de albergar a ocho o diez personas, se lo repartían ahora entre tres: el deán y los dos prebendados. La vivienda del doctor Ashton comprendía lo que había sido la sala de estar común y el comedor de la residencia. Ocupaba un lado entero del patio, y en uno de los extremos tenía una puerta que daba acceso a la iglesia. El otro extremo, como hemos visto, se asomaba al campo.

Eso en cuanto a la casa. Por lo que se refiere a sus moradores, el doctor Ashton era un hombre que gozaba de buena salud y carecía de hijos, aunque había adoptado, o más bien había tomado a su cargo, al hijo de la hermana de su mujer, que se había quedado huérfano. El muchacho se llamaba Frank Syddall; llevaba viviendo bastantes meses en la casa cuando un día llegó una carta de un colega, el conde de Kildonan (que había sido compañero de estudios del doctor Ashton), en la que preguntaba al doctor si podía acoger en su familia al vizconde Saúl, heredero del conde, y desempeñar las funciones de tutor suyo. Lord Kildonan debía tomar posesión en breve de un cargo en la embajada de Lisboa, y el muchacho no estaba en condiciones de emprender el viaje. «No es que esté enfermo —comentaba el conde—, aunque le encontrarás antojadizo, al menos eso es lo que le he notado yo últimamente; y para confirmar esto, hoy mismo ha venido a decirme su vieja aya que estaba como enajenado; pero no hagas caso; sé que

encontrarás la forma de enderezarlo. En los viejos tiempos tenías la manó firme, así que te doy plena autoridad para que la utilices cuando juzgues conveniente. A decir verdad, aquí no tiene él chicos de su edad y condición con quienes juntarse, y le ha dado por deambular como un sonámbulo por nuestras ruinas y cementerios; después regresa a casa contando historias que asustan y atemorizan a mis criados. Conque os prevengo a ti y a tu mujer». Con miras, quizá, a la posibilidad de alcanzar un obispado irlandés (al que parecía aludir la carta del conde en otro párrafo), el doctor Ashton aceptó hacerse cargo del vizconde Saúl con las doscientas guineas anuales con que atender a sus necesidades.

Llegó éste una noche de septiembre. Al bajar de la silla de posta que le había traído, lo primero que hizo fue hablar con el postillón, le dio una propina y acarició el cuello del caballo. Tanto si hizo algún movimiento que lo asustara como si no, el caso es que estuvo a pique de provocar un lamentable accidente, porque el animal sufrió un violento sobresalto, cogió al desprevenido postillón, le derribó al suelo, perdiendo su propina, como se dio cuenta después; saltó parte de la pintura de las portezuelas y una de las ruedas pasó por encima del pie de un criado que estaba descargando el equipaje. Cuando lord Saúl subió la escalinata y apareció bajo la luz de la lámpara de la entrada, dónde fue recibido por el doctor Ashton, éste vio ante sí a un joven delgado, de unos dieciséis años, pelo lacio y negro, y una palidez de rostro habitual en este tipo de personas. Se había tomado el percance y el consiguiente tumulto con absoluta tranquilidad, y manifestó su preocupación por la gente que se había o podía haberse lastimado; tenía una voz suave y agradable y, cosa curiosa, no se le notaba el menor acento irlandés.

Frank Sydall era más joven; tenía unos once o doce años, quizá, pero no por eso rechazaba lord Saúl su compañía. Frank le enseñó algunos juegos que no se conocían en Irlanda, y él mostró gran disposición para aprenderlos; también mostró tendencia al estudio, a pesar de que no había recibido una instrucción regular en su casa. No tardó mucho en averiguar el modo de descifrar las inscripciones de las tumbas de la basílica, y más de una vez le hizo al doctor preguntas sobre los viejos libros de la biblioteca cuya respuesta requería ser meditada despacio. Al parecer, se portaba particularmente amable con los criados, porque a los diez días de su llegada ya estaban disputándose el puesto para complacerle. Y al mismo tiempo, la señora Ashton se vio en la necesidad de buscar nuevas sirvientas, cambió varias veces de criadas, y al final las familias del pueblo a las que solía recurrir le dijeron que no tenían ninguna muchacha disponible. Se vio obligada a buscarlas en lugares más alejados que de costumbre.

Todos estos detalles los he obtenido del diario del doctor y de cartas suyas. No son más que generalidades, y nos habría gustado, a la vista de lo que tenemos que decir, que estas notas hubiesen sido más claras y detalladas. Encontramos estos datos en una serie de anotaciones que él inicia a finales de año y, a mi juicio, escritas en su totalidad después del incidente final; no obstante, comprenden un número de días tan escaso que no cabe la posibilidad de que el doctor no recordara punto por punto el curso de los hechos.

Un viernes por la mañana, una zorra, o tal vez un gato, se llevó el gallo que la señora Ashton más estimaba; era negro, precioso, sin una sola pluma blanca en todo el

cuerpo. Su marido había dicho a menudo que era ideal para ofrecerlo en sacrificio a Esculapio. El incidente la dejó muy abatida y no se consoló fácilmente. Los chicos buscaron huellas por todas partes. Lord Saúl regresó con algunas plumas, parcialmente quemadas al parecer, que habían encontrado en el montón de broza del jardín. Fue el mismo día en que el doctor Ashton, al asomarse a la ventana del piso de arriba, vio a los dos chicos en un rincón del jardín jugando a un juego incomprensible. Frank, muy serio, miraba fijamente algo que sostenía en la palma de la mano. Saúl, detrás de él, parecía escuchar. Al cabo de unos minutos posó su mano sobre la cabeza de Frank con mucha suavidad; de súbito, Frank dejó caer lo que tenía en la mano, se tapó los ojos y se derrumbó en la hierba. Saúl, cuyo rostro mostraba gran irritación, recogió apresuradamente el objeto, del que el doctor sólo alcanzó a ver un destello, se lo guardó en el bolsillo y se alejó dejando a Frank sumido en su inconsciencia. El doctor Ashton golpeó el cristal para atraer su atención, y Saúl pareció alarmarse; entonces corrió hacia Frank, lo cogió de un brazo, lo levantó y se lo llevó. Cuando entraron a cenar, Saúl explicó que habían estado representando una parte de la tragedia de Radamisto, en la que la heroína lee el futuro del reinado de su padre en una bola de cristal que sostiene en la mano, y no pudiendo resistir la visión de los terribles acontecimientos, se desmaya. Durante la explicación, Frank no dijo nada, sino que miraba aturdido a Saúl. Seguramente, como pensó la señora Ashton, debió de resfriarse con la humedad de la hierba, ya que esa noche se sintió desasosegado y con fiebre; desasosegado tanto de cuerpo como de espíritu, dado que, al parecer, mostró vivos deseos de contarle algo a la señora Ashton, pero la premura de los asuntos domésticos impidió a la señora prestarle atención; y cuando fue, como tenía por costumbre, a ver si los chicos habían apagado la luz de su habitación y darles las buenas noches, lo encontró dormido, aunque con el rostro anormalmente arrebolado, pensó; en cambio, lord Saúl estaba pálido, tranquilo y sonreía en sueños.

Al día siguiente, el doctor Ashton pasó la mañana ocupado en la iglesia y demás asuntos, de manera que no le fue posible tomarles las lecciones a los dos, motivo por el cual les había puesto deberes para que se los entregaran más tarde. Tres veces, si no más, fue Frank a llamar a la puerta del despacho, y las tres encontró al doctor ocupado con alguna visita, por lo que le mandó que se fuera con cierta aspereza, cosa que más tarde lamentó. Ese día se quedaron a comer dos clérigos, y los dos —que eran padres de familia— observaron que el niño parecía desmadejado a causa de la fiebre, cosa que no estaba lejos de ser verdad, y habría sido mejor que se hubiera ido inmediatamente a la cama, porque dos horas más tarde regresó precipitadamente llorando de manera aterradora, se echó en brazos de la señora Ashton, y se agarró a ella y le suplicó que le protegiera, y decía sin cesar: «¡Échelos! ¡Échelos!» Y entonces fue cuando se vio claramente que había cogido alguna enfermedad. Por esta razón tuvo que acostarse en una habitación distinta a la que utilizaba habitualmente, y mandaron llamar al médico. Éste declaró que el trastorno de que era víctima parecía grave, y que afectaba al cerebro del chico, tras lo cual pronosticó un desenlace fatal si no observaba reposo absoluto y tomaba los remedios sedativos que le iba a prescribir.

Por este otro camino, nos encontramos de nuevo en el punto del relato en donde lo habíamos dejado. El reloj de la iglesia ha dejado de dar la hora, y lord Saúl está en el

umbral del despacho.

—¿Qué explicación puede darme del estado del pobre chico? —fue lo primero que preguntó el doctor Ashton.

—¡Pero, señor!, me parece que sé muy poco más de lo que usted ya sabe. Sin embargo, lo que me reprocho es el susto que le di ayer tarde cuando estábamos representando la dichosa obra que vio usted. Creo que se impresionó más de lo que yo hubiera deseado.

—¿Cómo es eso?

—Es que le conté una de esas estúpidas historias que se cuentan en Irlanda sobre lo que podríamos llamar la segunda visión.

—¡La *segunda* visión! ¿Qué clase de visión es ésta?

—Bueno, usted sabe que la gente ignorante de nuestra tierra cree que algunas personas pueden leer lo que va a pasar..., a veces en un cristal, o en el aire, quizá; en Kildonan teníamos a una vieja que decía que tenía ese poder. Y me parece que le he descrito todo eso con más pasión de lo que debía; lo cierto es que no podía figurarme que Frank lo iba a tomar de la forma en que se lo tomó.

—Ha hecho usted mal, señor; ha hecho muy mal en sacar a relucir supersticiones de ese género; debía haber tenido en cuenta la casa en que vive, y que son impropias de nosotros este tipo de cosas; pero dígame, ¿cómo fue que representando una obra de teatro, como usted dice, llegó a abordar un tema que asustó de ese modo a Frank?

—Eso es lo que no le puedo decir, señor; en un momento pasó de recitar las luchas y amoríos y monólogos de Cleodora y Antígenes a algo que no me fue posible seguir, y luego se desplomó en el suelo como ya vio usted.

—Sí; ¿fue entonces cuando le puso usted la mano sobre la cabeza?

Lord Saúl lanzó una mirada fugaz a su interlocutor —fugaz y malévola—, y por primera vez pareció no tener la respuesta preparada.

—Debió de ser entonces, sí —dijo—. He tratado de hacer memoria, pero no estoy seguro. De todos modos, nada importa que fuera entonces o no.

—Bueno —dijo el doctor Ashton—, a ese respecto, me veo obligado a decirle que el susto que se llevó mi pobre sobrino puede acarrearle muy graves consecuencias. El médico habla con gran desaliento de su estado —lord Saúl entrelazó sus manos con fuerza y miró seriamente al doctor Ashton—. Quiero creer que no hubo mala intención por su parte, puesto que no tiene ningún motivo para desearle ningún mal; pero no le considero totalmente exento de culpa en este asunto.

Mientras hablaba, volvieron a oírse pasos presurosos, y la señora Ashton entró precipitadamente en el despacho con una vela en la mano, porque la noche había cerrado ya.

—¡Ven! —exclamó—. Ven inmediatamente. Se nos muere, estoy segura.

—¿Que se nos muere Frank? ¿Cómo es posible? ¿Ya? —y mientras preguntaba un montón de incoherencias por el estilo, el doctor cogió un Libro de Oraciones de la mesa y salió tras su mujer.

Lord Saúl se quedó unos momentos donde estaba. Molly, la criada, le vio inclinarse hacia adelante y cubrirse el rostro con las manos. «Que me muera si miento —contaba ella más tarde—, pero parecía talmente que ese joven intentaba reprimir una

carcajada. Después salió despacio siguiendo a los demás».

Por desgracia, la señora Ashton tenía razón en su pronóstico. No tengo el menor deseo de imaginar detalladamente la última escena. Lo que el doctor Ashton anota en su diario es, o puede considerarse, de gran importancia para esta historia. Le preguntaron a Frank si quería ver a su compañero, lord Saúl, una vez más. El niño estaba completamente lúcido en esos momentos.

—No —dijo—; no quiero verle, pero díglele que va a tener mucho frío.

—¿Qué quieres decir, cariño? —dijo la señora Ashton.

—Sólo eso —dijo Frank—; y díglele también que ahora yo ya me he librado de ellos, pero él debe tener cuidado. Y siento mucho lo del gallo, tía Ashton, pero él dijo que debíamos utilizarlo, si queríamos ver todo lo que se podía ver.

Pocos minutos después había expirado. El matrimonio estaba apenado. Ella la que más, como es natural; pero el doctor, aunque no era una persona impresionable, sintió el patetismo de aquella muerte prematura. Por otra parte, tenía la creciente sospecha de que Saúl no se lo había contado todo, y que había algo que se salía de lo normal. Abandonó la capilla ardiente, cruzó el patio de la residencia y se dirigió a casa del sacristán. Una campana, la más grande de la iglesia, debía doblar a muerto; había que cavar una fosa en el cementerio de la iglesia, y ya no había necesidad de que el reloj del campanario siguiera en silencio. A medida que se iba sumiendo lentamente en un estado de confusión, consideraba la necesidad de hablar nuevamente con lord Saúl. Tenía que poner en claro el asunto del gallo, por trivial que fuese. Puede que no se tratara más que de un desvarío de la fiebre lo que dijo el niño; pero si no, ¿no había estudiado él un juicio en el que desempeñaba una parte muy importante un horrendo sacrificio de parecida naturaleza? Sí, debía hablar con Saúl.

Más que encontrarlos expresados por escrito, adivino que fueron éstos sus pensamientos. Lo que sí es cierto es que tuvo otra entrevista con él; y cierto, también, que Saúl no quiso (o no pudo, como él dijo) aportar ninguna luz sobre el significado de las palabras de Frank, aun cuando el mensaje —en parte al menos— le atañía a él terriblemente. Pero no hay referencias detalladas sobre esta entrevista. Sólo se alude al hecho de que Saúl estuvo toda la tarde sentado en el despacho, y que cuando se levantó y dio las buenas noches, cosa que hizo de muy mala gana, le pidió al doctor que rezara por él.

El mes de enero tocaba a su fin, cuando lord Kildonan recibió en la embajada de Lisboa una carta que, por una vez en la vida, turbó tremendamente a este vanidoso y desnaturalizado padre. Saúl había muerto. La escena del entierro de Frank había sido verdaderamente dolorosa. El día amaneció oscuro y ventoso; los portadores, vacilando a ciegas bajo el flamante paño mortuario, comprendieron lo difícil que iba a resultarles el camino hasta la fosa. La señora Ashton estaba en su habitación —las mujeres no iban en aquel entonces a los entierros de sus familiares—, pero Saúl estaba allí, envuelto en una capa enlutada, a usanza de la época; su rostro, mortalmente pálido, no cambió de expresión más que unas tres o cuatro veces, según observó el doctor, a la vez que volvía repentinamente la cabeza para mirar por encima del hombro. En esos momentos recobraba vida, pero en forma de una expresión terrible de sobresalto y terror. Nadie le vio marcharse; nadie logró encontrarle tampoco esa tarde. Un tremendo ventarrón

estuvo toda la noche azotando los altos ventanales de la iglesia, aullando en los descampados y rugiendo en el bosque. Su búsqueda por los prados resultó infructuosa, no se oyó gritar a nadie ni llamar pidiendo auxilio. Todo lo que podía hacer el doctor Ashton era avisar a la gente del colegio y a los alguaciles del pueblo, y permanecer levantado por si llegaba alguna noticia, y eso fue lo que hizo. Y la noticia llegó a la mañana siguiente; el sacristán, cuya primera misión del día consistía en abrir la iglesia para los oficios de las siete, envió a la criada para que llamara a su señor, y ésta subió con todos los pelos revueltos y los ojos desencajados. Los dos hombres echaron a correr precipitadamente hacia la puerta sur de la iglesia, donde encontraron a lord Saúl agarrado desesperadamente a la gran argolla exterior, con la cabeza hundida entre los hombros, las calzas desgarradas, sin zapatos, y las piernas ensangrentadas y llenas de arañazos.

Esto es lo que se le notificó a lord Kildonan, y lo que constituye el fin de la primera parte de esta historia. Frank Sydall y el vizconde lord Saúl, hijo único y heredero del conde de Kildonan, comparten una misma tumba de piedra en forma de altar en el cementerio de Whitminster.

El doctor Ashton vivió unos treinta años más en su residencia, no sé si una vida apacible, aunque eso sí, sin la menor muestra de desasosiego. Su sucesor prefirió seguir en la casa que ya poseía en el pueblo, y dejó sin ocupar la del prebendado anterior. Con el período transcurrido entre estos dos hombres quedó atrás el siglo XVIII y empezó el XIX; pues el señor Hindes, que sucedió a Ashton, entró en posesión de esta prebenda a la edad de veintinueve y murió a los ochenta y nueve, de modo que hasta 1823 o 1824 no ocupó nadie la plaza con deseos de instalarse en el edificio. Fue entonces cuando llegó el doctor Henry Oldys, nombre que puede resultar familiar a algunos de mis lectores, ya que es el autor de una serie de volúmenes, las *Obras de Oldys*, los cuales ocupan un puesto sin duda muy alto en los estantes de las más importantes bibliotecas, ya que raramente se ve a alguien intentar alcanzarlas.

El doctor Oldys, su sobrina y la criada emplearon varios meses en trasladar los muebles y libros de la rectoría de Dorsetshire a la residencia de Whitminster y, una vez allí, colocar cada cosa en su sitio. Pero por fin pudieron dar por terminado este trabajo, y la casa —que, aunque deshabitada, se conserva en buenas condiciones de higiene y sin humedades— despertó y, como la mansión del conde de Monte Cristo en Auteil, comenzó nuevamente a vivir, cantar y florecer. Cierta mañana del mes de junio amaneció tan espléndida que el doctor Oldys salió a dar un paseo antes de desayunar, y estuvo contemplando largamente la torre del campanario, que descollaba por encima del tejado rojo con sus cuatro veletas doradas, recortada sobre el azul intenso del cielo y unas nubecillas blanquísimas.

—Mary —dijo, mientras se sentaba a desayunar, dejando un objeto duro y brillante sobre el mantel—, mira lo que acaba de encontrar el criado ahora mismo. A ver si eres más lista que yo y averiguas para qué sirve.

Era una placa redonda, perfectamente lisa, de no más que una pulgada de espesor, de algo como cristal transparente.

—Por lo menos es atractivo —dijo Mary. Era una mujer hermosa, de pelo rubio y ojos grandes, y aficionada a la literatura.

—Sí —dijo su tío—, he pensado que te gustaría. Supongo que perteneció a la casa; ha aparecido en un montón de basura de un rincón.

—No estoy segura de que me guste —dijo Mary unos minutos después.

—Vaya por Dios, ¿y por qué, querida?

—No estoy segura. Puede que sean figuraciones mías.

—Sí, eso es lo que son, figuraciones y novelería, naturalmente. ¿Qué libro..., bueno, quiero decir, cuál es el título del libro que tuviste ayer entre manos todo el día?

—*El talismán*, tío. ¡Ah, sería delicioso que, en definitiva, resultara un talismán!

—Sí, *El talismán*, pues que te aproveche; yo tengo que irme a atender mis asuntos. ¿Está todo bien en la casa? ¿Te gusta? ¿Tienes alguna queja de la servidumbre de aquí?

—No; por supuesto, me resulta todo de lo más encantador. La única *soupçon* de queja, además de la cerradura del armario de la ropa blanca de la que ya le hablé, es que la señora Maple dice que no hay forma de eliminar las moscas portasierra de la habitación del otro extremo del corredor. A propósito, ¿de veras se siente a gusto en este dormitorio? Está demasiado apartado del resto de la casa, ¿no?

—¿Que si me gusta? Pues claro; cuanto más lejos esté de ti, mejor. Vaya, no me darás una azotaina por eso, ¿verdad? ¿A que me perdonas? Pero ¿qué son moscas portasierra? ¿Apolillan la ropa? Si no, me da igual que campen por sus respetos en toda la habitación. Seguramente no la vamos a utilizar.

—No, claro. Bueno, ella llama así a unos bichos de color rojizo y patas largas como las arañas de campo, pero más pequeños; por cierto, que los hay a montones en lo alto de la habitación. No me agradan demasiado, pero supongo que no son dañinos.

—Parece que hay unas cuantas cosas que no te gustan esta mañana tan radiante —comentó su tío mientras cerraba la puerta. La señorita Oldys siguió sentada en su sitio, contemplando el disco de vidrio que sostenía en la palma de la mano. La sonrisa que iluminaba su semblante fue desdibujándose paulatinamente, dando paso a una expresión de curiosidad y casi de interesada atención. Su embelesamiento se rompió al entrar la señora Maple con su invariable preámbulo:

—Ay, señorita, ¿podría hablar un momento con usted?

La siguiente fuente de información que nos permite seguir el hilo de la historia es una carta de la señorita Oldys a una amiga de Lichfield, empezada uno o dos días antes. No faltan en ella atisbos de influencia de esa directora espiritual que un día fuera Anna Seward, conocida por algunos como el cisne de Lichfield.

«Queridísima Emily: Seguramente te alegrará saber que por fin nos hemos instalado mi tío y yo en la casa que ahora nos considera sus dueños (digo no, dueño y dueña), igual que en otros tiempos habrá considerado a tantos otros. Aquí saboreamos una mezcla de moderna elegancia y venerable antigüedad como jamás habíamos tenido ocasión hasta ahora ninguno de los dos. El pueblo, aunque pequeño, nos proporciona algún reflejo, pálido desde luego, pero auténtico, de las dulzuras del trato refinado; el campo vecino cuenta, entre los ocupantes de sus dispersas mansiones, con algunas personas que remozan su trato anualmente poniéndose en contacto con el esplendor de la metrópoli, y otras cuya robusta y sencilla afabilidad es a veces, y a manera de contraste, no menos cariñosa y aceptable. Cansados de las tertulias de los salones y piezas de recibo de nuestros amigos, estamos dispuestos a huir de las ingeniosidades y

charlas intrascendentes de la vida diaria y refugiarnos en las majestuosas bellezas de nuestra venerable iglesia, cuyos argentinos repiques "nos llaman a la oración", y en los sombríos paseos, en cuyo cementerio meditamos con el corazón sosegado y los ojos húmedos más de una vez, sobre la juventud, la hermosura, la edad, la sensatez y la bondad».

Aquí hay un cambio brusco, tanto en la letra como en el estilo:

«Pero, Emily querida, ya no me es posible escribirte con el esmero que tú te mereces y con el que tanto disfrutamos las dos. Lo que tengo que contarte ahora no tiene nada que ver con lo que te estaba diciendo. Esta mañana, mi tío, a la hora de desayunar, ha traído una cosa que se ha encontrado en el jardín; es un disco de vidrio o de cristal que tiene esta forma (a continuación viene un pequeño dibujo), y me lo ha dado, y después de marcharse él de la habitación lo he tenido junto a mí, sobre la mesa. Lo he estado contemplando, no sé por qué, durante unos minutos, hasta que se me ha hecho la hora de incorporarme a los quehaceres del día, y te vas a reír, pero de pronto me he dado cuenta de que empezaba a reflejar objetos y escenas que no correspondían a la habitación en que me encontraba. En fin, no te extrañe si te digo que, tras esa experiencia, he aprovechado la primera oportunidad para encerrarme en mi habitación con lo que ahora estoy segura de que es un poderoso talismán. Y no me ha decepcionado. Te aseguro, Emily, por el recuerdo tan entrañable que nos une a las dos, que lo que ha pasado esta tarde supera los límites de lo que hasta ahora consideraba posible. En resumen, lo que he visto sentada en mi alcoba, a plena luz de este soleado día de verano, al asomarme a las profundidades de ese pequeño disco de vidrio, es lo siguiente: primero, una perspectiva, extraña para mí, en la que aparecía un terreno cubierto de espesa y alta maleza, con unas ruinas de piedra gris en medio y una tosca cerca de piedra alrededor. Había una mujer vieja y fea de pie, con un manto rojo y una saya desgarrada, y hablaba con un chico vestido a la usanza de hace un centenar de años por lo menos. Y le puso un objeto brillante en la mano, y él a su vez le dio algo a ella; a mí me pareció dinero, porque se le cayó en la hierba una moneda de entre sus manos temblorosas. Luego ha desaparecido la escena; a propósito, me pareció observar que sobre los muros rudimentarios de la cerca había algunos huesos en desorden, y hasta una calavera. A continuación he visto dos chicos; uno de ellos era el que había aparecido en la visión anterior, el otro era más pequeño. Estaban en el rincón de un jardín que tenía una tapia alrededor, y, pese a estar distribuido de diferente manera, y de lo jóvenes que eran los árboles, me he dado cuenta de que se trataba de este mismo jardín que estoy contemplando en este momento desde mi ventana. Los chicos estaban absortos en un extraño juego, al parecer. Algo humeaba en el suelo. El mayor puso sus manos sobre eso, y luego las elevó en una actitud como de oración, y entonces he descubierto algo que me ha sobresaltado, y es que las tenía cubiertas de grandes manchas de sangre. Arriba, el cielo estaba nublado. El mismo muchacho se volvió entonces hacia la tapia del jardín e hizo unas señas con las manos levantadas, después de lo cual comenzaron a hacerse visibles unas cosas que se movían en lo alto de la tapia..., pero no podría decir si eran cabezas o miembros de personas o de animales. Acto seguido, el mayor se volvió con rapidez, cogió al más joven (que durante todo este tiempo había estado examinando atentamente lo que había en el suelo), y echaron los

dos a correr. Luego he visto la hierba manchada de sangre, un pequeño montón de ladrillos y cierta cantidad de algo así como plumas negras, esparcidas por el suelo. Después se ha disipado esta escena, dando paso a otra que se ha desarrollado en tan completa oscuridad que quizá se me haya escapado todo su significado. Pero me parece que se trataba de una figura, agazapada primero entre los árboles o arbustos que el viento sacudía violentamente; luego echaba a correr a toda velocidad, volviendo continuamente su pálido rostro hacia atrás, como si tuviera miedo de que le siguieran, y en efecto, le seguían. Las siluetas de sus perseguidores se vislumbraban confusamente, de manera que no podría decir cuántos eran..., cuatro o cinco a lo sumo. Parecían perros más bien, pero no de los que estamos acostumbrados a ver. De haber podido cerrar los ojos a este horror, al punto lo habría hecho, pero no era dueña de mis actos. Lo último que he visto es que la víctima echaba a correr locamente por una arcada y que se agarraba a un objeto y se aferraba a él, y que por fin le daban alcance las bestias que le perseguían, y hasta me parecía oír el eco de sus gritos de desesperación. Puede que me quedara traspuesta; desde luego, he tenido la sensación de que me despertaba a la luz del día, tras unos momentos de abstracción. Hablando literalmente, Emily, ésa ha sido la visión —no puedo calificarla de otro modo— que he tenido esta tarde. Dime, ¿habré sido testigo involuntario del episodio de una tragedia relacionada con esta casa?»

Continuó la carta al día siguiente:

«La historia que te estaba contando ayer no termina donde la dejé. No le dije una palabra a mi tío de lo que pasó. Como tú sabes, tiene un sentido común demasiado estricto para admitir una cosa así, y su remedio consistiría en administrarme un purgante o un vaso de vino. Después de pasar una velada silenciosa —más que silenciosa, hosca—, me retiré a dormir. Y juzga el terror que sentiría yo cuando, no bien me metí en la cama, oí lo que sólo podría describir como un rugido distante; era la voz de mi tío, aunque la verdad es que jamás le había oído gritar de ese modo. Su dormitorio está en el extremo más apartado de la casa, y para llegar hasta allí hay que cruzar un enorme recibimiento, al estilo antiguo, de unos ochenta pies de largo, una habitación de techo alto y paredes con entrepaños, y dos dormitorios desocupados. En el segundo dormitorio —que está prácticamente casi sin muebles— fue donde le encontré a oscuras, con la vela hecha trizas en el suelo.

Al entrar yo corriendo con mi luz en la mano, me cogió en sus brazos, que por primera vez desde que le conozco le temblaban, dio gracias al cielo, y me sacó apresuradamente de la habitación. No quiso decirme qué era lo que le había alarmado de esa manera. "Mañana, mañana", eso es todo lo que le pude sacar. Le improvisamos una cama en la habitación contigua a la mía. No sé si habrá pasado una noche más tranquila que la que he pasado yo. Por mi parte, no he podido conciliar el sueño hasta bien de madrugada, cuando ya clareaba el día, y entonces he tenido unos sueños de lo más horribles..., sobre todo hay uno que se me ha quedado tan grabado que te lo voy a contar, a ver si se me quita un poco la impresión; ya había subido a mi habitación con un presentimiento que me llenaba de inquietud, y con una vacilación y recelo que no me es posible explicar, me dirigí a la cómoda. Abrí el cajón de arriba y no encontré más que cintas y pañuelos; luego abrí el segundo, pero no contenía nada de particular; después, ¡oh, Dios!, abrí el tercero y último; aquí había un montón de sábanas

cuidadosamente dobladas, y al quedarme mirándolas con curiosidad, empezaron a teñirse horriblemente; entonces noté un movimiento en ellas, y de entre sus pliegues surgió una mano sonrosada que empezó a moverse tanteando lánguidamente en el aire. No pude soportarlo: salí corriendo de la habitación, cerré la puerta de golpe y luché con todas mis fuerzas para cerrarla con llave. Pero la llave no quería girar en la cerradura; y entre tanto, en el interior se oían susurros y topetazos, y los ruidos parecían acercarse más y más hacia la puerta. Aún no sé por qué no eché a correr escaleras abajo. Continué apretando la vela; y por fortuna, cuando al fin me arrancaron la puerta de las manos con fuerza irresistible, me desperté. Puede que a ti no te parezca tan alarmante, pero te aseguro que para mí sí lo ha sido.

»Hoy, en el desayuno, mi tío ha estado muy callado, y creo que avergonzado también, por el susto que nos dio; pero después me ha preguntado si el señor Spearman estaba todavía en el pueblo, añadiendo que era un joven con sentido común. Como sabes, querida Emily, es un chico que me gusta; al final acabaré por darle el sí. Total, que se ha ido a hablar con Spearman y todavía no ha vuelto. Bueno, voy a mandarte este montón de noticias extrañas; de lo contrario, tendré que esperar más de un correo».

No andará muy descaminado el lector si piensa que la señorita Mary y el señor Spearman se hicieron novios poco después de aquel mes de junio. Spearman era un joven avisado que poseía una hermosa propiedad en las proximidades de Whitminster y, a la sazón, pasaba frecuentes estancias de no pocos días en el «King's Head» por asuntos de negocios. Pero debía de tener también sus momentos libres, porque su diario es copioso en anotaciones, sobre todo en la época en que transcurría la historia que estoy relatando. A mí me da la sensación de que escribió este episodio lo más circunstancialmente que pudo por deseo expreso de la señorita Mary:

«El tío Oldys (como espero llegar a tener derecho a llamarle dentro de poco) ha venido esta mañana. Después de hacer un sinnúmero de breves observaciones sobre cuestiones intrascendentes, ha dicho:

»—Spearman, quiero que escuches una extraña historia, pero no la comentes por ahí hasta que se haya aclarado todo.

»—Por supuesto —he dicho yo—, puede confiar en mí.

»—No sé qué hacer —dice—. Ya conoces mi habitación. Está bastante apartada de las demás y tengo que atravesar un salón enorme y dos o tres habitaciones para llegar hasta ella.

»—¿Está en el extremo que da acceso a la iglesia? —le pregunto.

»—Sí, en esa parte. Bueno, el caso es que ayer por la mañana me contó Mary que la habitación contigua estaba infestada de una especie de moscas y que el ama de llaves no podía eliminarlas. Puede que sea esa la explicación, o puede que no. ¿A ti qué te parece?

»—Bueno —dije—; aún no me ha dicho a qué hay que encontrarle explicación —De acuerdo, no lo he dicho aún. Pero antes dime: ¿qué son exactamente moscas portasierra y cómo son de grandes?

»Yo empezaba a preguntarme si no estaría mal de la cabeza.

»—Creo —dije con toda la paciencia del mundo— que son esos insectos rojizos de patas largas como los falangios, pero no tan grandes, y que miden una pulgada como máximo. Tienen el cuerpo duro, me parece... —he estado a punto de decir que son

particularmente molestas, pero me interrumpió.

»—Vamos, vamos, de una pulgada como máximo, nada.

»—Yo le digo solamente mi opinión —dije—. ¿No sería mejor que me contara desde el principio lo que le tiene preocupado? Así podría darle mi parecer sobre lo que fuera.

»Me ha mirado pensativo.

»—Puede que sea lo mejor —dijo—. Hoy mismo le decía yo a Mary que te considero una persona con sentido común —le he hecho un gesto de agradecimiento con la cabeza—. El caso es que me da reparo hablar de esto. Jamás me había sucedido una cosa así. Resulta que anoche, hacia las once o poco más, cogí la vela y me dirigí a mi habitación. En la otra mano llevaba un libro, poro que me gusta leer unos minutos antes de dormirme. Es una costumbre peligrosa, no te la recomiendo; pero *yo* sé arreglar convenientemente la luz y las cortinas de la cama. Pues bien, lo primero es que salí del despacho al salón y, al cerrar la puerta tras de mí, se me apagó la vela. Supongo que la cerré demasiado de golpe y el aire me la apagó; el caso es que me fastidió bastante porque me había dejado el mechero en mi alcoba. Pero conocía muy bien el camino, así que seguí adelante. Entonces me saltó el libro de las manos en la oscuridad; creo que, de haber llevado la mano apretada habría podido notar mejor la sensación. Cayó al suelo. Lo recogí *y* continué mi camino, algo más contrariado, *y* un poco asustado también. Como tú sabes, el salón tiene muchas ventanas sin cortinas, y en noches de verano como éstas es fácil localizar no sólo los muebles, sino las personas o cualquier cosa que se mueva. Y miré a mí alrededor, pero no había nadie..., absolutamente nadie. Así que crucé el salón y la secretaría parroquial que está a continuación *y* tiene también dos grandes ventanas, *y* luego los dos dormitorios que conducen a mi habitación, cuyas cortinas estaban echadas, por lo que me vi obligado a moderar el paso debido a los escalones que tienen. Y en la segunda habitación fue donde estuve a punto de caerme muerto. En cuanto abrí la puerta noté algo anormal. Confieso que por dos veces pensé en dar media vuelta y buscar otro camino para llegar a mi alcoba en vez de continuar. Pero sentí vergüenza de mí mismo; así que lo pensé mejor y cambié de opinión, aunque no sé si verdaderamente fue "mejor" en este caso. Si tuviera que describir con exactitud mi experiencia, diría lo siguiente: nada más entrar percibí un susurro leve y áspero a la vez por toda la habitación; luego (recuerda que estaba completamente a oscuras), algo se abalanzó sobre mí, *y* noté..., no sé cómo explicarlo..., unas cosas largas *y* delgadas, como brazos, patas o palpos por todo mi rostro *y* por el cuello *y* el cuerpo. No parecían tener mucha fuerza; pero Spearman, que yo recuerde, creo que en mi vida he experimentado tanto horror o asco. Eso me hizo perder los nervios. Solté un bramido con todas mis fuerzas, tiré la vela al azar *y*, como sabía que estaba cerca de la ventana, arranqué la cortina, *y* entonces penetró una leve claridad *y* pude ver algo que flotaba *y* que, por su forma, comprendí que era la pata de un insecto; pero, ¡Dios, qué dimensiones tenía! El bicho ese debía de ser de mi tamaño. Y ahora vienes tú *y* me dices que tienen una pulgada todo lo más. ¿Cómo explicas eso, Spearman?

»—Por el amor de Dios, termine primero de contarle —dije—. En mi vida había oído nada parecido.

»—Bueno —dijo él—, no hay nada más que contar. Acudió Mary con la luz, *y* allí

no había nada. No le dije nada en absoluto. Anoche cambié de habitación, y espero que sea ya para siempre.

»—¿Ha registrado esa extraña habitación? —le pregunté—. ¿Qué cosas se guardan ahí?

»—No la utilizamos —me contestó—. Hay un viejo armario ropero y algunos muebles.

»—¿Y en el armario?

»—No sé; no lo he visto nunca abierto; lo que sí sé es que está cerrado con llave.

»—Bueno, yo en su lugar lo abriría. Es más, si dispone usted de tiempo, le confieso que tengo cierta curiosidad y me gustaría ver por mí mismo todo eso,

»—No me atrevería a pedírtelo, pero eso es precisamente lo que esperaba que dijeras. Dime a qué hora podemos ir y te llevo.

»—Éste es el mejor momento —dije yo en seguida, porque estaba viendo que no iba a poder hacer nada mientras tuviera este asunto pendiente.

»Se levantó con presteza y me miró, tentado estoy de decir que con manifiesta aprobación. No obstante, todo cuanto dijo fue:

»—Vamos.

»Y guardó silencio durante todo el trayecto hasta su casa. Mandó llamar a mi Mary (con la llama él en público y yo en privado), y nos dirigimos a la habitación. Lo único que le había dicho el doctor a ella era que había recibido un susto en ese lugar la noche anterior, sin especificarle en qué había consistido; ahora fue más explícito y le contó brevemente los incidentes que le habían ocurrido cuando se retiraba a su habitación. Al llegar, abrió y dijo:

»—Ésta es la habitación. Entra, Spearman, y dinos qué ves en ella.

»Fueran cuales fuesen los sentimientos que yo hubiera podido experimentar de haber sido de noche, a las doce del día estaba seguro de no encontrar nada siniestro; así que abrí la puerta de golpe y entré. Era una habitación muy bien iluminada, con una amplia ventana a la derecha, aunque en mi opinión no estaba muy bien ventilada. El mueble más importante de la pieza era un armario viejo y destartado de oscura madera. Vi también el armazón de una cama con cuatro columnas en sus esquinas; pero no era sino un puro esqueleto que nada podía ocultar. Y había, además, una cómoda. En el antepecho de la ventana y al pie de la misma, en el suelo, había varios cientos de mosquito; muertos; uno de ellos se movía torpemente, y me he dado el placer de rematarlo. Probé a abrir la puerta del armario, pero no pude. Los cajones estaban igualmente cerrados con llave. Entonces me pareció percibir, en alguna parte, un levísimo susurro, pero no conseguí localizarlo; y al salir a informar de todo esto a las dos personas que me esperaban fuera no lo mencioné. Pero les dijo, que lo que había que hacer era ver qué guardaban esos muebles cerrados. El tío Oldys se volvió hacia Mary.

»—Llama a la señora Maple —dijo, y Mary salió apresuradamente (no existe una forma de andar como la suya, estoy convencido), y no tardó en regresar con paso más sosegado, acompañada de una dama de cierta edad y aspecto discreto.

»—¿Tiene usted las llaves de estos muebles, señora Maple? —le preguntó tío Oldys.

»Estas simples palabras provocaron un torrente (no violento, sino copioso) de palabras; de haber tenido un poco más de clase, la señora Maple habría podido servirle de modelo a Sara Bates:

»Ay, doctor, señorita, y usted también, señor —dijo, saludándome con un movimiento de cabeza—. ¡Las llaves! ¿Cómo se llamaba el señor del otro día, cuando vinimos por primera vez a traer las cosas a esta casa..., un señor de negocios al que serví la comida en el cuarto de estar pequeño porque en el grande no teníamos nada en su sitio aún, como nos habría gustado, y comió pollo *y* pastel de manzana *y* un vaso de madeira?... ¡Válgame Dios!, va usted a pensar que estoy hablando de más, señorita; pero es que quiero ver si hago memoria... ¡Ah, ya!, Gardner, igual que me ocurrió la semana pasada con las alcachofas y el texto del sermón. Bueno, pues cada una de las llaves que me entregó el tal señor Gardner llevaba su etiqueta y cada una correspondía a una puerta determinada de la casa, y a veces a dos, y cuando digo puerta me refiero a puerta de habitación y no a puerta de armario, como ocurre en este caso. Sí, señorita Mary, sé muy bien lo que digo, y quiero dejar bien claro este asunto a su señor tío, *y a* usted también, señor. Pero a lo que íbamos, *había* una caja que ese señor puso bajo mi custodia, y como no había ningún mal en ello, cuando él se marchó la hice sonar; y, o mucho me equivoco yo, o esa caja contenía llaves, pero qué llaves son las que contenía, es cosa que sabrán los del Otro Mundo, porque lo que es yo, no pude abrir la dichosa caja.

»Me sorprendía que el tío Oldys no dijera nada durante este discurso. Me di cuenta de que Mary se estaba divirtiendo; él debía saber por experiencia que era imposible interrumpir la perorata. El caso es que no lo hizo, sino que se limitó a guardar silencio, y al final preguntó simplemente:

»—¿Tiene usted a mano la caja esa, señora Maple? Si la tiene, haga el favor de traerla aquí.

»La señora Maple le señaló con el dedo, en un gesto que lo mismo podía ser de acusación que de tétrico triunfo:

»—¡Jesús! —dijo—, me ha quitado esas mismas palabras de la boca, doctor. Y si me he puesto a pensar en ello media docena de veces, me lo he reprochado casi cincuenta. He estado despierta en la cama, y me he pasado horas y horas sentada en la silla, lo mismo que el día que entré al servicio de usted y de la señorita, cuando tenía yo veinte años, y no podía haber deseado nada mejor..., sí, señorita; pero es la verdad, y bien sabemos quién habría cambiado las cosas si hubiera podido; bueno, yo me decía: si el doctor me pregunta por esa caja, ¿qué le voy a contestar?... No, doctor, si fuera usted como algunos señores de esos que he oído hablar y fuera yo una criada como las que me sé, sería todo más fácil para mí, pero las cosas son, humanamente hablando, como son, y lo único que me cabe decir es que si la señorita Mary no viene a mi habitación y me ayuda a hacer memoria, porque *puede* reparar en lo que a mí se me escape, no le echará usted el ojo a la caja esa por grande que sea.

»—Por Dios, señora Maple, ¿y por qué no me ha dicho antes que la ayudara a buscar? —dijo Mary—. Eso, o lo que sea, no importa; venga, vamos ahora mismo.

»Salieron apresuradamente las dos. Oí a la señora Maple iniciar una serie de explicaciones que, sin duda alguna, durarían hasta que llegaran al último escondrijo de

las habitaciones del ama de llaves. El tío Oldys y yo nos quedamos a solas.

»—Es una sirvienta que vale —dijo, señalando la puerta con la cabeza—. Estando ella, nada funciona mal, y sus discursos no duran más de tres minutos casi nunca.

»—¿Cómo se las va a arreglar Mary para ayudarla a recordar dónde puso la caja? —le pregunté.

»—¿Mary? Bueno, la mandará sentarse y le preguntará por la última enfermedad que tuvo su tía, o quién le regaló el perrito de porcelana que tiene en la repisa de la chimenea..., algo que no tenga nada que ver con el asunto. Después, como dice ella misma, por el hilo se saca el ovillo, y es capaz de llegar al quid de la cuestión antes de lo que uno se figura. ¡Vaya! Parece que ya las oigo regresar.

»En efecto, regresaban, y la señora Maple venía corriendo delante con la caja en la mano extendida y la cara radiante.

»—¿Qué —exclamó cuando ya se encontraba cerca—, qué decía yo siempre, antes de dejar Dorsetshire y venirnos a este lugar? No es que sea yo de Dorset, ni falta que me hace, pero decía que "lo bien guardado, bien se encuentra, y allí estaba, en el mismo lugar donde la dejé hace..., ¿cuánto hará?..., unos dos meses, me parece.

»Se la entregó a tío Oldys y la examinamos él y yo con curiosidad, por lo que dejé de prestarle atención a la señora Ann Maple por el momento, aunque ella seguía sus interminables explicaciones acerca del lugar exacto en que había estado la caja, y de qué manera la había ayudado Mary a refrescar la memoria.

»Era una caja vieja, atada con una cinta de color rosa, y sellada; sobre la tapa tenía pegada una etiqueta escrita con tinta descolorida: "Casa del señor deán, Whitminster". Así como esto otro: "Los efectos de este armario y caja se hallan bajo mi custodia, y lo estarán bajo la de mis sucesores en esta residencia, en calidad de depósito de la noble familia de Kildonan, a disposición de cualquier miembro superviviente de ésta. Habiendo hecho yo cuantas averiguaciones me han sido posibles, es mi opinión que dicha noble casa se ha extinguido por entero; el último conde, como es sabido, murió en la mar, y su único hijo y heredero falleció en mi casa (los documentos de tan triste suceso han sido guardados por mí en el citado armario el 21 de marzo de 1753, año del Señor). Y digo que, a menos que dé lugar a graves trastornos, tales personas, ajenas a la familia Kildonan, una vez en posesión de estas llaves, deben dejar estas cosas como están; ésta es mi opinión y quedan bien advertidas, aviso que hago no sin una sólida y poderosa razón, y tengo la satisfacción de manifestar que mi criterio se halla refrendado por los demás miembros del Colegio e Iglesia, enterados de los acontecimientos consignados en este documento. Th. Ashton. Prof. Sagr. Teol., *Praeb. Senr. Will. Blake*, Prof. Sagr. Teol., *Decanus*. Hen. Goodman, Prof. Sagr. Teol., *Praeb. Junr.*"

»—¡Ah! —dijo tío Oldys—, ¡conque graves trastornos! O sea que ya preveía él que podía pasar algo. Sospecho que debía de ser joven —prosiguió, señalando con la llave el renglón donde ponía "el hijo único y heredero"—. ¿Eh, Mary? El vizconde de Kildonan era Saúl.

»—¿Cómo *sabe* usted eso, tío? —dijo Mary.

»—Bueno, ¿y por qué no? Está todo consignado en el Debrett, en esos dos gruesos libros. Pero en lo que yo estaba pensando era en la tumba que hay junto al paseo de los tilos. Está enterrado ahí. Me pregunto qué es lo que pasaría. ¿Sabe usted algo sobre este

asunto, señora Maple? Y a propósito, vea las moscas que hay junto a la ventana.

»La señora Maple, enfrentada de este modo con dos temas distintos, se vio en apuros para hacerles a los dos debida justicia. Evidentemente, fue una temeridad por parte de tío Oldys brindarle esta oportunidad. Me pareció notar en él una ligera vacilación en utilizar la llave que tenía en la mano.

»—Ah, esas moscas, cuidado que se han puesto pesadas, doctor, señorita, en estos tres o cuatro días; no se lo pueden figurar; ni usted tampoco, señor. ¡Ninguno de ustedes se lo puede imaginar! ¡Y de qué manera entran! La primera vez que pusimos los pies en esta habitación estaban los postigos de la ventana levantados, así debieron de estar durante años y años, y no había una sola mosca. Entonces bajamos las barras de los postigos con no poco trabajo, y dejamos la habitación abierta todo el día, y a la mañana siguiente mandé a Susan con la escoba para que la barriera, y no habían transcurrido dos minutos, cuando la vimos regresar cubierta de bichos, y se los tuvimos que sacudir de encima. ¡Jesús!, no se le veía ni la cofia, ni de qué color tenía el pelo, como lo oyen, y se le arracimaban en torno a los ojos también. Por fortuna, no es una chica de mucha imaginación, como me pasa a mí, que de haber sentido el cosquilleo de esos bichos repugnantes encima de mí me habría dado algo. Y ahora, ahí tienen el suelo sembrado de bichos muertos. En fin, bien vivos estaban el lunes; hoy no, hoy es jueves; digo no, viernes. Pues no tenía una más que acercarse a la puerta, y los podía oír cómo chocaban contra la madera, y abrías y se echaban sobre ti como si fueran a devorarte. Yo me dije: "Si fueran murciélagos, ¿qué nos pasaría esta noche?" Y no crea que se les puede despachurrar como a los mosquitos corrientes. Bueno, puede que aún tengamos que dar gracias. Y luego, esa tumba —se apresuró a añadir, abordando la segunda cuestión antes de que la interrumpieran— de los dos pobres chiquillos, también. Digo pobres, y sin embargo, pienso en lo que contó la señora Simpkins, la mujer del sacristán, el día que estuve tomando el té con ella antes de que vinieran ustedes, doctor y señorita; es una familia que hace, ¿cuánto diría yo?, un centenar de años que está viviendo en esta misma casa, y podrían echar mano de cualquier tumba o de cualquier sepultura del cementerio, y decirte en un santiamén a quién pertenece y los años que hace que le enterraron. Pero es a lo que contó el señor Simpkins de ese joven a lo que yo me refería..., ¡bueno! —apretó los labios y asintió con la cabeza varias veces.

»—Cuenta, señora Maple —dijo Mary.

»—Siga —dijo tío Oldys.

»—¿Qué le ocurrió? —dijo yo.

»—Jamás se había visto una cosa así en este pueblo, al menos desde los tiempos de la reina María y del Papa y todo lo demás —dijo la señora Maple—. Bueno, ¿sabían ustedes que vivió en esta misma casa, él y sus compañeros, y que por lo que me dijeron, ocupaba esta mismísima habitación? —movió los pies con inquietud.

»—¿Quiénes le acompañaban? ¿Se refiere a las personas de la casa? —dijo tío Oldys con recelo.

»—No, doctor, no; no me refiero a las personas —contestó—, sino más bien a lo que trajo consigo de Irlanda. No; la gente que vivía en la casa, si acaso, fue la última que supo de sus andanzas. Pero en el pueblo no hubo una sola familia que no se enterara de cómo terminó una noche. En cuanto a los que iban con él, bueno; cómo serían que le

arrancaron la piel a la pobre criatura que estaba ya en la sepultura; como dice el señor Simpkins, un corazón marchito da siempre un espectro feo y demacrado. El caso es que al final se volvieron contra él, dice, y todavía hay una señal que puede verse en la puerta de la iglesia, donde lo remataron. Lo que les cuento no es más que la pura verdad, porque fui y le pedí que le enseñara las marcas a una servidora, y era talmente como había dicho. El señorito ese tenía el nombre de un rey malo de la Biblia, por mucho que sus padrinos pensarán en otra cosa.

»—Se llamaba Saúl —dijo tío Oldys.

»—Eso es, Saúl; muchas gracias, doctor; ahora dígame si no fue el rey Saúl el que, según hemos leído, llamó al espectro que descansaba en su tumba turbándole su sueño, y si no es extraño que este joven señor tuviera precisamente ese nombre, y que el abuelo del señor Simpkins le viera una noche desde su ventana andando de sepultura en sepultura con una vela en la mano, con esos horribles acompañantes pegados a sus talones. Una noche dice que el viejo señor Simpkins le vio venir directamente a la ventana que da al cementerio y pegar la cara al cristal para ver si alguien le había estado espiando desde la habitación, y el viejo señor Simpkins sólo tuvo tiempo de dejarse caer y quedarse quieto como un muerto, conteniendo la respiración, justamente debajo de la ventana, sin atreverse a hacer ningún movimiento hasta que le oyó alejarse, llevando tras de sí el rumor de crujidos de hierba, y cuando se asomó a la ventana a la mañana siguiente, vio pisadas en la hierba y un hueso humano. ¡Oh!, era un muchacho cruel, eso desde luego; pero lo tuvo que pagar al final, y después.

»—¿Después? —dijo tío Oldys arrugando el ceño.

»—Sí, doctor; noche tras noche, desde los tiempos del viejo señor Simpkins, y de su hijo, o sea el padre de nuestro señor Simpkins, hasta el señor Simpkins de ahora. Se le ve contra esa misma ventana, sobre todo en las noches frías, o cuando encienden la chimenea, pegando el rostro al cristal, agitando las manos y abriendo y cerrando la boca, abriéndola y cerrándola una y otra vez, durante un minuto o más, hasta que por fin se aleja y desaparece en la oscuridad del cementerio. Pero jamás se han atrevido a abrir la ventana, a pesar de la piedad que les ha inspirado siempre esa pobre criatura aterida de frío y diluyéndose en la nada durante años y años. Por eso digo que lo que cuenta el señor Simpkins que decía su abuelo no es sino la pura verdad, que "un corazón marchito siempre da un espectro feo y demacrado".

»—Desde luego —dijo tío Oldys de repente, tan de repente que la señora Maple se quedó callada—. Gracias. Ahora vámonos, vámonos todos de aquí.

»—Vaya, tío —dijo Mary—, ¿es que no vas a abrir el armario, por fin?

»—Querida —dijo—, eres libre de juzgarme un cobarde o un hombre prudente, lo que prefieras. Pero no voy a abrir el armario ese, ni la cómoda, ni estoy dispuesto a darle las llaves a nadie. Señora Maple, ¿sería tan amable de buscar uno o dos hombres para subir estos muebles al desván?

»—Y cuando terminen, señora Maple —dijo Mary, quien, aunque yo aún no sabía cuál era la razón, parecía sentir alivio más que desencanto por la decisión de su tío—, tengo algo que quiero guardar junto con todo eso; no es más que un paquetito pequeño.

»Salimos, creo que contentos de dejar la extraña habitación. El mismo día se cumplieron las órdenes de tío Oldys. Por eso digo —concluye Spearman— que

Whitminster tiene un cuarto prohibido y una caja de sorpresas aguardando a un futuro ocupante de la residencia del prebendado mayor».

EL DIARIO DEL SEÑOR POYNTER

La sala de una casa de subastas de libros prestigiosa y antigua de Londres es, desde luego, un importante lugar de encuentro para coleccionistas, bibliotecarios y marchantes, no sólo durante la puja sino más especialmente quizá, cuando se hallan expuestos los libros que se van a subastar. Fue en una de estas salas donde empezaron la serie de sucesos sorprendentes que hace unos meses me refirió con detalle la persona a la que afectaron de manera principal, a saber: el señor James Denton, Lic. en Letras, M. de la Soc. de Ant., etc., etc., en otro tiempo residente en Trinity Hall y hoy, o hasta hace poco, en Rendcomb Manor, condado de Warwick.

Hace unos años, por primavera, pasó unos días en Londres, dedicado principalmente a hacer gestiones para amueblar la casa que acababa de construir en Rendcomb. Tal vez os decepcione saber que Rendcomb Manor es un edificio reciente, pero eso es algo que yo no puedo remediar. La verdad es que había habido allí una casa antigua, pero no había destacado ni por su belleza ni por su interés. Y aunque hubiese sido así, ni la belleza ni el interés la habrían salvado del incendio devastador que un par de años antes del comienzo de mi historia la arrasó por completo. Me alegra decir que se salvó cuanto contenía de valor, y que estaba asegurada. De manera que el señor Denton pudo afrontar con relativa alegría la tarea de construir una morada nueva y bastante más cómoda, para él y para su tía, que constituía toda su familia.

Dado que estaba en Londres, con tiempo de sobra, y no lejos de la casa de subastas a la que someramente me acabo de referir, al señor Denton se le ocurrió que podía detenerse allí una hora, para ver si descubría entre los manuscritos de la famosa colección Thomas que sabía que estaban expuestos, algo sobre la historia o la topografía de la comarca de Warwickshire donde vivía.

Entró, pues, compró el catálogo y subió a la sala, donde, como es costumbre, estaban expuestos los libros, unos en vitrinas y otros abiertos sobre largas mesas. Junto a las estanterías, o sentadas ante las mesas, había numerosas personas, a muchas de las cuales conocía. Intercambió un gesto o unas palabras de saludo con varias, y a continuación se dedicó a estudiar el catálogo y a señalar los ejemplares que podían tener algún interés para él. Había recorrido ya unos doscientos de los quinientos títulos —levantándose de cuando en cuando a sacar el correspondiente libro de la estantería y echarle una ojeada—, cuando una mano se posó en su hombro; alzó los ojos. El que le interrumpía era uno de esos intelectuales de barba puntiaguda y camisa de franela, de los que fue tan prolífico el último cuarto del siglo XIX.

No es mi propósito repetir la conversación entera que siguió entre el señor Denton y su amigo. Baste decir que gran parte versó sobre conocidos comunes, sobre el sobrino del amigo del señor Denton, por ejemplo, que se había casado hacía poco y había fijado residencia en Chelsea; sobre la cuñada del amigo del señor Denton, que acababa de pasar una grave enfermedad y ahora estaba mejor, y sobre una pieza de porcelana que el amigo del señor Denton había comprado unos meses antes a un precio muy por debajo de su valor real... de donde podéis inferir con toda justicia que más bien se trató

de un monólogo. Llegado el momento, no obstante, el amigo cayó en la cuenta de que el señor Denton estaba allí con algún propósito, y dijo:

—¿Qué, estás buscando algo en particular? Me parece que no hay gran cosa esta vez.

—Ya; pensaba que podía haber alguna colección de estampas de Warwickshire; pero no veo nada de Warwick en el catálogo.

—No, parece que no —dijo el amigo—. Aunque creo que he visto algo así como un diario de Warwickshire. ¿Cómo se llamaba el autor? ¿Drayton? ¿Potter? ¿Painter?... Empezaba por P o por D, estoy seguro —pasó hojas rápidamente—. Sí. Aquí está: Poynter. Lote 486. Tal vez te interese esto. Allí están los libros, creo: en aquella mesa. Los estaba mirando alguien. Bueno, tengo que irme. Hasta pronto. Vendrás a vernos, ¿de acuerdo? ¿Podría ser esta tarde? Tenemos un poco de música a eso de las cuatro. Bueno, entonces la próxima vez que vengas a la capital.

Se fue. El señor Denton consultó su reloj y, para su confusión, vio que sólo disponía de un momento antes de pasar a recoger el equipaje y salir para la estación. Y ese momento le bastó para localizar cuatro grandes volúmenes del diario: correspondían a la década de 1710, y al parecer contenían bastantes anotaciones de diversa naturaleza. Pensó que merecía la pena dejar una puja de hasta veinticinco libras, cosa que pudo hacer porque justamente entró en la sala su agente habitual cuando él estaba a punto de marcharse.

Esa noche se reunió con su tía en su domicilio provisional: una pequeña vivienda a unos centenares de yardas de la mansión. Por la mañana reanudaron una discusión que ya duraba varias semanas sobre el equipamiento de la nueva casa. El señor Denton presentó a su tía un informe de sus gestiones en la capital: detalles sobre alfombras, sillas, armarios y loza de dormitorio.

—Sí, cariño —dijo su tía—. Pero aquí no veo nada sobre la tela de zaraza. ¿Fuiste a...?

El señor Denton dio una patada en el suelo (¿dónde iba a darla si no?):

—¡Vaya por Dios! —dijo—; es lo único que se me ha olvidado. Lo siento de veras. El caso es que me dirigía allí cuando pasé casualmente por delante de Robin's...

Su tía alzó las manos.

—¿De Robin's? Entonces no tardará en llegar otro paquete de libros horribles y viejos a un precio de escándalo. Creo, James, que dado que me tomo todos estos trabajos por ti, podías esforzarte en recordar el par de cosas que te suplico especialmente que me busques. No las pido para mí. No sé si habrás creído que eran para darme gusto a mí misma, pero si es eso lo que crees te puedo asegurar que es al revés. No te puedes imaginar las preocupaciones, molestias y quebraderos de cabeza que representa para mí; en cambio tú lo único que tienes que hacer es ir a la tienda y pedirlo.

El señor Denton exhaló un gemido de compunción.

—Oh, tía...

—Sí; todo eso está muy bien, cariño; no quiero ser severa contigo, pero *tienes* que reconocer que es un fastidio; sobre todo porque retrasará todo nuestro trabajo hasta no sé cuándo. Hoy es miércoles: mañana vienen los Simpson y no puedes desatenderles.

Después, sabes que hemos quedado en que el sábado vendrán amigos a jugar al tenis. Sí, dijiste que les invitarías tú, pero naturalmente, he tenido que escribir yo las invitaciones; y es ridículo que fuerzas el gesto, James: de cuando en cuando hay que ser amables con los vecinos; no querrás que vayan diciendo por ahí que somos unos cavernícolas. ¿Qué estaba diciendo? En fin, a lo que me refiero es a que no volverás a la capital lo menos hasta el jueves que viene, y mientras no decidamos la tela para esas cortinas no podemos ocuparnos de nada más.

El señor Denton se atrevió a insinuar que, puesto que ya estaban encargados el papel y la pintura para las paredes, esa forma de ver las cosas era demasiado rigurosa; pero su tía no estaba dispuesta a admitir semejante opinión en este momento. Ni habría podido él expresar ninguna otra, en realidad, que su tía se hubiera sentido inclinada a admitir. Sin embargo, conforme avanzaba el día, fue ablandando su actitud: examinó cada vez con menos displicencia las muestras y precios que le había traído el sobrino, e incluso en algunos casos dio su aprobación de experta a lo escogido.

En cuanto a él, se sentía un poco contrariado por la conciencia de no haber cumplido todos los encargos, pero sobre todo por la perspectiva de tener que jugar al tenis, un mal que, aunque inevitable en agosto, había creído que no era de temer que le cayese encima en mayo. Pero el viernes por la mañana vino a levantarle el ánimo en cierta medida el anuncio de que había conseguido los cuatro tomos del diario manuscrito de Poynter al precio de 12 libras y diez chelines, y aún se lo levantó más la llegada, a la mañana siguiente, del diario propiamente dicho.

La obligación, el sábado por la mañana, de sacar al señor y la señora Simpson a dar un paseo en coche y atender a sus vecinos e invitados por la tarde le impidió hacer otra cosa que abrir el paquete; hasta el sábado por la noche, una vez que se habían retirado todos a descansar. Fue entonces cuando comprobó —hasta ahora había sido mera suposición— que había adquirido efectivamente el diario de William Poynter, dueño de Acrington (a unas cuatro millas de su propio municipio): el mismo Poynter que durante un tiempo fue miembro del círculo de anticuarios de Oxford, cuya alma era Thomas Hearne, y con el que al parecer Hearne acabó peleándose: episodio nada insólito en la carrera de este hombre extraordinario. Como en el caso de las colecciones del propio Hearne, el diario de Poynter contenía multitud de notas tomadas de libros publicados, descripciones de monedas y otras antigüedades sometidas a su juicio, así como borradores de cartas sobre estas cuestiones, además de la crónica de los acontecimientos diarios. La descripción que traía el catálogo de la subasta no había hecho sospechar al señor Denton el interés que parecía encerrar la obra, y permaneció leyendo el primero de los cuatro volúmenes hasta una hora censurablemente tardía.

El domingo por la mañana entró su tía en el despacho al regresar de la iglesia, y al ver los cuatro libros en piel marrón sobre la mesa se le fue de la cabeza lo que venía a decirle.

—¿Qué es eso? —dijo con recelo—. ¿Son nuevos? ¡Ah!, ¿eso es lo que te hizo olvidar mi tela para las cortinas? Me lo figuraba. Una repugnancia. ¿Se puede saber qué te han costado? ¿Más de diez libras? James, es un escándalo. Bueno, si tienes dinero para dilapidarlo en esas cosas no *puede* haber ninguna razón para que no te suscribas (y generosamente) a mi Liga Antivivisección. Verdaderamente no la hay, James; y me

disgustaría mucho si... ¿Quién dices que lo escribió? ¿El viejo señor Poynter de Acrington? Bueno, por supuesto, no está mal reunir viejos escritos de este contorno ¡Pero diez libras! —cogió uno de los volúmenes, no el que había estado leyendo su sobrino, lo abrió al azar, y lo soltó al instante siguiente con una exclamación de repugnancia, al tiempo que salía de entre sus páginas una tijereta. El señor Denton lo recogió del suelo, reprimiendo un exabrupto, y dijo:

—¡Pobre libro! Creo que eres demasiado adusta con el señor Poynter.

—¿De veras, cariño? Pues le pido perdón, pero ya sabes que no soporto esos bichos horribles. Déjame ver si lo he estropeado.

—No; creo que no ha pasado nada. Pero mira por dónde lo has abierto.

—¡Dios mío, es verdad! ¡Qué interesante! Despréndelo, James, y déjame que lo vea.

Era un trozo de tela estampada del tamaño de la página en cuarto a la que estaba sujeto con un alfiler anticuado. James lo desprendió y se lo tendió a su tía, volviendo a clavar cuidadosamente el alfiler en el papel.

Bien, yo no sé exactamente qué clase de tejido era, pero tenía un dibujo que fascinó totalmente a la señorita Denton. Se sintió entusiasmada, lo puso sobre la pared, pidió a James que lo sujetara él, a fin de poder observarlo ella a cierta distancia; después lo examinó de cerca, y terminó expresando, en los términos más encendidos, su apreciación del gusto del viejo señor Poynter, que había tenido la feliz idea de conservar esta muestra en su diario.

—Es un estampado precioso de verdad —dijo—; y muy original. Mira qué ondulaciones más bonitas hacen las rayas. Recuerdan mucho las del pelo, ¿verdad? Y con esos lazos a intervalos. Dan el tono de color preciso. Me pregunto...

—Iba a decirte —dijo James con deferencia—, si costaría mucho encargar que lo copiaran para nuestras cortinas.

—¿Mandarlos copiar? ¿Y cómo podría hacerse una cosa así, James?

—Bueno, yo el proceso no lo sé, pero supongo que es un dibujo impreso, y puede sacarse un molde en madera o en metal.

—Pues, sí; sería realmente maravilloso, James. Casi me alegro de que fueras tan... de que olvidaras la tela de zaraza el miércoles. Desde luego te prometo perdonártelo y olvidarlo si consigues que te copien esta antigua *maravilla*. Nadie tendrá algo así ni de lejos; y recuerda, James, que no hay que consentir que vendan tela con este dibujo. Ahora *tengo que* irme; se me ha olvidado por completo qué venía a decirte. No importa; ya me acordaré.

Después de marcharse su tía, James Denton dedicó unos minutos a examinar el dibujo más detenidamente de lo que había tenido ocasión de hacer. Le tenía perplejo lo mucho que había impresionado a la señorita Denton. No le parecía especialmente bonito ni original. Desde luego estaba bastante bien para dibujo de cortina: formaba franjas verticales e insinuaban una tendencia a converger hacia arriba. También tenía razón su tía al decir que estas franjas amplias semejabán mechones de cabello ondulado, casi rizado. Bueno, lo principal era encontrar en los anuarios comerciales una empresa que pudiera llevar a cabo la reproducción de un viejo dibujo de este género. Para no entretener al lector con los pormenores de esta parte de la historia: el señor Denton se

hizo una lista de empresas capaces de realizar el trabajo, y fijó el día para hacerles una visita con la muestra.

Las dos primeras visitas que hizo fueron infructuosas; pero a la tercera va la vencida: la empresa de Bermondsey, que era la tercera de la lista, estaba acostumbrada a este tipo de trabajos. Las pruebas que le mostraron justificaban que les confiase el encargo. «Nuestro señor Cattell» se tomó un entusiasta interés personal en él.

—Es impresionante —dijo— la cantidad de hermosos paños medievales de esta clase que permanecen guardados en tantas de nuestras mansiones campestres; muchos de ellos, supongo, en peligro de ir a la basura... como insignificantes bagatelas, como dice Shakespeare. ¡Ah!, yo siempre digo, señor, que es un hombre que tiene una palabra para cada uno de nosotros. Me refiero a Shakespeare; aunque sé muy bien que no todos coinciden en eso. El otro día tuve una pequeña discusión con un señor que vino: un hombre de alcurnia, además; y recuerdo que me dijo que había escrito algo sobre este tema. Yo cité casualmente lo de Hércules y la tela teñida. ¡Válgame Dios!, no vea usted cómo se puso. Pero en cuanto a este trabajo que tiene la gentileza de confiarnos, lo haremos con verdadero entusiasmo, poniendo en ello toda nuestra pericia. Lo que ha hecho el hombre, como le decía yo hace unas semanas a otro estimado cliente, el hombre lo puede hacer, y en el plazo de tres o cuatro semanas, si todo va bien, esperamos poder presentarle la prueba fehaciente. Señor Higgins, tome nota, haga el favor.

Ése fue el tenor general del discurso del señor Cattell con ocasión de su primera entrevista con el señor Denton. Como un mes más tarde, avisado de que tenían ya preparadas unas muestras para que las viese, el señor Denton volvió a hablar con él, y al parecer tuvo motivos para sentirse satisfecho de la fidelidad con que habían logrado reproducir el dibujo. Habían completado la parte superior conforme a la indicación a que he hecho referencia, de forma que las franjas verticales se unían arriba. Sin embargo, todavía había que sacar el color del original. El señor Cattell hizo una serie de sugerencias de carácter técnico, con las que no tengo por qué importunarlos. Además, se mostró vagamente escéptico en cuanto a la posibilidad de que el dibujo tuviera buena acogida en el mercado:

—¿Dice que no desea que se suministre este estampado a nadie salvo a amigos personales provistos de una autorización suya? Descuide. Comprendo su deseo de tenerlo en exclusiva: da originalidad al juego del dormitorio, ¿verdad? Lo que es de todos, dicen, no es de nadie.

—¿Cree que se popularizaría si fuese accesible al público? —preguntó el señor Denton.

—No lo creo, señor —dijo Cattell, cogiéndose pensativamente la barba—. No lo creo. No me parece de gusto corriente; no le ha parecido corriente al señor Higgins, que es quien ha hecho las plantillas.

—¿Le ha resultado un trabajo difícil?

—No lo llamó así, señor; pero lo cierto es que el temperamento artístico (porque nuestros operarios, todos sin excepción, son tan artistas como los que el mundo califica así) es propenso a extrañas simpatías y antipatías difíciles de explicar, y éste es un ejemplo. Las dos o tres veces que he ido a ver cómo marchaba el trabajo, entendí sus

palabras, porque ésa es la manera suya de hablar; pero no el evidente desagrado a lo que yo llamaría una cosa exquisita; ni consigo entenderlo ahora. Parecía —dijo el señor Cattell mirando fijamente al señor Denton— como si el hombre notara un olor infernal en el dibujo.

—¿De verdad? ¿Eso dijo? Pues yo no lo encuentro nada siniestro.

—Ni yo, señor. De hecho se lo dije así. «Vamos, Gatwick», dije, «¿qué le pasa? ¿A qué vienen esas aprensiones?... Porque no puedo llamarlo de otra manera». Pero nada; no le saqué ninguna explicación. Así que me limité, como ahora, a un encogimiento de hombros y un *cui bono*. Pero en fin, aquí está —y tras este comentario volvió a primer plano el aspecto técnico de la cuestión.

La tarea de sacar los colores para el fondo, la orilla y los lazos fue con mucho la parte más laboriosa del proceso, e hicieron falta muchas idas y venidas por correo de las muestras y nuevas pruebas. Además, durante parte de agosto y septiembre, los Denton estuvieron ausentes de casa, de manera que hasta bien entrado octubre no tuvieron hecha suficiente cantidad de tela para proveer de cortinas los tres o cuatro dormitorios que había que vestir.

El día de san Simón y san Judas, tía y sobrino regresaron de una corta visita para encontrarlo todo terminado, y su satisfacción ante el efecto general fue inmensa. Las nuevas cortinas, sobre todo, iban admirablemente con el conjunto. Observando su habitación mientras se vestía para cenar, el señor Denton se congratulaba, una y otra vez de la suerte que primero le había hecho olvidarse del encargo de su tía, y después había puesto en sus manos este medio eficacísimo de reparar su olvido. Como dijo en la cena, el dibujo era sedante sin resultar insulso. Y la señorita Denton —que dicho sea de paso no tenía nada con esa tela en su habitación—, estuvo totalmente dispuesta a coincidir con él.

En el desayuno, a la mañana siguiente, matizó un poco, aunque muy ligeramente, su satisfacción.

—Hay una cosa que ahora me sabe mal —dijo—, y es haber dejado que unieran por arriba las franjas verticales. Creo que habría sido mejor dejarlas como eran.

—¿Sí? —dijo su tía interrogante.

—Sí; mientras leía en la cama, anoche, me distraían constantemente. O sea, a cada momento me sorprendía a mí mismo mirándolas. Era como si hubiese alguien espiando entre las cortinas en un lugar donde no había bordes de ninguna clase, y creo que se debía al hecho de juntarse arriba las franjas. Otra cosa que me ha molestado ha sido el viento.

—Vaya, pues a mí me ha parecido una noche de lo más apacible.

—Puede que soplara solamente por el lado de la casa donde duermo yo; pero era lo bastante fuerte como para agitar las cortinas y hacerlas susurrar más de lo que yo hubiera querido.

Esa noche llegó un amigo soltero de James Denton, y se le acomodó en una habitación de la misma planta que su anfitrión, aunque al final de un largo pasillo en cuya mitad había una puerta forrada de bayeta roja para impedir que se formasen corrientes y evitar ruidos.

Se habían retirado los tres. La señorita Denton mucho antes, y los dos hombres

hacia las once. James Denton, que aún no tenía ganas de meterse en la cama, se sentó en una butaca a leer un rato. Se adormiló, se despabiló al poco rato y recordó que no había subido con él su *spaniel* marrón, que normalmente dormía también en su cuarto. Pero en seguida comprobó que se había equivocado; porque al mover la mano que le colgaba por encima del brazo del sillón a pocas pulgadas del suelo, notó en el dorso el roce leve de una superficie peluda; y extendiéndola en esa dirección, rascó y acarició parte de su redondez. Pero el tacto, y más aún el hecho de que en vez de responder con algún movimiento siguiera inmóvil, le hizo asomarse a mirar. Lo que había estado tocando se levantó hacia él. Tenía la postura del que ha entrado arrastrándose vientre a tierra y, según pudo recordar más tarde, forma humana. Pero de la cara que ahora se acercó a unas pulgadas de la suya no pudo discernir ningún rasgo; era toda pelo. Aunque informe, había en ella un aire tan horrible de amenaza que al saltar del sillón y salir despavorido se oyó a sí mismo exhalar un gemido de terror; y sin duda hizo bien en huir. Al chocar con la puerta que cortaba el pasillo, y —olvidando que se abría hacia él— mientras la empujaba con todas sus fuerzas, sintió que algo le arañaba inocuamente la espalda, y que dicha presión iba en aumento; como si la mano, o algo peor quizá, se fuera haciendo más material a medida que la furia del perseguidor se volvía más concentrada. Entonces recordó qué pasaba con la puerta: la abrió, cerró tras él, llegó a la habitación de su amigo, y eso es cuanto necesitamos saber.

Es curioso que durante todo el tiempo transcurrido desde que compró el diario del señor Poynter no hubiera buscado James Denton una explicación a la presencia del trozo de tela prendido en él; bueno, había leído el diario de principio a fin sin encontrar mención alguna, y concluyó que no había nada que decir. Pero al abandonar Rendcomb Manor (no sabía si para siempre), como naturalmente se empeñó en hacer al día siguiente de la espantosa experiencia que he intentado explicar con palabras, se llevó consigo el diario. Y en su alojamiento junto al mar examinó con más detenimiento el lugar donde había estado prendida la tela. Resultó ser cierto lo que recordaba haber sospechado al principio: había dos o tres hojas pegadas; pero estaban escritas, como quedó patente al mirarlas al trasluz. Al ponerlas al vapor se despegaron con facilidad, dado que el engrudo había perdido fuerza. Y el texto que contenían hacía referencia al dibujo de la tela.

La anotación era de 1797:

«El viejo señor Casbury de Acrington me ha hablado mucho hoy de sir Everard Charlett, al que recordaba de estudiante de la unibersidad (y consideraba de la misma familia que el doctor Arthur Charlett), hoy cabeza suprema de ese centro. Este Charlett era un joben de buena presencia, aunque también ateo irreconciliable, y gran Libador, como llamaban entonces a los muy bebedores, y aún siguen llamándolos por lo que sé. Fue muy sinificado, y ogeto de varias censuras en divesas ocasiones por sus extravagancias; y si se hubiese llegado a conocer la historia entera de sus escándalos, sin duda habría sido espulsado de la unibersidad; eso si no movió ningún hilo en su favor, como sospechaba el señor Casbury. Era muy gentil de persona, y lucía siempre su propio cabello, que era muy abundante; debido a lo cual, y a su licenciada vida, vinieron a ponerle el apodo de Absalón; y él solía decir que, en efeto, creía que había acortado los días de David, refiriéndose con ello a su padre, sir Job Charlett, un caballero anciano

y respetable.

»Así mismo el señor Casbury dice que no recuerda el año de la muerte de sir Everard Charlett, pero que debió ser en 1692 o 93. Murió de súbito en octubre [se han suprimido varias líneas en las que se describen sus hábitos condenables y los desmanes que se le atribuyen]. Dado que le había visto rebosante de ánimo la víspera, el señor Casbury se quedó estupefato al enterarse de su muerte. Le encontraron en el foso de la ciudad, con el cabello arrancado de la cabeza. La mayoría de las campanas de Oxford doblaron por él, dado que era noble, y fue enterrado a la noche siguiente en la iglesia de san Pedro, en el lado este. Pero dos años más tarde, cuando su sucesor quiso trasladar sus restos a su propiedad solariega, se dijo que el ataúd, al romperse por accidente puso al descubierto que estaba lleno de cabello; cosa que parece fábula, aunque creo que hay registrados otros casos, como en la *Historia de Staffordshire*, del doctor Piot.

»Más tarde, al ser desguarnecidas sus cámaras, el señor Casbury guardó para sí parte de las colgaduras que dicen que había mandado hacer este Charlett a modo de homenaje a su cabello, entregando al artesano encargado de dicha labor un mechón suyo para que lo siguiese, y el trozo que he prendido aquí es muestra del mismo, que el señor Casbury me ha facilitado. Dice que cree que el dibujo encierra alguna clase de artificio, aunque él no lo ha descubierto, ni le gusta pensar en eso».

Bien podían haber arrojado al fuego el dinero gastado en las cortinas, como arrojaron éstas. El comentario del señor Cattell cuando le contaron el episodio tomó forma de cita de Shakespeare. Seguro que la adivináis sin dificultad; empieza con estas palabras: «Hay más cosas...»

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE UNA CATEDRAL

Había una vez un docto caballero al que le encargaron examinar los archivos de la catedral de Southminster y redactar un informe al respecto. El examen de estos legajos requería bastante tiempo, de modo que juzgó conveniente tomar alojamiento en la ciudad; porque aunque el cuerpo jerárquico de la catedral fue pródigo en sus ofrecimientos de hospitalidad, el señor Lake prefería ser dueño de su tiempo, cosa que a todo el mundo le pareció razonable. Finalmente el deán escribió al señor Lake sugiriéndole que, si aún no había buscado sitio, se pusiese en contacto con el señor Worby, sacristán mayor, que ocupaba una casa vecina a la iglesia, el cual acogería con mucho gusto a un huésped tranquilo por tres o cuatro semanas. Este arreglo era precisamente lo que el señor Lake deseaba. Acordó en seguida las condiciones con el sacristán, y a primeros de diciembre, como un nuevo señor Datchery —se recordó a sí mismo—, nuestro investigador se encontró ocupando un muy confortable aposento en una casa antigua y «catedralesca».

Una persona tan familiarizada con la vida y costumbres de las catedrales, y tratado con tan manifiesta consideración por el deán y el cabildo entero de ésta, no podía dejar de inspirar respeto al sacristán mayor. El señor Worby accedió incluso a corregir ciertas explicaciones que solía ofrecer desde hacía años a los grupos de visitantes. El señor Lake, por su parte, encontró en el sacristán un compañero jovial, y al acabar el trabajo de la jornada aprovechaba cualquier ocasión que se le presentaba para disfrutar de su conversación.

Una noche, alrededor de las nueve, el señor Worby llamó a la puerta de su huésped.

—Tengo que ir a la catedral, señor Lake —dijo—; y creo que le prometí ofrecerle la oportunidad de ver su aspecto en plena oscuridad. Hoy hace una noche ideal, si le apetece acompañarme.

—Desde luego; le agradezco mucho que se haya acordado, señor Worby. Un momento que coja el abrigo.

—Aquí lo tiene, señor; y aquí traigo otro farol que le aconsejo que lleve para las escaleras; porque no tenemos luna.

—Cualquiera pensaría que somos una nueva edición de Jasper y Durdies, ¿no cree? —dijo Lake mientras cruzaban el atrio; porque había averiguado que el sacristán había leído *Edwin Drood*.

—Sí, desde luego —dijo el señor Worby con una risa breve—; aunque no sé si deberíamos tomarlo como un cumplido. A veces pienso que tenían extrañas costumbres en esa catedral, ¿no le parece? Maitines con el coro al completo a las siete de la mañana todos los días del año. Eso hoy no sienta bien a las voces de nuestros niños, y me parece que hay un adulto o dos que pedirían aumento de sueldo si tuviera que intervenir el cabildo... en particular los contraltos.

Habían llegado a la puerta sudoeste. Mientras el señor Worby daba una vuelta a la llave, dijo Lake:

—¿Alguna vez se ha quedado alguien encerrado aquí accidentalmente?

—Dos veces. Una fue un marinero borracho; aunque no sé cómo entró. Supongo que se dormiría durante el servicio religioso; pero cuando lo descubrí estaba dando unas voces que amenazaban con derrumbar el techo. ¡Santo Dios, la escandalera que armó! Dijo que era la primera vez en diez años que ponía los pies en una iglesia, y maldito si lo volvía a hacer. La otra vez fue una vieja oveja: una broma de los chicos. Aunque no lo volvieron a intentar. Bien, señor; vea lo que parecemos: nuestro difunto deán solía traer grupos de cuando en cuando, aunque prefería las noches de luna; y había un verso que les recitaba, referente a una catedral escocesa, creo. Pero no sé. Casi creo que el efecto es mejor cuando está todo a oscuras. Parece que aumenta de tamaño y de altura. Si no le importa quedarse ahora en algún lugar de la nave mientras subo yo al coro a recoger una cosa, verá lo que quiero decir.

Así que Lake se quedó esperando apoyado en un pilar. Y observó cómo la luz balanceante se desplazaba a lo largo de la iglesia y subía la escalera del coro, hasta que la ocultó algún tipo de mueble, con lo que sólo pudo ver el resplandor en los pilares y el techo. No habían pasado muchos minutos cuando reapareció Worby en la puerta del coro y agitó la linterna indicando a Lake que se reuniese con él.

«Supongo que es Worby y no una suplantación», se dijo Lake mientras cruzaba la nave. No hubo ningún percance. Worby le mostró los papeles que había ido a recoger del sitial del deán y le preguntó qué le parecía el espectáculo; Lake coincidió en que era algo que merecía la pena ver.

—Supongo —comentó mientras iban juntos hacia el altar— que estará usted demasiado acostumbrado a andar por aquí de noche para sentirse nervioso... pero seguro que se habrá llevado algún que otro sobresalto al caerse un libro o abrirse sola alguna puerta, ¿no?

—No, señor Lake; no puedo decir que me preocupen mucho los ruidos; al menos hoy por hoy. Mucho más me preocupa descubrir un escape de gas, o que reviente una cañería de la calefacción. Aunque hubo sus más y sus menos hace años. ¿Ha observado aquel sencillo sepulcro-altar? Nosotros decimos que es del siglo XV; no sé si estará usted de acuerdo. Bueno, si no lo ha visto, vaya un momento y échele una mirada, haga el favor.

Estaba en el lado norte del coro, y muy mal colocado: a sólo tres pies del cancel de piedra. Era bastante simple, como había dicho el sacristán, construido con simples losas. Una cruz metálica de regular tamaño en el lado norte —el más próximo al cancel— era el único detalle de interés.

Lake estuvo de acuerdo en que no era anterior al periodo gótico.

—Pero —dijo—, a menos que sea el sepulcro de un personaje notable, me perdonará si digo que no me parece especialmente relevante.

—Bueno, no puedo decir que sea la tumba de un personaje destacado de la historia —dijo Worby con una sonrisa seca en la cara—, porque no hay constancia ninguna de quién está enterrado ahí. A pesar de todo, si cuando volvamos a casa dispone de media hora, señor Lake, puedo contarle algo sobre ese sepulcro. Prefiero hacerlo después; aquí hace frío, y no tenemos por qué quedarnos toda la noche.

—Claro que me gustaría oírlo; muchísimo.

—Muy bien, señor, pues lo oirá. Ahora, ¿puedo hacerle una pregunta? —prosiguió mientras caminaban por la nave que flanqueaba el coro—. En nuestra pequeña guía local (y no sólo ahí, sino también en el librito de la serie sobre catedrales que trata de la nuestra) encontrará que pone que esta parte del edificio fue construida antes del siglo XII. Naturalmente, me encantaría aceptar esa opinión, pero... (cuidado con el escalón, señor), pero, le pregunto yo: ¿encuentra en la disposición de la piedra de esta porción de muro —la golpeó con la llave— un sabor a lo que podríamos llamar mampostería sajona? No. Me lo imaginaba. Yo tampoco. Y créame, se lo he dicho con toda claridad a esos señores: al encargado de nuestra biblioteca, y a ese otro que vino de Londres a propósito; si no se lo he dicho cincuenta veces no se lo he dicho ninguna. Pero como si se lo hubiese dicho a esa pared. O sea que ahí tiene; cada cual se aferra a sus opiniones, supongo.

Las reflexiones sobre este aspecto particular de la naturaleza humana ocupó al señor Worby casi hasta el momento en que *él* y Lake entraron en casa. El fuego del gabinete del señor Lake languidecía de tal modo que el señor Worby sugirió terminar el día en su propio cuarto de estar. Así que unos momentos después los encontramos instalados en dicha habitación.

El señor Worby se explayó alargando la historia todo lo que quiso, de manera que no la voy a contar en su orden ni con sus palabras. Poco después de oírla, Lake confió al papel lo esencial, junto con algunos detalles que se le quedaron literalmente grabados en el espíritu; quizá lo más práctico sea que resuma un poco lo consignado por Lake.

Parece ser que el señor Worby nació hacia el año 1828. Su padre había estado ligado a la catedral antes que él, lo mismo que su abuelo. Uno o los dos habían cantado en el coro; y de mayores habían trabajado de cantero y carpintero respectivamente en el edificio. El propio Worby, aunque tenía una voz regular tirando para abajo como él mismo decía, había entrado en el coro a los diez años de edad.

Fue en 1840 cuando la ola del resurgimiento gótico infectó la catedral de Southminster.

—Un montón de elementos preciosos desaparecieron entonces, señor —dijo Worby con un suspiro—. Mi padre casi no lo podía creer cuando le dieron la orden de desmontar el coro. El deán que había era el deán Burscough, un recién llegado; y mi padre había estado de aprendiz en una buena ebanistería de la capital y sabía cuándo tenía un buen trabajo delante de los ojos. Fue un sacrilegio, solía decir: todo aquel hermoso revestimiento de roble, en tan buen estado como el día en que lo colocaron, aquellas guirnaldas de hojas y frutas, y los antiguos dorados de los escudos y de los tubos del órgano. Todo fue a parar al almacén de madera: todo menos unas cuantas piezas labradas de la capilla de la Virgen, y la repisa de esta misma chimenea. Bueno, a lo mejor estoy equivocado, pero para mí que desde entonces nuestro coro no es tan bonito como antes. Aunque se descubrieron un montón de cosas sobre la historia de la iglesia, y no cabe duda de que anduviera necesitada de reparación. Muy pocos inviernos después perdimos un pináculo.

El señor Lake expresó su coincidencia con Worby en que necesitaba una restauración, pero confiesa su temor en ese momento de no llegar nunca a la historia propiamente dicha. Temor que probablemente se reflejó en su expresión.

Worby se apresuró a tranquilizarle.

—Podría pasarme horas enteras hablando de este asunto, y lo hago cada vez que tengo ocasión. Pero en fin, el deán Burscough estaba obsesionado con el gótico, y nada le acomodaba, sino que debía hacerse todo conforme a eso. Y una mañana, después del servicio religioso, mandó recado a mi padre de que fuese a verle al coro, se quitó las vestiduras de oficiar en la sacristía y fue para allá con un rollo de papel en la mano; el sacristán que había entonces llevó una mesa. Y extendieron el rollo sobre la mesa, sujetándolo con devocionarios, y mi padre que les ayudaba vio que era un dibujo del interior de un coro. Y va y dice el deán (que era un señor con el habla pronta): «Bien, Worby, ¿qué piensas de esto?» «Pues —dice mi padre—, que no tengo el gusto de conocerla. ¿Puede ser la catedral de Hereford, señor?» «No, Worby —dice el deán—; es la catedral de Southminster tal como esperamos verla dentro de no muchos años». «Por supuesto, señor», replicó mi padre. Y no dijo más (porque en eso era lo menos parecido al deán). Pero él me contaba que sintió un desmayo por dentro al mirar nuestro coro según yo lo recuerdo, tan cómodo y amueblado, y ver a continuación aquel dibujo frío y odioso, como él lo llamaba, hecho por algún arquitecto de Londres. Bueno, ya vuelvo otra vez. Pero comprenderá lo que quiero decir si echa una ojeada a esta antigua vista —descolgó una lámina de la pared—. Bueno, el caso es que el deán entregó a mi padre la copia de una orden escrita del cabildo por la que tenía que desmontar el coro entero, y dejar su espacio despejado y preparado para la nueva construcción que estaban llevando a cabo en la capital, y que debía empezar en cuanto reuniese una cuadrilla de obreros. Ahora, señor, si observa la lámina verá dónde estaba el púlpito. Quiero que se fije en eso, por favor.

Se veía bastante bien: una estructura de madera inusualmente grande con un tornavoz en forma de cúpula, situada en el extremo este de los sitiales del lado norte del coro, frente al trono del obispo. Worby explicó que durante la reforma los servicios se celebraron en la nave, y que los miembros del coro, que ya contaban con unas vacaciones anticipadas, se quedaron frustrados; y en cuanto al organista, se hizo sospechoso de haber averiado a propósito los mecanismos del órgano que habían traído alquilado de Londres a un precio considerable.

Los trabajos de desguace empezaron por la reja del coro y la galería del órgano, y siguieron poco a poco hacia el este, dejando al descubierto, como contó Worby, multitud de detalles interesantes de la obra anterior. Durante este tiempo, lógicamente, los miembros del cabildo pululaban sin parar por el coro y alrededores, y no tardó en hacerse evidente al viejo Worby —que no podía por menos de oír retazos de conversaciones— que, por lo que se refiere a los canónigos más viejos al menos, había habido bastante oposición antes de que se aprobara la política que ahora se estaba llevando a cabo. Unos murmuraban que iban a coger una pulmonía en los sitiales, al no haber una pantalla que les protegiera de las corrientes de aire; otros se quejaban de que estaban expuestos a la vista de los que estuviesen en las naves que flanqueaban el coro; sobre todo durante el sermón, decían, en que les resultaba un alivio atender en una postura que podía ser mal interpretada. La mayor resistencia, empero, vino del más viejo, que hasta el último momento se estuvo oponiendo a que quitaran el púlpito. «No debería tocarlo, señor deán —le dijo con gran énfasis una mañana, cuando estaban los

dos ante dicha estructura—; no sabe el daño que puede ocasionar». «¿Daño? No es una obra de especial mérito, canónigo». «No me llame canónigo —dijo el anciano con sequedad—. Durante treinta años he sido el doctor Ayloff, y le agradecería, señor deán, que tuviera la bondad de seguir llamándome así. En cuanto al púlpito (desde el que llevo predicando treinta años, aunque no voy a hacer hincapié en eso), lo único que digo es que hace mal quitándolo». «Pero ¿qué sentido tiene conservarlo, mi querido doctor, cuando vamos a instalar un coro de un *estilo* totalmente diferente? ¿Qué razones puede darme, aparte de su aspecto?» «¡Razones! ¡Razones! —dijo el doctor Ayloff—. Si ustedes los jóvenes (permítame llamarle así con el debido respeto) atendieran a razones, en vez de pedir las a cada paso, mejor nos iría. Pero en fin, yo ya he dicho lo que tenía que decir».

El anciano se alejó cojeando; y, como quedó probado, no volvió a pisar la catedral. La estación —un verano de mucho calor— se volvió malsana de repente, y el doctor Ayloff fue uno de los primeros en caer debido a una afección de los músculos del tórax que se lo llevó dolorosamente por la noche. Y en muchos servicios religiosos, el número de adultos y niños del coro fue enormemente reducido.

Entretanto, habían suprimido el púlpito. De hecho, el tornavoz (parte del cual aún existe como mesa en un cenador del jardín del palacio) fue desmontado una hora o dos después de las protestas del doctor Ayloff. La eliminación del pie —operación no exenta de complicaciones— dejó al descubierto, con gran júbilo de los partidarios de la reforma, un sepulcro-altar: el sepulcro sobre el que Worby llamó la atención de Lake esa misma noche. Se hicieron inútiles esfuerzos de investigación para tratar de identificar al ocupante, al que hasta hoy no ha sido posible atribuirle nombre. Este sepulcro había sido tapado cuidadosamente con el pie del púlpito, por lo que su escaso ornamento no había sufrido deterioro; sólo en su lado norte tenía lo que parecía un pequeño desperfecto: una grieta entre las dos losas que formaban una de sus paredes laterales. Era de unas dos o tres pulgadas de ancho. Palmer, el albañil, recibió orden de taparla a la semana siguiente, aprovechando que tenía que hacer otros trabajos en esa parte del coro.

La estación era verdaderamente agobiante. Ya fuera porque la iglesia se había construido en un lugar que en otro tiempo había sido pantanoso, como se decía, o por alguna otra razón, los que vivían en su inmediata vecindad, muchos de ellos, disfrutaban en agosto y septiembre de muy pocos días soleados y noches serenas. Para varias personas mayores —entre otras el doctor Ayloff, como hemos visto—, el verano resultó fatal; pero incluso entre los jóvenes, fueron pocos los que se libraron de guardar cama unas semanas, o al menos de una sensación de opresión, acompañada de pesadillas repugnantes. Poco a poco fue cobrando consistencia una sospecha —que se convirtió en convicción— de que las reformas de la catedral tenían algo que ver con el asunto. La viuda de un antiguo sacristán, pensionada del cabildo de Southminster, empezó a tener una serie de sueños, que contaba a sus amigas, en los que al anochecer salía una figura de un portillo que había en el lado sur del crucero, recorría el atrio sin rozar siquiera el suelo, cada noche en una dirección distinta, desaparecía en casa tras casa, y regresaba cuando empezaba a clarear. La anciana no conseguía distinguir nada, sino sólo que era una figura que se movía: aunque le daba la impresión de que al llegar

a la iglesia, lo que sucedía al final de cada sueño, volvía la cabeza. Y entonces, no sabía por qué, le parecía ver que tenía los ojos rojos. Worby recordaba haber oído contar este sueño a la anciana en un té en casa del escribano del cabildo. Worby comentó que tal vez su repetición podía interpretarse como anuncio de una inminente enfermedad. En todo caso, la anciana bajó a la tumba antes de que acabara septiembre.

El interés suscitado por la restauración de esta gran iglesia no se circunscribió a su propio condado. Un día de ese verano visitó el lugar un miembro de la Sociedad de Anticuarios de cierta celebridad. Su misión era redactar un informe sobre los descubrimientos realizados para la Sociedad de Anticuarios. Su mujer, que le acompañaba, se encargó de hacer una serie de dibujos ilustrativos para unirlos a dicho informe; empleó toda la mañana en trazar un boceto general del coro, y la tarde la dedicó a los detalles. Primero dibujó el sepulcro-altar recién descubierto, y al terminar dijo a su marido que se fijara en la belleza de un ornamento romboidal de la reja que se alzaba justo detrás y que, como el sepulcro, había estado oculto por el púlpito. Naturalmente, dijo, tenía que dibujarlo. Así que se sentó en el sepulcro y atacó con toda meticulosidad un trabajo que la tuvo absorta hasta que se quedó sin luz.

Su marido, entretanto, había terminado su tarea de medir y describir, por lo que decidieron que era hora de regresar al hotel.

—Ayúdame a sacudirme la falda, Frank —dijo la dama—. Seguro que la tengo toda manchada de polvo.

El marido obedeció deferente; pero un momento después comentó:

—Seguramente le tienes mucho apego a este vestido, cariño, pero creo que ha conocido tiempos mejores: se te ha ido un buen trozo.

—¿Que se me ha ido? ¿Adónde? —dijo ella.

—Adónde no lo sé, pero te falta abajo en el borde; aquí detrás.

La dama tiró impulsivamente de la falda hacia adelante para verla, y se quedó horrorizada al descubrir una mella que se adentraba en la falda; era, dijo, como si se la hubiera arrancado un perro. Fuera lo que fuese, el vestido había quedado inservible para gran disgusto suyo; y aunque miraron por todas partes, no lograron encontrar el trozo que faltaba. Eran muchas las maneras en que había podido pasarle este percance, porque el coro estaba lleno de tablas viejas con clavos asomando. Al final, la única explicación que se les ocurrió era que se había enganchado la falda en uno de esos clavos, y que los obreros, que habían estado por allí todo el día, se habían llevado las tablas donde debió de quedar prendido el trozo de tela.

Fue más o menos por entonces, pensaba Worby, cuando su perrito empezó a ponerse inquieto cada vez que se acercaba la hora de dejarlo encerrado en el cobertizo del patio de atrás (porque su madre no consentía que durmiese en la casa). Una noche, dijo, al ir a cogerlo para sacarlo, el animalito le miró «como un cristiano, y agitó la... mano, iba a decir. Bueno, ya sabe cómo se comportan a veces los perros, y al final me lo metí debajo del abrigo, y lo subí así escondido a mi cuarto; y me temo que en esto engañé a mi madre. Desde entonces, el perro actuó con todo el ingenio del mundo, escondiéndose debajo de la cama cuando faltaba media hora o más para subir a acostarme; lo hacíamos de tal manera que mi madre nunca nos descubrió». Naturalmente, Worby se alegraba de tener la compañía del perro; sobre todo cuando

empezó la molestia que aún se recuerda en Southminster como «los gritos».

—Noche tras noche —dijo Worby—, el perro aquel adivinaba lo que iba a pasar: agachaba la cabeza, se iba a la chita callando, y se ovillaba en la cama pegadito a mí sin parar de temblar: y cuando empezaban los gritos le entraba como un frenesí, y me metía la cabeza en el sobaco. Yo me ponía casi igual. Lo oíamos seis o siete veces nada más; y cuando el perro volvía a sacar la cabeza era señal de que había terminado. ¿Que cómo era, señor? Bueno, yo sólo he oído una vez una cosa parecida: estaba yo jugando casualmente en el atrio, cuando se cruzaron dos canónigos y se dieron los buenos días. «¿Ha dormido bien esta noche?», dice uno; el otro era el señor Lyall. «No podría decir que sí —dice el señor Lyall—; demasiado Isaías treinta y cuatro catorce para mi gusto». «Isaías treinta y cuatro catorce —dice el señor Henslow—. ¿Qué es eso?» «¿Y se considera usted lector de la Biblia? —dice el señor Lyall (debo advertirle que el señor Henslow era del grupo que llamaban de Simeón: muy parecido a lo que podríamos llamar el partido evangélico)—. Ande y vaya a consultarlo». Quise yo también saber a qué se refería y corrí a casa, cogí mi propia Biblia, y allí estaba: «El sátiro llamará a gritos a su compañero». Vaya, pensé, entonces es esto lo que hemos estado oyendo estas noches pasadas. Y le aseguro que me hizo mirar por encima del hombro alguna vez. Naturalmente, pregunté a mis padres qué podían ser aquellas voces, pero los dos dijeron que probablemente eran gatos; aunque estuvieron muy secos, y les noté nerviosos. Palabra que eran unos gritos... como de hambre, como si llamasen a alguien que no quisiera acudir. Si alguna vez he sentido de veras necesidad de compañía, ha sido esperando a que empezasen de nuevo. Creo que hubo unos cuantos que se apostaron dos o tres noches en distintos puntos del claustro para vigilar; aunque permaneciendo todos juntos y lo más cerca posible de la calle, de modo que no descubrieron nada.

»Bueno, y verá lo que pasó a la noche siguiente: otro chico (ahora lleva una tienda de comestibles en la capital, como su padre antes que él) y yo subimos al coro al terminar el servicio religioso de la mañana, y oímos que el albañil, el viejo Palmer, le estaba echando la bronca a alguno de sus peones. Así que subimos un poco más, porque sabíamos que tenía malas pulgas y podía ser divertido. Por lo visto Palmer le había dicho que tapara la grieta del viejo sepulcro. Y allí estaba el hombre, diciendo que había hecho el trabajo lo mejor que sabía; y Palmer le gritaba como un poseso. "¿A eso llamas tú un trabajo? —dice—. Si tuviera que darte lo que vale debería echarte a patadas ¿Para qué te crees que te pago un jornal? ¿Qué crees que puedo decirles al deán y al cabildo entero cuando vengan, como vendrán en cualquier momento, y vean cómo has puesto de yeso todo el suelo y la chapuza que has hecho en la grieta?" "Bueno, jefe, yo lo he hecho lo mejor que he podido —dice el hombre—; de cómo ha podido caerse sé lo mismo que usted. Lo que he hecho es rellenar el agujero —dice—. No tengo ni idea de cómo se ha caído hacia afuera, dice.

"¿Caerse hacia fuera? —dice el viejo Palmer—, ¡pero si no hay ni pegote de yeso al pie de las losas! Querrás decir salir despedido", —y cogió un poco de yeso, y yo también, que se había quedado pegado en la reja, a tres o cuatro pies del sepulcro. Aún no se había secado. El viejo Palmer lo miró con curiosidad, y a continuación se vuelve hacia nosotros y dice—: "A ver, chicos, ¿habéis andado jugando vosotros aquí?" "No —

digo yo—; yo no, señor Palmer; hasta ahora mismo no hemos estado aquí ninguno de los dos". Y mientras yo decía esto el otro chico, Evans, se inclinó a mirar por la raja; y le oí aspirar de repente, al tiempo que se echaba atrás; y va y dice: "Creo que ahí dentro hay algo. He visto brillar algo". "¡Eh, anda ya! —dice el viejo Palmer—. Bueno, no puedo estar aquí con los brazos cruzados. Tú, William, trae más yeso y tapa eso ahora mismo; si no, vamos a tener bronca.", dice.

»Conque se fue el peón, y Palmer también, y nos quedamos nosotros dos. Y le digo entonces a Evans: "¿De verdad has visto algo?" "Sí —dice él—; de verdad". Y le digo yo: "Vamos a meter lo que sea para hacer que se mueva". Intentamos meter varios trozos de madera que había por el suelo, pero eran todos demasiado grandes. Entonces Evans cogió una partitura que llevaba, una antífona o un oficio, no recuerdo ya qué era, la enrolló muy apretada y la metió por la grieta; hurgó dos o tres veces, pero no pasó nada. "Déjame a mí", dije, y probé una vez. Tampoco pasó nada. Entonces, no sé por qué, me incliné por el lado opuesto a la grieta, me metí dos dedos en la boca y pegué un silbido (ya sabe cómo es), y al pronto me pareció oír que se agitaba algo dentro; y le digo a Evans: "Vámonos —digo—; esto no me gusta.". "Ah, no —dice él—; déjame la hoja"; y la cogió y la volvió a hundir en la grieta. Y creo que no he visto en mi vida palidecer a nadie como palideció él. "Worby —dice—; se ha enganchado, o algo la está sujetando". "Dale un tirón, o suéltala —digo yo—. Venga; y vámonos de aquí". Conque dio un buen tirón, y la sacó. Al menos casi toda; porque le faltaba la punta. Se la habían arrancado. Evans miró la partitura un segundo, la soltó con una especie de gruñido, y echamos a correr. Una vez fuera dice Evans: "¿Te has fijado en la punta?" "No —digo yo—; sólo he visto que estaba rota". "Sí, estaba rota —dice él—; y también mojada; y negra!" Bueno; en parte por el miedo que teníamos, y en parte porque la partitura iba a hacer falta un día o dos después y sabíamos que íbamos a recibir una buena regañina del organista, no dijimos nada a nadie; y supongo que los obreros la barrieron al limpiar el suelo. Pero Evans, si me lo hubiese preguntado usted ese mismo día, siguió empeñado en que el papel tenía mojado y negro el extremo del trozo arrancado.

Después de eso los chicos evitaron el coro, de manera que Worby no estaba seguro de cuál fue el resultado de la nueva reparación del sepulcro que hizo el albañil. Sólo dedujo, por retazos de conversación que le llegaron de los obreros que andaban por el coro, que habían tenido dificultades, y que el capataz —o sea el señor Palmer— había tenido que echar una mano. Poco más tarde vio casualmente al propio señor Palmer llamando a la puerta de la residencia del deán, y que le abría el mayordomo. Un día después más o menos, por un comentario que su padre hizo en el desayuno, comprendió que había que hacer algo no previsto en la catedral después del servicio religioso de la mañana. «Y me gustaría que fuera hoy —añadió su padre—; no veo por qué hay que correr riesgos». «Padre —digo yo—, ¿qué tiene que hacer mañana en la catedral?» Y se volvió hacia mí furioso como no le había visto en mi vida (él, que era un hombre pacífico por lo general). «Muchacho —dice—, no quiero que andes escuchando lo que hablan las personas mayores y superiores; es de mala educación y no está bien. Lo que yo haga o no haga mañana en la catedral no es asunto tuyo: y como te vea haraganeando por allí mañana después del trabajo, te mandaré a casa con una buena tunda. Ahora estás avisado». Naturalmente dije que lo sentía mucho; y naturalmente

también, me fui a hacer planes con Evans. Sabíamos que había una escalera en el rincón del crucero por donde se puede subir al triforio, y en aquel entonces la puerta de esa escalera estaba siempre abierta; incluso sabíamos que la llave estaba normalmente debajo de una estera que había allí cerca. Así que decidimos que nos pondríamos a guardar las partituras y demás, a la mañana siguiente, mientras el resto de los chicos se iba, y después subiríamos en secreto al triforio para ver desde allí qué hacían.

—Bueno, esa misma noche dormía yo como un tronco, como duermen los chicos, cuando de pronto me despertó el perro metiéndose en la cama. Y pensé: ahora vas a ver; porque parecía más asustado de lo normal. Conque así fue: a los pocos momentos empezaron los gritos aquellos. No puedo explicarle cómo eran. Además, sonaron cerca; más de lo que los había oído hasta entonces; y cosa curiosa, señor Lake: ya sabe usted el eco que hay en este claustro, sobre todo si se pone uno al lado de aquí. Bueno, pues los gritos no producían eco ninguno. Aunque como digo, esa noche sonaban horriblemente cerca. Y encima de lo que me sobresaltaron, aún me llevé otro susto; porque oí que se movía algo fuera en el pasillo. Pensé que estaba perdido; pero noté que el perro parecía animarse un poco, y a continuación alguien susurró al otro lado de la puerta, y casi me eché a reír, porque reconocí las voces de mis padres, que habían saltado de la cama al oír los gritos. «¿Qué es eso?», dice mi madre. «¡Chist!, no lo sé —dice mi padre, como con excitación—; vas a despertar al niño. Espero que no haya oído nada».

»El saber que ellos estaban en el pasillo me dio valor; así que bajé de la cama y fui a mirar por el ventanuco de mi habitación (que da al claustro); pero el perro se escurrió hasta los pies de la cama, y se asomó. Al principio no conseguí ver nada. Después, justo abajo en la sombra, al pie de un contrafuerte, distinguí lo que siempre he dicho que eran dos manchas rojas (de un rojo apagado), no como las luces de una lámpara, sino que apenas destacaban del negro de las sombras. No bien acababa de descubrirlas, cuando observé que no éramos los únicos a los que habían sacado de la cama; porque veo que se ilumina una ventana de una casa de la izquierda, y que se mueve la luz. Sólo volví la cabeza un momento a mirar; y cuando quise localizar otra vez las dos manchas rojas de la sombra habían desaparecido; y por mucho que me fijé y me concentré, no descubrí ni rastro de ellas. Y entonces me llevé el último susto de la noche: algo chocó contra mi pierna desnuda... pero no pasaba nada; era el perro que había abandonado la cama y daba saltitos a mi alrededor con gran alborozo, aunque sin dar un solo ladrido. Y el verle así me devolvió el ánimo, otra vez lo volví a la cama y dormimos de un tirón el resto de la noche!

»A la mañana siguiente le confesé a mi madre que había tenido al perro en mi cuarto; y me sorprendió, después de todas sus advertencias, la tranquilidad con que se lo tomó. "¿Ah, sí? —dice—; bueno, en justo castigo deberías quedarte sin desayunar, por haberlo hecho a mis espaldas; pero no me parece muy grave. Aunque la próxima vez me pides permiso, ¿me oyes?" Poco después le conté a mi padre que había oído otra vez a los gatos. "¿A los gatos?", dice; y miró a mi madre. Y mi madre tosió y dijo: "¡Ah, sí, los gatos! Creo que yo también los he oído".

»Ésa fue una mañana rara; todo parecía salir mal: el organista tuvo que quedarse en la cama, y el canónigo menor se olvidó de que era día decimonoveno y estuvo esperando el *Venite*; poco después el sustituto, que era un menor, atacó el canto de

vísperas, y los niños decanos se reían de tal manera que no podían cantar; y cuando llegaron a la antífona al solo le entró una risa tonta. A continuación se dio cuenta de que le salía sangre de la nariz, y me pasó el libro a mí; yo, que ni había ensayado el versículo, ni mucho menos tenía dotes de cantor. Bueno, las cosas se pusieron feas hace cincuenta años; y recuerdo que me gané un pellizco del contratenor, que estaba detrás de mí.

»Mal que bien, terminamos como pudimos, y ni los pequeños ni los mayores esperamos a ver si el canónigo en residencia (que era el señor Henslow) venía a la sacristía a ponernos un castigo; aunque creo que no fue: él mismo había leído una homilía equivocada por primera vez en su vida, y lo sabía. Bueno, el caso es que subimos Evans y yo secretamente al triforio sin ninguna dificultad, como le he dicho, y al llegar arriba nos tumbamos en un lugar desde donde podíamos asomar la cabeza justo encima del viejo sepulcro; y no bien lo habíamos hecho, oímos al sacristán cerrar primero las puertas de hierro del pórtico, después echar la llave a la puerta sudoeste, y después a la del crucero, por lo que comprendimos que iban a hacer algo y querían mantener alejado al público durante un rato.

»Entonces entraron el deán y el canónigo por su puerta norte, y seguidamente vi a mi padre y al viejo Palmer, con un par de los mejores peones. Palmer estuvo hablando un momento con el deán en el centro del coro; traía una cuerda y sus dos hombres iban con palancas. Todos parecían algo nerviosos. Estuvieron hablando, y finalmente oí que decía el deán: "Bueno, no puedo estar aquí perdiendo el tiempo, Palmer. Si cree que esto tranquilizará a la gente de Southminster le doy permiso; pero le voy a decir una cosa: jamás en toda mi vida he oído una tontería igual a un hombre con sentido práctico como sé que es usted. ¿No está de acuerdo, Henslow?" Según pude oír, el señor Henslow dijo algo así como: "Bueno, bueno, señor deán; ¿no se nos ha dicho que no debemos juzgar a los demás?" Y el deán dio una especie de resoplido, fue derecho al sepulcro y se situó detrás de él, de espaldas al cancel, y los demás se acercaron precavidamente. Henslow se quedó en el lado sur y se rascó la barbilla. Entonces alzó la voz el deán: "Palmer —dice—, ¿qué será más fácil, quitar la losa de encima, o una de las laterales?"

»El viejo Palmer y sus hombres inspeccionaron sin mucho convencimiento el borde de la losa de encima, y tantearon las paredes sur, este y oeste, todas menos la norte. Henslow dijo que era mejor intentar quitar las losas de la cara sur, porque había más luz y más espacio para moverse. Entonces mi padre, que había estado observándoles, fue al lado norte, se arrodilló, dio unos golpecitos junto a la grieta, se levantó, se sacudió la rodilla, y dijo al deán: "Perdone, señor deán, pero creo que si el señor Palmer prueba con esa losa verá cómo se desprende con facilidad. Creo que un hombre solo podría quitarla haciendo palanca en esa grieta".

»—¡Ah, gracias, Worby! —dice el deán—. Es una buena idea. Palmer; dígle a uno de sus hombres que lo intente, ¿quiere?

»Se acercó un peón, metió la barra e hizo fuerza; y justo en el instante en que todos estaban inclinados, y nosotros dos con la cabeza asomada por el borde del triforio, sonó un estrépito espantoso en el extremo oeste del coro, como si se precipitara escaleras abajo un montón de vigas. Bueno, no le puedo contar en un minuto todo lo que ocurrió.

Desde luego la conmoción fue terrible. Oí caer la losa para atrás, el ruido de la barra al dar en el suelo, y al deán que exclamaba: "¡Válgame Dios!"

»Cuando volví a asomarme vi al deán caído en el suelo, a los peones que salían del coro despavoridos, a Henslow que se inclinaba a ayudar a levantarse al deán, a Palmer que intentaba detener a sus hombres (según dijo después), y a mi padre sentado en el peldaño del altar con la cara entre las manos. El deán estaba muy enfadado. "Me gustaría que me dijera adónde va, Henslow —dice—. No entiendo por qué salen todos corriendo al oír caerse unos palos"; y no le convenció todo lo que dijo Henslow, sobre que él sólo iba a ponerse al otro lado del sepulcro.

»Entonces regresó Palmer e informó de que no había visto nada que explicara el estrépito ni había nada que se hubiera caído; y cuando el deán acabó de tocarse aquí y allá, se congregaron alrededor (salvo mi padre, que siguió sentado donde estaba), y alguien encendió un cabo de vela y miraron el interior del sepulcro. "No hay nada —dice el deán—; ¿qué les había dicho? ¡Un momento! Aquí hay algo. ¿Qué es esto? Un trozo de partitura y un trozo de tela... Parece parte de un vestido. Las dos cosas son modernas; no tienen el menor interés. A ver si la próxima vez siguen el consejo de una persona instruida... o algo por el estilo, y se marchó, cojeando un poco, por la puerta norte. Aunque en el momento de salir le gritó irritado a Palmer por qué había dejado abierta la puerta. Y dijo Palmer alzando la voz: "Lo siento mucho, señor"; pero se encogió de hombros. Y dice Henslow: "Creo que el deán se equivoca. He cerrado con llave al entrar; pero está un poco alterado". Entonces dice Palmer: "Bueno, ¿dónde está Worby?" Y al verle sentado en el peldaño se acercaron a él. Mi padre se estaba recobrando, al parecer, y se secaba la frente; y Palmer le ayudó a levantarse, cosa que me alegró ver.

»Estaban a demasiada distancia para que pudiese oír lo que decían, pero mi padre señaló hacia la puerta norte de la nave lateral, y Palmer y Henslow miraron muy sorprendidos y asustados. Poco después, mi padre y Henslow abandonaron la iglesia, y los demás se apresuraron a colocar la losa otra vez y sellarla con yeso. Cuando el reloj dio las doce, volvieron a abrir la catedral, y mi compañero y yo nos dimos prisa en volver a casa.

»Yo me moría de curiosidad por saber qué había causado a mi padre aquel desmayo, así que cuando llegué y le encontré sentado en su silla tomando un vasito de licor, y a mi madre de pie mirándole con inquietud, no pude contenerme y le confesé dónde había estado. Pero no pareció sentarle mal; o al menos no se enfadó. "Así que estabas allí, ¿eh? Bueno; ¿lo has visto?" "Lo he visto todo, padre —dije—; menos lo del ruido". "¿Has visto lo que ha derribado al deán —dice—, lo que ha salido del monumento? ¿Lo has visto? ¿No?, menos mal". "¿Qué era, padre?", dije. "Vamos, has tenido que verlo —dice él—. ¿De verdad que *no*? ¿Una monstruosidad del tamaño de un hombre, toda cubierta de pelo, con unos ojos muy grandes?"

»Eso fue todo lo que le pude sacar en aquel momento; más tarde parecía como avergonzado de haberse asustado, y solía darme excusas cuando le preguntaba sobre el particular. Pero años después, siendo yo ya mayor, hablamos más de una vez de eso, y siempre dijo lo mismo. "Era negro —decía—; como una masa de pelos, con dos piernas; y la luz se reflejaba en sus ojos".

»En fin, señor Lake; ésta es la historia de ese sepulcro. No se la contamos a los visitantes, y le agradecería que no hiciese uso de ella, al menos hasta que yo cierre los ojos. No sé si el señor Evans piensa igual, si le pregunta.

Así era, efectivamente. Pero han pasado más de veinte años, y hace tiempo que crece la hierba sobre Worby y Evans; de modo que el señor Lake no tuvo ningún reparo en darme a conocer sus notas —tomadas en 1890—. Iban acompañadas de un boceto del sepulcro, y una copia de la breve inscripción que tenía la cruz metálica colocada por encargo del doctor Lyall en el centro de la cara norte; estaba tomada del la Vulgata, Isaías XXXIV, y sólo tiene tres palabras:

IBI CUBAVIT LAMIA.

HISTORIA DE UNA DESAPARICIÓN Y DE UNA APARICIÓN

Las cartas que ahora publico me las envió recientemente una persona que conoce mi interés por los relatos de fantasmas. No existe la menor sombra de duda sobre su autenticidad. El papel, la tinta y todas las apariencias la sitúan en una época más allá de todo recelo.

El único punto que no queda claro es la identidad de quien las ha escrito. Firma con sus iniciales solamente y, dado que no se conservan los sobres, el nombre de la persona a la que van dirigidas —evidentemente se trata de un hombre casado— ha quedado igualmente en el anonimato. Creo que no es necesaria ninguna otra aclaración. Por fortuna, la primera carta aporta los datos imprescindibles.

CARTA I

Great Chrishall, 22 de dic. De 1837

Querido Robert: Con no poco pesar, por la oportunidad que me pierdo de pasarlo bien, y por una razón que lamentarás tanto como yo, te escribo para comunicarte que no me va a ser posible ir a pasar con vosotros estas Navidades; pero coincidirás conmigo en que es inevitable cuando te diga que hace unas horas tan sólo he recibido una carta de la señora Hunt, de B..., comunicándome que nuestro tío Henry ha desaparecido misteriosamente de un modo súbito, y me ruega que vaya inmediatamente a unirme a las pesquisas que se están llevando a cabo para encontrarle. Dado lo poco que he visto al tío en mi vida, lo mismo que tú, considero que no me va a ser fácil, así que he decidido salir para B... en el correo de esta tarde, para llegar allí por la noche. No iré a la rectoría, sino que pienso hospedarme en el King's Head, adonde podrás mandarme tus cartas. Te incluyo una pequeña cantidad de dinero para que compres algo a los niños de mi parte. Te escribiré diariamente (en caso de que deba permanecer allí más de un día) para tenerte al corriente; puedes estar seguro de que si se aclara todo pronto y tengo tiempo de ir a la quinta, ahí me presentaré. Dispongo de pocos minutos. Saluda cordialmente a todos de mi parte, y diles que lo lamento de veras; un afectuoso saludo de tu hermano.

W R.

CARTA II

King's Head, 23 de diciembre del 37

Querido Robert: En primer lugar, te comunico que aún no hay noticias de tío H.; así que definitivamente puedes desechar la idea —no digo ya la esperanza— de que esté ahí para Navidad. No obstante, mis pensamientos estarán puestos en vosotros, y os deseo que paséis un día realmente feliz. Cuida que ninguno de mis sobrinos se gaste la más mínima parte de sus guineas en regalos para mí.

Desde que he llegado no hago más que reprocharme haber tomado el asunto de

tío H. demasiado a la ligera. Por lo que dice la gente de por aquí, infiero que hay muy pocas esperanzas de que esté aún con vida; pero no se sabe si ha sufrido un accidente o ha intervenido la mano de alguien. Los hechos son estos: el viernes día 19, como tenía por costumbre, acudió a la iglesia a rezar las oraciones vespertinas; al terminar, el sacristán le trajo un recado, por lo que salió a hacerle una visita a una persona enferma que vive en una casa de campo, a unas dos millas del pueblo. Estuvo allí y después emprendió el regreso sobre las seis. Esto es lo último que se sabe de él. La gente de aquí se siente muy apenada por su desaparición; había vivido entre ellos durante muchos años, y aunque no era un hombre excepcionalmente afable, como tú sabes, y tenía algo de ordenancista, parece que se prodigaba en buenas acciones, sin ahorrarse ninguna molestia.

La pobre señora Hunt, que ha sido su ama de llaves desde que se marchara de Woodley, está completamente anonadada; para ella es como si el mundo se fuera a acabar. Me alegro de no haberme hecho el propósito de instalarme en la rectoría y de haber declinado varios ofrecimientos que me han hecho algunas personas hospitalarias del lugar, pues prefiero tener completa libertad, además de que me siento muy a gusto aquí.

Naturalmente, querrás saber qué pasos se han dado para averiguar su paradero. En primer lugar, no se esperaba obtener ningún resultado del registro de la rectoría y, para abreviar, así ha sido. Le he preguntado a la señora Hunt —como han hecho otros antes que yo— si había observado algún detalle anormal en su señor, algo que pudiera presagiar un ataque repentino o una súbita enfermedad, o si vio en él, alguna vez, cualquier síntoma que hiciera pensar en algo así; pero tanto ella como su médico han declarado que gozaba de completa salud. En segundo lugar, naturalmente, se han dragado los ríos y los estanques, y finalmente han registrado los campos de la vecindad por los que se sabe que ha pasado últimamente..., pero sin ningún resultado. Yo mismo he hablado con el sacristán de la parroquia y —dato importante— dice que ha estado en la casa que él salió a visitar. Hay que desechar por completo toda idea de que estas personas abrigaran mala fe. El único hombre de la casa está enfermo en cama y se siente muy débil; la mujer y los niños, como es natural, no pueden haber intervenido en esto para nada; ni cabe la posibilidad de que atrajeran con engaños al pobre tío H. para atacarle después, a su regreso, por la espalda. Habían dicho ya lo que sabían en los anteriores interrogatorios, pero la mujer me lo ha repetido; no estuvo mucho tiempo con el enfermo. «No es —dijo— de los que te rezan una oración de más; pero bueno, aun así, ayuda a la gente de la parroquia lo que puede». Les dejó algo de dinero al marcharse, y uno de los niños le vio cruzar la cerca e internarse en el prado de inmediato. Iba vestido como siempre, con su alzacuello de puntas dobladas; parece que es casi el único que las lleva todavía..., al menos en su distrito.

Como verás, te lo cuento todo punto por punto. La verdad es que no tengo otra cosa que hacer, puesto que no me he traído documentos que despachar; esto me servirá para despejarme, y quizá me sugiera detalles que a los demás les hayan pasado por alto. Así que te seguiré contando cuanto suceda, incluso las conversaciones, si hace al caso...; tú puedes leerlo o no, como quieras, pero, por favor, guarda las cartas. Tengo mis razones para escribírtelo lo más circunstancialmente posible, aunque las noticias no son

demasiado concretas.

Te preguntará si he realizado alguna inspección por los campos próximos a la cabaña. Como te he dicho, algo —bastante— han hecho los demás en ese sentido; pero pienso ir yo personalmente mañana por la mañana. Han dado parte a Bow Street y enviarán a alguien en la diligencia de la noche, aunque no creo que saquen nada en limpio. No hay nieve, cosa que habría podido sernos de utilidad. El campo está cubierto de hierba. Naturalmente, he ido hoy hasta allí para ver si encontraba algún indicio al ir o al volver; pero cuando venía de regreso me tropecé con que había una espesa niebla, por lo que no era cuestión de ponerme a deambular por un campo que desconozco, especialmente en una tarde como la de hoy, en que los arbustos parecían personas y los mugidos distantes de unas vacas podían haber sido las trompetas del juicio Final. Te aseguro que si tío Henry llega a salirme en ese momento de entre los troncos de la arboleda que hay junto al camino con su cabeza debajo del brazo, no me habría sentido más inquieto de lo que ya estaba. Para serte sincero, te diré que casi me esperaba que sucediese una cosa así. Pero tengo que dejar la pluma un momento; acaban de decirme que el reverendo señor Lucas, el coadjutor, ha venido a verme.

Más tarde. El señor Lucas ha estado aquí y se ha ido; no quería sino cumplir, expresándome su sentimiento por la pérdida de nuestro tío. He podido observar que desecha toda idea de que el rector esté aún con vida, y que, dentro de lo que cabe, está verdaderamente apenado. Me he dado cuenta también de que tío Henry no debía inspirar mucho afecto ni aun entre personas más sensibles que el reverendo señor Lucas.

Además del señor Lucas, he tenido otra visita; el buen Bonifacio —el posadero del King's Head—, que ha venido a ver si deseaba alguna cosa; es un hombre que necesitaría la pluma de un Boz para hacerle justicia. Al principio se ha mostrado muy grave y solemne.

—Bueno, señor —me ha dicho—, debemos resignarnos e inclinar la cabeza ante la desgracia, como solía decir mi pobre esposa; por lo que tengo entendido, hasta ahora no se ha encontrado ni pelo ni señal de nuestro desaparecido y respetado párroco; no es que fuese un hombre velludo en el sentido que se entiende en la Biblia.

Le he dicho —lo mejor que he podido— que a mí me parecía que no; pero no he podido resistir la tentación de añadir que había oído decir que a veces resultaba un poco difícil entenderse con él. El señor Bowman me ha mirado entonces fijamente un momento, y luego ha pasado sin transición de su actitud de solemne simpatía a una conmovedora perorata.

—Cuando pienso —me ha dicho— en qué términos tuvo a bien calificarme aquí, en este mismo salón, total por un barril de cerveza (una cosa así, como yo le dije, podía pasarle cualquier día incluso a un padre de familia), aunque luego resultó que él estaba completamente equivocado, como me enteré después; ahora que en ese momento no pude contener la lengua.

Luego se ha callado de repente, y me ha lanzado una mirada con cierto embarazo. Yo me he limitado a decir:

—Vaya por Dios, siento oírle decir que había diferencias entre ustedes; pero supongo que en la parroquia se echará de menos a mi tío.

—¡Ah, sí! —ha dicho—, ¡su tío! Me comprenderá usted si le digo que por un momento se me había ido de la cabeza que era familia suya; debo añadir que es natural que me haya pasado eso, porque el solo pensamiento de que se parezca usted a..., a él, es sencillamente ridículo. Sin embargo, de haberlo tenido en cuenta, usted habría sido el primero en notarlo, estoy seguro, porque habría mantenido la boca cerrada, o al menos *no* la habría abierto para hacer esta clase de comentarios.

Le he asegurado que le comprendía perfectamente, y aún quería haberle hecho unas cuantas preguntas más, pero le han llamado de otro lado para que atendiera a otros asuntos. A propósito, no se te vaya a pasar por la cabeza que tiene nada que ver con la desaparición del pobre tío Henry..., aunque, sin duda, cuando empiece a dar vueltas en la cama esta noche, va a pensar que *yo* estoy convencido de que sí, así que mañana es posible que me venga con un montón de explicaciones.

Debo terminar la carta; quiero que salga en el último correo.

CARTA III

25 de diciembre del 37

Querido Robert: Extraña carta ésta para escribirtela el día de Navidad, y no obstante, no es que tenga mucho de particular. O puede que sí..., juzga tú. En todo caso, no es nada decisivo. Los hombres de Bow Street dicen que prácticamente no tienen ninguna pista. Dados los días transcurridos y el tiempo que ha hecho, las huellas que han encontrado son tan borrosas que no tienen ningún valor. Tampoco han descubierto nada que perteneciera al difunto —me temo que no se le puede llamar ya de otro modo.

Como me esperaba, el señor Bowman no parecía tener la conciencia tranquila esta mañana; muy temprano aún, le he oído que hablaba en el bar en un tono bastante alto —intencionadamente, me ha parecido a mí— con los policías de Bow Street; decía que representaba una gran pérdida para el pueblo la desaparición del rector y que era preciso no dejar una sola piedra por remover (hacía mucho hincapié en esta frase) hasta descubrir lo que había pasado. Sospecho que debe de tener cierta fama de orador en las tertulias de sociedad.

Al sentarme a desayunar se ha acercado a mí, y mientras me servía un panecillo, ha aprovechado la oportunidad para decirme en voz baja:

—Espero, señor, que se dé cuenta de que mis sentimientos hacia su tío no están motivados por la más mínima sombra de lo que podríamos llamar malevolencia (usted puede irse, Elizar; yo atenderé personalmente al señor); perdone el señor, pero debe comprender que un hombre no siempre es dueño de sí mismo; y más cuando a ese hombre le han herido en lo hondo interpelándole en unos términos que me atrevo a considerar muy poco apropiados —su voz se iba elevando a medida que hablaba, y su cara se congestionaba por momentos—; no, señor. Y mire usted, si me lo permite, me gustaría explicarle en pocas palabras cuál era exactamente el meollo de la discusión. Aquel barril (podría ser más exacto si dijera aquel barrilito) de cerveza...

Comprendí que era el momento de interrumpirle, y le dije que no veía que sirviera

de mucho meternos en los pormenores de semejante tema. El señor Bowman asintió, y prosiguió más sosegado:

—Bien, señor, convengo con usted; sea como sea, la verdad es que no contribuye gran cosa a aclarar el presente caso. Lo que quiero que comprenda es que estoy tan dispuesto como usted a ayudar en lo que pueda en el asunto que tenemos entre manos y, como he tenido ocasión de decirles a los oficiales no hace ni tres cuartos de hora, a no dejar una sola piedra por remover hasta encontrar algo que arroje una chispa de luz sobre este doloroso asunto.

De hecho, el señor Bowman nos ha acompañado en nuestra batida; pero, pese a mi convencimiento de que es auténtico su deseo de ser útil, me temo que no nos ha hecho demasiado servicio. Parecía tener la firme convicción de que nos vamos a encontrar con tío Henry o con la persona responsable de su desaparición paseando por el campo, y a cada momento andaba con la mano en las cejas haciendo de pantalla y señalándonos con el bastón a todo labrador o rebaño que aparecía a lo lejos. Le hemos visto interpelar largamente en tono rígido y severo a unas cuantas viejas que hemos encontrado en el camino; pero después, al volver a reunirse con nosotros, decía invariablemente: «Bueno, parece que esa mujer no tiene nada que ver con este doloroso asunto. Créame usted, señor, por toda esta parte parece que vamos a sacar muy poco en limpio, si es que sacamos algo; a no ser que nos haya ocultado algo esa mujer».

No hemos conseguido ningún resultado positivo, como te decía al principio; los hombres de Bow Street se han marchado del pueblo, no sé si a Londres o a otra parte.

Esta tarde he tenido la compañía de un viajante de comercio, un individuo bastante despierto. Estaba enterado de lo que ocurría; pero, a pesar de que ha estado frecuentando las carreteras de los alrededores estos últimos días, no se ha tropezado con nadie sospechoso: mendigos, marineros, vagabundos o gitanos. No paraba de hablar de un estupendo teatro de títeres de Punch y Judy que ha visto hoy mismo en W..., y me ha preguntado si ha estado ya por aquí, aconsejándome que no me lo pierda por nada del mundo si pasa por este pueblo. Son los mejores títeres, dice, que ha visto en su vida. Los títeres, como sabes, son la última novedad en materia de espectáculos. Yo sólo los he visto una vez, pero no tardarán mucho en estar al alcance de todos.

Bueno, te preguntarás por qué me tomo el trabajo de escribirte todo esto. Es completamente necesario, porque está relacionado con otra absurda insignificancia (como irremediablemente dirás tú) que, dado mi actual estado de desasosiego —tal vez no sea más que eso—, no tengo más remedio que contar. Es un sueño lo que te voy a referir, pero debo decirte que es el más extraño que he tenido en mi vida. ¿Hay algo más en ese sueño, aparte de lo que ha podido sugerirme la charla del viajante y la desaparición de tío Henry? Repito lo de antes, juzga tú. Yo no me encuentro en un estado de ánimo bastante ecuánime para poder juzgar por mí mismo.

Empezaba de una manera que sólo me es posible describir como unas cortinas que se descorren; entonces me di cuenta de que estaba sentado en una butaca..., no sé si en casa o fuera de casa. Había personas —muy pocas— a uno y otro lado de mi asiento, pero no las conocía, o al menos eso me parecía a mí. Estaban calladas y, por lo que puedo recordar, estaban muy serias y tenían la cara pálida y miraban fijamente hacia delante. Frente a mí había un tablado de títeres, quizá algo más grande de lo normal,

decorado con figuras negras sobre un fondo amarillo rojizo. Detrás, a uno y otro lado, reinaba gran oscuridad, pero delante había bastante luz. Yo estaba expectante, me sentía presa de una gran excitación, y a cada momento me parecía que iba a sonar la fanfarria de flautas y trompetas anunciadoras. En vez de eso, sonó de pronto un enorme —no me es posible emplear otra palabra—, un enorme y solitario tañido de campana procedente de no sé qué distancia..., aunque detrás de mí. Se alzó el pequeño telón, y empezó el drama.

Creo que hay quien ha intentado hacer de los títeres una tragedia seria; quienquiera que sea, habría quedado complacido con esta versión. El héroe tenía algo de satánico. Alternaba sus métodos de ataque; para atacar a algunas de sus víctimas se agazapaba, y su horrible semblante —creo recordar que era de una palidez amarillenta—, cuando escrutaba en torno suyo, me hacía pensar en la inmunda caricatura de vampiro de Fuseli. Otras veces se presentaba bajo un aspecto cortés y carnavalesco, sobre todo cuando abordó al desdichado forastero que sólo podía decir *Shallalalah...*, aunque no logré entender lo que decía Punch. Pero cuando le llegaba a cada uno el momento final, yo sentía miedo. El estallido de la estaca sobre sus calaveras, que de ordinario me hace mucha gracia, sonaba aquí como un crujido de huesos machacados y las víctimas se estremecían y sacudían sus cuerpos al desplomarse. El bebé —a medida que lo cuento me va pareciendo más ridículo—, el niño, estoy seguro de que estaba vivo. Punch le retorció el cuello, y si no fue real el chasquido o crujido que se oyó, no entiendo de realidades.

El escenario se iba oscureciendo cada vez más, a medida que se consumaban los crímenes, hasta que, finalmente, uno de los asesinatos tuvo lugar en medio de la más completa oscuridad, de manera que me fue imposible ver a la víctima, y el criminal tardó algún tiempo en ejecutarlo. Estuvo acompañado de jadeos y horribles ruidos sofocados; después de lo cual, Punch fue a sentarse al borde del escenario, se abanicó y se miró sus zapatos manchados de sangre, volvió la cabeza hacia un lado y soltó una risotada tan espeluznante que algunas de las personas que estaban sentadas junto a mí se taparon la cara, y a mí me dieron ganas de hacer lo mismo. Pero en esto, el decorado que había detrás de Punch se fue iluminando y apareció, no la fachada de siempre, sino algo más ambicioso; una pequeña arboleda, y la suave pendiente de una colina con una luna asombrosamente natural —yo diría incluso real—, brillando sobre el paisaje. Poco a poco, fue apareciendo algo que no tardó en definirse como una figura humana, con una cosa extraña en la cabeza que al principio me fue imposible identificar. No estaba de pie, sino que andaba a gatas o se arrastraba hacia Punch, que aún seguía sentado de espaldas; a la sazón (aunque no me di cuenta en ese mismo momento), recuerdo que había desaparecido todo indicio de tratarse de una función de marionetas. Punch seguía siendo Punch, desde luego; pero, como el otro, era en cierto modo un ser vivo, y ambos se movían por sí mismos.

Cuando le miré a continuación, le vi sumido en sus perversas reflexiones; pero un instante después pareció llamarle la atención algún ruido, se levantó primero de un salto, y como es natural, reparó en la persona que se le acercaba, la cual se hallaba en ese momento muy cerca de él. Entonces dio inequívocas muestras de terror; cogió su estaca y echó a correr hacia los árboles a tiempo justo de eludir los brazos de su

perseguidor, que los había extendido para interceptarle. Fue en ese momento cuando, con un asombro que no resulta nada fácil expresar, vi más o menos claramente al perseguidor. Era un individuo robusto, vestido de negro y, según me pareció, con alzacuello. Llevaba la cabeza cubierta con una especie de bolsa de tela blanquecina.

La persecución que se inició duró no sé cuánto tiempo, unas veces entre los árboles, otras por la pendiente de la colina; había ocasiones en que las figuras desaparecían completamente durante unos segundos, y sólo algún dudoso ruido permitía adivinar que aún seguían corriendo. Finalmente, llegó el momento en que Punch, evidentemente cansado, se dirigió tambaleante hacia la izquierda y se arrojó al suelo entre los árboles. No tardó en aparecer su perseguidor, y se puso a escrutar a uno y otro lado. Después, al descubrir la figura del suelo, se arrojó sobre ella —en ese momento estaba de espaldas al público—, se quitó de un tirón la bolsa que le cubría la cabeza y hundió su rostro en el de Punch. En ese instante se quedó todo a oscuras.

Se oyó un alarido tremendo, escalofriante, prolongado; entonces me he despertado, y me he encontrado con que estaba exactamente delante de..., sabe Dios lo que vas a pensar de mí, pero era eso, delante de un enorme búho que se había posado en el antepecho de la ventana que tengo justo enfrente de mi cama, el cual mantenía sus alas como dos hombros encogidos. He visto la fiera mirada de sus ojos amarillos, y luego ha desaparecido. He vuelto a oír el enorme tañido solitario de la campana —que, como seguramente estarás pensando ya, podía ser del reloj de la iglesia, aunque no lo creo—, y luego me he despertado del todo.

Todo esto ha sucedido durante la última media hora. No podía conciliar el sueño otra vez, así que me he levantado, me he abrigado un poco, y en estas primeras horas de la madrugada de Navidad me tienes aquí, escribiéndote todo este galimatías. ¿Me habré dejado algo? Sí, no había ningún perro Toby en la representación, y los nombres que coronaban el retablo de marionetas eran Kidman & Gallop, que por cierto no eran los que el representante me había dicho.

Parece que me está entrando sueño otra vez, así que voy a cerrar la carta y a ponerle el sello.

CARTA IV

26 de diciembre, 1837

Querido Robert: Se acabó. Han encontrado el cuerpo. No voy a disculparme por no haberte enviado noticias en el correo de anoche, por la sencilla razón de que me sentía incapaz de coger la pluma. Los sucesos que acompañaron al descubrimiento me trastornaron tan por completo que me vi obligado a descansar lo que pude durante la noche a fin de afrontar la situación. Ahora ya puedo contarte las novedades del día; verdaderamente, del más extraño día de Navidad que he pasado y espero pasar.

El primer incidente no fue demasiado serio. El señor Bowman, creo, había estado celebrando la Nochebuena y se sentía un poco quisquilloso; desde luego, no se levantó muy temprano y, a juzgar por lo que oí comentar, ni los criados ni las criadas hacían nada a derechas según él. Por lo que se refiere a las criadas, acabaron en lágrimas. Tampoco estoy seguro de que el señor Bowman lograra conservar su actitud valerosa.

En todo caso, cuando bajé, me felicitó las pascuas con voz cascada, y poco más tarde, cuando vino a hacerme la visita de rigor durante el desayuno, no estaba precisamente de muy buen talante; casi me atrevería a decir que estaba de un humor byroniano, a juzgar por todos los indicios.

—No sé si me creará usted, señor —dijo—; pero todas las Navidades que he pasado en la vida han sido calamitosas. Y para que lo vea, tome usted un ejemplo bien a mano. Ahí tenemos a Elisa, la criada; hace unos quince años que está conmigo. Yo creía que podía confiar en ella, y sin embargo, esta misma mañana..., una mañana de Navidad, además, que es la más santa del año, con repique de campanas y..., y..., y todo eso... Esta misma mañana, digo, si no llega a ser por la divina Providencia que vela por todo, esa muchacha le habría puesto, en realidad ya lo había hecho cuando me di cuenta, le habría puesto queso en el desayuno —como me vio que estaba a punto de decir algo, me hizo un gesto con la mano—. Es muy fácil para usted decir: «Sí, señor Bowman, pero usted se ha llevado el queso y lo ha guardado bajo llave en el aparador», cosa que he hecho, por cierto, y aquí está la llave, o si no es la verdadera llave, es una que se le parece mucho. Eso es cierto, desde luego; pero ¿qué consecuencias cree usted que me acarrearé este incidente? Pues no le exagero si le digo que es como si se abriera la tierra bajo mis pies. Y no obstante, cuando se lo digo a Elisa, no de mala manera, aunque con firmeza, ¿cuál es mi recompensa?, ¿qué me contesta? Pues va y me dice: «Bueno, bueno, no es para tanto». ¿Se da cuenta?, pues me molesta, eso es todo; me molesta, y no quiero pensar en ello.

Aquí hizo una pausa presagiosa, en la que me aventuré a decir algo como:

—Sí, es muy molesto.

Y a continuación le he preguntado a qué hora eran los oficios en la iglesia.

—A las once en punto —dice el señor Bowman con un hondo suspiro—. ¡Ah!, no le oírás al reverendo Lucas un discurso como los que pronunciaba nuestro difunto rector. Él y yo teníamos nuestras diferencias, por eso lo siento más.

Me di cuenta de que iba a costarle un poderoso esfuerzo soslayar la enojosa cuestión del barril de cerveza, pero lo consiguió.

—Yo lo que digo es lo siguiente —dijo—: que no he topado nunca con un predicador más bueno y más puesto en sus derechos, o en lo que él tenía por tales..., aunque no sea ésa la cuestión ahora. Si viniera uno y dijera: «¿Era un hombre elocuente?», yo le contestaría: «Bien, tal vez este señor tenga más derecho que yo a hablar de su propio tío». Otros podrían preguntar: «¿Se ocupaba de sus feligreses?», y aquí tendría que volver a contestar: «Eso depende». Pero como le digo (sí, Elisa, ahora voy), es a las once, señor; y pregunte por el reclinatorio del "King's Head".

Creo que Elisa ha estado a pique de que la echaran; lo tendré en cuenta a la hora de dejarle la propina.

El siguiente episodio ocurrió en la iglesia. Me daba cuenta de que al reverendo señor Lucas le resultaba algo difícil la tarea de hacer los honores a los sentimientos navideños, a la vez que manifestaba una sensación de inquietud y pesar que, pese a todo cuanto pudiera decir el señor Bowman, le dominaba claramente. Creo que no estaba a la altura de las circunstancias. Se le veía nervioso. El órgano desafinaba..., ya sabes, se quedó sin aire dos veces en el Himno a la Navidad, y la campana tenor,

supongo que debido a algún descuido de los campaneros, siguió tocando débilmente lo menos un minuto durante el sermón. El sacristán mandó a alguien a ver qué pasaba, pero parece que no pudieron hacer gran cosa. Al terminarse la función, respiré de alivio. Hubo un extraño incidente, además, antes de empezar los oficios. Yo llegué un poco pronto y me encontré con dos hombres que transportaban otra vez la cerveza del párroco a su lugar, bajo la torre del campanario. Por lo que les oí comentar, parece que alguien ajeno al asunto la había sacado por equivocación. También vi al sacristán ocupado en doblar y recoger un mohoso paño mortuario..., muy poco apropiado para el día de Navidad.

Poco después de esto comí, y luego, como no me apetecía salir, me senté junto a la chimenea encendida del salón con el último número del *Pickwick* que me había estado reservando desde hacía unos días. Estaba convencido de que no me dormiría, pero resulta que soy tan flojo como nuestro amigo Smith. Creo que eran las dos y media cuando me despertó un silbido penetrante acompañado de risas y voces que sonaban afuera en la plaza. Eran los titiriteros; evidentemente, se trataba de los mismos que había visto el representante en W... Por una parte me alegraba; pero por otra no, por el desagradable sueño que tan vívidamente me traía a la memoria; pero de todos modos quise verlos, y envié a Elisa con una moneda de cinco chelines para los comediantes, pidiéndoles que, de ser posible, se instalaran delante de mi ventana.

La compañía era verdaderamente desconocida para mí; los nombres de los propietarios, ni que decir tiene, eran italianos: Foresta & Calpigi. Llevaban un perro Toby, como me esperaba. Todos acudieron a verlo, pero no me tapaban la vista, ya que me había instalado en un amplio ventanal del primer piso, a menos de diez yardas.

El espectáculo empezó cuando el reloj de la iglesia dio las tres menos cuarto. Desde luego, resultó muy bien; y no tardé en comprobar con alivio que el desagradable sabor que me habían dejado las arremetidas de Punch contra los malhadados visitantes, en mi sueño, eran sólo esporádicas. Me reí con la muerte de Turncock, del Forastero y el Alguacil, incluso con la del niño. Lo único molesto fue la tendencia cada vez más insistente del perro de ir a aullar al lado opuesto de donde debía hacerlo. Supongo que debió de ocurrir algo que le puso nervioso; algo de importancia, porque, no recuerdo bien en qué momento, soltó un aullido de lo más lastimero, saltó del escenario, echó a correr por la plaza y se perdió por una calle lateral. Hubo una interrupción, pero fue muy breve; seguramente pensaron que no valía la pena echar a correr tras él, y que lo más seguro es que volvería al anochecer.

Siguió la función. Punch se portó bien con Judy y, de hecho, con todos los personajes que iban saliendo. Después llegó el momento de armar el patíbulo y la gran escena en la que el señor Ketch debía ser ejecutado. Fue entonces cuando sucedió algo cuyo sentido no comprendo aún. Tú has presenciado una ejecución y has visto el aspecto que tiene la cabeza del criminal con la cabeza cubierta. Si eres como yo, no te resultará nada agradable recordar semejante detalle, y no creas que me complace sacarlo a colación. Era una cabeza exactamente igual a la que vi, desde la altura en que me encontraba instalado yo, en el interior del pequeño escenario. Al principio, los espectadores no la veían. Yo esperaba que apareciese a la vista de todos, pero en vez de eso, surgió fugazmente un rostro descubierto en el que se reflejaba una expresión de

terror como no había visto jamás. Parecía como si llevaran maniatado al hombre, quienquiera que fuese, cuando le conducían a la horca erigida en el escenario. Tuve tiempo de ver la figura cubierta con una caperuza que iba detrás de él. Luego se oyó un grito y sonó un estrépito. El tinglado entero se vino abajo; vimos unas piernas que pateaban entre el montón de tablas, y a continuación aparecieron dos figuras —según dijeron, porque yo sólo llegué a ver una— que echaron a correr por un callejón que desembocaba en el campo.

Naturalmente, todo el mundo echó a correr detrás. Yo también; el intento de fuga resultó fatal, y muy pocos llegaron a tiempo de presenciar esta muerte. Ocurrió en una cantera. El hombre en cuestión se precipitó al vacío completamente a ciegas y se partió el cuello. Entonces nos pusimos a buscar al otro por todas partes, hasta que se me ocurrió a mí preguntar si el otro había llegado a salir de la plaza. Al principio todo el mundo estaba seguro de que sí; pero cuando fuimos a ver, lo encontramos bajo los andamios derrumbados del teatrillo, muerto también.

Pero lo que encontramos en la cantera fue a nuestro pobre tío Henry, con una bolsa de tela en la cabeza y la garganta horriblemente destrozada. Uno de los picos de la bolsa destacaba en el suelo de tal manera que me llamó la atención. Pero decididamente, prefiero no entrar en más detalles.

Se me olvida decirte que los verdaderos nombres de los comerciantes eran Kidman & Gallop. Estoy seguro de haber oído hablar de ellos, pero aquí son completamente desconocidos.

Iré a verte en cuanto termine el funeral. Ya te contaré lo que pienso de todo esto en cuanto estemos juntos.

DOS MÉDICOS

Tengo comprobado que es muy corriente encontrar papeles metidos dentro de libros viejos, aunque es muy raro tropezar con alguno de interés. Pero ocurre, así que nunca hay que tirarlos sin antes haberles echado una ojeada. Pues bien, antes de la guerra yo solía comprar a veces libros de contabilidad usados por el buen papel y la gran cantidad de hojas en blanco que tenían, para quitársela y aprovecharlas para mis notas y escritos. En 1911 compré uno por poco dinero. Estaba muy bien cosido y tenía combadas las tapas por haber guardado durante años un montón de hojas extrañas. Las tres cuartas partes de este material añadido había perdido por completo cualquier interés que hubiera podido tener para nadie; pero había un puñado de hojas que no: es evidente que pertenecieron a un abogado, porque llevan la siguiente rúbrica: *El caso más extraño que he tenido hasta hoy*, con unas iniciales y la dirección de Gray's Inn. Son sólo material para un caso y consisten en declaraciones de posibles testigos. Por lo visto, no apareció el que debía haber sido el acusado o demandado. El *expediente* no está completo; pero aun así proporciona un enigma en el que interviene lo preternatural. A vosotros os corresponde decidir.

Lo que sigue es el marco y la historia según los he podido elucidar:

La escena se sitúa en Islington en 1718 y la época en el mes de junio: por tanto, un pueblo rural y una estación agradable. Una tarde, el doctor Abell deambulaba por su jardín esperando a que le trajesen el caballo para iniciar el recorrido de sus visitas del día. Se le acercó su criado de confianza, Luke Jennett, que llevaba veinte años a su servicio:

«Le dije que quería hablar con él, y que lo que tenía que decirle nos entretendría como un cuarto de hora. Así que me mandó a su despacho, pieza que da al paseo de arriates donde se encontraba; llegó después él y se sentó. Le dije que, muy contra mi voluntad, debía buscarme otro puesto de trabajo. Me preguntó por qué motivo, llevando el tiempo que llevaba con él. Le dije que me haría un gran favor si me excusaba de responder, porque (al parecer esta fórmula era corriente ya en 1718) soy de los que prefieren que haya armonía a su alrededor. Según recuerdo, dijo que ése era su caso también, pero que quería saber por qué había decidido cambiar de casa después de tantos años; y dijo:

"Sabes que si dejas mi servicio ahora no me acordaré de ti en mi testamento". Le dije que ya contaba con ello.

»—Entonces —dice—, deberías decirme cuál es la queja; y si puedo arreglarlo, lo haré con mucho gusto.

»Así que, viendo que no era posible seguir callado, le conté el asunto de mi anterior declaración y lo de la cama de la consulta, y le dije que una casa en la que ocurrían esas cosas no era lugar para mí. A todo lo cual, aunque me miraba congestionado, no replicó, sino que me llamó estúpido, y dijo que me pagaría lo que me debía por la mañana. Seguidamente, como tenía el caballo esperando, dio media vuelta y se marchó. Así que esa noche me fui a dormir a casa de mi hermana y su marido,

cerca de Battle Bridge, y por la mañana, a primera hora, fui a ver al que ya no era mi señor, el cual me reconvino por no haberme quedado en su casa, y me descontó una corona del salario que me debía.

»Después serví aquí y allá, nunca por mucho tiempo, y no volví a verle hasta que entré en la casa del doctor Quinn, Dodds Hall, en Islington».

En esta exposición hay una parte oscura: la referencia a una declaración jurada anterior y el asunto de la cama de la consulta. En los mencionados papeles no se encuentra esa declaración jurada anterior. Me temo que la sacaron para leerla, dada su especial singularidad, y no la devolvieron a su sitio. Puede que con el tiempo se aclare de qué se trataba, pero hasta hoy no ha llegado a nuestras manos ninguna pista.

A continuación es el rector de Islington, Jonathan Pratt, el que presta declaración: aporta detalles sobre la posición y reputación del doctor Abelly el doctor Quinn, que vivían y ejercían en su parroquia.

«Un médico —dice— no tiene por qué ser asiduo de los rezos matinales y vespertinos o del sermón de los miércoles; pero en términos generales, yo diría que estas dos personas cumplían como fieles miembros de la Iglesia de Inglaterra. Con todo (ya que me pide mi opinión personal), debo hacer lo que en lenguaje académico se denomina un distingo: mientras que el doctor A. era para mí motivo constante de perplejidad, el doctor Q. era a mis ojos un honesto y sencillo creyente que no inquiría sobre cosas que pertenecen al campo de la fe, sino que conformaba su práctica a la luz de su propia razón. El doctor A. en cambio se interesaba por cuestiones para las que la Providencia ha decretado que no tengamos respuesta en nuestro estado actual. Por ejemplo, una vez me preguntó qué lugar creía yo que ocupan ahora en el plan de la creación los seres que según algunos ni se mantuvieron leales cuando cayeron los ángeles rebeldes ni se unieron a ellos decididamente en su rebelión.

»Mi inmediata respuesta, como no podía ser menos, fue preguntarle a mi vez qué garantía tenía de que existieran tales seres. Porque desde luego no aparecían en las Escrituras, que él conocía bien. Por lo visto (porque ya que he entrado en este tema conviene que lo cuente todo) se basaba en pasajes como el del sátiro que Jerónimo nos cuenta que conversó con Antonio; aunque pensaba que podían aducirse también ciertas partes de las Sagradas Escrituras. "Además —dijo—, usted sabe que ésa es la creencia universal entre los que pasan los días y las noches fuera de casa; y me atrevo a añadir que si su trabajo le obligase a andar de noche por parajes despoblados como tengo que hacer yo, quizá no le sorprendería tanto mi sugerencia como veo que le sorprende".

»—Entonces es usted de la opinión de John Milton, y sostiene que Millones de seres espirituales andan por la tierra Invisibles, ya estemos nosotros dormidos o despiertos.

»—No sé por qué Milton quiere calificarlos de "invisibles" —dijo—; aunque desde luego estaba ciego cuando escribió eso. En lo demás, sí: creo que tiene razón.

»—Bueno —dije—; aunque no tan a menudo como usted, no son pocas las veces que me toca salir a horas avanzadas. Pero no recuerdo haber topado con ningún sátiro en nuestros caminos de Islington en todos los años que llevo aquí. Si ha tenido usted más suerte, estoy convencido de que a la Royal Society le encantaría saberlo.

»Recuerdo estas frivolidades porque el doctor A. las tomó muy a mal y abandonó

la habitación con un portazo, gruñendo algo sobre esos sacerdotes secos y engreídos que sólo tenían ojos para el devocionario y la pinta de vino.

»Pero no fue ésta la única vez que nuestra conversación tomó este extraordinario derrotero. Una noche vino aparentemente contento y animado; pero al cabo de un rato, fumando junto al fuego, se quedó embebido en sus pensamientos. Para sacarle de su ensimismamiento le dije en broma si no había tenido ninguna reunión últimamente con sus extraños amigos. La pregunta, en efecto, le hizo reaccionar; porque me miró con expresión aturdida, como asustado, y dijo:

»—¿Ha estado usted allí? No le he visto. ¿Quién le ha llevado? —y a continuación, en tono más sosegado—: ¿Qué quiere decir con eso de reunión? Creo que me he dormido.

»Le contesté que me refería a los faunos y centauros de los caminos a oscuras, no a los aquelarres. Pero él pareció tomarlo de manera diferente.

»—Bueno —dijo—, no puedo afirmar que haya tenido ninguna de esas dos experiencias, pero le encuentro más escéptico de lo que conviene a su ropa. Si desea saber algo sobre el callejón oscuro puede preguntar a mi ama de llaves que vivió al otro extremo cuando era niña.

»—Sí —dije—, y a las viejas del asilo y a los niños del arroyo. Yo en su lugar pediría a su colega Quinn una píldora que me despejara el cerebro.

»—Al diablo Quinn —dice—; no me hable de él. Me ha quitado cuatro de mis mejores pacientes este mes; creo que toda la culpa la tiene ese maldito criado suyo, Jennett, que estaba antes conmigo: no sabe tener la lengua quieta ni un momento. Deberían clavarlo en el rollo y darle su merecido

»Ésa fue la única vez que manifestó ante mí algún resentimiento contra el doctor Quinn y Jennett; y como era mi obligación, intenté en lo posible convencerle de que se equivocaba con los dos. Sin embargo, era innegable que algunas familias respetables de los alrededores le habían vuelto la espalda sin alegar ningún motivo. Al final dijo que no lo había hecho tan mal en Islington, pero que podía vivir cómodamente en otra parte cuando quisiera, y que en realidad no guardaba ningún rencor al doctor Quinn. Ahora recuerdo qué comentario mío hizo que sus pensamientos tomaran el curso que tomaron a continuación. Fue, creo, sobre ciertos trucos que mi hermano había presenciado en las Indias Orientales, en la corte del rajá de Mysore. "Sería bastante práctico —me dijo el doctor Abell—, mediante algún acuerdo, conseguir el poder de comunicar movimiento y energía a objetos inanimados".

»—¿Como mover el hacha contra el que la levanta? ¿Algo así?

»—Bueno, no estaba pensando exactamente en eso; sino en poder hacer que un libro venga de la estantería, o incluso mandar que se abra por determinada página.

»Estaba sentado junto a la chimenea (era una noche fría); y extendió la mano así, y entonces los hierros de la chimenea, o al menos el atizador, cayeron en dirección a él con gran estrépito, y no pude oír qué más dijo. Pero le dije que no podía imaginar qué clase de acuerdo podía ser ése, como él lo llamaba, como no fuera el de contraer una deuda más grave que la que podía pagar ningún cristiano; cosa a lo que asintió.

»—Estoy convencido —dijo— de que esas transacciones son muy tentadoras, muy persuasivas. Pero seguro que usted no las apoyaría, ¿verdad, doctor? No, supongo que

no.

»Eso es todo lo que sé sobre las ideas del doctor Allen, y sobre los sentimientos entre él y el doctor Quinn. Éste, como digo, era una persona honesta y sencilla, un hombre al que yo habría acudido (y he acudido de hecho) en busca de consejo sobre todo esto. Sin embargo, no dejaba de tener de cuando en cuando, sobre todo hacia el final, quimeras turbadoras. Llegó un momento en que se sintió tan agobiado por esos sueños que no fue capaz de guardárselos para sí, y se los contaba a los amigos, entre ellos a mí: un día en que me había quedado a cenar en su casa, no parecía él deseoso de dejarme marchar a mi hora habitual.

»—Si se va —dijo—, no tendré más remedio que acostarme a soñar con la crisálida

»—Podría ser peor —dije.

»—No lo creo —dijo él, y se estremeció como la persona a la que le desagrada el cariz de sus propios pensamientos.

»—Me refiero —dije— a que una crisálida es un ser inocente.

»—Ésta no —dijo él—; y no me hace ninguna gracia pensar en ella.

»Sin embargo, con tal de no perder mi compañía, se puso a contarme (porque le insistí) que era un sueño que había tenido varias veces últimamente; incluso se había repetido más de una vez en una misma noche. Consistía en lo siguiente: le parecía que le despertaba un impulso irresistible a levantarse y salir de casa; de modo que se vestía y bajaba a la puerta que daba al jardín. Junto a la puerta había una pala; la cogía y salía al jardín; y en un lugar despejado entre los arbustos que la luna iluminaba (porque en el sueño siempre había luna llena), se sentía forzado a cavar. Al cabo de un rato, la pala descubría algo de color claro, un envoltorio de lana o de lino, que él limpiaba de tierra con las manos. Era siempre el mismo: del tamaño de una persona, y en forma de una crisálida de mariposa nocturna, con los pliegues insinuando la futura abertura en un extremo.

»Le era imposible decir con qué ganas habría abandonado el lugar en ese instante y habría regresado corriendo a casa; pero no debía escapar tan fácilmente. Así que, sin parar de gemir, y sabiendo muy bien lo que le esperaba, separaba los pliegues de ese tejido, o membrana (como a veces le parecía) y destapaba una cabeza recubierta por una suave piel sonrosada que se desgarraba al agitarse la criatura, revelándole su propia cara muerta. Contar todo esto le alteró de tal modo que, por mera compasión, me vi obligado a hacerle compañía casi toda la noche, hablándole de cosas intrascendentes. Dijo que cada vez que tenía este sueño se despertaba con la respiración agitada, por así decir».

A partir de este punto arranca otro extracto de la larga declaración de Luke Jennett

«Jamás he contado chismes sobre mi señor, el doctor Abell, a nadie de la vecindad. Sirviendo en otra casa, recuerdo que hablé a mis compañeros del asunto de la cama; aunque desde luego sin decir que tuviéramos nada que ver él o yo. Le dieron tan poco crédito que me ofendí, y pensé que era mejor callarme. Y cuando volví a Islington y me encontré con que todavía estaba allí el doctor Abell, aunque me habían dicho que se había ido del municipio, comprendí que debía conducirme con la mayor discreción. Porque la verdad es que le tenía miedo, y no estaba por propagar nada que fuese en perjuicio de su reputación. Mi señor, el doctor Quinn, era un hombre justo y honrado, y

enemigo de causar daño a nadie. Estoy seguro de que jamás movió un dedo ni dijo una palabra para inducir a nadie a que dejase la consulta del doctor Abell y acudiese a la suya; es más, cuando ocurría esto, no se decidía a atenderles hasta que no se convencía de que si no lo hacía mandarían llamar a un médico de la capital antes que volver a avisar al doctor Abell.

»Creo que puede probarse que el doctor Abell vino a casa de mi señor más de una vez. Una doncella nueva de Hertfordshire que teníamos me preguntó quién era el caballero que había venido a buscar al señor, o sea al doctor Quinn, y se había quedado muy frustrado al comprobar que había salido. Dijo que quienquiera que fuese conocía bien la casa, ya que había entrado sin titubear en el despacho y después en la consulta, y finalmente en el dormitorio. Le pedí que me lo describiese, y lo que me dijo encajaba sobradamente con el doctor Abell. Pero además me dijo que vio a este mismo hombre en la iglesia, y alguien le había dicho que era el doctor.

»Precisamente a partir de entonces empezó mi señor a tener malas noches, y a quejarse a mí y a otros de lo incómodas que encontraba la almohada y las sábanas en particular. Decía que tenía que comprar otras más de su gusto, y que él mismo se encargaría de traerlas. Y efectivamente, trajo un paquete, diciendo que eran de la calidad que necesitaba, aunque no supimos dónde las había comprado; sólo que venían marcadas en hilo con una corona y un pájaro. Las criadas dijeron que eran poco corrientes, y muy finas, y el señor dijo que eran las más cómodas que había usado. Y ahora dormía de un tirón. También las almohadas de pluma eran de la mejor calidad, y hundía la cabeza en ellas como si fuesen una nube, cosa que yo mismo comenté varias veces al entrar a despertarle por la mañana, y verle con el rostro casi sepultado por la almohada que se cerraba por arriba.

»Yo no había vuelto a hablar con el doctor Abell después de regresar a Islington; pero un día, al cruzarnos en la calle, me preguntó si no estaba buscando otro puesto, a lo que le contesté que me encontraba muy a gusto donde estaba ahora. Pero él replicó que yo era de los que no echan raíces en ninguna parte, y que estaba seguro de que no tardaría en andar rodando por ahí, cosa que efectivamente resultó ser cierta».

A partir de aquí continúa el reverendo Jonathan Pratt:

«El 16 me sacaron de la cama nada más romper el día (o sea alrededor de las cinco), con el recado de que el doctor Quinn había muerto o se estaba muriendo. Al llegar a su casa me encontré con que así era. Todas las personas de la casa salvo la que me había abierto estaban ya en su aposento, de pie alrededor de la cama, aunque ninguna había osado tocarle. Estaba tendido en el centro de la cama, boca arriba, en actitud recogida, y con todo el aspecto del cuerpo preparado para el sepelio. Creo que tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Lo único fuera de lo normal era que no se le veía la cara porque los extremos de la almohada parecía que se juntaban por encima. Los retiré inmediatamente, al tiempo que amonestaba a los presentes, y en particular al mayordomo, por no tratar de ayudar sin pérdida de tiempo a su señor. El mayordomo, no obstante, me miró y meneó la cabeza. Evidentemente, tenía tan pocas esperanzas como yo de que nos encontráramos ante otra cosa que un cadáver.

»En efecto, para cualquiera con un mínimo de experiencia saltaba a la vista que no sólo estaba muerto, sino que la causa de la muerte había sido la asfixia. Pero no era

concebible que su muerte hubiese sido ocasionada accidentalmente por la almohada al doblarse sobre su cara. ¿Cómo al sentir la opresión no habría levantado la mano para apartarla? En cambio la sábana que le cubría y silueteaba su cuerpo, según observé ahora, no tenía un solo pliegue en desorden. Lo urgente ahora era llamar a un médico. Ya se me había ocurrido al salir y había mandado al que me había traído el aviso que buscase al doctor Abell; pero volvió diciendo que no estaba en casa, así que llamamos al médico más cercano, quien, no obstante, no pudo hacer otra cosa —al menos sin abrir el cuerpo— que anunciar lo que nosotros ya sabíamos.

»En cuanto a que entrase alguien con malvados propósitos en la habitación (que era la siguiente incógnita que había que despejar), a la vista estaban los cerrojos de la puerta saltados de los travesaños, y los travesaños arrancados del larguero a viva fuerza; y había testigos suficientes, entre ellos el herrero, para confirmar que esto se había hecho minutos antes de que llegase yo. Además, la habitación estaba situada en lo alto de la casa, de modo que la ventana no era de fácil acceso, ni mostraba signo alguno de que nadie hubiese salido por ella: no había ni señales en el alféizar ni huellas abajo en el suelo blando».

Naturalmente, el testimonio del cirujano forma parte del informe de la investigación, pero dado que no contiene más que observaciones sobre el estado de los órganos vitales y la coagulación de la sangre en diversas regiones del cuerpo, no tiene sentido reproducirlo. El veredicto fue «muerte natural».

Junto a estos papeles hay uno que al principio pensé que había venido a parar aquí por equivocación. Pero pensándolo bien, creo que adivino el porqué de su presencia.

Describe la expoliación de un mausoleo (hoy desaparecido) que se alzaba en un parque de Middlesex, propiedad de cierta familia noble que me excuso de nombrar. El pillaje no fue perpetrado por un vulgar ladrón de cadáveres. Al parecer, el propósito fue el robo de objetos. El relato es descarnado y terrible. No está bien que lo transcriba: un comerciante del norte de Londres fue sancionado con una multa cuantiosa por encubrir artículos robados relacionados con el caso.

LA CASA DE MUÑECAS EMBRUJADA

—Supongo que trastos de esta clase pasarán por sus manos continuamente, ¿verdad? —dijo el señor Dillet al tiempo que señalaba con el bastón un objeto que se describirá llegado el momento, y al decirlo mentía con total descaro y a sabiendas: ni una vez en veinte años (quizá ni siquiera en su vida) podía esperar el señor Chittenden echarle mano a un objeto así, pese a su habilidad para descubrir tesoros olvidados en media docena de condados. Era el modo de regatear de los coleccionistas, y el señor Chittenden lo tomó como tal.

—¿Trastos de esa clase, señor Dillet? Es nada menos que una pieza de museo.

—Bueno, supongo que hay museos que admiten de todo.

—He visto una igual, aunque no tan buena, hace años —dijo el señor Chittenden pensativo—. Pero no es probable que llegue al mercado; y me han dicho que hay preciosidades de la misma época al otro lado del charco. Le voy a ser sincero, señor Dillet: si me diese carta blanca para conseguirle lo mejor que pueda encontrar (y usted sabe que tengo medios para eso, y una reputación que mantener), bueno, le llevaría directamente a este ejemplar y le diría: «No puedo ofrecerle nada mejor, señor».

—¡Muy bien, muy bien! —dijo el señor Dillet aplaudiendo irónicamente con la punta del bastón en el piso de la tienda—. ¿Y cuánto piensa sacarle por esto al ingenuo comprador americano?

—No tengo intención de abusar de ningún comprador, americano o no. Pero mire lo que le digo: si yo supiese un poco más sobre su origen...

—O un poco menos —dijo el señor Dillet.

—¡Ja, ja!, le gusta hacer chistes, señor. Bueno, como digo, si supiera un poco más de lo que sé sobre esa pieza (aunque cualquiera puede ver por sí mismo que es auténtica de todas todas, y no he consentido que mis empleados la toquen siquiera desde que llegó aquí), el precio que ahora pido tendría otro cero.

—¿Y cuál es, veinticinco?

—Pero multiplicado por tres. Mi precio son setenta y cinco.

—Y el mío cincuenta —dijo el señor Dillet.

El acuerdo, naturalmente, estuvo en un punto entre esos dos extremos, no importa exactamente cuál... aunque creo que fue de sesenta guineas. Media hora después era empaquetado el objeto, y una hora más tarde el señor Dillet lo había mandado cargar en su coche y se había ido: el señor Chittenden, con el cheque en la mano y todo sonrisas, permaneció en la puerta hasta que le perdió de vista; y todavía sonriendo, regresó al salón donde su esposa estaba preparando el té. Se detuvo en la puerta.

—La he colocado —dijo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la señora Chittenden, dejando la tetera—. ¿Al señor Dillet?

—Sí, a él.

—Bien; prefiero que haya sido a él.

—No sé; no es mal tipo, cariño.

—Seguramente; pero en mi opinión no le va a pasar nada si se lleva un pequeño sobresalto.

—Bueno, ésa es tu opinión; la mía es que se lo va a llevar de todas todas. En cualquier caso, *nosotros* ya no la tenemos, y eso es algo que debemos agradecer.

Y dicho esto el señor y la señora Chittenden se sentaron a tomar el té.

¿Y qué pasó con el señor Dillet y su nueva adquisición? El título de esta historia os habrá indicado ya de qué se trataba; de modo que intentaré precisar lo mejor que pueda cómo era.

Ocupaba todo el espacio de atrás del coche, por lo que el señor Dillet tuvo que ir delante con el chófer. Además, éste tuvo que conducir despacio; porque aunque habían rellenado con algodón las habitaciones, había que evitar el traqueteo, dada la enorme cantidad de objetos minúsculos que las atestaban; y el trayecto a diez millas por hora fue motivo de ansiedad para él, pese a las precauciones que insistió en que se tomaran. Por fin llegaron a la puerta de su casa, y salió a abrir Collins, el mayordomo.

—Venga aquí, Collins: ayúdeme con esta caja; es frágil. Hay que sacarla derecha, ¿eh? Está llena de pequeños objetos que deben moverse lo menos posible. Veamos, ¿dónde la colocamos? —tras una pausa para pensar—. Bueno, será mejor que la pongamos en mi habitación de momento. Sobre la mesa grande... Eso es.

La transportaron —entre incesantes recomendaciones— a la amplia habitación que el señor Dillet tenía en la primera planta, y que dominaba el camino de entrada. La desenvolvió, abrió de par en par la fachada, y la hora o dos que siguieron las consagró el señor Dillet a retirar el relleno y ordenar el contenido de las habitaciones.

Una vez terminada tan agradable tarea, debo decir que habría sido difícil encontrar un ejemplar de Casa de Muñecas de estilo gótico «Strawberry Hill» más perfecto y atractivo que el que ahora se alzaba sobre la gran mesa escritorio del señor Dillet, iluminada por el sol del atardecer que entraba oblicuo por tres altos ventanales.

Medía seis pies de largo, incluidas la capilla u oratorio —a la izquierda de la fachada según se la miraba— y la cuadra a la derecha. Como digo, el cuerpo principal era de estilo gótico: o sea, con ventanales apuntados coronados por gabletes ojivales adornados con follajes y florones como los que se ven en los doseles de los sepulcros empotrados en los muros de las iglesias. En las esquinas tenía absurdas torrecillas formadas con lienzos arqueados. La capilla tenía pináculos y contrafuertes, una campana en la torre y cristales de colores en los ventanales. Cuando se abría la fachada podían verse cuatro grandes habitaciones: el dormitorio, el comedor, el salón y la cocina, cada una con su correspondiente mobiliario al completo.

La cuadra, a la derecha, se distribuía en dos pisos, y contaba con todos los complementos de caballos, coches, mozos, así como su reloj y una cúpula gótica para la campana del reloj.

Naturalmente podría llenar páginas enteras con el inventario de la mansión: cuántas sartenes, sillas doradas, pinturas, alfombras, arañas, camas, manteles, copas, vajillas y cubiertos tenía; pero dejemos todo esto a la imaginación. Sólo diré que la basa o plinto sobre el que se alzaba la casa (porque la habían provisto de una plataforma cuyo grosor permitía una escalinata hasta la puerta principal y una terraza, parte de ella con balaustrada), tenía un cajón o cajones poco profundos en los que se guardaban

cuidadosamente juegos de cortinas bordadas, mudas de ropa para los moradores y, en suma, todo lo necesario para infinidad de variaciones y disposiciones de lo más fascinantes y absorbentes.

—Es la quintaesencia de Horace Walpole, ni más ni menos; seguro que tuvo algo que ver en su realización —murmuró pensativo el señor Dillet, arrodillado ante la casa con arrobada reverencia—. ¡Es sencillamente maravillosa! Hoy es mi día, no cabe duda. Quinientas libras que me entran esta mañana por ese armario que nunca me ha gustado, y ahora me llega esto a las manos por la décima parte, todo lo más, de lo que costaría en la capital. ¡Bien, bien! Casi le hace a uno temer que ocurra algo que venga a contrarrestarlo. En fin, echemos ahora una ojeada a los moradores.

Los colocó ante sí en fila. Otra vez se presenta la ocasión —que algunos no dudarían en aprovechar— de hacer un inventario a propósito del atuendo: yo me siento incapaz.

Había un caballero y una dama, vestidos de raso azul y de brocado respectivamente. Había también dos hijos, un niño y una niña. Y había una cocinera, una niñera, un lacayo, y los sirvientes de la cuadra: dos postillones, un cochero y dos mozos.

¿Alguien más? Sí, posiblemente.

En el dormitorio, la cama tenía corridas las cortinas de los cuatro lados: metió el dedo entre ellas y la tocó; lo retiró instintivamente porque casi le dio la sensación, al apretar, de que algo se había... quizá no movido, pero sí hundido de manera extrañamente viva. Entonces apartó las cortinas que corrían a lo largo de unas barras, como debe ser, y sacó de la cama a un señor anciano de pelo blanco, en camisón y gorro de dormir, y lo puso junto a los demás. La lista estaba completa.

Se acercaba la hora de la cena, así que el señor Dillet dedicó cinco minutos a colocar a la dama y los hijos en el salón, al caballero en el comedor, a los criados en la cocina y las cuadras, y al anciano otra vez en la cama. Se retiró a su vestidor, y ya no volvemos a saber de él hasta eso de las once de la noche.

Tenía el capricho de dormir rodeado de algunas de las joyas de su colección. La habitación grande donde acabamos de verle contenía la cama. La bañera, el armario ropero y todos los accesorios de arreglarse se hallaban en un espacioso cuarto contiguo; pero la cama de cuatro postes, valioso tesoro en sí misma, estaba en la habitación grande donde a veces escribía, y a menudo pasaba el tiempo, y hasta recibía visitas. Esta noche se recluyó en ella sumamente satisfecho de sí mismo.

No había cerca ningún reloj de pared que difundiese las horas: ni en la escalera, ni en la cuadra, ni en la lejana torre de la iglesia. Sin embargo, es indudable que al señor Dillet le sacó de su agradable somnolencia el tañido de la una.

Se sobresaltó de tal modo que no sólo contuvo el aliento con los ojos muy abiertos, sino que incluso se incorporó en la cama.

Hasta por la mañana no se le ocurrió preguntarse cómo era que, a pesar de no tener nada encendido en la habitación, la casa de muñecas destacaba sobre la mesa escritorio con toda claridad. Pero así era. Producía el efecto de una esplendorosa luna de final de verano iluminando la fachada de piedra blanca de una gran mansión, vista desde un cuarto de milla de distancia quizá, si bien se distinguían los detalles con una

nitidez fotográfica. Había árboles alrededor, también: árboles que se alzaban por detrás de la capilla y de la casa. El señor Dillet parecía notar la fragancia de una noche fresca y serena de septiembre. Le pareció que oía de cuando en cuando ruido de patas y cadenas en las cuadras, como de caballos inquietos. Y con otro sobresalto, se dio cuenta de que por encima de la casa veía, no la pared de su habitación con sus cuadros, sino el azul profundo de un cielo nocturno.

Había luces —más de una— en las ventanas; y en seguida se dio cuenta de que no era una casa de cuatro habitaciones y fachada abatible, sino que tenía multitud de aposentos, y escalera: una casa de verdad, pero vista como por un catalejo al revés. «Quieres mostrarme algo», murmuró para sí; y observó fijamente las ventanas encendidas. En la vida real habrían tenido cerradas las contraventanas o corridas las cortinas, pensó. Pero aquí no había nada que ocultara de la vista lo que ocurría en el interior.

Había dos habitaciones con las luces encendidas: una en la planta baja, a la derecha de la puerta, y otra arriba, a la izquierda; la primera estaba muy iluminada y la otra poco. La de abajo era el comedor: la mesa tenía el mantel puesto; pero habían terminado de cenar y lo habían retirado todo menos el vino y las copas. Sólo estaban allí el hombre de raso azul y la mujer del brocado; y hablaban muy serios, sentados el uno al lado del otro, con los codos apoyados en la mesa; de cuando en cuando se callaban, al parecer para escuchar. Una de las veces se levantó él, fue a la ventana, la abrió y sacó la cabeza con la mano en la oreja. Había una vela encendida en un candelero de plata encima del aparador. Al retirarse de la ventana abandonó también la habitación; la dama, con la vela en la mano, se quedó de pie escuchando. La expresión de su rostro era de la persona que lucha con todas sus fuerzas por reprimir un miedo que amenaza con apoderarse de ella... y lo consigue. Era un rostro odioso, además: ancho, plano, astuto. Ahora volvió a entrar el hombre; ella le cogió un objeto pequeño y abandonó precipitadamente la habitación. Él desapareció también, pero sólo un momento. Se abrió despacio la puerta principal, salió el hombre, se detuvo en la balaustrada, y miró en una y otra dirección; seguidamente se volvió hacia la ventana de arriba que estaba iluminada, y agitó el puño.

Era hora de mirar por la ventana de arriba. A través de ella se veía una cama de cuatro columnas, una enfermera o criada en un sillón, evidentemente dormida, y un anciano acostado en la cama: estaba despierto, y se diría que desasosegado, a juzgar por el modo en que cambiaba de postura y tamborileaba con los dedos sobre la colcha. Más allá de la cama había una puerta abierta. Se iluminó el techo, y entró la dama; dejó la vela sobre la mesa, se acercó a la chimenea, y despertó a la enfermera. En la mano llevaba una anticuada botella de vino recién descorchada. La enfermera se la cogió, echó un poco en un cazo, añadió especias y azúcar de los tarros de la mesa, y lo puso a calentar al fuego. Entretanto, el anciano de la cama hizo débilmente una seña a la dama, que se acercó sonriente, le cogió la muñeca como para tomarle el pulso, y se mordió el labio como de consternación. El anciano la miró con inquietud, señaló hacia la ventana, y dijo algo. Ella asintió, e hizo lo que había hecho el hombre abajo: abrió la ventana y escuchó, quizá un poco ostentosamente; después se apartó y meneó la cabeza mirando al anciano, que pareció exhalar un suspiro.

A todo esto el brebaje del fuego estaba humeando; la enfermera lo vertió en un pequeño cuenco de plata con dos asas y lo llevó a la cama. Al anciano no le apetecía al parecer e hizo ademán de apartarlo; pero la dama y la enfermera se inclinaron sobre él y evidentemente le insistieron. Por último debió ceder, porque le ayudaron a incorporarse en la cama y se lo llevaron a los labios. Se lo bebió casi todo, a pocos; después le acostaron. La dama le dio las buenas noches sonriente y abandonó la habitación llevándose el tazón, la botella y el cazo. La enfermera volvió a su butaca, donde permaneció un rato totalmente inmóvil.

De repente el anciano se incorporó; y debió de proferir un grito, porque la enfermera saltó de la butaca y dio un paso hacia la cama. El anciano ofrecía una visión lastimosa y horrible: con la cara amoratada, casi negra, los ojos en blanco, las manos apretadas contra el corazón, y espumarajos en los labios.

La enfermera le dejó un instante, corrió a la puerta, la abrió de golpe y, es de suponer, gritó pidiendo auxilio; acto seguido volvió junto a la cama y trató febrilmente de calmar al anciano, retenerle en la cama, lo que fuera. Pero cuando la dama, el marido y varios criados irrumpieron en la habitación con expresión horrorizada, el anciano se desprendió de las manos de la enfermera y *cayó* hacia atrás; y su rostro, contraído de agonía y de rabia, se fue relajando poco a poco hasta quedar completamente sereno.

Unos momentos después surgieron luces a la izquierda de la casa, y se detuvo ante la puerta un coche con antorchas. Descendió de él un individuo con peluca blanca y vestido de negro, y subió ágilmente la escalinata con un cofrecillo forrado de cuero. En el umbral le recibieron el hombre y su esposa, ella estrujando un pañuelo entre las manos, él con expresión trágica, aunque conservando el dominio de sí. Condujeron al recién llegado al comedor; éste dejó el cofrecillo de los documentos sobre la mesa y, volviéndose hacia los dos, escuchó con gesto consternado lo que le contaban. Asentía con la cabeza una y otra vez; "extendió ligeramente una mano rechazando al parecer el ofrecimiento de algún refrigerio y quedarse a pasar la noche, y unos minutos después bajó despacio la escalinata, subió al coche y se fue por donde había venido. El hombre de raso azul permaneció en lo alto de la escalinata; una sonrisa de satisfacción asomaba a su cara pálida y gruesa. Al desaparecer las luces del coche cayó la oscuridad sobre el escenario entero.

Pero el señor Dillet siguió sentado en la cama: supuso acertadamente que habría una continuación. La fachada volvió a iluminarse tenuemente. Pero ahora con una diferencia: las luces estaban en otras ventanas; en una del ático, y en la hilera de ventanales de colores de la capilla. No está claro cómo veía a través de ellos, pero así era. El interior se hallaba meticulosamente provisto como el resto del edificio: con diminutos cojines rojos en los bancos, doseletes góticos sobre los sitiales, una galería occidental y un órgano con tubos dorados.

En el centro del enlosado negro y blanco había unas andas; junto a ellas ardían cuatro hachones. Sobre las andas había un ataúd cubierto con un paño de terciopelo negro.

Estaba mirando el señor Dillet, cuando se agitaron los pliegues del paño negro. Se levantó por un lado, se escurrió hacia el suelo y cayó, dejando al descubierto el negro ataúd con sus asas de plata y la placa con el nombre. Uno de los hachones osciló y cayó.

Abstengámonos de preguntar *y* hagamos lo que se apresuró a hacer el señor Dillet: mirar por la ventana iluminada del ático, donde un niño y una niña están acostados en sus camitas de ruedas, entre ellas se alza la cama de cuatro postes de la niñera. En este momento no se veía a la niñera. Pero estaban los padres, ahora vestidos de luto, aunque con muy pocos signos de compunción en su conducta. En efecto, reían y hablaban muy animadamente, unas veces entre sí, otras haciendo algún comentario a uno u otro niño, y soltando carcajadas ante las respuestas. Después salió el padre de puntillas, llevándose un ropón blanco que colgaba de una percha cerca de la puerta. Cerró tras él. Un minuto o dos después volvió a abrirse la puerta despacio, y asomó una cabeza tapada. Una figura encorvada y de aspecto siniestro entró en la habitación y se dirigió a las camas de los niños; se detuvo de repente, alzó los brazos, y naturalmente apareció el padre riendo. Los pequeños se llevaron un susto mayúsculo; el niño se tapó la cabeza con el embozo y la niña saltó de la cama y se arrojó a los brazos de su madre. A continuación los padres trataron de consolarles: los cogieron en brazos, les dieron palmaditas, alzando el camisón blanco para mostrarles que era inofensivo y demás; finalmente devolvieron a los niños a sus camitas, y abandonaron la habitación haciendo gestos de aliento con la mano. Cuando salían entró la niñera, y poco después se apagó la luz.

Sin embargo, el señor Dillet siguió mirando impasible.

Una luz de otro tipo —no de lámpara ni de vela—, lívida, presagiosa, empezó a filtrarse entre la puerta del fondo de la habitación y su marco. Se estaba abriendo otra vez. El testigo prefiere no extenderse sobre lo que vio entrar; dice que podría describirse como una rana... del tamaño de un hombre, aunque con un pelo ralo y blanco alrededor de la cabeza. Hubo un forcejeo en las camitas, aunque no duró mucho. El señor Dillet oyó gritos, unos gritos débiles, como procedentes de muy lejos. Aun así, infinitamente sobrecogedores.

Surgieron en toda la casa signos de una espantosa conmoción: luces que iban de un lado para otro, puertas que se abrían y se cerraban, figuras que cruzaban corriendo ante las ventanas. El reloj de torreta de la cuadra dio la una, y cayó otra vez la oscuridad.

Sólo volvió a disiparse una vez más para mostrar la fachada. Al pie de la escalinata, unas figuras de negro con antorchas encendidas formaban dos filas.

Otras figuras de negro bajaron los escalones llevando primero un pequeño ataúd, después el otro. Seguidamente las filas de los que portaban las antorchas, con los ataúdes en medio, iniciaron la marcha en silencio hacia la izquierda.

Transcurrían las horas de la noche... más lentas que nunca, pensó el señor Dillet. Se fue recostando poco a poco en la cama... pero no llegó a dormirse. Y a primera hora de la mañana mandó llamar al doctor.

Éste le encontró en un estado de desasosiego preocupante, y le recomendó el aire del mar. Así que el señor Dillet cogió el coche y, en cómodas etapas, se dirigió a la costa este.

Una de las primeras personas con que se tropezó en el paseo marítimo fue el señor Chittenden, al que por lo visto habían aconsejado que llevara unos días a su mujer a que disfrutase de un cambio.

El señor Chittenden, al verle le miró con recelo, y no sin motivo.

—La verdad: no me extraña que ande con los nervios algo alterados, señor Dillet. ¿Cómo? Bueno, sí: horribilmente alterados, por supuesto. Sobre todo porque sé lo que hemos pasado mi mujer y yo. Pero dígame, señor Dillet, ¿qué debía haber hecho yo: tirar a la basura una preciosidad como ésta, o decirle al cliente: «Lo que le vendo es un auténtico drama palaciego de tiempos antiguos cuya función suele empezar a la una de la madrugada»? Explíqueme, ¿lo habría hecho usted? Porque yo le diré la consecuencia: dos jueces de paz habrían visitado el salón de la trastienda, habrían mandado a los pobres señores Chittenden al manicomio en un furgón, y toda la calle andaría comentando: «¡Ah!, ya sabía yo que la cosa acabaría así. ¡Hay que ver cómo bebía ese hombre!»; cuando, como sabe, estoy a un palmo, quizá a dos, de ser abstemio total. Bueno, ésta era mi situación. ¿Cómo? ¿Volverla a tener yo en la tienda? Pero ¿qué se ha creído? No, mire: le diré lo que voy a hacer. Le devolveré el dinero, menos las diez libras que me costó a mí, y usted hace con ella lo que crea conveniente.

Ese mismo día, en lo que se conoce repugnantemente como el «salón de fumadores» del hotel, tuvo lugar una conversación en voz baja entre los dos:

—¿Cuánto sabe realmente de esa casa, y de dónde procede?

—Sinceramente no sé nada, señor Dillet. Desde luego, procede del cuarto trastero de una mansión rural, como cualquiera puede adivinar. Aparte de eso, lo más que puedo decir es que creo que no debe de estar ni a cien millas de este pueblo; aunque no tengo idea de en qué dirección. Pero esto sólo es una suposición: el hombre al que le di el cheque no es uno de mis proveedores habituales, y no le he vuelto a ver; aunque tengo entendido que se mueve por esta comarca; es cuanto le puedo decir. Pero hay una cosa, señor Dillet, que me revuelve el estómago. ¿Ha visto al sujeto ese que se apea del coche delante de la puerta? Estaba seguro; bueno, ¿le pareció que era el médico? Mi mujer cree que sí, pero yo estoy en que es el abogado; porque lleva papeles, y uno de los que saca está doblado.

—Coincido con usted —dijo el señor Dillet—. Después de pensarlo, llegué a la conclusión de que era el testamento del anciano, que lo llevaba para que lo firmase.

—Justo lo que yo pensé —dijo el señor Chittenden—; y entendí que ese testamento habría dejado fuera al joven matrimonio, ¿verdad? ¡Bien, bien! Ha sido una lección para mí, lo confieso. No volveré a comprar más casas de muñecas, ni a malgastar el dinero en cuadros... Y en cuanto a envenenar al abuelo, bueno, que yo recuerde, jamás se me ha pasado semejante idea por la cabeza. Vive y deja vivir: ése ha sido siempre mi lema en la vida, y nunca lo he encontrado malo.

Henchido de estos nobles sentimientos, el señor Chittenden se retiró a su habitación. Al día siguiente el señor Dillet acudió al archivo de la localidad donde esperaba descubrir alguna clave del enigma que le absorbía. Miró con desesperación el abundante fichero que había de publicaciones de la Sociedad de Canterbury y de York sobre los registros parroquiales de la región. Ni uno solo de los grabados que colgaban en la escalera y en los pasillos se parecía a la casa de la pesadilla. Desalentado, se encontró finalmente con que estaba en un cuarto de objetos arrumbados, contemplando la polvorienta maqueta de una iglesia dentro de una vitrina polvorienta: *Maqueta de la iglesia de san Esteban, Coxham, donada por el señor J. Merewether, de Ilbridge House, 1877.*

Obra de su antepasado James Merewether, m. en 1786.

Había algo en el estilo que le recordaba vagamente a su horror. Dirigió sus pasos a un plano que había visto en la pared, y averiguó que Ilbridge House estaba en el municipio de Coxham. Daba la casualidad de que Coxham era uno de los municipios que se le habían quedado en la memoria al consultar el fichero de los registros publicados, y no tardó en encontrar consignada la defunción de Roger Milford, a los 76 años de edad, acaecida el 11 de septiembre de 1757, y de Roger y Elizabeth Merewether, de 9 y 7 años respectivamente, el 19 del mismo mes. Le pareció que merecía la pena seguir esa pista, pese a lo débil que era, y por la tarde cogió el coche y se dirigió a Coxham. El extremo este de la nave norte de la iglesia lo ocupa una capilla de Milford, y en el muro norte están las lápidas de dichas personas: Roger, el más viejo, era recordado con todas las cualidades que adornan «al padre, al magistrado y al hombre». El monumento lo había erigido su afectuosa hija Elizabeth, «que no sobrevivió mucho tiempo a la pérdida de este padre siempre preocupado por su bienestar, y de dos hijos angelicales». Se notaba claramente que la última frase había sido añadida a la inscripción original.

Una lápida posterior decía de James Merewether, marido de Elizabeth, que «había practicado en la flor de su vida, no sin éxito, ese arte que, de haber perseverado, en opinión de jueces muy competentes se habría ganado el nombre del Vitruvio británico, pero que, anonadado por la disposición de Dios, que le había privado de una compañera afectuosa y una progenie lozana, pasó sus años mejores y su vejez en apartado aunque elegante retiro: su agradecido sobrino y heredero desea expresar su sincera aflicción con esta breve relación de sus bondades».

A los hijos se les recordaba con más sencillez. Los dos habían muerto la noche del 12 de septiembre.

El señor Dillet estaba seguro de que en Ilbridge House había descubierto el escenario de su drama. Quizá en algún cuaderno de bocetos, posiblemente en algún antiguo grabado, encontrara la prueba concluyente de que estaba en lo cierto. Pero no es la actual Ildbridge House lo que buscaba: se trata de una construcción isabelina de la década de mil ochocientos cuarenta, de ladrillo rojo con esquinas y adornos de piedra. A un cuarto de milla de ella, en una zona baja del parque, rodeada de arbustos y árboles añosos estrangulados por la hiedra entre la que asoman sus ramas secas, hay restos de una plataforma elevada invadida por la maleza. Aquí y allá se alzan unos pocos balaustres y, cubiertas de ortigas y de hiedra, un montón o dos de piedras labradas con tosco follaje. Éste, le dijo alguien al señor Dillet, era el emplazamiento de una casa más antigua.

El reloj del ayuntamiento dio las cuatro cuando el señor Dillet salía del pueblo; y se sobresaltó y se llevó las manos a los oídos. No era la primera vez que oía esa campana.

A la espera de una oferta del otro lado del Atlántico, la casa de muñecas descansa todavía, cuidadosamente embalada, en un desván de las cuerdas del señor Dillet, donde Collins la dejó el día en que el señor Dillet se marchó en dirección a la costa.

[Se dirá, quizá, y no sin razón, que este relato no es sino una variante de otro mío

titulado *El grabado*. Lo único que espero es que el marco varíe lo suficiente como para que la repetición del *argumento* resulte soportable.]

EL LIBRO INSÓLITO DE ORACIONES

I

El señor Davidson estaba pasando la primera semana de enero solo en un pueblo rural. Una serie de circunstancias le habían llevado a tomar esta drástica decisión: sus parientes más cercanos se habían ido al extranjero a practicar deportes de invierno, y los amigos que se habían brindado calurosamente a sustituirles tenían en casa una enfermedad contagiosa. Evidentemente, podía haber buscado a algún otro que se apiadara de él. «Pero la mayoría tiene hechos ya sus planes —reflexionó—; y al fin y al cabo, se trata de resistir tres o cuatro días a lo más; y no me vendrá mal adelantar un poco en la introducción a los Papeles de Leventhorp. Puedo dedicar ese tiempo a acercarme a Gaulsford a hablar con los vecinos. Tendría que ver los restos de Leventhorp House y las tumbas de la iglesia».

El primer día de estancia en el hotel «El Cisne» de Longbridge hubo tal tormenta que sólo pudo ir a la tienda a comprar tabaco. El siguiente, relativamente despejado, lo dedicó a visitar Gaulsford, que le interesaba bastante, aunque no tuvo consecuencias ulteriores. El tercero, un día realmente espléndido para tratarse de principios de enero, hacía demasiado bueno para quedarse encerrado. Se enteró por el hotelero de que un ejercicio predilecto de los visitantes en verano era coger el tren de la mañana hasta un par de estaciones al oeste y regresar andando por el valle del Tent, pasando por Stanford St. Thomas y Stanford Magdalene, dos pueblecitos pintorescos. Adoptó dicho plan, y helo aquí, a las nueve cuarenta y cinco de la mañana, sentado en un vagón de tercera, en dirección a Kingsbourne Junction, estudiando el mapa de la comarca.

Sólo tenía de compañero de viaje a un anciano, un viejo de voz atiplada que parecía demasiado inclinado a conversar. Así que el señor Davidson, tras entonar los versículos y responsorios de rigor acerca del tiempo, le preguntó si iba muy lejos.

—No, señor; no muy lejos; esta mañana no —dijo el viejo—. Sólo hasta lo que llaman Kingsbourne Junction. No hay más que dos estaciones intermedias. Así lo llaman: Kingsbourne Junction.

—Yo también voy allí —dijo el señor Davidson.

—¡Ah!, ¿de veras? ¿Conoce esa parte?

—No; sólo voy con idea de volver andando a Longbridge, y ver un poco de campo.

—¡Ah, muy bien, señor! Hace un día ideal para que lo disfrute un caballero con un buen paseo.

—Sí, desde luego. ¿Tiene que andar mucho una vez en Kingsbourne?

—No señor; no tengo que andar mucho una vez en Kingsbourne Junction. Voy a visitar a mi hija que vive en Brockstone; a unas dos millas a campo traviesa de lo que llaman Kingsbourne Junction. Seguramente vendrá señalado en su mapa, ¿verdad, señor?

—Supongo que sí. Vamos a ver: ¿Brockstone, dice usted? Aquí tenemos

Kingsbourne; ¿en qué dirección está Brockstone... hacia Stanford? Ah, ya lo veo: Palacio de Brockstone, en un parque. Pero no veo el pueblo.

—Desde luego que no, señor; no verá ningún pueblo de Brockstone. De Brockstone sólo están el palacio y la capilla.

—¿La capilla? Ah, sí, aquí viene señalada también; cerca del palacio, parece. ¿Pertenece al palacio?

—Sí, señor; cerca del palacio está, a un paso. Sí, pertenece al palacio. Mi hija, señor, es la mujer del guarda; vive en el palacio, y está al cuidado de todo, ahora que no están los señores.

—Entonces, ¿no vive nadie allí ahora?

—No, señor; hace años que no. Allí vivía el viejo señor cuando yo era joven; y después vivió la señora casi hasta los noventa años. Después murió; y los dueños de ahora han comprado esa otra casa, creo que en Warwickshire, y no hacen nada por alquilar el palacio; pero el coronel Wildman conserva el coto, y el joven señor Clark, el apoderado, viene a echar una mirada cada muchas semanas. Y el marido de mi hija es el guarda.

—¿Y quien utiliza la capilla? La gente de los alrededores, supongo, ¿no?

—Ah, no; no la utiliza nadie. Nadie va allí. La gente de por allí va a la iglesia de Stanford St. Thomas; aunque mi yerno va a la iglesia de Kingsbourne porque el señor de Stanford manda que se cante el gregoriano ese, y a mi yerno no le gusta; dice que bastante oye rebuznar al asno durante la semana y que prefiere algo más animado los domingos —el viejo se llevó una mano a la boca y rió—. Eso dice mi yerno; que bastante oye rebuznar al asno... etc., *da capo*.

El señor Davidson rió también lo más sinceramente que pudo, pensando entretanto que quizá merecía la pena incluir en su recorrido el palacio de Brockstone y la capilla; porque el mapa indicaba que de Brockstone podía llegar al valle del Tent lo mismo que siguiendo el camino real de Kingsbourne a Longbridge. De modo que cuando se hubo calmado la risa provocada por el recuerdo del *bon mot* del yerno volvió a la carga, y se cercioró de que tanto el palacio como la capilla eran del tipo conocido como «sitios antiguos», que el viejo se brindaría gustosamente a llevarle hasta allí, y que la hija estaría encantada de enseñarle cuantas cosas pudiese.

—Pero no es como si viviera allí una familia, señor, con todos los espejos cubiertos, y las pinturas y cortinas y alfombras recogidas y guardadas. Aunque eso no quiere decir que mi hija no le pueda enseñar un par; porque tiene que echarles una mirada y ver que no las ataque la polilla.

—Eso me da igual, muchas gracias. En cambio me gustaría mucho ver la capilla, si pudiera enseñármela.

—¡Ah, ya lo creo que puede, señor! Tiene la llave de la puerta y casi todas las semanas entra a limpiar el polvo. Es una preciosidad de capilla. Mi yerno dice que apuesta a que no dejarían cantar allí el gregoriano ese. ¡Bendito sea Dios! No puedo evitar la risa cada vez que me acuerdo de lo que dice sobre el asno: bastante lo oye rebuznar durante la semana, dice. Y desde luego que es así, señor; es la pura verdad.

El recorrido a campo traviesa de Kingsbourne a Brockstone fue realmente agradable. Lo hicieron casi todo por la parte elevada del terreno, dominando extensas

panorámicas desde lo alto de una sucesión de lomas aradas o cubiertas de pasto o de bosque azul oscuro... que terminaban más o menos repentinamente, a la derecha, en unos promontorios que avanzaban sobre el ancho valle de un gran río, al oeste. El último campo que cruzaron lo bordeaba un espeso bosquecillo; y no bien llegaron a él, el camino torció hacia abajo súbitamente, apareciendo Brockstone elegantemente emplazado en un valle estrecho y repentino. No tardaron en divisar grupos de chimeneas de piedra y tejados de pizarra, justo a sus pies, y unos minutos más tarde se estaban limpiando los zapatos en la puerta trasera del palacio de Brockstone, mientras los perros del guarda ladraban ruidosamente en un lugar que no se veía, y la señora Potter, en rápida sucesión, les gritaba que se callasen, saludaba a su padre y rogaba a los dos visitantes que pasaran adentro.

II

No era de esperar que el señor Davidson escapase de que le enseñaran las principales habitaciones del palacio, a pesar de que la casa estaba totalmente recogida y fuera de servicio. Cuadros, alfombras, cortinas, muebles, estaban cubiertos o guardados como el viejo señor Avery había dicho; y la admiración que nuestro amigo estaba dispuesto a tributar tuvo que prodigarla a las dimensiones de las estancias y a un techo pintado donde el artista, que había huido de Londres el año de la peste, había plasmado el «Triunfo de la Lealtad y la Derrota de la Sedición». Aquí el señor Davidson tuvo ocasión de mostrar un interés sincero. Los retratos de Cromwell, Ireton, Bradshaw, Peters y todos los demás, retorciéndose en tormentos cuidadosamente ideados, eran evidentemente la parte de la composición a la que el artista había dedicado más esfuerzos.

—Esa pintura la encargó la antigua lady Sadleir, igual que la que hay en la capilla. Dicen que fue la primera en ir a Londres a bailar sobre la tumba de Oliver Cromwell —dijo el señor Avery; y prosiguió pensativo—: Bueno, supongo que se quedaría a gusto; yo no sé si me pagaría un viaje de ida y vuelta a Londres nada más que para eso. Y mi yerno dice lo mismo: dice que no sabe si se habría gastado ningún dinero para una cosa así. Le he contado al señor cuando veníamos en el tren, Mary, lo que dice tu marido sobre el gregoriano ese que cantan aquí en Stanford. Nos ha hecho reír de lo lindo, ¿verdad, señor?

—¡Desde luego que sí! ¡Ja, ja! —una vez más el señor Davidson se esforzó en hacer justicia a la gracia del guarda—. Pero si la señora Porter puede enseñarme la capilla —dijo—, creo que es el momento; porque los días no son largos, y quiero volver a Longbridge antes de que oscurezca del todo.

Aunque no hayan incluido una ilustración del palacio de Brockstone en la *Rural Life* (como creo que no la han incluido), no es mi intención señalar aquí sus excelencias. Sin embargo, quiero decir unas palabras sobre la capilla: se encuentra a unas cien yardas de la casa, y tiene un pequeño cementerio con árboles alrededor. Es un edificio de piedra de unos setenta pies de largo, de estilo gótico, según se entendía ese estilo a mediados del siglo XVII. En conjunto se parece a algunas capillas de los colegios universitarios de Oxford, salvo que tiene claramente presbiterio, como las iglesias

parroquiales, y un caprichoso campanario rematado en cúpula en la esquina sudoeste.

El señor Davidson no pudo reprimir una exclamación de complacida sorpresa, cuando le abrieron de par en par la puerta oeste, ante lo rico y completo de su interior: tejería, púlpito, asientos y vidrieras: todo era del mismo periodo. Y al adentrarse en la nave y descubrir el órgano con sus tubos repujados en oro en la galería oeste sintió llena su copa de complacencia. Las vidrieras de la nave eran en su mayor parte heráldicas, y en el presbiterio había estatuas como las que pueden verse en Abbey Dore, obra de Lord Sucdamore.

Pero esto no es una reseña arqueológica.

Mientras el señor Davidson se hallaba ocupado en examinar los restos del órgano (atribuido a uno de los Dallan., creo), el viejo señor Avery había subido renqueante al presbiterio y estaba quitando las fundas que cubrían los cojines de terciopelo azul de los sitiales. Evidentemente, aquí era donde se sentaba la familia.

El señor Davidson le oyó decir en tono un poco bajo de sorpresa:

—¡Mira, Mary; otra vez están abiertos!

La respuesta fue con una voz que sonó más malhumorada que sorprendida:

—¡Pché, vaya, no me diga!

La señora Porter acudió a donde estaba su padre, y siguieron hablando en voz más baja. El señor Davidson comprendió en seguida que discutían de algo no del todo normal, así que bajó los peldaños de la galería y se unió a ellos. No había el menor signo de desorden en el presbiterio, como tampoco en el resto de la capilla, que se veía hermosamente limpia; pero los ocho libros de oraciones en folio que descansaban sobre los cojines de los reclinatorios estaban evidentemente abiertos.

La señora Porter estaba protestando precisamente de eso.

—¿Quién será el que lo hace? —dijo—; porque no hay más llave que la mía, ni más puerta que la que acabo de abrir, y los ventanales tienen todos reja. Esto no me hace ninguna gracia, padre; ninguna gracia.

—¿Qué pasa, señora Porter? ¿Ocurre algo? —dijo el señor Davidson.

—No, señor; en realidad no es nada grave; son estos libros nada más. Cada vez que entro a limpiar aquí, casi, los cierro y los cubro con las fundas para que no cojan polvo. Lo vengo haciendo desde que me lo encargó el señor Clark, al principio de entrar a trabajar. Y ahí están otra vez, siempre abiertos por la misma página; y como yo digo: quienquiera que sea, lo hace con la puerta y las ventanas cerradas. Y como digo yo: cuando pasan cosas así a una le da no sé qué entrar sola, como tengo que hacer yo; y no es que sea de esas... de las que se asustan fácilmente quiero decir. Y el caso es que aquí no hay ratas; aunque las ratas no se entretienen en hacer esa clase de cosas; ¿no cree usted, señor?

—Difícilmente, diría yo. Pero es muy raro. ¿Y dice que siempre los encuentra abiertos por la misma página?

—Siempre por la misma, señor: por uno de los salmos. La primera vez o dos no me di cuenta; hasta que vi una rayita roja marcada; desde entonces he reparado siempre en ella.

El señor Davidson se acercó a los sitiales y echó una mirada a los libros. Efectivamente, estaban abiertos por la misma página: Salmo CIX; y arriba, entre el

número y el *Deus laudum*, había una rúbrica: «Para el día 25 de abril». Sin presumir de conocer con detalle la historia del Libro Común de Oraciones de la Iglesia Anglicana, sabía lo suficiente como para estar seguro de que ésta era un añadido extraño y totalmente espúreo; y aunque recordaba que el 25 de abril era el día de san Marcos, no se le ocurría qué relación podía haber entre este salmo feroz y dicha festividad. No sin cierta aprensión, se atrevió a pasar hojas para ver la portada; y consciente de que había que ser especialmente meticuloso en estas cuestiones, dedicó unos minutos a copiarla: la fecha de publicación era 1653; el impresor se llamaba Anthony Cadman. Fue a la lista de salmos para determinados días. Sí: añadida a cada uno encontró la misma; inexplicable indicación: *Para el día 25 de abril, el Salmo 109*. A un experto se le habría ocurrido indagar otros muchos detalles; pero como digo, este anticuario no lo era. Examinó la encuadernación: una hermosa encuadernación en piel azul estampada con el escudo que figuraba en varios ventanales de la nave en diversas combinaciones.

—¿Cuántas veces —preguntó finalmente a la señora Porter— ha encontrado estos libros abiertos así?

—No sabría decirle, señor; pero muchísimas. ¿Recuerda, padre, cuándo se lo dije la primera vez que me di cuenta?

—Ya lo creo, cariño; estabas boquiabierto, y no me extraña; fue hace cinco años, cuando vine a pasar el día de san Miguel con vosotros; y a la hora de comer entras tú diciendo: «Padre, los libros cubiertos con la funda están abiertos otra vez». Aunque yo, señor, no sabía de qué me estaba hablando, y digo: «¿Los libros?», y no digo nada más. Y va Harry y dice (Harry es mi yerno): «¿Quién puede haberlo hecho? —dice—; porque no hay más que una puerta, y la llave la tenemos nosotros —dice—. Y las ventanas están todas enrejadas. Bueno —dice—; como pille al que sea no le van a quedar ganas de volverlo a repetir». Y seguro estoy de que no le habrían quedado muchas, señor. Bueno, pues eso fue hace cinco años; y desde entonces ha venido ocurriendo de continuo, cariño. El joven señor Clark no parece darle mucha importancia. Claro que él no vive aquí y no tiene que entrar a limpiar por las tardes, ¿no le parece?

—Y aparte de eso, señora Porter, ¿ha notado algo más fuera de lo normal cuando está haciendo su trabajo aquí? —dijo el señor Davidson.

—No, señor —dijo la señora Porter—. Y me parece bastante raro, porque siempre tengo la sensación de que hay alguien sentado ahí: no, al otro lado, justo detrás del cancel, y mirándome mientras barro la galería y limpio los bancos. Pero hasta ahora no he visto nada anormal aparte de mí misma, puede decirse, y espero de verdad no verlo nunca.

III

En la conversación que siguió —que no fue muy larga— no hubo nada más que pueda añadirse a la relación del caso. Tras despedirse en términos cordiales del señor Avery y de su hija, el señor Davidson emprendió su excursión de ocho millas. El pequeño valle de Brockstone le llevó en poco tiempo al más ancho del Tent y a Stanford St. Thomas, donde tomó un refrigerio.

No hace falta que le acompañemos todo el trayecto hasta Longbridge. Pero cuando

se estaba cambiando de calcetines, antes de cenar, de repente se quedó en suspenso y exclamó medio en voz alta: «¡Diablos, eso es muy raro!» No se le había ocurrido antes lo extraño que era que existiese una edición del Libro común de Oraciones de 1653, o sea siete años antes de la Restauración, cinco años antes de la muerte de Cromwell, y cuando estaba castigado el uso de este libro, y no digamos su impresión. Debió de ser un hombre osado el impresor cuando puso su nombre y la fecha en la portada. Aunque puede que no fuera su nombre —reflexionó el señor Davidson—, si se tenían en cuenta los complicados subterfugios a que recurrían los impresores en tiempos difíciles.

Esa noche, estaba en el vestíbulo de «El Cisne» estudiando horarios e itinerarios de trenes, cuando paró ante la puerta un pequeño automóvil y se apeó un hombre bajo enfundado en un abrigo de piel, se detuvo en la escalinata, y dio instrucciones a su chófer con un acento chillón y extranjero. Al entrar se vio que tenía el cabello negro, el rostro pálido, barbita puntiaguda, y llevaba lentes de oro: muy atildado todo él.

Se dirigió a su habitación, y el señor Davidson no volvió a verle hasta la hora de la cena. Como eran los dos únicos huéspedes que cenaban esa noche, al recién llegado no le fue difícil encontrar una excusa para trabar conversación. Evidentemente, quería averiguar qué había traído al señor Davidson a este pueblo en esta época del año.

—¿Sabría decirme a qué distancia está Arlingworth de aquí? —fue una de sus primeras preguntas, y también una de las que arrojó cierta luz sobre sus propios planes; porque el señor Davidson se acordó de que había visto en la estación el anuncio de una subasta que iba a celebrarse en Arlingworth Hall, consistente en muebles antiguos, cuadros y libros. Así que el sujeto era un marchante de Londres.

—Lo siento —dijo—; no he estado nunca ahí. Creo que está cerca de Kingsbourne... no puede estar a menos de doce millas. Tengo entendido que se va a celebrar allí una subasta dentro de poco.

El otro le miró inquisitivamente, y se echó a reír.

—No —dijo como contestando a una pregunta—. No tiene por qué temer mi competencia. Me marcho mañana.

Esta aclaración despejó el ambiente; y el marchante, que se llamaba Homberger, confesó que lo que le interesaba eran los libros, y que creía que en las bibliotecas de las viejas mansiones campestres del contorno podía descubrir algo que mereciese el viaje.

—Porque nosotros los ingleses —dijo— tenemos desde siempre un talento especial para acumular rarezas en los lugares más inesperados, ¿no le parece?

Y en el transcurso de la velada estuvo de lo más interesante hablando de hallazgos realizados por él y otros.

—Después de la subasta aprovecharé la ocasión para darme una vuelta por los alrededores. ¿Sabe usted de algún lugar donde habría posibilidad de encontrar algo, señor Davidson?

Pero el señor Davidson, aunque había visto estanterías muy tentadoras en el palacio de Brockstone, se lo calló. No le caía bien el señor Homberger.

Al día siguiente, yendo en el tren, un rayito de luz vino a iluminarle uno de los enigmas del día anterior: había sacado casualmente un almanaque que había comprado para el nuevo año, y se le ocurrió mirar las efemérides del 25 de abril. Ponía lo siguiente: «San Marcos. Nacimiento de Oliver Cromwell, 1599».

Esto, unido a la pintura del techo, le pareció que explicaba muchas cosas. La figura de lady Sadlair cobró entidad a los ojos de su imaginación, apareciendo como la de alguien cuyo amor a la Iglesia y al rey había ido dando paso a un odio profundo al poder que había amordazado a la una y matado brutalmente al otro. ¿Qué extraño y maligno oficio religioso era el que ella y unos pocos como ella habían estado celebrando año tras año en ese valle remoto? ¿Y cómo diablos se las había arreglado para burlar al poder? Y además, ¿no estaba esa persistencia de los libros en aparecer abiertos en extraña consonancia con otros rasgos de su retrato, que él había tenido ocasión de contemplar? Sería interesante para cualquiera que visitase Brockstone el 25 de abril asomarse a la capilla a comprobar si ocurría algo fuera de lo normal. Y ahora que lo pensaba, no veía ninguna razón para no ser él esa persona. Él y, si era factible, algún amigo con sus mismas aficiones. Y decidió hacerlo así.

Dado que no sabía prácticamente nada sobre ediciones del Libro común de Oraciones, comprendió que debía asesorarse sobre esta cuestión sin dar a conocer sus motivos. Puedo añadir a continuación que sus indagaciones no le condujeron a nada. Un escritor de la primera mitad del siglo XIX, autor de una ampulosa y entusiasta disertación sobre libros aseguraba haber oído hablar de una edición anti-cromweliana del Libro común de Oraciones en pleno periodo de la república. Pero no decía que hubiese visto ningún ejemplar, y nadie le creyó. Estudiando el asunto, el señor Davidson descubrió que tal afirmación se basaba en ciertas cartas de un corresponsal que había vivido en las proximidades de Longbridge; así que pensó que en el fondo de esto se encontraban los Libros de Oraciones de Brockstone; con lo que se le despertó un momentáneo interés.

Pasaron meses, y se acercó el día de san Marcos. No había nada que impidiese al señor Davidson llevar a cabo su plan de visitar Brockstone, ni acompañarle al amigo al que había convencido, el único al que había confiado el enigma. Cogieron el mismo tren de las 9,45 que en enero le había llevado a él a Kingsbourne; y el mismo sendero que atravesaba los campos les llevó hasta Brockstone. Pero hoy se detuvieron más de una vez a coger una prímula; el bosque lejano y las lomas aradas eran ahora de otro color y en la arboleda del valle había, como dijo la señora Porter, «un delirio de pájaros; como que a veces no te dejan ni pensar».

Reconoció al señor Davidson en seguida, y se mostró dispuestísima a abrirles la capilla. El nuevo visitante, el señor Witham, se quedó tan impresionado como el señor Davidson la primera vez al ver lo completa que estaba en todos los aspectos.

—Seguro que no hay otra igual en toda Inglaterra —dijo.

—¿Ha encontrado abiertos los libros otra vez, señora Porter? —dijo Davidson mientras se dirigían al presbiterio.

—Mucho me temo que sí, señor —dijo la señora Porter, al tiempo que retiraba las fundas—. ¡Vaya, mire! —exclamó a continuación—: ¡si están cerrados! Es la primera vez que los encuentro así. Aunque no sería por falta de cuidado por mi parte si no lo estuvieran, se lo aseguro; porque, bien que palpé las fundas antes de cerrar, cuando terminó de fotografiar los ventanales el caballero de la semana pasada, y até todas las cintas. Ahora que lo pienso, no recuerdo haberlas atado nunca; a lo mejor, quienquiera que sea, los ha dejado estar por eso. Bueno, eso sólo viene a demostrar que si al

principio no se consigue una cosa, hay que insistir, insistir e insistir.

Entretanto, los dos hombres habían estado examinando los libros. Y ahora dijo el señor Davidson:

—Lo siento, señora Porter, pero me temo que aquí ha pasado algo. Éstos no son los mismos libros.

Sería demasiado largo detallar las voces que dio la señora Porter, y el interrogatorio que siguió. Lo sucedido fue esto: a primeros de enero había ido el caballero a ver la capilla, la alabó muchísimo, y dijo que volvería en primavera para tomar unas fotografías. Y hacía sólo una semana había llegado en su automóvil, con una pesada máquina de fotografiar en forma de caja con las placas, y la señora Porter le dejó encerrado porque dijo algo sobre una larga explosión, y ella temía que ocurriese algún daño; pero él dijo que no, que explosión no, sino que por lo visto la linterna que tomaba las fotografías trabajaba muy despacio; así que estuvo encerrado casi una hora, y después le abrió ella, y él se marchó con su caja y demás, dejándole una tarjeta, y ¡ay!, ¡por Dios, por Dios! ¡No quiero ni pensarlo!, debió de cambiar los libros y llevarse los antiguos en la caja.

—¿Cómo era ese hombre?

—¡Dios mío! Era un caballero bajo, si se le puede llamar caballero después de lo que ha hecho, con el cabello negro, o sea si era cabello, y lentes de oro, si es que eran de oro; la verdad es que una ya no sabe qué creer. Ya ni sé si era realmente inglés, aunque parecía conocer la lengua, y el nombre que ponía en su tarjeta era de lo más corriente.

—Era de esperar; ¿podríamos ver la tarjeta? Sí: T W Henderson, y una dirección cerca de Bristol. Bueno, señora Porter, está completamente claro que este señor Henderson, como dice llamarse, se ha llevado sus ocho libros y en su lugar ha dejado otros aproximadamente del mismo tamaño. Ahora escúcheme bien: creo que debe contárselo a su marido; pero ni usted ni él deben decir una sola palabra a nadie más. Si me da la dirección del administrador... el señor Clark, ¿no?, le escribiré informándole exactamente de lo ocurrido y le explicaré que en realidad no ha sido culpa suya. Pero comprenda que debemos guardar silencio. ¿Por qué?, pues porque ese hombre que ha robado los libros intentará venderlos de uno en uno (porque puedo asegurarle que valen bastante dinero), y el único medio de llegar a él es permanecer vigilantes y no decir nada.

A fuerza de repetir el mismo consejo de diversas maneras consiguió grabarle en la cabeza a la señora Porter la absoluta necesidad de guardar silencio, aunque se vio obligado a hacer una concesión en el caso del señor Avery, cuya visita esperaban en breve.

—Pero puede confiar en mi padre, señor —dijo la señora Porter—. Mi padre no es ningún charlatán.

No era ésa exactamente la experiencia del señor Davidson; no obstante, no había vecinos en Brockstone; además, incluso el señor Avery debía comprender que si se iba de la lengua en este asunto lo más probable sería que los Porter acabaran teniendo que buscarse otra colocación.

Por último le preguntó si el supuesto señor Henderson había llevado a alguien con él.

—No, señor; vino conduciendo él mismo su automóvil, y en cuanto a su equipaje, deje que recuerde: llevaba la linterna y la caja de las placas, que yo misma le ayudé a entrar en la capilla y a sacar después... ¡si lo llego a saber! Y al irse, cuando pasaba bajo el gran tejo que hay junto al monumento, vi en lo alto del automóvil un bulto blanco que no había notado cuando llegó. Pero iba él solo delante, señor, con las cajas detrás. ¿Y de veras cree usted, señor, que no se llamaba Henderson en realidad? ¡Ay, Dios mío, qué cosa más horrible! ¡Figúrese el lío que podía haberle acarreado a una persona inocente si llega a entrar sola, haciendo que recayera sobre ella la culpa!

Dejaron a la señora Porter hecha un mar de lágrimas. Durante el viaje de regreso deliberaron largamente sobre la mejor manera de vigilar las posibles subastas. Lo que había hecho Henderson-Homberger (porque no cabía duda de que se trataba del mismo individuo) era traer el número necesario de ejemplares del Libro común de Oraciones —ejemplares en desuso de capillas universitarias o lugares por el estilo, comprados evidentemente por la encuadernación, que era bastante parecida a la de los antiguos— y sustituir tranquilamente a los auténticos. Había transcurrido una semana sin que apareciera ninguna noticia sobre el robo. Seguramente tardaría algún tiempo en descubrir la rareza de los libros, y finalmente los «colocaría» discretamente. Davidson y Witham gozaban de una posición que les permitía estar al tanto de lo que ocurría en el mundo de los libros, y pudieron trazar un plan bastante eficaz. Un punto débil, de momento, era que ninguno de los dos sabía con qué otro nombre o nombres llevaba su negocio el tal Henderson-Homberger. Pero hay medios de resolver ese tipo de dificultades.

Sin embargo, todos estos planes se revelaron innecesarios.

IV

Nos trasladamos ahora, este mismo día 25 de abril, a una oficina londinense. Aquí encontramos, tarde ya y a puerta cerrada, a dos inspectores de la policía, un conserje y un joven oficinista. Estos dos, pálidos, visiblemente agitados y sentados en dos sillas, están siendo interrogados.

—¿Cuánto dice que llevaba trabajando para el señor Poschwitz? Seis meses ¿A qué se dedicaba? Asistía a las subastas en diferentes pueblos y regresaba con cajas de libros. ¿Tenía abierto algún establecimiento? No; los vendía aquí y allá, a veces a coleccionistas particulares. De acuerdo. Ahora veamos, ¿cuándo hizo el señor Poschwitz su último viaje? Hace algo más de una semana. ¿Le dijo adónde iba? No: dijo que saldría a la mañana siguiente de su domicilio privado y que no pasaría por la oficina (o sea por aquí) antes de dos días; usted debía venir como de costumbre. ¿Dónde tiene su domicilio particular? Ah, aquí está la dirección: en Norwood. ¿Tenía familia? ¿No en el país? Ahora veamos, ¿puede explicarnos lo ocurrido desde que regresó? Volvió el martes, y hoy es sábado. ¿Traía libros? Un paquete. ¿Dónde está? En la caja fuerte. ¿Tiene la llave? ¡Ah, es verdad!, está abierta. ¿Qué impresión le produjo cuando volvió? Estaba contento. Bien, pero ¿qué quiere decir con eso de raro? Dijo que quizá estaba incubando una enfermedad, ¿eh?, y que notaba un olor extraño del que no conseguía librarse. ¿Le dijo que si alguien solicitaba verle se lo anunciara antes de hacerle pasar?

¿No era normal eso en él? Y lo mismo se repitió el miércoles, el jueves y el viernes. Pasaba bastante tiempo fuera; decía que iba al Museo Británico. Iba allí a menudo a hacer indagaciones relacionadas con su negocio. Cuando estaba en la oficina se paseaba arriba y abajo sin parar. ¿Vino gente en esos días? Casi siempre cuando él no estaba. ¿Recibió a alguien? Al señor Collinson. ¿Quién es el señor Collinson? Un antiguo cliente. ¿Sabe su dirección? Muy bien, después nos la dará. Bueno, ahora veamos, ¿qué ha pasado esta mañana? A las doce ha dejado usted aquí al señor Poschwitz y se ha ido a casa. ¿Le ha visto alguien? El conserje. Ha estado en casa hasta que le hemos avisado que viniera. Bien, eso es todo.

»Ahora usted. Tenemos su nombre: Watkins, ¿no es así? Bien, puede empezar; no vaya demasiado deprisa para que podamos tomar nota.

—Pues yo me había quedado aquí de servicio más tiempo del normal porque el señor Potwrich me había pedido que no me fuera: conque mandó que le trajesen el almuerzo, y se lo trajeron. Yo estaba en el vestíbulo desde las once y media, así que he visto marcharse al señor Plight [el oficinista] alrededor de las doce. Después no ha venido nadie quitando el que ha traído el almuerzo del señor Potwrich a la una, que se fue a los cinco minutos. Ya por la tarde, cansado de esperar, he subido aquí. La puerta de fuera estaba abierta, y he entrado hasta esta puerta de cristal. El señor Potwrich estaba de pie detrás de la mesa fumando un cigarro; de repente lo ha dejado en la repisa de la chimenea, se ha metido la mano en el bolsillo, ha sacado una llave y ha ido a la caja fuerte. He llamado al cristal por si quería que le retirase la bandeja; pero por lo visto no me oía, ocupado como estaba en la caja fuerte. A continuación la abre, se inclina, y saca un paquete del fondo. Y entonces, señor, veo caer del interior de la caja hacia afuera lo que parecía un gran rollo de franela blanca andrajosa, como de cuatro o cinco pies de alto, y que se derrumba sobre el hombro del señor Potwrich mientras está agachado; entonces el señor Potwrich se endereza por así decir, apoyando las manos en el paquete, y suelta una exclamación. Y supongo que no lo va a creer, señor, pero tan cierto como que estoy aquí, que el rollo ese tenía en la parte de arriba una especie de cara. No puede sorprenderse más de lo que me he sorprendido yo, se lo aseguro; y eso que he visto cosas en mi vida. Sí, se la puedo describir si quiere: tenía un color parecido al de esa pared [la pared, pintada al temple, era de color terroso], con una venda enrollada debajo. Y los ojos... bueno, parecían secos, y era talmente como si tuviese dos arañas enormes en las cuencas. ¿Pelo?, no; no recuerdo que se le viera pelo. El lienzo le cubría la cabeza. Pero le aseguro que era algo absolutamente anormal. No; lo he visto sólo unos segundos, pero se me ha quedado grabado como una fotografía... ¡Ojalá no hubiera sido así! Sí, señor; ha caído sobre el hombro del señor Potwrich, y ha hundido la cara en su cuello; sí señor, en el lado donde tiene la herida... era como un hurón lanzándose sobre un conejo. Y el señor Potwrich ha caído rodando. Naturalmente he intentado forzar la puerta; pero como sabe, señor, estaba cerrada por dentro, y lo único que he podido hacer es llamar a todo el mundo. Ha venido el médico, la policía, y ustedes... y ya saben lo mismo que yo. Así que, si no me necesitan más por hoy, quisiera irme a casa: me siento peor de lo que creía al principio.

—Bueno —dijo uno de los inspectores al quedarse solos.

—¿Y bien? —dijo el otro inspector; y tras una pausa—: ¿qué dice el informe del

forense? Lo tienes ahí. Sí. El efecto en la sangre ha sido como el de la mordedura de la peor clase de serpiente: una muerte casi instantánea. Me alegro por él; el aspecto que presenta es horrible. En todo caso, no hay motivo para detener a este Watkins; lo sabemos todo sobre él. ¿Y la caja fuerte? Será mejor que la inspeccionemos otra vez. Y a propósito, no hemos abierto el paquete que iba a desenvolver en el instante en que le ha sobrevenido la muerte.

—Bueno, ve con cuidado —dijo el otro—; podría estar dentro la serpiente. Alumbra los rincones también. Desde luego, hay espacio para que quepa de pie una persona baja; pero, ¿y la ventilación?

—Tal vez —dijo el otro despacio, mientras inspeccionaba la caja fuerte con una linterna eléctrica—, tal vez no necesitaba mucha. ¡Válgame Dios, qué calor se nota al salir de ahí! Es como salir de una cripta. Oye, ¿qué es esa especie de sedimento de polvo que cubre la habitación? Debe de haber salido de ahí al abrirse la puerta; lo arrastras al moverte... ¿lo ves? Bueno, ¿qué piensas de esto?

—¿Que qué pienso? Pues lo mismo que del resto del caso. A lo que veo, se va a convertir en uno de los misterios de Londres. Y no creo que una caja fotográfica llena de Libros de Oraciones de tamaño grande nos conduzca a ninguna parte. Porque eso es lo que contiene este paquete.

Fue un comentario natural, aunque hecho a la ligera. El relato que antecede muestra que en realidad había elementos suficientes para construir un caso; y una vez que los señores Davidson y Witham llevaron a Scotland Yard las piezas que poseían, fue fácil ensamblarlas y completar el círculo.

Para alivio de la señora Porter, los dueños de Brockstone decidieron no restituir los libros a la capilla: se guardan, creo, en una caja de seguridad de un banco de la capital. La policía tiene sus propios métodos para evitar que ciertos asuntos salten a la prensa; de lo contrario, es difícil entender cómo el testimonio de Watkins sobre la muerte del señor Poschwitz no ha proporcionado multitud de titulares en grandes caracteres.

LOS MOJONES DE UNA PROPIEDAD VECINA

—«Como es natural, los que dedican la mayor parte de su tiempo a leer o escribir libros tienen tendencia a prestar una atención especial a cualquier acumulación de libros que les salga al paso. No pasan por delante de un puesto, de un escaparate o incluso de la estantería de un dormitorio sin echar una ojeada a los títulos, y si se encuentran en una biblioteca desconocida, ya no tiene el anfitrión que ocuparse de entretenerles. Reunir volúmenes diseminados o colocar bien los que la doncella ha puesto boca abajo al limpiar les parece tan atrayente como una pequeña obra de misericordia. Así, feliz en esa ocupación, y abriendo de cuando en cuando algún octavo del siglo XVIII para enterarme "de qué va" y concluir a los cinco minutos que se merecía el retiro del que ahora disfrutaba, había llegado yo a la mitad de una tarde lluviosa de agosto en Betton Court»...

—Muy victoriano empiezas —dije—; ¿continúa así?

—Por favor —dijo mi amigo, mirándome por encima de los lentes—, recuerda que mi cuna y mi educación son victorianas; no tiene nada de insólito que el árbol victoriano dé frutos victorianos. Además, ten en cuenta que hoy se escribe una inmensa cantidad de ingeniosas y sesudas tonterías sobre la época victoriana. Por ejemplo —prosiguió, dejando las hojas sobre sus rodillas—, ese artículo que salió el otro día en el suplemento literario del *Times*, «Los años aciagos»... ¿que está bien? Sí, por supuesto que está bien; pero ¡válgame Dios! Pásamelo, ¿quieres? Está ahí sobre la mesa, a tu lado.

—Creía que ibas a leerme algo escrito por ti —dije, sin moverme—; pero naturalmente...

—Es verdad —dijo—. Bueno, seguiré. Pero después me *gustaría* enseñarte lo que quiero decir. En fin... —volvió a coger las hojas y se ajustó los lentes:

—...En Betton Court, donde varias generaciones atrás se habían fusionado las bibliotecas de dos residencias campestres y ningún vástago de una y otra familia había acometido la empresa de apartar los ejemplares repetidos o deshacerse /de ellos. Ahora bien, no me propongo contaros las rarezas que pueda descubrir, los Shakespeare en cuarto encuadernados en volúmenes junto a opúsculos políticos y cosas por el estilo, sino una experiencia que me acaeció en el curso de mi investigación; una experiencia que no puedo explicar ni encajar en el esquema de mi vida ordinaria.

Era, como digo, una tarde lluviosa de agosto, y hacía además bastante viento y calor. Frente a la ventana se agitaban y lloraban grandes árboles. Entre unos y otros se veían extensiones de campo verde y amarillo (porque la residencia se alza en una ladera), y a lo lejos, montes azules velados por la lluvia. Arriba había un movimiento inquieto e incesante de nubes bajas que se desplazaban hacia el noroeste. Yo había suspendido unos minutos mi tarea (si puedo llamarla así) para mirar todo esto por la ventana. El agua chorreaba del tejado del invernadero, a la derecha, y de la torre de la iglesia que se alzaba detrás. Todo incitaba a seguir; no había visos de que fuese a aclarar durante horas. Así que volví a las estanterías, saqué una pila de ocho o nueve volúmenes con el rótulo de «opúsculos», y los llevé a la mesa para hojearlos con más

detenimiento.

La mayoría eran de la época de la reina Ana. Abundaban títulos como *La última paz*, *La última guerra*, *El comportamiento de los aliados*; había también *Cartas a un asambleísta*, *Sermones pronunciados en San Miguel de Queenhithe*, *Noticia sobre una postrera tarea encomendada por el ilustrísimo Sr. Obispo de*

Winchester (o más probablemente Winton) *a su clero*; cuestiones de gran vigencia en aquel entonces, y que aún conservaban gran parte de su antiguo acicate, al extremo de que me sentí inclinado a coger una butaca, sentarme junto a la ventana, y dedicarles más tiempo del que había pensado. Además, estaba algo cansado del día. El reloj de la iglesia dio las cuatro, y efectivamente eran las cuatro, porque en 1889 no se aplicaba el ahorro de luz.

Así que me acomodé. Al principio hojeé unos opúsculos sobre las guerras, recreándome en descubrir a Swift por su estilo entre toda aquella mediocridad.

Pero los opúsculos sobre las guerras requerían más conocimientos geográficos de los Países Bajos de los que yo poseía. Pasé a los que se referían a la Iglesia y leí varias páginas de lo que el deán de Canterbury decía a la «Sociedad para el Fomento del Saber Cristiano» con motivo de su aniversario en 1711. Cuando llegué a la carta de un beneficiado rural al Obispo de C...r, noté que me estaba adormilando; me quedé mirando unos segundos, sin sorpresa, la siguiente frase:

«Es una afrenta (me considero justificado para darle ese nombre) que su ilustrísima (de llegar a su conocimiento) no ahorraría esfuerzos en borrar. Pero estoy convencido de que su ilustrísima sabe tanto de su existencia como *Lo que anda por el bosque de Betton* Sabe por qué anda y por qué llora, como dice la canción campesina.»

Me enderecé en la butaca y recorrí las líneas con el dedo para asegurarme de que estaba leyendo correctamente. No había error. Nada más se podía sacar en claro del resto del opúsculo. El párrafo siguiente cambiaba por completo de asunto: «Pero ya he hablado bastante de esta *cuestión*», eran las palabras con que empezaba. Tan discreto era, también, el anónimo beneficiado que no había querido poner siquiera sus iniciales, y la carta la había mandado imprimir en Londres.

El misterio era de los que difícilmente despertarían el interés de nadie. Pero a mí, que he husmeado en montones de libros sobre costumbres y tradiciones populares, me pareció emocionante. Me empeñé en resolverlo... o sea, en averiguar qué historia escondía detrás. Y al menos, tenía suerte en una cosa: aunque podía haberme tropezado con el párrafo en la biblioteca de alguna lejana universidad, lo cierto era que me encontraba aquí, en Betton: en el mismísimo escenario de los hechos.

El reloj de la iglesia dio las cinco, y siguió un único golpe de gong. Anunciaba la hora del té, como yo sabía. Me levanté de la mullida butaca, y obedecí a la llamada.

En la residencia estábamos solos mi anfitrión y yo. Llegó poco después, empapado, tras efectuar el recorrido que suelen hacer los terratenientes, y con noticias locales que me comunicó antes de que yo tuviese ocasión de preguntarle si había algún lugar en los alrededores que se conociese todavía como el bosque de Betton.

—El bosque de Betton estaba a una milla escasa de aquí —dijo—, en lo alto de la colina de Betton. Mi padre arrancó lo que quedaba de él cuando tenía más cuenta plantar cereal que limpiar monte. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque —dije— en un antiguo opúsculo que he leído hace un rato hay dos versos de una canción regional que lo menciona; parece que hacen referencia a una historia. Alguien dice que alguien sabe de algo tanto como *Lo que anda por el bosque de Betton Sabe por qué anda y por qué llora*.

—¡Válgame Dios! —dijo Philipson—; entonces ¿sería por eso por lo que...? Se lo preguntaré al viejo Mitchell —siguió murmurando para sus adentros, y tomó un poco más de té con aire meditabundo.

—¿Sería por eso por lo que...? —dije.

—Sí; iba a decir, si sería por eso por lo que mi padre mandó arrancar el bosque. Te he dicho que fue para obtener más tierra de labranza, pero en realidad no sé si fue ésa la razón. No creo que se haya llegado a hincar el arado allí jamás; ahora es un tosco terreno de pasto. Pero hay un anciano al menos que puede que recuerde algo: el viejo Mitchell —consultó su reloj—. Y ahora mismo voy a acercarme a preguntarle. Pero no quiero llevarte conmigo —prosiguió—. Probablemente no contaría nada que considerase fuera de lo normal en presencia de un extraño.

—Bueno; procura acordarte de todo lo que te cuente. Entretanto, saldré si aclara. Si no, seguiré con los libros.

Aclaró; al menos lo bastante para convencerme de que valía la pena dar un paseo hasta la colina más cercana y echar una ojeada al panorama. No conocía el paisaje. Era la primera visita que hacía a Philipson y éste era el primer día. Así que bajé al jardín, crucé los arbustos mojados sin una idea fija, y me dejé guiar por un vago impulso —pero ¿fue tan vago en realidad?— que me incitaba a tomar la izquierda cada vez que llegaba a una bifurcación. El resultado fue que al cabo de diez minutos o más de marcha a ciegas entre filas goteantes de boj, alheña y laurel, me salió al paso un arco de piedra de estilo gótico, encajado en el muro de piedra que cercaba toda la propiedad. La puerta tenía una cerradura de resorte, así que tomé la precaución de dejarla entreabierta al salir al camino; crucé al otro lado, y seguí por un sendero estrecho y ascendente entre dos setos; caminé sin prisa durante lo menos media milla, y me metí en el campo donde terminaba. Ahora estaba en un lugar desde donde podía verse la residencia, el pueblo y los alrededores. Me acodé en una cerca y me puse a mirar hacia abajo en dirección a poniente.

Creo que todos conocemos los paisajes —¿son de Birker Foster, o un poco anteriores?— que, en forma de xilografías, decoran los libros de poesía que nuestros padres y abuelos exhibían en la mesa del salón: libros de «artística encuadernación en piel repujada», me parece que era la frase indicada. Me confieso admirador de esas ilustraciones, en especial de las que muestran al campesino inclinado sobre la portilla de un seto, contemplando abajo, al pie de la ladera, la torre de la iglesia rodeada de árboles venerables, y una fértil llanura cruzada de setos y flanqueada de colinas lejanas, detrás de la cuales el astro del día se está ocultando (o asomando) en medio de nubes horizontales iluminadas por sus últimos (o primeros) rayos. Las expresiones que aquí utilizo son las que me parecen más aptas para las estampas en las que estoy pensando, y si tuviera ocasión, intentaría retratar el valle, la arboleda, la cabaña, el torrente. Para mí, desde luego, esos paisajes son una belleza; y precisamente el que ahora contemplaba era uno de ellos: parecía sacado directamente de las «Joyas de la canción

sagrada, seleccionadas por una dama», y regaladas como presente de cumpleaños a Eleanor Philipson en 1852 por su afectuosa amiga Millicent Graves. De repente me volví como si me hubiese picado una avispa: una nota indeciblemente aguda, como el chillido de un murciélago sólo que diez veces más intensa me penetró por el oído derecho y me traspasó el cerebro... Fue una sensación de ésas que hace que te preguntes si te pasa algo en la cabeza. Contuve la respiración, me tapé el oído y me estremecí. Será la circulación: me quedará un minuto o dos más, pensé, y regresaré; pero antes tengo que grabarme bien en la memoria esta perspectiva. Sólo que al volver a mirar se había desvanecido su atractivo: el sol se había ocultado detrás de la colina y la luz se había ido de los campos; y cuando la campana del reloj dio las siete no me hizo pensar en las horas de amable descanso al final del día, en la fragancia de las flores y del bosque, en la brisa de la noche, o en cómo alguien, en alguna de las casas que había a una milla o dos, estaría diciendo: «¡Qué clara suena la campana de Betton esta noche después de la lluvia!» En vez de eso me venían imágenes de vigas polvorientas y arañas encaramadas y búhos feroces arriba en el campanario, y de olvidadas sepulturas con su feo contenido debajo, y del tiempo fugaz y todo lo que se había llevado de mi vida. Y en ese instante el chillido estremecedor —sonó tan cerca como si proviniese de unos labios a una pulgada de mi cabeza— volvió a traspasarme, por el oído izquierdo esta vez.

Ahora no había error posible: *provenía* de fuera. «Un grito puro, inarticulado», se me ocurrió de pronto. Fue lo más espantoso que había oído hasta entonces, y que he oído después; pero no percibí ninguna emoción en él, ni me pareció que revelara inteligencia. Su único efecto fue barrer todo vestigio, toda posibilidad de deleite, y hacer de este paraje un lugar donde no podía demorarme un instante más. Por supuesto, no se veía nada: pero estaba convencido de que, si esperaba, el chillido volvería a traspasarme con su estridencia interminable y sin objeto, y no estaba dispuesto a soportar esa experiencia una tercera vez. Volví apresuradamente al sendero y emprendí la bajada. Pero al llegar al arco de la tapia me detuve. ¿Estaba seguro del camino que debía coger entre esos paseos húmedos, que ahora se estaban volviendo aún más húmedos y oscuros? No. Me confesé mí mismo que tenía miedo; el chillido de la colina me había alterado los nervios a tal extremo que me daba cuenta de que no resistiría el pequeño sobresalto de un pájaro o un conejo saliendo de improviso de un arbusto. Escogí el camino que iba junto a la tapia, y no me alegré poco cuando llegué a la verja de la entrada y la casa del guarda, y vi a Philipson que en este momento regresaba del pueblo.

—¿Dónde has estado? —dijo.

—He ido por ese camino que sube a la colina que hay frente al arco de piedra.

—¿Ah, sí? Pues has estado cerca de lo que fue el bosque de Betton: es decir, si has subido hasta arriba y has entrado en el campo.

Y puede creermelo el lector: entonces fue cuando até cabos. ¿Le conté enseguida a Philipson lo que me había pasado? No. Yo no había tenido nunca experiencias de las que llaman supranaturales, supranormales ó suprafísicas; pero aunque me daba perfecta cuenta de que tenía que hablarle de esto sin tardanza, no quería precipitarme. Por otro lado, me parece haber leído que es corriente esa reacción.

Así que me limité a preguntarle:

—¿Has visto al anciano ese como querías?

—¿Al viejo Mitchell? Sí, le he visto; y le he sacado una historia. Después de cenar te la contaré. Es realmente extraña.

Y cuando estuvimos cómodamente sentados, después de cenar, procedió a darme cuenta textual, como él dijo, de la entrevista celebrada. Había encontrado a Mitchell, con sus casi ochenta años, en su silla de brazos. La hija casada con la que vivía iba y venía preparando el té.

Y tras los saludos acostumbrados, atacó:

—Mitchell, vengó a que me hable del bosque.

—¿De qué bosque, señor Reginald?

—Del bosque de Betton. ¿Se acuerda de él?

Mitchell alzó una manó lentamente y señaló con dedo acusador:

—Su padre fue el que acabó con el bosque de Betton, señor Reginald. Es lo único que le puedo decir.

—Bueno, eso ya lo sé, Mitchell. No hace falta que me mire como si fuese yo el culpable.

—¿El culpable? No; ya digo que fue su padre el que lo hizo, antes de que naciera usted.

—Sí, y para decir la verdad, fue su padre quien le aconsejó que lo hiciera; y quiero saber por qué.

Mitchell pareció un poco divertido.

—Bueno —dijo—, mi padre era guardabosque de su padre, como lo había sido de su abuelo; y si no hubiera sabido su ofició, se habría dedicado a otra cosa. Y si aconsejó eso, sus motivos tendría, ¿no cree?

—Por supuesto; y lo que yo quiero es que me diga cuáles eran.

—Bueno, señor Reginald, ¿qué le hace pensar que sé cuáles pudieron ser sus motivos después de tantos años?

—Bueno, desde luego ha pasado mucho tiempo y es fácil que los haya olvidado, si es que los supo alguna vez. Creó que el único recurso que me queda es ir a preguntarle al viejo Ellis.

Este comentario produjo el efecto que yo esperaba.

—¿Al viejo Ellis? —gruñó—. La primera vez que oigo a alguien decir que el viejo Ellis es útil para algo. Le creía más despierto, señor Reginald. Me gustaría saber por qué piensa que el viejo Ellis puede informarle mejor que yo sobre el bosque de Betton, y qué derecho tiene a que le ponga usted por delante de mí.

Su padre no fue guardabosque del lugar; fue labrador; eso es lo que fue. Y lo que él puede contarle se lo puede contar cualquiera; se lo aseguró.

—Así es, Mitchell; pero si usted, que lo sabe todo sobre el bosque de Betton, no me lo quiere decir, la única posibilidad que me queda es intentar averiguarlo por otra persona, y el viejo Ellis lleva en el lugar casi tanto tiempo cómo usted.

—¡Eso no es verdad, yo llevé dieciocho meses más! ¿Quién dice que no quiero contarle nada sobre el bosque? Yo no pongo ninguna pega; sólo que es un asunto muy raro, y pienso que no estaría bien que fuera de boca en boca por toda la comarca. Tú, Lizzie: vete a la cocina y estate allí un rato; el señor Reginald y yo tenemos que hablar

un poco a solas. Pero una cosa me gustaría saber, señor Reginald: ¿qué le ha hecho venir hoy a preguntarme sobre eso?

—Es que me acabó de enterar por casualidad de un antiguo rumor sobre algo que andaba por el bosque de Betton, y me preguntó si tuvo algo que ver con que lo arrancaran; nada más.

—Pues sí; es verdad, señor Reginald, comoquiera que se haya enterado. Y creó que puedo decirle las razones mejor que nadie de por aquí, y sobre todo mejor que el viejo Ellis. Verá lo que ocurrió: el caminó más cortó a la granja de Allen cruzaba el bosque, y cuando éramos pequeños nuestra madre iba varias veces a la semana a la granja a traer dos pintas de leche; porque el señor Allen, que llevaba la granja del padre de usted, era un buen hombre que ayudaba de esa manera a todo el que tenía niños que criar. Pero no le importe eso ahora. El caso es que a mi pobre madre no le hacía gracia cruzar el bosque porque corrían muchas historias en el lugar, y rumores como el que usted menciona. Pero a veces, cuando acababa tarde el trabajo, se veía obligada a acortar por el bosque; y siempre que lo hacía, volvía a casa muy nerviosa. Recuerdo que mi padre y ella hablaron del particular; que decía él: «De acuerdo, pero no puede hacerte daño ninguno, Emma»; y ella dijo: «¡Ah, no te puedes figurar cómo es, George; me traspasaba la cabeza —dice—; me ha dejado tan atontada que no sabía ni dónde estaba! Mira, George —dice—, no es lo mismo cuando pasas por allí al atardecer. Tú siempre pasas de día, ¿no?» Y dice él: «Pues claro; ¿te crees que soy tonto?» Y así. Con el tiempo, creó que eso la consumió, porque sólo podía ir a traer la leche por la tarde, y nunca quiso mandarnos a ninguno de nosotros por temor a que nos lleváramos un susto. Ni quiso decirnos nada de todo esto. «No —dice—; bastante mal lo paso yo. No quiero que lo sufra ninguno de los niños; ni que se enteren». Pero recuerdo que contó una vez: «Bueno, al principio es como un chasquido de ramas entre los arbustos que viene hacia mí o que me sigue detrás, y entonces suena ese chillido que parece que me va a taladrar la cabeza de parte a parte; y cuanto más tarde es, más me arriesgo a que me pase dos veces». Yo entonces le pregunté: «¿Es como si alguien estuviera andando sin parar de un lado para otro?» Y dice: «Sí, así es; pero no se me ocurre qué puede querer la pobre». Y digo yo: «¿Es que es mujer, madre?» Y dice ella: «Sí; he oído que es una mujer».

»Bueno, al final mi padre fue a hablar con su padre de usted y le dijo que el bosque era un bosque maligno. "Nunca ha habido en él ningún animal, ni ha visto nadie nidos de pájaros —dice—, de manera que no le sirve de nada". Y después de mucho hablar, su padre fue a ver a mi madre, y se dio cuenta de que no era de esas bobas a las que cualquier insignificancia les hace perder el juicio, y se convenció de que algo pasaba; después preguntó a la gente de los alrededores, y creo que averiguó algunas cosas, y las escribió en un papel que seguramente estará en la residencia, señor Reginald. Y entonces mandó arrancar el bosque. Todo el trabajo se hizo durante el día, recuerdo; a las tres se iban todos y no se quedaba nadie.

»—¿No encontraron nada que lo explicara, Mitchell? ¿Huesos o algo por el estilo?

»—Nada de nada, señor Reginald; sólo la señal de una valla y una zanja a lo largo del centro, por donde está ahora el seto vivo más o menos. Con el trabajo que hicieron, si hubiesen hecho desaparecer a alguien allí, seguro que lo habrían encontrado. Pero no sé si sirvió de mucho, en realidad. A la gente de aquí parece que le gusta ese lugar tan

poco como antes.

»Eso es cuanto he conseguido sacarle a Mitchell —dijo Philipson—. Y como casi todas las explicaciones, nos deja prácticamente donde estábamos. Veré si encuentro ese papel.

—¿Cómo es que tu padre no te contó nunca lo que pasaba? —dije.

—Murió antes de que yo llegara a edad escolar, y supongo que no quiso asustarnos a los niños con esa historia. Recuerdo que la niñera me zarandeó y me dio un cachete por echar a correr por ese sendero hacia el bosque cuando volvíamos una tarde de invierno, a última hora. En cambio durante el día nadie nos prohibía que fuéramos si queríamos... sólo que no nos apetecía.

—Hum —dije; y a continuación—: ¿Crees que encontrarás ese papel que escribió tu padre?

—Sí —dijo—, casi seguro. Si no me equivoco, debe de estar en ese armario que tienes detrás. Hay un montón de papeles especialmente apartados, la mayoría los he ido examinando a pocos, y sé que hay un sobre donde pone «Bosque de Betton». Lo que pasa es que como no existe ya ningún bosque en Betton, me pareció que no valía la pena abrirlo, y no lo he hecho. Pero vamos a hacerlo ahora.

—Antes —dije (aún vacilaba, pero pensé que quizá era el momento de hacer mi revelación)—, permíteme decirte que creo que Mitchell tiene razón cuando duda que el hecho de haber arrancado el bosque haya resuelto el problema —y le conté lo que ya sabéis. No hace falta decir que Philipson se mostró interesado.

—¿Entonces sigue allí? —dijo—. Es asombroso. Escucha: ¿por qué no vienes conmigo allí ahora, a ver qué ocurre?

—Ni hablar —dije—; y si supieras lo que se siente, lo que harías es tomar la dirección contraria. No hablemos más de eso. Anda, abre el sobre y veamos qué averiguó tu padre.

Así lo hizo, y me leyó las tres o cuatro páginas de notas que contenía. Al principio había escrito un lema de *Glenfinlas*, de Scott, que me pareció bien escogido:

Por donde anda, dicen, el espectro que chilla

A continuación venían las notas que había tomado de lo que había hablado con la madre de Mitchell, de las que entresaco sólo la siguiente: «Le he preguntado si no le ha parecido ver nunca nada que explique los chillidos que oye. Me ha dicho que sólo una vez, la tarde en que se le hizo de noche del todo mientras cruzaba el bosque; el ruido de los arbustos la hizo volverse a mirar, y le pareció ver un bulto envuelto en harapos, con los brazos extendidos hacia adelante y caminando deprisa; al punto echó a correr hacia el paso de la cerca, y se desgarró el vestido al saltar».

Después había ido a ver a dos personas más, a las que encontró muy poco dispuestas a hablar. Al parecer pensaban, entre otras cosas, que esto podía acarrear mala fama al contorno. Sin embargo logró convencer a una de ellas, a la señora Emma Frost, de que le repitiese lo que le había contado su madre. «Dicen que era una dama de título, casada dos veces, cuyo primer marido se llamaba Brown, o puede que Bryan ("Sí, la residencia fue de los Bryan antes de que pasara a nuestra familia", explicó Philipson);

esta dama quitó los mojones de su vecino y se adueñó de un gran trozo del mejor pasto del municipio de Betton que pertenecía a dos niños que no tenían a nadie que hiciese valer sus derechos. Dicen que andando el tiempo esta dama fue de mal en peor, falsificó unos documentos con los que obtuvo miles de libras en Londres, pero al final se comprobó su falsedad ante la ley, y muy probablemente habría sido juzgada y condenada a muerte si no llega a huir a tiempo. Pero nadie escapa a la maldición que cae sobre el que toca unos mojones, por lo que no podrá abandonar Betton a menos que alguien los devuelva a su sitio».

Al final había una nota que decía: «Siento no haber podido encontrar ningún dato sobre los propietarios anteriores de la tierra que linda con el bosque. No vacilo en decir que si averiguara el paradero de sus representantes haría lo que fuese para reparar el daño que se les causó hace ya bastantes años; porque es evidente que hay algo que turba el bosque de manera muy extraña, según cuenta la gente del lugar. Dado que ignoro tanto la cantidad de tierra anexionada como la identidad de sus legítimos dueños, me he impuesto la obligación de separar los beneficios de esa parte de la finca, y la norma de destinar la cantidad equivalente al rendimiento de unos cinco acres al bien común del municipio y a obras de caridad. Espero que los que me sucedan juzguen de justicia continuar con esta práctica».

Esto es lo escrito por el anterior señor Philipson; a los que como yo son lectores de «Juicios Nacionales» seguramente les habrá iluminado bastante la situación: recordarán cómo entre el año 1678 y 1684 lady Ivy, de soltera Theodosia Bryan, fue alternativamente demandante y demandada en una serie de pleitos en los que intentó presentar una demanda contra el deán y el cabildo de St. Paul por un considerable y muy valioso trozo de tierra de Shadewell; cómo en el último de esos juicios, presidido por el juez Jeffreys, se probó que los hechos en los que basaba su demanda eran pruebas falsas fabricadas por orden suya; y cómo, tras una denuncia contra ella por falsedad y perjurio, desapareció, al extremo de que ningún experto ha sido capaz de decir nunca qué fue de ella.

¿No indica todo esto que acabo de contar, que aún se la puede oír en el escenario de una de sus primeras y más victoriosas hazañas?

—Esto es —dijo mi amigo mientras doblaba el documento— una relación fidedigna de mi única experiencia extraordinaria. Y ahora...

Pero tenía tantas cosas que preguntarle (si su amigo había localizado al verdadero dueño de la tierra, si había modificado el trazado de la valla, si aún se oían los chillidos, cuáles eran el título y la fecha del opúsculo, etc., etc., que llegó y pasó la hora de acostarse sin que tuviera ocasión de volver al suplemento literario del *Times*.

[Gracias a las investigaciones de sir John Fox, en su libro sobre *El juicio de lady Ivie* (Oxford, 1929), sabemos hoy que mi heroína murió en la cama en 1695, habiendo sido absuelta —sabe Dios cómo— de falsedad de documento, de la que sin duda era culpable].

PANORAMA DESDE LA COLINA

Qué agradable resulta viajar solo en un vagón de primera clase el primer día de unas largas y prometedoras vacaciones, y distraerse contemplando de cuando en cuando el paisaje inglés menos conocido, cada vez que el tren se detiene en una estación. Con el mapa sobre las rodillas, uno busca los pueblos apiñados a derecha e izquierda de los campanarios de sus iglesias. Y se maravilla ante la completa quietud que reina en los andenes, turbada sólo por el crujido de unos pasos en la grava. Sin embargo, esa sensación de quietud es más intensa en el crepúsculo, y el viajero en quien estoy pensando realizaba su viaje una soleada tarde de mediados de junio.

Se había internado en los campos. Bastará con que diga que, si dividimos el mapa de Inglaterra en cuatro cuadrantes, tendríamos que situarle en el que corresponde al sudoeste.

Era nuestro hombre una persona dedicada a la enseñanza, y acababa de finalizar el curso académico. Había emprendido el viaje para visitar a un amigo mayor que él. Se conocieron no hacía mucho en unas investigaciones oficiales que realizaban en un pueblo; y habían descubierto que tenían hábitos comunes y que congeniaban, y el resultado fue que el hacendado Richards había invitado al señor Fanshawe a pasar unos días con él, cosa que iba en aumento de realizarse.

El viaje tocó a su fin a eso de las cinco. Un alegre mozo de estación informó a Fanshawe que había pasado el coche de la finca y había dejado dicho que iba a recoger algo a una media milla de la estación, por lo que rogaba al señor que tuviera la amabilidad de esperar unos minutos a que regresara.

—Pero, bueno —prosiguió el mozo—, puesto que ha traído bicicleta, a lo mejor prefiere ir solo. Es todo recto por la carretera, y luego sé tuerce a la izquierda por el primer camino que cruza, a unas dos millas de aquí; ya me ocuparé yo de que recoja el coche su equipaje. Perdone que le sugiera esto, pero me parece que le resultará más agradable un paseo en bicicleta. Sí, señor, hace un tiempo espléndido para los amantes del ejercicio físico; a ver, aquí está el tablón de su máquina. Gracias, señor, muchas gracias. No tiene pérdida, etc., etc.

Un paseo de dos millas en bicicleta era precisamente lo que necesitaba, después de un día de tren, para despejarse del embotamiento y abrir el apetito para la hora del té. Y cuando divisó la mansión, le pareció también prometedora del descanso que necesitaba, después de varios días de juntas y reuniones académicas. No era ni apasionantemente vieja ni deprimentemente nueva. A medida que pedaleaba, Fanshawe iba observando algunos detalles: paredes revocadas, ventanas de guillotina, árboles añosos, césped recortado... El hacendado Richards, hombre fornido, de unos sesenta años escasos, le esperaba en la entrada con manifiesta alegría.

—Primero vamos a tomar el té —dijo—, ¿o prefieres algo más fuerte? ¿No? De acuerdo, el té está preparado en el jardín. Vamos allá, los criados se ocuparán de guardarte la bicicleta. A mí siempre me gusta tomar el té bajo un tilo que hay junto al río, en días como éste.

No podía elegirse paraje más idílico; el ambiente estival de la tarde, la sombra y la fragancia de un tilo enorme, y el agua fresca y rumorosa a cinco yardas escasas. Transcurrió bastante tiempo antes de que ninguno de los dos hablara de abandonar el sitio. Pero a eso de las seis, el señor Richards se incorporó, sacudió su pipa y dijo:

—Ahora que empieza a refrescar, podríamos dar una vuelta, ¿te parece bien? De acuerdo, entonces sugiero que subamos por el parque y que vayamos hacia la colina, desde donde se domina el panorama del campo. Nos llevaremos un mapa, así te iré enseñando dónde están las cosas; puedes ir en bicicleta, o vamos en coche, según quieras hacer ejercicio o no. Si estás dispuesto, podemos ponernos ya en camino. Estaremos de vuelta antes de las ocho con toda facilidad.

—Estoy dispuesto. Quisiera llevar mi bastón; ¿tienes gemelos? Yo le he dejado los míos a un individuo hace una semana, pero se ha marchado Dios sabe dónde y se los ha llevado consigo.

El señor Richards reflexionó:

—Sí —dijo—, tengo unos; pero no los utilizo, y además, no sé si te servirán. Son anticuados y pesan el doble que los que hacen hoy. Te los puedes llevar si quieres, pero no seré yo quien cargue con ellos. A propósito, ¿qué quieres de beber para después de cenar?

Manifestó que le era indiferente, y cuando entraron en el recibimiento habían llegado ya a un acuerdo; Fanshawe cogió su bastón, y el señor Richards, después de pellizcarse el labio pensativamente, abrió un cajón de la mesa, sacó una llave, se dirigió a una alacena, la abrió, sacó una caja y la colocó sobre la mesa.

—Los gemelos están aquí —dijo—. El estuche tiene un truco para abrirlo, pero lo he olvidado. Inténtalo tú.

Así, pues, Fanshawe probó a abrirlo. No tenía agujero de cerradura; era una caja sólida, pesada, suave; evidentemente había que apretar en alguna parte para abrirla.

«Debe de ser en las aristas —se dijo—. Además, son condenadamente cortantes», añadió llevándose el pulgar a la boca, tras hacer fuerza en una de las aristas inferiores.

—¿Qué te ha pasado? —dijo el hacendado.

—Que tu maldita caja Borgia me ha arañado, demonio —dijo Fanshawe.

El hacendado chascó la lengua con disgusto.

—Bueno, pero en definitiva, has conseguido abrirla —dijo.

—¡Es cierto! Bueno, no vamos a regatear una gota de sangre en una noble causa; aquí están los gemelos. Desde luego, *pesan* lo suyo.

—¿Listo? —dijo el hacendado—. Vamos, pues; saldremos por el jardín.

Así lo hicieron; salieron al parque que subía directamente hacia la cima de, la colina que, como Fanshawe había visto desde el tren, dominaba todo el panorama. Era una estribación de una loma que se extendía detrás. Por el camino, el hacendado, asomándose al borde de los terraplenes, le iba indicando diversos puntos donde se distinguían o parecía haber vestigio de trincheras y demás.

—Y aquí —dijo, deteniéndose en un paraje más o menos llano, con un gran círculo de árboles alrededor— está la villa romana de Baxter.

—¿De Baxter? —dijo Fanshawe.

—Se me olvidaba; tú no le conocías. Era el dueño de esos gemelos. Creo que los

hizo él mismo. Era un viejo relojero del pueblo, y un gran anticuario. Mi padre le dio permiso para que excavara donde quisiera; y cuando hacía un descubrimiento, tenía costumbre de pedirle prestado uno o dos hombres para que le ayudaran a cavar. Llegó a reunir un número sorprendente de objetos; y al morir, hará unos diez o quince años, compré yo todas sus pertenencias y las regalé al museo del pueblo. Un día de estos pasaremos a verlas. Los gemelos formaban parte del lote, pero me los quedé, naturalmente. Si los examinas, verás que son un trabajo de aficionado..., el armazón; las lentes, por supuesto, no son obra suya.

—Sí, ya veo que es exactamente el tipo de trabajo que un artesano podría ejecutar en un campo distinto al suyo. Pero lo que no comprendo es por qué los hizo tan pesados. ¿De veras encontró aquí una villa romana?

—Sí; aquí donde estamos ahora hay un pavimento, completamente cubierto por la hierba. Es demasiado tosco y simple para que valga la pena descubrirlo; aunque, desde luego, le sacó el plano de su trazado; la cerámica y los objetos pequeños que extrajo eran bastante buenos. Era un individuo habilidoso el viejo Baxter; parecía que tenía un instinto especial para estas cosas.

Representaba una ayuda inestimable para nuestros arqueólogos. A veces cerraba su tienda durante una temporada y se dedicaba a merodear por el término municipal, marcando lugares sobre un mapa militar en los puntos donde se olía que había algo; tenía, además, un libro con anotaciones detalladas de los lugares marcados. Desde su muerte se han hecho exploraciones de sondeo en muchos de estos puntos señalados por él, y se ha comprobado que en todos estaba en lo cierto.

—¡Sí que era bueno! —exclamó Fanshawe.

—¿Bueno? —dijo el hacendado, deteniéndose de repente.

—Me refiero a que era útil tenerle aquí —dijo Fanshawe—. ¿Es que era mala persona?

—No lo sé —dijo el hacendado—; lo único que puedo decir es que, si era bueno, no tenía suerte. No le miraban con buenos ojos... A mí, desde luego, no me caía bien —añadió tras una pausa.

—¿No? —dijo Fanshawe en tono interrogante.

—No; pero dejemos en paz a Baxter; además, este trecho que estamos subiendo es el más difícil, y prefiero no hablar mientras subimos.

Verdaderamente, esa tarde hacía calor, mientras subían por aquella hierba resbaladiza.

—Te dije que te traería por el camino más corto —jadeó el hacendado—, pero ahora estoy arrepentido. De todos modos, no nos vendrá mal un baño cuando regresemos. Ya estamos; éste es el sitio.

Un pequeño grupo de pinos coronaba la cima del cerro, y en el borde, dominando lo mejor del paisaje, había un sólido y amplio asiento en el que se acomodaron los dos, se enjugaron la frente y recobraron el aliento.

—Bueno —dijo el hacendado tan pronto como fue capaz de hablar con normalidad—, aquí es donde entran en función los gemelos. Pero será mejor que eches primero una mirada general. Nunca se había visto tan espléndido como hoy, ¡palabra!

Escribiendo, como estoy haciendo ahora, de noche, con el viento invernal

azotando las ventanas y el mar embistiendo y estrellándose a un centenar de yardas, me resulta difícil referir los sentimientos y palabras que podrían darle a mi lector la idea de una tarde de junio, así como del maravilloso paisaje inglés del que estaba hablando el hacendado.

Más allá de la extensa llanura contemplaban una cadena de colinas en cuyas partes elevadas —cubiertas de una verde hierba unas y de bosque otras— daba la luz de un sol poniente no muy bajo todavía. Toda la llanura era fértil, aunque el río que la atravesaba no aparecía a la vista. Había matorrales, campos de trigo verde, cercas y pastos; una espesa nubecilla blanca se deslizaba marcando la trayectoria del tren de la tarde. A continuación fueron descubriendo granjas rojizas y casas grises, y próximas a la propiedad se divisaban numerosas cabañas diseminadas por los alrededores; después estaba la mansión solariega, cobijada al pie de un cerro. El humo de las chimeneas subía azulenco y perpendicular. Había olor a heno en el aire, y a rosas silvestres en los matorrales de alrededor: era el apogeo del verano.

Tras unos minutos de muda contemplación, el hacendado comenzó a indicarle los rasgos más sobresalientes, los cerros y los valles, y a explicarle dónde estaban situadas las aldeas y los pueblos.

—Bueno —dijo—, con los gemelos podrás divisar la abadía de Fulnaker. Mira hacia aquel inmenso campo verde, por encima del bosque que hay allá detrás, al otro lado de la granja que se ve encima de la loma.

—Sí, sí —dijo Fanshawe—. Ya lo veo. ¡Qué preciosa es la torre!

—Creo que te has equivocado —dijo el hacendado—; por lo que recuerdo, no hay ninguna torre, a no ser que sea la iglesia de Oldbourne lo que estás viendo. Y si esa torre te parece preciosa es que tienes muy buen conformar.

—Bueno, a mí me parece preciosa —dijo Fanshawe, que seguía mirando a través de los gemelos—, tanto si es la de Oldbourne como si no. Y debe de pertenecer a una iglesia bastante grande; da la impresión de que es una torre central; tiene cuatro pináculos grandes en las esquinas y otros cuatro más pequeños entre medias. Desde luego, tengo que ir a verla. ¿Estará muy lejos?

—Oldbourne está a unas nueve millas, quizá menos —dijo el hacendado—. Hace mucho que no he estado allí, pero no recuerdo haber visto nada interesante. Voy a enseñarte otra cosa.

Fanshawe había bajado los gemelos, pero seguía mirando en la misma dirección.

—No —dijo—; a simple vista no se ve nada. ¿Qué era lo que me ibas a enseñar?

—Es bastante más a la izquierda..., no es difícil de localizar. ¿Ves la colina que forma como una abrupta prominencia cubierta de espeso bosque? Está lindando con aquel árbol solitario que hay en lo alto del cerro grande.

—Claro que la veo —dijo Fanshawe—, y me parece que puedo decirte cómo se llama.

—¿De veras? —dijo el hacendado—. A ver.

—El Monte de las Horcas —contestó.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Bueno, si no querías que lo adivinara, no haber mandado poner ese simulacro de horca con una figura colgando.

—¿Cómo? —dijo el hacendado con brusquedad—. En esa colina no hay más que bosque.

—Ni hablar —dijo Fanshawe—; en la parte de arriba hay un espacio bastante grande cubierto de hierba, con la horca de marras en el centro; y hasta me había parecido antes que había gente. Pero no se ve a nadie..., ¿o sí? No estoy seguro.

—Tonterías, Fanshawe; en esa colina no hay ni simulacros de horcas ni nada por el estilo. Es todo bosque..., está repoblada de árboles relativamente jóvenes. Yo mismo he estado allí hará cosa de un año. Déjame los gemelos, aunque supongo que no voy a ver nada —y tras una pausa, añadió—. No, ya lo sabía yo; no se ve ni rastro de lo que dices.

Entre tanto, Fanshawe escudriñaba la colina... Debía de estar a unas dos o tres millas solamente.

—Vaya, es muy extraño —dijo—; mirando sin los gemelos, parece enteramente un bosque —los cogió y volvió a mirar con ellos—. Es un efecto de lo más raro. La horca se ve perfectamente; igual que el prado de hierba; y hasta me parece que hay gente, y carruajes, al menos un carruaje, con dos personas en él. Pero sin los gemelos no hay nada. Debe de ser cuestión de algún efecto de esta luz sesgada del atardecer; otro día subiré a una hora más temprana, cuando el sol esté alto.

—¿Dices que has visto gente y un carruaje en aquel monte? —dijo el hacendado con incredulidad—. Aunque hubieran talado los árboles, ¿qué iban a hacer allí a estas horas? No digas tonterías..., mira otra vez.

—Bueno..., juraría que he visto gente. Sí, la hay; muy poca, desde luego, y ya se están marchando..., ¡por Júpiter!, parece como si colgara algo de la horca. Estos gemelos son tan terriblemente pesados que me es imposible sostenerlos todo el rato. De todos modos, te aseguro que no hay bosque de ninguna clase. Me tienes que indicar el camino en el mapa para ir mañana mismo a ver eso.

El hacendado, con el ceño fruncido, permaneció en silencio durante un rato. Por último, se levantó y dijo:

—Bueno, supongo que será mejor ir a cerciorarse. Ahora lo más conveniente es que nos marchemos. Vamos a tomar un baño y a cenar —y durante el camino de regreso estuvo poco comunicativo.

Volvieron por el jardín y pasaron al vestíbulo principal a dejar los bastones, etc., en su sitio. Y aquí encontraron a Patten, el viejo mayordomo, en un estado de evidente excitación.

—Perdone, amo Henry —empezó inmediatamente—, pero me temo que alguien ha estado aquí haciendo de las suyas —y señaló el estuche de los gemelos abierto.

—¿No es más que eso, Patten? —dijo el hacendado—. ¿Es que no puedo coger mis gemelos y dejárselos a un amigo? Los compré con mi dinero en la subasta del viejo Baxter, ¿no?

Patten asintió poco convencido.

—Bueno, por supuesto, amo Henry; además, que ya le conocía usted de sobra. Pero me parece conveniente recordarle que ese estuche no lo ha tocado nadie desde que el señor lo guardó ahí; y, con perdón, desde que pasó...

Había bajado la voz, y Fanshawe no pudo oír lo demás. El hacendado replicó con unas palabras y una risa áspera, e invitó a Fanshawe a que le acompañara para

mostrarle su habitación. Yo no creo que sucediera nada más la noche a la que se refiere mi relato.

Salvo, quizá, la sensación que le invadió a Fanshawe, durante las primeras horas de la madrugada, de que se le había manifestado algo que no debía. Algo que se había introducido en sus sueños: paseaba por un jardín que le daba la impresión de conocer, y se detuvo ante unas ruinas; había visto viejas piedras labradas, fragmentos de tracerías de ventanales de iglesia, e incluso trozos de imágenes. Una de éstas atrajo su curiosidad; parecía un capitel con varias escenas esculpidas. Sintió la necesidad de sacarlo de donde estaba; se abrió paso, y con una facilidad que le dejó asombrado, apartó las piedras que estorbaban y tiró del bloque. Al hacerlo, cayó a sus pies un letrero de hojalata con un ligero estrépito metálico. Lo cogió y lo leyó:

«No quite esta piedra bajo ningún concepto. Suyo affmo., J. Patten».

Como suele suceder en los sueños, comprendió que esta advertencia era de extrema importancia; y con una ansiedad próxima a la angustia, miró a ver si por fin había movido la piedra de su sitio. Efectivamente, la había movido; de hecho, no sabía dónde había ido a parar. Y al quitarla de su sitio, había dejado al descubierto la entrada de una madriguera, y se asomó por ella. Algo se agitó en la oscuridad; luego, horrorizado, vio surgir de allí una mano derecha muy pulcra, con un impecable puño de camisa rodeado de su correspondiente bocamanga, la cual adoptó exactamente el ademán de la mano que trata de estrechar la tuya. Se preguntó si no sería una falta de delicadeza no corresponder a ese gesto. Pero al mirarla con atención vio que se iba cubriendo de pelos a la vez que se volvía flaca y sucia. Entonces cambió de actitud e hizo un movimiento como si intentara agarrarle la pierna. Así que, dejando a un lado todo sentido de la educación, echó a correr gritando, y se despertó.

Éste fue el sueño que recordaba, pero tenía la impresión (como suele ocurrir con frecuencia) de que había tenido antes otros sueños de la misma índole, aunque no tan insistentes. Siguió echado en la cama durante un rato, fijando los detalles del último sueño en su mente y tratando de recordar las figuras que había visto labradas en el capitel. Eran completamente absurdas, estaba seguro; pero eso era cuanto podía recordar.

Tanto si fue por el sueño que había tenido, o porque era su primer día de vacaciones, el caso es que no se levantó muy temprano; ni se lanzó enseguida a explorar el campo. Se pasó la mañana, entre ocioso e interesado, hojeando los volúmenes de las actas de la Sociedad Arqueológica Comarcal, en las que había muchas contribuciones del señor Baxter sobre descubrimientos de utensilios de sílex, villas romanas, ruinas de edificios monásticos... en fin, de las más diversas ramas de la arqueología. Sus colaboraciones estaban escritas en un estilo extraño, pomposo y poco culto. De haber cursado estudios elementales, pensó Fanshawe, habría sido un anticuario verdaderamente notable; o podría haberlo llegado a ser (corrigió un momento después), de no ser por su afición a la disputa y la controversia y, sí, por el tono protector que adoptaba, propio del que está en posesión de conocimientos superiores, lo que resultaba de mal gusto. Podía haber sido un artista de talla. Porque encontró el dibujo de una reconstrucción imaginaria de un priorato, muy bien trazado. El detalle más sobresaliente era una preciosa torre central coronada de pináculos; a Fanshawe le

recordaba la que había visto desde la colina, la que había dicho su anfitrión que debía de ser de Oldbourne. Pero no era Oldbourne; era el priorato de Fulnaker. «Vaya —se dijo—, a lo mejor construyeron la iglesia de Oldbourne los monjes de Fulnaker, y Baxter copió la torre de Oldbourne. A ver qué dice el texto. ¡Vaya!, esto fue publicado después de su muerte..., lo encontraron entre sus papeles».

Después de la comida, el hacendado preguntó a Fanshawe qué pensaba hacer.

—Bueno —dijo Fanshawe—, me parece que voy a dar una vuelta en bicicleta, iré hasta Oldbourne y luego volveré por el Monte de las Horcas. Será un paseo de quince millas, ¿no?

—Más o menos —dijo el hacendado—; pasarás por Lambsfield y Wanstone, dos lugares que merece la pena ver. Lambsfield tiene una pequeña vidriera, y luego está la piedra de Wanstone.

—Bien —dijo Fanshawe—; tomaré el té en cualquier parte. ¿Puedo llevarme los gemelos? Los ataré en el portaequipajes de la bicicleta.

—Por supuesto —dijo el hacendado—. En realidad, debería tener unos mejores. Si voy al pueblo, veré si puedo comprar otros.

—Para qué quieres comprarlos si no los vas a usar —dijo Fanshawe.

—No sé; considero que está bien tener unos gemelos decentes... además, el viejo Patten no cree prudente que se utilicen éstos.

—¿Es que es él el juez?

—Creo que se ha enterado de algo, no sé de qué; debe ser algo referente al viejo Baxter. Le he prometido escucharle. Creo que le está dando vueltas desde anoche.

—¿Por qué? ¿Ha tenido alguna pesadilla como yo?

—Algo así, parecía más viejo esta mañana, y dice que no ha pegado ojo en toda la noche.

—Bueno, dile que no te cuente nada hasta que regrese yo.

—De acuerdo; veré si es posible. ¿Vas a volver tarde? ¿Y si tienes un pinchazo a ocho millas de aquí? Yo no me fío de estas bicicletas; diré que nos preparen una comida fría para cenar.

—No había pensado en eso. De todos modos, llevo lo necesario para arreglar un pinchazo. Así que hasta luego.

Menos mal que el hacendado había ordenado preparar esa cena fría, pensó Fanshawe, y no una sola vez, mientras empujaba su bicicleta por la alameda, a las nueve. Y lo mismo pensó y dijo repetidamente el hacendado al reunirse con él en el recibimiento, con más complacencia en ver confirmada su escasez de confianza en las bicicletas que simpatía para con su sudoroso, rendido, sediento y desaliñado amigo. De hecho, lo más amable que se le ocurrió decir fue:

—¿Vas a querer un buen trago esta noche? ¿Te gusta la sidra? De acuerdo. Ya lo ha oído, ¿no, Patten? Sidra bien fría y en cantidad —luego se volvió a Fanshawe—: No te vayas a pasar la noche en el baño.

Hacia las nueve y media se encontraban sentados cenando, y Fanshawe le contaba sus progresos, si es que podían llamarse así.

—Hasta Lambsfield he ido la mar de a gusto por terreno llano, y he visto la

vidriera. Es una pieza muy interesante, pero tiene un montón de inscripciones que no he conseguido leer.

—¿No lo has intentado con los gemelos? —dijo el hacendado.

—Esos gemelos tuyos no hay forma de emplearlos en el interior de una iglesia... ni de ningún edificio. Digo yo. En los únicos interiores que he intentado emplearlos eran de iglesia.

—¡Hum! Bueno, continúa —dijo el hacendado.

—De todos modos, he tomado una fotografía del ventanal; así podré leerlas cuando la amplíe. Luego he ido a Wanstone; la piedra me parece verdaderamente extraordinaria; ahora que yo no entiendo de esa clase de antigüedades. ¿Ha excavado alguien en el montículo donde se levanta?

—Baxter era quien quería hacerlo, pero el granjero no le dejó.

—Vaya, pues a mí me parece que valdría la pena. En fin, después he pasado por Fulnaker y Oldbourne. Desde luego, es muy extraño que viera yo aquella torre desde el cerro. La iglesia de Oldbourne no se parece en nada, y desde luego en Fulnaker no hay nada que tenga más de treinta pies de altura, aunque se ve el lugar donde hubo una torre central. A propósito, no te he dicho aún que la reconstrucción que dibujó Baxter de Fulnaker tiene una torre exactamente igual que la que vi yo ayer.

—Según le parecía a él, más bien —puntualizó el hacendado.

—No, no fue cuestión de imaginación. El boceto *representaba* exactamente la que vi, y yo estaba convencido de que se trataba de la de Oldbourne antes de leer el nombre debajo.

—Bueno, Baxter tenía unas ideas muy claras sobre arquitectura. Yo diría que no debió de serle difícil dibujar una torre así.

—Puede ser, por supuesto, pero dudo que aun tratándose de un profesional hubiera podido trazar un boceto tan exactamente igual. No queda nada de la torre de Fulnaker, aparte de los contrafuertes que la sostenían. Pero, con todo, no es eso lo más extraño.

—¿Has pasado por el Monte de las Horcas? —preguntó el hacendado—. Patten, por favor, venga un momento. Ya le he contado a usted lo que el señor Fanshawe ha visto desde el cerro.

—Sí, amo Henry; y bien mirado, no puedo decir que me haya sorprendido mucho.

—De acuerdo, de acuerdo. Guárdese sus opiniones de momento. Ahora quiero oír lo que el señor Fanshawe tiene que contarnos. Continúa, Fanshawe. Has regresado por Ackford y Thorfield, ¿no?

—Sí, y he visitado las dos iglesias. Después he cogido el camino que pasa por el Monte de las Horcas. Pensaba que si subía con la bicicleta hasta lo alto del monte podía volver por este lado. Serían las seis y media cuando coroné la cuesta. A mano derecha encontré una verja por donde se entraba en la franja plantada de árboles.

—¿Oye eso, Patten? Una franja, dice.

—Eso es lo que yo creía..., que era una franja. Pero tenías toda la razón; estaba totalmente equivocado. No logro entenderlo. La cima del monte está completamente repoblada de árboles. En fin, me metí por entre los árboles empujando la máquina con la mano, esperando a cada momento desembocar en algún claro, y entonces empezaron

mis desdichas. Supongo que serían espinos; primero me di cuenta de que tenía floja la rueda de delante, y luego la de atrás. Si me paraba allí, lo único que me cabía hacer era localizar los pinchazos y marcarlos; pero eso no arreglaría nada. Conque seguí adelante con las ruedas mal, y cuanto más me internaba, menos me gustaba el lugar.

—No entran muchos cazadores furtivos por allí, ¿eh, Patten? —dijo el hacendado.

—Desde luego que no, amo Henry; hay poca cosa allí...

—No, ya lo sé; no importa eso ahora. Sigue, Fanshawe.

—No culpo a nadie de que no le guste transitar por allí. Lo que sé es que he tenido toda clase de figuraciones, a cuál más desagradable; crujidos de ramas de unos pasos que sonaban a mi espalda, siluetas confusas de individuos que se ocultaban detrás de los árboles que me salían al paso; sí, hasta me pareció notar que una mano me agarraba por el hombro. Me zafé enseguida y miré a mí alrededor, pero no descubrí las ramas o arbustos que podían haberme causado esta impresión. Después, cuando me encontraba más o menos en el centro del terreno, tuve la viva impresión de que alguien me estaba mirando desde arriba..., y no precisamente con benevolencia. Me paré o aflojé el paso para mirar otra vez. Y entonces me caí, dándome un golpe horrible en la espinilla, ¿a que no sabes con qué?, con un bloque de piedra que tenía un gran agujero cuadrado en la parte superior. Y a poca distancia de allí había dos más, exactamente iguales. Los tres estaban dispuestos en forma de triángulo. A propósito, ¿podrías decirme para qué los habrán puesto allí?

—Creo que sí —dijo el hacendado, que escuchaba seria y atentamente el hilo del relato—. Siéntese, Patten.

Ya era hora, porque el anciano estaba apoyándose sobre una mano y basculaba pesadamente sobre ella. Se dejó caer en una butaca, y dijo con voz temblona:

—Pero no se metió en el centro de esas piedras, ¿verdad, señor?

—No, desde luego —dijo Fanshawe con vehemencia—. Me he portado como un idiota, pero el caso es que al caer en la cuenta de dónde me encontraba, me cargué la bici al hombro y eché a correr todo lo deprisa que pude. Me daba la sensación de que estaba en una especie de cementerio maldito, y di gracias al cielo de que fuera hoy uno de los días más largos del año y de que aún fuera de día. Bueno, ha sido una carrera horrible, a pesar de tratarse de unos cientos de yardas nada más. Todo se me iba enganchando en todas partes; el manillar, los rayos, el portaequipajes, los pedales..., todo se me iba enganchando obstinadamente; al menos, eso me parecía. Me caí cuatro o cinco veces. Por último, descubrí la cerca y no me molesté en buscar la entrada de la finca.

—No hay entrada por la parte que linda con mis tierras —comentó el hacendado.

—De todos modos, no perdí el tiempo en buscarla... Como pude, pasé la máquina por encima de la cerca, y no tardé en llegar al camino próximo a la carretera principal; en el último momento se me enganchó una rama o algo parecido en el tobillo. El caso es que logré salir del bosque, y nunca me he sentido más aliviado ni más magullado. Luego emprendí la tarea de arreglar los pinchazos. Llevaba desmontables y lo necesario, y suelo darme maña para estas cosas; pero esta vez no había manera. Eran las siete cuando salí del bosque, y tardé lo menos cincuenta minutos en arreglar la rueda. En cuanto encontré el pinchazo, y le puse el parche y acabé de montar la rueda, se me

volvió a desinflar; así que me hice el ánimo y volví a pie. El monte ese estará a unas tres millas escasas, ¿no?

—A campo través, quizá a menos; pero por carretera hay cerca de seis.

—Eso me ha parecido a mí, y pensé que no podía tardar más de una hora en recorrer menos de cinco millas, aun llevando la bici del manillar. Bueno, ésa es la historia de lo que me ha pasado. ¿Cuál es la tuya y la de Patten?

—¿La mía? Yo no tengo ninguna historia que contar —dijo el hacendado—. Pero no andabas muy descaminado al pensar que te encontrabas en un cementerio. Debe de haber unos cuantos allí arriba, ¿no cree usted, Patten? Allí los dejaban cuando empezaban a caerse a trozos, me imagino.

Patten asintió, demasiado impresionado para hablar.

—Por favor —dijo Fanshawe.

—Bueno, Patten —dijo el hacendado—; ya ha oído todo lo que ha dicho el señor Fanshawe. ¿Qué le parece? ¿Tiene eso algo que ver con el señor Baxter? Tómese esta copa de oporto y cuéntenos.

—¡Ah! Falta me iba haciendo, amo Henry —dijo Patten después de beberse lo que tenía delante—. Si de veras quiere saber lo que pienso, mi respuesta es completamente afirmativa. Sí —prosiguió, hablando con más ardor—; yo diría que la experiencia vivida hoy por el señor Fanshawe tiene bastante que ver con la persona que usted acaba de nombrar. Y creo, amo Henry, que yo podría contar algunas cosas, dado que han sido muchos los años que he vivido en buenas relaciones con él, y tuve, además, que prestar declaración en la encuesta, hará unos diez años, cuando andaba usted por el extranjero, si mal no recuerdo, y no había nadie aquí que representara a la familia.

—¿Encuesta? —dijo Fanshawe—. ¿Es que hubo una encuesta sobre el señor Baxter?

—Sí, señor; sobre..., sobre él mismo. Los hechos que dieron lugar a esta contingencia fueron los siguientes: el difunto, como usted habrá adivinado, era un individuo de costumbres muy extrañas..., al menos a mi modo de ver, pero cada uno debe decir las cosas tal como las siente. Vivió completamente solo, no tenía ni perro que le ladrara, como dice el dicho. Y poquísima gente encontrará que sepa decirle en qué empleaba el tiempo.

—Vivía en el anonimato, y cuando murió hubo muy pocos que se enteraron —murmuró el hacendado para su pipa.

—Perdone usted, amo Henry, ahora justamente iba a hablar de eso. Pero cuando digo en qué empleaba él el tiempo..., desde luego, ya sabemos lo aficionado que era a hurgar y revolver por todo el contorno y la de cosas que logró coleccionar... bueno, se hablaba en varias millas a la redonda del museo de Baxter, y muchas veces, cuando se sentía de buen humor, y yo tenía un rato libre, me enseñaba sus piezas de cerámica, que se remontaban, según él, a los tiempos de los romanos. Pero usted sabe de eso más que yo, amo Henry. Lo único que yo iba a decir es esto: que aunque tuviera la fama que tenía de ser una persona de conversación interesante, había algo en él... bueno, no recuerda nadie haberle visto jamás en una iglesia o capilla asistiendo a los oficios religiosos. Y eso dio que hablar. Nuestro párroco no fue a verle más que una vez. «Que nadie me pregunte jamás lo que me ha dicho ese hombre», esto es todo lo que le

pudimos sonsacar al reverendo. ¿Y en qué empleaba sus noches, sobre todo cuando llegaba esta época del año? Las gentes del campo se lo encontraban de regreso cuando iban al trabajo, y se cruzaba con ellos sin decirles una palabra; caminaba como el que acaba de salir del manicomio. Iba con los ojos desorbitados. Y solía llevar una cesta de pescado, cosa que les llamaba la atención, y regresaba siempre por el mismo camino. Y se llegó a rumorear que había llevado a cabo ciertos trabajos, no muy encomiables precisamente, allá donde ha estado usted esta tarde sobre las siete, señor.

»Bueno, pues después de una de esas noches, el señor Baxter cerró la tienda, y la vieja que le asistía recibió orden de no volver; y conociendo como conocía la manera que tenía de decir las cosas, procuró obedecer. Pero ese día sucedió que, a eso de las tres de la tarde, estando la casa cerrada como digo, sonó un espantoso alboroto en el interior, y empezó a salir humo de la chimenea, al tiempo que Baxter gritaba como si le estuvieran matando. Conque el hombre que vivía al lado echó a correr, dio la vuelta al edificio, derribó la puerta trasera y entró, junto con otros hombres. Bueno, el hombre este me decía que jamás había sentido un olor tan repugnante... como el que despedía el hogar de la chimenea. Parecía como si Baxter hubiera estado cocinando algo en una olla y se le hubiera derramado sobre la pierna. Estaba tendido en el suelo, tratando de reprimir los gritos; pero sus dolores eran insoportables. Y cuando vio entrar a gente... ¡Menudo aspecto tenía! Y si no le salieron más ampollas en la lengua que en la pierna, no fue por culpa suya. El caso es que lo levantaron, lo sentaron en una silla y corrieron en busca de un médico, y al ir uno de ellos a coger la olla, empezó Baxter a gritar que la dejara en paz. Así lo hizo, aunque lo único que vio que contenía eran unos cuantos huesos viejos y tiznados. Entonces van y le dicen: "El doctor Lawrence estará aquí en un minuto, señor Baxter; ya verá cómo él le pone de pie en un dos por tres". Entonces cogió y se levantó. Debía subir a su habitación, no podía permitir que entrara el médico y viera todo aquel revoltijo; pidió que le echaran algo por encima, lo que fuera, el mantel de la mesa del comedor; bueno, lo hicieron así. Pero la porquería de la olla debía de tener algo venenoso, porque tuvieron que pasar dos meses antes de que Baxter pudiera levantarse otra vez. Perdón, amo Henry, ¿iba usted a decir algo?

—Sí —dijo el hacendado—. Me extraña que no me contara usted todo eso. Pero lo que iba a decir es que recuerdo que el viejo Lawrence me contó que había asistido a Baxter. Fue un caso extraño, dijo. Un día subió Lawrence a su dormitorio, y tomando una pequeña máscara cubierta de terciopelo negro, se la puso en broma y fue a mirarse al espejo. Pero no tuvo tiempo de hacerlo en realidad, porque el viejo Baxter le gritó desde la cama: «¡Deje eso ahí, estúpido! ¿Es que quiere mirar por los ojos de un muerto?», conque dio un respingo y dejó aquello, y luego le preguntó qué quería decir. Baxter insistió en que se lo diera, y luego le dijo que el hombre que se la había vendido había muerto o no sé qué tontería. Pero al cogerla de nuevo para dársela, Lawrence me confesó que tuvo la seguridad de que estaba hecha con el hueso frontal de una calavera. Y me contó también que cuando se subastaron las pertenencias de Baxter, compró su alambique, pero que no lo había podido utilizar; por más que lo limpiaba, seguía manchando lo que metía en él. Pero siga, Patten.

—Sí, amo Henry; ya casi he terminado; además, no tengo tiempo, porque no sé qué van a pensar de mí los demás criados. Bueno, el caso es que el incidente en que se

escaldó ocurrió unos años antes de que se lo llevaran; había vuelto a su vida normal, y seguía con sus costumbres de siempre. Por cierto, uno de los últimos trabajos que hizo fue terminar los gemelos que cogió usted ayer tarde. Tenía hecha la montura desde hacía tiempo y las piezas de cristal que necesitaba; pero le hacía falta algo para darlos por concluidos, no sé qué; conque un día cogí la montura, y digo: «Señor Baxter, ¿por qué no termina este trabajo de una vez?» Y va y me contesta: «¡Ah!, cuando yo termine eso, oirá usted cosas sorprendentes, ya verá; no habrá un par de gemelos como los míos cuando estén llenos *y* sellados». Calló, *y yo* le digo: «Vaya, señor Baxter, habla usted de los gemelos como si fueran botellas de vino: llenos *y* sellados, ¿qué necesidad hay de hacer eso?» «¿He dicho llenos *y* sellados? —dice—. ¡Ah!, estaría hablando conmigo mismo». Era por esta época del año; y pasé una noche por delante de su tienda, camino de casa, y él, que estaba en la puerta la mar de satisfecho, va y me dice: «Ya los tengo completos; acabo de poner punto final a mi mejor trabajo, y mañana voy a salir a probarlos». «El qué, ¿sus gemelos? —digo—. ¿Me deja mirar un poco con ellos?» «No, imposible —dice—; los he dejado encima de mi cama para esta noche; y el día que yo le deje mirar, lo pagará, se lo aseguro». Y éstas fueron, señores, las últimas palabras que le oí.

»Eso fue el 17 de junio, y justo una semana después le sucedió algo muy extraño, que en el juicio calificaron de "perturbación mental"; pero salvo eso, ninguno de los que conocíamos a Baxter habría sido capaz de acusarle de una cosa así. El caso es que esa misma noche se despertó George Williams, el que vivía en la casa de al lado *y* vive todavía, por un estrépito de forcejeos *y* cosas derribadas que sonó en la casa del señor Baxter; entonces saltó de la cama y se asomó a la ventana que da a la calle pensando que sería algún cliente con malas pulgas. Y como hacía una noche muy clara, pudo comprobar que no era ése el caso. Entonces se quedó escuchando, y oyó al señor Baxter que bajaba la escalera, pasito a pasito, muy despacio, y parecía como si le empujaran o tiraran de él, y él se resistiera cuanto podía. Después oyó abrirse la puerta de la entrada *y* vio salir al señor Baxter vestido de calle con sombrero *y* todo, con los brazos tiesos *y* pegados a los costados, *y* hablando consigo mismo *y* sacudiendo la cabeza a uno *y* otro lado *y* caminando de una manera rara, como si anduviera en contra de su voluntad. George Williams abrió la ventana *y* oyó que decía: "¡Piedad, señores, piedad!", *y* luego calló como si alguien le hubiera tapado la boca con la mano; y entonces el señor Baxter echó la cabeza hacia atrás y se le cayó el sombrero. Y al verle Williams la expresión de desamparo que reflejaba, no se pudo contener y le gritó: "¡Eh, señor Baxter!, ¿se encuentra bien?" Y ya iba a decirle si quería que llamara al doctor Lawrence, cuando oyó que le contestaba: "Será mejor que se ocupe de sus asuntos. Apártese de la ventana". Pero dice que no está completamente seguro de que fuera el propio señor Baxter quien le contestó esto con voz ronca *y* apagada. No había nadie en la calle más que él; *y* a Williams le sentó tan mal aquello que se retiró inmediatamente de la ventana y fue a sentarse en la cama. Pero oyó los pasos del señor Baxter que proseguían calle arriba, y al cabo de un minuto o más, no pudiendo contenerse, se asomó otra vez y vio que seguía andando de la misma extraña manera que antes. Y una cosa que le chocó fue que el señor Baxter no se había parado a recoger el sombrero que se le había caído, *y* no obstante lo llevaba puesto otra vez. Bueno, amo *Henry*, ése fue el único que vio al señor

Baxter, al menos durante una semana o más. Muchos dijeron que había salido de viaje de negocios o que había huido porque se había metido en un lío; pero le conocían en varias millas a la redonda, y ni los empleados del ferrocarril ni los de los hoteles le habían visto; y hasta dragaron los estanques sin resultado; pero finalmente una noche, Fakes, el guarda forestal, bajó al pueblo diciendo que en el Monte de las Horcas había visto enormes bandadas de pájaros, lo que era muy extraño, porque jamás había visto por allí el menor signo de vida. Conque se miraron unos a otros, hasta que saltó uno y dijo: "Yo voy a verlo", y luego otro: "Si tú vas, yo también"; así que se pusieron en camino una media docena, de noche como era, y con ellos el doctor Lawrence; y para que vea usted, amo Henry; allí es donde le encontraron, entre las tres piedras, con el cuello roto.

Huelga imaginar la conversación a que dio pie este relato. No hay constancia de ella. Pero antes de marcharse Patten, le dijo a Fanshawe:

—Perdone, señor, pero creo que se ha llevado hoy los gemelos, ¿verdad? Me lo imaginaba; ¿puedo preguntarle si los ha llegado a utilizar?

—Sí; sólo para mirar algo en una iglesia.

—¡Ah, vaya!; conque ha entrado en una iglesia con ellos, ¿eh, señor?

—Sí, así es; en la iglesia de Lambsfield. A propósito, los he dejado atados en la bicicleta, creo que en el patio de las caballerizas.

—No se preocupe, señor. Yo mismo iré a traerlos mañana, en cuanto me levante; entonces podrá examinarlos.

Así, pues, antes de desayunar, y tras un tranquilo y bien ganado descanso, Fanshawe salió al jardín con los gemelos y los enfocó hacia un monte lejano. Pero los bajó inmediatamente, los examinó por un extremo y por otro, hizo girar la rosca, los probó una y otra vez, hasta que, encogiéndose de hombros, los volvió a colocar sobre la mesa del recibimiento.

—Patten —dijo—, están completamente estropeados. No se ve nada; es como si alguien hubiera pegado una cosa negra en los cristales.

—Conque me has estropeado los gemelos, ¿eh? —dijo el hacendado—. Hombre, muchas gracias; eran los únicos que tenía.

—Examínalos tú mismo —dijo Fanshawe—; yo no les he hecho nada.

De modo que, después de desayunar, salió el hacendado con ellos a la terraza, y se detuvo al borde de la escalinata.

—¡Caramba, sí que pesan! —dijo impaciente, y en ese preciso momento se le fueron de las manos, estrellándose en el suelo; los cristales se hicieron añicos y se rajaron los tubos; en las losas se formó un charquito de líquido. Era negro como la tinta, y despedía un olor repugnante.

—Llenos y sellados, ¿eh? —exclamó el hacendado—. Si fuera capaz de tocarlos, seguro que encontraría el sello. ¡Conque esto era lo que cocía y destilaba el viejo carroñero!

—¿Qué demonios quieres decir?

—¿Es que no lo ves, alma de Dios? ¿Recuerdas que le dijo al médico que no mirara por los ojos de un muerto? Bueno, pues ésta es otra versión de lo mismo. Pero se conoce que a ellos no les gustó que les hirvieran los huesos, digo yo, y vinieron a llevárselo.

Bien, voy a traer una azada; enterraremos esto decentemente.

Cuando terminó de allanar la tierra por encima, el hacendado le dio la azada a Patten, que lo había presenciado todo con un respeto reverencial, y le comentó a Fanshawe:

—Ha sido una lástima que te metieras con ellos en una iglesia; podías haber visto mucho más de lo que viste. Baxter los tuvo una semana, creo, pero parece que no les sacó mucho provecho.

—No sé —dijo Fanshawe—; ahí tienes el dibujo del priorato de Fulnaker.

AVISO A LOS CURIOSOS

El pueblecito costero en el que pido al lector que se sitúe se llama Seaburgh. No es muy distinto hoy de como lo recuerdo cuando era niño: al sur marismas cortadas por diques que evocan los primeros capítulos de *Grandes esperanzas*; al norte campos llanos que se prolongan en una extensión de matorrales, abetos y sobre todo aulaga hacia el interior. Tiene un largo paseo marítimo y una calle; detrás, una amplia iglesia de piedra con una sólida torre occidental en la que repican seis campanas. ¡Cómo recuerdo su tañido un domingo de agosto, mientras nuestro grupo subía despacio por el camino blanco y polvoriento que conducía a ellas! Porque la iglesia se alza en la cima de una pequeña y empinada elevación. En los días de calor sonaban con una especie de golpe seco y apagado, pero cuando el aire era más suave, los tañidos se volvían más blandos también. La vía del tren discurría hacia su pequeña estación terminal al otro lado del camino. Un poco antes de llegar a la estación había un molino de viento blanco y alegre, otro cerca de la playa de guijarros, en el extremo sur del pueblo, y algunos más en terreno más alto, al norte. Había casas de campo de ladrillo rojo con tejado de pizarra... Pero ¿por qué os aburro con estos detalles triviales? La verdad es que se agolpan en la punta del lápiz al empezar a escribir sobre Seaburgh. Quisiera estar seguro de haber escogido los correctos para trasladarlos al papel. Pero un momento: aún no he terminado la descripción.

Alejaos del mar y del pueblo, dejad atrás la estación y torced a la derecha. Es un camino arenoso, paralelo a la vía del tren. Si lo seguís, veréis que asciende a un terreno algo más elevado. A la izquierda (ahora vais en dirección norte) la tierra es un extenso brezal, a la derecha (el lado del mar) hay una franja de viejos abetos azotados por el viento, de copa espesa, y con la inclinación que suelen tener los árboles viejos junto al mar; vistos en el horizonte desde el tren os dicen instantáneamente, si no lo sabíais, que os estáis acercando a una costa ventosa. Bien, pues en la cima de mi pequeña elevación destaca y corre hacia el mar una línea de estos abetos sobre una loma que baja en ese sentido; loma que termina en un pequeño cerro bastante definido que domina los campos llanos de tosca hierba y está coronado por una maraña de abetos. Aquí podéis sentaros un día cálido de primavera y deleitaros contemplando el mar azul, los molinos blancos, las casas rojas, la hierba verde y brillante, la torre de la iglesia y el torreón a lo lejos, al sur.

Como digo, conocí Seaburgh de niño. Pero de ese primer contacto al más reciente medía un intervalo de muchos años. No obstante, sigue ocupando un sitio en mi corazón, y cualquier historia relacionada con él tiene interés para mí. Una de esas historias es la que sigue; me llegó estando muy lejos de Seaburgh —y de manera totalmente casual—, de un hombre al que le había hecho un favor... lo bastante grande, en su opinión, como para hacerme su confidente hasta este extremo.

—Conozco toda esa región bastante bien —dijo—. Iba a Seaburgh a menudo a jugar al golf en primavera. Por lo general me alojaba en el "Oso" con un amigo, Henry Long; puede que le haya conocido.

—Superficialmente —dije.

—Solíamos alquilar también un cuarto de estar y nos sentíamos muy instalados. Desde que él murió no he vuelto por allí. De todos modos, no sé si me apetecería, después de lo que nos pasó en nuestra última estancia.

Fue en abril de 19...; nos encontrábamos allí, y éramos casi los únicos clientes que había en el hotel, por lo que los salones de uso común estaban prácticamente desiertos. Así que nos quedamos de lo más sorprendidos cuando, después de cenar, se abrió la puerta de nuestro cuarto de estar y asomó la cabeza un joven. Le habíamos visto ya. Era un individuo anémico, nervioso (de pelo y ojos claros), aunque no desagradable. De modo que cuando dijo: «Perdonen, ¿es privada esta sala?», no le soltamos un bufido, sino que dije: «Sí, lo es»; pero Long (o yo, da igual) dijo: «Entre, por favor». «¡Ah!, ¿de veras puedo?», dijo él; y pareció aliviado. Era evidente que deseaba compañía; y como se le veía una persona discreta (no de esos que te encasquetan la historia de su familia a las primeras de cambio), le insistimos en que se sentase y se pusiese cómodo. «Tal vez encuentre las otras salas desangeladas», dije. Sí, así era; pero éramos realmente muy amables, etc. Terminados todos estos preámbulos, hizo como que se enfrascaba en un libro. Long hacía solitarios, yo seguí escribiendo. A los pocos minutos se me hizo evidente que nuestro invitado era un ser inquieto o estaba sumamente nervioso; el caso es que me contagió su desasosiego; de manera que dejé lo que estaba haciendo y me dispuse a darle conversación.

Tras hacer algunos comentarios (que he olvidado), se mostró confidencial: «Habrán juzgado raro mi comportamiento —empezó más o menos—, pero es que he sufrido una fuerte impresión». Le recomendé una copa de algo tonificante, y la pedimos. La entrada del camarero supuso una interrupción (y por cómo reaccionó nuestro joven al abrirse la puerta pensé que era muy asustadizo); pero unos momentos después reanudó sus lamentaciones. No conocía a nadie allí, y casualmente sabía quiénes éramos nosotros (resultó que teníamos amistades comunes en la capital), y realmente necesitaba pedirnos consejo, si no nos importaba. Como es natural, los dos contestamos que «no faltaba más» o «por supuesto que no». Y Long dejó a un lado las cartas, y nos dispusimos a escuchar cuál era su problema.

—Empezó hace más de una semana —dijo—, cuando fui en bicicleta a Froston, a sólo unas cinco o seis millas de aquí, con idea de visitar la iglesia. Me interesa muchísimo la arquitectura, y tiene un pórtico precioso con hornacinas y escudos. La fotografié, y un viejo que estaba limpiando las lápidas se acercó a preguntarme si quería ver el interior. Le dije que sí; sacó una llave y me abrió. No había mucho que ver, pero me dijo que era una iglesita preciosa, y que la mantenía muy cuidada. «Aunque —dijo— lo mejor que tiene es el pórtico». Acabábamos de salir en ese momento; y dijo: «¡Ah, sí, es una preciosidad de pórtico! Pues ¿a que no sabe qué significa ese escudo de ahí?»

»Era ése que tiene tres coronas; de modo que, aunque no soy experto en heráldica, pude decir que sí, que creía que era el viejo escudo del reino de Anglia Oriental.

»—Muy cierto, señor —dijo—; ¿y sabe el significado de esas tres coronas?

»Le dije que estaba seguro de que se conocía, aunque no recordaba haberlo oído.

»—¿Ve usted? —dijo—; con todo lo entendido que es, yo le puedo explicar algo que no sabe: son las tres sagradas coronas que fueron enterradas cerca de la costa para

impedirles desembarcar a los germanos... ¡Ah!, veo que no se lo cree. Pues le aseguro que si no llega a ser porque una de las santas coronas aún sigue en su lugar, aquí habrían desembarcado los germanos una y otra vez. Habrían llegado con sus barcos y habrían pasado a cuchillo a hombres, mujeres y niños sin darles tiempo a saltar de la cama. Esto que le digo no es ni más ni menos que la verdad. Y si no me cree pregúntele al señor rector. Ahí viene; ande, pregúntele.

»Me volví, y allí estaba el rector, un hombre de aspecto simpático y venerable que venía por el sendero. Y antes de que pudiese empezar a asegurarle a mi informante (que se estaba excitando por momentos) que le creía, terció el rector y dijo:

»—¿Qué ocurre, John? Buenos días, señor. ¿Ha visitado ya nuestra pequeña iglesia?

»Siguió entonces una breve charla que permitió al viejo sosegar, y seguidamente el rector volvió a preguntar qué ocurría.

»—Nada, nada —dijo el viejo—; sólo le estaba diciendo a este caballero que le preguntase a usted lo de las santas coronas.

»—Ah, sí; muy bien —dijo el rector—. Es curioso, ¿verdad? Pero no sé si al señor le interesan nuestras historias...

»—¡Claro que le interesan! —dijo el viejo—; creará todo lo que usted le cuente, señor. Bueno, usted conoció a William Ager; al padre y al hijo.

»Entonces intervine yo para manifestar lo mucho que me gustaría oír esa historia de principio a fin; unos minutos después recorría la calle del pueblo con el rector, que tenía que dejar algún recado a sus feligreses, y luego nos dirigimos a la rectoría, donde me hizo pasar a su despacho. Se había dado cuenta en el trayecto de que yo era sinceramente capaz de sentir un interés intelectual por ese fragmento de folclore, y de que no era el típico turista; de modo que estaba dispuesto a hablar. Y me sorprende que esta leyenda no haya aparecido hasta hoy en letra impresa. Su versión fue ésta: "La creencia en las tres santas coronas ha estado siempre presente en esta comarca. Los más viejos dicen que fueron enterradas en diferentes puntos, cerca de la costa, para mantener alejados a los daneses, los francos y los germanos. Y dicen que una de ellas la desenterraron hace tiempo, otra desapareció a causa del avance del mar, y que la que queda sigue aún cumpliendo su misión de ahuyentar a los invasores. Bueno, pues si ha leído usted las guías normales y las historias de este condado, quizá recuerde que en 1687 una corona, dicen que la de Redwald, rey de Anglia Oriental, fue desenterrada en Rendlesham y (¡lamentable!, ¡lamentable!) fundida antes de que nadie la dibujase o la describiese siquiera. Rendlesham no está en la costa, pero tampoco muy tierra adentro; y se halla en una importante línea de acceso. Y creo que es a la que se refiere la gente cuando dice que hay una que desenterraron. Después, en el sur, no hace falta que le diga dónde, hubo un palacio sajón, hoy bajo el mar, ¿verdad? Pues ahí estaba la segunda corona, tengo entendido. Y más arriba de estas dos, dicen, está la tercera".

»—¿Se sabe el lugar?

»—Sí, desde luego —dijo—; pero no se dice.

»Y su actitud no me animó a hacerle la lógica pregunta. En vez de eso, esperé un momento, y pregunté:

»—¿A qué se refería el viejo con eso de que usted conoció a William Ager? ¿Tiene

eso algo que ver con las coronas?

»—Desde luego —dijo—; ésa es otra historia curiosa. De estos Ager (es un apellido muy antiguo en la región, pero no he encontrado que fueran nunca gente de título o grandes propietarios), de estos Ager dicen, o decían, que su rama familiar era guardiana de la última corona. Yo al más antiguo que conocí fue a un tal Nathaniel Ager. Yo he nacido y me he criado cerca de aquí... Este hombre, creo, estuvo acampado en su puesto durante toda la guerra de 1870. Sé que su hijo William hizo lo mismo durante la guerra de Sudáfrica. Y el hijo de éste, el joven William, que ha muerto hace poco, estuvo viviendo en la casa más cercana al lugar, cosa que precipitó su final, estoy seguro, porque estaba tísico, al exponerse a la intemperie vigilando por las noches. Era el último de esa rama. Le producía una angustia espantosa pensar que era el último miembro, pero no podía hacer nada: sus únicos parientes cercanos estaban en las colonias. Yo mismo le escribí cartas para ellos suplicándoles que viniesen a fin de hacer frente a un asunto de vital importancia para la familia, pero no recibió respuesta. De manera que la última de las coronas, si está, carece hoy de guardián.

»Esto es lo que el rector me contó, y pueden imaginar el interés que me despertó. Mi único pensamiento al despedirme de él era cómo averiguar el sitio donde se suponía que estaba la corona. Ojalá la hubiera dejado en paz.

»Pero en esto hubo una especie de fatalidad; porque volvía de un paseo en bicicleta cuando, al pasar por delante del cementerio, me llamó la atención una lápida relativamente nueva con el nombre de William Ager. Como es natural, bajé de la bicicleta y me acerqué a leerla. Ponía: "De esta parroquia. Muerto en Seaburgh en 19..., a la edad de 28 años". Así que ahí estaba. No tenía más que hacer unas preguntas discretas en el sitio indicado, y localizaría la casa más cercana al lugar. Sólo que no sabía cuál era el sitio indicado para iniciar mis pesquisas. Y otra vez intervino el destino, llevándome a la tienda de antigüedades que había en esa calle. Allí estuve hojeando libros viejos; y encontré un Libro de Oraciones de mil setecientos cuarenta y pico, con una encuadernación bastante elegante... Voy a traerlo; lo tengo en mi habitación.

Se fue, dejándonos un poco perplejos; pero apenas habíamos tenido tiempo de intercambiar algún comentario cuando regresó jadeante, y nos tendió el libro abierto por las guardas, donde tenía escrito con letra desordenada:

*Nathaniel Ager es mi nombre, Inglaterra mi nación,
Seabourgh mi morada, y Cristo mi salvación;
Cuando me encuentre en la tumba, y sea todo pudrición,
Y me hayan olvidado, espero Señor que tengas de mí recordación.*

Este poema estaba fechado en 1754; pero había muchas anotaciones más de sucesivos Anger: de Nathaniel, de Frederick, de William, etc., terminando con las de William, en 19...

—Como comprenderán —dijo—, cualquiera habría considerado esto tener una suerte milagrosa. Así me lo pareció a mí, pero no ahora. Naturalmente pregunté al librero si sabía algo de William Ager, y naturalmente dio la casualidad de que

recordaba que había vivido en una casa que había en el Campo Norte, donde murió. Esto me señaló el camino. Sabía qué casa podía ser: sólo había una un poco grande por aquellos alrededores. El siguiente paso era hacer alguna amistad con la gente, así que me puse inmediatamente manos a la obra. Un perro me facilitó las cosas: me atacó con tanta furia que tuvieron que salir a sujetarlo; después, como no podía ser menos, me pidieron disculpas y trabamos conversación. No tuve más que citar el nombre de Ager y fingir que le conocía, o me parecía conocerle, y la mujer exclamó que era una pena que hubiera muerto tan joven, y que estaba convencida de que había sido por pasar las noches fuera en tiempo frío. Entonces tuve que preguntar: «¿Salía al mar por las noches?», y contestó: «¡Ah, no; se estaba allí, en aquel altozano cubierto de árboles!». Y allí me dirigí.

»No se me da mal excavar en esas lomas; lo he hecho en muchas cercanas al mar, aunque siempre a plena luz del día y con permiso del dueño y la ayuda de unos cuantos hombres. Aquí tuve que calcular con todo cuidado antes de hincar la pala: no podía ponerme a abrir zanjas por toda la elevación; y dado que había abetos, sabía que tropezaría a cada paso con sus raíces. Sin embargo, la tierra era suelta y arenosa y fácil de cavar; y había una madriguera o algo parecido que podría agrandar en una especie de túnel. La parte más embarazosa sería salir del hotel y regresar a horas extrañas. Una vez que hube decidido cómo iba a llevar a cabo la excavación dije que estaría ausente esa noche, y la pasé allí. Hice el túnel: no quiero aburrirles con detalles sobre cómo lo apuntalé, y lo rellené una vez terminado todo; el hecho es que encontré la corona.

Naturalmente los dos proferimos una exclamación de sorpresa e interés. En primer lugar, yo hacía tiempo que sabía del hallazgo de la corona de Rendlesham y había lamentado muchas veces su destino. Nadie ha visto nunca una corona anglosajona; o nunca la había visto, al menos. Pero nuestro hombre nos miró con ojos abatidos.

—Sí —dijo—; y lo peor es que no sé cómo dejarla donde estaba.

—¿Dejarla donde estaba? —exclamamos—. Pero mi querido señor, ha hecho uno de los descubrimientos más emocionantes que se han llevado a cabo en este país. Por supuesto, su sitio está en la Cámara del Tesoro de la Torre. ¿Cuál es la dificultad? Si está pensando en el dueño del terreno, el derecho sobre el hallazgo y demás, desde luego le podemos ayudar. Nadie va a meterse en tecnicismos legales en un caso como éste.

Probablemente dijimos mucho más; pero él se limitó a apoyar la cara entre las manos y murmurar:

—No sé cómo dejarla donde estaba.

Finalmente dijo Long:

—Perdone si parezco impertinente, pero ¿está *totalmente* seguro de que la tiene?

Yo estaba deseando hacerle la misma pregunta también; porque desde luego la historia parecía la quimera de un lunático si se pensaba bien; pero no me había atrevido a decir nada que pudiera herir los sentimientos del pobre muchacho. Sin embargo, acogió la pregunta con toda calma; con la calma de la desesperación, podríamos decir. Se levantó y dijo:

—Sí; de eso no hay duda. La tengo aquí en mi habitación, guardada en la maleta. Si quieren pueden venir a verla; no quisiera traerla aquí.

No íbamos a dejar escapar semejante oportunidad. Fuimos con él; su habitación estaba a unas puertas de la nuestra nada más. El botones andaba en ese momento recogiendo los zapatos del pasillo. O eso nos pareció: después no estábamos seguros. Nuestro visitante —se llamaba Paxton— se hallaba en un estado de nervios peor que antes. Entramos apresuradamente en su habitación; él nos miró por encima del hombro, encendió la luz y cerró la puerta precavidamente. Entonces abrió su maleta y sacó un envoltorio hecho con pañuelos limpios; lo puso sobre la cama y lo deshizo. Ahora puedo decir que he visto una auténtica corona anglosajona. Era de plata —como siempre se ha dicho que era la de Rendlesham—: tenía engastadas piedras preciosas, la mayoría antiguos camafeos y gemas talladas, de ejecución sencilla, casi tosca. En realidad era como las que se representan en las monedas y los manuscritos. No vi ningún detalle que hiciera pensar que fuera posterior al siglo IX. Yo estaba fascinado, claro, y quise darle vueltas en mis manos; pero Paxton me lo impidió.

—No la toque —dijo—. Yo lo haré.

Y con un suspiro que sonó espantosamente, debo confesar, la cogió y fue girándola para que pudiésemos verla por todos los lados

—¿La han visto bien? —dijo finalmente; y asentimos.

La envolvió, la guardó en su bolsa, y se nos quedó mirando en silencio.

—Volvamos a nuestra habitación —dijo Long—; y cuéntenos cuál es el problema.

Nos dio las gracias y dijo:

—¿Quieren salir antes a ver si... está despejada la costa?

No comprendimos; porque nuestra actitud no había podido llamar la atención y el hotel, como digo, estaba prácticamente vacío. Sin embargo, empezábamos a sospechar... no sabíamos qué. De todos modos, los nervios son contagiosos. Así que salimos, asomándonos antes a mirar, e imaginando (me di cuenta de que los dos tuvimos esa impresión) que una sombra, o algo más que una sombra —pero no hizo ruido alguno— se apartó a un lado al trasponer nosotros la puerta. «Todo va bien», susurramos a Paxton (parecía que convenía hablar en voz baja); y nos dirigimos a nuestro cuarto de estar con él en medio de los dos. Cuando llegamos me disponía a expresar mi entusiasmo ante la extraordinaria pieza que acababa de tener ante los ojos, pero miré a Paxton y comprendí que era terriblemente inoportuno, así que dejé que hablara él.

—¿Qué podemos hacer? —empezó. Long juzgó conveniente (como me explicó más tarde) hacerse el tonto, y dijo:

—¿Por qué no averiguamos quién es el dueño del terreno y le informamos...?

—¡Ah, no, ni hablar! —le interrumpió Paxton con impaciencia—. Les ruego que me perdonen. Son ustedes muy amables, pero no han comprendido: hay que devolverla. Yo no me atrevo a ir allí de noche, y de día es imposible. Aunque quizá no lo entiendan, lo cierto es que desde que la toqué no me he sentido solo en ningún momento.

Fui a decir alguna estupidez, pero Long me lanzó una mirada, y me callé. Y dijo él:

—Creo que comprendo; pero sería un... alivio... que nos aclarara un poco más la situación.

Entonces Paxton lo soltó todo: miró por encima del hombro, nos hizo señal de que nos acercásemos más, y comenzó a hablar en voz baja: le escuchamos con la mayor

atención, evidentemente, y comparamos notas después. Yo me encargué de redactar nuestra versión, de modo que estoy seguro de haber consignado casi palabra por palabra lo que nos contó. Dijo: «Empezó cuando me puse a explorar, interrumpiéndome una y otra vez. Siempre había alguien: un hombre de pie junto a un abeto. Eso durante el día. Nunca lo tenía delante. Siempre lo veía a la derecha o a la izquierda por el rabillo del ojo. Y cuando me volvía a mirar había desaparecido. Me estaba un buen rato tumbado, vigilando, y asegurándome de que no había nadie alrededor; y cuando me levantaba y reanudaba mis exploraciones, allí estaba otra vez. Además, empezó a hacerme advertencias; porque pusiera donde pusiese ese Libro de Oraciones (a menos que lo guardase bajo llave, cosa que hice al final), cuando volvía a mi habitación lo encontraba siempre sobre la mesa, abierto por las guardas donde tiene los nombres, y con una de mis navajas de afeitar cruzada encima para que se mantuviese abierto. Estoy seguro de que no puede abrir mi bolsa de viaje, de lo contrario habría hecho algo más. Es flaco y endeble; pero de todas formas no me atrevo a encararme con él. Bueno, pues cuando empecé a hacer el túnel, lógicamente la situación empeoró; y si no hubiera estado tan ansioso habría abandonado y habría echado a correr. Era como si tuviese a alguien rozándome la espalda sin parar: durante bastante tiempo pensé que era tierra que me caía encima; pero cuando me acerqué a... a la corona, la sensación fue inequívoca. Y al descubrirla, y meter los dedos por dentro del aro y tirar para sacarla, oí una especie de grito detrás de mí. ¡Ah, no puedo describir lo desolado que sonó! Y horriblemente amenazador también. Me arruinó toda la alegría del hallazgo... me la quitó en un instante. Y si no fuese el desdichado idiota que soy, la habría dejado y me habría ido. Pero no lo hice. Y desde ese momento ha sido espantoso. Aún faltaban horas para que pudiera volver decentemente al hotel. Primero me dediqué a rellenar el túnel y borrar mis huellas, con él allí tratando de estorbarme. Unas veces le veías y otras no, según le daba, creo. Está ahí, pero tiene algún poder sobre los ojos de uno. En fin, dejé el lugar no mucho antes de que saliera el sol, y después me dirigí a la estación de Seaburgh para coger un tren de regreso. Y aunque se hizo de día casi en seguida, no sé si mejoró mi situación. A cada paso había setos, o matas de aulaga, o cercas (algún tipo de obstáculos, quiero decir) a lo largo del camino, lo que hacía que no me sintiese tranquilo un solo momento. Además, cada vez que alguien se cruzaba conmigo camino del trabajo, se volvía a mirarme de manera muy extraña; quizá se sorprendían de ver a alguien tan temprano; aunque tenía la sensación de que no era sólo eso. No sé: era como si no me miraran a mí. En la estación, el mozo se comportó del mismo modo también. Y el jefe de tren mantuvo abierta la puerta después de subir yo, como si viniese alguien más. ¡Ah, pueden estar seguros de que no son imaginaciones mías! —dijo con una risa desmayada; y prosiguió—: Pero aun en el caso de que la devuelva, no me perdonará, lo sé. ¡Con lo feliz que era yo hace un par de semanas!» —se hundió en la silla, y creo que se echó a llorar.

No sabíamos qué decir, pero comprendimos que debíamos echarle una mano como fuera; así que le dijimos —en realidad parecía que era lo único que podíamos hacer— que si estaba decidido a devolver la corona a su sitio, le ayudaríamos. Añadiré que después de lo que habíamos escuchado nos parecía lo mejor. Si le había acarreado a este pobre hombre tan horribles consecuencias, ¿no habría también algo de verdad en la

idea original de que la corona tenía un extraño poder para proteger la costa? Al menos ésa era mi opinión, y creo que la de Long también. Paxton agradeció efusivamente nuestro ofrecimiento. ¿Cuándo lo haríamos? Eran casi pasadas las diez. ¿Podíamos pretextar ante el personal del hotel que salíamos a dar un último paseo esa misma noche? Nos asomamos a la ventana; había una espléndida luna llena: la luna de Pascua. Long se ocupó de propiciarse al botones. Debía decirle que estaríamos no mucho más de una hora, y si nos sentíamos tan a gusto que nos demorábamos algo, procuraríamos resarcirle por tenerle levantado. Bueno, éramos clientes bastante asiduos del hotel, no causábamos muchas molestias, y el servicio no nos tenía por personas tacañas en lo que se refería a propinas; y de esta forma nos ganamos al botones, que nos dejó salir a dar una vuelta por el paseo marítimo, y se quedó esperándonos, como nos enteramos después. Paxton salió con un abrigo doblado sobre el brazo, y con la corona envuelta debajo.

Salimos, pues, dispuestos a cumplir esta extraña misión sin pararnos a pensar en lo insólita que era. He querido ser breve adrede en esta parte para reflejar la prisa con que trazamos el plan y lo pusimos en práctica.

—El camino más corto es subiendo la colina y cruzando el cementerio —dijo Paxton, cuando nos detuvimos un momento delante del hotel a mirar a un lado y a otro del paseo. No había nadie; nadie en absoluto. Fuera de temporada Seaburgh es un pueblo madrugador y tranquilo—. No podemos pasar por delante de la casa por el perro —dijo también Paxton cuando comenté que me parecía más corto ir por el paseo marítimo y cruzar dos campos; la razón que dio era de suficiente peso.

Echamos a andar cuesta arriba hacia la iglesia, y nos metimos por el cementerio. Confieso que pensé que algunos de los que allí yacían podían saber qué nos traíamos entre manos; pero si era así, sabían también que uno de los suyos, por así decir, nos tenía vigilados, por lo que no nos molestaron. Pero me sentía observado como no me he sentido en ningún otro momento de mi vida. Sobre todo cuando salimos del cementerio y cogimos un estrecho sendero flaqueado por dos setos altos, donde corrimos como corrió Christian por aquel valle, y salimos a campo abierto. Seguimos andando junto a nuevos setos, aunque yo hubiera preferido ir por terreno despejado donde pudiera comprobar que no venía nadie detrás de mí. Cruzamos un portillo o dos, torcimos a la izquierda a continuación, y subimos a la loma que terminaba en ese pequeño cerro.

Al acercarnos, Henry Long tuvo la sensación, y yo también, de que había esperándonos lo que sólo puedo llamar oscuras presencias, así como que nos acompañaba una bastante más definida. No puedo daros una idea fiel del nerviosismo de Paxton durante todo este tiempo: respiraba como un animal acosado, y ni Henry ni yo éramos capaces de mirarle a la cara. No nos habíamos parado a pensar qué haría cuando llegásemos al lugar. Se había mostrado tan seguro que nos pareció que no sería difícil. Y no lo fue. Jamás he visto nada como el ímpetu con que se abalanzó sobre un punto concreto del montículo y se puso a cavar, de manera que en pocos minutos casi todo su cuerpo había desaparecido de la vista. Nosotros nos quedamos de pie, sosteniendo el abrigo con el envoltorio de pañuelos debajo, sin parar de mirar a nuestro alrededor, muy asustados debo reconocer. No se veía a nadie: una fila de abetos oscuros formaba el horizonte detrás de nosotros; a la derecha teníamos más árboles y la torre de

la iglesia; casas aisladas y un molino de viento a media milla, a la izquierda; el mar en completa calma, enfrente; los ladridos débiles de un perro en una casa sobre un dique reluciente, entre él y nosotros; la luna llena trazando ese camino que todos conocemos sobre el mar; el susurro eterno de los abetos encima de nosotros, y el del mar. Y en medio de toda esta quietud, muy cerca, la aguda, la intensa conciencia de una hostilidad contenida, como un perro sujeto con una correa que en cualquier momento se puede soltar.

Paxton emergió del agujero y tendió la mano.

—Dénmela —susurró—, desenvuelta.

Abrimos los pañuelos, y cogió la corona. La luna la iluminó justo en el instante en que la cogía. No llegamos a tocar el metal, y desde entonces he pensado que fue una suerte. Poco después estaba Paxton de nuevo fuera del agujero y cavaba afanoso con unas manos que ya le sangraban. Sin embargo, rechazó toda ayuda. Lo más trabajoso fue dejar el lugar de forma que pareciese intacto; no obstante —no sé cómo—, lo hizo maravillosamente bien. Y una vez que quedó definitivamente satisfecho, emprendimos el regreso.

Estábamos ya a unas doscientas yardas del montículo cuando dijo Long de repente:

—Un momento; se ha dejado el abrigo. No es prudente. ¿Lo ve allí?

Yo me volví y lo vi, en efecto: el abrigo largo, oscuro, tendido junto a la boca cegada del agujero. Pero Paxton no se había detenido; negó con la cabeza, y alzó el abrigo que llevaba en el brazo. Y cuando le alcanzamos dijo sin inmutarse, como si nada importase ya:

—Aquello no es mi abrigo.

Y en efecto, cuando volvimos a mirar la mancha oscura ya no estaba.

Bueno, salimos al camino, y apretamos el paso. Aún no eran las doce cuando llegamos, procurando poner buena cara, y diciendo —Long y yo— qué noche tan espléndida hacía para pasear. Al entrar en el hotel nos estaba esperando el botones, así que le dedicamos algún comentario de este estilo para su edificación. Él echó otra ojeada a uno y otro lado del paseo antes de cerrar la puerta, y dijo:

—Supongo que no se han encontrado con nadie, ¿verdad, señor?

—No, desde luego; no hemos visto un alma —dije; y recuerdo que al oírme Paxton me dirigió una mirada singular.

—Es que me ha parecido ver a alguien que subía camino de la estación, detrás de ustedes —dijo el botones—. Pero como iban los tres juntos, no me ha parecido que llevara malas intenciones.

Yo no supe qué decir; Long se limitó a murmurar: «Buenas noches». Nos dirigimos a la escalera, prometiendo apagar todas las luces y acostarnos en seguida.

Una vez en nuestra habitación, hicimos lo posible por animar a Paxton.

—Bueno, ya está la corona otra vez en su sitio —dijimos—. Tal vez hubiera sido mejor no haberla tocado —Paxton asintió a esto con énfasis pero en realidad no se le ha causado ningún daño, y desde luego no le vamos a revelar esto a nadie capaz de cometer la locura de acercarse allí. Además, ¿no se siente ahora mejor? A mí no me importa confesar —dije— que cuando íbamos para allá me inclinaba a coincidir con

usted en que... bueno, en que nos seguían; pero al volver ya no he tenido esa impresión —pero no dio resultado.

—Ustedes no tienen por qué preocuparse —dijo—. Pero a mí no se me ha perdonado. Yo aún tengo que pagar este atroz sacrilegio. Sé qué me van a decir: que puede ayudarme la Iglesia. Sí; pero es el cuerpo el que tiene que sufrir. Es cierto que ahora no tengo la sensación de que me espera ahí fuera. Pero...

Calló. Se volvió para darnos otra vez las gracias, y le despedimos en cuanto pudimos. Naturalmente, le insistimos en que utilizara nuestro cuarto de estar al día siguiente, y le dijimos que nos encantaría salir a pasear con él. ¿O tal vez jugaba al golf? Sí, así era; pero no creía que se sintiera con ánimos para jugar por la mañana. Bueno, le aconsejamos que se levantara tarde y se viniera a nuestra habitación mientras nosotros jugábamos, y por la tarde daríamos un paseo. Se mostró muy sumiso y maleable a todo lo que dijimos; y dispuesto a hacer lo que nosotros creyésemos mejor, aunque claramente convencido en su fuero interno de que no podría evitar ni atenuar lo que le iba a venir. Se preguntará usted por qué no le insistimos en acompañarle a su casa y dejarle a salvo con sus hermanos o con quien fuera. La verdad es que no tenía a nadie. Poseía un piso en la ciudad, pero últimamente había decidido irse a vivir un tiempo a Suecia, había desmantelado el piso, lo había facturado todo, y estaba pasando un par de semanas o tres antes de emprender el viaje. De todos modos, nos pareció que no podíamos hacer otra cosa, aparte de dormir —o tratar de dormir, como fue mi caso—, y esperar a ver cómo nos sentíamos por la mañana.

Nos sentimos muy distintos Long yo, esa mañana de abril, preciosa que no podía pedirse más; y Paxton parecía también muy distinto cuando le vimos en el desayuno. «Creo que es la primera noche algo decente que paso desde hace tiempo», fue lo que dijo. Pero haría lo que nosotros le habíamos dicho: quedarse en el hotel toda la mañana, y salir más tarde con nosotros. Nos fuimos al campo de golf; nos reunimos con otros aficionados, estuvimos jugando con ellos, y comimos allí más bien temprano, a fin de no regresar tarde. Sin embargo, las trampas de la muerte se abatieron sobre él.

No sé si podía haberse evitado. Creo que, de una u otra manera, habría caído. Sea como sea, lo que ocurrió fue esto:

Subimos directamente a nuestro cuarto de estar. Allí encontramos a Paxton, leyendo plácidamente. «¿Dispuesto a salir —preguntó Long—, digamos dentro de media hora?»

—Por supuesto —contestó él.

Yo dije que antes teníamos que cambiarnos, quizá tomar un baño, y que pasaríamos a recogerle en media hora. Yo me bañé en seguida, me eché en la cama, y me quedé dormido; estuve durmiendo como unos diez minutos. Long y yo salimos de nuestras habitaciones al mismo tiempo y fuimos juntos al cuarto de estar. Paxton no estaba... Sólo estaba su libro. Tampoco le encontramos en su habitación, ni abajo. Dimos una voz, llamándole. Salió un camarero y dijo:

—Vaya, creía que habían salido ustedes ya como el otro señor. Les ha oído llamarle desde el camino y ha salido corriendo; le he visto desde la ventana de la cafetería, aunque no a ustedes. A él le he visto correr hacia la playa, en esa dirección.

Sin una sola palabra, echamos a correr hacia allá: era la dirección opuesta a la de la

expedición de la noche anterior. Aún no eran las cuatro, y hacía bueno, aunque no tanto como por la mañana, de modo que no había motivo para alarmarnos. Habiendo gente, sin duda no podía correr serio peligro.

Pero algo debió de leer en nuestra expresión el camarero cuando echamos a correr, porque salió a la escalinata, señaló y dijo:

—Sí, en esa dirección fue.

Seguimos corriendo hasta la playa de guijarros; allí nos detuvimos. Había que elegir entre dos direcciones: por delante de las casas que había en el paseo, o por la playa, que ahora que había bajamar era bastante ancha. Naturalmente, también podíamos seguir por la franja de guijarros que había entre uno y otro camino, y andar atentos a los dos, pero era bastante incómodo. Elegimos la arena, que era el paraje más solitario, y alguien podía perpetrar cualquier atropello sin que le viesan desde el camino público.

Long dijo que veía a Paxton a cierta distancia, corriendo y agitando el bastón como haciendo señas a alguien que iba delante. No estoy seguro: estaba subiendo deprisa una de esas brumas marinas que vienen del sur. Había alguien; eso es todo lo que puedo decir. Y había huellas en la arena como de alguien que corría con zapatos. Y había otras huellas anteriores —porque las de zapatos las pisaban— de alguien que corría descalzo. Bueno, naturalmente, sólo tiene mi palabra de que es verdad todo esto: Long ha muerto, no teníamos tiempo ni medios para tomar bocetos o sacar moldes, y la siguiente pleamar borró las huellas; lo único que podíamos hacer era observarlas mientras corríamos. Pero allí estaban repetidas una y otra vez, y se veía claramente que eran de unos pies desnudos, de unos pies en los que había más huesos que carne.

La imagen de Paxton corriendo detrás de un ser así, creyendo que iba en pos de sus amigos, nos resultaba verdaderamente espantosa. Puede imaginarse qué pensábamos: que el ser que perseguía podía detenerse de pronto y volverse hacia él, y la clase de rostro que revelaría, medio velado al principio por la bruma... cada vez más espesa. Por mi parte, mientras corría —preguntándome cómo el pobre desventurado podía confundir con nosotros a aquella criatura—, recordé sus palabras: «Tiene un poder especial sobre los ojos de uno». Me preguntaba cómo iba a terminar esto; porque ya no tenía esperanza de que pudiera evitarse el desenlace, y... bueno, no hace falta que cuente los pensamientos sombríos y horribles que me pasaron por la cabeza al sumergirnos en la niebla. Era extraño también que, aunque el sol estaba alto todavía, no se pudiera ver nada. Sólo sabíamos que habíamos dejado atrás las casas y habíamos llegado al descampado que hay entre ellas y el antiguo torreón. Pasado el torreón, no hay más que guijarros: ni una sola casa, ni un ser humano hasta esa punta de tierra, o más bien de piedras, con el río a la derecha y el mar a la izquierda.

Pero justo antes de eso, pegada al torreón, recordará que está la antigua batería, cerca del mar. Creo que ahora sólo quedan unos cuantos bloques de mortero, el resto lo ha destruido el mar; pero en aquel entonces quedaba mucho más, aunque todo eran prácticamente ruinas. Bien, pues cuando llegamos allí, subimos a lo alto lo más deprisa que pudimos para otear toda la franja de guijarros que había a nuestros pies, si la niebla nos dejaba ver algo. Pero teníamos que descansar un momento: habíamos corrido lo menos una milla. No se veía nada. Y nos disponíamos a bajar para seguir corriendo sin

muchas esperanzas, cuando oímos lo que sólo puedo describir como una risa: una risa sin hálito, sin pulmones; no sé si comprende lo que quiero decir. Me temo que no. Provenía de abajo; y se alejó flotando con la niebla. Fue suficiente. Nos asomamos por encima del muro. Abajo, al pie, estaba Paxton.

No hace falta decir que estaba muerto. Sus huellas indicaban que había corrido junto al muro de la batería, había dado la vuelta a la esquina y sin duda se había dado de bruces con alguien que le estaba esperando. Tenía la boca llena de arena y guijarros, y las mandíbulas y los dientes destrozados. Sólo le miré una vez la cara.

En ese momento, mientras bajábamos de la batería a recoger su cuerpo, oímos un grito, y vimos delante del torreón a un hombre que acudía corriendo por la playa. Era el vigilante: su mirada alerta había divisado a través de la niebla que ocurría algo. Había visto caer a Paxton, y nos había visto a nosotros correr un instante después... afortunadamente para nosotros, porque de lo contrario difícilmente nos habríamos librado de la sospecha de estar implicados en este asunto espantoso. Le preguntamos si había visto a alguien atacar a nuestro amigo. No estaba seguro.

Le mandamos en busca de ayuda, y nos quedamos junto al muerto hasta que llegaron con una camilla. Fue entonces cuando descubrimos el rastro en la franja de arena al pie de la muralla de la batería. El resto era de guijarros, y era completamente imposible saber en qué dirección había huido el otro.

¿Qué íbamos a decir en la encuesta? Consideramos un deber no revelar inmediatamente el secreto de la corona para que no saliese publicado en todos los periódicos. No sé hasta dónde habría contado usted; pero nosotros acordamos decir lo siguiente: que conocíamos a Paxton sólo del día anterior, y que nos había confesado que tenía miedo de un individuo llamado William Ager, que le había amenazado. También, que habíamos visto las huellas de Paxton y de otro cuando le seguimos por la playa. Pero ahora habían desaparecido de la arena.

Por suerte, nadie sabía de ningún William Ager que viviera en la comarca. El testimonio del hombre del torreón nos libró de toda sospecha. Lo único que pudo hacerse fue emitir un veredicto de homicidio intencionado, cometido por uno o varios desconocidos.

Paxton carecía de parientes, al extremo de que ninguna de las pesquisas efectuadas después condujo a nada positivo. Y desde entonces no he vuelto a estar en Seaburgh, ni a acercarme siquiera.

UNA VELADA JUNTO AL FUEGO

No hay nada más corriente en los libros de antaño que la descripción de la lumbre en invierno, donde la abuela cuenta a los pequeños agrupados en círculo, todos pendientes de sus labios, un cuento tras otro de fantasmas y duendes, inspirando en su auditorio un grato terror. Pero nunca se nos dice qué cuentos son éstos. Oímos hablar de espectros ensabanados con ojos como platos, y —más inquietante aún— del hombre del saco. Pero se nos escamotea el contexto de estas imágenes impresionantes.

Éste es un tema que me obsesiona desde hace mucho tiempo; pero no veo el modo de resolverlo definitivamente: han desaparecido ya las abuelas venerables, y los compiladores de folclore iniciaron su labor en Inglaterra demasiado tarde para salvar gran parte de lo que ellas contaban. Sin embargo, son cosas que no se pierden fácilmente; porque la imaginación, valiéndose de detalles dispersos, es capaz de recomponer el cuadro de una velada junto al fuego, como en *Evening Conversations* de la señora Marcet, *Dialogues on Chemistry* del señor Joyce, o *Philosophy in Sport made Science in France*, de otro autor, destinados a desaparecer por pretender sustituir el error y la superstición por la utilidad y la verdad más o menos de la siguiente manera:

Charles. —Después de la amable explicación que me diste el sábado, papá, creo que comprendo las leyes de la palanca; pero ahora me tiene perplejo el funcionamiento del reloj de pared, y me pregunto por qué, cuando le paras el péndulo, deja de andar.

Papá. —[¡Ah bandido!, conque has estado tocando el reloj del salón, ¿eh? ¡Ven aquí! (no; este comentario se ha deslizado en el texto no se sabe cómo)] Bueno, hijo; aunque no apruebo que sin mi supervisión hagas experimentos que pueden dañar el buen funcionamiento de un instrumento científico valioso, te explicaré lo mejor que pueda los principios del reloj de péndulo. Tráeme un cordel resistente del cajón de mi despacho, y dile a la cocinera que tenga la bondad de prestarte una de las pesas que utiliza en la cocina.

Y para qué seguir.

¡Qué distinta es la escena de un hogar donde aún no han penetrado los resplandores de la Ciencia! El señor de la casa, agotado por la larga jornada persiguiendo perdices, atiborrado de comida y de vino, ronca a un lado de la lumbre. Su anciana madre hace punto al otro lado, y los niños (Charles y Fanny, no Harry y Lucy; éstos no lo habrían resistido) están pegados a sus rodillas.

La abuela. —Vamos, niños; portaos bien y estad callados, no vayáis a despertar a vuestro padre porque ya sabéis lo que pasará.

Charles. —Sí; se pondrá de un humor de perros y nos mandará a la cama.

La abuela (deja las agujas y dice con severidad). —¿Qué manera de hablar es ésa, Charles? ¿No te da vergüenza? Vaya, pensaba contaros un cuento, pero si hablas así, me callo y no os cuento nada (un grito contenido: «¡Sí, abuelita!») ¡Chist! ¡Chist! ¡Ahora sí creo que le habéis despertado!

El terrateniente (con voz pastosa). —Escucha, madre, si no puedes tener callados a los críos...

La abuela. — ¡Sí, John, sí! Lo siento. Les estaba diciendo que como vuelva a ocurrir se van a la cama.

El terrateniente se vuelve a adormilar.

La abuela. — Ea, ¿veis lo que os había dicho? *Tenéis* que ser buenos *y* estar callados. Veréis lo que vamos a hacer: mañana saldréis a coger zarzamoras; y si traéis una cesta llena os haré mermelada.

Charles. — ¡Sí, haznos, abuelita! Yo sé dónde hay unas buenísimas; hoy mismo las he visto.

La abuela. — ¿Dónde, Charles?

Charles. — En el caminito que pasa por delante de la casa de Collins.

La abuela (bajando la labor al regazo). — ¡Charles! Por lo que más quieras, *no* cojas una sola zarzamora de ese camino. ¿Sabes (bueno, cómo lo vas a saber) qué estaba pensando? Pero no importa; haz caso de lo que te digo...

Charles y Fanny. — ¡Dinos por qué, abuelita! ¿Por qué no podemos coger de allí?

La abuela. — ¡Chist! ¡Chist! Está bien, de acuerdo, os lo contaré; pero no tenéis que interrumpirme. Pues veréis: cuando yo era niña, ese camino tenía mala fama, aunque parece que la gente ya no se acuerda de eso. Y un día (¡Dios mío, es como si fuera esta noche!), le conté a mi madre que en paz descansase cuando entré en casa a cenar (era una noche de verano) dónde había estado, y que había vuelto por ese camino, y le pregunté cómo era que se criaban tantas zarzas y groselleros en la parte de arriba de ese caminito. ¡Dios mío, el enfado que cogió! Me zarandeó, me dio una torta, y me dijo: «Niña mala y desobediente, ¿no te he prohibido veinte veces que pongas los pies en ese camino? Y encima te entretienes mirando por allí cuando ya ha anochecido», y no sé qué más dijo; cuando terminó me sentía demasiado asustada para decir nada; pero le hice ver que era la primera vez que me lo decía, lo que era la pura verdad.

Entonces, naturalmente, se arrepintió de haber sido tan severa conmigo, y para repararlo me contó toda la historia después de cenar. Más tarde volví a escuchársela muchas veces a los viejos del lugar, y tuve mis razones para pensar que había en ella algo de verdad.

Pues bien, en la parte de arriba de ese sendero, al final... Vamos a ver, ¿a la derecha o a la izquierda conforme se sube? A la izquierda, pues hay un terreno abrupto lleno de arbustos, cercado por una especie de seto viejo y medio destrozado, donde aún quedan algunos viejos groselleros... o quedaban al menos, porque hace años que no subo por ahí. Lo cual quiere decir que ahí hubo una casa. Y en esa casa, antes de que yo naciese, ni hubiese remota posibilidad, vivía un hombre llamado Davis. Parece que no era de aquí, y desde luego nunca ha habido nadie con ese apellido desde que yo tengo uso de razón. Sea como sea, el caso es que este señor Davis vivía muy aislado, visitaba raras veces la taberna, y no trabajaba para ningún agricultor; porque por lo visto tenía suficiente dinero para vivir. Pero le tocaba bajar al pueblo los días de mercado, y recoger de paso las cartas de correos. Un buen día volvió del mercado con un joven; un muchacho que estuvo viviendo con él bastante tiempo. Iban y venían juntos, pero nadie sabía si era que este muchacho se encargaba de los trabajos de la casa o si el señor Davis era su profesor. Decían que era pálido, feo *y* muy poca cosa. Bueno, ¿y qué pasaba con estos dos hombres? Naturalmente, no podría contaros ni la mitad de las bobadas que le

había dado por pensar a la gente, y sabemos que no hay que hablar mal de nadie cuando no estamos seguros de que sea verdad, ni siquiera cuando se trata de gente que ha muerto y ya no está. Pero como digo, estos dos hombres andaban siempre juntos de la mañana a la noche, arriba en las lomas o abajo en el bosque: y había un paseo que solían hacer regularmente, una vez al mes, al sitio donde habéis visto esa antigua figura tallada en el costado del cerro. La gente observó que en verano, cuando hacían esa excursión, pasaban la noche allí o cerca de allí. Recuerdo que una vez mi padre, o sea vuestro bisabuelo, me dijo que había hablado de esto con el señor Davis (ya que éste vivía en sus tierras), y le había preguntado por qué le gustaba tanto ir a ese lugar; pero el señor Davis dijo solamente: «Bueno, es un sitio muy antiguo, señor, y a mí siempre me han gustado las cosas antiguas; y cuando éste (refiriéndose a su joven amigo) y yo estamos allí, nos parece talmente que estamos en los tiempos antiguos». Y dijo mi padre: «Sí, a usted le encantará —dijo—; pero a *mí* no me gustaría encontrarme en un paraje solitario como ese en plena noche». El señor Davis sonrió; y el joven, que había estado escuchando dijo: «Bueno, a nosotros en esos momentos no nos falta compañía»; y dijo mi padre que el señor Davis le hizo una seña disimulada; y el joven prosiguió rápidamente, como para enmendar lo dicho: «Me refiero a que el señor Davis y yo nos hacemos suficiente compañía; ¿no es así, señor? Y por la noche, en verano, se disfruta allí de un airecillo delicioso; puede contemplarse el campo bajo la luna, y todo se ve muy distinto de como es durante el día. Con todos esos tómulos que hay en la loma»...

Aquí intervino el señor Davis, algo enojado con él, y dijo: «¡Ah, sí!; son trabajos antiguos, ¿verdad, señor? ¿Para qué los harían?» Y dijo mi padre (¡Válgame Dios!, es un milagro que me acuerde de todo esto; pero es que me hizo mucha impresión cuando me lo contó; y aunque os parezca aburrido, ahora no tengo más remedio que acabarlo de contar), dijo: «Pues verás, señor Davis, he oído que son sepulturas; y sé, porque he tenido ocasión de abrir una, que en todas aparecen huesos antiguos y tinajas; aunque no sé de quiénes son. La gente dice que por toda esta comarca estuvieron los antiguos romanos; aunque ignoro si enterraban así a sus muertos». Y el señor Davis, pensativo, negó con la cabeza y dijo: «Para mí que son de gente más antigua que los romanos, y vestían de manera distinta... O sea: según representan a los romanos, iban siempre con armadura, y usted no ha encontrado nunca armaduras aquí, por lo que dice, ¿verdad, señor?» Mi padre se quedó un poco sorprendido, y dijo: «No creo haber dicho nada de armaduras, aunque la verdad es que no recuerdo haber encontrado ninguna. Pero habla usted como si les hubiese visto»; y el joven y el señor Davis se echaron a reír. Y dijo el señor Davis: «¿Verles, señor? Sería un poco difícil al cabo de tantísimos años. Aunque me gustaría mucho saber cosas sobre los tiempos antiguos, y sobre aquellas gentes, y qué adoraban y demás». Y dijo mi padre: «¿Qué adoraban? Bueno, creo que adoraban al viejo esculpido arriba en el cerro». «¿De veras? —dijo el señor Davis—; vaya, no me extrañaría». Y mi padre siguió hablando, y les contó que había leído y oído cosas sobre los paganos y sus sacrificios; cosas que tú, Charles, aprenderás un día cuando vayas al colegio y estudies latín. Y los dos parecían escuchar con mucho interés; aunque mi padre me confesó que le daba la impresión de que gran parte de lo que les contaba no era ninguna novedad para ellos. Ésa fue la única vez que tuvo una larga conversación con el señor Davis. Y lo que más grabado se le quedó, dijo, fueron las palabras del joven

sobre que *no les faltaba compañía*; porque en aquel tiempo se hablaba mucho en los pueblos de los alrededores sobre... En fin, que si no llega a intervenir mi padre, la gente habría chapuzado a una anciana por bruja.

Charles. — ¿Qué significa chapuzar a una anciana por bruja, abuelita? ¿Hay brujas todavía?

La abuela. — No, cariño. ¡Vaya! ¿Cómo me habré desviado así? No, no: ésa es otra historia. Lo que iba a decir es que la gente de los pueblos vecinos creía que por las noches se celebraban reuniones en el cerro donde está esculpido el viejo, y que los que acudían allí no iban a nada bueno. Pero no me interrumpáis ahora porque se está haciendo tarde. Bien, pues hacía unos tres años que el señor Davis y el joven vivían juntos cuando de repente ocurrió algo terrible... No sé si debo contároslo (protestas de «¡Sí! ¡Sí! ¡Abuelita, por favor!» etc.). Está bien, pero prometedme que no os asustaréis ni empezareis a gritar a media noche («¡No, no lo haremos, claro que no!»). Pues una madrugada de finales del verano, creo que era septiembre, con las primeras luces, subió un leñador al bosque a trabajar; y justo donde unos robles gruesos forman una especie de ruedo, en lo más adentro, vio a cierta distancia, a través de la niebla, una mancha blanca como de figura humana, y dudó si dar media vuelta o no. Pero siguió adelante, y al acercarse descubrió que *era* un hombre. Y algo más: que se trataba del joven amigo del señor Davis, vestido con una especie de camisón blanco, colgado por el cuello de la rama del roble más grande, y completamente muerto. Cerca de sus pies, en el suelo, había un hacha toda manchada de sangre. ¡Qué horrible visión para cualquiera que se adentrara en ese lugar solitario! El pobre hombre casi pierde el juicio; soltó lo que llevaba y echó a correr como no lo había hecho en su vida, fue directamente a la rectoría, despertó a la casa y contó lo que acababa de ver. Y el anciano señor White, que era el rector entonces, le envió, mientras él se vestía, en busca de dos o tres hombres fuertes, el herrero, el sacristán y demás, y seguidamente se dirigieron todos a ese lugar espantoso con un caballo para cargar en él al desventurado y llevarlo a casa del señor Davis. Al llegar, vieron que era como el leñador lo había contado. Pero lo que les causó una impresión más terrible fue la forma en que estaba vestido el cadáver; en especial al señor White; porque le pareció que lo que llevaba puesto era una parodia de sobrepelliz de la iglesia. Aunque mi padre contó que no tenía la misma forma. Y dijo que cuando lo bajaron del árbol descubrieron que tenía una cadenita alrededor del cuello, y colgando de ella, por delante, un pequeño adorno en forma de rueda, de aspecto muy antiguo, dijo. Entretanto, habían mandado corriendo a un chico a casa del señor Davis para ver si estaba allí. Porque, naturalmente, no podían por menos de sospechar de él. El señor White dijo que había que mandar también recado al alguacil del pueblo vecino, y llamar a otro juez (él mismo lo era de este municipio); así que salieron corriendo unos en una dirección y otros en otra. Mi padre, como solía ocurrir, no estaba esa noche en casa; de lo contrario le habrían avisado a él en primer lugar. Total, que pusieron el cuerpo atravesado encima del caballo. Dicen que desde el instante en que avistaron el árbol tuvieron que emplearse a fondo para impedir que el animal se encabritara y saliera disparado, porque se puso como loco de pánico. Pero consiguieron vendarle los ojos, y así lo sacaron del bosque y atravesaron la calle del pueblo. Al llegar al gran árbol donde están los rebaños encontraron un corro de mujeres, y en medio, tendido en el suelo y

blanco como el papel, al chico que habían mandado a casa del señor Davis; pero no lograron sacarle una palabra, ni buena ni mala. Así que comprendieron que aún faltaba algo peor, y reanudaron la marcha cuesta arriba hacia la casa del señor Davis. Y cuando ya estaban cerca, el caballo empezó a ponerse furioso otra vez, *y a recular y relinchar y golpear el suelo con las patas delanteras*, al extremo de que estuvo a punto de matar al hombre que lo conducía, e hizo que el muerto cayera de espaldas al suelo. Entonces el señor White mandó que se llevasen al caballo lo más deprisa posible, y transportaron el cadáver directamente al cuarto del estar, dado que la puerta estaba abierta. Y entonces descubrieron qué había asustado mortalmente al pobre chico y había espantado de aquella forma a la caballería. Porque sabréis que los caballos no soportan el olor de la sangre.

Había una mesa larga en la habitación, más larga que el tamaño de un hombre, y sobre ella yacía el cuerpo del señor Davis. Tenía los ojos tapados con una venda blanca, los brazos atados a la espalda, y los pies trabados con otra venda. Pero lo espantoso era que tenía el pecho descubierto, *y el esternón partido de arriba abajo con un hacha! ¡Ah, que visión más horrible!*; todos los presentes se marearon *y sintieron náuseas, y tuvieron que salir a que les diese el aire*. Incluso el señor White, que era lo que podríamos llamar un hombre entero, se desmoronó y salió al jardín a rezar a Dios para que le diese fuerzas.

Por último depositaron el otro cuerpo lo mejor que pudieron en la habitación y efectuaron un registro para ver si averiguaban cómo había podido ocurrir tan horrible tragedia. En las alacenas encontraron cierta cantidad de yerbas y tarros con licores; al examinarlos los que entendían de esas cosas descubrieron que algunas de estas sustancias eran pociones para dormir a las personas; y no tuvieron ninguna duda de que este joven malvado había puesto alguna dosis de esas pociones en la bebida del señor Davis, le había hecho todo aquello, y después su sentimiento de culpa le había empujado a quitarse la vida.

En fin, no entenderíais todo el jaleo legal que tuvieron que llevar a cabo el juez que investiga los delitos de sangre y los magistrados municipales; pero hubo mucho trasiego de personas durante el día siguiente o dos; después se reunió la gente de la vecindad y concluyeron que no soportaban la idea de que estos dos recibieran sepultura en terreno de la iglesia junto a gente cristiana. Porque debo deciros que el señor White y otros clérigos registraron los cajones *y alacenas* del señor Davis, *y encontraron ciertos escritos y documentos*; y después pusieron su firma en una declaración en la que decían que estos dos hombres eran culpables, por propia decisión, del horrendo pecado de idolatría; y que sospechaban que había otros lugares en la comarca que se hallaban igualmente contaminados de ese mal, por lo que hacían un llamamiento general al arrepentimiento, no fuera que les acaeciese el mismo horror; y seguidamente quemaron dichos escritos y documentos. Después, el señor White se manifestó del mismo parecer que sus feligreses; y un día, anochecido ya, fue con doce hombres escogidos a esa casa maligna, con dos angarillas toscamente hechas para la ocasión *y dos paños negros*; *y en el cruce donde se tuerce a Bascombe y a Wilcombe* había más hombres esperando con antorchas, una fosa hecha, y una muchedumbre venida de todo el contorno. Y los hombres que entraron en la casa lo hicieron sin descubrirse. Cogieron cuatro de ellos los

dos cuerpos, los tendieron en las angarillas, les echaron encima los paños negros, y sin mediar una palabra los llevaron camino abajo, los arrojaron a la fosa, y los cubrieron con piedras y tierra. Entonces el señor White habló a la gente allí reunida. Mi padre estuvo presente (había vuelto al enterarse de la noticia), y dijo que jamás olvidaría aquella extraña escena, con las antorchas ardiendo, los dos bultos negros en la fosa, y sin oírse el más pequeño rumor entre la gente, salvo lo que quizá era el gimoteo medroso de un niño o una mujer. Y al terminar el señor White, se fue todo el mundo, y dejaron solos allí a los enterrados.

Dicen que incluso hoy se resisten los caballos a pasar por allí, y he oído que durante mucho tiempo el lugar estuvo envuelto como en una bruma o luz difusa; no sé si será verdad. Lo que sé es que al día siguiente mi padre tuvo que pasar por donde arranca el camino, y vio a lo largo de él tres o cuatro grupitos de personas, al parecer alarmadas por algo. Conque dirigió el caballo hacia ellos, y les preguntó qué ocurría. Y acudieron presurosos a su encuentro y dijeron: «¡Ah, señor, es sangre! ¡Mire!» Bajó del caballo, y se la enseñaron: allí, en cuatro lugares del camino, creo, vio grandes manchas de sangre, aunque era difícil distinguir si efectivamente era sangre, porque estaban casi enteramente cubiertas de moscas negras que ni revoloteaban ni se movían. Por lo visto, esa sangre había caído del cuerpo del señor Davis cuando lo transportaban camino abajo. Bueno, mi padre se limitó a mirar de cerca aquella repugnancia para comprobar qué era, y a continuación dijo a uno de los hombres que había allí: «Trae ahora mismo una espuerta o una carretilla de tierra limpia del cementerio para cubrir esas manchas; yo espero aquí». Volvió el hombre casi en seguida, y con él un viejo que había sido sepulturero, con una pala y la carretilla de tierra. Se detuvieron junto a la primera mancha, y se dispusieron a cubrirla de tierra. ¿Y qué ocurrió en cuanto lo hicieron? Pues que las moscas alzaron el vuelo formando una especie de nube espesa y se alejaron en dirección a la casa. Y el sepulturero (que era también el sacristán) se detuvo y le dijo a mi padre: «El Señor de las Moscas, señor»; no dijo más. Y lo mismo ocurrió en todas y cada una de las otras manchas.

Charles. — Pero ¿a qué se refería, abuelita?

La abuela. — Bueno, cariño, acuérdate de preguntárselo al señor Lucas cuando le digas la lección mañana; yo no puedo entretenerme ahora en contaros eso: hace rato que ha pasado la hora de subir a acostaros. Después lo que ocurrió fue que mi padre decidió que no volviese a vivir nadie más en esa casa, ni a utilizar nada de lo que había en ella. Así que, aunque era una de las mejores del lugar, avisó a los vecinos que había que destruirla, y que el que quisiera podía llevar un brazado de leña para quemarla. Y eso es lo que hicieron: apilaron leña en el cuarto de estar, aflojaron la techumbre para que las llamas prendieran bien, y a continuación le pegaron fuego; y como no había ladrillos, quitando el cañón de la chimenea y de la estufa, no tardó en quedar reducida a cenizas. Creo recordar que vi la chimenea de pequeña, pero finalmente se derrumbó.

Y ahora llego a la parte final. Os puedo asegurar que durante mucho tiempo la gente estuvo diciendo que veían al señor Davis y a su joven amigo, a uno de ellos en el bosque, y a los dos donde estuvo la casa, o bajando por el camino, sobre todo en primavera y otoño. Yo eso no lo puedo garantizar, aunque si de verdad existieran las almas en pena, seguro que personas así no descansarían. Lo que sí puedo deciros es

esto: que un anochecer del mes de marzo, poco antes de que nos casáramos vuestro abuelo y yo, habíamos estado dando un largo paseo por el bosque cogiendo flores y hablando como suelen hacer las parejas durante el noviazgo; y andábamos tan pendientes el uno del otro que no nos fijamos por dónde íbamos. Y de repente di un grito, y vuestro abuelo me preguntó qué ocurría. Lo que me había pasado era que había notado una fuerte picadura en el dorso de la mano, la levanté hacia mí y vi que tenía un bicho negro; le di una palmada con la otra mano y lo maté. Se lo señalé a vuestro abuelo, y él, que era una persona que se fijaba en todas esas cosas, dijo: «Caramba, jamás había visto una mosca de esa clase». Y aunque a mí no me parecía muy distinta de las normales, no dudé que tenía razón.

Miramos entonces a nuestro alrededor, y hete aquí que estábamos en el mismísimo camino, justo delante del lugar donde estuvo la casa y, como me dijeron después, precisamente donde los hombres habían dejado un momento las angarillas al salir con ellas por la puerta del jardín. Os aseguro que nos fuimos a toda prisa de allí; al menos hice que vuestro abuelo avivara el paso, porque al descubrir dónde estaba me entró una zozobra que no sabía ni lo que hacía; aunque él se habría quedado a curiosear si le hubiese dejado. No estoy segura de que no hubiera allí algo más de lo que podíamos ver; pero quizá era en parte el veneno de la picadura de aquella mosca horrible, que me estaba haciendo efecto, lo que hacía que me sintiera extraña; porque, ¡Dios mío, cómo se me pusieron el brazo y la mano! ¡Miedo me da deciros cómo se me hinchó! ¡Y cómo me dolía! Nada de lo que mi madre me puso me hizo efecto; no se me alivió hasta que una vieja criada la convenció de que avisase al curandero de Bascombe para que viniese a verme. Éste parecía saberlo todo sobre el particular, y dijo que no era la primera vez que ocurría esto. «Cuando el sol va ganando fuerza —dijo—, cuando la tiene en su plenitud, y cuando empieza a perderla, y cuando se queda sin ella, los que frecuentan ese camino harán bien en tener cuidado». No quiso decir qué me vendó en el brazo ni qué palabras murmuró, pero me sanó en poco tiempo. Después he oído hablar a menudo de personas a las que les ha ocurrido lo mismo; aunque parece que últimamente estos casos van siendo más raros. Tal vez con el tiempo desaparezcan definitivamente.

Por ese motivo, Charles, te prohíbo que vayas allí a coger zarzamoras, y que las pruebes. Y ahora que ya lo sabes, supongo que tampoco tú querrás. ¡Ea, a la cama los dos ahora mismo! ¿Qué pasa, Fanny? ¿Quieres luz en tu habitación? ¿Qué ocurrencia! Desvístete ahora mismo, reza tus oraciones, y si tu padre no me necesita cuando se despierte, iré a darte las buenas noches. Y tú, Charles: si te oigo asustar a tu hermanita mientras subís se lo diré a tu padre, y ya sabes cómo te fue la última vez.

Se cierra la puerta; y la abuela, tras prestar atención un momento o dos, reanuda su punto. El terrateniente sigue dormitando.

HABÍA UN HOMBRE QUE VIVÍA JUNTO A UN CEMENTERIO

Ése es, como sabéis, el principio del cuento de trasgos y duendes que Mamilius, la mejor criatura de Shakespeare, estaba contando a su madre la reina y a sus damas de compañía, cuando entra el rey con su guardia y la manda a prisión. Y no hay más: Mamilius muere poco después sin haber tenido ocasión de terminarlo. Pero ¿cómo habría sido? Shakespeare lo sabía, claro está; y yo voy a permitirme el atrevimiento de decir que también. No iba a ser un cuento nuevo; muy probablemente era uno que habéis oído, incluso que habéis contado. Cualquiera de nosotros puede situarlo en el marco que más le plazca. Éste es el mío:

Había un hombre que vivía junto a un cementerio. Su casa tenía una planta baja de piedra y un piso de madera. Las ventanas delanteras daban a la calle y las de atrás al cementerio. Antes había pertenecido al cura de la parroquia; pero el cura (es la época de la reina Isabel) estaba casado y quería disponer de más espacio. Además, a su mujer no le gustaba contemplar de noche el cementerio desde la ventana de su cuarto. Decía que veía... pero no importa lo que dijera; el caso es que no daba tregua a su marido, hasta que éste accedió a mudarse a una casa más amplia de la calle del pueblo. Y esta otra pasó a ocuparla John Poole, un viudo que vivía solo. Este Poole era un hombre mayor de vida retraída; la gente decía que era algo avaro.

Probablemente era verdad: desde luego, tenía otras rarezas. En aquel entonces era corriente enterrar a los muertos de noche a la luz de las antorchas; y se había observado que cuando se acercaba un sepelio John Poole estaba siempre asomado a una ventana, bien de arriba o bien de abajo, según fuera a presenciarlo mejor desde un sitio o desde otro.

Y llegó una noche en que hubo que enterrar a una anciana. Había sido bastante rica, aunque no querida en el lugar. En vida se había dicho de ella que no era cristiana, que noches como la de la víspera de san Juan y de Todos los Santos las pasaba fuera de casa y que tenía unos ojos rojos que daba miedo mirar. Ningún mendigo se acercó jamás a llamar a su puerta. Sin embargo, al morir había dejado a la Iglesia una bolsa de dinero.

No hubo tormenta la noche que la enterraron: fue una noche cálida y tranquila. Pero costó encontrar quienes la llevaran, y hombres que alumbraran con antorchas, a pesar de que había dejado más dinero del que solía pagarse por ese trabajo. La enterraron sin ataúd, envuelta en un paño de lana. Sólo estuvieron presentes los hombres imprescindibles... y John Poole que miraba desde su ventana. Antes de empezar a echar tierra, el cura se inclinó y dejó caer algo sobre el cadáver —algo que tintineó—, murmuró unas palabras que sonaron algo así como: «Púdrase tu dinero contigo», y se fue a continuación; y lo mismo los demás, quedándose sólo uno a alumbrar al sepulturero y su hijo para que acabasen de cubrir el hoyo. No fue un trabajo esmerado; porque al día siguiente, que era domingo, los que acudieron al servicio religioso reconvinieron al sepulturero, diciéndole que era la sepultura más desastrosa del cementerio. Y efectivamente, cuando él fue a verla, la encontró peor de lo que creía

haberla dejado.

Entretanto, John Poole andaba con una expresión muy rara en la cara, medio exultante, medio nerviosa por así decir. Empezó a pasar alguna que otra velada en la taberna, cosa totalmente contraria a sus hábitos; y dio a entender a los que solían hablar con él que había heredado cierto dinero y que iba a ver si encontraba una casa mejor. «Bueno, no me sorprende —dijo el herrero una noche—. A mí no me gustaría vivir en esa casa que tienes. Me pasaría las noches imaginando cosas».

El tabernero preguntó qué clase de cosas.

—Bueno, pues que alguien subía a la ventana de mi cuarto y cosas así —dijo el herrero—; la vieja Wilkins, por ejemplo, que fue enterrada hace hoy una semana, ¿eh?

—Vamos, vamos; deberías tener más en cuenta los sentimientos de las personas —dijo el tabernero—. Eso no es muy considerado con el señor Poole, ¿no crees?

—Al señor Poole le tiene eso sin cuidado —dijo el herrero—. Lleva viviendo ahí lo bastante como para estar curado de espanto. Yo lo único que digo es que no escogería esa casa. Entre los desfiles con campanilla y antorchas cada vez que hay un entierro, y el silencio de las tumbas cuando no lo hay... Aunque dicen que se ven luces... ¿Ve usted luces, señor Poole?

—No; nunca he visto luces —dijo el señor Poole arrugando el ceño. Y pidió otro vaso, y regresó a su casa tarde ya.

Esa noche, acostado arriba en su cuarto, empezó a gemir un viento alrededor de la casa que no le dejaba conciliar el sueño. Se levantó, fue a una pequeña alacena que había en la pared, sacó algo que tintineaba, y se lo metió bajo la pechera del camión. Después fue a la ventana y se asomó al cementerio.

¿Habéis visto alguna vez esa antigua estatua de bronce que hay en una iglesia, que es una figura humana envuelta en un sudario? ¿Con el sudario fruncido y atado en lo alto de la cabeza de manera singular? Pues algo así vio John Poole emerger del suelo, en un lugar del cementerio que él conocía bien. Corrió a meterse en la cama, y allí se quedó completamente quieto.

Un instante después oyó retemblar débilmente la ventana. Muerto de miedo y contra su voluntad, John Poole volvió los ojos en esa dirección. ¡Horror! Entre él y la luz de la luna se alzaba la negra silueta de cabeza tapada con el lienzo fruncido... Y de repente, la figura estaba en la habitación. Sonaron un repiqueteo de tierra seca en el suelo, una voz cascada que preguntó: «¿Dónde está?», y unos pasos que iban de un lado para otro, unos pasos vacilantes, como de alguien que camina con dificultad. John Poole la vio registrar los rincones, agacharse a mirar bajo las sillas; por último, la oyó manotear en las puertas de la alacena, abrirlas de par en par. Sus uñas largas arañaron las baldas vacías. Y entonces la figura se volvió súbitamente, se quedó inmóvil un instante junto a la cama, alzó los brazos, y con una ronca exclamación: «¡Lo TIENES TÚ!»...

Al llegar a este punto, su alteza el príncipe Mamilius (que habría acortado este cuento bastante más que yo) se arrojó con un alarido sobre la más joven de las damas presentes, que respondió con un grito igualmente penetrante. Al punto lo agarró su majestad la reina Hermione y, reprimiendo unas ganas enormes de echarse a reír, lo zarandeó y le dio una sonora bofetada. Completamente colorado y al borde del llanto,

estuvo a punto de ser enviado a la cama. Pero por intercesión de su víctima, que se había recobrado del susto, se le permitió finalmente quedarse hasta su hora habitual de retirarse; para entonces se había tranquilizado lo bastante como para afirmar, al dar las buenas noches a la reunión, que sabía otro cuento el triple de horripilante, y que lo contaría en la primera ocasión.

RATAS

—Y si recorrieses ahora los dormitorios, verías las sábanas harapientas y mohosas subiendo y bajando como el mar. ¿Subiendo y bajando porqué?
¿Por qué? Por las ratas que hay debajo.

¿Pero era por las ratas?, me pregunto yo; porque sé de otro caso en que no era así. No puedo ponerle fecha, pero lo oí cuando era joven y el que lo contó era un anciano. Es un relato mal proporcionado; pero la culpa es mía, no de él.

Ocurrió en Suffolk, cerca de la costa. En un lugar donde el camino inicia una bajada pronunciada y luego sube de repente; yendo en dirección norte, en lo alto de la cuesta, hay una casa a la izquierda. Es un edificio alto, de ladrillo rojo, estrecho para su altura. Lo construyeron hacia 1770. La fachada está coronada por un frontón triangular con una ventana redonda en el centro. En la parte de atrás se encuentran las cuadras y las dependencias, y detrás de ellas el huerto. Cerca de la casa hay unos pinos desgachados. A partir de ahí se extiende un trecho de tierra invadida de aulaga. Desde las ventanas superiores de la fachada se divisa el mar a lo lejos. Delante de la puerta, clavado en un poste, hay un cartel; o lo había, porque aunque en otro tiempo fue una posada de renombre, creo que ya no está.

A esta posada llegó cuando era joven un conocido mío, el señor Thomson, un espléndido día de primavera, al dejar la universidad de Cambridge, deseoso de soledad, comodidad y tiempo para leer. Encontró todas estas cosas, porque tuvo a su servicio al posadero y a su mujer, que sabían hacer que un cliente se sintiese a gusto, y no había nadie más en la posada. Tomó una habitación amplia del primer piso desde la que se dominaba el camino y el paisaje; bien es verdad que estaba orientada al este, pero eso era algo que no tenía remedio. El edificio, en fin, era cálido y estaba bien construido.

Pasó unos días plácidos y tranquilos: trabajaba toda la mañana, daba un paseo campestre por la tarde, charlaba un poco con los campesinos o la gente de la posada por la noche ante un vaso de aguardiente con agua (bebida de moda en aquel entonces), leía y escribía un ratito más, y a la cama. Y le habría encantado seguir así el mes entero de que disponía, tan bien avanzaba su trabajo, y tan agradable era abril ese año... por lo que tengo motivos para creer que fue el que Orlando Whistlecraft registra en su boletín meteorológico como el «Año amable».

Uno de sus paseos le llevó por el camino norte que asciende pronunciadamente y atraviesa un extenso terreno comunal que llaman el brezal. La tarde soleada en que escogió por primera vez esa dirección sus ojos divisaron una cosa blanca a unos centenares de yardas, a la izquierda del camino, y sintió la necesidad de averiguar qué era. No tardó en llegar, y se encontró ante un bloque cuadrado de piedra blanca, tallado en forma de basa de columna, con un agujero cuadrado en la cara superior. Una piedra así la podéis ver hoy en Thenford Heath. Después de examinarla contempló unos minutos la perspectiva: se veía un campanario o dos, algunos tejados rojos y ventanas

que destellaban con el sol, la extensión del mar, que centelleaba y destellaba de cuando en cuando también... y reanudó su marcha.

Esa noche, durante la charla inconexa en el bar, preguntó por qué en el terreno comunal había un bloque de piedra blanca.

—Es una cosa antigua —dijo el posadero (el señor Betts)—; ninguno de nosotros había nacido cuando la pusieron allí.

—Muy cierto —dijo otro.

—Está muy arriba —dijo el señor Thomson—. Quizá en otro tiempo colocaban allí una señal para los navegantes.

—Ah, sí —convino el señor Betts—; he oído decir que podía verse desde las embarcaciones. Pero fuera lo que fuese, hace mucho que se hizo trizas y desapareció.

—Lo que no estuvo mal —dijo un tercero—; no traía buena suerte, decían los viejos. Para la pesca, me refiero.

—¿Por qué? —dijo Thomson.

—Bueno, yo no llegué a verla —fue la respuesta—. Pero tenían ideas muy chocantes, raras quiero decir, los de aquel entonces; y no me extrañaría que hubiesen sido ellos los que la destrozaron.

No pudo sacar nada más en claro: los parroquianos, nunca muy locuaces, habían enmudecido; y cuando alguien volvió a abrir la boca fue para hablar de asuntos del pueblo, o de la cosecha. Fue el señor Betts el que lo hizo.

El señor Thomson no atendía su salud con un paseo todos los días. Uno de ellos le sorprendió la tarde escribiendo afanosamente; a las tres se estiró, se levantó y salió al pasillo. Enfrente de su habitación había otra, a continuación estaba el remate de la escalera, y después dos habitaciones más, una que daba a la parte de atrás y la otra al sur. Al final de ese tramo de pasillo había una ventana; se dirigió allí, deliberando consigo mismo que era una pena desperdiciar una tarde tan buena. Pero lo más importante en este momento era el trabajo: decidió hacer un alto de cinco minutos, y dedicarlos —seguramente los Betts no pondrían ningún reparo— a echar una ojeada a las otras habitaciones del pasillo que no había visto. No había nadie; como era día de mercado probablemente se habían ido todos al pueblo, salvo quizá la muchacha que atendía el bar. La casa estaba en silencio y el sol calentaba de verdad: en los cristales de la ventana bordoneaban las primeras moscas.

Así pues, inició la exploración. La habitación de enfrente no tenía nada de particular, quitando una vieja litografía de Bury St. Edmunds; las dos contiguas a la suya, alegres y limpias, tenían una ventana cada una, mientras que la suya tenía dos. Le faltaba asomarse a la del sudoeste, que estaba enfrente de la que acababa de ver. La encontró cerrada con llave. Pero Thomson sentía una irresistible curiosidad; y convencido de que no metía las narices en ningún secreto delicado en un lugar tan accesible, decidió probar la llave de su propia habitación y, al no servirle, recurrir a las llaves de las otras tres. Una de ellas funcionó y abrió la puerta. Esta habitación tenía dos ventanas, orientadas una al sur y otra al oeste, de manera que era luminosa y el sol la calentaba que no podía más. No había alfombra aquí, de manera que se veía todo el entarimado; tampoco había cuadros, ni aguamanil; sólo estaba la cama en el rincón: una cama de hierro, con colchón y almohada, cubierta con una colcha a cuadros azulados.

Era una habitación de lo más anodina; sin embargo vio algo que le hizo salir rápidamente, cerrar la puerta en silencio tras de sí y apoyarse en el alféizar de la ventana del pasillo temblando materialmente de pies a cabeza: debajo de la colcha había alguien acostado. Y no sólo acostado, sino que se agitaba. Estaba seguro de que era *alguien y no otra cosa* por la forma inequívoca de cabeza que había sobre la almohada; y aunque la colcha lo cubría enteramente —cuando nadie está en la cama con la cabeza cubierta salvo los muertos—, sin embargo no estaba muerto; o no auténticamente muerto, puesto que la colcha se agitaba y se estremecía. De haber visto Thomson estas cosas medio a oscuras o a la luz parpadeante de una vela se habría tranquilizado diciéndose que eran figuraciones. Pero en un día radiante como éste eso era imposible. ¿Qué podía hacer? En primer lugar, volver a cerrar la puerta con llave. Muy precavidamente, se acercó y se inclinó a escuchar con el aliento contenido; quizá oyera una respiración profunda, lo que vendría a aclararlo todo de manera prosaica. El silencio era absoluto. Pero la llave, al meterla en la cerradura con mano temblorosa y hacerla girar, chirrió, y al punto oyó acercarse a la puerta unas pisadas bruscas y apagadas. Thomson echó a correr como un conejo y se encerró en su habitación. Fue una reacción inútil; lo sabía. ¿Acaso eran obstáculos las puertas y las cerraduras para lo que él sospechaba? Pero fue lo único que se le ocurrió en ese momento. Y en realidad no ocurrió nada; sólo tuvo un instante de intenso suspenso... seguido de una duda angustiosa sobre qué hacer. Lo primero que le vino a la cabeza, naturalmente, fue abandonar lo antes posible una casa que albergaba a semejante inquilino. Pero justo el día anterior había dicho que iba a quedarse una semana más; si ahora cambiaba de planes, ¿cómo evitaría la sospecha de haber estado fisgando donde nadie le llamaba? Además, o los Betts sabían de la existencia de ese huésped y a pesar de eso no dejaban la casa, o no sabían nada —lo que significaba que no había nada que temer—, o sabían lo bastante para tener cerrada la habitación, aunque no tanto como para que les pesara en el ánimo; en cualquiera de estos casos parecía que no había mucho que temer; y desde luego, hasta ahora no había tenido ninguna experiencia desagradable. En resumidas cuentas: lo mejor era seguir la ley del mínimo esfuerzo.

Total, se estuvo una semana más. Nada le hizo volver a pasar por delante de esa puerta; y aunque a veces se detenía, a una hora silenciosa del día o de la noche, en el pasillo a escuchar y escuchar, ningún ruido le llegaba procedente de esa dirección. Seguramente habréis pensado que Thomson intentaría sonsacar historias relacionadas con la posada... quizá no a los Betts, pero sí al cura de la parroquia o a los viejos del pueblo. No fue así: la reserva que domina a las personas que han tenido experiencias extrañas se había apoderado de él. No obstante, a medida que se acercaba el final de su estancia, su deseo de buscar algún tipo de explicación se iba haciendo más acuciante. En sus paseos solitarios se dedicó a discurrir una manera —lo más discreta, y siempre a la luz del día— de echar otra ojeada a la habitación. Finalmente ideó el siguiente plan: se marcharía en un tren de la tarde, sobre las cuatro. Cuando tuviese el cabriolé esperándole, y con el equipaje ya cargado en él, subiría una última vez a echar una ojeada a su propia habitación para comprobar que no se dejaba nada; y entonces, con esa llave, que había engrasado (¡como si eso importase!), abriría de nuevo la puerta un instante, y cerraría.

Así lo hizo: pagó la cuenta, sostuvo una breve conversación mientras cargaban el equipaje en el cabriolé: «Es una parte preciosa de la región... He disfrutado de una estancia muy agradable gracias a usted y a la señora Betts... Espero volver», de un lado; y del otro: «Me alegro de que haya quedado complacido, señor; nosotros hemos hecho todo lo posible... Nos satisface su buena opinión; el tiempo ha contribuido también, desde luego». Y de repente: «Subiré a echar una ojeada, a ver si me he dejado algún libro o alguna cosa... No, no se moleste. Bajo en seguida». Y con todo el sigilo de que fue capaz, se acercó a la puerta y la abrió. Se le vinieron abajo todas las fantasías. A punto estuvo de soltar una carcajada; porque apoyado, o casi podría decirse que sentado, en el borde de la cama, descubrió lo más inesperado del mundo: ¡un espantapájaros! Un espantapájaros del huerto, arrumbado naturalmente en esa habitación desocupada... Sí, pero aquí acabó lo divertido. ¿Acaso tienen los espantapájaros los pies descalzos y descarnados? ¿Apoyan la cabeza sobre un hombro? ¿Llevan una argolla en el cuello de la que cuelga una cadena? ¿Pueden levantarse y andar, aunque de forma acartonada, con la cabeza balanceante y los brazos pegados a los costados? ¿Y temblar?

Tras el portazo, la carrera hacia la escalera y los saltos al bajar, se desmayó. Al volver en sí, Thomson vio a los Betts de pie junto a él con una botella de coñac y una expresión de reproche en el semblante.

—No ha debido hacer eso, señor; no ha debido hacerlo. Eso no es portarse bien con las personas que han hecho todo lo que estaba de su parte por usted.

Thomson oyó manifestaciones de este estilo, aunque no sabe qué contestó. Al señor Betts (y quizá aún más a la señora Betts) le costó aceptar sus disculpas y su promesa de no decir una palabra que pudiese perjudicar el buen nombre de la casa. Con todo, las *aceptaron*. Dado que ya no pudo coger el tren, se acordó que el cabriolé le llevase al pueblo a fin de hacer noche allí. Antes de partir, los Betts le contaron lo poco que sabían: «Dicen que fue posadero aquí hace mucho tiempo, y que estaba conchabado con los salteadores que actuaban en el brezal. Por eso tuvo el fin que tuvo: colgado de una cadena, dicen, allí arriba en la piedra que ha visto usted, donde se levantaba la horca. Sí; la destruyeron los pescadores, creo, porque se veía desde el mar, y según ellos les ahuyentaba la pesca. Eso nos contaron los que llevaban la casa antes de hacernos cargo nosotros. "Tengan esa habitación cerrada —dijeron—; pero no se les ocurra quitar la cama si quieren vivir en paz". Y nunca ha pasado nada. Ni una vez ha salido de ahí. Ahora no sabemos qué hará. De todos modos, desde que estamos aquí, usted es el primero que conozco que le ha visto. Yo jamás; ni quiero. Y como instalamos a los criados en las cuadras, nunca nos han venido problemas por ese lado. Ahora lo que le pido, señor, es que no diga a nadie nada de esto, teniendo en cuenta con qué facilidad se convierte una casa en objeto de chismorreos; y más tratándose de algo así».

Durante muchos años, Thomson mantuvo su promesa de silencio. El motivo por el que le oí contar este sucedido es el siguiente: cuando el señor Thomson vino a pasar unos días con mi padre me tocó a mí mostrarle su habitación; y en vez de dejarme que le abriese la puerta, se adelantó él, la abrió de par en par y se quedó en el umbral unos instantes, con la vela en alto, escrutando el interior con atención. En seguida se tranquilizó, y dijo: «Discúlpame. Sé que es ridículo, pero no puedo evitarlo, por un motivo particular». Unos días después le oí contar cuál era ese motivo, y ahora lo

acabáis de escuchar vosotros.

CUANDO ANOCHECE EN EL PARQUE

Era la hora tardía y la noche clara. Me había detenido no lejos del Sheep's Bridge, meditando sobre la quietud que tan sólo rompía el murmullo de la presa, cuando sonó encima de mí un aullido trémulo y prolongado que me produjo un sobresalto. Siempre resulta molesto recibir un susto, pero yo siento una gran simpatía por los búhos. Y éste, evidentemente, estaba muy cerca; miré a mi alrededor. Allí estaba, gordo como una pelota, posado sobre una rama, a unos doce pies de altura. Le apunté con mi bastón y le dije:

—Conque has sido tú.

—Baje eso —dijo el búho—. Ya sé que no es más que un bastón, pero no me gusta. Sí, por supuesto, he sido yo. ¿Quién iba a ser, si no?

Figuraos mis exclamaciones de asombro. Bajé el bastón.

—Bueno —dijo el búho—, ¿qué pasa? Si se le ocurre a usted venir aquí en una noche veraniega como ésta, ¿qué espera?

—Pues perdona —dije—, debí haberlo tenido en cuenta. Y permíteme decirte que considero una suerte haberme encontrado contigo esta noche. ¿Te importaría que charláramos un poco?

—Bueno —dijo el búho con desdén—; no tengo nada especial que hacer esta noche. Ya he cenado, y si no prolonga usted demasiado la conversación..., ¡aahhh!

De pronto soltó un sonoro chillido, batió furiosamente las alas, se inclinó hacia delante, y se agarró con fuerza en la rama donde estaba encaramado sin parar de chillar. Evidentemente, algo tiraba brutalmente de él desde atrás. Pero la fuerza que le atenazaba le soltó de improviso, y estuvo a punto de caerse; luego empezó a aletear, agitando el follaje a su alrededor, y asestó un torpe picotazo a algo que yo no alcanzaba a ver.

—¡Oh!, cuánto lo siento —dijo una leve voccecita en tono solícito—. Estaba convencido de que la tenía suelta. Espero no haberle hecho daño.

—¿Que no me has hecho daño? —dijo el búho con acritud—. ¡Pues claro que me lo has hecho! De sobra sabías, jovencito desaprensivo, que no tenía suelta ésa pluma. ¡Verás como te coja! No me extraña que me hayas hecho perder el equilibrio. ¿Es que no puedes dejar en paz a una persona dos minutos seguidos sin venirme a ella solapadamente y...? ¡Bueno, de ésta no pasa! Voy a ir a la comisaría y les voy a decir —se dio cuenta de que estaba hablando al vacío—... ¿Cómo, dónde te has metido ahora? ¡Ah, lástima!

—¡Válgame Dios! —dije—. Parece que no es la primera vez que se meten contigo de ese modo. ¿Puedo preguntarte qué ha pasado exactamente?

—Claro que puede —dijo el búho, escrutando aún mientras hablaba—, pero tendría que estarle contando hasta finales de la semana que viene: ¡Figúrese, venir a arrancarle a uno las plumas de la cola! Me ha hecho ver las estrellas. ¿Y por qué, quisiera saber? ¡Contésteme! ¿Por qué razón?

Todo lo que se me ocurrió fue murmurar:

—«El búho alborotador aúlla nocturno y se asombra de nuestros espíritus curiosos» —no creí que captara el sentido, pero me contestó con aspereza:

—¡Cómo! Claro, no necesita repetirlo. Ya lo he oído. Y le diré qué es lo que hay en el fondo, y tenga usted en cuenta mis palabras —se inclinó hacia mí y me susurró, haciendo muchos movimientos afirmativos con su cabeza redonda—: ¡Orgullo! ¡Reserva obstinada! ¡Eso es lo que hay! *No te acerques a nuestra hermosa reina* (esto lo dijo en tono de amargo desprecio). ¡Ah, no, amigo mío!, nosotros no somos lo bastante buenos para el gusto de ellos. Nosotros, que durante tanto tiempo hemos sido los mejores cantores del campo, ¿es cierto o no?

—Bueno —dije yo dubitativamente—, a mí particularmente me encanta escucharte; pero ya sabes, mucha gente prefiere a los tordos y a los ruiseñores y demás; lo has debido de oír por ahí, ¿no? Además, quizá (por supuesto, yo no lo sé), pero como decía, quizá tu estilo de cantar no sea exactamente el más adecuado para acompañar sus danzas, ¿no?

—Confío en que así sea —dijo el búho irguiéndose—. Nuestra familia nunca ha sido muy dada al baile, ni creo que lo llegue a ser jamás, ¡pues qué se ha creído! —prosiguió con creciente mal humor—. Bonita cosa, ponerme yo a canturrear para ellos —calló y miró precavidamente en torno suyo; luego, elevando la voz, prosiguió—: para esas señoritingas y esos señoritingos. Si a ellos no les resulta agradable, le aseguro que a mí tampoco. Y —añadió, de mal humor otra vez— si esperan que yo me quede sin chistar sólo porque bailan y hacen tonterías, se equivocan completamente, y así se lo he dicho.

A juzgar por lo que había pasado antes, me temía que fuera ésta una determinación imprudente, y tenía razón. No había acabado de hacer su último movimiento enfático de cabeza, cuando le cayeron de las ramas de arriba cuatro formas delgadas y menudas, y en un abrir y cerrar de ojos, una especie de sogá aprisionó el cuerpo del desdichado pájaro, y fue llevado en dirección al estanque entre ruidosas protestas por su parte. Mientras corría, oí los chapoteos, gorgoteos y chillidos de risas despiadadas. Algo me pasó por encima de la cabeza, y al detenerme a escrutar, junto al borde del estanque, vi que llegaba a la orilla, trabajoso y fuera de sí, un búho desgredado, el cual, después de detenerse a mis pies, se sacudió y batió las alas y resolló durante varios minutos sin decir nada que yo pueda repetir aquí.

Se me quedó mirando a continuación, y dijo con voz tan cargada de rabia reprimida que me apresuré a retroceder uno o dos pasos:

—¿Ha oído eso? Dicen que lo sienten muchísimo, pero que me habían confundido con un pato. ¡Ah, si no es para hacerle perder a uno la cabeza, y coger y despedazarlo todo en varias millas a la redonda!

Y era tal su apasionamiento en lo que decía que empezó arrancando de un descomunal picotazo un puñado de hierba que, ¡ay!, se le metió en el gaznate, formándole un tapón capaz de reventar una vasija. Pero, tras dominar su paroxismo, se incorporó parpadeando sin aliento, aunque indemne.

Me pareció que debía manifestarle lo mucho que lo lamentaba; sin embargo, no me decidí a ello, pues en su actual estado de ánimo el pájaro es capaz de tomar mis palabras mejor intencionadas por un nuevo insulto. Así que nos estuvimos mirando el

uno al otro en silencio durante un espantoso minuto, hasta que surgió algo que nos distrajo. Primero fue la voccecita del reloj del pabellón, luego la voz más profunda de la torre de Lupton, que ahogó la de la torre de Curfew por su proximidad.

—¿Qué es eso? —preguntó el búho de repente con acritud.

—Son las doce de la noche, me parece —dije yo, y consulté mi reloj.

—¿Las doce? —exclamó el búho evidentemente sobresaltado—; ¡y yo aquí, empapado y sin poder volar una yarda! Venga, cójame y póngame en aquel árbol; no, yo treparé por su pierna, será más fácil. ¡Vamos, de prisa!

Obedecí.

—¿En qué árbol?

—¡Hombre, en mi árbol, naturalmente! ¡En aquél! —movió la cabeza en dirección a la tapia.

—De acuerdo, ¿se refiere a ese gris? —dije, echando a correr en aquella dirección.

—¿Y yo qué sé cómo demonios le llaman ustedes? Ese que tiene como una puerta. ¡Corra más! ¡Dentro de un minuto estarán aquí!

—¿Quiénes? ¿Qué ocurre? —pregunté mientras corría, con la mojada criatura entre las manos, y temiendo tropezar a cada momento y caer cuan largo era en la hierba.

—Ya lo verá —dijo el pajarraco egoísta—. Usted sólo tiene que dejarme en el árbol. Eso es lo único que me interesa.

Supongo que así debía ser, porque trepó arañando a toda prisa por el tronco, con las alas extendidas, y desapareció por un agujero sin una palabra de agradecimiento. Miré en torno mío con inquietud. La torre de Curfew aún tocaba la tonada de San David por su tercero y último repiqueteo; pero las demás campanas habían terminado ya de pregonar lo que tenían que decir, y ahora reinaba el silencio, y nuevamente era el «murmullo armonioso de la presa» lo que lo turbaba..., no, lo que lo subrayaba.

¿Por qué había tenido tanta prisa el búho por meterse en su escondrijo? Naturalmente, eso era lo que me preocupaba ahora. Fuera quien fuese quien iba a venir, estaba seguro de que no me daba tiempo ya a cruzar el campo despejado; sería mejor disimular mi presencia ocultándome en el lado oscuro del árbol. Así que eso es lo que hice.

Todo esto sucedió hace algunos años, antes de los días más calurosos del verano. A veces, cuando la noche es serena, salgo al parque, pero me recojo antes de que den las doce. La verdad es que no me gusta la multitud que pulula cuando se hace de noche..., como en los fuegos artificiales del cuatro de junio, por ejemplo. Empiezas a ver caras extrañas —bueno, vosotros no; yo—, y los individuos a los que pertenecen esas caras dan vueltas extrañamente a tu alrededor y te rozan el codo cuando menos te lo esperas y se te echan encima para mirarte a los ojos como si anduvieran buscando a alguien..., y ya puede dar gracias a ese alguien de que no den con él. «¿De dónde salen?» Bueno, unos del agua y otros de la tierra. Al menos, eso es lo que parece. Pero es mejor hacer como que no los veo, y no tocarlos.

Sí; efectivamente, me gustan más los que pueblan el parque de día que los que acuden a él cuando anochece.

EL POZO DE LAS LAMENTACIONES

En el año 19... el grupo de *scouts* de un colegio de renombre tenía entre sus miembros a dos chicos llamados respectivamente Arthur Wilcox y Stanley Judkins. Eran de la misma edad, se alojaban en la misma casa, estaban en la misma sección, y como es natural formaban parte de la misma patrulla. Eran tan parecidos físicamente que causaban desasosiego, contrariedad y hasta irritación en los profesores que les trataban. Pero ¡qué diferente era el hombre, o el niño, que llevaban dentro!

Fue a Arthur Wilcox a quien dijo el director alzando los ojos con una sonrisa al entrar el chico en el despacho: «¡Caramba, Wilcox, como sigas aquí mucho tiempo vas a hacer quebrar el fondo para premios! Toma, aquí tienes esta lujosa edición de la *Vida y obras del obispo Ken*; y con ella, mi sincera enhorabuena a ti y a tus excelentes padres». Fue a Wilcox también a quien el secretario vio cruzar el campo de deportes, y deteniéndose un momento en su paseo, comentó al vicesecretario: «¡Ese muchacho tiene una cabeza notable!» «Desde luego —dijo el vicesecretario—. Lo cual denota genialidad o hidrocefalia».

Como *scout*, Wilcox ganaba todas las medallas y lazos por los que competía: el Lazo de Cocina, el Lazo de Confección de Mapas, el Lazo de Salvamento, el Lazo de recopilar noticias de periódico, el Lazo de no dar portazos al salir de clase, y muchos más. En cuanto al Lazo de Salvamento, puede que diga unas palabras cuando hable de Stanley Judkins.

No debe sorprenderles que el señor Hope Jones añadiera un verso especial a cada canción suya en alabanza de Arthur Wilcox, ni que se le saltaran las lágrimas al jefe de estudios al entregarle la Medalla de Buena Conducta en su elegante estuche color burdeos, medalla que se le había concedido por votación unánime de la Clase de Tercero. ¿He dicho unánime? No es verdad. Hubo un disidente, el Judkins más joven, que dijo que tenía fundadas razones para hacer lo que hacía. Al parecer compartía habitación con el mayor. Tampoco debe sorprenderles que años después Arthur Wilcox fuese el primero —y hasta ahora el único— en ser nombrado capitán de los internos y los externos, ni de que la tensión de atender a sus obligaciones en ambos frentes, unida al trabajo normal de clase, fuera tan agotadora que el médico de cabecera le prescribiese la absoluta necesidad de seis meses de completo descanso, seguidos de un viaje alrededor del mundo.

Sería ameno seguir los pasos por los que llegó a las prodigiosas alturas que hoy ocupa; pero dejemos de momento a Arthur Wilcox. El tiempo apremia, y debemos abordar un asunto muy diferente: la carrera de Stanley Judkins: el Judkins mayor.

Stanley Judkins, como Arthur Wilcox, llamaba la atención de las autoridades académicas, aunque de muy distinta manera. Fue a él a quien dijo el jefe de estudios con una sonrisa que no tenía nada de alentadora: «Qué, Judkins, ¿otra vez? Tira un poco más de la cuerda, y tendrás motivos para lamentar haber entrado en este centro. ¡Toma, y toma, y toma! ¡Y considera una suerte no haberte ganado esto y esto!» Fue en Judkins en quien el secretario tuvo motivo de fijarse también cuando cruzaba el campo de

deportes, al darle en el tobillo una pelota de cricket que llevaba bastante fuerza y gritarle una voz a cierta distancia: «¡Gracias por pararla!» «¡Creo —dijo el secretario deteniéndose un instante a frotarse el tobillo— que ese chico debería molestarse en venir a recoger en persona la pelota!» «Por supuesto —dijo el vicesecretario—; y como se ponga a mi alcance haré que se lleve algo más».

Como *scout*, Stanley Judkins no consiguió más lazos que los que pudo sustraer a los miembros de otras patrullas. En el concurso de cocina le sorprendieron intentando introducir petardos en el horno de los competidores de al lado. En el de costura, consiguió coser firmemente a dos chicos, con resultados catastróficos cuando trataron de levantarse. Para el lazo de aseo fue descalificado porque durante la clase del 24 de junio, día bastante caluroso, no fue posible disuadirle de tener los dedos metidos en el tintero para refrescárselos. Por cada papel que recogía tiraba seis pieles de plátano o de naranja. Cuando las ancianas le veían acercarse le pedían con lágrimas en los ojos que por favor no se empeñase en cruzarles el cubo de agua al otro lado de la calle; sabían demasiado bien cuál era la consecuencia inevitable. Pero fue en el concurso de salvamento donde la conducta de Stanley Judkins se reveló más reprochable y tuvo más serias repercusiones. Como saben, el ejercicio consistía en arrojar a un chico de un curso inferior y de una estatura conveniente, vestido y atado de pies y manos, en el sitio más hondo de la presa del Cuco, y cronometrar el tiempo que cada *scout* tardaba en rescatarle. Siempre que Stanley Judkins había participado en esta competición había sufrido un calambre en el momento crucial que le había hecho caer rodando al suelo y empezar a gritar de manera alarmante. Esto naturalmente apartaba la atención de los presentes del niño que estaba en el agua, y de no haber estado allí Arthur Wilcox el número de muertes en esta prueba habría sido realmente abultado. Ante tal situación, el jefe de estudios decidió cortar por lo sano y suprimir la competición. En vano el señor Beasley Robinson alegó que en cinco competiciones sólo se habían ahogado cuatro de los niños arrojados al agua; el jefe de estudios dijo que era el último en querer interferir poco ni mucho en las actividades de los *scouts*, pero que tres de los ahogados eran miembros valiosos de su coro, y tanto él como el doctor Ley consideraban que el extravío que habían ocasionado estas pérdidas pesaba más que el beneficio de la competición. Además, la correspondencia con los padres de estos chicos se había vuelto embarazosa, incluso penosa: ya no se conformaban con la notificación impresa que se les solía remitir, y más de uno se había presentado en Etony había acaparado gran cantidad de su precioso tiempo con sus quejas. Así que la prueba de salvamento es hoy cosa del pasado.

En resumen, Stanley Judkins no era un orgullo para los *scouts*, y más de una vez se había pensado en comunicarle que ya no eran necesarios sus servicios; medida que el señor Lambart defendió con calor. Pero al final se impusieron criterios más suaves, y se decidió darle una nueva oportunidad.

Y así, le encontramos al principio de las vacaciones del verano de 19... en el campamento que tienen los *scouts* en la hermosa comarca de W (o X) del condado de D (o Y).

Era una mañana radiante, y Stanley Judkins y un par de amigos —porque aún los

tenía— tomaban el sol en lo alto de la colina. Stanley estaba boca abajo, con la barbilla apoyada en las manos, mirando a la lejanía.

—Me pregunto qué lugar será aquél —dijo.

—¿Cuál? —dijo uno de los otros.

—Aquella especie de arbolado que hay allá en mitad del campo.

—¿Eh? ¡Ah! ¡Vete a saber!

—¿Para qué quieres saberlo? —dijo el otro.

—No sé; me atrae. ¿Cómo se llama? ¿Tenéis un mapa? —dijo Stanley—. ¿Y os consideráis *scouts*?

—Aquí tengo uno —dijo Wilfred Pipsqueak, siempre previsor—; y viene señalado. Pero tiene un círculo rojo alrededor. No podemos ir.

—¿A quién le importan los círculos rojos? —dijo Stanley—. Pero en este mapa no pone cómo se llama.

—Bueno, pregúntaselo a ese vejestorio, si tantas ganas tienes de saberlo.

El «vejestorio» era un pastor que acababa de subir y estaba de pie detrás de ellos.

—Buenos días, señoritos —dijo—; un tiempo que ni pintado para disfrutar ahí al sol, ¿eh?

—Sí, muchas gracias —dijo Algernon de Montmorency con innata cortesía—. ¿Podría decirnos cómo se llama aquel arbolado de allá? ¿Y qué es aquello que se ve en medio?

—Claro que puedo —dijo el pastor—: aquello es el «Pozo de las Lamentaciones». Pero no tienen por qué asustarse.

—¿Entonces es un pozo? —dijo Algernon—. ¿Quién lo utiliza? El pastor se echó a reír.

—¡Dios nos libre! —dijo—; no hay un pastor ni una oveja en todo este contorno que usen el Pozo de las Lamentaciones; ni lo han usado desde que yo estoy en el mundo.

—Bueno, pues ese récord se rompe hoy —dijo Stanley Judkins—: porque ahora mismo voy a ir a traer un poco de agua para el té.

—¡Por Dios, señorito —dijo el pastor con voz asustada—, no hable así! ¿No les han advertido los maestros que no deben ir allí? Pues es lo primero que tenían que haber hecho.

—Sí, nos han advertido —dijo Wilfred Pipsqueak.

—¡Calla, borrico! —dijo Stanley Judkins—. ¿Qué le pasa al pozo? ¿No es buena el agua? En ese caso se hierve y en paz.

—Yo no sé si le pasa algo al agua o no —dijo el pastor—. Lo que sé es que mi perro no cruzaría ese campo; y yo tampoco, desde luego. Ni nadie con dos dedos de frente.

—Allá ellos —dijo Stanley Judkins, con repentina grosería—. ¿Ha sufrido alguien algún daño al ir allí? —añadió.

—Tres mujeres y un hombre —dijo el pastor gravemente—. Háganme caso: yo conozco este campo y ustedes no. Y una cosa les puedo asegurar: en los últimos diez años no ha entrado a pastar ni una sola oveja, ni se ha sacado de él una sola cosecha... Y eso que la tierra es buena. Desde aquí pueden ver bastante bien cómo está lleno de zarzas y maleza de toda clase. Veo que *tiene* usted anteojos —dijo a Wilfred Pipsqueak

—; con ellos lo puede ver.

—Sí —dijo Wilfred—; pero veo senderos. Alguien debe de cruzarlo de cuando en cuando.

—¿Senderos? —dijo el pastor—. ¡Ya lo creo! Cuatro: de tres mujeres y un hombre.

—¿Qué quiere decir con eso de tres mujeres y un hombre? —dijo Stanley, volviéndose por primera vez a mirar al pastor (había estado hablando de espaldas a él hasta este momento: era un maleducado).

—¿Que qué significa? Pues lo que digo: que son de tres mujeres y un hombre.

—¿Quiénes son? —preguntó Algernon—. ¿Por qué van allí?

—A lo mejor queda alguien que les pueda decir quiénes *eran* —dijo el pastor—; pero murieron antes de que naciese yo. Y por qué siguen yendo allí es algo que nadie de carne y hueso les puede decir. Yo lo único que he oído contar es que no fueron buena gente.

—¡Por san Jorge, qué historia más extraña! —murmuraron Algernon y Wilfred. Pero el comentario de Stanley fue insolente y mordaz:

—¡Vaya, no irá a decir que son fiambres! ¡Qué idiotez! Ustedes deben de ser una panda de bobos para creerse eso. ¿Quién los ha visto, si se puede saber?

—Yo los he visto, señorito —dijo el pastor—. Los he visto de cerca desde aquella loma; y mi perro, si hablara, podría decirles que los ha visto también: a eso de las cuatro de la tarde, un día como éste. Los vi asomar por detrás de los arbustos, levantarse, y echar a andar despacio por esos senderos, hacia el arbolado donde está el pozo.

—¿Y cómo eran? ¡Cuéntenos! —preguntaron ansiosamente Algernon y Wilfred.

—No eran más que andrajos y huesos los cuatro; andrajos volanderos y huesos blanquecinos. Casi me parecía oír cómo chascaban al andar. Caminaban despacio, y mirando a un lado y a otro.

—¿Cómo eran sus caras? ¿Las pudo ver?

—No se puede decir que fueran caras —dijo el pastor—. Lo que sí vi es que tenían dientes.

—¡Dios! —dijo Wilfred—; ¿y qué hicieron al llegar a los árboles?

—Eso no se lo puedo decir —dijo el pastor—. No estaba yo como para quedarme a mirar; y aunque lo hubiese estado, tenía que buscar a mi perro: ¡se había ido! Nunca me había dejado; pero había desaparecido. Y cuando al final di con él, estaba tan trastornado que ni me conocía; parecía como a punto de saltarme al cuello. Pero me puse a hablarle, y al rato reconoció mi voz, y se me acercó arrastrándose como el niño que pide perdón. No quiero volver a verle así; ni a ningún otro perro.

El perro, que se había acercado y se estaba haciendo amigo de todos, miró a su amo con expresión de conformidad con todo lo que decía.

Los chicos meditaron unos momentos lo que acababan de oír, y seguidamente dijo Wilfred:

—¿Y por qué se llama el Pozo de las Lamentaciones?

—Si estuviese usted por aquí una noche cualquiera de invierno, no preguntaría por qué —fue todo lo que dijo el pastor.

—Bueno; yo no me creo una palabra de todo eso —dijo Stanley Judkins—; y voy a ir allí a la primera ocasión; maldito si no voy.

—Entonces ¿no me va a hacer caso? —dijo el pastor—. ¿Ni a sus maestros, que le han advertido que no vaya? Vamos, señorito, seguro que tiene un poco de sentido común. ¿Por qué iba yo a contarles una sarta de mentiras? A mí me importa un bledo que se meta nadie en ese campo; pero no tendría gracia ver cómo cae un joven en la flor de la vida como usted.

—Para mí que le importa bastante más —dijo Stanley—; para mí que destila allí whisky o algo por el estilo y quiere mantener alejada a la gente. Y digo que son bobadas. Venga chicos, vámonos.

Y emprendieron el regreso. Los otros dos dieron las buenas tardes y las gracias al pastor, pero Stanley no dijo nada. El pastor se encogió de hombros y se quedó mirándoles con tristeza mientras se alejaban.

Camino del campamento sostuvieron una viva discusión sobre el particular en la que los amigos le dijeron a Stanley, con toda la claridad de que fueron capaces, la insensatez que cometería si iba al Pozo de las Lamentaciones.

Esa noche el señor Beasley Robinson preguntó, entre otras cosas, si todos los mapas tenían marcado el círculo rojo. «Tened mucho cuidado de no penetrar en él», dijo.

Varias voces —entre ellas la gruñona de Stanley Judkins— exclamaron:

—¿Por qué no, señor?

—Porque no —dijo el señor Beasley Robinson—; y si no os parece razón suficiente, lo siento —se volvió, dijo algo en voz baja al señor Lambart, y añadió a continuación—: sólo os diré esto: se nos ha pedido que os advirtamos a todos que os mantengáis alejados de ese campo. El pueblo ha tenido la amabilidad de dejarnos acampar aquí y lo menos que podemos hacer es complacerles. Supongo que estaréis de acuerdo conmigo.

Todo el mundo dijo «¡Sí, señor!» menos Judkins, a quien se oyó murmurar: «¡Les va a complacer su tía!»

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, se oyó el siguiente diálogo:

—Wilcox, ¿estáis todos en la tienda?

—¡No, señor; falta Judkins!

—¡Ese muchacho es el incordio más grande que ha dado el mundo! ¿Dónde diablos está?

—No tengo ni idea, señor.

—¿Lo sabe alguien?

—Señor, no me extrañaría que hubiera ido al Pozo de las Lamentaciones.

—¿Quién ha hablado? ¿Pipsqueak? ¿Qué es el Pozo de las Lamentaciones?

—Señor, es el lugar del campo que... Bueno, está en medio de un grupo de árboles, en un campo baldío.

—¿Te refieres al marcado con el círculo? ¡Válgame Dios! ¿Qué te hace pensar que ha ido allí?

—Bueno, ayer tenía unas ganas tremendas de verlo; estuvimos hablando con un pastor que nos contó un montón de cosas sobre ese pozo, y nos aconsejó que no fuéramos allí. Pero Judkins no le creyó y dijo que iba a ir.

—¡El muy pollino! —dijo el señor Hope Jones—. ¿Se ha llevado algo?

—Sí, creo que ha cogido una cuerda y una lata. Le hemos dicho que era una insensatez.

—¡Pequeño bruto! ¿Qué demonios se propone con esa clase de pertrechos? Bueno, venid conmigo los tres; vamos a buscarle. ¿Por qué no podrá la gente cumplir las órdenes más sencillas? ¿Qué es lo que os contó ese hombre? No, esperad; me lo contaréis por el camino.

Y se pusieron en marcha: Algernon y Wilfred hablando deprisa y los otros dos escuchando con creciente preocupación. Por fin llegaron a la loma que dominaba el campo al que se había referido el pastor el día antes. Desde aquí se dominaba todo el paraje: se veía el pozo en medio de una maraña de abetos torcidos y nudosos, y los cuatro senderos que serpeaban entre maleza y espinos.

Era un día de calor tembloroso. El mar parecía una lámina de metal. No se notaba el más pequeño soplo de viento. Cuando llegaron arriba estaban los cuatro agotados, y se dejaron caer en la hierba caliente.

—Aún no se le ve —dijo el señor Hope Jones—; pero debemos descansar un poco. Vosotros estáis rendidos... y yo no digamos. Mirad bien —prosiguió un momento después—. Me ha parecido ver que se movían los arbustos.

—Sí —dijo Wilcox—; yo también. ¡Allí!... No; no puede ser él. Pero son varios, que han asomado la cabeza, ¿verdad?

—También a mí me lo ha parecido; pero no estoy seguro.

Callaron un momento. A continuación:

—Aquél sí es; seguro —dijo Wilcox—. Está saltando la cerca. ¿Lo ve? Lleva una cosa brillante. Es la lata que decías que ha cogido.

—Sí, es él; va derecho hacia los árboles —dijo Wilfred.

En ese instante Algernon, que había estado observando con toda el alma, profirió una exclamación.

—¿Qué es eso que avanza a cuatro patas por el sendero? Pero si es... ¡una mujer! ¡Ah, no dejéis que la vea! ¡No lo permitáis! —y se arrojó al suelo, y trató de esconder la cabeza en la hierba.

—¡Basta! —gritó el señor Hope, aunque en vano—. Escuchad —dijo—: voy a bajar yo. Tú no te muevas de aquí Wilfred, y atiende a ése. Wilcox, tú ve lo más ligero que puedas al campamento y trae ayuda.

Echaron a correr los dos. Wilfred se quedó a solas con Algernon, haciendo lo posible por calmarle, aunque él no estaba mucho más entero. De cuando en cuando miraba hacia el campo; observó cómo el señor Hope Jones se aproximaba a la cerca; y de repente, sorprendentemente, se detuvo, miró hacia arriba y a su alrededor, ¡y se alejó deprisa en ángulo! ¿Cuál podía ser el motivo? Escrutó el campo, y descubrió una figura terrible... un ser envuelto en harapos negros entre los que asomaban unos bultos blancuzcos; la cabeza, en lo alto de un cuello largo y delgadísimo, la tenía medio oculta en una especie de cofia oscura sin forma definida. El ser agitaba sus brazos delgados en dirección al señor Hope Jones, que acudía a rescatar a Stanley, como para ahuyentarlo. Y entre las dos figuras, el aire parecía estremecerse y temblar como jamás había visto Wilfred. Y mientras miraba, empezó a experimentar una especie de ofuscamiento y sensación ondulante en el cerebro, lo que le hizo pensar en el efecto que tendría en

alguien que estuviese más cerca de su radio de influencia. Miró a lo lejos, y descubrió a Stanley Judkins que avanzaba deprisa hacia el arbolado, a la manera característica de los *scouts*: mirando dónde ponía los pies para no pisar ramitas que chascasen ni engancharse en las zarzas. Aunque no veía nada, estaba claro que recelaba alguna clase de emboscada, y procuraba avanzar sin hacer ruido. Wilfred vio eso, y algo más también. El corazón se le paralizó de súbito al descubrir a alguien apostado entre los árboles, y a otro ser —otra figura oscura y horrenda— que caminaba despacio por el sendero del otro lado del campo, a la vez que miraba a un lado y a otro tal como había descrito el pastor. Y lo peor: vio surgir una cuarta figura —ésta era inequívocamente un hombre— de los arbustos, unas yardas más atrás del pobre Stanley, y dirigirse trabajosamente hacia el sendero. La desventurada víctima tenía cortada la retirada por los cuatro costados.

Wilfred no sabía qué hacer. Agarró a Algernon y lo sacudió.

—¡Levántate! —dijo—. ¡Grita! Grita con todas tus fuerzas. ¡Ah, ojalá tuviera aquí un silbato!

Algernon se animó.

—Hay uno —dijo—; el de Wilcox. Debe de habersele caído.

Y mientras el uno gritaba el otro tocaba el silbato. El alboroto se propagó por el aire inmóvil. Lo oyó Stanley: se detuvo. Dio la vuelta, y entonces se oyó un grito más penetrante y espantoso que los que los chicos proferían desde la colina. Fue demasiado tarde. La figura agazapada detrás saltó sobre Stanley y lo agarró por la cintura. La otra figura espantosa que se había detenido y agitaba los brazos empezó a hacer gestos de alegría. La que acechaba entre los árboles salió trabajosamente, y extendió los brazos también como para agarrar a alguien que fuese a su encuentro; y la cuarta, más distante, aceleró el paso moviendo la cabeza con jubiloso asentimiento. Los chicos lo presenciaban todo en medio de un silencio tremendo, y apenas podían respirar mientras veían el horrible forcejeo entre el hombre y su víctima: Stanley golpeaba con la lata, única arma de que disponía. Saltó el ala rota del sombrero que llevaba el ser aquél, y quedó al descubierto una calavera blancuzca con unas manchas negras que podían ser mechones de cabello. Entretanto, una de las mujeres había llegado al lugar de la lucha y tiraba de la cuerda que Stanley llevaba colgada al cuello. Le dominaron en seguida entre los dos: cesaron al punto los gritos espantosos, y un momento después se internaron entre los abetos y se perdieron de vista los tres.

Sin embargo, por un momento pareció que iba a llegarle el rescate: el señor Hope Jones, que regresaba hacia ellos, se detuvo de repente, se volvió, se frotó los ojos, y echó a correr otra vez *hacia* el campo. Y más aún: miraron los chicos hacia atrás, y vieron no sólo a un grupo de figuras procedentes del campamento y que acababan de coronar la loma vecina, sino también al pastor que subía deprisa a donde ellos estaban. Le hicieron señas, le gritaron, corrieron unas yardas hacia él y luego volvieron a subir. El pastor aceleró el paso.

Los chicos miraron otra vez en dirección al campo. No veían nada. ¿O había algo entre los árboles? ¿Por qué había como una bruma en el arbolado? El señor Hope Jones había saltado la cerca y se internaba en los arbustos.

El pastor se detuvo jadeante al llegar a donde estaban ellos. Los chicos fueron a su

encuentro y se agarraron a sus brazos.

—¡Lo han cogido! ¡Lo tienen en los árboles! —era cuanto podían decir, y lo repetían una y otra vez.

—¿Qué? ¿Me están diciendo que ha ido allí a pesar de lo que le dije ayer? ¡Pobre muchacho!

Habría dicho más, pero sonaron otras voces: había llegado el grupo de rescate del campamento. Intercambiaron unas palabras atropelladas, y echaron todos a correr cuesta abajo.

Nada más entrar en el campo se encontraron con el señor Hope Jones. Llevaba al hombro el cadáver de Stanley Judkins. Lo acababa de descolgar de una rama, donde lo encontró balanceándose. No había una sola gota de sangre en su cuerpo.

Al día siguiente el señor Hope Jones salió con un hacha dispuesto a talar los árboles y quemar todos los arbustos del campo. Regresó con un serio corte en la pierna y el mango del hacha roto. No pudo encender fuego, ni hacer la más pequeña mella en ninguno de los árboles.

He oído decir que la actual población del campo donde se halla el Pozo de las Lamentaciones consta de tres mujeres, un hombre y un niño.

La impresión que sufrieron Algernon de Monmorency y Wilfred Pipsqueak fue enorme. Los dos se vieron obligados a abandonar el campamento inmediatamente; y el suceso sumió a los que se quedaron en una honda —aunque pasajera— melancolía. Uno de los primeros en recobrar el ánimo fue el Judkins más joven.

Ésta es, señores, la historia de la carrera de Stanley Judkins, y de una parte de la carrera de Arthur Wilcox. Creo que no se había contado hasta hoy. Si tiene moraleja, espero que se vea claramente: si no, no sé cómo remediarlo.

RELATOS QUE HE INTENTADO ESCRIBIR

No tengo ni mucha experiencia ni mucha perseverancia para escribir cuentos — me refiero exclusivamente a los de fantasmas, porque de los otros no intentado escribir jamás—, y a veces me he entretenido pensando en los temas que se me han ocurrido de cuando en cuando, sin haberlos concretado nunca como es debido. Como es debido, jamás; aunque en realidad llegué a escribir algunos, y ahora duermen en un cajón. Como solía decir con frecuencia sir Walter Scott, «no me atrevo a leerlos de nuevo». No son buenos. Sin embargo, algunos contenían ideas que se negaban a aflorar en los ambientes que yo había ideado para ellos, aunque puede que surgieran bajo otras formas en los cuentos que he llegado a dar a la imprenta. Permítaseme recordarlos aquí, por si alguien puede aprovecharlos (por así decir).

Uno de ellos trataba de cierto hombre que viajaba en tren por Francia. Frente a él iba sentada una típica mujer francesa entrada en años. El hombre en cuestión tenía el bigote de rigor, y muy firme la expresión de su semblante. No llevaba otra cosa para leer que una anticuada novela que había comprado por su encuadernación; se titulaba *Madame de Lichtenstein*. Cansado de mirar por la ventanilla y de estudiar a la mujer de enfrente, empezó, soñoliento, a pasar hojas, deteniéndose en la conversación de dos personajes. Estaban discutiendo sobre alguien que conocían, de una mujer que vivía en una magnífica casa de Marcilly-le-Hayer. Había una descripción de la casa y —aquí llegamos a un punto interesante— de la misteriosa desaparición del marido de dicha mujer. Se citaba el nombre de ella, y el lector tuvo la impresión de que ese nombre le era familiar, aunque relacionado con otra cosa. En ese momento se detiene el tren en una estación rural; el viajero, sobresaltado, despierta de su sopor —con el libro abierto entre las manos—; la mujer de enfrente se marcha y el viajero tiene ocasión de leer, en la etiqueta de la bolsa que lleva en la mano, el nombre de la mujer de la novela. Bueno, continúa su viaje a Troyes, y desde allí hace muchas excursiones; y en una de ellas llega, a la hora de la merienda, a..., sí: a Marcilly-le-Hayer. El hotel de la Grande Place da fachada a una casa de tres hastiales con ciertas pretensiones. De esta casa sale una mujer bien vestida *a la que él ha visto antes*. Conversación con el camarero. Sí, la dama es viuda, o al menos eso se dice. En todo caso, nadie sabe qué ha sido de su marido. Aquí pienso que debemos cortar. Naturalmente, no existía tal diálogo en la novela, como el viajero creía haber leído.

Había otro cuento, bastante largo, sobre dos estudiantes que fueron a pasar las Navidades a una casa de campo que pertenecía a uno de ellos. Cerca de allí vivía un tío, heredero próximo de la propiedad. Un culto y docto sacerdote católico, que vive con el tío, se granjea la amistad de los jóvenes. De noche, regresan a casa después de cenar con el tío. Oyen un extraño alboroto al pasar por la arboleda. A la mañana siguiente descubren unas huellas extrañas e informes en la nieve alrededor de la casa. Esfuerzos por alejar al compañero con engaños, aislar al propietario, y conseguir que salga de noche. Fracaso final y muerte del sacerdote, contra el cual se vuelve el familiar, a falta de otra víctima.

Está también la historia de dos estudiantes del King's College de Cambridge, en el siglo XVI (los cuales habían sido expulsados de dicho centro por prácticas mágicas), y la peregrinación que hicieron a Fenstanton para ver a una bruja; y cómo, al pasar por Lolworth, en la carretera de Huntingdon, se les unió un viajero cuyo desagradable semblante les resultaba familiar. Y cómo, al llegar a Fenstanton, se enteraron de la muerte de la bruja, y de la criatura que vieron sentada sobre su tumba recién excavada.

Éstos son algunos de los cuentos que he intentado escribir, en parte al menos. Hay otros que me han rondado por la cabeza de cuando en cuando, aunque no han llegado jamás a adquirir forma. El hombre, por ejemplo (naturalmente, un hombre con *una* idea en la cabeza), que, sentado una noche en su despacho, se lleva un sobresalto al oír un ligero ruido, y ve un rostro cadavérico que asoma entre las cortinas de la ventana y le contempla fijamente; un rostro mortalmente impasible, pero cuyos ojos están llenos de vida. Da un tirón a las cortinas y las descorre de golpe. Cae al suelo una máscara de cartón piedra. Pero allí no había máscara ninguna antes; y además, sus ojos son dos agujeros. ¿Cómo se explica esto?

También se me ocurrió una escena de alguien que vuelve a casa con prisa porque va pensando ya en lo calentita que está su habitación, con el fuego encendido, y le sorprende un golpecito en el hombro, pero al volverse se lleva un susto, porque ¿qué clase de rostro o no-rostro es el que ve?

Asimismo, cuando el señor Badman había decidido liquidar al señor Goodman, y había elegido el arbusto apropiado junto al camino desde donde podría dispararle, ¿qué es lo que ocurrió exactamente, que cuando el señor Goodman y un inesperado amigo pasaron efectivamente por allí encontraron al señor Badman presa de gran agitación? Pudo contarles que había descubierto algo mientras aguardaba; o les hizo señas desde la maleza, previniéndoles que no se acercaran a mirar. Aquí hay posibilidades, pero la tarea de elaborar el cuadro adecuado está más allá de mi alcance.

Hay posibilidades, también, en el sobre sorpresa, si es a la persona indicada a quien le cae en suerte, y saca el mensaje indicado. Seguramente dejará muy pronto la reunión pretextando que se halla indispuesta; pero, probablemente, sería más cierta la excusa si dijera que tiene *un concertado compromiso desde hace mucho tiempo*.

Entre paréntesis, muchos objetos corrientes pueden utilizarse como instrumentos de castigo, y si no se trata de un acto de justicia, como instrumentos de maldad. Sed precavidos cuando recibáis un paquete postal, sobre todo si contiene recortes de uñas y cabellos; no lo entréis a vuestra casa. Puede que no contenga eso sólo... (los puntos suspensivos, dicen muchos autores de nuestro tiempo, son un eficaz sustituto de las palabras. Desde luego, son cómodos. Pongamos unos cuantos más...).

El lunes por la noche, tarde ya, penetró un sapo en mi despacho; y aunque hasta el momento no ha sucedido nada que se relacione con tal aparición, pienso que quizá no sea muy prudente darle demasiadas vueltas a cuestiones que pueden abrir la mente a la presencia de visitantes más terribles. Así que no digo más.